
INÉS PLANA
LAS ESPÍAS Y EL ENIGMA AQUILES
EL DESTINO DE EUROPA DEPENDE DE ELLAS
ESPASA

LAS ESPÍAS Y EL ENIGMA AQUILES

Julián Tresser Nº 4

El capitán Julián Tresser viaja a Atenas para asistir a un encuentro policial internacional, pero lo que prometía ser una misión rutinaria se convierte en una pesadilla cuando recibe una nota misteriosa. Minutos después, un yate estalla en el puerto y varios espías mueren en la explosión. Tresser comprende entonces que no ha sido elegido por casualidad: alguien quiere que él esté allí.

Mientras intenta descifrar el mensaje y sobrevivir a una red de espionaje que lo supera, en Madrid dos agentes del CNI descubren que la tragedia de Atenas no es un incidente aislado, sino el primer movimiento de una guerra oculta que enfrenta a servicios de inteligencia de medio mundo.

Con cada nueva pista, el llamado enigma Aquiles revela implicaciones devastadoras, capaces de desestabilizar gobiernos y destruir vidas.

Tresser y las agentes del CNI deberán unir fuerzas para desenmascarar una conspiración que se extiende desde las costas griegas hasta los despachos más inaccesibles de Europa. Un thriller electrizante, lleno de giros, secretos y personajes memorables.

©2026, Plana, Inés
©2026, ESPASA
Colección: Espasa Narrativa
ISBN: 9788467080520
Generado con: QualityEbook v0.87

Las espías y el enigma de Aquiles

Inés Plana

ESPASA

Julián Tresser - 4

Índice

DEDICATORIA
Cita
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI

XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
LIII
LIV

LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
LXX
LXXI
Agradecimientos
Créditos

A las amigas del alma que ya no estáis, pero seguís conmigoy yo con vosotras.
Os veo en las estrellas, nunca os apagáis.
Nos miramos en el amor que nos unió.
Maricarmen Peirón Visa. In memoriam.
Orosia Aixelá. In memoriam.
Fisa López-Aranguren. In memoriam.
A María Berasarte, mi amiga, por concederme la belleza de tu música, de tu voz y de tu amistad. Eres única, diva mía.
A Cristina Consuegra, mi amiga, mi aliada.
Me gustaría gritarle al mundo cuánto te admiro.
A Narcís, mi gran compañero de vida.

En verdad la realidad no existe,
y en realidad la verdad tampoco.

JORGE LUIS BORGES

Capítulo I

ALGUIEN hablaba en griego sobre protocolos de negociación en secuestros y el capitán Tresser se evadió de la traducción simultánea y se distrajo un momento con una mosca que trepaba por el botellín de agua. Le pareció una mosca lenta y tonta; se limitó a espantarla con un leve movimiento de mano. Él ya había dado su charla sobre el tema. La reunión sobrepasaba las tres horas y casi nada de lo que se contaba allí le parecía novedoso, salvo su propio trabajo y el de los suyos, admitió con arrogancia. Era aquel un encuentro entre oficiales de cuerpos policiales de España, Grecia, Italia y Portugal, los países del sur de Europa, al parecer con una idiosincrasia especial, puesto que no se había invitado a los del norte. A través de las ventanas de aquella gran sala se veía la ciudad de Atenas. Los edificios aparecían como una paleta de rosas y blancos, difuminados por la extraña calima de un mes de marzo; solo el Partenón se mostraba con claridad en la cumbre de la Acrópolis, con su poderío monumental. Tras la comida, lo visitaría junto a los compañeros del encuentro internacional, con acreditaciones que les daban prioridad sobre los turistas.

Pero esa tarde, el capitán Tresser no vería el Partenón.

Recibió una llamada en su móvil al finalizar la reunión. Número oculto. Contestó. Podría tratarse de algún agente de su equipo en la Unidad Central Operativa (UCO) o de la propia Guardia Civil. No solía

atender ese tipo de llamadas anónimas, pero estaba en el extranjero y algo le impulsó cogerla; tal vez se necesitara algo de él.

No era uno de los suyos.

—Tenemos que vernos. Es muy urgente, Julián —le dijo su interlocutor en voz baja, como si hablara escondido en algún rincón.

—Pues tendrás que esperar. Estoy en Atenas por trabajo.

—Yo también.

—¿Cómo has sabido que estoy aquí?

—Esa pregunta no es digna de ti, querido capitán.

Tras varios años sin saber nada de él, Norberto, teniente coronel de la Guardia Civil y jefe de área del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), reaparecía en su vida y eso le fastidió. Como agente secreto que era, le había dicho medias verdades y utilizado para sus intereses. Le había decepcionado y eso, para el estricto Tresser, era un camino sin retorno. Habían sido amigos y eran de la misma promoción. «Yo sirvo al Estado», solía justificarse Norberto con la cabeza gacha, simulando que aún le quedaba un poso de vergüenza, lo cual indignaba aún más al capitán.

—Solo puedo recurrir a ti. Ya no confío en nadie —le aseguró en un tono de súplica.

—Yo no tengo nada que ver con tus asuntos, no me mezcles con tus mierdas —le advirtió, cada vez más enojado.

—Tengo que colgar, mi móvil ya no es seguro.

—¿Y el mío lo es al llamarme tú a mí?

—Tampoco, Julián. Es un asunto complicado.

—No voy a jugar a los espías, te lo acabo de decir. Olvídate de mí.

El capitán cortó la llamada de mal humor, deslizó el dedo por la pantalla con la firmeza de quien cierra las compuertas de una presa y lanzó el móvil dentro del bolsillo del pantalón como si lo tirara por un precipicio.

Tras la reunión de oficiales, había una comida para los asistentes al encuentro en el mismo hotel donde se alojaban, pero antes se dispusieron en el gran comedor unos *mezedes*, típicos aperitivos

griegos de picoteo con un sinfín de elaboraciones, como los *spanakopitakia* —espinacas y queso feta envueltos en hojaldre—, los *keftedes* —pequeñas albóndigas de berenjena— y las olivas negras de Kalamata, las mejores de Grecia. Habían acudido a la reunión numerosos oficiales y en aquel aperitivo se mezclaban los uniformes con sus distintos colores: el azul de la Policía griega y portuguesa, el negro de los *carabinieri* y el verde de la Guardia Civil. Dos compañeros del cuerpo se acercaron a Tresser y charlaron un rato. Comentaron por encima las noticias que llegaban de Ucrania, invadida hacía un año, en 2022, por la Rusia de Putin. Había admiración por el Ejército ucraniano, que resistía heroicamente, mucho más de lo que se podría imaginar. Por supuesto, se habló sobre aspectos que se habían tratado en el encuentro. El capitán consideraba que los suyos tenían una mayor especialización. Él mismo había realizado varios cursos de formación que, estaba convencido, lo situaban por encima del resto de los cuerpos policiales con los que acababa de reunirse. «Los equipos de negociadores de la Guardia Civil disponen de la ayuda de expertos en todos los ámbitos —compartió en su ponencia—, tales como psicólogos, psiquiatras, especialistas en adicciones o, si fuera necesario, traductores para que la comunicación con los secuestradores sea la óptima; todo ello mejora considerablemente el operativo de la negociación, porque cubre todas las necesidades que puedan surgir y que van más allá de los conocimientos policiales». Sí, la Guardia Civil manejaba muy bien la negociación, mejor que muchos. Se recriminó su soberbia, pero solo durante unos segundos. Luego se reafirmó en su idea, cogió una tapa de longaniza griega, la *lukániko*, y una cerveza Mythos, la más popular en Grecia. Se apartó del grupo y se acercó a una de las ventanas que mostraban el monte Licabeto, el mirador más privilegiado de Atenas para contemplar la Acrópolis. Probó la salchicha griega y le sorprendió su sabor ligeramente cítrico y el regusto a ajo a la vez; le gustó, era diferente. Bebió un trago de cerveza y dejó la botella y el aperitivo sobre la repisa de la ventana. Se abstrajo con el paisaje de una de las ciudades más antiguas del mundo, habitada desde hacía cinco mil años, había leído en internet.

—Ciao, Io sono Chiara Ferramonte, capitano dei Carabinieri di Milano.

La mujer apareció de la nada, le estrechó la mano con firmeza y tardó unos segundos en soltarla.

—Capitán Julián Tresser, de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. España. No hablo italiano, lo siento.

—No se preocupe, yo hablo español —replicó ella sin apenas acento extranjero—. Mi madre es malagueña. Me ha interesado su charla; eso de contar con asesoramiento en directo de otras disciplinas me parece muy buena idea. Nos ha transmitido eficacia —le alabó la capitán italiana.

—Muchas gracias —contestó él, halagado.

Chiara debía de tener treinta y pocos años, le pareció. Había en ella algo exótico, con su cabello rubio recogido en un moño y su tez tan oscura, con profundos ojos negros y cejas pobladas, aunque bien cuidadas. Le pareció del sur de Italia, quizá siciliana, aunque ella había dicho que era *carabiniere* milanesa, del norte del país.

—Ustedes parecen muy eficientes, capitán Tresser. Nosotros también lo somos, aunque si está de por medio la mafia, ya es más complicado.

—Claro, lo imagino.

Ambos iban de uniforme, él de verde y ella de negro.

—Un placer conocerla, Chiara.

—¿Es la primera vez que visita Atenas? —le preguntó ella.

No, ahora no, se impuso Tresser. Ella quiere iniciar una conversación de cortesía conmigo y a mí me apetece estar solo, se dijo, dispuesto a cortarla en cuanto tuviera la oportunidad. Le contó que no había estado antes en Grecia, que Atenas era una ciudad hermosa, muy diferente a otras capitales europeas, y poco más.

—Le pido disculpas, pero tengo que dejarla, me tengo que cambiar para la comida.

Decidió que era una buena excusa para finalizar de modo amable.

—Creo que tenemos que seguir de uniforme, capitán. Lo especifica en la página de protocolo, aunque le entiendo. Es un honor llevarlo, pero hay peligro de mancharlo durante el aperitivo.

—De todos modos, tengo que subir a mi habitación —insistió él.

Aquella charla con la oficial ya estaba agotada al minuto de iniciarla, aunque fueran colegas de oficio y tuvieran intereses comunes.

Se despidió, se estrecharon las manos. Antes de abandonar la sala, Tresser les preguntó a los compañeros si debían seguir de uniforme, como había asegurado la italiana. Respuesta afirmativa. Después de la comida darían un tiempo para cambiarse y visitar de paisano la Acrópolis. Aun así, decidió descansar en la habitación. No le apetecía socializar, seguía siendo un hombre solitario, aunque tuviera la mejor familia que pudiera desear: su hija Luba y su mujer, Adelaida, con la que llevaba diez años casado, aunque se habían conocido mucho antes. En un mes serían padres de un niño al que ya le habían adjudicado nombre: Pablo, como el abuelo materno de Tresser. Mientras subía en el ascensor, pensaba en el ser humano que se estaba gestando durante un embarazo considerado de alto riesgo. Decidió llamar a Adelaida. Lo hacía siempre que podía para saber si estaba bien. Cuando cogió el móvil del bolsillo, se deslizó por su manga un papelito doblado que cayó al suelo. Desconcertado, se agachó y lo cogió. Había un texto escrito a mano:

Spatholimani. Bar Moby Dick. 15:30 h.

Insisto. Necesito tu ayuda, no quiero contactar con los míos.

N.

Capítulo II

MEDIA hora después de la cita en el Moby Dick, Julián Tresser luchaba contra la fuerza del mar, que lo arrastraba hacia poniente. No sabía dónde estaba. Apenas lograba sacar la cabeza del agua para coger aire, las corrientes submarinas lo succionaban de nuevo. ¿Cómo era posible que nadie lo viera tras lo ocurrido?, se preguntaba. Decidió renunciar a nadar a contracorriente y hacerlo a favor, aunque la fuerte resaca lo arrastrara más lejos todavía de tierra firme. Las olas no eran altas, pero sí insistentes; se sucedían unas a otras con rapidez y lo sumergían. Cuando le acuciara el cansancio, se ahogaría. Empezaba a notar la fatiga en sus músculos. Se hizo el muerto para flotar sin gastar energía. Cerró un instante los ojos, extenuado. Pensó en el hijo al que quizá ya no conocería, en Luba y en Adelaida, los dos amores de su vida. Le sobrevino una tristeza desconocida. Era de color gris. Le recordó al de la nieve sucia. Algo le golpeó en la cabeza. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se le apagó la luz.

Despertó en la orilla del mar, tirado en la arena, la cabeza recostada sobre un trozo de madera manchado de alquitrán. Vomitó agua salada, no le llegaba suficiente aire a los pulmones y tosió varias veces para recuperarlo. Le escocía la nuca y la palpó con la mano. Estaba manchada de sangre. Se fijó que tenía otras heridas en los brazos, posiblemente se había rozado con las rocas; una de ellas le había arrancado el reloj, ya no lo tenía en su muñeca. Estaba

atardeciendo. Le asombró que hubiera estado tanto tiempo en el agua, cuando la cita en el Moby Dick había sido a las tres y media. Se preguntó de qué modo habría llegado a tierra firme, desvanecido o con un nivel bajo de conciencia y, aun así, seguir vivo. Tal vez se había agarrado a aquel tronco manchado de alquitrán sin ser consciente de ello y la deriva lo terminó llevando a la playa. La mar le había perdonado la vida y lo había escupido a una cala desierta y mínima, encajonada entre dos peñascos.

No mediría más de tres metros cuadrados: apenas cabrían cuatro personas. Se acercó a la orilla y se limpió las heridas con el agua del mar, un desinfectante natural debido a su contenido en yodo. Las manchas de alquitrán en sus brazos y posiblemente en la cara se resistieron a desaparecer; lo dejó correr, ya habría tiempo cuando lo rescataran. Pero ¿quién iba a hacerlo? Estaba inmensamente solo frente al inmenso mar. Miró a ambos lados de la cala: las puntiagudas rocas le impedían adentrarse en el agua para avistar alguna playa con bañistas, aunque se asomó y no vio ninguna. ¿Tan lejos se hallaba del litoral habitado?, se preguntó con inquietud. Durante su odisea, había perdido el reloj, el móvil y la camisa. Los zapatos los había dejado en la arena antes de lanzarse al agua. Tresser se reprochó haber acudido a aquella cita con Norberto. Ahora resultaba fácil arrepentirse, cómo no hacerlo cuando había estado a punto de fenecer. Aún no se creía que la mar no lo hubiera engullido. La suerte te elige cuando ella quiere, no cuando uno la llama.

Horas antes, a las tres y media de la tarde, puntual como era siempre, Tresser aguardaba a Norberto bebiendo una cerveza Mythos en la terraza del Moby Dick, frente a una playa larga y estrecha, casi vacía en esa época; marzo aún no había entrado en la primavera. Observaba en lontananza algunos veleros y otras embarcaciones. Spatholimani, le había indicado en su mensaje escrito el agente secreto. El capitán pensaba que era una calle ateniense, pero en realidad era un puerto, Puerto de la Espada, según Google, una exclusiva zona residencial junto al mar, a ocho kilómetros de Atenas. No quiso gastarse el presupuesto en un taxi

para llegar hasta allí, disponía de tiempo suficiente; cogió una línea de metro que lo dejó a diez minutos del bar. Por el camino, ya en el paseo marítimo de Spatholimani, llamó a Adelaida.

—¿Todo bien?

—Sí, sin novedad. Le he dejado a Luba unos macarrones con tomate para que coma algo cuando llegue de clase y ahora me voy a la asociación.

—Estás de baja por maternidad y te han recomendado reposo —le recordó él, inquieto por aquel embarazo tardío a los cuarenta y tres años.

—No seas pesado, Julián. Soy médica y soy psiquiatra, sé cómo cuidarme. ¿Qué tal Atenas?

—Aún no he visto nada de la ciudad. Esta tarde iremos a visitar la Acrópolis.

Tresser llegaría a tiempo para incorporarse al grupo. Lo había calculado. Habían quedado en el vestíbulo del hotel a las cinco y media.

—Julián, te dejo, no quiero llegar tarde.

—Te quiero. Cuídate.

—Vale.

¿Vale? ¿Qué forma era aquella de contestar a un «te quiero», cuando a él le costaba tanto pronunciar esas dos palabras?

—Adelaida…

—Dime.

—Nada.

—¿Qué ibas a decirme? ¿Que no te he dicho «te quiero» yo también?

—No, quería insistir en que te cuides.

—Cuídate tú también.

Adelaida finalizó la llamada. Los dos compartían la arrogancia como actitud ante la vida, una manera de resistir o, al menos, de no claudicar. Por eso se llevaban tan bien o, en ocasiones, tan mal. La llegada al Moby Dick lo obligó a disipar a Adelaida de sus pensamientos y entró en su mente Norberto. Seguía dándole vueltas

al modo en que había llegado aquel papel a la manga de su uniforme, quién lo habría colocado con tal destreza que ni lo había notado. La única manera de endosárselo era distraerle con otro asunto, pero debía existir un mínimo contacto físico para conseguirlo. Entonces recordó un detalle: Chiara, la *carabiniere*, le había estrechado la mano y la había mantenido entrelazada con la suya más de lo normal. Pero no era posible que una oficial de la Policía italiana fuera la recadera de Norberto. Se lo preguntaría cuando lo viera, aunque no sirviera de mucho. Había hecho de la mentira o de las medias verdades su modo de vida. Ahora aseguraba estar en peligro. El deber de ayudar a un compañero, los dos eran guardias civiles, no le había dejado otra opción.

Pasaban ya cinco minutos de la hora convenida cuando recibió una llamada en su móvil. De nuevo un número oculto, supuso que era Norberto.

—Estaba a punto de irme, detesto la impuntualidad —le reprochó Tresser.

—Todo es muy difícil, Julián, pero cuando hablemos lo entenderás. ¿Ves un yate frente a ti? ¿El Zeus II? Es de color blanco y con cristales tintados azules, a tu derecha.

El capitán dirigió la mirada hacia el horizonte. Divisó algunos veleros fondeados, mecidos por las olas como si fueran de juguete. A lo lejos atisbó cuatro mercantes: uno de los puertos de contenedores más grandes de Europa, el de El Pireo, estaba al lado de Atenas. Entre los buques y los veleros distinguió el yate blanco con los portillos azules.

—Lo veo. Solo puedo esperarte cinco minutos, no te doy más tiempo.

—Estoy acercándome al puerto en una fueraborda. ¿La ves?

Sí, avanzaba hacia la costa con varias personas a bordo, no distinguía cuántas. Dejó sobre la mesa cinco euros por la cerveza y unas olivas, cogió su móvil y se fue del bar hacia la playa. Observó el yate. No era pequeño. Debía de tener unos treinta metros de eslora. Desistió de preguntarse qué hacía Norberto allí. Podría estar en cualquier lugar y no le sorprendería.

De repente, el yate estalla y se incendia.

Dos segundos de asombro. Otros dos de perplejidad y desconcierto. El último es el del impulso. Tresser corre hacia la orilla de la playa, se descalza y se lanza al mar. La explosión ha sido tan potente que quienes estuvieran en el yate no se han salvado, piensa, pero los de la fueraborda tal vez sí. Con un poco de suerte, no habrán sufrido la embestida de la onda expansiva. Comienza a dar brazadas contra las olas. Únicamente quiere salvar vidas. Pero la fuerza de la corriente lo aleja de allí y nada puede hacer, es imposible luchar, está perdido.

Tresser había tenido mucha suerte al ser arrastrado por el mar hacia aquella minúscula cala, tal vez se acabara allí toda la fortuna que le había adjudicado el destino. Miró hacia el horizonte por si veía algún velero y pedir auxilio, sin embargo estaban muy lejos. Perdería el tiempo si agitaba los brazos. Era un náufrago justo al lado de la civilización; le costaba encajar esa paradoja, pero no perdería el tiempo lamentándose, tenía que salir de allí antes del anochecer. La única opción era trepar por aquellos peñascos para llegar a algún lugar. Calculó que medían unos veinte metros de altura; sus aristas eran como cuchillos y él estaba descalzo. Y, además, era un cincuentón, ya no era el mismo que a los treinta o incluso a los cuarenta, pero aun así decidió probar el ascenso. Cuando puso el pie en el primer saliente, se preguntó si Norberto habría sobrevivido. Ahora creía que no. El yate explotó con la violencia de una bomba.

Mientras se abrazaba al peñasco con pies y manos, ya a dos metros del suelo, pensó que, si anochecía antes de alcanzar la cumbre, tendría que descender y buscar alguna oquedad para resguardarse del frío en la noche. La sed y la cercanía del ocaso le impulsaron a acelerar la escalada. Las plantas de los pies y las palmas de las manos ya tenían arañazos. Un paso en falso y moriría en la caída. Al salir de la academia, hacía mucho tiempo de eso, había realizado en el pirineo aragonés un curso en el CAEM, el Centro de Adiestramientos Específicos de la Guardia Civil, con sede en Candanchú, y se evidenció que escalar no era lo suyo. Se quedó colgando del arnés varias veces; el ímpetu de la juventud le diluía la

paciencia tan necesaria en un escalador. Ahora lo habría hecho mejor, se dijo. Justo entonces encajó mal un pie, resbaló y se quedó colgando de los brazos; solo la fuerza física le permitiría resistir y no caer al vacío, pero Julián estaba débil y exhausto. Se balanceó ligeramente y logró colocar un pie en la roca. Fue tanto el esfuerzo que sufrió un doloroso calambre en una pantorrilla que le mantuvo inmovilizado unos minutos. Cuando se sintió seguro, miró hacia la cumbre: le costaba distinguir las formas angulosas del peñasco. La luz ya no era suficiente. Si quería sobrevivir, tendría que descender a la arena y esperar al amanecer tras una noche de frío, soledad y oscuridad.

Capítulo III

DURANTE sus quince años como agente secreto, Mara Sobrela —su verdadero nombre era Arancha Palacios—, nunca se había encaprichado de una fuente como ahora con Dominik, además era una fuente buena, aunque se la hubieran calificado con un nivel A3, solo un grado por encima de la «veracidad dudosa». No estaba de acuerdo, quería demostrar que se equivocaban. Dominik era asistente de la canciller de la embajada de Hungría en Madrid, quizá fuera también agente secreto, de ahí las dudas de sus superiores. Las embajadas solían ser nidos de espías. Pero lo había evaluado y no creía que lo fuera. Le costaba mucho sonsacarle información, tenía que adivinarla entre líneas, cuando, por el contrario, un agente enemigo prácticamente se la regalaría haciéndole creer que era importante y veraz. Contemplaba ahora al húngaro dormido a su lado, desnudo sobre la cama, un cuerpo hermoso para ella, un joven larguirucho para los demás; le recordaba al espigado actor Adrien Brody, que le parecía un hombre muy apetecible.

Mara extendió su mano y contempló su anillo de compromiso en su dedo anular. Se lo había regalado Dominik esa misma tarde, tras confesarle sentirse muy enamorado de ella y pedirle que se casara con él. Apenas disfrutaba de amigos en Madrid y la mayoría de sus compañeros del trabajo tenían pareja. Se sentía solo, le decía. Claro, por eso tantas prisas por enamorarse y casarse, dedujo Mara. Siempre estás muy pendiente de mí y me cuidas, le había

agradecido él durante el breve discurso de pedida, arrodillado ante su amada. Cómo no iba a estar pendiente de ti, si eres una de mis mejores fuentes de información, se dijo Mara con sarcasmo mientras lo escuchaba halagada y perpleja a la vez. Más de un año trabajando para ganarse su confianza y ahora lo tenía rendido a sus pies. Dominik acababa de cumplir treinta y tres años, diez menos que ella; le gustaba gustarle, pero aquella no era más que una misión, por mucho que se hubiera encaprichado porque disfrutaba con él en la cama. Qué bonito el anillo, pero tengo que pensarlo, me has pillado por sorpresa. Hagamos el amor y luego hablamos —evadió Mara la respuesta con un beso—, pero antes tengo que ir al baño. Salió de la habitación, cogió su móvil con disimulo y se fue a la cocina. Allí se encerró en el *confesionario*, la antigua despensa del piso franco, enmascarada tras una pared falsa, un lugar oculto para hablar sin riesgos y también un buen escondite si era necesario. Tras las estanterías vacías del habitáculo había lugares secretos donde podían esconderse armas o bien intercambiar documentos que dejaban unos para que los recogieran otros. Era aquella una vivienda preparada para albergar a personas nada corrientes, los agentes de inteligencia.

—BELMA 39886 —se identificó ante quien la atendió tras marcar el número asignado para contactar con el Centro—. Necesito hacer una consulta.

—¿Es urgente? Dígame el nivel.

—Dos, quizá tres.

No le había quedado otro remedio que adjudicar a su consulta unos números bajos, no estaba en peligro, la urgencia no era grave, pero la cuestión le parecía importante. La fuente le había propuesto matrimonio y ella estaba en su segundo proceso de divorcio, eso lo complicaba todo.

—No es urgente, pero…

—Entonces siga el procedimiento y envíe un mensaje en clave informando del problema.

El procedimiento también era llamar para informar, como acababa de hacer. A veces algunos eran bordes y no le facilitaban las

cosas, o así le parecía a ella. Dominik reclamaba su atención, gritaba su nombre desde la cama para hacerse oír. Mara entró en la habitación, se desnudó, conectó su pequeño altavoz inalámbrico y eligió en su móvil *Something*, una de las canciones que más la emocionaba de su banda favorita, los Beatles. Balanceó su cuerpo voluptuoso al ritmo de la melodía compuesta y cantada por George Harrison. «Me preguntas si mi amor crecerá. No lo sé…». La letra no era de las mejores, pero la música que tanto la conmovía flotaba en el aire de la habitación mientras los amantes comenzaban a acariciarse en la cama, dispuestos a dar y recibir placer. Nadie diría que ese húngaro flacucho era tan bueno en el sexo, aceptó Mara mientras la lengua de Dominik la hacía gozar.

La sesión fue intensa y lúbrica, como todas las de la espía y su fuente. Después, el húngaro se fumó un cigarrillo, le dijo que la quería y se quedó dormido con el sueño profundo de un bebé. Por vez primera en semanas, no había cerrado con candado su mochila y Mara aprovechó la oportunidad que llevaba tiempo esperando: cambió el *pendrive* de Dominik, que ella ya había fotografiado anteriormente, por otro idéntico que contenía un *spyware* que se instalaría en el sistema del ordenador al introducir el lápiz de memoria. Actuaba de forma invisible para robar información y espiar las actividades del usuario; por ejemplo, realizando capturas de pantalla en tiempo real, accediendo a la cámara y al micrófono o captando lo que se escribiera, incluidas las contraseñas. Un pensamiento rápido cruzó entonces su mente: «¿No te lo ha puesto demasiado fácil, Mara?». «Cuando piensas que duerme como un bebé, ¿no estará en realidad vigilando tus movimientos?». Se resistía a perder su trofeo, por eso en varias ocasiones había dejado su móvil y su portátil a la vista mientras ella simulaba estar duchándose y él dormía tras hacer el amor, y nunca se había levantado a hurtadillas para curiosear en sus dispositivos. A lo mejor solo era un tonto enamorado.

Tras guardar el *pendrive* de Dominik en un falso pintalabios de su bolso y dejar en la mochila del húngaro el que contenía el *spyware* que abriría al CNI sus secretos, contempló de nuevo su anillo de

compromiso, de oro blanco y diamantes con un zafiro azul. No costaba menos de mil euros, quizá se había gastado la mitad de su sueldo de asistente. Lo lógico sería decirle que sí para ganar tiempo, porque la boda nunca se celebraría, se buscaría una buena excusa para cancelarla y, a pesar de ello, retenerlo. Dominik ahora era más valioso que nunca: Hungría era amiga íntima de Rusia, Rusia había invadido Ucrania, Europa estaba en alerta y los agentes secretos también. Todos estaban descolocados, todos espiaban a todos.

Sin ser consciente de ello, su fuente le había revelado los movimientos de la artillería previstos en la región prorrusa de Dombás, la más conflictiva, pues ya estaba en guerra con Ucrania en el momento de la invasión, pero su jefa de área le había comentado que esa información era insuficiente. Tenía que darles más datos para que pudieran cotejarlos con los de otras fuentes y descartar que el húngaro le hubiera mentido. Ahora estaba a punto de conseguir información sobre la presencia de técnicos iraníes en Crimea, que adiestraban a los soldados rusos en el funcionamiento de los drones fabricados por Irán. La CIA y el MI6 británico ya los tenían localizados, pero quizá los datos de su fuente fueran también interesantes.

Los drones eran las nuevas armas bélicas, los ingenios voladores de control remoto no tripulados que lo mismo espiaban o disparaban misiles que escoltaban cazas, mostraban imágenes de las zonas enemigas o llevaban comida a los batallones aislados por los bombardeos. Pero había que perfeccionarlos y las inteligencias de los dos bloques ideológicos que dividían el mundo, y que la invasión de Ucrania había separado aún más, andaban a la búsqueda del enemigo que estuviera fabricando un dron bélico invisible, indetectable por los radares. ¿Existía? Se decía que sí, pero no se sabía ni quién lideraba el proyecto ni dónde. Mara estaba resignada: a ella nunca le encargarían esa misión de alto nivel, aunque presumía de su valía y se consideraba con el suficiente potencial como para que la tuvieran más en cuenta.

Alguien llamó al timbre y la sobresaltó. Dominik seguía profundamente dormido. Mara salió de la cama, cubrió su cuerpo

desnudo con una bata de raso y por el camino cogió la Glock 26 que guardaba en el confesionario. La agente no esperaba a nadie.

—¿Quién es? —preguntó pegada a la puerta del piso, con su arma en la mano y el dedo cerca del gatillo.

—Mara, soy Alessia. Necesito hablar contigo. Es urgente.

—¿Alessia? ¿Cómo has sabido que estoy aquí?

—¿Te lo tengo que explicar en el rellano? Tengo mis fuentes en el Centro.

Mara le franqueó la puerta.

—No digas ni una palabra —le advirtió con severidad—. Vamos a la cocina. No estoy sola.

Aquel piso franco del centro de Madrid, donde Dominik creía que vivía Mara, era antiguo, tan noble como decadente, con techos altos, molduras de yeso y frescos sobre temas mitológicos en algunas paredes, ya difuminados porque nadie se ocupaba de su mantenimiento. Los agentes que pasaban por delante de ellos ni siquiera se detenían un minuto para descifrar las historias de dioses que contaban. La vivienda tenía un pasillo larguísimo y singular. En forma de estrecho zigzag, doblaba por una esquina para abrirse a un tramo y de nuevo otra esquina. En la segunda estaba la cocina.

—Esto parece un laberinto —comentó Alessia mientras caminaba junto a su compañera.

—¡No hables! —le exigió Mara en voz baja.

—Vale, *mi dispiace* —se excusó.

—El piso está pegado a otro igual de grande que este, solo Dios sabe qué locura hicieron con los pasillos al unirlos —le dijo, entrando las dos ya en la cocina.

Pulsó el dispositivo oculto tras una balda con botes de legumbres y entonces un tramo de pared se convirtió en una puerta, que se abría a un cuarto oscuro cuyo misterio desapareció para Alessia cuando Mara le dio al interruptor de la luz y apareció una pequeña estancia llena de estantes vacíos.

—Aquí podremos hablar sin problemas.

La invitó a pasar, pero se escucharon pasos cercanos.

—Quédate aquí dentro y casi ni respires. —Mara le pasó a Alessia su arma, la empujó dentro rápidamente y cerró el *confesionario*.

Dominik entró en la cocina, se acercó a Mara y la besó.

—No sabía dónde te habías *meter*.

—Metido, querrás decir.

—Metido, sí. Eres mi *mejora* profesora de *espaniol*. ¿Qué más me vas a enseñar? —le preguntó mientras le abría la bata y paseaba su mirada lasciva por su cuerpo desnudo.

—Me ha llamado mi jefe, tengo que solucionarle un problema.

La agente se había hecho pasar por directora de recursos humanos en una falsa multinacional. Si el húngaro quisiera comprobarlo en internet, encontraría la página web de la empresa, especializada en alimentación para celíacos. También tenía presencia activa en las redes sociales. La sede estaba en un edificio de tres plantas en Torrejón de Ardoz, municipio madrileño cercano al aeropuerto de Barajas. En caso de que Dominik se acercara hasta allí, encontraría una moderna oficina, con trabajadores de la multinacional que en realidad eran agentes de inteligencia dedicados a sus tareas. Desde la invasión de Ucrania, se le habían asignado a Mara más recursos y le habían señalado un nuevo objetivo: identificar a los visitantes rusos que entraran en la embajada de Hungría. Estaba pensando cómo lograrlo y ya había comenzado a elaborar la estrategia con uno de los fotógrafos *invisibles* del Centro, especialistas en tomar fotos incluso a un metro de distancia del objetivo sin ser detectados, una habilidad largamente entrenada para la que no servía cualquier agente. Hungría formaba parte de la Unión Europea, pero su apoyo indisimulado a Putin despertaba recelos.

—Pero ¿no *tener* hoy día *líbero*?

—Tienes, no tener. Libre, no *líbero*, Dominik. ¿Ahora me hablas en italiano?

—A veces mezclo idiomas, *lío* para mí.

—Pues sí, cielo, tengo el día libre, pero mi jefe no tiene horarios. Mira qué horas para una reunión, casi las nueve de la noche. Si cree que no puede solucionar algo, me llama para que vaya a apagar el

fuego o me exige una cita urgente, que es lo que ha sucedido. Tienes que irte, mi amor. No te puede encontrar aquí.

—Me debes una respuesta. ¿Te vas a casar conmigo o *niente*?

—Claro que sí.

Él la abrazó y la besó en el cuello.

—Temía *dijeras* no. ¿Me quieres? *Szeretsz engem*? —se lo preguntó en húngaro.

—Más de lo que imaginas. Ahora ve a la ducha, voy con prisa.

Dominik la estrechó entre sus brazos.

—Será boda húngara, advierto *a te* —le dijo él al oído.

—Qué divertido, me encanta la idea —le sonrió ella.

Cuando el joven salió de la cocina, Mara entró en el *confesionario*, donde la aguardaba Alessia.

—A ver, ¿qué pasa que es tan urgente? —le preguntó en voz muy baja.

—Necesito un escondite, no me fío de nadie, solo de ti.

—No puedes esconderte del Centro, trabajas para él. ¿Qué ha ocurrido?

—Hoy al mediodía, en Atenas, ha estallado un yate con tres *nobles* dentro, uno de ellos era mi jefe de la *contra* —le reveló Alessia, abreviando la palabra contrainteligencia, como acostumbraban a hacer todos en el Centro.

—¿Nuestro Norberto ha muerto?

—¡Chsssss! No digas nombres.

—¡Hostia, pues ahora lo entiendo todo! —exclamó Mara, procurando no alzar la voz—. El Centro ha pasado de mí cuando los he llamado, debían de estar en alerta máxima. ¿Quiénes eran los otros dos jefes?

—Es información clasificada, ya sabes cómo va esto.

Tampoco podía comentar la última misión que le había encomendado Norberto: colarse como *carabiniere* —bajo el alias de Chiara Ferramonte— en un encuentro policial en Atenas para dejarle una nota al capitán Tresser de la Guardia Civil, al que luego conoció, un tipo distante que quería huir de la conversación tan solo iniciarla;

de hecho, duró apenas dos minutos, tiempo suficiente, sin embargo, para distraerle y dejarle la nota en el interior de la manga del uniforme. Además del adiestramiento que había recibido cuando superó las pruebas de ingreso, Alessia había hecho varios cursos de cartomagia para adquirir la destreza de una ilusionista con las manos, y se felicitaba por ello, no se le daba mal. El capitán Tresser ni se enteró de que estaba haciendo magia en el interior de su uniforme.

—¿Y por qué no estabas tú en el yate con Norberto?

—Porque estaba trabajando en tierra, Mara.

La misión no acababa con la nota que le había dejado a Tresser: tenía que vigilarlo y asegurarse de que acudía a la cita. Hacerle el seguimiento le había salvado la vida; de lo contrario, habría viajado en la fueraborda con su jefe y no quedaría ni un solo resto de ella, porque la explosión fue muy potente. Sintió un escalofrío al pensar en ello, en morir desintegrada, convertida en nada, ni siquiera en un trozo de carne triturado.

—Estás viva de milagro, Alessia.

—Sí, he vuelto a nacer.

—Como en el lago.

—Como en el lago, sí. De los siete que nos salvamos, y Norberto era uno de ellos —comentó Alessia, afligida—, ya solo quedamos cinco. Nos están matando, Mara.

—Eso ya lo hemos hablado, son conjeturas, no hay nada que lo acredite.

—He atado cabos. Esta tarde en el avión de regreso a Madrid he pensado mucho sobre ese día. No sirvió de mucho saber nadar; el agua te mataba de frío. Creo que fue cosa de Romano.

—¿Has contactado con el Centro?

—Sí, me han dicho que saliera inmediatamente de Atenas y esperara en Madrid nuevas órdenes, pero todavía no han contactado conmigo y necesitaba un refugio seguro. Estuve en el lago, Mara. Sé cosas…

Escucharon de repente un ruido que las sobrecogió.

—¿Eso han sido disparos?

—A mí también me lo han parecido, tres detonaciones.

Mara empuñó con decisión su arma y Alessia sacó la suya del cinto. Oyeron al otro lado pasos y aperturas de puertas. Instantes más tarde, el sonido del agua del grifo de la cocina las puso en alerta máxima. Apuntaron con sus pistolas hacia la puerta del *confesionario*, preparadas para morir o matar. Las habían entrenado para afrontar decisiones difíciles, como lo era disparar a muerte si eran atacadas o bien estar dispuestas a despedirse de este mundo si eran apresadas por el enemigo, tiroteadas o torturadas. En tal caso, el de la tortura, cabía la posibilidad de que tuvieran que quitarse la vida para no sufrir más y, sobre todo, para no hablar. *Cantar* significaba poner al descubierto a sus compañeros y abortar operativos en los que se habían invertido meses de esfuerzo. Cuando afrontaran una misión especialmente peligrosa, se les daría una pastilla letal —debidamente camuflada— para suicidarse si ya no había otra salida. Las agentes no pensaban en ello, pero sabían que quizá algún día tendrían que tomar esa difícil decisión.

Ya no se oía correr el agua del grifo. Los pasos se alejaron de la cocina, ahora los percibían en el pasillo. De repente, dejaron de escucharlos. El intruso se había detenido en algún lugar de la casa. Fueron unos instantes de silencio y, después, el sonido de la puerta principal de la casa al cerrarse. Respiraron aliviadas, pero solo un segundo: podía ser una trampa. Mara y Alessia salieron sigilosamente del *confesionario*. Armadas las dos, protegiéndose una a otra las espaldas, anduvieron con sigilo por los pasillos, entraron en cada estancia, dispuestas a disparar si era necesario. Pero no había nadie, solo silencio, salvo las canciones de los Beatles que llegaban lejanas desde el dormitorio que usaba Mara para los encuentros con su fuente. Dominik está muerto, presintió en ese momento. Los disparos que habían oído eran para él, no había otra persona en el piso. Súbitamente, su compañera Alessia percibió una presencia a su espalda, una respiración. Se giró, dispuesta a disparar primero, pero se encontró con algo del todo desconcertante: una mujer alta, rubia de cabellos muy finos y de aspecto eslavo, que

apuntaba con su arma al suelo. Apenas podía mantener su brazo recto, parecía no tener fuerzas, su suéter negro estaba empapado a la altura del pulmón derecho y pequeños torrentes de sangre discurrían por la mano que portaba la pistola hasta formar un charco a sus pies. Mara y Alessia observaron su rostro macilento, sus ojos sin apenas vida, y notaron sus dificultades para respirar.

—*Sukiny docheri* —murmuró en ruso, «hijas de puta», desde el fondo de su garganta, con rabia, con los dientes apretados, mirándolas con los ojos incendiados por el odio.

Se le doblaron las piernas y se desplomó.

Mara apartó con el pie el arma, una PSM rusa automática.

—El arma predilecta de los asesinos de la KGB, ya no queda ninguna duda de que el encargo de matar viene de los rusos —afirmó Mara. Le levantó el suéter negro de cuello alto y descubrió el orificio de bala a escasos milímetros del corazón; había entrado de lleno en el pulmón.

—¿Le ha disparado Dominik? —Mara estaba perpleja—. Porque aquí no hay nadie más… Me temo lo peor, de lo contrario él habría salido del dormitorio al oír los disparos. ¿Qué hacemos con ella?

Se arrodillaron junto a su cuerpo, Alessia sacó unos guantes de látex del bolsillo de su pantalón y le tomó el pulso en la muñeca.

—Lo tiene muy débil, apenas lo noto.

—No podemos hacer nada. La opción del hospital no existe, y menos para una agente enemiga que había venido a liquidarnos.

—Pero ¿qué está ocurriendo, Mara? De repente, hay más violencia que nunca y hasta una ejecutora por encargo se ha colado en uno de nuestros pisos francos, por no mencionar que un yate ha volado por los aires y he perdido a mi jefe. ¿Se ha desencadenado alguna guerra abierta entre espías y yo no me he enterado?

—No tengo respuestas, hay que analizar todo lo que ha pasado aquí hoy. —Mara no tenía ganas de profundizar en ese momento—. Registra a esta tipa y yo voy a ver qué ha ocurrido con Dominik.

La mujer, de alrededor de cincuenta años, no llevaba bolso, pero Alessia encontró en los bolsillos de su cazadora una ganzúa, un móvil que habría que examinar y una llave de una taquilla, quizá de

una estación de tren. El Centro se ocuparía de buscar la cerradura en la que encajaba.

Del dormitorio llegaba la voz de John Lennon cantando *Come Together*. Dominik estaba allí, pero de otro modo: Mara lo encontró desnudo sobre la cama con tres orificios de bala en torno al corazón, muerto, con una pistola en la mano. Debió de percibir la presencia de la ejecutora, pero ella disparó primero. Se preguntó, desconcertada, por esa semiautomática rusa Tokarev T33 con la que se defendió sin éxito Dominik. ¿De dónde había salido? No había visto ningún arma cuando esa misma tarde le coló en su mochila el lápiz de memoria con el *spyware*, pero era cierto que tampoco la había buscado; el húngaro era asistente de la canciller de la embajada, no un agente de inteligencia. Ahora sospechaba, y esa duda ya caminaba hacia la certeza. Revisó a fondo la mochila y lo encontró: un compartimento oculto en la base, cerrado con una cremallera bajo la tela, invisible a simple vista. Allí guardaba su arma.

¿Por qué los rusos habían ido a por él? Tal vez descubrieron que estaba siendo manipulado por una agente del otro bando. Entonces, ¿por qué no matarla a ella directamente, ya que habían llegado hasta el piso franco? Se impuso reflexionar con sus superiores sobre lo que había sucedido allí.

La invasión de Ucrania había obligado a las distintas agencias de espionaje occidentales a sobreproteger la información de un modo extremo, como si se hubiera regresado a la Guerra Fría, incluso con mayor control que en la época de la Unión Soviética, que ya era excesivo de por sí. Existía una histeria contenida y el exceso de protección casi rozaba la paranoia, porque la guerra estaba tan cerca de Europa que todo se hacía imprevisible, como el propio Putin, que ya había amenazado con pulsar el botón nuclear. El Centro había reforzado la protección de los ordenadores contra los *troyanos*, pero a la vez había ideado un nuevo *spyware*, como el que se ocultaba en la memoria USB que Mara le había endosado a Dominik, para robar información al otro bando. Se había reorganizado el departamento informático para procesar todo lo que se obtenía a través de esos

caballos de Troya, que no era tanto como desearían, porque el enemigo también se protegía, pero gracias a esos espías invasivos habían logrado saber, por ejemplo, que Rusia tenía en el punto de mira a dos agentes secretos camuflados como agregados comerciales en la embajada de España en Moscú. Los iba a expulsar acusados de espionaje. El Centro pudo anticiparse y los sustituyó, junto a otros dos libres de sospechas para disimular la intención real de la operación. Se evitó así una crisis diplomática que habría complicado las relaciones entre los dos países en momentos de alta tensión internacional.

Mara cogió su móvil y llamó al Centro.

—He tenido un problema y es urgente que alguien venga a limpiar mi casa —comunicó en clave a su oficial.

—¿Estás sola?

—Sí… —contestó mirando a Alessia.

—Sal de allí inmediatamente. Ve a las *Alitas* —nombre en clave de la estación de tren Príncipe Pío— y espera.

La agente finalizó la llamada. Ahora comenzaba a asumir todo lo sucedido.

—La orden era liquidarme a mí, pero la sicaria encontró primero a Dominik —conjeturó, impresionada por los acontecimientos—. O la orden era matarnos a los dos, no sé. Los putos rusos otra vez. En cualquier caso, yo estoy en peligro y tú también. Vámonos de aquí.

La mujer falleció minutos antes de que abandonaran el piso franco.

Cuando en la noche de Madrid ya solo se oían los camiones de basura y las farolas únicamente alumbraban espacios vacíos, dos falsos coches fúnebres llegaron al Instituto Anatómico Forense con dos cadáveres. Uno era el de la ejecutora rusa. No llevaba consigo documentación alguna, informó al médico de guardia uno de los conductores. Una pareja de policías municipales la había encontrado muerta en el banco de un parque, le habían disparado. El otro cadáver era el de Dominik Szabó, de nacionalidad húngara. Había aparecido tiroteado en un coche. Los conductores entregaron toda la

documentación necesaria y se fueron antes de que los forenses les hicieran más preguntas.

Capítulo IV

«¿DESAPARECER es morir? No sabría vivir sin él, prefiero desaparecer yo también». Luba no se había dado cuenta, pero había musitado esas palabras en vez de pronunciarlas en el silencio de su mente. Adelaida las había escuchado y la muchacha fue consciente de ello cuando observó sus ojos tristes.

—Lo siento, no quería que oyeras lo que pienso, me ha salido solo.

—Tranquila, Luba. No has dicho nada que yo no sienta también.

La esposa y la hija del desaparecido capitán Tresser no sabían qué hacer con el tiempo, la espera de noticias lo dilataba tanto que lo había desprovisto de su sentido; ya no percibían su latir. Atardecía en la urbanización El Paraíso en Uvés, la localidad cercana a Madrid donde vivía la familia Tresser-Mabrán. Acomodadas en el sofá y el sillón del salón, con Greta en el regazo de Luba y Mirucha durmiendo a los pies de Adelaida, había un silencio tenso en el aire, solo roto por el ronroneo de la gata o un bostezo de la perrita. Tenían los animales ya una edad, pero la vivían con buena salud. Greta aún conservaba la agilidad para encaramarse a lo alto de los armarios. Mirucha, rescatada hacía años de un maltrato que la dejó sin un ojo, continuaba saltando de alegría cuando Julián, Luba o Adelaida llegaban a casa. Ahora pasaban mucho más tiempo

durmiendo que jugando, pero su afortunada existencia —eran las reinas de la casa— parecía augurarles una larga vida.

La ventana del salón del chalé adosado enmarcaba un cielo que a las dos mujeres les parecía nublado y oscuro, cuando en realidad brillaba el sol. No percibían su luz, así estaban sus ánimos. Adelaida, con su ordenador portátil en el regazo, su móvil al lado y el broncodilatador cerca por si le sobrevenía una de sus crisis asmáticas, se había tumbado en el sofá con las piernas sobre unos cojines. Le pesaba la barriga de ocho meses de embarazo, le pesaba la desaparición de Julián. Veinticuatro horas sin saber nada de él. Había hablado por teléfono con su inmediato superior, el joven comandante Peláez. No había noticias, aunque la Policía griega ya había puesto en marcha un operativo para encontrarlo. Al igual que Luba, Adelaida no podía vivir sin Julián, aunque no se lo dijera a menudo. Tras perder a su bebé años atrás —se llamaba Carlota y nació sin vida—, este nuevo embarazo tan inesperado como el anterior los había unido más. Eran tan distintos y tan parecidos a la vez, que sus personalidades colisionaban con frecuencia y lo pasaban mal hasta que se reconciliaban.

—Pero ¿por qué papá no se quedó en el hotel? ¿A dónde se fue? —La mente de Luba vagaba por lugares donde moraban los peores presagios—. ¿Lo han matado?

—No digas eso. Sé que está vivo —replicó Adelaida, sin estar convencida del todo.

—¿Cómo lo sabes? Yo no lo veo en mis ojos y presiento lo peor.

—Haz un esfuerzo, te necesito fuerte a mi lado para soportar la espera.

—¿Y si lo han secuestrado? Mi padre lleva pistola y eso lo pone en peligro.

Luba persistía en proyectar sus miedos. Adelaida quería pedirle que se callara de una vez, la estaba poniendo más nerviosa aún y sus capacidades como psiquiatra no le servían en aquellos momentos. Se sentía bloqueada, más bien noqueada. Intentaba escribir un informe sobre el estado emocional de un adolescente

suicida que se había salvado de milagro de un ahorcamiento y no lograba concentrarse.

—Cálmate, por favor —le pidió. Le dedicó una sonrisa.

Tenía que tener paciencia con ella. Luba era especial, una estudiante veinteañera que cursaba el Programa Superior de Ilusionismo del Real Centro Universitario Escorial, a tan solo diez kilómetros de su casa. Quería ser maga. Los trucos y los efectos de ilusionismo le permitían abstraerse lo suficiente de la realidad, pues le reconfortaba vivir alejada de ella. Su infancia había sido tan desgraciada que le provocaba terror que algunos de sus feroces recuerdos colonizaran su mente, siquiera por un instante. Cuando tenía doce años, Julián Tresser la rescató de la esclavitud de la prostitución infantil y la adoptó. Una vez liberada, su traumática biografía le había impedido progresar al mismo ritmo que los demás, pero se esforzaba en adaptarse al mundo, aunque no siempre lo entendía. Había demasiadas lagunas, se había perdido muchas cosas de la vida mientras unos y otros proxenetas devoraban su infancia. Intentaba que sus peores vivencias se fueran diluyendo en el tiempo para que entraran otras, como las primeras vacaciones con Julián en Fuerteventura, la sorpresa por el gran estirón que dio a los trece años y los primeros juegos de magia con Samuel, su único amigo, apasionado del ilusionismo como ella. Se habían conocido en Fuerteventura, él era colombiano, su padre trabajaba en la embajada de Colombia en Madrid y su madre era abogada laboralista.

Samuel tenía la misma edad que Luba y los dos se compenetraban tanto que necesitaban estar juntos en la vida, pero el chico siempre estaba demasiado pendiente de ella y a Julián le dolía verlo tan entregado sin que su hija fuera consciente de que, en realidad, más que el amigo, Samuel era el enamorado. Luba no sabía ver las señales del amor, tal vez las descubriera en algún momento, pero su padre pensaba que no sería con Samuel. «Deja que fluyan las cosas, Julián —le aconsejó Adelaida cuando se lo comentó—. La proteges demasiado y no es una niña, ya es adulta», le advirtió.

La afición a la magia había librado a Luba del acoso escolar en el instituto. Era carne de cañón con una existencia tan trágica; era la diferente, la harían papilla. Había cumplido entonces los catorce años y Julián la acompañó el primer día de clase. Se agarraba fuertemente del brazo de su padre como si fuera una cría; le aterrorizaba entrar allí, nunca había visto tanto niño junto.

—¿Y si les caigo mal?

—Pues entonces le das la vuelta a la situación, pero siempre a tu favor —le aconsejó Tresser con su habitual pragmatismo—. No te pelees con nadie, pero si te atacan, defiéndete.

Luba entró en el aula atenazada por el miedo. La profesora aún no había llegado y los niños y las niñas charlaban entre ellos en voz alta y se reían a gritos. Se sentó en la última fila, en el primer pupitre que vio vacío. Una niña se acercó enseguida para expulsarla de allí. Mala suerte: era la peor de la clase. Pésimas notas, padres en proceso de separación, enfadada con el mundo.

—Aquí me siento yo. Lárgate.

—Perdona, no lo sabía.

—Pues ya lo sabes.

—Me llamo Luba. ¿Y tú?

—No te hagas la simpática, no me gusta la gente nueva.

Luba se levantó para dejarle el sitio libre y, con un rápido movimiento, abrió su mochila, sacó una baraja y se la tendió. A la antipática niña no le dio tiempo a reaccionar: «Corta un par de veces y elige una carta», la invitó. ¿Quién podría resistirse al reto de la magia? La joven, aún con el gesto adusto y desconfiado, cortó, barajó y eligió un naipe que iba a guardarse en el bolsillo cuando Luba le explicó que se lo tenía que dar a ella tras memorizar cuál era. Se lo entregó y, recelosa, estuvo pendiente de todos sus movimientos con las manos. La aprendiz de maga integró en la baraja la carta elegida, mezcló varias veces y la animó a que se acercara a ella, para que comprobara que no había truco alguno; pero sí lo había, lo ensayó muchas veces con Samuel.

—¿Es el siete de copas? —le preguntó Luba.

—¿Cómo narices lo has sabido? —La muchacha abrió la boca, asombrada.

—Porque lo estoy viendo sobresalir del bolsillo de tu anorak.

Y ahí estaba el siete con sus copas. Aquella alumna agria abandonó su tono bronco y llamó a otras compañeras para que Luba les hiciera más magia. A partir de entonces no la molestaron nunca, a pesar de que era una solitaria y no tenía amigas. Trataba a todos con cordialidad, intentaba que no se le notaran sus pocas ganas de socializar, incluso les pasaba apuntes —era buena estudiante—, pero entre ella y los demás mediaba un abismo. Por eso no supo defenderse de su profesora de inglés, Poppy Altamira. No lograba comprender su actitud. Le cuestionaba todo: exámenes, redacciones, pronunciación. Luba sacaba algunas veces notable y ella la reñía por no haber llegado al sobresaliente. «Eres descuidada, nunca trabajas lo suficiente. Dicen que haces trucos de magia en los recreos. ¿Eso es todo lo que vas a aprender en la vida, a hacer tonterías con las cartas?». Poppy la acosaba, no la dejaba respirar, sin que Luba supiera por qué. «Es una tarada —le comentó un compañero de clase—. A veces le coge manía a alguien, se le va la pinza y se pasa varios pueblos, como está haciendo contigo, pero luego se olvida y aquí no ha pasado nada». Se lo comentó a su padre; no sabía cómo lograr que Poppy dejara de meterse con ella.

—A mí no me importa que me insulte —le dijo a Julián—, durante mucho tiempo para mí fue lo normal, pero ya son muchas cosas a la vez y no puedo con ella. A lo peor le molesta mi pasado y le doy asco. ¿Cómo se habrá enterado?

—Luba, en primer lugar, no hables así de ti misma, llevo años insistiéndote en eso —le reprochó su padre—, y en segundo lugar, insultar no es lo normal nunca. Ni acosar tampoco. Incluso puede ser delito. ¿Qué te he dicho siempre?

—Que le dé la vuelta a la situación y la ponga a mi favor. Pero ¿cómo hago eso?

—Piénsalo, ya se te ocurrirá algo —la animó Julián.

Estaba convencido de que la niña tenía que fabricar sus propias herramientas para afrontar la vida. No quería educarla en la

debilidad.

A la muchacha le costó dar con la solución a sus problemas con Poppy, pero la encontró. Por fin, decidió que sus pequeños y malditos pechos manoseados, baboseados y chupados por los hombres que pagaron para violarla de niña iban a servir para algo. Tras ver por casualidad en las noticias a las activistas feministas de FEMEN, que descubrían sus pechos públicamente para llamar la atención sobre sus causas, Luba llegó un día a clase, se levantó el jersey delante de la profesora y le mostró sus senos, sobre los que había escrito con rotulador rojo: «No me tengas manía, Poppy, por favor».

Los alumnos se quedaron perplejos y se les escapó un grito de sorpresa; después, ovacionaron a Luba. Fue tal el escándalo que la directora del centro, junto a la profesora, la citó en su despacho y llamó a su padre para pedirle que acudiera al instituto lo antes posible.

—No sé qué decirles, es la simple queja de una adolescente que se siente acosada por su profesora —justificó Julián a su hija, sentada a su lado—. Admito que había otras maneras de quejarse, pero Luba ya les ha explicado que eligió esa porque pensó que así llamaría la atención de la señorita Poppy.

La profesora se defendió atacando a la alumna, esgrimiendo que no rendía lo suficiente, a pesar de los notables obtenidos en casi todos los exámenes. Él la cercó varias veces y desmontó sus argumentos.

—No es habitual, yo diría que incluso es extravagante —confrontó Julián a Poppy—, reprochar a una alumna que solo haya sacado un notable en vez de un sobresaliente. Y yo me pregunto: si un día lograra ese sobresaliente, entonces ¿el problema sería no sacar una matrícula de honor? No tiene sentido, hay en todo esto una inquina que nada tiene que ver con el rendimiento escolar de mi hija.

Al final, la directora decidió expulsar dos días a Luba y la obligó a pedir disculpas a Poppy, cosa que la niña hizo educadamente. Cuando aquella conversación se dio por concluida, Tresser pidió a su

hija que le esperara fuera. Y entonces le dijo a Poppy, delante de la directora:

—Mi hija pronuncia el inglés perfectamente. Sin embargo, a usted se le traba la lengua con frecuencia. Sin ir más lejos, el pasado viernes salió arrastrándose de un *pub* irlandés porque no se tenía en pie de la borrachera que llevaba. Yo estaba allí por casualidad con un amigo. Daba usted vergüenza, señorita Poppy. No pague con mi hija su resaca y esfuércese por darle ejemplo y transmitirle valores, ¿de acuerdo?

A partir de entonces, la actitud de la profesora mejoró, sin llegar a la cordialidad, pero sin insultos ni acosos. Los compañeros de clase respetaron a Luba aún más, la consideraban una valiente y Julián se alegró de que el asunto se solucionara. No había estado en ese *pub* por casualidad: había seguido a Poppy un par de veces y comprobó que acudía allí cada fin de semana con un grupo de amigos. Bebían *whisky* irlandés y pintas de cerveza como si fueran vasos de agua. No le había comentado a Luba aquella pequeña trampa: quería que pensara que fue ella sola quien había resuelto el asunto, lo cual además era verdad. Él realmente hizo muy poco en comparación con el esfuerzo de la niña para enfrentarse al problema y resolverlo, aunque de un modo un tanto estrambótico. Para ella no era fácil conectar con un mundo del que no supo nada hasta que la liberó Julián, encerrada con hombres en los burdeles. Julián siempre pensaba en los cientos de miles de niñas que no habían tenido la suerte de su hija y nunca serían rescatadas.

—Tenemos que comprar champán para cuando vuelva mi padre. Se lo merece. ¿Lo haremos, Adelaida? —propuso Luba, repentinamente animada.

—Lo haremos —contestó ella distraídamente, tecleando en el ordenador el informe, evadiéndose durante unos minutos de la falta de noticias de Julián.

El joven suicida había estado a punto de conseguirlo, el seguimiento de su caso hasta el momento no había sido suficiente. Reconducir su mente para que entrara en ella la esperanza en el futuro llevaba tiempo y eso le había facilitado el camino para buscar

el modo de morir. «Nosotros fallamos al permitir que cancelara su visita, y también porque…». Adelaida no pudo seguir; de repente, la angustia invadió todo el espacio.

Capítulo V

«SI PUDIERA llamarte, Adelaida…», susurró Julián tiritando de frío. Encogido tras una roca de la cala mínima, abrigado el cuerpo con sus pantalones a modo de chal, sus piernas desnudas, Tresser bendijo el amanecer porque le procuraría el calor del sol. Apenas había dormido y tenía mucha sed. Aun así, estaba decidido a escalar el peñasco. Por la noche había visto iluminados los buques mercantes que salían del puerto de El Pireo y las luces titilantes de las islas. Estaba en la civilización y, sin embargo, era un náufrago; insistía en aquella paradoja que podría conducirle a la muerte.

Había vivido la noche con amargura, abordando cuestiones que nunca hasta entonces se había planteado. Pensó mucho en Pablo, el hijo que estaba a punto de nacer; pensó en Adelaida, que nunca le perdonaría dejarla sola si no conseguía salir de allí; pensó en Luba, en cómo sobreviviría sin él y en el retroceso emocional que sufriría si no regresaba con vida. Y, por supuesto, pensó en los mandos, en sus superiores. Citarse con un agente del CNI sin comunicárselo a su inmediato superior había sido un error. Recelarían de él, por mucho que les asegurara que fue un encuentro improvisado y nada sabía del asunto que iba a tratar Norberto con él. Para empeorarlo todo aún más, había acudido al encuentro poco antes de que estallara el yate.

Expulsar aquellos pensamientos negativos que todavía perduraban al amanecer requería ir desactivándolos uno a uno, como si fueran pequeñas bombas de relojería. Tresser no se veía capaz, así que cargó con ellos cuando abordó de nuevo el peñasco, pero estaban vivos, se ramificaban, unos se unían a otros y se hacían más fuertes.

No se reconocía a sí mismo: había perdido el control. Tenía que recuperarlo.

Cambió de planes a los pocos metros del ascenso: descendió del primer saliente, saltó a la arena, se desnudó y corrió hacia el mar para darse un chapuzón y calmar su inquietud. El agua estaba mansa, nada que ver con el día anterior, con la mar arrastrándolo, agotándolo. Ahora su frescor le resultaba agradable, pero su necesidad de beber agua se incrementó al escuchar el suave chapoteo de las olas. A lo lejos vio dos veleros que cruzaban el horizonte, agitó los brazos, aunque sabía que no serviría de nada. Si al menos fondeara alguno cerca de la cala, podría plantearse nadar hasta la embarcación con las pocas fuerzas que le quedaban, pero eso no sucedió. Los veleros continuaron su rumbo, indiferentes. Observó un ave que volaba alto y describía círculos en el aire, como hacían las rapaces al avistar una posible presa, pero, al fijarse más en ella, vio que no tenía alas o, al menos, eran de poca envergadura. El ave descendió hacia él y entonces pudo ver con claridad que no era un pájaro, sino un artefacto, un pequeño dron. ¿De quién? ¿De alguien dirigiéndolo desde alguna playa del litoral? La esperanza, hasta entonces agazapada, saltó a la primera línea. Hay un ser humano cerca de aquí, se dijo, animado, mientras le hacía señales al dron para que lo auxiliaran.

Unos minutos después, apareció una embarcación de Salvamento Marítimo que fondeó a unos cincuenta metros de la playa mínima.

Lo habían encontrado. Estaba a salvo.

Todo transcurrió muy rápido a partir de entonces: Julián salió corriendo del mar para vestirse, una lancha se acercó a la cala con dos agentes y lo recogieron, lo envolvieron en una manta térmica, le dieron agua y una chocolatina, le preguntaron en inglés cómo se

encontraba. Les contestó que estaba bien; la adrenalina y la excitación enmascaraban su debilidad física y Julián actuaba como si estuviera en plena forma. Cuando la patrullera se alejó de la playa y bordeó el litoral, descubrió con sorpresa que había sido un náufrago de chiste en un islote mínimo, al igual que su cala también mínima; no sabía si reírse de sí mismo o avergonzarse al imaginarse dentro de una viñeta de un tebeo.

Avistaba desde la embarcación los peñascos tan escarpados y cohesionados, como si fuera un ciclópeo bloque de piedra clavado en el mar y lanzado desde el cosmos. Al islote se lo conocía como *Antartónisos*, «el guerrero» en griego, le dijeron. Debía su nombre a que sirvió de refugio a la resistencia griega durante la ocupación del país por parte de Alemania e Italia en la Segunda Guerra Mundial. Medía tan solo seiscientos metros de longitud y trescientos de anchura, estaba deshabitado y únicamente aparecía en los mapas de navegación, a tres millas náuticas del puerto de El Pireo, a cinco kilómetros y medio nada menos. Desconocía Julián cuántos había nadado y cuántos había sido arrastrado semiinconsciente por el mar hasta arribar al islote. Necesitaba que le dejaran un móvil para hacer las llamadas más prioritarias.

—Adelaida…

—¿Julián? ¿Eres tú? ¡Qué susto nos has dado! ¿Estás bien?

Tresser escuchó aquella voz emocionada y le afectó: estuvo a punto de venirse abajo, pero su obsesión por el autocontrol le hizo mantenerse entero.

—Estoy bien. ¿Y tú? ¿Y el bebé?

Había estado muy preocupado por la madre y el futuro hijo; durante la larga noche temió muchas veces que, por culpa de su desaparición, se malograra de nuevo el embarazo.

—Sí, estamos perfectos los dos. Pero ¿dónde narices estabas? Lo hemos pasado muy mal. No te lo perdono.

—No me lo perdones, ni yo mismo entiendo qué ha ocurrido. ¿Está Luba contigo? Me gustaría hablar un segundo con ella.

Su hija era frágil, tan asustadiza como un pajarillo caído del nido. La había imaginado haciendo constantes preguntas a Adelaida sobre

su paradero, agobiándola con sus miedos, abrazada a su gata Greta como único asidero.

—Papá, pensaba que iba a perderte. Háblame, dime algo, quiero escuchar tu voz.

—Estoy bien, Luba. Ya no tienes de qué preocuparte. Mañana estaré en casa. Cuida de Adelaida, ¿de acuerdo?

La segunda llamada fue para su comandante, esa no iba a ser tan agradable.

—Me alegro de que estés bien, Tresser, pero vas a tener que darme muchas explicaciones cuando llegues a España.

—Por supuesto, mi comandante.

—El coronel jefe también quiere hablar contigo. Ya te adelanto que estamos perplejos con lo que te ha sucedido.

Tresser asumió el reproche y también lo dificultoso que le iba a resultar explicar su peripecia. Tendría tiempo durante el vuelo de regreso a Madrid para elaborar una disculpa verosímil sobre un hecho que no tenía justificación alguna. Renegó de Norberto, una vez más. No le importaba cuál había sido su destino, si estaba vivo o muerto, pero sí el de los demás. Les preguntó a los agentes de Salvamento Marítimo. Obviamente, no se salvó ninguno de los que estaban a bordo cuando el yate estalló; aún no se habían recuperado los cuerpos, tampoco sabían quiénes eran los tripulantes ni cuántos estaban a bordo. «¿Y los de la fueraborda?», se interesó Tresser. Les extrañó la pregunta. Nada sabían sobre esa embarcación. Julián se dio cuenta de que tal vez fuera el único que sabía que Norberto y dos o tres personas más se estaban acercando al puerto cuando explotó el barco, porque él estaba citado con una de ellas. Tendría que notificarlo a la Policía griega y así enterarse de si alguno había logrado salvarse. Pero ahora tenía que hacer una última llamada: necesitaba hablar con Coira, su agente de mayor confianza en su unidad de la UCO.

—Soy el capitán Tresser —le dijo cuando contestó la llamada.

—¡Mi capitán! —exclamó Coira, emocionado—. ¿Estás bien?

—Lo estoy. Hablaremos cuando regrese. Te voy a pedir un favor personal.

—Lo que ordenes, mi capitán.

—Tienes que acceder con discreción a la lista de asistentes al encuentro de Atenas y buscar a una capitán de los *carabinieri* italianos llamada Chiara Ferramonte.

Tresser jamás olvidaba un nombre.

Capítulo VI

MARA y Alessia se habían separado tras abandonar el piso franco, citadas ambas en lugares distintos por sus superiores: una en la ermita de San Antonio de la Florida, alias *Goya*, y otra en la estación de tren Príncipe Pío, *Alitas* en clave. Los hospitales, cementerios, estaciones de trenes e iglesias formaban parte de los lugares cuyas características ofrecían seguridad. Se utilizaban como refugio ante una situación comprometida, para encuentros discretos entre agentes o como escenarios idóneos para establecer un *buzón muerto*, emplazamientos ocultos para dejar y recoger mensajes.

Al igual que muchas de sus compañeras, Alessia y Mara trabajaban su aspecto para parecer mujeres anodinas. Debían pasar desapercibidas en su faceta personal y, en su trabajo como agentes de inteligencia, aún más. Llevaban una doble vida que jamás podía ser descubierta. Vestidas con prendas que no lucían y con cortes de pelo sencillos, no eran nadie y posiblemente nadie se fijara en ellas. Únicamente se transformaban cuando la misión lo requería, como cuando Mara se convirtió en una atractiva conductora que golpeó por detrás al coche de Dominik —así contactó con él para convertirlo en su fuente—, o cuando Alessia fue una simpática vecina que se infiltró durante un año en la vida de una funcionaria del Ministerio de Industria, sospechosa de ser una fuente de la inteligencia rusa. Descubrió que lo era y la mujer confesó que lo hizo por dinero. Tras la invasión de Ucrania, todo empezaba y acababa en Rusia, el villano

de la historia, el país gamberro, el desestabilizador de Occidente, la nación de la que Putin quería hacer un imperio.

Las dos agentes se despidieron cuando ya anochecía en un portal oculto tras un andamiaje de obras, cercano al piso franco, en uno de los edificios señoriales que ennoblecían algunas de las calles aledañas a la Gran Vía madrileña. Mara se había llevado consigo el portátil de Dominik, que prometía información sustanciosa, así como el *pendrive* y la mochila para revisarlos a conciencia. Seguía impresionada; perder a una fuente por asesinato le parecía tremendo, perder a un compañero de cama, también. El sexo era su punto débil, le hacía sentirse viva y le insuflaba energía, y le gustaba practicarlo con hombres que le atraían, como era el caso de Dominik. A veces, temía bajar la guardia por este asunto y pensaba que era precisamente lo que había ocurrido con el asistente húngaro. Llevaba un arma oculta, posiblemente no era quien decía ser. Se insultó a sí misma, se llamó «aficionada de mierda», se prometió con decisión que nunca más volvería a suceder. Salieron del piso franco dejando dos cadáveres atrás. Podrían haber sido tres si ella hubiera estado en la cama con Dominik; la salvó estar en el *confesionario* con Alessia.

—En nuestra profesión se juega constantemente con la suerte, la buena y la mala —reflexionaba su compañera mientras Mara se castigaba por el error cometido—. A Dominik y a los ucranianos les ha tocado la bola negra. ¿Lo has pensado alguna vez? Rusia es un pueblo que jamás ha tenido una democracia, por eso es como es, sumiso y resignado. De los reyes y los zares pasaron a los sóviets y luego a Putin, un tipejo *molto pericoloso*. —La espía intercalaba muchas veces palabras o frases en italiano, pues era su segunda lengua, ya que su padre era milanés.

—Rusia es trágica, siempre lo ha sido —sentenció Mara—. Los chinos son otra cosa, su vida es el trabajo, son hormiguitas diligentes obsesionadas con dar el *sorpasso* a Occidente y liderar el mundo —afirmó mientras sacaba de su mochila el móvil de la ejecutora muerta.

—¿Qué haces? ¿Es el móvil de ella?

—Quiero verlo antes de irnos de aquí, por si tuviera desbloqueado el acceso. Necesito saber quién le ha dado la dirección del piso franco; puede ser uno de los nuestros, incluso puedes ser tú o puedo ser yo. —Se rio de su propia broma.

Acceso bloqueado. Mara hizo tres intentos en el gráfico de desbloqueo. Al tercero, el dispositivo soltó un chispazo y salió humo de su interior, como si hubieran combustionado los componentes. A Mara le quemó en las manos y lo tiró al suelo.

—¡Hostia! —exclamó.

—Lo tenías que haber entregado al Centro —le reprochó Alessia, observando el aparato chamuscado—. Ahora sí que no hay nada.

—No te rindas tan fácilmente. Nuestros técnicos son muy buenos, recuperarán la información. Soy yo quien ha usado este piso franco, por eso me preocupa que lo hayan puesto al descubierto y, de paso, a mí también. Esperemos a ver qué nos cuenta esa llave de taquilla. —Mara decidió no darle más importancia al asunto del móvil inmolado y cambió de tema—: Y ahora, Alessia, ¿me vas a contar de verdad qué te ha ocurrido en Atenas?

—En realidad no sé lo que puedo y lo que no puedo compartir, no lo tengo claro en estos momentos.

—Lo entiendo. La información es el tesoro que guardamos o el que siempre perseguimos. —Mara no insistió—. Pero ¿al menos se te ha pasado el susto?

—¿Importa eso ahora? Acabamos de dejar dos cadáveres para que se los lleven Dios sabe dónde. Estoy preocupada, sí, pero mantengo el control.

—Yo también lo estoy, me ha afectado más de lo que debería, pero es que ha sido todo tan brutal. ¿Crees que la rubia iba a por mí? Quizá Dominik haya sido un error, pero él se defendió, murió con su arma en la mano.

—Habrá que analizarlo. El Centro te va a hacer muchas preguntas. Si aceptas un consejo, deja el sexo a un lado cuando trabajes si no es necesario. *Mamma mia*… —suspiró Alessia—. Cuánto me gustaría ahora una larga ducha en mi casa y ver *La sirenita* en pijama con mi marido y mi niña.

—Una ducha en casa, sí… —anheló también Mara—, y luego ponerme guapa e irme de copas con mis amigas, las alegres divorciadas cuarentonas que no tienen ni idea de quién soy en realidad. Qué gusto bajar del escenario un ratito, ¿verdad?

—Sueño con eso, con estar un par de días enteros con mi familia. No estoy viendo crecer a mi hija, y eso no tiene vuelta atrás.

—Pero nos gusta nuestro trabajo.

—Sí, es verdad, pero mi hija se enfada cada vez que salgo de casa, incluso si voy a la compra. Piensa que tardaré mucho en volver.

—En fin…

—En fin…

Suspiraron las dos. Se despidieron sin saber cuándo volverían a verse.

En las primeras horas de la noche, tras el cierre de tiendas y oficinas, se llenaban las tabernas y los bares del centro de la metrópoli. En Madrid se socializaba todos los días, incluidos los dolorosos lunes. Mientras tanto, Daniela Vanucci —su nombre auténtico—, pero también Alessia Estora, Chiara Ferramonte, Julia Torresaltas o Michelle Giraud, entre otros alias más, aguardaba a su contacto en la ermita madrileña de San Antonio de la Florida. Sentada en los últimos bancos, siempre cerca de una vía de escape y controlándolo todo a su alrededor, contemplaba en el ábside las pinturas al fresco de Francisco de Goya, de ahí el nombre en clave del lugar. Representaban a los personajes del milagro de san Antonio, que resucitó a un hombre asesinado para demostrar que el detenido por el crimen, el propio padre del santo, era inocente. Bajo un cielo enmarcado por las nubes, todos se asomaban a una barandilla circular que recorría la bóveda. Ya conocía esa pequeña ermita dieciochesca cuyos frescos le contaban historias que le entretenían las esperas. Siempre se preguntaba por aquellas mujeres ángeles. Le parecía también un milagro que el clero del siglo XVIII no las hubiera censurado por el mero hecho de que fueran féminas, porque, aunque los ángeles era bien sabido que no

tenían sexo, eran, sin embargo, un sustantivo masculino. Ella las llamaba *ángelas*, le gustaba.

Pero ahora ninguna de aquellas cuestiones calmaba su inquietud. ¿Qué había pasado en ese piso franco? Dos muertos casi al mismo tiempo y la ejecutora las llamó «hijas de puta» antes de morir. Había entendido sus palabras porque se defendía bien en ruso, como en otros tantos idiomas; era un requisito inexcusable aprenderlos y el Centro promovía constantes cursos intensivos. Alessia percibía que la guerra en Ucrania había desatado una ansiedad que circulaba soterrada por el proceloso cosmos de los espías. Todos querían saber todo sobre el enemigo: desde su capacidad armamentística hasta los borradores de la Unión Europea sobre futuras sanciones a Rusia, por no hablar de las fábricas ocultas de drones o los planes secretos de Estados Unidos para armar al país invadido. Además, Donald Trump había anunciado que se presentaba a la reelección para la presidencia diez meses después de la invasión de Ucrania. Otra preocupación más para el espionaje, porque era un hombre imprevisible, autoritario y caprichoso. Si ganaba las elecciones, todos estaban convencidos de que complicaría aún más las cosas porque no se llevaba del todo mal con Putin.

Deteniendo su mirada en una de las *ángelas* de cabellos rubios y delicadas formas, Alessia pensó en Norberto —en realidad, no había dejado de hacerlo desde que había salido de Atenas—, el mejor jefe que había tenido desde que se convirtió en agente de inteligencia hacía ya diez años. Ella tenía entonces veintiocho y, tras estudiar Psicología y dirigir un centro de menores conflictivos, un buen amigo militar, Javier, con el que terminaría casándose y que continuaba siendo su pareja, le propuso trabajar en inteligencia. Le atrajo la idea de ser espía, era un servicio a su país, aunque también una aventura excitante. Las pruebas de ingreso fueron durísimas, pero al final fue seleccionada; ni ella misma se lo creía. Tras años participando en complicadas misiones de contrainteligencia, ahora se sentía huérfana sin Norberto, como si los vínculos con el Centro se hubieran quebrado de repente. No creía que su jefe hubiera sobrevivido a la explosión, aunque estuviera en la fueraborda y no

en el yate. Ella estaba vigilando en aquel momento al capitán Tresser en el bar Moby Dick de Spatholimani.

—Somos de la misma promoción y necesito hablar con él —le había dicho Norberto a Alessia por la mañana temprano mientras desayunaban en la cubierta del yate, pocas horas antes de que estallara—. Lo he llamado y no quiere saber nada de mí. Cuánto decepcionamos los de inteligencia, ¿verdad?

—Es inevitable. Supongo que alguna vez fuisteis amigos.

—Lo fuimos. Me apoyó, sobre todo a mis padres, cuando ETA asesinó a mi hermano, guardia civil como yo. Hace de eso ya muchos años. —Se le ensombreció la mirada—. Tresser es un hombre difícil, pero leal.

Debía de serlo. Norberto había elegido Atenas para su cita de alto nivel precisamente porque sabía que Tresser se encontraba en la ciudad del Partenón. Alessia recordaba perfectamente la conversación que habían mantenido en el yate y en la que su jefe compartió con ella su inquietud por los acontecimientos que se estaban desencadenando.

—Están pasando cosas muy graves, Daniela. —Norberto era el único que la llamaba por su nombre real en el Centro—. La invasión rusa ha movido todas las piezas con las que se jugaba en el tablero del orden mundial; hay un antes y un después de esta guerra. Son momentos de no confiar en casi nadie, incluso tampoco en los nuestros. Ya han muerto dos de los supervivientes del lago —le recordó mientras servía el café—. La única forma de preservar un secreto es que todos los testigos desaparezcamos.

—Pero ¿qué secreto es ese, compartido por ocho personas? Eso ya no es un secreto, es información a la vista de todos.

—Se trata de un tema de seguridad, información clasificada, no puedo decirte más.

—¿Son los chinos? ¿Los rusos? ¿O tal vez el misterioso Romano? —La agente se mostraba desconcertada ante la falta de concreción de su jefe—. Me pregunto qué se trató en el lago de Islandia para que nos quieran a todos muertos. Tengo derecho a saberlo. Me iría bien seguir viva, ¿sabes? Tengo una hija y un marido.

—No me pongas la excusa de la familia a estas alturas, Daniela.

—Pues te pongo la excusa de seguir viva, ¿te parece bien?

Una oleada de brisa impregnada de salitre la envolvió. Cerró los ojos un instante para aspirar su fragancia, mezclada con el aroma del café del desayuno, y la mente empaquetó un recuerdo y se lo envió: de niña, en la playa malagueña de La Caleta, su madre le dio una bofetada porque se metió en el agua antes de que finalizaran las dos horas de la digestión tras la comida. Se sintió tan humillada delante de sus amigas, que se tumbó en la arena y se cubrió entera con la toalla, para no ver a nadie ni que la vieran. Ahora la bofetada se la había dado Norberto, subestimando el valor que para ella tenía su familia. Le había dolido. Y Norberto lo notó en su mirada, aunque no rebajó el tono.

—Te pido disculpas por las heridas que te cause, no serán la últimas. Nuestro trabajo es el que es y las excusas no están bien valoradas. Es mejor que te las ahorres, deberías saberlo ya.

—*Cazzo! Non capisci*? —se encaró con él—. No se trata de excusas, sino de que ya han caído dos y nadie parece atar cabos. Lo saben en el Centro y no hacen nada.

—Vamos a ver si lo aclaramos: el que no hayas sido informada no significa que no estén tratando el asunto. Es complicado, en cualquier caso.

—Todo es complicado en nuestra profesión. Con eso no me dices nada. *Niente*.

—Es verdad, no te digo nada, pero debes entender que solo pueda informarte de lo que me interesa, así lo hacemos nosotros. Oficialmente, las muertes de los dos agentes que estaban en el lago no son homicidios, aunque en realidad lo sean. Parece solo una cuestión de mala suerte que ambos hayan fallecido en accidentes, ¿verdad? Un atropello en una recta con absoluta visibilidad y un despeñamiento haciendo escalada, ya ves tú. Insistes en acusar a Romano, pero ya sabes lo que pienso de ese sujeto.

Romano, de nuevo, se colaba en conversaciones de espías. No se sabía si detrás del nombre había un individuo o una organización mercenaria que mataba por encargo y compraba y vendía

información al mejor postor. Nadie lo había visto jamás, era escurridizo, enigmático. Quienes trabajaban para Romano, algunos descubiertos y capturados, aseguraban no haberle visto nunca el rostro. Los contactaba en la web oscura, una zona opaca de internet que no aparecía en los motores de búsqueda y que, al estar cifrada, preservaba el absoluto anonimato de los usuarios. Era un espacio seguro para la libertad de expresión en países sometidos por dictaduras, pero, a la vez, un foso profundo y oscuro a donde acudían los reptiles: traficantes de drogas, armas y personas, encargos de asesinatos, pornografía infantil, extorsión y, en suma, mercados negros de todos los palos de la baraja.

Romano, una institución en aquel mundo, había saboteado diversas operaciones de espionaje occidental contra la inteligencia china, rusa e iraní y asesinaba por encargo. Era invisible, trabajaba en las sombras y era difícil de cazar. Pocos días después de la invasión, los rusos hackearon un enjambre de drones del Ejército de Ucrania y les dieron la orden de atacar el pueblo de Buzova. Nunca se mencionó que había sido atacado de ese modo, para no publicitar la vulnerabilidad de un material de guerra cuyo *software* no estaba todavía lo suficientemente blindado. Como acostumbraba a hacer en la web oscura, Romano subió la imagen de la estatua más famosa del emperador romano Augusto, conocida como Augusto Prima Porta, y la colocó bajo la foto de la ciudad bombardeada. Era su firma.

Diversas agencias de espionaje, incluida la española, habían intentado contactar con él y hubo un agente británico del MI6 que, tras varias semanas chateando para encargarle un asesinato —obviamente, era solo un ardid—, consiguió una cita en una exclusiva coctelería de Londres. La reserva era para dos, pero Romano no acudió. En la mesa encontró una tarjeta en la que se le decía que estaba invitado a un «Vodka Martini. *Shaken, not stirred*», en referencia al modo en que lo tomaba siempre James Bond: «Agitado, no revuelto». Era una forma poco sutil de señalarle como espía al servicio de Su Majestad. Los camareros no sabían nada de aquella nota. La ausencia de cámaras en un lugar donde se cuidaba

en extremo la privacidad no permitió localizar a quien dejó la tarjeta. A pesar de estar invitado, el agente tuvo que pagarse su Martini.

Según creía Norberto, el personaje no existía como tal, sino que en realidad eran mercenarios que se vendían a quien mejor les pagara del otro bando. Alessia, por el contrario, pensaba que sí había un solo individuo que dirigía todas las operaciones. Pero no podía probarlo. «Si fuera real, el Mossad, la CIA y el MI6 ya lo hubieran cazado hace tiempo», le había insistido su jefe. Sin embargo, ella defendía su tesis: a Carlos *el Chacal*, uno de los más sanguinarios terroristas del siglo XX, tardaron veinte años en capturarlo.

A Alessia le perturbaba Romano. En el yate, frente al Mediterráneo inmenso, tenía la sensación de que los vigilaba desde algún lugar. Era como un monstruo mitológico con decenas de ojos y oídos que captaban todo lo que acontecía en el mundo. No podía imaginar lo que ocurriría aquella fatídica mañana. Tres horas antes de que estallara el yate y mientras Tresser comenzaba su charla sobre procedimientos de negociación en atrincheramientos con rehenes y secuestros, el agente de la CIA Charlie Menéndez, estadounidense de origen puertorriqueño, subió a la lujosa cubierta del yate acompañado de su asistente.

—*Morning*! —dio los buenos días a Norberto y Alessia, apoyados en ese momento en la barandilla del barco.

—*Morning*! —le correspondieron al unísono ellos.

Instantes después llegaron la agente del MI6 Petula Wilson y su ayudante. Se sentaron todos a la mesa donde se había dispuesto el desayuno que ya habían finalizado los agentes españoles.

—Anda, ve preparándome los informes —le ordenó Norberto a Alessia—. La reunión está a punto de comenzar. Me quedo un rato charlando con mis colegas.

Ahora, bajo los personajes pintados por Goya, asomados a la barandilla como si la estuvieran vigilando desde lo alto, Alessia pensaba que aquella reunión clandestina de alto secreto en el yate —Norberto no había informado al Centro— se había organizado sin apenas seguridad. Había que correr ese riesgo para garantizar la

confidencialidad; solo así se podrían haber colocado los explosivos en la embarcación sin que nadie se diera cuenta. Dos o tres buzos nada más, tan fácil como adherir al casco la dinamita. Probablemente se informaría a la prensa de que la causa había sido la explosión del motor, que se hallaba repleto de combustible, de ahí el incendio. La verdad nunca saldría a la luz porque no habría investigación policial. El atentado se disfrazaría de accidente fortuito y el suceso quedaría enterrado para siempre. Nadie le haría justicia a Norberto, a los agentes que le acompañaban y al resto de la tripulación. Tras la muerte de un espía, todo lo cubría el silencio.

Capítulo VII

ALGUIEN se sentó al lado de Alessia en el banco de la ermita, una sexagenaria obesa, de cabellos cortos y canos, con dificultades para caminar; de hecho, llevaba una férula en una rodilla y caminaba con muletas. Sacó un rosario y comenzó a rezar los misterios en voz baja. Todo aquello le pareció una representación. Esa era la agente que esperaba, supuso Alessia. Pero la mujer siguió rezando sin reparar en ella e invadiendo su espacio, rozando sin disimulo la manga de su anorak. Se apartó de ella y se cambió a otro banco, también cercano a la puerta. Había doce feligreses rezando y seis visitantes que admiraban los frescos de Goya, los había contado y se había fijado en algunos elementos de su aspecto. La única que no le generaba confianza era la mujer de las muletas, a pesar de que minutos antes incluso llegó a pensar que era una de los suyos. Continuaba concentrada en el rezo y Alessia, resignada, no tenía otra opción que seguir esperando.

Una hora, sesenta minutos. Eran demasiados sin noticias del Centro, aunque tenía su lógica: habían perdido a uno de sus mejores agentes, uno de los más eficaces y leales, en una violenta operación de sabotaje. Alessia no había tenido más opción que informar sobre aquella reunión clandestina con dos agentes de alto rango de la CIA y del MI6 británico. Se lo había revelado por teléfono a Íñigo, el poderoso jefe de gabinete de Alma, la directora, tras aterrizar en

Madrid desde Atenas. «Se reunieron tres zánganos sin comunicarlo a la abeja reina», le dijo en clave.

—¿Una reunión que no nos habíais comunicado? ¿En serio? —le recriminó, tan enfadado que olvidó seguir con el símil de las abejas.

—Lo siento, no fue decisión mía, yo estaba bajo las órdenes de nuestro zángano.

—Quiero esta noche sobre mi mesa todos los informes que escribiste para él. Tengo que revisarlos antes de decirle a la abeja reina que no habéis cumplido con el deber de informar. Es un fallo grave —volvió a recriminarle—. Espera instrucciones.

Íñigo era un hombre insoportable, actuaba como si fuera el jefe del Centro y exigía información constantemente para filtrársela a Alma, la directora. Alessia no lo aguantaba, como muchos de sus compañeros. A todos se les hacía difícil tratar con él. Debido a su avidez de datos, la espía decidió examinar los informes antes de entregárselos, por si hubiera algo en ellos que la incriminara aún más. Entre unas cosas y otras, no había tenido ni un minuto para revisarlos. Estaba sola, no tenía ya el manto protector de Norberto. Debía protegerse diciendo la verdad, pero no toda, solo la que le interesaba. Desconocía el motivo de aquella reunión de alto nivel en el yate, Norberto nunca se lo dijo, pero alguien había descubierto el lugar secreto de ese encuentro en altamar y lo había hecho estallar por los aires. ¿Quién los había delatado? Era evidente que existía un topo en algún lugar. Solo los agentes presentes en el yate conocían el encuentro. La embarcación se había alquilado para una reunión de negocios y se había obligado a los miembros de la tripulación a firmar un contrato de confidencialidad, algo habitual cuando se realizaban acuerdos y transacciones empresariales que no podían trascender.

Ahora estaban todos muertos, menos ella, que salvó su vida porque no estaba allí, sino siguiendo al capitán Tresser, un hombre cincuentón y en muy buena forma física, que caminaba a paso rápido y constante hacia el bar Moby Dick. Alessia llegó allí casi sin resuello, a pesar de que solía entrenar en un gimnasio, en cualquiera que fuera la ciudad en la que se hallara y siempre que tuviera ese

tiempo libre. Había transformado su aspecto para no ser reconocida por el capitán. Se había quitado las cejas postizas que se había puesto para el aperitivo en el hotel, se colocó una peluca de media melena color castaño oscuro —siempre llevaba un par de ellas en la maleta— y se vistió con unos vaqueros, unas deportivas y un anorak.

Tresser aguardaba en una de las mesas, ante una cerveza y concentrado en su móvil. Recibió una llamada, fue corta; Alessia supuso que era de Norberto. Después, el guardia civil se levantó, dejó el dinero de su consumición sobre la mesa y paseó hasta la playa que había delante del bar Moby Dick, en realidad un chiringuito bien vestido. La agente no siguió al capitán para no ser descubierta, pues la playa estaba casi vacía, aún no había comenzado la temporada turística. Sentada a una mesa del local y ante una Coca-Cola, continuó vigilándolo disimuladamente a través del móvil, captando su imagen y ampliándola. Norberto la telefoneó.

—Acabo de subirme a una fueraborda para ir al Moby Dick. Quédate cerca, luego quiero hablar contigo.

Esas fueron sus últimas palabras, porque luego el yate se incendió. Alessia se quedó paralizada, pero Tresser corrió por la playa hasta la orilla, se descalzó y se lanzó al mar, supuso que para intentar salvar vidas. Observó, impotente, cómo nadaba de frente hacia el fuego, pero la corriente marina lo arrastraba hacia un lado. ¿Qué habría sido de él? Se impuso saberlo.

—Solo te puedo decir lo que voy a decirte, Daniela: hace dos semanas hubo un importante operativo en un lugar equis —recordó que le había revelado Norberto antes de que ella abandonara el yate — y tuvimos un cuidado extremo en que solo lo supieran los tres agentes que estábamos al mando. Las fuerzas especiales desconocían a dónde iban y para qué. Solo cumplirían las órdenes, pero alguien nos traicionó y fracasamos. Hay un topo, no sé si entre nosotros o en las otras dos agencias, la CIA y el MI6. La directora está al corriente, se lo he comunicado yo mismo, pero por si acaso y arriesgando mi puesto, no la he informado de esta reunión en el

yate para intentar de nuevo la misión. No podemos fracasar esta vez.

—¿Un agente doble? —Alessia estaba sorprendida, pero a la vez sabía que eso era inevitable.

—Somos agentes de inteligencia. Hacemos bien nuestro trabajo, y el enemigo también. Ahora mismo solo confío en Tresser.

—Si hay un traidor, nadie debe confiar en nadie, lo sé, pero ¿ni siquiera en Alma, nuestra directora?

—Ni siquiera.

—¿Y qué pinta aquí el guardia civil? ¿De qué nos sirve?

—Quiero contarle todo lo que sé.

—¿Para qué? No tiene sentido, no tiene atribuciones.

—Guardará mis secretos y él sabrá qué hacer. Hubiera sido un buen agente. Es discreto, lo suficientemente desconfiado y tiene facultades innatas para la deducción y la investigación. En fin, no puedo decirte más. Las cosas se han puesto muy feas. Como suele suceder en nuestro extraño oficio, soy el hombre que sabe demasiado.

Ahora ella era la mujer que, a pesar de la poca información que manejaba, también sabía demasiado.

La mujer de las muletas estaba intentando levantarse del banco y le pareció que necesitaba ayuda, pero seguía habiendo algo en ella que le generaba desconfianza y no hizo gesto alguno para auxiliarla. Alessia no se sintió segura y decidió salir de la ermita. En el pequeño jardín que rodeaba el templo había dos chicas charlando y un obrero subido a una escalera, parecía estar revisando el tejado de un pequeño edificio anexo a la iglesia. Ya había anochecido, pensó que no era normal que estuviera trabajando con linterna y no aguardara al día siguiente para tener luz natural, aunque tal vez la reparación fuera urgente y ella estuviera paranoica, reflexionó. Se acercó disimuladamente hasta allí para analizar la situación y, al tiempo, vio a su compañero Benjamín a punto de entrar en el recinto. Era de los suyos, al fin. Eso la relajó. Dio un paso adelante para ir hacia su compañero y sintió un estruendo a su espalda, un sonido seco y poderoso. Le pareció que la tierra temblaba bajo sus pies. Oyó

gritos. Sintió dos golpes secos sobre su cabeza y otro en el hombro. Permaneció inmóvil unos segundos, sin comprender qué había ocurrido. Lo supo al darse la vuelta: una parte de la cornisa de piedra del tejado había caído a medio metro de ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Benjamín, cogiéndola del brazo y apartándola de allí.

Las dos chicas que estaban charlando cerca de ella también le preguntaron por su estado y se ofrecieron a llamar a la Policía Municipal y al Samur. Benjamín les dijo que lo haría él y les agradeció el gesto.

—¿Estoy herida? —le preguntó.

—Sí, pero no es grave. Te has salvado de milagro. —Sacó un paquete de clínex del bolsillo de su abrigo y se lo tendió—. Presiona sobre la frente, te está sangrando un poco. Vámonos. Nosotros no hemos estado aquí.

Mientras caminaban hacia el exterior del recinto, Alessia volvió la cabeza en dirección al lugar donde había visto al obrero en la escalera. Ya no estaba allí. La mujer coja se alejaba del recinto con paso firme, casi corriendo, como si de repente se hubiera recuperado de la rodilla. Una última mirada le descubrió las muletas tiradas junto a una papelera. Nada había sido casual. Si la cornisa desprendida la hubiera matado, habría parecido un accidente.

—Estás temblando —le dijo Benjamín.

Era verdad, su cuerpo tiritaba bajo la ropa; a Alessia le estaba costando reponerse del susto. Se habían sentado en un banco de una avenida cercana a la ermita, aguardaban los dos unos minutos a que ella superara el *shock*.

—Sí, tiemblo. Por solo medio metro no estoy muerta, tengo la sensación de que a partir de ahora voy a vivir de prestado.

—No exageres, estás habituada a correr riesgos, lo que has vivido va incluido en el *pack*.

Benjamín era un hombre gris, reservado, pasaba desapercibido, treinta y cinco años, alto, flaco y medio calvo ya a una edad tan temprana, gafas de montura metálica, sonrisa fría o sonrisa tímida, dependía de la misión que se le encomendara, pero solo tenía esas

dos. Sin embargo, era bueno en las vigilancias y los seguimientos, podía aguantar largas horas tras un objetivo sin cansarse y tampoco se dormía en el coche en cualquiera de las guardias eternas que debía afrontar.

—Necesito tomarme un Martini en copa triangular. Eso me curará el alma, seguro —afirmó Alessia.

—Tenemos que informar de esto y luego ponernos a seguro en el piso franco de Móstoles.

—Les informaré ahora mismo, pero no pasa nada por redactar los informes un poco más tarde. Somos humanos y no podemos aspirar a permanecer impasibles cuando han estado a punto de matarnos. En una vida normal, se tardarían semanas en superar el estrés postraumático y yo lo voy a hacer en menos de una hora y con mucho esfuerzo emocional, no tengo superpoderes. Venga, vamos a por ese Martini de camino a Móstoles, tengo que volver a la vida.

Capítulo VIII

QUISO correr hacia ella y abrazarla, pero Julián no era un hombre efusivo y frenó el impulso; era su forma de ser y lamentó en ese momento no tener otra. Sin embargo, Luba no reprimió la emoción y, cuando su padre apareció por la puerta de llegadas del aeropuerto de Barajas, se abrazó a él, llorando y sonriendo a la vez. Tresser la abrazó también, ahora sí. Esa escena podría no haberse producido. En los peores momentos vividos en el mar, se vio regresando a Madrid en un ataúd en la zona de carga del avión.

—Papá, estás vivo, soy feliz.

Luba abandonó el abrazo y le cogió de las manos. Quería sentir su piel, su presencia, la seguridad que siempre le transmitía. Cuando estaba con él, se olvidaba de que ya había cumplido los veintitrés y se sentía como la cría que era cuando Julián llegó a su vida. No tuvo infancia, se la arrebataron los proxenetas y los pederastas. El poso de aquella niñez desvalijada se había quedado con ella en forma de una inocencia y una candidez que no se correspondían con la mujer adulta que era, sino más bien con la niña que no fue.

—¿Dónde está Adelaida?

Esa pregunta era ridícula, pensó. Con un embarazo de ocho meses, lo mejor era que lo esperara en casa.

—Se ha ido a la asociación, me ha dicho que ya te vería cuando llegaras a casa. Me ha traído Samuel, está en el *parking*, pero le

pediré disculpas y volveré contigo en tu coche, no quiero separarme de ti ni un minuto.

Se ha ido a la asociación, le había dicho su hija. Un mensaje de enfado de Adelaida. Entendido. Ya le dijo que no le perdonaba esas horas desaparecido, y la indignación aún sería mayor cuando le contara todo lo ocurrido. ¿Por qué te lanzaste al mar y nadaste hacia el incendio? Le haría esa pregunta y algunas más, pocas, porque sabía completar el relato sin necesidad de palabras. Era psiquiatra y estaba acostumbrada a deducir lo que sus pacientes no contaban cuando se encerraban en su silencio. En vez de esperarle, Adelaida se había ido a la asociación con la que colaboraba, una ONG dedicada a la prevención del suicidio y al acompañamiento de los familiares de quienes se habían quitado la vida. A Tresser le disgustaba que, a cuatro semanas de dar a luz y ya de baja por maternidad en el hospital donde trabajaba, acudiera con tanta frecuencia a la asociación para hablar de muertos o para disuadir a futuros suicidas, cuando ella estaba muy cerca de celebrar el milagro de vida. Aquel embarazo no había sido buscado, pero ambos no dudaron en seguir adelante. Era una gestación arriesgada, podría ocurrir lo mismo que con Carlota, y Julián no se veía capaz de soportarlo, pero Adelaida, que no huía de sus contradicciones, estaba ilusionada y, de algún modo, empeñada en demostrarse que podía ser madre, aun habiendo traspasado los cuarenta y con el riesgo de que algo saliera mal de nuevo. «Se lo debo a Carlota y me lo debo», le dijo cuando el predictor dio positivo. No entendía Julián qué deuda tenía con la hija que perdieron y consigo misma, cuando ella nunca había sentido la llamada de la maternidad. A Julián le bastaba con Luba y estaba orgulloso del reto que había supuesto devolverla al mundo tras rescatarla de la esclavitud y adoptarla, pero la llegada de un nuevo hijo le ilusionaba tanto como a Adelaida y lo único que le preocupaba era que llegara sano, como a todos los futuros padres.

—Papá, te he traído un regalo —le anunció.

—Solo tú me regalas cosas, me gusta.

—Mira en tu maleta.

—¿En mi maleta? —Los trucos de magia de su hija cada vez eran más sofisticados. Se preguntó en qué momento había introducido allí el regalo, cuando habían estado abrazados y luego cogidos de las manos—. No puedo abrirla aquí, Luba. Es el vestíbulo de llegadas, está lleno de gente.

—No es necesario que la abras, mira en las asas.

Julián lo hizo y descubrió que de una de ellas colgaba un paquetito atado a un cordel, y a la vez vio un sobre blanco que sobresalía del bolsillo posterior de la maleta. Lo sacó, pensó que era una sorpresa previa al regalo final. Le mostró el sobre.

—¿Qué haces? Ese no es mi regalo.

—¿No es tuyo? —le preguntó, desconcertado.

—No, no lo es. Tal vez ya se haya ido la magia —se quejó la joven, desilusionada.

—No pienses eso, tu magia acaba de comenzar.

Julián se guardó el sobre en el bolsillo de su cazadora. Ni era de Luba ni era suyo; alguien lo había colado en su maleta, como aquella nota en Atenas que introdujeron en su manga. Más tarde se ocuparía de eso, decidió. Observó con atención aquel paquetito que colgaba de las asas.

—Luba… Esto que has hecho es muy difícil —comentó, asombrado.

Lo era. ¿Cuándo lo había atado y de qué forma? Comenzó a desanudar el cordel, era complicado, el nudo estaba muy bien hecho.

—No pierdas el tiempo desatándolo, ya lo hago yo.

Acercó el rostro al cordel, sopló sobre él y lo deslió en un instante.

—Cada vez lo haces mejor. —Julián estaba atónito—. ¿Cómo lo has hecho?

—Es solo magia —respondió ella, sonriéndole y encogiéndose de hombros.

Julián desenvolvió el paquetito, lo abrió. El regalo era una pulsera de cuero trenzado de color verde.

—La he hecho yo, póntela para que, la próxima vez que estés desaparecido, no olvides que tienes una hija, que tienes a Adelaida y que muy pronto tendrás a Pablo. Eres nuestra alma y nosotros la tuya.

—No lo olvido, Luba. Me gusta mucho tu pulsera y la llevaré siempre conmigo.

Se acercó a su rostro, lo tomó entre sus manos y la besó en la frente.

—El verde… Ya sabes, eres guardia civil. He elegido tu color para que sepas que entiendo lo que haces, aunque no lo comprenda.

Julián se rio mientras se ataba la pulsera a la muñeca.

—Comprender y entender son lo mismo.

—No, entre uno y otro hay matices.

—Sí, es posible. ¿Te importa traerme de la máquina un botellín de agua? Tengo la boca seca y he de hacer una llamada importante justo ahora mismo. ¿Tienes monedas sueltas?

—Los magos siempre las tenemos —replicó su hija, risueña.

Cuando Luba se alejó de él, Tresser sacó el sobre de la cazadora y lo abrió. Dentro había una nota con un número de teléfono escrito a mano. Estaba seguro de que aquello estaba relacionado con Norberto. Sacó su móvil, marcó, esperó. Dos tonos, tres, cuatro. Estaba a punto de colgar cuando contestó una voz femenina.

—¿Sí?

—Alguien ha dejado en mi maleta un papel con este teléfono.

—¿Capitán Tresser?

—¿Quién es usted?

—Eso no importa. Me alegro de que lo hayan rescatado y esté a salvo. Tengo información sobre lo que sucedió ayer en Atenas. ¿Le interesa? A mí me interesa que la conozca.

—¿Conocía usted a Norberto?

—Es posible.

—No quiero juegos, o lo conoce o no lo conoce. La respuesta es bien sencilla.

—No es sencilla, sino todo lo contrario, muy complicada.

—Pues yo sí creo conocerla a usted. —Julián acababa de identificar su voz.

—Ya contaba con eso.

—Chiara Ferramonte, ¿verdad? La recuerdo. Supongo que si la busco en la lista de invitados de Atenas usted no aparecerá.

—¿Quiere información o no? La pregunta es bien sencilla, como usted dice.

—Día, lugar y hora.

—Esta noche, a las diez, en Madrid, en el vestíbulo del hotel Reina Victoria de la plaza de Santa Ana.

—Es muy precipitado.

—También lo que explota de repente es precipitado. Usted estaba allí. Lo toma o lo deja.

—¿Cómo la reconoceré? En España no creo que la vea disfrazada de *carabiniere*.

—Yo le reconoceré a usted. No volveré a llamarle si no acude.

—Y yo me iré a los dos minutos de conversación si no me interesa lo que me vaya a contar.

La mujer finalizó la llamada. No estaba previsto aquel plan. Sí, Norberto regresaba de entre los muertos.

Capítulo IX

EL TENUE sol del amanecer comenzaba a liberar la naturaleza de las sombras. Era muy pronto y Tresser ya estaba preparando el desayuno familiar en la cocina. A través de la ventana, contemplando la belleza lánguida de las brumas que acariciaban las encinas, bendijo su suerte por estar vivo. Había tenido pesadillas por la noche, no las esperaba; había soñado que nadaba desesperado entre el fuego en busca de su bebé, que estaba en el yate cuando estalló. Él mismo se preguntaba dentro del relato onírico qué hacía su pequeño en aquel escenario terrorífico, quién lo había llevado allí, hasta que la angustia y el estrés lo despertaron. Adelaida dormía. Sin embargo, él ya no pudo hacerlo; el pavor no le abandonaba. Pensaba también en Norberto, sentía algo parecido a un duelo, le resultaba extraño, porque lo había expulsado de su vida, pero ahora tenía que aceptar que lamentaba su muerte, que además fue violenta.

Decidió ir a la cocina y preparar desayunos, aunque fuera muy pronto. Le dio tiempo a leer con calma la prensa digital. La versión que publicaban los diarios sobre lo ocurrido con el yate en Atenas era, como poco, pintoresca. El Zeus II, de treinta metros de eslora y propiedad de la empresa de alquiler griega Paradise Now, había estallado por un fallo en el motor, que a su vez incendió el depósito de combustible y el de los bidones de reserva, lo que provocó la explosión. En ese momento, afirmaba la prensa, se encontraban a

bordo dos miembros de la tripulación y el capitán de la embarcación, que aguardaban frente al pequeño puerto griego de Spatholimani la llegada de un grupo de jóvenes que iba a celebrar a bordo una despedida de soltero. La información procedía de la agencia de noticias estadounidense Associated Press, más conocida por sus siglas AP. Obviamente, no se citaba a Norberto y Tresser se preguntó si se habría recuperado el cuerpo. Desconocía si tenía pareja e hijos. En tal caso, se planteó qué pensarían ellos sobre su trágica desaparición.

—¿Qué haces levantada tan pronto? —le preguntó su padre a Luba cuando la vio aparecer en la cocina en pijama, con Greta ronroneando entre sus brazos.

—No he dormido bien.

—¿Por lo que ocurrió ayer con Samuel?

—Solo tengo ganas de llorar.

—Ven aquí, anda.

Julián se levantó, fue hacia su hija y la abrazó, con Greta en medio de los dos, que no se quejó de que la apretujaran porque estaba adormilada.

—¿Quieres que hablemos?

—No, la mitad de mí aún está durmiendo.

Finalmente, se volvió a la cama. Julián estaba preocupado por su hija, se enfrentaba a una situación delicada que se había generado la tarde anterior. Cuando llegó del aeropuerto a casa con Luba y Samuel, Julián se encontró con la sorpresa de que su hija había dejado organizada una merienda fría para celebrar su vuelta: dos tortillas de patata, dos platos de langostinos y champán. La mesa ya estaba preparada, pero Adelaida no estaba allí para recibirlo, solo le esperaban Greta, que ronroneó y se frotó con sus piernas, y también la perrita tuerta Mirucha, que brincó una y otra vez hasta que Julián la cogió en brazos y la acarició. La gata se quejó, maulló, lo miró con sus fulgurantes ojos azules entre el pelaje negro. Julián captó el mensaje: dejó a Mirucha en el suelo y la cogió. Greta se puso panza arriba para que le acariciara la tripa. Después, se fue a buscar a Adelaida. La encontró en el dormitorio, tumbada en la cama,

acostada de lado. No sabía si dormía o no, pues la habitación estaba en penumbra, solo la iluminaba la lámpara de la mesilla. Sonaba en un pequeño altavoz inalámbrico la tristeza tan bella de *Al alba*, canción compuesta por Luis Eduardo Aute, pero interpretada por María Berasarte, la cantante donostiarra a la que tanto admiraba Adelaida. Su penetrante voz de cristal recorría el aire de la habitación narrando la última noche de un condenado a muerte en la España franquista. Julián se quitó la cazadora, se descalzó, se acostó junto a ella, la abrazó, colocó su mano en la barriga gestante y la acarició.

—¿Cómo estás? —le susurró al oído. Adelaida olía a perfume de jazmines, como siempre.

—No vuelvas a hacérmelo.

—Yo tampoco quiero pasar de nuevo por eso, ha sido duro.

—Durante tus veinticuatro horas desaparecido he estado viuda —dijo ella con la voz quebrada—, con un futuro bebé al que sacar adelante sola y la responsabilidad de ocuparme de Luba, que sin ti hubiera caído en el pozo más profundo.

—Lo siento. Lo que menos quería era preocuparte —se disculpó, apesadumbrado.

—Pues no lo has conseguido. Pensaba que la angustia por tu desaparición me iba provocar un aborto.

Al escuchar la palabra *aborto*, a Julián se le descompensaron los latidos cardiacos. Notó varios seguidos muy fuertes que resonaron en su esternón, pero intentó relativizar para no alterarla. No le convenía en su estado.

—Ahora estás bien, Adelaida. Al final no ha pasado nada, gracias a Dios. Además, ya no eres viuda, vuelves a estar casada conmigo. —Se abrazó más a ella—. ¿Eso ha sido una patada de Pablo?

Julián la notó bajo la palma de su mano, que seguía posada sobre el vientre de Adelaida.

—Sí, hoy ha dado varias, creo que está haciendo estiramientos.

—¿Estiramientos?

—Bueno, digamos que es ejercicio. Ha descubierto sus músculos y empieza a usarlos. Eso indica que está sano, Julián. Y ahora vas a

contarme qué es lo que te sacó del mundo durante un día entero.

—De acuerdo, pero antes déjame besarte…

Julián la besó en los labios y luego le contó lo sucedido: la cita con Norberto en Atenas, el yate que estalló, el islote desierto.

—¿Por qué te lanzaste al mar? —A Adelaida la había enfadado el relato, como había temido Julián—. ¿Qué vidas querías salvar, si el yate estalló y lo consumieron las llamas? No sé si te das cuenta del error que cometiste. Perdiste el control, no es propio de ti. Imagina que hubieras salvado a alguien. El mar os habría arrastrado y estoy segura de que, al menos, uno de los dos no hubiera sobrevivido. Quítate el disfraz de héroe, Julián, y no hagas más el idiota. Haznos ese favor a todos.

Tras la dura amonestación de Adelaida, no supo qué decir. Era la primera vez en su vida que cometía un acto irreflexivo, sin analizar la situación, movido por el impulso y el impacto de un suceso trágico.

—Tienes razón. No me explico por qué lo hice. ¿Cómo puedo compensarte?

—Con que recuperes el control, ya me vale.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

—No sé de qué me hablas —bromeó ella.

Descargaron entonces la tensión inicial, se rieron, se abrazaron, se besaron, estuvieron a punto de hacer el amor, pero él tenía la cita con aquella mujer, posiblemente una agente de inteligencia a las órdenes de Norberto, que seguía vivo a pesar de llevar varias horas muerto.

—No lo dirás en serio. ¿Acabas de llegar y ahora dices que te vas? —Adelaida apartó bruscamente de su cuerpo los brazos de Julián.

Decidió finalmente no acudir a la cita. Si la *carabiniere* seguía interesada, estaba seguro de que volvería a contactar. Quería conocer la verdad, seguía siendo un misterio para él lo que había ocurrido en el yate, pero no sería en ese momento. Ahora le tocaba a su familia, su refugio, su hogar, el mejor lugar al que él podía aspirar.

El capitán recordó lo poco que le gustaban las celebraciones, siguiendo la lógica interna del hombre solitario que era, y eso incluía la merienda que Luba había preparado para festejar su regreso y en la que, aun así, intentaría mostrar su mejor actitud. Veinticuatro horas antes estaba perdido en un islote, abandonado a lo que el destino le deparara, que bien podría haber sido la muerte por hambre y sed. Ahora estaba en casa, con los suyos, cenando tortilla de patata, pan con tomate, langostinos con mayonesa y un extraño gazpacho de zanahorias con anchoas —en realidad una papilla áspera— que había elaborado su hija y que quedó arrinconado en el extremo de la mesa. Brindaron con champán, Luba se lo había prometido a sí misma si su padre regresaba sano y salvo. Incluso Adelaida bebió un pequeño sorbo para celebrarlo.

Samuel y Luba, los dos aprendices de mago, hicieron tras la cena un número de mentalismo, una de las especialidades que estudiaban en el centro universitario de El Escorial. Invitaron a Julián y a Adelaida a sentarse en el sofá. Ella se recostó sobre él, quien a su vez la rodeó con su brazo. Greta se subió al respaldo y se colocó junto a la cabeza de Julián, y Mirucha se tumbó al lado de Adelaida. La sesión de magia, que formaría parte de una gala de alumnos que se celebraría en dos semanas, comenzó cuando Luba hinchó un globo que, les dijo, albergaba en su interior un papel en blanco. «Voy a experimentar un estado extrasensorial —comenzó, mientras cerraba los ojos y colocaba sus manos en las sienes— en el que entraré en otra dimensión. Eso me permitirá sobrepasar los límites conocidos y escribir desde mi mente en el papel».

Samuel lanzó entonces el globo a Adelaida. Tenía que contestar a una pregunta: qué ciudad le gustaría visitar. «Nueva York», respondió sin dudarlo. Turno de Julián: cuál era su medio de transporte favorito. «El tren», se le ocurrió por decir algo; nunca se lo había planteado. El joven apuntó las respuestas en una pequeña pizarra mientras Luba seguía concentrada con los ojos cerrados. Después, el muchacho le lanzó el globo a Mirucha, que intentó alcanzarlo con las patas delanteras; entretanto, Greta se limitaba a seguirlo con la mirada para luego bostezar. «Ya estoy lista»,

comunicó Luba. Entonces su compañero le entregó el globo a Julián. La joven abrió los ojos, se acercó a su padre y, sin previo aviso, pinchó el globo con una aguja. Tras el estallido inesperado, apareció sobre sus pantalones un papelito junto a trocitos de goma. Le pidió que desplegara el papel y leyera el texto: «Adelaida, Nueva York. Julián, tren». Estaban asombrados.

—Gracias —correspondió Luba a los aplausos; a Greta le asustaron y se fue del salón, mientras Mirucha movía la cola e iba de uno a otro reclamando atención—. Es un número que hace el mentalista Anthony Blake, al que admiro. Lo hemos reinterpretado a nuestro modo.

—Muy agradecido —dijo Samuel—. Debo decir algo importante. Siempre he estado fuera de foco, pero eso lo he hecho para hacer brillar a Luba. Todo lo que dice o hace me deslumbra, la admiro, es el amor de mi vida —declaró con solemnidad—. Julián —dirigió su mirada hacia él—, cuando desapareciste le prometí a Dios que, si te traía sano y salvo, me atrevería por fin a declarar mi amor por tu hija. Y he cumplido mi promesa. —Se volvió entonces hacia ella:

—Luba, ¿te querrás casar conmigo cuando trabajemos de magos?

Samuel hincó en el suelo una rodilla y le mostró un anillo de bisutería, con alianza de plata y una enorme piedra de color turquesa. Julián y Adelaida cruzaron sus miradas, aquello les había pillado del todo desprevenidos. Luba también parecía desconcertada.

—Si es una broma, no me hace gracia —le dijo a su amigo en un tono de voz grave.

—No es una broma, he hablado en serio —respondió el chico, con la inminente decepción en la mirada.

—¿Te he dicho alguna vez que te quisiera de ese modo? No, no te lo he dicho. Me voy a la cama, tengo sueño —se limitó a decir la joven, y abandonó el salón.

Mientras Adelaida consolaba a Samuel, que, abatido y herido en su orgullo, se había puesto su anorak, ya dispuesto para irse, convencido de haber hecho el ridículo, Julián fue al dormitorio de

Luba y llamó a la puerta, pero su hija insistió en que tenía sueño y quería dormir. Lo mismo le dijo a Adelaida cuando lo intentó.

Julián hubiera querido hablar de nuevo con ella cuando, al amanecer, entró desvelada en la cocina, pero ella prefirió volver a la cama. Ahora, ya duchada y vestida, cerca ya de las siete de la mañana, Luba, con su inseparable Greta en el regazo, compartió el desayuno con su padre y Adelaida y se decidió al fin a hablar sobre el asunto que le había quitado el sueño.

—No quiero que ningún hombre me bese ni que me vea desnuda. Samuel lo sabe, se lo dije cuando le conté de dónde vengo. No sé, es todo un lío, no quiero herirle. Me gustaría buscarle una novia, pero no tengo amigas.

—Y aunque las tuvieras, el amor no funciona así. Limítate a aclararle de nuevo cuál es tu postura —le aconsejó Julián.

—Tal vez podrías decirle que necesitas más tiempo. ¿Qué sientes por él? —quiso saber Adelaida.

—Es mi amigo, el único que tengo. Quizá tendría que haberle dicho que sí y dejarle que me bese cuando quiera; de lo contrario, se irá y lo perderé.

—Tú no tienes que hacer nada que no quieras —le dijo enseguida su padre—, y si Samuel es realmente tu amigo, seguirá a tu lado y te aceptará como eres —concluyó, tajante.

El capitán le dio un abrazo a su hija, se le había hecho tarde. La dejó en manos de Adelaida, confiando en que la tranquilizaría y le daría respuestas. Cuando iba a salir de casa hacia la UCO, donde tendría la reunión con los mandos para darles la debida explicación sobre lo sucedido en Atenas, llamaron al timbre y abrió la puerta. Apareció ante él un joven con los cabellos recogidos en una coleta y un tatuaje de una sirena; el rostro de la ninfa comenzaba en el cuello y su cola de pez se perdía por debajo del jersey.

—¿Está Adelaida?

—¿Quién eres tú?

—Soy un paciente suyo. Necesito hablar con ella.

—Pues lo tendrás que hacer en la asociación, este es un domicilio particular. ¿Cómo has conseguido la dirección?

—No me acuerdo —se encogió de hombros.

Cuando iba a recriminarle aún más, apareció Adelaida.

—Bruno, ¿qué haces aquí? —Le sorprendió verlo.

—Eso es lo que me pregunto yo. —Julián miró a su mujer con desaprobación.

—No puedes estar aquí, es una línea que no debes traspasar nunca, ¿lo entiendes? —le advirtió Adelaida.

—Lo siento, estoy muy nervioso, me he despertado muy mal.

—No te preocupes y tranquilízate. Te veré en media hora en la asociación, ¿de acuerdo?

—Vale, pero no tardarás, ¿verdad? —le pidió el joven con ansiedad.

—Media hora, Bruno, ni un minuto más.

Julián cerró la puerta de golpe, enfadado.

—¿Por qué sabe dónde vivimos?

—No lo sé, es lo primero que le voy a preguntar.

—Adelaida…

—Lo sé. Lo solucionaré.

—Es que si no lo haces tú lo tendré que hacer yo. ¿Has pensado que puede que se haya obsesionado contigo?

—Sí, claro, puede pasar, pero no es el caso.

—Pues yo no estoy tan seguro, Adelaida. Ha llegado hasta la puerta de tu casa.

—No volverá a suceder. —Lo besó en los labios—. Márchate o llegarás tarde a la reunión con tus jefes. Ya sabes, tú mantén tu versión y no te salgas ni un milímetro de tu argumentación.

—Haré lo que tenga que hacer, tú céntrate en lo tuyo y cuídate, no te preocupes por mí.

Capítulo X

QUÉ POCO o nada le gustaba ese chico, a pesar de un encuentro tan breve. Lamentaba lo que le hubiera pasado para desear quitarse la vida, pero Tresser lo quería lejos de su casa. Lo hablaría con Adelaida, no podía volver a suceder. Camino de la UCO, detuvo el coche en una gasolinera para comprar los principales diarios nacionales. Todos se hacían eco de la noticia de la explosión del yate y, al igual que los digitales, ofrecían la misma versión de la agencia estadounidense AP. Ningún periodista parecía haber ido más allá para investigar qué había ocurrido en realidad. No se destacaba en la portada y tampoco se le había dedicado mucho espacio en las páginas interiores. Desconocía qué escondía aquel suceso, pero como poco había un agente secreto a bordo, Norberto. Ahora debía dar explicaciones a sus superiores con un relato verosímil. Era imposible. En el fondo, le daba pereza esa reunión. Ya imaginaba qué le dirían y él sabía también lo que iba a responder. Estuvo esperando más de media hora.

—Disculpa, Tresser, nos ha entretenido un asunto urgente —se excusó el comandante Peláez cuando entró en su despacho junto con el coronel jefe Abriza.

Aunque en la UCO todos los agentes se tuteaban, el respeto a los superiores era incuestionable, así que Julián se cuadró ante ellos y su inmediato superior le indicó con un gesto que podía tomar

asiento. Los dos mandos se dispusieron al otro lado de la mesa y él se sintió el reo en un consejo de guerra. Peláez, un joven de piel nívea, cabellos rubios cortados a ras y ojos de un azul lechoso que, según la luz, parecía que sufrieran cataratas, le había preguntado en su momento a Tresser, nada más incorporarse a la unidad de la UCO, si le suponía algún problema la diferencia de edad entre los dos, entre superior y subordinado. Al capitán le molestó la pregunta, era del todo innecesaria, propia de una mente insegura, recelosa con el poder que pudiera emanar de él en la unidad. En un cuerpo policial de naturaleza militar, como era el caso de la Guardia Civil, no eran infrecuentes las envidias y las rencillas en los ascensos, como en cualquier otro colectivo jerárquico. Tresser se mostraba indiferente cuando eso sucedía, le importaba más bien poco, y eso lo demostró en su respuesta:

—Mi comandante, ni me importa que seas más joven que yo ni tampoco voy a pretender darte lecciones desde mi veteranía y experiencia. Puedes aprovecharte de las dos si quieres, pero no me parecerá mal si no lo haces. En todo caso, yo siempre me pondré a tus órdenes.

Tras esta declaración de intenciones por parte del capitán, la relación entre los dos había transcurrido por los monótonos caminos de la normalidad, aunque Peláez era un ser distante que no acababa de integrarse en el grupo. Al principio se le dio importancia a esa distorsión, pero todos acabaron por acostumbrarse a su falta de cercanía. A veces el capitán le había pillado mirándolo fijamente, como si lo estuviera escrutando, como si algo de él le perturbara y no supiera el qué.

—Tresser —comenzó el comandante—, debo decirte que Asuntos Internos también está interesado en hablar contigo. En el informe que nos has enviado aseguras que abandonaste el encuentro entre cuerpos policiales porque te llamó el agente del CNI Norberto Azuán.

No mencionó que, además de agente de inteligencia, Norberto era teniente coronel de la Guardia Civil. No se le pasó por alto a Tresser ese detalle. Supuso que querían desvincular a la Benemérita de un asunto con tantas incógnitas.

—Yo acudí a la cita con Norberto como amigo. Me dijo que era urgente que nos reuniéramos y le dije que no podía, porque estaba a punto de iniciarse la comida con todos los oficiales. Más tarde insistió por segunda vez y accedí. Pensé que necesitaba ayuda.

—Así que te ibas a reunir con un agente de inteligencia sin comunicármelo a mí, que soy tu inmediato superior —el comandante hizo valer su jerarquía—. ¿Te das cuenta de lo extraño que parece todo esto, Tresser?

—No debió acudir a esa cita sin consultarnos —terció ahora el coronel jefe, que sí trataba de usted a sus subordinados.

—Insisto, yo me reuní con un amigo. El teniente coronel Azuán y yo somos de la misma promoción y nos conocemos desde hace años. Me avine a ayudarle porque un guardia civil ayuda a otro guardia civil.

—¿Y qué es lo que era tan urgente? —intervino de nuevo el coronel jefe—. ¿Se lo dijo en algún momento de la conversación telefónica?

—No. Cuando nos íbamos a reunir, el yate estalló.

—Que estuvierais los dos en Atenas el mismo día es una casualidad que a nosotros nos sorprende —prosiguió el comandante —, y más todavía cuando el CNI no tenía constancia de que Norberto estuviera allí. Hemos hablado con la directora y está tan extrañada como nosotros.

—El encuentro con los oficiales estaba agendado desde hacía meses —replicó Tresser—. Fue él quien se enteró de que yo estaba en Atenas. Le concedí un tiempo mínimo para vernos, puesto que yo me debía a los compromisos con mis compañeros policías.

—¿No serás al final un informante del CNI? —disparó de repente el comandante por sorpresa.

Tresser recordó en ese momento lo torpe que era su superior en los interrogatorios a los sospechosos; se empeñaba en asistir, aunque no fuera su cometido. Con palabras amables para no crear suspicacias, el capitán le había convencido más de una vez para que le dejara a él esa parte de la investigación y se ocupara de otras responsabilidades más importantes y prioritarias.

—Con todos mis respetos, mi comandante, esto no es una película de espías. Te aseguro que, si yo fuera un informante del CNI, no estaría aquí sentado porque tú no te habrías enterado —afirmó con su arrogancia habitual—. La única certeza que hay es que Norberto está muerto y se llevó a la tumba lo que quisiera contarme. Esa información no existe porque no se produjo. No hay nada. De todos modos, si consideras que se ha producido una falta de confianza, pongo a tu disposición mi placa y mi arma hasta que resuelvas el asunto.

—¿Que lo resuelva yo, Tresser? —El comandante denotaba perplejidad en su pequeña mirada lechosa—. No, te equivocas. Quien tiene el problema eres tú y eres tú quien debe resolverlo.

—Vamos a dejarlo aquí. Puede retirarse —le ordenó el coronel jefe—. Estudiaremos el caso y ya le diremos algo.

Tresser estaba enfadado, se había cuestionado su lealtad. Sus mandos habían unido dos casualidades y las habían convertido en una certeza. Norberto no había informado de que estaba en Atenas y él a su vez no había informado de que se iba a reunir con el agente de inteligencia. No era lo que parecía, pero ahora tendría que demostrarlo, descuidar sus tareas en la UCO y ocuparse de ese asunto que, en lo que a él concernía, no tenía demasiado recorrido. Al salir del despacho tuvo ganas de darle una patada a la máquina de café del pasillo, aunque pasó por delante de ella sin apenas mirarla; nunca haría algo así, pero fantasear con que podría hacerlo le alivió la carga.

Había quedado a tomar café con su equipo en un bar cercano a la sede de la UCO: estaban el cabo Guillermo Coira y los guardias Lucía Brancho, Lucas Manises —alias Mani— y Pedro Iniesta, al que llamaban Piter. Se estrecharon las manos cuando se vieron todos en la cafetería; sus subordinados estaban realmente contentos por tener de vuelta a su capitán. Todos ellos deberían haber ascendido dos grados más —Coira ya sería teniente y los guardias, sargentos—, pero renunciaron a promocionarse para que no les cambiaran de destino; querían seguir trabajando a las órdenes de Tresser y, además, ya habían formado sus propias familias en Madrid.

—Mi capitán, aún no sabemos qué paso en Atenas —habló Coira el primero, con el acento gallego que aún conservaba a pesar de llevar ya varios años residiendo en la capital—. Ahora nos lo contarás si quieres, pero hay marejada en los despachos. Hablan mucho de ti.

—Lo solucionaré. Creen en hechos que realmente no sucedieron.

Tresser les relató su odisea, no se dejó detalle, necesitaba reafirmarse con los suyos. A ninguno se le pasó por la cabeza que fuera un informante del CNI, como había manifestado abiertamente su comandante con esa pregunta que tanto le había enfadado.

—Mi capitán, tal vez te tengan envidia —afirmó la guardia Brancho.

—Ni lo sé ni me importa, allá cada cual con sus demonios —replicó Tresser con altivez.

—Un náufrago al lado de la civilización… —A Mani le habían impresionado las palabras de su capitán durante el relato.

—Sí, esa es la paradoja —respondió él—. Nos quedamos sin móvil, sin cobertura o sin batería y estamos perdidos. Ya no somos humanos, somos tecnología.

—Debió de ser muy dura la noche, a oscuras y sin abrigo —intervino ahora Piter.

—Nosotros podemos soportarlo todo —se limitó a contestar Tresser; no quería recordar aquello.

Conversaron sobre el caso que tenían entre manos: una mujer, Lucía Madosa, había desaparecido en Miguel Esteban, un pequeño y tranquilo pueblo de La Mancha, mientras cenaba con su marido y sus dos hijos. Llamaron al timbre, ella fue a abrir la puerta y ya no regresó a la mesa. Era un enigma qué había sido de ella. Las batidas por el campo no habían dado resultado.

—Lamentablemente, pienso que está muerta —les confesó el capitán—. Ojalá esté equivocado, pero puede que nos hallemos ante un homicidio. Quien llamó al timbre se llevó a la víctima en segundos. Estaba muy preparado, yo diría que cronometrado.

Estuvieron hablando un rato más sobre el caso, pero volvieron de nuevo a la aventura en el islote y a la explosión del yate. A Tresser ya le parecía excesivo hablar tanto de su odisea, así que se despidió

de todos y quedaron en verse más tarde en la UCO. A la salida de la cafetería, Coira se acercó a él discretamente y le comentó que no existía ninguna *carabiniere* llamada Chiara Ferramonte.

—Lo suponía, Coira. Gracias.

Ya lo sabía, se había citado con ella la noche anterior.

—Si necesitas que haga alguna otra cosa, me tienes a tu disposición, mi capitán.

Tresser se lo agradeció, era el agente con el que tenía más confianza. Iba a ser padre de su tercer hijo, una niña que se llamaría Sabela, como la madre. Ambos eran gallegos, nacieron y crecieron en un pequeño pueblo de la Costa da Morte. El capitán, más de diez años mayor que Coira, también esperaba la llegada de un bebé. Alejó la idea de que tal vez fuera mayor para estrenar una segunda paternidad, ya lo había pensado más de una vez, pero estaba emocionado con la llegada de Pablo y no se planteaba más que el aquí y el ahora. Subió a su Toyota para ir a la Dirección General de la Guardia Civil, donde le esperaban dos agentes de Asuntos Internos. No iba a decirles nada que no hubiera dicho ya a los mandos, pero no tenía otra opción que seguir los protocolos. Al entrar en el coche, vio un sobre blanco sobre el asiento del copiloto. ¿Cómo había llegado hasta allí? Tenía una alarma antirrobo que no era precisamente barata. Una cuartilla escrita a mano dentro del sobre:

«13:30 h castillo de la Alameda de Osuna. Esperaré hasta las 14:30 h. *Carabiniere*».

¿Qué extravagancia era esa?, se preguntó Tresser. Un encuentro en un castillo cuando había decenas de lugares discretos donde podían reunirse en Madrid, si bien era cierto que no estaba muy lejos de su trabajo; quizá la agente lo había elegido por ese motivo. Consultó en Google. En quince minutos podía estar allí. En otras circunstancias no hubiera acudido, pero ahora estaba ávido de información. Su nombre había sido unido a la deslealtad, una palabra que le sugería suciedad, orines, basura.

En el distrito madrileño de Barajas y erigido en el siglo XV, el castillo-fortaleza de la Alameda era el único medieval de la ciudad e

incluso tenía cerca una línea de metro. Tresser llegó en su Toyota en menos de quince minutos y aparcó en las inmediaciones con la sensación de hacer el ridículo ante sí mismo. No conocía de nada a la falsa *carabiniere*, había entrado en su coche como una vulgar ratera para dejarle un papel —no lograba imaginar cómo lo había logrado— y, sobre todo, no quería involucrarse por mucho que Norberto quisiera confiarle únicamente a él sus secretos; bastante había tenido ya con la bronca y los recelos de sus superiores. Sin embargo, no olvidaba que, minutos antes, había reconocido que estaba ávido de información, aunque solo fuera para limpiar su nombre.

Bajó del coche, se encendió un cigarrillo mientras se fijaba en que solo había tres visitantes en todo el recinto —una pareja de abuelos con su pequeño nieto— y caminó hacia la fortaleza: una enorme mole blanca de mampostería de sílex en medio del campo, rodeada por un foso ancho y profundo donde crecía la hierba. El cielo brumoso con el que había amanecido el día incrementaba los contrastes y convertía el blanco brillante y calizo del castillo en un ocre arenoso que casaba bien con sus seiscientos años de historia.

—Lo siento, me he retrasado un poco. *Come stai*? —le preguntó en italiano.

Ella apareció, Tresser no sabía por dónde, en el momento en que estaba a punto de atravesar la pasarela sobre el foso para cruzar al castillo.

—Soy el capitán de la Guardia Civil Julián Tresser, pero eso ya lo sabes.

Ella le sonrió, se estrecharon la mano. Aquella mujer poco o nada tenía que ver físicamente con Chiara Ferramonte, aunque recordaba su voz, con las eses muy marcadas. No reconocía en ella a la *carabiniere* italiana. Ya no era rubia, sino morena. Llevaba su cabello con flequillo y recogido en una coleta ondulada. Sus prendas eran discretas, vestía de gris —un abrigo de entretiempo y las deportivas — y de negro —el suéter y los pantalones—. Tresser se fijó en que tenía una herida en la frente que el maquillaje no había logrado borrar.

—Ayer me hiciste perder el tiempo, no acudiste a la cita —le reprochó ella—. ¿Qué ocurrió?

—Tuve un imprevisto de trabajo, me fue imposible. Además, ya te advertí que era muy precipitado. El día anterior estaba perdido en un islote desierto.

En realidad, ella tampoco tenía pensado asistir, aunque sí estaba en el vestíbulo del hotel Reina Victoria a la hora convenida; eso sí, sin intención alguna de darse a conocer. Quería observar a Tresser sin que él se sintiera observado, entender qué tenía de especial aquel hombre para que Norberto se hubiera planteado confiarle la información tan delicada que manejaba. Ahora lo tenía frente a ella y lo estudiaba en cada mirada fugaz. Tresser mostraba una excesiva seriedad, los ojos no le sonreían, era distante, no podía saber nada más de él que lo que veía.

—¿Con qué nombre me dirijo a ti? Supongo que tendrás muchos, como el de Chiara Ferramonte. ¿Es el que toca hoy? —preguntó Tresser con ironía—. No quiero juegos. Si detecto alguno, me iré.

—Eso no ocurrirá. Te he citado aquí porque lo que vamos a tratar es confidencial, *muy* confidencial —subrayó—, y este lugar al aire libre, alejado de la ciudad y sin apenas visitantes, porque no todo el mundo lo conoce, para mí es perfecto.

—Vale, muy confidencial, me doy por enterado. ¿Cómo has entrado en mi coche para dejar el sobre de la cita? Es un delito, solo te informo.

—Qué arisco eres, capitán. No te voy a revelar el truco, pero ya has visto que es bueno, no ha sonado la alarma. A partir de ahora para ti soy Alessia, no Chiara, ¿de acuerdo? Norberto confiaba mucho en ti, decía que eras una persona difícil, pero leal.

Entraron en el recinto del castillo tras atravesar el foso. Era relajante pasear por sus ruinas, aceptó Tresser.

—Nada de lo que contara Norberto sobre mí me interesa. Los espías traicionáis sin remordimientos.

—Los agentes de inteligencia hemos salvado vidas y abortado muchos ataques terroristas; somos los ojos y los oídos del Estado, lo protegemos, al igual que a los ciudadanos. —Alessia quiso poner al

capitán en su sitio—. Prevenimos, nos adelantamos al mal, servimos a nuestro país y al orden mundial y estamos dispuestos a morir por la patria, como vosotros. Aún no han recuperado el cuerpo de Norberto. De hecho, no han recuperado ninguno.

Tresser dudaba de que eso ocurriera. Si querían ocultar la verdad de lo que realmente sucedió, cualquier cuerpo que emergiera a la superficie los comprometía. Dejarían en el fondo del mar lo que quedara de ellos. Eran amorales, opinó.

—¿Qué es lo que ocurrió en el yate? ¿Quiénes estaban a bordo? Hablas mucho pero no dices nada. Llevamos aquí cerca de quince minutos —consultó Tresser el reloj.

—Agradece a Norberto, donde quiera que esté descansando ya en paz, que vaya a contarte todo lo que sé. Si comentas algo de lo que aquí hablemos, te lo haré pagar.

—Déjate de amenazas y empieza, no tengo mucho tiempo.

Capítulo XI

HABÍA un secreto, unos hechos que ayudaban a entender el entramado, un misterio, un extremo sigilo para que la información no trascendiera y quedara agazapada en los rincones ocultos de los servicios de inteligencia. Tresser, al fin, empezó a comprenderlo cuando la agente secreta inició su relato.

Cinco meses atrás, en octubre de 2022, Clarisa Portalet y su pareja, Manu Amigó, jóvenes científicos españoles que trabajaban en un laboratorio de la Universidad de Cambridge, en Reino Unido, no acudieron como cada mañana a su trabajo y a sus compañeros les extrañó su ausencia. Les telefonearon. Sus móviles estaban apagados. Abrieron sus ordenadores y descubrieron que el servidor que albergaba todo el material de trabajo había sido hackeado. Los documentos y los planos de un prototipo de dron que se estaba desarrollando allí en secreto, encargado por el Ministerio de Defensa británico, habían desaparecido. Ninguna pista, ningún indicio.

Clarisa, treinta y cinco años, ingeniera aeroespacial, y Manu, de treinta y dos, ingeniero informático experto en inteligencia artificial, trabajaban en ese momento en un dron de combate con habilidades extraordinarias. Aunque era un trabajo en equipo, dirigido por el laureado científico sir Lawrence Hepburn, eran Clarisa y Manu quienes lideraban su desarrollo. Se desconocía si habían

desaparecido por voluntad propia, sobornados, o bien si se los habían llevado bajo amenazas.

—¿Habéis compartido esta información con la Guardia Civil? Mi unidad es experta, entre otras cosas, en secuestros y extorsiones —la informó Tresser; el CNI no estaba nunca en la primera línea de los operativos policiales ni le estaba permitido realizar detenciones.

—*Mi stai ascoltando, capitano*? ¿No has oído que es un proyecto secreto? —Alessia parecía de repente nerviosa. Él intuyó que le estaba costando compartir con un desconocido información tan sensible—. Si os necesitamos, os lo comunicaremos. ¿Puedo continuar?

Tresser contemplaba en ese momento una de las torres de flanqueo de la fortaleza, cuya base rectangular y esquinas redondeadas semejaban enormes flanes calizos. Dejó de mirarlas porque, vista una, vistas todas. El secuestro de los científicos era un hecho grave, pero un motivo más para no implicarse: era una investigación de espionaje. De hecho, no habían comunicado el secuestro a ningún cuerpo policial. Él no pintaba nada allí, que era lo que había defendido desde el principio; pero allí estaba. Continuaba sin resolver sus pensamientos contradictorios.

Alessia trasladó ahora su relato a un escenario muy lejano, a cinco mil kilómetros de España: el lago glaciar de Jökulsárlón, en el sureste de Islandia. Hace cien años no existía, pero el deshielo del glaciar Vatnajökull, el más grande de Europa, había creado esa imponente balsa de agua de dieciocho kilómetros cuadrados en cuya superficie se bañaban las focas y flotaban decenas de miles de icebergs, algunos con una antigüedad de mil años. El lago, con una profundidad de más de doscientos metros, estaba a casi cien kilómetros de cualquier tierra habitada. La soledad de las aguas heladas del Atlántico Norte era un escenario inmejorable para una reunión secreta de agentes secretos sobre un asunto secreto. Alessia pensó entonces en aquella embarcación de recreo alquilada y repleta de espías italianos y del Mossad que ese mismo año se había hundido en el lago Maggiore, cerca de Milán. Murieron ahogados cuatro de ellos. Nunca se supo qué ocurrió en realidad. Si hubiera

sido un barco con civiles, ya se conocería la verdad hasta el último detalle. En Islandia, ella formaba parte también de un grupo de diez agentes secretos que navegaba por un lago glaciar. Le inquietó la coincidencia. También lo que ocurriera allí permanecería invisible para el mundo.

Aquella mañana de enero de 2023, tres meses después del secuestro, brillaba intensamente el sol, pero en cualquier momento podría derivar en una tormenta. El clima en Islandia era cambiante e imprevisible. Asistieron al encuentro cinco agentes de inteligencia, cada uno de un país: Reino Unido, Israel, Estados Unidos, Francia y España. Todos ellos acompañados de otro de menor rango y de su máxima confianza, que desempeñaba tareas de asistencia y asesoramiento. Se alquilaron dos de los barcos anfibios que ofrecían excursiones turísticas para navegar entre icebergs. A los capitanes de las embarcaciones se les dijo que aquel grupo de diez hombres y mujeres eran directivos de una empresa hotelera que cumplía su vigésimo quinto aniversario y cuyo presidente les había regalado la experiencia de navegar por aquel paraje helado de gran belleza. Se pagó una sustanciosa cantidad de dinero para que la travesía fuera privada, sin turistas, con una duración no menor de tres horas. Allí se iba a tratar la desaparición de los dos científicos. Las distintas agencias de espionaje colaborarían en su búsqueda, ya que ese dron bélico de última generación y presuntamente invisible, indetectable por los radares, era una amenaza para la seguridad si estuviera en poder de los rusos. El artefacto tenía unas capacidades excepcionales que no se revelaron durante la reunión.

Alessia se estaba dando cuenta de que Tresser no la escuchaba, o al menos no denotaba un interés explícito, porque mientras ella se había detenido en una torre para continuar el relato, él merodeaba a su lado mirando aquí y allá, como si no hubiera visto en su vida un castillo. Se equivocaba, porque él había prestado mucha atención a lo que le estaba revelando, pero al mismo tiempo que escuchaba, reflexionaba: un dron que volaba como un fantasma, sin que pudiera ser detectado, era la pesadilla que venía del futuro. En manos de los terroristas, la vulnerabilidad del mundo sería absoluta.

—Yo iba en el barco de los asistentes, el otro era para los cinco agentes especiales, entre ellos Norberto —prosiguió ella, caminando los dos bajo los techos abiertos al cielo de las ruinas del castillo, acariciadas por un repentino viento suave que se había levantado—. Nos comunicábamos mediante teléfonos satelitales encriptados. En ese paraje, navegando entre icebergs, se tenía la sensación de que el mundo quedaba muy lejos; nos sentíamos en otro planeta, nos sentíamos seguros. Era el lugar perfecto. Allí nos habría resultado muy fácil detectar cualquier embarcación espía que, por ejemplo, grabara nuestras conversaciones con un equipo de micrófonos láser de larga distancia, porque además en la laguna glaciar de Jökulsárlón solo estaban permitidos los barcos turísticos y eran pocos. Por si acaso, llevábamos un inhibidor que interferiría con la capacidad de cualquier micrófono para captar sonido.

—Te escucho y es como si me estuvieras contando una película de James Bond. Con una mínima parte de vuestro presupuesto en Islandia, en la Guardia Civil podríamos reforzar bastantes unidades y reformar muchos de los cuarteles rurales que se caen a pedazos. En lugar de citaros en los confines del hielo, tal vez os habría resultado igual de útil el desierto de Los Monegros, por ejemplo, que está más cerca y es igual de solitario. Además, ¿todo esto para qué? Porque, por lo que intuyo, los científicos siguen desaparecidos casi medio año después. No sé qué papel juego en ese asunto. ¿Qué puedo hacer yo, si vosotros lleváis tiempo y el resultado es cero?

—Yo tampoco lo sé. Norberto me encomendó que confiara solo en ti. Tal vez cuando termine de explicarte sepamos el porqué de su empeño en involucrarte. Para mí no es fácil, no te conozco de nada. Te he investigado y parece que eres un guardia civil brillante y todo eso, pero no jugamos en la misma liga.

—Dejemos las ligas para el deporte. ¿De verdad no tenéis ninguna pista sobre el paradero de los desaparecidos?

—Permite que continúe, por favor —le rogó ella.

El relato de Alessia prosiguió describiendo el escenario, con las embarcaciones navegando entre icebergs azules, blancos, verdosos, muy bellos de cualquier modo. En algún momento oyeron a lo lejos

un estruendo, el de un bloque de hielo de varias toneladas que se había desprendido y caído al agua. Comenzaron en el barco número uno las conversaciones, las conjeturas, el intercambio de datos, pero, sobre todo, el análisis: en el espionaje es fundamental para transformar datos en inteligencia o, lo que es lo mismo, en información analizada y procesada.

—Entonces ¿no sabes de qué hablaron en ese barco?

—No, es información clasificada, se está protegiendo mucho, obviamente.

—¿Y para qué fuisteis allí, entonces?

—No fuimos a perder el tiempo, no sé a qué viene esa pregunta —se quejó Alessia—. Sabemos hacer nuestro trabajo y de esa reunión en Islandia surgieron varias pistas. Nosotros teníamos mucha documentación en la cabeza, cada uno había trabajado la suya y en cualquier momento podían llamarnos del barco número uno para pedirnos algún dato de lugares concretos sobre los que habíamos investigado. Todo lo que te cuento ahora lo sé de primera mano por mi directora, Alma. Ayer tuve una reunión con ella. Nos intercambiamos datos. Yo no sabía nada de esa desaparición de los científicos, ni siquiera la intuí en los informes que preparé para Norberto. Pero en los barcos todo fue mal, muy mal.

Ocurrió que aparecieron de repente cuatro potentes lanchas pilotadas a gran velocidad por hombres con pasamontañas. Esquivaban los icebergs con la destreza de quienes conocían el hábitat. Comenzaron a rodear los barcos uno y dos para generar olas de costado y desestabilizarlos. Sus giros eran tan constantes e insistentes que, aunque los capitanes intentaron evitarlos, las embarcaciones comenzaron a balancearse violentamente. Tres agentes de la número dos, que se habían puesto de pie para disparar a las lanchas, perdieron el equilibrio y cayeron por la borda. Todos llevaban chalecos salvavidas, pero el problema era el agua, que estaba a tres grados centígrados y en pocos minutos les generaría una hipotermia mortal.

—Entonces, los demás también desenfundamos nuestras armas y apuntamos a los motores de las lanchas —relató la agente—.

Acertamos en una de ellas, que se quedó a la deriva, y aprovechamos ese momento de despiste para lanzar cuerdas a los compañeros que estaban en el agua, pero no pudimos salvarlos porque entonces fueron los encapuchados quienes comenzaron a disparar contra nosotros y, obviamente, respondimos. Fue un tiroteo que a mí me pareció eterno, aunque duró muy pocos minutos.

Sucedió también que la naturaleza se sintió violentada y respondió a su manera: un bloque de hielo se desprendió de un iceberg y cayó sobre las lanchas y sobre los tres agentes que luchaban en el agua por sobrevivir. El estrépito fue grande, las aguas se agitaron, las focas se zambulleron, el sol se escondió tras una densa nube. La única lancha que quedó indemne huyó a la carrera, las demás desaparecieron bajo el iceberg con sus pilotos, al igual que los tres asistentes, una francesa, un británico y un americano.

—Un desastre, en fin.

—Tenéis un topo —sentenció Tresser—, que además os localizó en los confines del mundo.

—Es evidente que lo tenemos —aceptó Alessia, mirando su reloj.

—¿Tienes prisa? Yo también —la urgió Tresser.

Debía asistir a la entrevista con Asuntos Internos y quería liquidarla cuanto antes, pero a la vez había seguido con interés todo aquel esfuerzo que no había servido para nada y que incluía, además, una traición.

—Estoy terminando, capitán.

Le contó el desenlace de la aciaga aventura con pesadumbre. Al final, la discreción que habían buscado se convirtió en ruido y notoriedad. Los capitanes de la embarcación pidieron auxilio por radio y acudieron varias lanchas para socorrerlos. Los cuerpos de los tres asistentes nunca aparecieron, tampoco los de los pilotos de las lanchas.

—Una vez en tierra, nos desentendimos ante la Policía islandesa de lo que había sucedido. Norberto, que se erigió en presidente de la empresa hotelera, apuntó a unos posibles narcos para justificar lo sucedido y distraer su atención. «Nos confundieron con otros, quizá con algunos de sus competidores», les dijo. Los policías y nosotros

sabíamos que Islandia podría llegar a ser un punto estratégico para el tráfico de drogas entre Latinoamérica y Europa. Una hora después, abandonamos el hielo en un helicóptero militar británico.

—Pero la cuestión es, insisto: ¿sirvió de algo aquella reunión? Porque parece que no sirvió para nada —expuso el guardia civil.

Tresser quería hacerle ver la inutilidad de todo el esfuerzo que habían hecho, que además implicó la pérdida de vidas. Alessia no entendía su actitud inquisitiva, que parecía querer transmitirle que él lo habría hecho mejor. Era un hombre arrogante, de eso no le había advertido Norberto. Tuvo la tentación de recordarle los casos notorios en los que había fracasado la Guardia Civil, que eran pocos, pero los había.

—Sí, claro que sirvió nuestro esfuerzo —se defendió ella—, surgieron pistas importantes. Una, especialmente, era la más fiable, ya que varias fuentes coincidieron en señalarla. Se preparó una operación secreta de rescate, muy compleja y dificultosa. Sin embargo, hubo un soplo y el operativo fracasó. Sí, otra vez el topo. Creo que la reunión de Norberto en el yate de Atenas con un agente de la CIA y otro del MI6 era precisamente para intentarlo con una nueva pista y evitar el soplo, por eso no se lo comunicó a la directora, no sé si los otros dos hicieron lo mismo con sus jefes. Ahora nos están matando a quienes nos reunimos en Islandia. Quedamos cuatro de los diez que éramos. Tres murieron bajo el hielo, dos de los agentes que sobrevivieron ya están muertos, homicidios disfrazados de accidentes, y de Norberto ni siquiera se ha encontrado su cuerpo. A mí ayer…

Alessia siguió contándole a Tresser todo lo que sabía; nunca había proporcionado tanta información a un desconocido, se sentía insegura, pero a la vez pensaba que hacía lo correcto. Le habló de la cornisa desprendida que estuvo a punto de matarla, del misterioso Romano, del topo del que ya le había hablado Norberto y también de Alma.

—¿Sabe tu directora que estás hablando conmigo?

—Claro que no, me crucificaría. Por vez primera estoy compartiendo información clasificada con un extraño, tú, capitán.

¿Tienes ahora alguna idea de por qué Norberto me encomendó que solo confiara en ti?

—No pertenezco al grupo y eso me da cierta perspectiva, supongo, y me considero una persona leal. Me voy hacia lo más sencillo: quería que investigase para lograr el rescate, que es el objetivo último. No tendría sentido que me contaras toda esta película para nada, pero no sé a dónde nos lleva esto. Me da la impresión de que se ha perdido totalmente el control, lo habéis perdido. Consígueme el atestado policial de la desaparición de los científicos en Cambridge. Hay que empezar desde cero.

Capítulo XII

LOS DOS agentes de Asuntos Internos estaban tratando a Tresser como a un traidor. El guardia civil nunca se había visto en una situación así y le irritaba el mero hecho de estar ante ellos. No conseguirían que se sintiera culpable. ¿Culpable? No tienes que justificarte, no toques esa palabra ni la contraria, no las nombres, se impuso. Le habían preguntado por su anterior dúplex en una urbanización de Uvés, también por el adosado en el que vivía ahora, por la reforma que había hecho para habilitar la buhardilla, por su Toyota C-HR, un coche caro, de más de treinta mil euros.

—Tengo una hija en la universidad y otro en camino, debo un préstamo al banco, tengo una hipoteca y el Toyota lo compré de segunda mano. Entre mi mujer y yo juntamos dos sueldos, y ha habido alguna vez que hemos llegado justos a fin de mes. Seguro que vosotros tenéis más dinero que yo. Estáis perdiendo el tiempo y malgastando el dinero del contribuyente. A vuestra disposición. Buenas tardes.

Tresser se levantó de la silla, la volvió a colocar en su sitio, con calma, y salió del despacho. Se había escuchado a sí mismo describiendo su vida financiera, que, como casi todas, se explica y se entiende a través de los extractos bancarios. «Soy ingreso o soy gasto», se le ocurrió definir así al ser humano. Se rio de aquella tontería, lo cual le liberó tensión. No esperaba el capitán que, al

dirigirse hacia su coche en la Dirección General de la Guardia Civil, un teniente se le acercaría para comunicarle que el general de la Policía Judicial le esperaba en su despacho. La maldita cita con Norberto y el recelo que había despertado llegaban a la más alta instancia. Era todo tan ridículo que había que tomárselo en serio.

—Siéntese, Tresser —le dijo el general una vez que se cuadró ante él.

Había estado pocas veces en aquel despacho, austero, como casi todo en la Guardia Civil. El general tenía buena fama en el cuerpo, era afable y, a la vez, resolutivo: un guardia civil con mucha carrera a sus espaldas. Confió en su sensatez.

—Es un asunto complicado, Tresser. Usted se reunió en Atenas en secreto con un agente del CNI, que a su vez no había comunicado a los suyos su presencia en Grecia.

—Con todos mis respetos, mi general, no fue un encuentro secreto, sino a la luz del día. Simplemente, era una cita con un antiguo conocido y compañero de promoción que me pidió ayuda, aunque no llegué a reunirme con él.

—¿Y por qué no lo comunicó a su superior?

—Porque yo me iba a encontrar con un viejo amigo que necesitaba ayuda —insistió—. Más allá de eso, no hay nada.

—Podría creerle, Tresser. Es usted uno de los mejores efectivos que tenemos, pero debemos seguir los protocolos, y los protocolos dictan que, hasta que no se elabore un informe exhaustivo de lo que ocurrió en Atenas, debo retirarle del servicio operativo. Podrá desempeñar otro tipo de tareas, pero no en Policía Judicial.

El general acababa de lanzarle una bomba. Qué lejos había llegado la condenada cita. Su expediente estaba limpio, era brillante; sin embargo, no había servido de nada. ¿De verdad eran tan torpes como para considerarle un informador del CNI? Los agentes de inteligencia y la Guardia Civil habían colaborado cientos de veces, nada tenía sentido.

—Mi general, yo no tengo precio, solo honor y lealtad.

En esos momentos, tenía ganas de colgar el uniforme y enriquecer su cuenta bancaria como jefe de seguridad de alguna

gran empresa.

—Créame que le tengo en buena estima y quiero pensar, y es una opinión personal, que todo esto acabará en nada. Pero los protocolos son los que son, no están de adorno. Eso es todo, puede retirarse.

El capitán se levantó de la silla y se cuadró ante él.

—A sus órdenes, mi general.

Tenía que asumir el estado de la situación y abandonar el caso en el que estaba trabajando. Le dolía estar fuera de juego tan injustamente.

A Alessia también la esperaba una bronca por parte de un superior, uno al que no conocía: una mujer que dijo llamarse Carol y que estaba esperándola en el piso franco de Móstoles.

—Tenías que estar aquí a las seis en punto y son casi las siete de la tarde; la impuntualidad me genera urticaria —la riñó de ese modo al entrar—. Soy Carol y a partir de ahora estás a mis órdenes.

Mara y Benjamín, el agente que la había socorrido cuando casi la aplastó la cornisa de la ermita, estaban sentados a la mesa del comedor. Los tres se cruzaron las miradas; no se saludaron. Alessia dedujo que ellos tampoco conocían a la nueva jefa, una mujer con sobrepeso que ya había cumplido los cincuenta, con una melena blanca, larga y lisa que casi le llegaba a la cintura, ojos oscuros y cejas negras, conjunto de estilo Chanel rosa pálido, más propio para un cóctel que para una reunión de agentes de inteligencia en un piso camuflado.

—Sí, ya lo sé, no me habíais visto nunca por el Centro —les dijo mientras tomaba asiento—, pero he estado siempre aquí, llevo treinta años de servicio y he sido invisible hasta ahora. Vuestros líos me han sacado de mi guarida porque así me lo ha pedido Alma. Empecemos por ti, Mara —dirigió hacia ella la mirada—. Lo que sucedió ayer en el piso franco de Gran Vía no es digno de una agente de inteligencia como tú. Dejaste los flancos sin cubrir y no impediste el tiroteo entre la ejecutora y tu fuente, porque no sé dónde narices estabas en ese momento. A ella ya no podremos interrogarla para saber quién la envió, aunque nos lo imaginemos, y

tú no puedes explicarnos exactamente qué ocurrió porque no te has enterado de nada. ¿Dónde estabas?

Mara no podía contestar con la verdad, revelar que Alessia la acompañaba en ese momento y, lo peor, que mientras la ejecutora disparaba a Dominik, ambas se hallaban charlando en el *confesionario*. Lo que mejor funcionaba en el espionaje era callar o mentir.

—Estaba en la cocina, bebiendo un vaso de leche, apenas había comido nada en todo el día.

—Y justo en ese momento, ni un minuto antes ni otro después, sucede todo. No te creo. Me ocultas algo, hablas cabizbaja. Vamos, no me hagas perder el tiempo.

—Si yo te digo que estaba en la cocina, es que estaba en la cocina. No me conoces de nada para acusarme de mentir —replicó Mara, con decisión—. Si quieres entrar en bucle con este tema, adelante, entonces los que perderemos el tiempo seremos nosotros.

Carol miró a la agente entornando los ojos ligeramente, la escrutaba sin disimularlo. «No me vas a intimidar con tu mirada de espía vieja, te acabo de conocer y no me gustas», se defendió la voz interior de Mara.

—Más tarde hablaremos. Bravo por ti también, Alessia —ahora se dirigió a ella—, por participar en una reunión secreta en un yate de la que el Centro no sabía nada, y tú, Benjamín, se te ordenó ir a *Goya* a una hora, llegaste tarde y encima a tu compañera por poco la aplasta medio tejado. La impuntualidad, qué asco me da… —Insistió de nuevo mientras se retiraba la melena hacia la espalda—. Podría haber un topo, ¿lo sabéis?

—Sí, ayer estuve con la directora y me lo comentó —se atrevió a tomar la palabra Alessia—. Pero puede que no sea de los nuestros. Hay otras agencias implicadas.

—¿Y qué más da eso? Es un traidor, un hijo de puta. Puede ser nuestro o no, pero ha saboteado una importante misión y ahora ya nadie se fía de nadie. Por cierto, Alessia, ¿por qué deberíamos descartarte a ti?

La pregunta la pilló por sorpresa. Debía procesar en pocos segundos todos los datos a su favor. De repente, se coló en su mente la imagen de su hija, Jana, de siete años, con una cara tan preciosa, sus rizos rubios, sus ojos verdes, tan vivaces. La extrañó. Tuvo que apartarla y dejarla ir, la nueva jefa esperaba una respuesta.

—Yo no participé en la misión secreta de rescate que fracasó por el soplo. Mi jefe solo me mencionó que el operativo había existido poco antes de que estallara el yate. No tuve acceso a ninguna información.

—Pero elaboraste informes para él. Vamos a analizarlos hasta el más mínimo detalle, los vamos a exprimir como a un limón. ¿Podría ser tu jefe el topo? Él sí participó en esa misión.

—No lo sé, no tengo datos, no creo…

—Vale, tu *no lo sé* no me sirve —la interrumpió Carol—, quiero saber todos los movimientos de Norberto en los últimos dos meses y también los tuyos.

—Están registrados en el sistema, puedes acceder a ellos cuando quieras.

—¿Como la reunión secreta en el yate?

—*Touché* —aceptó Alessia.

—Mara, tu turno, descártate, vamos.

—Yo no trabajaba con Norberto ni sé qué misiones debía llevar a cabo.

—No me dices nada con eso. Hubo una semana del pasado mes de enero, concretamente la del diecisiete al veintitrés, que te quedaste hasta muy tarde trabajando en el Centro. ¿Por qué?

—Tenía que elaborar varios informes sobre información proporcionada por mis fuentes; suelo hacerlo, me quedo unas horas por las noches porque trabajo más tranquila.

—Y no solo eso, sino que además te acuestas con un analista. Se llama Fausto, ¿no es así?

Una espía está indefensa ante otros espías, no puede tener vida secreta. Mara lamentó esa fuga de agua en su estructura.

—Sí, nos hemos enrollado en un par de ocasiones, ¿qué pasa? Somos amigos con derecho a roce, nada más.

—No sé, no sé, Mara… Sexo con el analista, sexo con el húngaro, el sexo como punto débil de una agente secreta. ¿Qué te parece? No deberías evidenciar cómo es tu alma por dentro. Ya veremos. A ver, Benjamín —Carol lo miró de frente y le sonrió—, el escurridizo Benjamín, del que no se sabe nunca si sube o baja la escalera porque siempre está en el rellano de descanso. ¿Por qué no deberíamos sospechar de ti?

Él tardó en contestarle unos segundos, en los que le sostuvo la mirada desde sus diminutos ojos tras las gafas.

—¿Estás pensando en cómo venderme la moto? —le apremió la espía jefe.

—No, estoy pensando en cómo me la estás vendiendo tú a mí.

Carol miró a Benjamín y le dedicó de nuevo una sonrisa.

—Buena maniobra de distracción la tuya. Me has roto el saque, dame pelotas nuevas.

—Aquí te lanzo una: te has presentado aquí, has dicho que eres nuestra nueva jefa y debemos creerte como un acto de fe.

—Es fácil salir de dudas. Llama a nuestra directora, vamos. Coge tu móvil —le propuso Carol sin perder la calma.

—No lo voy a hacer, pero me tranquiliza que me hayas dado esa opción y me hayas visto por fin subiendo la escalera, no en el rellano. Yo no soy el topo, qué tontería. ¿Eres tú el topo, Carol? ¿Lo somos todos a la vez? ¿Por qué no nos ponemos a trabajar y dejamos la cháchara?

—Porque soy yo quien decido cómo, qué y cuándo se va a trabajar. Vais a exprimir hasta la última palabra de información de las fuentes que puedan saber algo sobre los científicos. Y estamos todos en el punto de mira hasta que se encuentre al topo.

—Podría ser un chivato a sueldo de Romano, por ejemplo —apuntó Benjamín—. Lo he investigado en mis horas libres, en mi rellano de descanso, como dices. Sé bastante sobre él.

—¿Y lo dices ahora? —Carol perdió la calma por primera vez y lo hizo elevando la voz, descubriendo a sus subordinados un tono

chillón y desagradable que a Mara le recordó al de las urracas—. ¿Eres idiota? Quizá fue el saboteador del rescate fallido. Han muerto personas, ¿recuerdas?

—Sí, no olvido que ha costado vidas. Y no soy idiota, soy Benjamín, el escurridizo; me paso el día haciendo vigilancias, padeciendo mucho frío y mucho calor, depende de la estación, y como me fascina Romano, he comenzado a elaborar su perfil a partir de los datos reales que conocemos.

—¿Y qué has descubierto?

—Te lo diré cuando me asegures que me voy a dedicar en cuerpo y alma al personaje.

—Nada de chantajes, sabiondo. Todo debe fluir con naturalidad, una cosa llevará a la otra.

—¿Y a dónde nos lleva esta reunión? —preguntó Mara—. ¿Es solo para que nos conozcas mejor? ¿No hay nada más interesante que eso?

Carol observó a la agente con una curiosidad de entomóloga.

—Eres la rebelde del grupo, vale, ya me he dado por enterada. Cambio de tema. —La ignoró inmediatamente—. Benjamín, posiblemente te envíe a Castellón. Allí viven los padres de Clarisa y de Manu, ya que los científicos son de allí, aunque se conocieron y se enamoraron en Cambridge. Hay que pegarse a ellos, estoy segura de que se comunican con sus respectivos hijos. En fin, manos a la obra y seguid mis órdenes. Aquí todos vais un poco a vuestra bola y os voy a corregir la postura.

Capítulo XIII

LOS TELEFONEARON a las seis de la mañana; debían ponerse en marcha en pocos minutos. Alessia, Mara y Benjamín estaban durmiendo en el piso franco de Móstoles y saltaron de la cama. Se vistieron, se echaron agua y jabón por la cara, se peinaron, cogieron sus armas y las mochilas con sus tabletas y sus portátiles y bajaron en el ascensor. En la puerta los esperaba un monovolumen de siete plazas. Entraron. Carol los aguardaba en el asiento junto al conductor, de nuevo en el papel de maestra, ahora de excursión con sus alumnos. Había dos agentes más: Fausto, el amante eventual de Mara, e Irene, compañera de Alessia en la *contra*. Ninguno abrió la boca ni siquiera para saludar. Había tensión, esperaban instrucciones. El vehículo se puso en marcha con destino incierto. Tras media hora de trayecto, Carol lo reveló: Ámsterdam. «Tenemos allí una pista fiable», se limitó a decir. Todo estaba ocurriendo deprisa, como si la Tierra se hubiera acelerado de repente. El monovolumen tomó una curva demasiado rápido; en el aeródromo madrileño de Cuatro Vientos, Carol les hizo correr a todos hacia un *jet* con capacidad para doce personas, embarcaron, se abrocharon los cinturones, despegaron, durante el trayecto les sirvieron refrescos, zumos, café y sándwiches, comieron, dormitaron. Carol se descalzó y no levantó los ojos de su móvil, Fausto y Mara intercambiaron miradas furtivas, Alessia trabajó en su portátil, lo mismo hacía Irene, y Benjamín leyó un libro sobre psicología clínica

de los psicópatas narcisistas malignos, pensando en Romano. El avión aterrizó al amanecer sin que Carol les comunicara cuál era la misión en Ámsterdam. En realidad, no la había. Todos se dieron cuenta al mirar por las ventanillas del avión: no habían salido de Madrid. Aprovechando uno de los cursos de vuelo de futuros pilotos militares, el *jet* había dado vueltas durante más de dos horas por el cielo de la metrópoli. En otras células se habían llevado a cabo estratagemas con el mismo objetivo. Los agentes bajo el mando de Carol estaban desconcertados.

—Dejad sobre vuestros asientos los móviles y los portátiles con sus contraseñas —les ordenó la jefa—. Quedan requisados hasta que los analicemos. Se os replicarán las tarjetas SIM y se os darán dispositivos de sustitución, como se hace con los coches. ¿Sabéis en qué he pensado durante el vuelo? Pues en que todo el mal que puede desplegarse en el mundo se esconde en un nido de traidores. La historia de la traición es larga. —Soltó su melena blanca, que había recogido hasta entonces en una coleta—. Podéis iros a vuestras casas, mañana a las ocho os quiero ver en el Centro.

Nadie replicó.

—Nos la han metido pero bien, nos han tratado como a idiotas —se quejó Mara, enfadada por aquel simulacro.

Revolvía con la cucharilla su café con leche mientras Alessia mojaba un churro en el suyo. Tenían ganas de comentar la artimaña de Carol y, antes de irse a sus casas, habían decidido desayunar juntas en una cafetería cercana al parque del Retiro, el distrito madrileño donde residían las dos, aunque en diferentes zonas: Mara vivía en un pequeño ático del tranquilo barrio de Adelfas y Alessia en un piso en la exclusiva zona del Niño Jesús. Ninguna de sus viviendas tenía un precio inferior al medio millón de euros, pero podían afrontar los altos alquileres, aunque Mara vivía sola y le costaba más esfuerzo. El Centro pagaba un plus a algunos de los agentes con más de diez años de antigüedad para que residieran en zonas de alto poder adquisitivo y establecieran relaciones, sobre todo con personal de rango de las embajadas, así que, en realidad, nunca dejaban de trabajar.

—A mí no me ha sorprendido el engaño de Ámsterdam —afirmó Alessia—. Están buscando al topo. Supongo que cada agencia implicada en el asunto de los científicos habrá puesto en marcha su propia estratagema, como ha hecho Carol con el curso de vuelo.

—Nunca he vivido un simulacro tan idiota y, por cierto, tan caro. Han derrochado combustible como si no existiera un mañana. Unas prácticas dando vueltas con el avión sobre el mismo punto, no son prácticas, son una mierda —sentenció Mara—. Me he sentido insultada. Y esa Carol, ¿de dónde la han sacado? Me da yuyu su melena tan larga y tan blanca, como de vieja india cheroqui; solo le falta la pipa de la paz y la boca desdentada.

Alessia se rio y le sentó bien al ánimo; se relajó, pero estaba excitada, iba a ver a su hija Jana y a su marido, Javier. Había estado a punto de no desayunar con Mara, para llegar cuanto antes a casa, pero la avidez de información pudo con ella.

—Todos somos sospechosos, un clásico del espionaje —comentó Mara—. ¿Sospechas de alguien?

—No sé, de ti, por ejemplo —sonrió.

—Pues resulta que yo sospecho de ti.

—*Ma perchè*? —A Alessia se le oscureció la mirada.

—Mujer, que era broma. Me estoy haciendo pis, demasiados zumos en el avión que nunca llegó a Ámsterdam.

Mara se levantó y preguntó a una camarera por los lavabos. Alessia dudó si hacerlo o no, pero el oficio pudo con ella: simuló que cogía su bolso de la silla de al lado, alargó el brazo y se hizo con el de su compañera. Rebuscó. Encontró un pequeño teléfono móvil escondido en una funda de gafas: si eso la hacía sospechosa, ella también lo era, porque llevaba uno en su calcetín. Lo usaba para llamar a su marido y a la familia. El de Mara tenía contraseña y no pudo ver las llamadas. Lo volvió a dejar en su sitio. Norberto le había dicho: «Ya nadie se fía de nadie». Cuanto antes encontraran al topo, antes darían con el paradero de los científicos. ¿Cómo no lo había pensado esa gente de Cambridge? Qué paradoja, fabricar el dron bélico invisible a la vista de todos, en una universidad rodeada además de turistas que entraban libremente en el campus. A eso

ella no lo llamaba «trabajar en secreto». Qué gran fallo de seguridad, se dijo con la arrogancia de quien cree que todo lo sabe.

—Había cola en los lavabos —dijo Mara cuando regresó a la mesa —, pero he pedido que me dejaran pasar usando mis artes de encantadora de serpientes. Alessia, he estado pensando. —Se sentó a la mesa—. ¿Te has dado cuenta de que apenas nos han dado información sobre el caso? Ni cómo se los llevaron, ni los detalles de la investigación, ni lo que saben y lo que no, nada tampoco sobre esa misión de rescate fallida. ¿Tú sabes algo? Trabajabas con Norberto.

—No sé nada, solo que ayer estuvo a punto de terminar conmigo un trozo de cornisa, que previamente alguien había preparado para que me aplastara. Pienso que ha sido Romano. Tengo que entrar en la web oscura para ver si ha puesto la estatua de Augusto, aunque afortunadamente ha fallado y no puede presumir, que le den.

—¿Cómo te has quedado con lo de Benjamín y el perfil de Romano? Perfil entre comillas, porque no se sabe absolutamente nada del personaje. De repente, nuestro espía tímido ha dejado las bambalinas y se ha subido al escenario.

—No lo subestimes, Mara, es muy inteligente. Carol debería prestarle atención, yo al menos lo haré, ayer el tipo ese estuvo a punto de matarme. Con lo sucedido con Norberto, empiezo a creerte cuando dices que os están matando a los de Islandia. Nunca había habido tanto atentado en el espionaje. ¿Te has comunicado con los otros agentes que sobrevivieron?

—Sí, con alguno, pero por mi cuenta; tenía que advertirles. El Centro va a descubrir esas llamadas en mi móvil, pero ya se me ocurrirá algo. Mi mejor fuente, una muy poderosa, está en Italia y me gustaría tener un encuentro. Se lo comenté ayer a la directora.

—¿Crees que en los móviles y los portátiles de los que hemos estado en el avión van a encontrar al traidor o a la traidora?

—Podría ser, el vuelo se ha hecho con ese fin. Pienso en Benjamín, el escurridizo, el infravalorado. Sería un buen candidato para traicionarnos.

—Tú también te sientes minusvalorada en el Centro, Mara.

—Pero yo no tengo precio, querida.

—Tal vez lo tengamos todos. La historia del espionaje está llena de agentes dobles y de traidores. Recuerda a sir Anthony Blunt, que era asesor nada menos que de la reina de Inglaterra. ¿Quién podía imaginar que, en realidad, fuera un agente doble que trabajaba para los rusos?

Capítulo XIV

JULIÁN había pasado la noche en vela en el salón frente a su portátil, estudiando los informes que Alessia había preparado para Norberto hasta el viaje a Islandia. La agente secreta se los había entregado en un *pendrive* antes de despedirse en el castillo de la Alameda. Le había costado superar todos los requerimientos de seguridad que le pedía el documento, tales como entrar mediante el certificado digital, repetir la contraseña varias veces y recibir vía SMS varios códigos numéricos seguidos.

Estaba amaneciendo, de nuevo las brumas recorriendo las carrascas. Una mano se posó sobre su hombro. Era Adelaida.

—¿No has dormido en toda la noche, Julián?

—Tengo insomnio —se justificó, posando su mano sobre la de ella—. ¿Y tú? ¿Por qué estás levantada? Son las seis…

—Me he desvelado. Tengo que hablar contigo. Ven al sofá, no puedo con las sillas, me provocan dolor de espalda.

Adelaida se dirigió hacia la *chaise longue* arrastrando los pies; no eran pasos rápidos, pero tampoco excesivamente lentos. Su liviana bata de raso blanco fluía con el movimiento, acariciada por el aire. Julián la cogió de la mano, la ayudó a sentarse y a apoyar las piernas en el cojín. Estaba tan bella como durante todo el embarazo, se fijó él una vez más; siempre lo había sido, pero la gestación había acentuado su encanto.

—¿Quieres que te prepare algo? —se ofreció él antes de sentarse a su lado.

—No, quiero que hablemos. Ayer no quisiste contarme nada de tu entrevista con Asuntos Internos, así que imagino que la cosa no fue bien.

—Es verdad, no fue bien, pero no tenía ganas de hablar.

—Pues yo no voy a volver a la cama hasta que me digas qué ocurrió.

No tenía opción, debía compartirlo, sin embargo se resistía a hacerlo porque no quería alterarla.

—Vamos, adelante, comienza —le exigió su mujer, apoyando las manos sobre su vientre.

A Julián le costó verbalizar la impotencia y la sensación de injusticia que sintió ante la desconfianza que le habían mostrado sus superiores.

—Espero que esto no te afecte, Adelaida. No pasará nada, confía en mí —le pidió cuando terminó de relatarle los hechos, tomando una de sus manos y besándola.

—¿Tú, un informante de los espías? —Retiró su mano de las de Julián; estaba escandalizada y lo miró con perplejidad—. Pero ¿qué tontería es esa, por Dios? Si es que tus jefes son unos carcamales, Julián. Me da igual la edad que tengan, son del siglo pasado o del anterior.

—Cumplen los protocolos, yo hubiera hecho lo mismo. No pueden hacer otra cosa, somos un cuerpo militar, siempre lo olvidas.

—No es verdad, pero en todo caso tú habrías reaccionado de forma proporcionada, porque en esa cita no pasó nada, ya que no llegaste a hablar con Norberto. Una sanción por no comunicarla, como mucho, y se acabó. Te tienen ganas, Julián. La gente brillante como tú suele generar conflictos en su entorno laboral; vuestro gran enemigo es la mediocridad de los demás. Y, encima, te han dejado herido. Es el honor, ¿verdad?

—Mi honor está intacto, Adelaida. Y no estoy herido, solo indignado.

—Ahora mismo me subiría a mi Honda Goldwing y conduciría sin rumbo. La tengo abandonada y la echo de menos.

—Espero que no la uses hasta pasados unos meses, por favor.

—Cuando me lo permita mi médico, ni un día después. Sabes lo importante que es para mí la moto. Y, retomando el tema, estoy muy enfadada con los tuyos. Deberías colgar el tricornio y pasar de ellos. Porque ¿qué va a ocurrir ahora? ¿Dónde te van a poner a trabajar hasta que todo se aclare?

—Hoy lo sabré, pero me voy a pedir unos días libres, me deben muchos. Estoy investigando por mi cuenta. ¿Te gustan las novelas de espías?

—¿Espías? Te estás jugando tu reputación por haberte citado con uno, Julián. ¿Qué estás haciendo? Anda, tráeme un vaso de agua, por favor. Tengo la boca seca.

—Quiero saber qué sentido tiene todo lo que ocurrió, aunque no vaya conmigo el asunto. —Se levantó del sofá, fue a la cocina y regresó con el agua; le tendió el vaso y Adelaida bebió unos sorbos —. Pero sí, sí va conmigo, en realidad. —Se sentó junto a ella—. Necesito volver limpio a mi trabajo y que me pidan disculpas.

—Estás limpio, no tienes que demostrar nada, pero como te vean con otro de esos espías, estarás acabado.

Durante aquella noche, Julián había estudiado la información de Alessia, primero los informes previos al suceso de Islandia, después los que, según creía ella, coincidían con las fechas en las que pudo tener lugar la misión de rescate fallida, aunque solo eran conjeturas; por último, examinó los que preparó para la reunión del yate. Julián se fijó en tres informes sobre la ciudad india de Surat, el centro de tallado de diamantes más importante del mundo, y había otros dos sobre Pune, una metrópoli considerada el Oxford de la India, con más de ochocientas facultades universitarias, muchas de ellas centradas en el desarrollo tecnológico. Los dosieres sobre estas ciudades —economía, renta per cápita y otros datos que podían encontrarse fácilmente en internet— estaban en el primer grupo, antes del viaje a Islandia. A Julián le llamaron la atención las dos urbes indias porque eran las únicas que se mencionaban con detalle

entre todo el grueso de la información. Además, se hacía referencia a los grandes centros comerciales de Surat, ocho en total. En el resto de los informes sí aparecían ciudades, pero dentro de otros contextos, como el desarrollo armamentístico, la fabricación de drones, los laboratorios de desarrollo experimental en las principales universidades de Europa —los dos jóvenes científicos habían desaparecido en Cambridge— y la investigación aeroespacial en China.

—¿Con qué espía has contactado? Dime la verdad —le exigió Adelaida—. No me mientas. Estar embarazada no me vuelve idiota.

—No he contactado, ella ha contactado conmigo, es una mujer, Alessia. Solo me ha pedido que analice una información. Lo he hecho, le diré lo que pienso y se acabó. Me gustaría que confiaras en mí, necesito que me apoyes, Adelaida. Si no te tengo de mi lado, no podré trabajar bien ni investigar, que es lo mío. ¿Lo harás?

—Voy a tostar el pan, ayúdame a levantarme. Tengo que pensar en todo esto, Julián. Déjame que lo analice, dame un respiro, ¿vale?

—Por supuesto, tómate el tiempo que quieras. —La ayudó a incorporarse del sofá. La besó.

—Todo irá bien —le dijo al oído.

—No me dices nada con eso, pero me gusta oírlo.

Se desprendió suavemente de él y se dirigió a la cocina.

—¿Qué hacéis levantados tan pronto? —dijo Luba entrando en el salón—. Son las seis y media de la mañana.

Julián no le contestó, tenía el rostro descompuesto.

—Adelaida…

Ella volvió la cabeza y lo interrogó con la mirada.

—Tienes la bata manchada de sangre.

Él no perdió un segundo: cogió el móvil de la mesa del salón y llamó a una ambulancia.

Capítulo XV

«SURAT, Pune. Por qué», le había escrito de madrugada *Batman* a Alessia. Pero ella no vio el mensaje hasta después del simulacro, cuando estaba a punto de entrar en su casa por la mañana. Había decidido llamar así a Tresser porque, por supuesto, no podía usar su nombre real, pero sobre todo porque no olvidaba la imagen del guardia civil lanzándose al mar cuando el yate estalló. Fue el único héroe de aquel trágico día; agradecía el gesto, aunque nunca se lo diría. Además, le gustaban las películas del superhéroe, la relajaban por su simplicidad argumental, acostumbrada a lidiar con lo complejo.

Le había dado a Julián el número de un teléfono encriptado, como hacía cada vez que iniciaba un trabajo con una fuente; Julián no lo era, pero si lo fuera, sería una fuente «consciente», como se denominaba a los informadores voluntarios o a sueldo. A la fuente «inconsciente» se le sonsacaba información sin que se percatara de ello. A Alessia siempre le había sonado hilarante ese término, parecía una fuente desmayada o que cometía locuras insensatas. El móvil con el que, a partir de ahora, se iba a comunicar con Tresser, lo había escondido entre la braga y el pantalón al salir del piso de Móstoles para lo que luego resultó ser un simulacro en el avión. De algún modo, había presentido que registrarían su mochila. No lo hicieron, pero Carol se llevó su teléfono y su portátil. Al menos, había salvaguardado los otros dos terminales. «Surat, Pune, por

qué», le había escrito el capitán. No sabía la razón por la que Norberto le pidió información sobre esas ciudades indias. Lo pensaría más tarde, ahora iba a disfrutar de su escaso tiempo libre con su hija.

Tras el desayuno con Mara, Alessia acababa de entrar en su casa con ganas de besar a su marido y que eso la liberara de la culpa por no haber acudido a tiempo para llevar a Jana al colegio. Sí, no se lo ahorraba a sí misma, se consideraba una mala madre porque no podía entregarse a su hija como hacían las demás. Era imposible conciliar su trabajo y la crianza, debía conformarse con que los encuentros con Jana fueran intensos y transmitirle mucho amor. No podía renunciar a su trabajo, le resultaba adictivo, y lo que más le preocupaba era que la niña la odiara por ello. Javier estaba en su despacho ante el ordenador. Se levantó enseguida cuando la oyó entrar, la abrazó con el mismo ímpetu que si regresara de un largo viaje iniciado años atrás.

—Por fin en casa, hogar, dulce hogar —musitó ella, emocionada.

—Por fin, Daniela… —susurró él.

No muy lejos de allí, y casi al mismo tiempo, Mara también suspiró: «Por fin…». Había decidido celebrar su regreso a casa con un baño de espuma liofilizada de las cataratas del Niágara; ya sabía que lo que prometía el envase era falso, aunque le costó tan caro en el aeropuerto de Toronto que se imaginaba a varios hombres arriesgando su vida atados a una cuerda para recoger una tacita de espuma entre el furor del agua. Luego hizo lo mismo que había visto en las películas: colocó velas encendidas y perfumadas alrededor de la bañera, se sirvió una copa de verdejo bien frío y puso música de los Beatles. Empezó por *Hey, Jude*. Abrió el envase del Niágara y vertió dos cucharaditas en el agua, cerca del chorro. La espuma comenzó a crecer en pocos segundos, era densa y muy blanca, tanto que parecía refulgir. Se desnudó, entró en la bañera, se sumergió y estuvo en apnea casi cuatro minutos; era aficionada a practicarla con frecuencia, le relajaba. Cuando contuvo la respiración bajo el agua, su mente conectó con un mar de color turquesa en el que flotaba y desde el que miraba hacia un firmamento también

turquesa. Súbitamente, comenzaron a descender del cielo cientos de paracaidistas. Empezó a convulsionar de un modo que consideró peligroso y sacó la cabeza del agua. Recuperó el aire para sus pulmones y se rio. Se lo había pasado bien hasta que los paracaidistas la expulsaron del paisaje. Tomó un sorbo de vino y miró en su dedo anular el anillo con el zafiro azul; cada vez le gustaba más. Se imaginó a Dominik enfadado, puesto que con su muerte se había deshecho el compromiso. «¿Qué quieres que haga con él? ¿Lo voy a tirar a la basura porque tú ya no estás? De eso nada, querido. Me lo quedo, me lo he ganado», expresó en voz alta sus pensamientos.

Sonó el timbre de la puerta. No le hizo caso. Pero volvió a sonar y, enfadada, salió de la bañera y se puso un albornoz, dispuesta a darle un par de gritos al vendedor de lo que fuera, aunque luego se advirtió a sí misma: «Cuidado con quien llama a la puerta. Eres una agente secreta, Mara». Puso el ojo en la mirilla. Era un hombre joven. No llevaba abrigo, estaba en mangas de camisa e imaginó que era un vecino.

—Dígame qué quiere —le dijo al entreabrirle la puerta—. Estoy haciendo mi vida y usted ha interrumpido el proceso.

En efecto, era un vecino. Acababa de mudarse al piso de al lado, le explicó, y había llamado a la puerta para pedirle que bajara la música, porque le llegaba a través de las paredes y le molestaba. Era alto, apuesto, y ella le adjudicó treinta y tres años, la edad de Cristo cuando fue crucificado.

—Perdona, ahora mismo la bajo —se disculpó mientras iba hacia el Spotify de su móvil y detenía la canción—. Pasa, por favor. Insisto en disculparme. ¿Te apetece un vino?

Era un error hacerle entrar, pero le apetecía, era un chico atractivo. El sexo, su punto débil, recordó. La discreción, una de las normas básicas e inexcusables de su oficio, la iba a hacer saltar por los aires si intimaba con él. Pero ya estaba dentro de la casa, aunque solo había dado dos tímidos pasos para adentrarse en el vestíbulo. Se le veía cohibido, giraba nervioso su llavero. Mara se dio

cuenta de que el vecino iba en zapatillas de cuadros, como las de los abuelos. Eso le enterneció.

—Anda, pasa, vamos.

Capítulo XVI

LUBA cogía la mano de su padre y la apretaba con fuerza. Esperaban en el pasillo del hospital a que los llamaran a la sala de partos. La llegada de Pablo podría ser inminente, nacería cuatro semanas antes de lo previsto. El sangrado de Adelaida era en realidad la expulsión del tapón mucoso que sellaba el cuello de útero, una señal de que el alumbramiento se hallaba cerca. En aquellos momentos los médicos estaban valorando la frecuencia de las contracciones. Julián estaba inquieto, no se consideraba preparado, ni siquiera habían hecho juntos el curso de preparación al parto. Ser padre era algo demasiado grandioso como para que hubiera un adelanto que le había pillado contándole a Adelaida sus problemas. Qué pequeño se quedaba todo ahora; el desencuentro con sus mandos era una minucia. Iba a ser padre y ese era el núcleo que albergaba el todo.

En la UVI móvil de camino al hospital, Julián había visto el temor en la mirada de Adelaida. Él la cogía de la mano y ella preguntaba si se detectaba latido fetal, y volvía a hacerlo inmediatamente después de nuevo, aunque le dijeran que sí lo había. Fue un trayecto amargo. Los miedos de los dos se entremezclaban, revoloteaban maliciosos en el aire, caían en picado sobre sus espíritus y los llenaban de desasosiego.

—No contaba con esto —susurró Adelaida.

—El bebé estará bien, seguro. ¿Estás cómoda en la camilla?

—Necesito que me abraces, Julián.

Su mirada mostraba desamparo, nunca había visto tanto temor en sus ojos, ella, tan fuerte y tan segura de sí misma. Interrogó con un gesto a la médica que iba con ellos, quiso saber si aquel abrazo era posible, ya que estaba monitorizada. Sorprendentemente, la doctora habló con el sanitario y accedió.

—Adelaida, te voy a incorporar un poco, ¿de acuerdo? —la avisó el enfermero—. Tú no hagas ningún esfuerzo, lo hago yo por ti, déjate llevar.

Julián entonces la atrajo hacia sí y la sujetó por la espalda, la tenía consigo, la abrazó. Adelaida se apretujó contra él y al hacerlo sintió a Pablo moviéndose en su vientre. Sí, estaba vivo, su corazón latía, sus músculos le permitían moverse en el útero para cambiar de postura: él era cada vez más grande y el espacio allí dentro se le hacía pequeño. Ya estaba preparado para cambiar su realidad. Adelaida se soltó de los brazos de Julián, se dejó caer suavemente sobre la camilla y cerró los ojos.

—¡Julián Tresser! —Un médico salió al pasillo del hospital y pronunció en voz alta su nombre.

Lo llamaban. Iba a comenzar el parto. Respiró hondo; le dio vértigo saber que iba a ser padre en cuestión de minutos. Les dieron batas a él y a Luba, y entraron en el quirófano, en el que ya estaban dispuestos un médico, una comadrona y varias enfermeras. Adelaida, echada sobre la camilla, cogió las manos de Julián y las de Luba, al tiempo que escuchaba a la comadrona:

—Vamos, cariño, inspira y suelta el aire lentamente, y empuja, empuja…

Pablo lloró cuando llegó al mundo. Era tan pequeño y tan frágil que daba miedo tocarlo por si se rompía. Se lo colocaron a Adelaida sobre el pecho, piel con piel. Qué sensación tan inédita y placentera. Se emocionó, le parecía un milagro que aquel ser diminuto tuviera vida. Sentía hacia él un amor distinto a todos, una sensación arrebatadora de ternura y un deseo extremo de protección hacia esa criatura de su sangre, tan indefensa.

Julián nunca había tenido un bebé entre sus brazos, le costó un instante acomodar a Pablo, dudaba de sus movimientos, temía que se le cayera al suelo. También él sintió ese amor tan puro, tan intenso, tan limpio. Lo acercó a su rostro, sintió su piel con la suya, como antes había hecho Adelaida. Lo miró con inmensa ternura y escribió en su mente: «Moriría por ti, Pablo. Bienvenido a mi vida». Luba lo recibió en sus brazos con la boca abierta, asombrada. Nunca había asistido al milagro de la vida. Le dijo cosas al oído que nadie pudo escuchar. En realidad, le estaba diciendo «te quiero» quince veces seguidas.

Pablo podía respirar por sí mismo, señal de que sus pulmones ya se habían desarrollado a pesar de haber nacido antes de tiempo, pero su peso no era suficiente. En otro tiempo habría pasado a la incubadora, pero ahora lo que se pretendía era que estuviera con su madre. Dormido en la cuna, con un gorrito gris de lana que le cubría la cabeza, Adelaida pensó que su hijo era tan perfecto que nada malo podría sucederle. Julián y Luba lo miraban embobados. Entró una enfermera. Era el momento de la primera lactancia materna. La sanitaria invitó a Julián a coger al bebé de la cuna para dárselo a su madre. Seguía sin manejarse bien, le daba miedo colocarlo en una postura incorrecta, así que se lo pasó a ella con rapidez. Hasta que no se habituara, prefería mirar y no tocar. El bebé, aún dormido, buscó de manera instintiva la teta de su madre y mamó el calostro, la primera leche materna, la más rica en nutrientes. Pablo demostró que podía succionar y tragar, y esa fue la mejor noticia, porque algunos prematuros, les dijeron, no lo conseguían hasta pasados unos días.

«Hoy 22:00 h sala de espera Traumatología hospital La Paz». Mensaje de *Incógnita* en su móvil. Julián le había adjudicado a Alessia ese nombre, el de lo enigmático y lo misterioso, porque le estaba costando conectar con su mundo. Le desconcertó. Lo citaba en el hospital de La Paz y es allí donde había nacido su hijo. Se lo ponía muy fácil, porque iba a pasar allí la noche. Sabía que los agentes de inteligencia acostumbraban a citarse en hospitales, y también los narcos y otros delincuentes. En los grandes centros

sanitarios, cada uno se hallaba concentrado en su salud y nadie estaba pendiente de nadie. Pero ¿por qué precisamente en La Paz? Si descubría que lo había sometido a vigilancia, cortaría la colaboración con ella de modo definitivo. Se resistía a creer que fuera una mera coincidencia. «Ok», le contestó *Batman* a *Incógnita*.

Iba a tener mucho tiempo libre en el hospital y Luba le había traído el portátil. Mientras Adelaida y el bebé permanecieran allí, guiaría a Coira en la investigación del caso de Miguel Esteban —curioso nombre para un pueblo, pensaba Julián— y trabajaría en el atestado policial de Cambridge y en los informes. Quería profundizar en los que Alessia escribió para la reunión en el yate. Si en realidad el encuentro entre agentes era para intentar un nuevo rescate de los científicos, quizá en esos informes estuviera la clave del lugar donde podrían estar retenidos.

Lo mismo pensaban en el CNI. De hecho, ya los habían dejado en manos de los analistas. El rescate de Clarisa y Manu se había convertido en una prioridad; necesitaban desentrañar si estaban trabajando o no para un agente enemigo, eso era lo que les preocupaba —más que la desaparición en sí—, al igual que la información que hubieran proporcionado bajo amenaza si en realidad habían sido secuestrados. Su estado de salud no era lo que más importaba, aunque también. Se había comprobado que no había movimientos bancarios en sus cuentas desde que desaparecieron, y tampoco ingresos de cantidades de dinero sospechosas. No constaba contacto alguno con sus familias, al menos de un modo que ellos hubieran detectado, por eso enviaban a Castellón a Benjamín. Las dos agentes de inteligencia seguían pendientes de destino, pero en todo caso lo sabrían en horas. Si el Centro no cambiaba de planes, esa noche en la que Alessia se había citado con Tresser sería la última en varias semanas que tendría libre. Necesitaba aprovecharla al máximo.

Adelaida se había quedado adormilada tras amamantar a Pablo, que también dormía sobre el pecho de su madre con placidez. Luba, sin embargo, estaba excitada organizando la ropa del bebé. Julián miraba a través de la ventana de la habitación. Pensaba en su nueva

condición de padre y, no podía evitarlo, también en su propio trabajo. En la Guardia Civil los problemas generados por su encuentro con Norberto quedaban pospuestos, ya que tenía un permiso de paternidad de dieciséis semanas. Antes de que transcurrieran esos cuatro meses, ya habría desentrañado los misterios de la Operación Atenas: así había llamado al caso que iba a investigar, porque ya estaba decidido a hacerlo y lo trataría como una investigación policial, no como una misión de espionaje. Había un atentado, el del yate, donde murieron Norberto, dos agentes de la CIA y el MI6 británico con sus dos asistentes y la tripulación; y, por otro lado, estaba la desaparición, la de los científicos, que podría ser un secuestro o bien un asunto de alta traición. Cuando el caso se resolviera, exigiría una disculpa a los mandos, era lo que más le importaba. Sin embargo, también era consciente de que, si descubrían que se veía con la agente de inteligencia, entonces las disculpas las tendría que pedir él y la desconfianza alcanzaría dimensiones gigantescas.

Tresser decidió que acudiría al encuentro con Alessia con su cazadora puesta, como si acabara de llegar de la calle. No quería que supiera que toda su familia estaba en el hospital, ni mucho menos que acababa de ser padre.

—Papá, pero ¿qué es lo que miras todo el tiempo por la ventana? —le preguntó Luba, sorprendida—. Acabas de ser padre y, sin embargo, estás en modo silencio.

—¿Eso te ha parecido? Pues no he sido consciente. Estoy procesándolo. Es una responsabilidad para toda mi vida, al igual que lo eres tú. Además, no es que yo sea precisamente muy locuaz, ya lo sabes.

—Samuel quiere venir a conocer a Pablo. ¿Puede?

—Espera a que Adelaida esté más recuperada. Ahora vete a casa a atender a Greta y a Mirucha. No han comido ninguna de las dos y tienes que sacar a la perrita. —Entonces Julián cambió de tema por sorpresa—: ¿Cuál va a ser tu relación con Samuel a partir de ahora?

—La que tenga que ser. He hablado con él y lo va entendiendo. Espero que sigamos siendo tan amigos como hasta ahora. Además,

ya estamos preparando la gala de ilusionismo del trimestre y quiero que esté a mi lado. —Ahora fue ella la que quiso abordar un tema distinto—: ¿Tú crees que a Adelaida le gustará la habitación de Pablo?

—Estoy seguro de que sí. Has hecho un gran trabajo, Luba.

—Tú también. Ha sido cosa de los dos.

La futura mamá no había querido ver el dormitorio que habían preparado para su hijo. Le daba miedo ilusionarse y que el embarazo acabara malográndose de nuevo. A Julián le parecía absurdo, pero Adelaida se desentendió de todo lo que tuviera que ver con la habitación y padre e hija tuvieron que ocuparse y tomar decisiones tan necesarias como el color de las paredes y la decoración del dormitorio. Se lo pasaron bien los dos. Luba tenía destreza, mucha más que su padre, para colocar las cortinas, manejar la taladradora eléctrica o montar la cuna y la cómoda. A pesar de que tentaron a Adelaida contándole los avances que iban consiguiendo, ella nunca entró.

—Hermano, ahora tengo un hermano —dijo Luba, poniéndose su anorak fucsia—. Cuánto me gusta llamarlo así. La vida de repente se ha vuelto azul.

—¿Azul?

—El color del cielo y el de los océanos, el color de lo grandioso. Pablo mide solo cuarenta y dos centímetros y ya está lleno de vida, ¿te das cuenta?

—Parece un milagro, es verdad.

Unas horas antes, en la ambulancia, Julián llegó a temer que lo perderían.

—Es más que un milagro, papá, pero no lo puedo definir —afirmó, exultante.

—Te acompaño a tu coche, que también es azul —bromeó su padre, una de las pocas veces que lo hacía—. Está viejito, cualquier día te deja tirada, a ver si encuentro uno en mejor estado.

Luba tenía un Seat Panda de segunda mano para ir cada día a las clases de ilusionismo en El Escorial. Le gustaba mucho conducir, se

había sacado el carné a la primera. Le fascinaba la libertad que sentía al volante.

Adelaida seguía dormida. El parto había sido extenuante y le había pedido a su padre, ya mayor —su madre había fallecido cuatro años antes—, que la visitara al día siguiente; lo mismo que Julián había hecho con el doctor Guix —lo llamaba así desde siempre, como señal de respeto aunque lo tuteara—, uno de los mejores médicos forenses del país, ya jubilado, y el único gran amigo desde hacía años. Julián besó a Adelaida en la frente para no despertarla, contempló embelesado a su hijo durante unos instantes y salió de la habitación junto a Luba. La despidió en el aparcamiento al aire libre del hospital. Ya había anochecido y se había levantado de repente un viento huracanado que resultaba desagradable, porque traía arena de una obra cercana.

—Me va a levantar del suelo —dijo Luba, y no era una broma, porque irrumpió una ventada y le hizo perder el equilibrio. Se cogió del brazo de su padre hasta que llegó a su Seat Panda.

»¿Tú crees en los extraterrestres? —le preguntó de repente a Julián, alzando la voz para hacerse oír sobre el potente silbido del viento.

—¿A qué viene eso?

—Samuel dice que cuando vienen a espiarnos, se levanta el viento.

—Pídele de mi parte que no te cuente gilipolleces —le respondió, alegrándose en ese momento de que su hija hubiera rechazado el compromiso con el chico.

—Se lo diré tal cual, a ver qué dice. Será divertido.

Se despidieron con un abrazo y, como era habitual, Julián la besó en la frente. Eran ya cerca de las diez de la noche y se dirigió a la sala de espera de Traumatología. Le fastidiaba interrumpir la emoción de ser padre para reunirse con Alessia. En ese justo momento le parecía una pesada. ¿Era tan trascendental lo que tuviera que contarle que no podía esperar al día siguiente? Todo lo que no estuviera relacionado con su familia y su bebé había perdido importancia. Además, para reunirse con ella tuvo que atravesar de

punta a punta el edificio principal del complejo sanitario y bajar a la planta semisótano, toda una excursión senderista a Traumatología. Tresser la esperó en la puerta exterior más cercana al punto de encuentro, fumándose un cigarrillo que le supo a gloria, a pesar de que aquel viento iracundo no le permitía disfrutar de las caladas. De repente, oyó en el aparcamiento cercano el potente acelerón de un coche, luego un golpe seco y gritos.

Tuvo un mal presentimiento.

Atravesó varias filas de vehículos aparcados y vio a un grupo de personas que se dirigían hacia un lugar concreto. Cuando llegó, todos miraban, conmocionados, hacia una furgoneta aparcada. Tresser preguntó qué había ocurrido, le costaba hacerse oír en medio del viento. Una mujer había sido atropellada por un coche que había huido, le contaron. El impacto la había lanzado al techo de una furgoneta. Un hombre ayudaba a otro a encaramarse. Julián le pidió que lo ayudara también a alzarse. Su presentimiento era cierto: se trataba de Alessia. Había perdido el conocimiento, estaba bocabajo, con las piernas y los brazos extendidos y el rostro girado hacia un lado. Le sangraba la nariz. No se atrevió a moverla, desconocía las lesiones que pudiera tener. El hombre que lo acompañaba empezó a bajar porque tenía que subir un médico del hospital y los tres no cabían allá arriba. El capitán le tomó el pulso a Alessia. Lo notó muy débil.

—¡Casi no respira! —gritó.

Cuando el doctor logró llegar al techo del furgón, palpó la arteria carótida en el cuello y, en efecto, apenas tenía pulso. Le dio la vuelta con la ayuda de Tresser y comenzó a practicarle la reanimación cardiopulmonar, primero manualmente y luego con un desfibrilador autónomo que trajeron del hospital. Cinco minutos eternos. Se marchó el viento, dejó de azotarles, enmudecieron sus silbidos y, en ese momento, Alessia volvió a la vida, como si aquel pequeño huracán se hubiera llevado consigo la muerte que la acechaba. Despertó desorientada, no sabía dónde estaba ni qué había sucedido. Sin embargo, al ver al capitán pareció reaccionar.

—Mi bolso… —le dijo con una voz apenas audible.

Llegaron los bomberos para bajarla en una camilla. El médico y dos enfermeras la estabilizaron, la monitorizaron y se la llevaron directamente a Urgencias. Fue entonces cuando Tresser se dedicó a buscar el bolso de Alessia. Lo encontró debajo de un coche a varios metros del furgón. A pesar del impacto, nada de su interior había volado por los aires. Halló dentro el móvil, una cartera, un neceser, la tableta electrónica y un juego de llaves. Aparecieron dos coches patrulla de la Policía Municipal. Le harían preguntas para redactar el atestado. De ningún modo se le podía relacionar con la agente secreta. Tampoco convenía que a ella la identificaran como tal. Cuando uno de los testigos intentó señalarle con el dedo, él ya había desaparecido por una de las puertas del hospital.

Capítulo XVII

ADELAIDA y el bebé continuaban dormidos cuando Tresser entró en la habitación. Eran más de las doce de la noche. Se había acercado a Urgencias y había visto a Alessia. Le tranquilizó que estuviera en los boxes y no en la UCI. Se había aproximado a ella disimuladamente, como si fuera un familiar de otro de los pacientes. Estaba sedada, tenía la nariz cubierta con una férula y un gran chichón en la frente. ¿Solo eso? Le parecía un milagro. Se preguntó si el atropello había sido intencionado o, por el contrario, el conductor la había embestido involuntariamente y había huido porque era un impresentable. Alguien había apuntado la matrícula, pero no creía que sirviera de mucho, podría ser falsa. Alessia había insistido en que el tal Romano estaba matando a los supervivientes del suceso de Islandia y ella era una de ellos. El desprendimiento de una cornisa había estado a punto de aplastarla. Tresser empezaba a pensar que no eran las paranoias de una espía.

Desconocía si Alessia tenía familia. Alguien debería contactarlos y no sería el hospital, porque él se había quedado con su cartera. Quería evitar que descubrieran que su identidad era falsa, pero consideraba que los suyos debían estar al tanto de su situación. Decidió salir al exterior y telefonear directamente al CNI, contarles lo que ocurría y que ellos se ocuparan. Abrió internet en su móvil. Buscó la web del Centro. Como en muchísimas otras ocasiones, costó encontrar un número de teléfono. Lo halló en el apartado

«Trabaja con nosotros» o, dicho de otro modo, «¿Quieres convertirte en agente de inteligencia?», aunque en el texto no citaban que el trabajo fuera ese, más bien a Tresser le pareció la invitación a vivir una aventura desprovista de la complejidad y el riesgo que suponía en realidad dedicarse al espionaje al servicio del Estado:

«Si te preocupa el futuro de España y de la comunidad internacional, si te motiva la seguridad, si valoras el sentido de pertenencia a una organización, el CNI es el organismo que puede canalizar tus aspiraciones y ofrecerte un futuro profesional», leyó en la web. Al final del texto encontró el teléfono. No podía llamarlos desde su móvil y descubrirse. Miró a su alrededor. Había varias personas en la puerta del hospital, la mayoría fumándose un cigarrillo. Las observó una a una. Eligió a un hombre, alrededor de cuarenta años, traje y corbata, mocasines caros, tal vez un abogado.

—Disculpe, me acabo de dar cuenta de que no me queda batería. —Tresser se acercó a él cojeando; no le gustó verse en ese papel—. Tengo que contactar con mi hijo para que venga a recogerme al hospital. ¿Me permitiría llamarle? Será un minuto.

Aunque reacio en un principio, el hombre finalmente le prestó el móvil. Tresser marcó el número. Esperó. Le atendió una operadora. Se identificó como miembro de las fuerzas y cuerpos de seguridad, les informó que habían atropellado a Alessia y estaba ingresada en Urgencias del hospital de La Paz. No dio más explicaciones. Colgó. Le devolvió el teléfono al buen samaritano, le dio las gracias y entró en el hospital.

Ya en la habitación, y evitando hacer ruido para no despertar a la madre y al bebé, abrió el armario para guardar el bolso de Alessia. Entonces Pablo comenzó a llorar. Primero fue un llanto débil, pero se intensificó en un solo instante y a Julián lo desoló, porque el tono le resultaba dramático. Lo cogió enseguida en brazos y lo acunó —ya iba aprendiendo—, pero lloraba de un modo pertinaz. Tal vez tuviera hambre y él no sabía qué hacer. Adelaida abrió los ojos y, somnolienta y con el cansancio marcado en su rostro, preparó la teta para darle de mamar. Julián le tendió al bebé.

—¿Dónde estabas? Entras y sales constantemente. No sé si sabes que has sido padre —le reprochó, irritada.

—He ido a acompañar a Luba al aparcamiento. Luego he cenado algo en la cafetería. Pídeme todo lo que necesites.

—Lo que necesito es estar tranquila mientras le doy el pecho.

Julián entendió que le estaba pidiendo silencio. Adelaida estaba arisca; quizá la experiencia de la maternidad la agobiaba, con tomas de leche cada dos o tres horas, sin poder dormir de un tirón. No había querido optar por la leche artificial, más cómoda y que, además, les permitiría repartirse los turnos del biberón por la noche. Adelaida defendía la lactancia materna natural, consideraba que el organismo estaba programado para ello y además la ayudaba a crear vínculos con su hijo. Quizá se estuviera arrepintiendo. A veces se hacen sacrificios innecesarios, concluyó Julián. Sentado en el sillón de la habitación, apoyó la cabeza en el respaldo y, sin darse cuenta, se durmió. Cuando despertó, Adelaida se había levantado y le estaba cambiando los pañales a Pablo, mientras una enfermera se llevaba el aparato para medir la tensión arterial.

—Me he quedado traspuesto —se disculpó—. Tienes que enseñarme a hacerlo.

—Pues es tu momento, hazlo tú.

Adelaida se apartó del bebé y le fue dando instrucciones a Julián. Salvo el intenso olor de las cacas, al que pensaba que no se acostumbraría nunca, no fue tan difícil, pero, si no se tratara de su hijo, estaba seguro de que odiaría hacerlo.

—No necesito que pases esta noche aquí, Julián. Ve a casa con Luba —le dijo inesperadamente Adelaida mientras colocaba al bebé en la cuna y se acostaba en la cama.

—Quiero estar contigo. —Acercó el sillón, se sentó, la cogió de la mano.

—Y yo quiero estar sola —le dijo sin rodeos—. Necesito entenderme a mí misma como madre, me siento extraña y lo que me pide el cuerpo es soledad y silencio.

—No me hagas esto, Adelaida…

Se preguntó con preocupación si lo que le ocurría era la depresión posparto de la que tanto se hablaba y de la que él tan poco sabía. Debería haberse informado para comprenderla mejor si la padecía, pero había llegado tarde. Ella quería estar sola, y eso a él lo dejaba más solo que nunca.

—No es nada contra ti, Julián. Hoy he parido un hijo, estoy agotada, me cuesta incluso hablar.

—¿Es lo que quieres? ¿Que te deje sola?

—Es lo que necesito. Mañana tráeme el ordenador portátil, por favor.

—¿Te vas a poner a trabajar para tus suicidas cuando acabas de dar a luz?

—Sí, me apetece, y no son «mis» suicidas, un poco de respeto, es gente que sufre, ¿vale? Me gustaría no tener que darte tantas explicaciones, Julián.

—Vale, lo siento. Te traeré tu portátil y voy a respetar todo lo que me digas. ¿Cuándo quieres que te deje sola? ¿Me voy ahora mismo? —le preguntó, enfadado.

—No… —Ella lo miró, le sonrió—. Ven aquí, túmbate a mi lado.

Adelaida le hizo sitio y lo besó cuando él se colocó junto a ella. Aquel beso le recompuso a Julián el corazón: se lo había roto minutos antes.

—Qué guapa estás… —le susurró.

—Te lo agradezco, porque yo me veo hecha una mierda. No vuelvo a parir en mi puta vida —bromeó y se rio—. Anda, vete a casa y duerme un poco.

—Dime que vas a estar bien. Ten a mano el pulsador para llamar si necesitas atención, ¿de acuerdo?

Sonó su móvil al salir de la habitación. Era Luba. Temió Julián que el Seat Panda la hubiera dejado tirada de camino a casa.

—¿Qué ocurre? ¿Todo bien?

—Hay un hombre en la puerta del jardín que no deja de llamar al telefonillo, lo va a romper de tanto llamar. ¿Qué hago?

—Sobre todo, ni se te ocurra abrir, pero tranquila, mientras solo llame al timbre no hay problema. Voy enseguida para allá.

Capítulo XVIII

CON GRETA entre sus brazos y Mirucha siguiéndola allá donde fuera, Luba apagó las luces de la casa y observó al individuo desde la ventana del salón. Llevaba un anorak y un gorro de lana oscuros. Puesto que su padre ya estaba de camino a casa, se atrevió a hablarle a través del interfono.

—Pero ¿qué es lo que quiere?

—¡Por fin contesta alguien! —exclamó—. No quiero asustarla. Solo quiero ver a Adelaida. ¿Está en casa?

—No está, mi padre viene para aquí y es guardia civil.

A Luba le asustaba aquel hombre apostado en la puerta de noche. Preguntaba por Adelaida y era fácil deducir que se trataba de uno de sus pacientes de la asociación. Quizá la desesperación le llevara a quitarse la vida allí mismo. Estaba tan sugestionada que imaginó que sacaba una pistola y se pegaba un tiro en la cabeza. Se tapó los ojos con la mano, le daba pavor aquella imagen, pero a la vez su mente se abrió a la compasión y a la empatía. Era un ser que sufría y ella se reconocía en el tormento, cualquiera que fuera.

—Solo quiero verla, nada más. Soy su paciente y no me coge el teléfono.

—Ella no está, ya se lo he dicho. ¿Por qué no va a la asociación? Tiene atención las veinticuatro horas.

—Porque solo Adelaida consigue quitarme las ganas de irme.

—¿Irse? ¿Eso significa matarse? —preguntó Luba, impresionada.

—Sí, eso es.

—¿Le importa si le pregunto su edad?

—Veintiocho años.

—Ah, entonces eres joven.

—¿Y qué? ¿Eso me libra de algo?

—No, lo decía por tutearte, pensaba que eras mayor. Yo me llamo Luba y tengo veintitrés. Estudio un programa universitario de ilusionismo en El Escorial.

—¿Es magia de la de sacar conejos de la chistera?

—El ilusionismo es mucho más que eso, pero sí. ¿Tú estudias?

—Estudiaba Arquitectura, pero la depresión me dejó fuera de combate.

—¿Tus padres no te ayudan a estar mejor?

—Vivo solo con mi padre. Mi madre nos abandonó cuando yo era pequeño.

—Ah, lo siento… —le dijo, compasiva—. Puede que eso sea lo que te ha hecho tan desgraciado. ¿Nunca has sabido de ella?

—No, y tampoco tengo ganas. Gracias por escucharme, me ha ido bien.

—Entonces, ¿ya no te vas a suicidar?

—No lo sé, tampoco es que me apetezca mucho hablar del tema en este momento.

—Por supuesto, tienes razón, qué torpe he sido.

—No pasa nada. Qué bien me ha ido hablar contigo, insisto. He podido aflojar un poco. Me llamo Bruno. No te molestes por lo que voy a decirte, pero ¿podemos vernos algún día?

Luba dudó sobre si aceptar o no la cita que le proponía; su padre se iba a enfadar si quedaban en verse. Era un paciente de Adelaida, él no lo aceptaría y ella, como su psiquiatra que era, tampoco. Sin embargo, la joven entendía a Bruno, se veía reflejada en ese sufrimiento que parecía infinito, uno que posiblemente los iba a acompañar a los dos durante toda la vida, porque la mancha

emocional era difícil borrarla; por mucho que se frotara, siempre permanecía allí para recordar el dolor.

—Si no quieres, lo entenderé, no pasa nada.

—Vale, sí, podemos quedar para hablar algún día.

Luba vio aproximarse un coche. Era el Toyota de Julián.

—Mi padre ya está aquí. Te va a echar una bronca. Pídele disculpas, no le repliques, sé amable y te dejará ir.

—¿Eres la hija de Adelaida?

—No, ella es la mujer de mi padre.

—Te dejo mi número en el macetón izquierdo de la entrada —le dijo, refiriéndose a los dos bojs situados a uno y otro lado de la puerta.

Tresser detuvo el coche frente al adosado familiar y bajó enseguida del vehículo. Se acercó hasta el muchacho.

—Ya te dije ayer que no quería verte por aquí y lo has vuelto a hacer.

Estaba tentado de llamar al cuartel de Uvés y pedirles que se acercara un coche patrulla, a ver si con esa advertencia se alejaba definitivamente de la casa, pero no se atrevió, por si perturbaba aún más su frágil salud mental.

—Dame tu DNI para que te identifique.

—No lo llevo encima.

—¿Vas indocumentado por ahí?

—Sí, no me importa, me olvido —se encogió de hombros—, pero me llamo Bruno Ríos.

—Vale, Bruno, hoy no te voy a denunciar por merodear por mi casa y acosar a tu psiquiatra, quiero darte una oportunidad para que no te metas en ese lío, pero es la última vez que te veo por aquí. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, pero yo necesito hablar con Adelaida.

—Llama a la asociación, tienen atención las veinticuatro horas.

—Sí, pero… —iba a insistir otra vez.

—Bruno, Adelaida jamás te recibirá aquí, no es el lugar adecuado, ¿lo entiendes? ¿Quieres que llame yo a la asociación y

hablas con ellos?

—No, los llamaré yo.

Luba los vio hablar, su padre extendía el brazo, señalando hacia la calle; le estaba diciendo que se fuera de allí, dedujo. El chico bajó la cabeza, se dio media vuelta y se alejó en la noche arrastrando sus pasos tristes.

—Asunto solucionado, Luba —le dijo Julián cuando entró en casa.

—¿Qué le has dicho?

—Da igual, el caso es que ya no nos molestará más.

Guardó su arma en la caja fuerte, junto con el bolso de Alessia, oculto dentro de una bolsa. Después, padre e hija se fueron a la cocina.

—¿Cenamos algo? —propuso Luba, mientras miraba el frigorífico y Greta paseaba por la encimera.

—No tengo mucha hambre, ha sido un día intenso. —Julián se sentía cansado, con ganas de irse a dormir.

—Tan intenso como que has sido padre. Y yo, hermana. Yo también fui un bebé, supongo. ¿Tú crees que me hicieron cosas los monstruos, siendo tan pequeña?

Julián no quería ir a ese lugar, al de las atrocidades que sufrió de niña; se le partiría el corazón.

—Ya hemos hablado muchas veces de eso, Luba. Recordar es revivir. No puedes cambiar lo que te ocurrió, pero sí puedes apoyarte en cada uno de los minutos de tu vida de ahora, que quiero que sea bonita. ¿Lo es?

—Qué cursilón te has puesto, no te pega. —Se rio, quitando hierro al asunto—. La culpa es mía, me ha asaltado un miedo y te lo he lanzado a ti para no quedármelo yo. Lo siento. Papá, tú haces mi vida bonita cada día. Cambio ahora de tema: Adelaida está rara. Hoy me ha dicho que no estás en lo que celebras, que pasas horas fuera de la habitación y le ocultas a dónde vas. ¿Dónde vas? —lo interrogó con la mirada.

—Ha habido un malentendido en el trabajo, mis jefes me acusan de algo que no he hecho y estoy investigando algunas cosas, nada

más. Pablo ha nacido hace pocas horas y Adelaida no es que esté rara, es que se encuentra muy cansada y agotada. Y ahora vete a la cama. Es muy tarde, mañana tienes que ir a clase.

—Y me han cargado de deberes, además. ¿Tú te sientes orgulloso de tener una hija maga? A lo mejor hubieras preferido que fuera guardia civil, a tus jefes puede que no les guste que yo haga trucos de magia.

—¿A mis jefes? ¿Cómo se te ha ocurrido algo así? No seas infantil, Luba.

—Me robaron la infancia, papá, puedo ser infantil a destiempo, ¿no crees? Voy a sacar la basura.

Julián enmudeció al oír aquellas palabras, consecuencia de las que él no había medido. Iba a pedirle perdón, pero Luba ya estaba saliendo a la calle. Tendría que haber ido él con la basura, no le gustaba que anduviera sola de noche, aunque solo tuviera que cruzar la calle. La joven tardó pocos minutos en volver, ya había cumplido la misión para la que había salido: tenía en su poder el número de teléfono de Bruno. El papel estaba semienterrado en la tierra del macetón de la entrada, como le había anunciado. Subió a su dormitorio. Greta ya la estaba esperando sobre la cama, lamiéndose las patas. Mirucha, acomodada en una esquina del colchón, dormía panza arriba. Luba cerró la puerta y miró el número escrito. No sabía qué hacer. Si llamaba, quizá se arrepintiera. Y si no llamaba, también.

Capítulo XIX

TRESSER estuvo tres días sin noticias de Alessia, tampoco la echó de menos, estaba centrado en su pequeño Pablo. A Adelaida ya le habían dado el alta, el bebé ya estaba en casa y cada día los visitaba una matrona del hospital para asesorarla en lo que precisara y valorar su estado y el del recién nacido. A Adelaida le preocupaba cortarle las uñas —tenía que hacerlo cada quince días—, le angustiaba hacerlo mal y herirlo. La especialista le explicó cómo hacerlo. Poco a poco, la familia fue adaptándose a la nueva realidad.

A Adelaida le gustó mucho la habitación que le habían montado Julián y Luba, especialmente la cuna de madera lacada en un gris suave que combinaba muy bien con los estores verde pistacho. Pero no la dejaron allí, la trasladaron al dormitorio de la pareja, querían dormir cerca de su hijo. Mirucha y Greta habían variado la costumbre de dormir siempre con Luba y ahora, por alguna suerte de instinto natural, lo hacían a veces a los pies de la cuna, custodiándola como dos soldados haciendo guardia. Adelaida le daba el pecho a Pablo alrededor de ocho veces al día. Disciplinado y metódico como era Tresser, cuando lloraba por la noche porque tenía hambre, se levantaba, cogía al bebé en brazos y se lo colocaba en el regazo a Adelaida. Esperaba despierto durante la sesión de lactancia, le cambiaba los pañales si era necesario y lo volvía a acostar. Disfrutaba haciéndolo, nunca pensó que la experiencia le resultara tan gratificante.

—Me voy a la cama, estoy cansada —le dijo Adelaida al atardecer —. ¿Bañas tú a Pablo?

—Claro, ahora mismo —respondió Julián, solícito.

El pequeño era bueno, tranquilo y glotón, le gustaba mamar y lo hacía hasta que no podía más y se dormía. Sin embargo, Adelaida estaba mustia, ausente, como si el parto se la hubiera llevado a otra realidad, a un mundo del que apenas salía. A Julián le preocupaba, pero la matrona les dijo que era un proceso normal. «Tras el parto hay cambios drásticos, las hormonas caen en picado y eso influye en el estado de ánimo. Date tiempo, Adelaida, para acomodarte a tu nuevo papel de madre», le aconsejó la especialista.

Julián bañó a Pablo, la matrona les había enseñado a los dos a hacerlo; esos debían ser unos momentos relajantes para el bebé y para crear el vínculo. Julián lo disfrutaba, nunca imaginó que pudiera ser tan placentero. Le susurraba palabras mientras lo enjabonaba y se dirigía a él con ternura, un sentimiento nuevo para él desde que Pablo llegó al mundo. Julián se repetía constantemente que tenía un hijo, no acababa de hacerse a la idea. Decidió que tenía que empezar a llamarlo por su nombre para que reconociera su voz. ¿Y qué más podría decirle que no le hiciera sentirse ridículo? Esas palabras tontas que se dedicaban a los bebés, como «cosita» o «bichito», no iban con él. También evitaría, más bien lo prohibiría, que se le llamara Pablito. Su hijo nunca sería un diminutivo.

Cuando fue a acostarlo en la cuna, Adelaida estaba en la cama profundamente dormida. A Julián le asombraba lo extenuante que podía ser alumbrar una vida, le dio la impresión de que ella estaba consumida. Con diez años menos lo hubiera llevado mejor. Necesitaba mucho descanso, salió de puntillas de la habitación. Lamentó que en tres horas tuviera que despertarla para la lactancia, pero ella se había empeñado y ahí él no podía hacer nada.

Le apeteció de repente comer algo caliente y puso en el microondas una menestra congelada. Habían pasado ya cuatro días desde el nacimiento y cayó en la cuenta de que no había invitado a Coira y a su equipo de la UCO para que vinieran a conocer a Pablo. Únicamente les había dado la noticia —estaban entusiasmados— y

comunicado a su comandante el nacimiento, para gestionar entonces su permiso por paternidad de dieciséis semanas. Se prometió hacerlo a la mañana siguiente y dejó de pensar en el asunto, pues quería revisar los informes de Alessia en su portátil. ¿Qué habría sido de ella? Su móvil lo tenía él en la caja fuerte, junto con su bolso y la cartera, que contenía únicamente el carné de identidad y el de conducir, a nombre de Alessia Estora Minda, más cincuenta euros y dos tarjetas Visa. No entendía cómo había descuidado tanto su seguridad, dos intentos de homicidio tan seguidos. Le resultaba inexplicable que no hubiera tomado precauciones y le asombraba que fueran matando agentes secretos sin que nadie hiciera nada, al menos en apariencia. Le intrigaba el tal Romano, pero no podía investigarlo porque pertenecía a un mundo donde toda la información era secreta y circulaba de modo invisible.

La menestra ya estaba lista, sonó el pitido electrónico del microondas mientras Greta incordiaba a Mirucha dándole con la pata en el hocico. ¿Qué hacían las dos en la cocina? Deberían estar durmiendo con Luba o junto a la cuna de Pablo, pero claro, habían oído ruido y habían ido a cotillear. Mirucha le ladró de un modo que Julián conocía: le estaba pidiendo alguna chuche. Buscó un trozo de pan duro, se lo lanzó, la perrita lo cogió al vuelo y se fue de la cocina con el mendrugo en la boca. Greta, sin embargo, se quedó. Era mimosa, buscaba las caricias de Julián y se subió a su regazo. Sentado a la mesa de la cocina, la acogió y ella ronroneó.

Terminó de cenar, Greta intuyó que lo bueno se había acabado y se fue a dormir junto a Pablo. Julián comió dos mandarinas y se fue a la mesa del salón, abrió el portátil y el extenso documento que le había dado Alessia en un *pendrive*. Otra vez los requerimientos, las contraseñas, los códigos. Revisó las páginas, buscaba ahora el atestado policial de la Policía de Cambridge. Lo encontró. Ahí había comenzado la Operación Atenas, en Inglaterra. Puesto que aquella mañana de octubre la pareja de ingenieros ya no acudió a trabajar, la escena principal se había establecido en el apartamento donde vivía la pareja.

Con la ayuda del traductor de Google —Tresser tenía un nivel aceptable de inglés, pero le faltaba léxico—, descubrió datos que desconocía, como el hecho de que, en la vivienda de los desaparecidos, estuviera todo excesivamente limpio y ordenado, como si nadie viviera allí; se evidenciaba la intención de que así lo pareciera. Las maletas estaban colocadas en el altillo. En el armario no había huecos: las prendas colgaban de las perchas o estaban guardadas en cajones, en los cuales se habían hallado sus pasaportes, caducados. Si habían salido del país, lo hicieron con documentación falsa. Nada parecía improvisado. La cocina estaba recogida, pero se examinó el cubo de basura y se encontraron varias minihamburguesas, algunas mordisqueadas, una buena fuente de ADN. Probablemente era lo que iban a cenar cuando todo sucedió. Imaginó esos momentos: alguien llama a la puerta, lo conocen y le permiten pasar. A partir de entonces, Clarisa y Manu salen de la casa voluntariamente o se los llevan, sin fuerza, sin violencia; posiblemente bastaron las amenazas con hacer daño a sus familias si intentaban escapar.

El atestado era escueto, como si quien lo redactó fuera consciente de que la investigación no iría más allá, al tratarse de un asunto reservado. Tresser no podía acceder, pues, a los nombres de los compañeros de la pareja de ingenieros, tampoco a los de sus amigos. Era en su entorno donde había que descartar o señalar sospechosos, y eso no iba a poder hacerlo, se dijo con frustración. Ni siquiera era posible recabar información en las redes sociales, porque la pareja no las utilizaba. Si al menos la noticia hubiera transcendido a la prensa, tendría datos con lo que hubieran averiguado los periodistas, pero nada se había escrito sobre la desaparición de dos españoles en Cambridge. El asunto estaba encarcelado.

—Ya sabes, capitán, los numerosos operativos policiales que nunca trascienden —le había comentado Alessia en el castillo de la Alameda, algo que él ya sabía, pura retórica—, por no hablar de nuestras misiones, siempre invisibles. En realidad, lo que llega a la prensa es mínimo.

El Centro, le reveló también, había hablado con las familias de Manu y Clarisa para que guardaran silencio sin excepciones, de lo contrario podrían poner en peligro las vidas de sus hijos. A Tresser le habría gustado entrevistarse con los padres, pero aquello era imposible, ya había compañeros de Alessia vigilando a la familia y no le parecía bien inmiscuirse. Era una misión entre tinieblas cuyos avances, si los hubiera, no saldrían nunca de las sombras.

Terminó de leer el escueto atestado policial y llamó su atención la última línea, escrita a mano: «*Found bracelet rakhi rudraskha in the sofa*». ¿Qué era eso?, se preguntó. Google le informó de que «*rakhi*» era una pulsera hinduista que simbolizaba el vínculo entre hermanos, y «*rudraskha*», semillas de un árbol del mismo nombre que se usaban como cuentas para orar. Qué importante era ese indicio y, sin embargo, solo había merecido una línea escrita de cualquier modo, sin siquiera reseñar el número de prueba. O pertenecía a Clarisa o a Manu o bien a alguien que la perdió allí. ¿Estaba rota? ¿Arrancada de la muñeca? Se había encontrado en el sofá, pero ¿dónde? ¿Bajo los cojines? ¿Sobre ellos, a la vista? No se indicaba, tampoco se adjuntaba fotografía alguna, ni de la pulsera ni del resto de las evidencias.

El atestado lo firmaba el sargento Arnav Kuman. Nombre y apellidos indios. Los buscó en internet. No lo encontró en la web de la Policía de Cambridge, pero alguien con el mismo nombre y apellido se presentaba en las redes como entrenador de alevines de hockey sobre hierba, uno de los deportes más populares en Inglaterra y también en la India. El sargento, si es que fuera él, era un joven con barba que, en la mayoría de las fotos, posaba sonriente junto al equipo infantil al que entrenaba, en un colegio público de Cambridge. Tresser quería encontrar la manera de contactar con él, pero no podía hacerlo como guardia civil. Se preguntaba por qué había escrito a mano el hallazgo de la pulsera. No era lo habitual, y menos en una Policía tan metódica como la británica.

Alessia había leído el atestado y no le había comentado nada de la pulsera hindú, más interesante de lo que pudiera parecer, porque

en los informes que le pidió Norberto figuraban esas dos ciudades indias, Surat y Pune, a las que no se dio importancia y que ahora con ese hallazgo tal vez tuvieran un sentido. No podía ser una casualidad, se dijo. Escuchó entonces un timbre lejano, o tal vez una música. Se levantó y anduvo por el salón, intentando aproximarse a ese sonido. Procedía del interior de la caja fuerte. La abrió. Era el móvil de Alessia, alguien la estaba llamando. Número oculto, vio en la pantalla. La última vez que atendió uno igual, estalló un yate y casi se ahoga en el mar. Decidió no cogerlo; lo haría si sonaba por segunda vez. Tras cinco tonos, el interlocutor finalizó la llamada. Instantes después, llegó un mensaje: «Hay acacias en el paraíso. Las estoy viendo. Son bonitas». A Tresser le desconcertó en un primer momento, pero enseguida entendió que era un texto en clave, bastante básico, por cierto, se dijo con esa arrogancia tan propia de su carácter. Se acercó a una de las ventanas del salón, miró hacia el parque privado frente a su casa, con árboles, sí, sobre todo sauces y acacias. Era la zona verde de la urbanización El *paraíso* donde vivía la familia. Tal vez Alessia quisiera encontrarse con él allí, o alguien desconocido. Debía comprobarlo inmediatamente.

Capítulo XX

A ESAS horas de la madrugada, el parque, envuelto en un velo de bruma, transmitía una atmósfera inquietante que no invitaba a entrar, pero ahí en medio, sentada en un banco bajo un grupo de acacias, había una figura femenina. Parecía elevar la cabeza para mirar al cielo. Tresser se hizo con unos prismáticos que siempre tenía en casa, enfocó y la vio: era Alessia. Distinguió la férula sobre su nariz rota. ¿Cómo había descubierto dónde vivía? Le enfadó que lo supiera. Cogió de la caja fuerte el bolso con el móvil y la cartera. Se puso la cazadora, salió de la casa, cruzó la calle y se adentró en el parque.

—No quiero que merodees por mi casa —fue lo primero que le dijo, al tiempo que le entregaba su bolso.

Se fijó en que llevaba una muleta y en su mirada de oso panda: tenía ojeras amoratadas, debido a la fractura de la nariz.

—Gracias por preguntarme si estoy bien —respondió ella con ironía.

Vestía un discreto traje de chaqueta gris de lana bajo su gabardina, llevaba medias y mocasines negros y el cabello más corto que tres días atrás, cuando sufrió el atropello; lo adornaba con una diadema negra de terciopelo. Parecía una pija recatada del barrio de Aravaca, uno de los más elitistas de Madrid.

—Hoy al mediodía me han dado el alta. Al final no ha sido para tanto, capitán, incluso he salvado los dientes. Oí el acelerón del coche a mis espaldas, intuí que venía a por mí, intenté esquivar el impacto, pero me dio un golpe en la cadera y me lanzó contra una furgoneta que estaba aparcada al lado. Supe caer bien, me han entrenado para hacerlo. Peor hubiera sido estrellarme contra la farola que había a un metro de allí, que esa sí me habría reventado. Tengo un ángel de la guarda, más bien una *ángela*, como las que pintaba Goya. Sufro una contusión en la cadera y en dos costillas, pero no hay fracturas. Estoy muy dolorida, eso es verdad, y hoy me hubiera ido muy a gusto a la cama, pero esta noche he tenido una reunión importante y muy esclarecedora.

—¿No te preocupa que hayan intentado matarte dos veces? Cualquier ciudadano normal estaría aterrorizado, y tú estás como si nada. ¿Qué están haciendo los tuyos para protegerte y encontrar al autor de estos intentos de homicidio? —A Tresser le indignaba la pasividad de sus superiores.

—Pues van haciendo cosas, capitán. En el caso de que fuera Romano, que yo creo que lo es, hablamos de un personaje que maneja los hilos en la web oscura, es un espectro que nunca se materializa y es difícil darle caza.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó con desconfianza.

—Simplemente, estoy. Asustada, eso sí. Dices que actúo como si no hubiera pasado nada y eso no es cierto, me afecta. Ya van dos intentos. Tengo una hija de siete años, ¿sabes? Y un marido militar, por eso entiende mi trabajo.

Por primera vez, la agente se mostraba vulnerable, quién lo iba a decir. Aun así, Tresser no bajaba la guardia: ni le gustaba que hubiera llegado hasta su propia casa ni se fiaba de aquella visita de madrugada. Alessia lo invitó a sentarse junto a ella.

—¿Cuándo ibas a comentarme los detalles del atestado? —le preguntó él mientras tomaba asiento—, por llamarlo de alguna forma, porque es el más escueto que he visto en mi vida, y he visto muchos. Diez líneas, nada más. No es normal.

—¿A qué detalles te refieres? ¿Lo dices por la pulsera hindú? Nuestros agentes en Londres ya están en ello; es la pista india.

—¿La pista india? —preguntó, indignado—. ¿Resulta que hay una pista india? No puedo continuar sin tener información y esta es la prueba de que no la tengo. Quédatela toda para ti, no me interesa.

—No te enfades, por favor. Te lo iba a contar, pero me atropellaron, y tampoco es tan relevante.

—Ah, ¿no? Pues a mí sí que me lo parece.

—Relájate un poco, todo a su tiempo. Los agentes de inteligencia no somos Policía Judicial. Vamos más sueltos por la vida.

—Sí, demasiado sueltos —replicó Tresser—. En la Guardia Civil, la pulsera hindú ya estaría en el laboratorio de criminalística. ¿Dónde está ahora? ¿Han aislado ADN?

—Pues resulta que sí, y pertenece a uno de los ayudantes del laboratorio, amigo de la pareja, un indio nacido en Reino Unido. Me he enterado esta misma noche.

—Joder, así no se puede trabajar. Ahora me dirás que ya le habéis interrogado.

—No, todavía no. Ya te he dicho que hemos conocido hoy los resultados. Se les pidieron muestras biológicas voluntarias a todos los compañeros de los científicos, incluido el gran jefe, sir Lawrence Hepburn, que está tratándose de un cáncer, inoperativo, pues, para nosotros.

—Quiero interrogar por videoconferencia al amigo de la pareja. Ya te inventarás algo.

—Eso no te lo puedo conseguir, no olvides que trabajas de incógnito. Pero puedo entrevistarme yo con él, si quieres.

—No, lo haré yo —insistió Tresser; solo se fiaba de sí mismo—. Ya tuvisteis la oportunidad de hacerlo vosotros. No avanzamos, Alessia. Me da la impresión de que no estoy con la mejor y yo estoy invirtiendo en esto mi tiempo y mi esfuerzo.

—¿Qué pretendes, capitán? ¿Generarme inseguridad para empequeñecerme a tu lado? Buen intento, a ver si el siguiente te sale mejor.

—Estás muy equivocada. Qué manía tenéis ahora las mujeres con analizarlo todo desde la óptica feminista. Al contrario, yo preferiría que fueras la mejor en lo tuyo, así yo iría más seguro, de modo que es justo al revés. ¿Qué hay de las otras ciudades? En tus informes para la reunión del yate escribiste sobre demasiados lugares, nueve en total. Es como si Norberto diera palos de ciego.

A Tresser le parecía que estaban improvisando más allá de lo admisible. Parecían no saber qué camino escoger entre los muchos que habían generado. No había un plan; en el fondo, no tenían nada.

—Sí, hay mucha información, es verdad —aceptó Alessia—. Eso demuestra que Norberto y sus compañeros no tenían claro dónde tendrían que realizar el rescate. Yangzhou, en China, también Londres, Dublín, Múnich, Milán, Barcelona y tres islas: las Azores, Malta y Mallorca. Es raro, porque en una isla la salida solo puede realizarse en barco o en avión, no hay otra posibilidad de escapar o de hacer un traslado urgente de los rehenes, si es que lo son. Me estoy congelando, ¿no me invitas a tu casa a tomar un café reconfortante?

—Eso es imposible. —A Tresser se le aceleró el corazón al imaginar a Adelaida descubriendo a la agente dentro de casa—. Seguimos diez minutos más y se acabó. De momento, vamos a descartar las islas —decidió—, por eso mismo, por la dificultad de las vías de escape. Vamos a por Londres.

Fueron más de los diez minutos que se había concedido Tresser. Analizaron cada uno de los puntos elegidos por Norberto. Estudiaron las particularidades y también las coincidencias. Alessia había aportado el dato de las ciudades europeas con más movimientos de espionaje, con Bruselas a la cabeza. El incesante flujo de información reservada en la sede de la Unión Europea la hacía muy apetitosa para los agentes extranjeros, como los rusos y los chinos, y era necesario el trabajo de la contrainteligencia occidental para descubrirlos. Esa y otras ciudades también había que descartarlas: no eran precisamente los mejores sitios para esconder a alguien o retenerlo contra su voluntad, debido a la intensa vigilancia.

—Se supone que los ingenieros están, donde quiera que sea, fabricando un dron de última generación que compromete la seguridad del mundo libre —apuntó Tresser—. Eso si están en Europa y no en Irán, por ejemplo.

—¿Irán?

—Los iraníes son los que fabrican los drones para los rusos. Me extraña que Norberto no los haya mencionado ni una sola vez en los informes, y sí esas dos ciudades indias que casi nadie conoce. ¿Sabes qué pienso? Podrían ser una trampa para el topo, datos concebidos para generar desinformación y tener al enemigo entretenido, pero nosotros no somos el enemigo.

—Puede que tengas razón —aceptó Alessia—. Norberto sabía despistar como nadie, pero esos informes son lo único que tenemos y hay que seguir estudiándolos. Dispongo de una fuente muy buena que ahora está en Milán. Salgo mañana para allá. Tú te vas a Londres, me has convencido. Gastos pagados. Sigue allí la pista india, me parece bien.

—¿Irme a Londres? ¿Cuándo te he dicho yo que quiera ir allí? —Tresser la miró con perplejidad—. En todo caso, no puedo. Tengo que permanecer en Madrid.

—¿Por qué? Tu bebé es aún muy pequeño para echarte de menos.

—Ni lo nombres, ¿me oyes? —le advirtió, amenazante—. ¿Cómo sabes que tengo un hijo?

—Soy agente de inteligencia, no lo olvides. Lo que manejo es información, esa es mi vida.

—Nunca hubiéramos sido amigos tú y yo de habernos conocido en otras circunstancias.

—Jamás lo sabremos, porque nuestras circunstancias son estas y no otras. Hay novedades, capitán. Se ha probado sobre Ucrania un ingenio volador de origen desconocido. El dron ha entrado en el espacio aéreo, ha lanzado misiles y no ha sido detectado por los radares. Al final, el aparato ha fallado y ha explotado. Está confirmado que es el mismo que estaban desarrollando los

científicos. Hay imágenes captadas por los satélites. Y otra cosa importante: hemos descubierto al topo.

Capítulo XXI

TRAS la conversación de madrugada con Tresser, Alessia estaba tan cansada que le costaba mantenerse despierta al volante de camino a su casa, debido a los analgésicos que tomaba para eliminar el dolor de las contusiones. Además, el capitán le resultaba agotador; ya le había advertido Norberto que era un hombre difícil, pero no pensaba que lo fuera tanto. Vio a lo lejos las luces de una gasolinera. Se desvió hacia allí, aparcó, puso los seguros de las puertas, apagó los faros y cerró los ojos. No podía seguir conduciendo. El cuerpo había dicho basta. Nadie la había seguido. Ahora siempre lo comprobaba con la precisión de una paranoica. En ese momento era la única clienta del establecimiento, podía dormir tranquila unos minutos. Se sentía dolida, frustrada, tenía ganas de ver a su marido, abrazarse a él, dejar que la sanara el amor, el sexo, el hogar. Media hora después, ya con la mente más despejada, condujo hacia su casa. Deseaba meterse en la cama y abrazarse a Javier; qué día más duro, necesitaba olvidarse y sentirse querida y arropada. Estaba triste. Carol le había dicho lo que ella ya imaginaba: la férula en la nariz y la muleta llamaban demasiado la atención, así que no haría trabajo de campo hasta que ya no las necesitara. Sabía que sería así, pero no estar operativa la desasosegaba: sentía que le faltaba algo si no trabajaba en la *contra*. Carol se había enfadado mucho con ella cuando esa misma noche, antes de sorprender a Tresser con su visita inesperada, la vio entrar en el piso franco de Móstoles.

—¿Cómo tuviste semejante fallo de seguridad? —la recriminó cuando la vio atravesar la puerta, sin preguntarle cómo se encontraba—. Llevas años de servicio, Alessia. Es intolerable que no vigiles tus espaldas. Nos llamó un desconocido para decirnos que estabas en el hospital. ¿Quién era? —comenzó a interrogarla—. ¿Cuándo pensabas decirnos que te habían atropellado?

—Era un amigo al que acompañé al hospital. Su madre se estaba muriendo —improvisó con rapidez; estaba convencido de que había sido Tresser—. Nos dirigíamos a la puerta principal cuando me atropelló un tipo que se dio a la fuga. Fue intencionado, fue a por mí. Mi amigo os llamó para que estuvierais pendientes de mí.

—Y no dio su nombre —añadió Carol.

—¿Lo hubieras dado tú en su lugar? —le preguntó Benjamín.

—Dijo que era miembro de los cuerpos y fuerzas de seguridad —insistió Carol en sus recelos—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—No lo es, supongo que lo dijo para que le creyerais. Es ganadero, amigo de la familia —volvió Alessia a improvisar.

—¿Por qué no la dejamos en paz? —opinó Mara—. Ha sufrido un atropello, digo yo que se merece una tregua.

—Gracias, compañera. Me vino a visitar mi marido, eso vale por todo, y alguien misterioso me hizo llegar al hospital una novela de espías que me he leído de un tirón y me ha divertido mucho, *Slow Horses, Caballos lentos*, de Mick Herron. ¿Fuiste tú, Carol?

—No me conoces, nunca te regalaría un libro que no haya leído.

—Fui yo —reveló Benjamín—. Pensé que te entretendría una novela tan irreverente con los agentes de inteligencia.

—¿Tú? Muchas gracias, eres una caja de sorpresas. —Alessia se levantó de la silla, se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

Benjamín no dijo nada, pero se ruborizó; no se lo esperaba ni estaba ninguno acostumbrado a las muestras de afecto cuando trabajaban. El espionaje era ingrato, la empatía podía a uno conducirle a la vulnerabilidad.

—Ese beso ha estado fuera de lugar. —Carol no se resistió a comentarlo.

—En absoluto, te aseguro que el beso ha estado en su sitio —ironizó Alessia con una sonrisa—. Volviendo al tema, cuando hablas de que mi fallo de seguridad es imperdonable, también lo es que nos estén atacando a los supervivientes de Islandia y no estéis haciendo nada. Solo quedamos cuatro si contamos la muerte violenta de Norberto.

—Se está trabajando mucho, pero en secreto, como hacemos nosotros. ¿Te suena? —le replicó ella de mal humor, como acostumbraba.

—Yo voy avanzando con Romano —aseguró Benjamín—. He llegado hasta él en la web oscura y le he hecho un encargo.

—¿Y qué encargo es ese? —preguntó, rápida, Carol.

—Estoy en ello, pero ahora mismo no puedo aportar nada más porque no ha contestado todavía.

Posiblemente no lo hiciera. Lo que Benjamín le había planteado a Romano podía ser tomado como una broma o bien como un desafío. Había estudiado su perfil de narcisista maligno, su soberbia firmando sus crímenes como el emperador Augusto, que no dejaba de ser un acto infantil, era demasiado simple. No había una mente compleja en Romano, sino más bien la de un niño grande divirtiéndose con la muerte. Le costaba creer que varias personas pudieran asumir una única personalidad tan marcada y la mantuvieran en el tiempo.

—¿Quién eres y qué quieres que yo te pueda dar? —le preguntó el políglota Romano en un castellano con un acento extranjero difícilmente reconocible. Podía ser búlgaro, ruso, pero también árabe o danés—. Si has llegado hasta aquí, es lo primero que debería saber.

—No te importa quién soy. Quiero tu cabeza, Romano. Ponme tú el precio, pero te quiero muerto.

No contestó. Ese era el encargo, ese era el juego en el que Benjamín se había embarcado sin saber a dónde le llevaría. Pensaba en ello —en realidad nunca dejaba de hacerlo— mientras servía en la mesa los espaguetis con salsa de tomate que había cocinado. Carol tenía hambre e interrumpió la reunión para cenar. La jefa se quitó sus botas de tacón alto —ese día había cambiado el traje tipo

Chanel por unos tejanos y un jersey ajustados—, las tiró al suelo de cualquier forma y cogió una bolsa con los móviles, las tabletas y los portátiles que les había requisado en el avión. Se los entregó a cada uno sin ningún cuidado, se sentó a la mesa y miró los espaguetis con aprensión.

—¿Es salsa de bote?

—No, de tomates rosa de Barbastro que he ido a buscar esta noche para ti, no te jode —replicó el agente, molesto por esa pregunta despectiva.

—Controla ese carácter agrio, pipiolo. Mira, a lo mejor esto os alegra: vuestros dispositivos están limpios. No hemos visto al topo por ahí dentro, pero está en algún lugar y lo vamos a encontrar. Tenéis que devolver los de sustitución. ¿Hay vino?

—Solo hay agua y latas de Coca-Cola —le informó Alessia.

—Pues traedme una coca bien fría y con hielo.

Mara se levantó, fue a la cocina y se la trajo enseguida.

—La has cagado, es impresionante cómo la has cagado —le dijo Carol a la agente cuando le sirvió el refresco.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Ahora mismo te lo explico y voy a empezar por el principio, para que no te pierdas más de lo que ya lo estás.

Fue entonces cuando les reveló que ya sabían qué puerta abría la llave que se encontró en el bolso de la agente rusa. Correspondía a una taquilla de un supermercado Ahorramas del madrileño barrio de Lavapiés. Dentro de la consigna había una foto de Mara captada con teleobjetivo y una cuartilla donde se había escrito en cirílico —el sistema de escritura ruso— su nombre, una fecha y la dirección del piso franco de la Gran Vía. Había también un sobre vacío. Se suponía que contenía el pago por el crimen. En su interior, un papel advertía en ruso que, si fallaba, tendría que devolver el dinero con un veinte por ciento de interés y debería hacer otro intento gratis.

—La ejecutora entró en el piso convencida de que solo estarías tú, porque se confundió de fecha. Fue a cumplir su encargo el tres de marzo y no el día ocho, como estaba previsto. Se encontró al húngaro en el dormitorio y no a ti. Él la vio venir y sacó su pistola,

pero ella fue más rápida, aunque salió herida de muerte. Eso es lo que sucedió. Te salvó Dominik, querida. Mira tú qué bonito día habían elegido para que muriera una agente de inteligencia: el Día Internacional de la Mujer, nuestro día, hay que joderse.

—No tiene puta gracia, Carol. Van a por mí, estoy amenazada de muerte, como Alessia. ¿Qué vais a hacer?

—Os vamos a poner vigilancia policial, personal experto que sabe reconocer el peligro, no como vosotras.

Eso bien podía tranquilizar a las dos agentes, pero a la vez los tendrían detrás vigilando sus movimientos, lo cual les inquietó; no deseaban testigos cuando trabajaban.

—¿Me vas a contar de una vez por qué dices que la he cagado?

—Ahora mismo, Mara: Dominik era un agente ruso de la SVR infiltrado en la embajada de Hungría. Estaba en el piso franco porque no era el día señalado para liquidarte y le apetecía echar un polvo de despedida, supongo. Te la coló, Mara.

—No puede ser —musitó ella, impactada—. Lo puse a prueba en muchas ocasiones y las superó. Me había pedido que me casara con él, yo precisamente…

—¡Basta! —le gritó Carol—. Has fallado, no hay más. Otras veces fallan ellos. Os creéis que ya lo tenéis todo aprendido, os confiáis y ¡pum!, os la meten doblada. Toda la información que te dio era falsa, no sirve para nada. ¿Cuál le diste tu? ¿Qué se llevó cada vez que te duchabas o ibas a la cocina? ¿Lo sabes?

—Tuve mucho cuidado, siempre lo tengo —aseguró en su defensa.

—Recuerda que desde el principio le dimos un nivel bajo de veracidad, pero tú estabas empeñada y pedías más recursos. Nosotros también hemos fallado, no tan estrepitosamente como tú, pero tendríamos que haberlo detectado antes. Alexei Egorov, ese era su nombre real, para que lo sepas. Su portátil y el *pendrive* que te llevaste estaban preparados para ti: no hay un solo dato verídico sobre el frente ruso. Todo era desinformación, un festival de *fakes*, en fin.

Los envolvió a todos el silencio. Alessia y Benjamín miraban de reojo a Mara, que enrollaba con el tenedor una y otra vez el mismo trozo de espagueti.

—Tengo que ir al baño —se levantó de repente de la silla—. No me encuentro bien.

Entró, echó el pestillo, apagó la luz y se sentó en el váter. Lloró en la oscuridad, que en esos momentos la reconfortaba más que la luz. El suyo era un fallo de manual: había confiado en Dominik, que la engatusó mientras ella creía que lo estaba engatusando a él. De nuevo, el eterno juego de los espías. Sintió una arcada, se levantó enseguida, abrió la tapa y vomitó. Bebió agua del grifo y volvió a sentarse. Estaba hundida, se sentía una idiota arrogante que había creído tenerlo todo controlado. Se dejó envolver por el aire negro que la rodeaba y su mente la condujo sin su permiso a uno de los peores recuerdos de su infancia. Estudiaba en un colegio de monjas en Pamplona, tenía ocho años y lloraba cada noche porque extrañaba a sus padres. Las monjas eran estiradas, antipáticas y, en ocasiones, crueles. Un día, durante el recreo de media mañana, se convocó a las alumnas por megafonía para que acudieran a una de las salas de estudio del colegio. Lo que las esperaba allí era una monja muerta, colocada sobre una larga mesa, rodeada de lirios blancos y malvas, todos de plástico, y custodiada por cuatro grandes candelabros con sus velas llameantes. Se habían bajado las persianas para invitar al recogimiento y la penumbra generaba un ambiente tenebroso. La monja, una anciana vestida con un hábito negro que le iba grande y con un rosario entre sus dedos deformes artríticos, parecía consumida por la muerte. Mara vio en su rostro el de una bruja, por sus surcos profundamente marcados, su nariz huesuda y afilada y su verruga grande con pelos junto a uno de los orificios nasales. Tenía la boca abierta, como a punto de emitir un grito. Le impresionó tanto y sintió tanto miedo que quiso irse de allí, pero no la dejaron y la obligaron, como a las demás, a pasar por delante de la fallecida y santiguarse. Cuando le tocó el turno, vio cómo la monja muerta abría los ojos, levantaba un brazo para señalarla con el dedo y susurraba con voz profunda y ronca: «A ti te

guisaré y te comeré esta noche». Mara vomitó el desayuno sobre los pies de la muerta y luego se desmayó.

La angustió revivir ese recuerdo traumático. Soñaba muchas veces con la monja a punto de trocearla con un machete para echarla a la cazuela. Notó que le faltaba oxígeno. Salió del lavabo y le dijo a Carol que necesitaba que le diera el aire.

—Voy a salir a la terraza.

—No, de eso ni hablar. Tenemos que tratar más temas. Tú te quedas aquí como los demás, siéntate —le ordenó, como antaño hicieron las monjas cuando intentó huir de aquel cadáver.

—No, voy a salir, esto no es un internado y tú no eres la madre superiora —se atrevió Mara a llevarle la contraria.

—Haz lo que quieras, como si te tragas todo el aire de Móstoles, pero que sepas que ahora mismo tu sitio está aquí, no en la terraza —le advirtió sin mirarla a los ojos.

Mara cambió de opinión y desistió. Ya había recuperado aire y, además, le interesaba seguir profundizando en el tema de Dominik, porque aún no se sentía incapaz de procesar lo que había sucedido.

—No tiene sentido —opinó Alessia—. Si el húngaro era un agente ruso, lo lógico sería que explotara el potencial de Mara, no que la matara.

—Supongamos que no mintió del todo —expuso Benjamín—, supongamos que en realidad estuviera enamorado, o al menos encoñado, y se le fuera la pinza. Mara se convirtió en un estorbo para los planes que tenían para el agente Alexei. Y ordenaron matarla. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—O descubrieron de algún modo que no eras una jefa de recursos humanos en una multinacional, sino una agente de inteligencia que lo estaba utilizando y decidieron liquidarte —concluyó Carol—. Vamos a investigarlo, pero, Mara, toma nota: no volverás a trabajarte una fuente nueva hasta que analicemos todos los fallos que has cometido con esta.

¿Sabía Dominik que me iban a matar mientras me regalaba un anillo de compromiso y me pedía que me casara con él?, se hizo esa pregunta mientras bebía un largo sorbo de agua para apagar el

fuego de la ansiedad. Estaba adiestrada para no perder el control —aunque había estado a punto de hacerlo instantes antes— y manejar las emociones de tal modo que no obstaculizaran su trabajo. Precisamente, una de las pruebas de ingreso en el Centro, de las más duras, fue cuando le comunicaron la muerte de su madre tras sufrir un ictus. Mara estaba realizando el simulacro de una operación y ni se le permitió llorar la pérdida ni mucho menos abandonar para poder estar con su familia. Vivió aquel episodio con un gran sentimiento de culpa, porque, concentrada, culminó la misión sin pensar un solo segundo en su madre y, por tanto, sin derramar una sola lágrima por ella. Al finalizar, supo que estaba viva y que en ese momento había salido de casa para comprar el pan, como cada día. Era una prueba cruel, pero necesaria. En su oficio, la psicología había que blindarla con acero, pero ahora la sentía tan frágil que ella misma se tambaleó ligeramente en la silla al pensarlo.

—Ahora vamos a por otra cuestión —continuó Carol—, pero antes debo deciros que me duelen los ojos al veros enrollar los espaguetis en la cuchara, es horroroso. Usad solo el tenedor, por favor. Únicamente Alessia, que es medio italiana, lo está haciendo bien. Aprended de ella cuando comáis pasta.

—*Ecco*! —pronunció Alessia con una sonrisa.

—Me pregunto qué interés tiene para nosotros que nos cuentes cómo se comen los espaguetis —se lanzó Benjamín—. Estamos a tus órdenes, pero no te pases.

—Eres bastante tocapelotas, ¿lo sabías? Alessia, ahora voy a por ti. Hasta que no te quiten la muleta y la férula y desaparezca tu cara de oso panda, te quedas en oficinas.

—No es tan grave, puedo camuflar los hematomas.

—Se trabaja como agente de inteligencia impecable o no se trabaja.

—Vale, y de Romano, ¿qué? No consigo entender por qué a Benjamín, que afirma saber mucho sobre el personaje, no se le consulta para intentar cazarlo.

—¿Y quién te dice a ti que no lo hemos hecho, listilla? —le volvió a recriminar Carol.

—Pues a mí no me consta —aseguró el aludido—, aunque mis informes están en mi ordenador, solo tenéis que cogerlos.

—¿Estás seguro de que no lo hemos hecho ya? No nos subestiméis. Otra cosa: debo daros una mala noticia, sobre todo a ti, Alessia. Ha fallecido otro de los supervivientes de Islandia, la agente francesa. Se ha caído a una zanja en obras en el centro de París mientras la estaban hormigonando. Puede ser mera fatalidad, claro. Su asistente fue uno de los que no sobrevivieron en Islandia.

—Joder.

—Joder.

—Joder.

—Sí, joder, es verdad, de nuevo el homicidio que parece un accidente, como en los demás casos —añadió la jefa—. Altamente sospechoso y ya van tres. Eso quiere decir que ya solo quedáis tres. Elevaremos al máximo tu nivel de seguridad, Alessia, mientras otros van tirando del hilo de Romano. Benjamín, ¿por qué crees que han fallado con ella dos veces?

—A ver, el planteamiento estaba bien, pero lo que ocurre es que les ha salido mal la jugada. La primera vez desprendieron la cornisa correctamente. La tenían a tiro, pero Alessia se movió de su sitio al verme llegar y no acertaron por medio metro. Puede decirse que te salvé la vida, compañera.

—Gracias, Benjamín. Tendré que pagarte una cena.

—Que sea en un dos estrellas Michelin.

—¡Ya vale de idioteces! —les gritó Carol—. Continúa, vamos.

—La segunda vez, el impacto con el vehículo no fue lo suficientemente brutal como para matarla, afortunadamente. Es la única superviviente con la que han fallado, y por dos veces. Y me temo que habrá una tercera. Para cortarles el paso, hay que saber por qué lo hacen y por qué fallan, y no lo hemos analizado lo suficiente.

—De algún modo, Alessia, os están avisando de que la información que se manejó en el lago y luego en el yate es peligrosa en vuestras manos —intervino Mara—, porque perjudica los intereses de alguien, precisamente el que se ha llevado a los

científicos para que le fabriquen un dron con el que pueda forrarse produciéndolo en serie hasta que se invente el contradrón para neutralizar los superpoderes del dron.

—Vaya, por fin ha despertado la Bella Durmiente —ironizó Carol.

—No, falta el príncipe de Beckelar que me tiene que besar. En serio, es todo tan sencillo y complejo a la vez como el deseo de liderar la carrera armamentística de los drones, promocionarlos en la guerra de Ucrania y de ahí a todas las demás.

—¿Y Romano? —insistió Alessia.

—¡Ay, por Dios! —Carol se peinó sus cejas oscuras con los dedos —. A Romano le encanta que perdamos el tiempo hablando de sus andanzas. Él es en sí mismo una constante maniobra de distracción, así que vayamos a otro tema, pero antes traed a la mesa alguna fruta de postre. ¿Hay peras?

Se oyó el ruido de una llave en la cerradura de la puerta, o el de una ganzúa para forzarla. Los tres agentes se levantaron enseguida de la mesa y desenfundaron sus armas. Carol permaneció sentada, observando a sus subordinados sin perder la calma. Se abrió la puerta, entraron cuatro hombres que inmediatamente sacaron sus pistolas al ver a los otros armados. Todos se apuntaron mutuamente.

—Bajad todos las armas —ordenó una voz femenina.

Era Alma, la directora.

Capítulo XXII

—VOLVED a sentaros, por favor —les pidió la gran jefa mientras sus escoltas bajaban todas las persianas del piso y custodiaban la puerta.

La directora había llegado acompañada de su jefe de gabinete, Íñigo, su fiel escudero. Era una mujer de aspecto frágil —menuda, delgada, poca cosa—, pero imponía su autoridad con la fuerza y la inteligencia que emanaban de ella, sin levantar nunca la voz, con amabilidad, y a veces incluso daba explicaciones sobre sus decisiones.

—Nos consta que hoy se ha atacado a Ucrania con un dron de origen desconocido —les informó mientras se acomodaba en una silla, al igual que Íñigo—. No es el habitual Shahed-136 ruso de fabricación iraní. Es mucho más mortífero, porque es invisible y actúa sin oposición. Ha lanzado sus cuatro misiles sobre la ciudad de Odessa, en el mar Negro, y se disponía a regresar a su base cuando, posiblemente por un fallo del sistema, ha caído en picado y ha explotado en tierra. Creemos que es el que han fabricado Clarisa y Manu. Están haciendo pruebas en suelo ucraniano, están ajustándolo. Tenemos que encontrarlos, pero no podemos mientras exista un topo en nuestras filas o en las de las otras agencias implicadas. El último intento de rescate salió mal porque alguien nos traicionó. No puede volver a suceder.

—Vosotros vais a formar una célula —explicó ahora Carol a los tres agentes— y ya se han creado otras con el único objetivo de dar con el paradero de los científicos.

—La directora las ha visitado hoy una a una —les contó Íñigo—, para entregar las órdenes en persona, sin mails ni teléfonos de por medio. Vamos a encriptar vuestros móviles para que podáis hablar y escribir con seguridad durante la misión. Solo deberéis reportar a Carol o bien a Alma a través de mí. Tenéis que exprimir a vuestras fuentes. Las demás agencias están haciendo lo mismo.

—Mientras trabajéis en la misión, otros estarán intentando dar caza al topo —prosiguió ahora la directora—. Si es de los nuestros, nos avergonzará y perderemos prestigio ante otras agencias, pero seremos implacables y lo llevaremos ante un juez. ¿Cuántos años le pueden caer, Íñigo?

—Hasta veinte por alta traición.

—Además de la pérdida del honor, claro —puntualizó Alma.

—Por supuesto. Perder el honor es el fin.

La directora le miró y le sonrió. Alessia se fijó: no era una sonrisa cálida, sino fría, diría ella que gélida. A Mara también le llamó la atención y pensó que sonreír marcando distancia era lo normal en una directora con tanto poder como Alma. Benjamín no estaba atento a ese gesto, sino a la huella de sudor que las manos de Íñigo habían dejado sobre el mantel de hule. Carol cayó en la cuenta de que sus subordinados, no ella, por supuesto, deberían haber retirado la fuente con los espaguetis y los platos, que seguían sobre la mesa, expuestos ante la máxima jefa. Le dio vergüenza.

—¿Te apetece tomar algo, directora? —le ofreció—. Debes de estar cansada, llevas visitando varias células desde la tarde.

—Solo agua, gracias.

Carol le hizo una señal a Benjamín para que fuera a la cocina y se ocupara de servírsela.

—Directora, ¿qué piensas de los científicos? —le preguntó Alessia.

—Clarisa y Manu. Tienen nombres —la corrigió.

—Clarisa y Manu, tienes razón. Mi pregunta se refiere a si crees que están siendo retenidos contra su voluntad o nos han traicionado.

—Ahí tenemos el ataque de Odessa, el dron se ha inmolado, es posible que el fallo haya sido intencionado. Si es así, si ellos están detrás de ese error del sistema, se han arriesgado mucho, porque creemos que trabajan bajo amenaza; posiblemente han utilizado a sus familias, como suele hacerse. Hemos investigado a fondo a los dos y esa es mi conclusión, pero puedo llevarme una sorpresa, por supuesto. Los seres humanos somos maquinarias imperfectas y, en muchas ocasiones, son la codicia y la ambición mal entendida las que estropean el engranaje. —Miró a su director de gabinete, buscando su aprobación, pero cuando él le sonrió, ella volvió la cabeza. Había un ambiente extraño entre los dos, le pareció a Alessia; no sabía si se apreciaban o bien todo lo contrario.

Alma bebió un sorbo de agua, momento que aprovechó Carol para expresar también su opinión:

—Sabemos lo que se le puede pasar por la cabeza a un agente de inteligencia para traicionar a los suyos. La ideología política y el dinero son los motivos más habituales y el amor en menor medida, pero todos son incontrolables cuando se desatan. Eso ya lo sabéis, habéis estudiado la historia de los servicios de espionaje, sin embargo, quería recordarlo porque en estos momentos hay alguien al que no le importa perder el honor a cambio de algo que le satisface más.

—Voy a salir al balcón —decidió Alma—. Llevo todo el día encerrada en el coche o en los pisos francos y me irá bien un poco de aire.

—Te acompaño —le dijo Íñigo.

Los escoltas subieron la persiana para que pudieran salir y se apostaron cerca de la directora. Era una noche fría de marzo. Alma se arrebujó en su abrigo y su jefe de gabinete se abrochó el anorak. Les sorprendió la amplia terraza que tenía aquel piso franco —desangelada, sin una sola planta que la ornamentara—, cuando solo esperaban un pequeño balcón. Era un quinto piso y desde allí la vista se abría al Móstoles más moderno, con su aspecto de gran

ciudad. De hecho, era la capital del sur de la Comunidad de Madrid, con más de doscientos mil habitantes. No encendieron la luz de la terraza para no ser un blanco fácil si se diera la ocasión; estaban allí a oscuras, pero la iluminaria nocturna les permitía verse entre las sombras, protegidos por los escoltas a una distancia prudencial de ellos.

—La última célula, Íñigo. Ha sido un día intenso, pero al fin ya está todo perfectamente organizado. Me ha gustado conocer a los agentes y hablarles del honor y de la lealtad en estos tiempos tan convulsos. No siempre tengo la ocasión de hacerlo y son valores que debemos tener siempre presentes, y más aún cuando hay un topo. Entonces, ¿todo bajo control?

—Faltan algunos pequeños detalles, pero sí, todo controlado.

Alma sacó de su bolsillo un paquete de Ducados y se encendió un cigarrillo. Inhaló el humo y lo expulsó apuntando hacia el cielo sin estrellas, cegadas por la potente luz de las más de quince mil farolas urbanas.

—No deberías fumar, directora. Ya tienes cuarenta y cinco años, no es edad para que juegues con esa mierda.

—Eres un talibán con este tema. Ya tengo uno en casa, pero tú eres peor que mi marido. ¿A qué te refieres cuando has dicho que faltan algunos detalles? Ya sabes que me gusta controlarlo todo, para eso me pagan.

—Falta adjudicar el destino de la misión a Nicolás, por ejemplo.

—Tu pareja.

—No lo decía por eso, simplemente no tiene destino ahora mismo y está en una de las células. No le han dado el sobre con instrucciones.

—Si te soy sincera, no lo tengo claro. Tengo que pensarlo. No me fío de él. —Le soltó esa bomba sin previo aviso, tras darle una calada al cigarrillo y expulsar el humo apuntando de nuevo al firmamento.

—¿Cómo que no te fías de él? —Íñigo la miró asombrado—. Primera noticia, no me habías dicho nada,

—Es tu pareja, no quería que pareciera algo personal.

—¿Por qué lo señalas?

—Demasiados viajes a China de vacaciones, no me fío y punto.

—Pero ya sabes que a Nicolás le gusta todo lo oriental y también hemos viajado los dos a Japón y Tailandia.

—Sin duda, pero menos que a China. ¿Lo perdiste de vista alguna vez en el último viaje a Shanghái, el pasado verano?

—No lo recuerdo, siempre vamos juntos a todos lados, somos como Pin y Pon.

—Da igual, déjalo. Además, me arriesgo a que seas indiscreto.

—Esto es confidencial, directora. Nunca lo haría.

—Ya, pero el amor es el amor. No insistas.

—Nicolás no es un traidor, es la persona más buena y honesta que yo he conocido.

—¿Cómo lo sabes? Solo lleváis juntos tres años, no una vida entera. ¿Qué sabías de él antes de conocerlo en el Centro? ¿Solo lo que él te ha contado?

—Esto es absurdo. ¿Qué tienes contra él?

—Basta, Íñigo. A ti precisamente no te lo voy a contar, por razones obvias. Tengo frío, voy a entrar. —Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el zapato.

—Ahora entro, tengo que digerir todo esto, me has dejado hecho polvo.

—Si le dices algo, si le avisas de que sospechamos de él, tendré que despedirte y no será la única medida.

—Sé cuál es mi responsabilidad.

La directora entró en el comedor, acompañada de los escoltas. La mesa estaba recogida y retirado el mantel. Se había colocado en el centro un frutero con unos plátanos y unas manzanas. Carol les estaba explicando a sus agentes que se les entregaría un sobre con las instrucciones de la misión y que, una vez leído, deberían quemarlo en el fregadero.

—De acuerdo, lo quemaremos —dijo Mara—. ¿Puedo salir ya a que me dé el aire? Llevamos aquí horas encerrados.

—No —fue la respuesta de Carol, tan tajante que la agente no se atrevió a replicar.

—Nos vamos en unos minutos, Mara —afirmó la directora—. Ten un poco de paciencia.

Alma recibió una llamada en su móvil. Parecía esperarla, porque la atendió enseguida. Escuchó a su interlocutor con atención y finalizó con un okey. Se levantó y volvió a salir a la terraza con sus guardaespaldas, que no la dejaban sola ni un segundo. Los tres agentes de inteligencia intercambiaron miradas; no entendían qué estaba ocurriendo, por qué la directora entraba, salía y volvía a entrar y el director del gabinete permanecía en la terraza. No era una situación normal.

—Ahora iba a entrar —le dijo Íñigo cuando la vio de nuevo en la terraza—. ¿Qué haces otra vez aquí? ¿Ocurre algo?

—¿Has advertido a Nicolás?

—No, me ofende que me lo preguntes.

—Entonces, ¿a quién has llamado ahora mismo?

—¿Me estáis vigilando?

—Pues sí, hay sospechas sobre tu pareja, por eso os hemos intervenido el teléfono a los dos, no sería extraño que utilizara el tuyo alguna vez. Repito: ¿con quién has hablado ahora mismo? Te lo voy a decir yo, has marcado un número desconocido para nosotros y has pedido en inglés una cita urgente. Nicolás no es el problema, el problema eres tú, Íñigo. Llevo todo el día estrechando el cerco sobre ti con la excusa de visitar las células, hablando de honor y de traición una y otra vez, pero no te has dado por aludido, ni te has inmutado cuando has dicho que perder el honor es el fin.

—¿Te has vuelto loca? Primero sospechas de Nicolás y ahora de mí. ¿Y si ahora jugamos a que yo sospeche de ti?

—«No puedo seguir, la situación ha cambiado. Tengo que verte», le has dicho a tu interlocutor en Madrid. El número está oculto. ¿Me vas a decir dónde y cuándo has quedado con él? ¿Quiénes te pagan?

—No voy a decir una palabra más, Alma.

—¿Quién está detrás de todo esto? ¿China? ¿Rusia? ¿Romano? ¿Otro país?

—Alma… —susurró

—¿Por qué nos has hecho esto, Íñigo? No tienes salida, pero te voy a dar una oportunidad. Cuéntame algo como prueba de tu buena voluntad.

—Me voy, no tengo por qué aguantar esto.

El jefe del gabinete fue hacia la puerta de la terraza, pero los escoltas le cerraron el paso inmediatamente.

—Ya te lo dicho, no tienes escapatoria. Anda, ven aquí a mi lado, quiero ver de cerca tu cara de hijo de puta.

—Alma… —musitó, sorprendido—. Tú nunca hablas así, como una poligonera.

—Es que no me encuentro cada día cara a cara con un traidor.

—Te felicito por tu astucia. Sabías que no soportaría que acusaras a Nicolás de ser un traidor.

—Sí, he tirado esos dados. Y sigues sin contestar a mi pregunta.

Íñigo elevó la vista hacia donde se suponía que estaban las estrellas. Alma sabía que estaba meditando su respuesta y le dio unos segundos, pero al final tuvo que insistirle porque tardaba demasiado.

—Es solo una respuesta, no necesito una tesis doctoral.

—La búsqueda de la felicidad siempre es tentadora —se limitó a expresar.

—No me hables de felicidad, háblame de la suciedad de la traición. Has utilizado tu acceso privilegiado a la información y todavía no puedo calibrar el daño que nos has hecho a tus compañeros y compañeras agentes de inteligencia, al Centro y a tu país.

—No me gustan los melodramas, no te pegan. De repente, todo en ti es exageración.

—¿Dónde están los científicos? Nos has reventado una operación de rescate y has saboteado un segundo intento, el de la reunión del yate que explotó y que ha matado a cinco agentes, entre ellos Norberto, un compañero tuyo. Estás acabado, Íñigo. Dinos dónde están, haznos un último servicio y despídete al menos con elegancia.

—Ya es tarde para todo, no insistas —dijo con tranquilidad y falsa indiferencia, porque tenía repleto el rostro de pequeñas gotas de sudor, a pesar del frío.

—Te doy esta noche, nada más, para confesar. La justicia será más benevolente si colaboras. ¿Sabes quién fue el primero en sospechar de ti?

—Norberto.

—No. Fue Nicolás, tu pareja. Un día se os estropeó el grifo de la cocina y él hizo de fontanero. ¿Lo recuerdas? Te vamos a interrogar y después serás detenido y conducido a sede judicial. Te esperan veinte años de cárcel, que es lo que pedirá la fiscalía de la Audiencia Nacional.

—No voy a decir nada. Irán a por Nicolás si los delato.

—Lo protegeremos, pero dime quiénes son. Aunque solo sea un nombre.

Íñigo permaneció en silencio, ahora con la mirada perdida en los edificios de la ciudad.

—Cuánto me avergüenza que el topo haya sido de los nuestros, nada menos que mi jefe de gabinete. Nos has hecho tanto daño…

Alma sacó del bolsillo un pequeño estuche y lo dejó a su lado, sobre la cornisa de la terraza. Luego, volvió a guardárselo.

—Por si acaso, Íñigo. Para cuando todo acabe.

—¿Hasta ese punto, Alma?

—Nicolás ha abandonado ya vuestra casa. No quiere verte. Valora lo que te queda en la vida ahora mismo. Yo miro y no veo nada.

Capítulo XXIII

LA MAÑANA iluminó Madrid con un sol y un cielo azul límpido que insuflaban optimismo en los espíritus de las gentes. Era uno de esos días en los que parecía que nada podía salir mal, pero eso era imposible, siempre había alguien que perdía la partida. Íñigo había sido interrogado durante dos largos días y solo abrió la boca para pedir agua y un dónut de chocolate. Finalmente, el juez lo puso en libertad con cargos, para que se vigilaran sus movimientos. En algún momento cometería un error y podría llevarlos a quien le pagaba por su traición. Pero al amanecer de ese día luminoso estaba muerto. Sobre la cama de su dormitorio —el que había compartido durante tres años con Nicolás, su pareja—, el jefe de gabinete de la directora del CNI parecía plácidamente dormido. Junto a su cuerpo, un estuche idéntico al que le había ofrecido Alma «por si acaso». Contenía una ampolla de una dosis letal de glucosa, junto a una jeringuilla. La pastilla de cianuro seguía utilizándose en los casos extremos y, además, podía esconderse con mayor facilidad, pero si se disponía de tiempo para morir, la glucosa ofrecía una muerte con mucho menor sufrimiento. Cuando entró la empleada de hogar en la casa, se asomó a la habitación y le extrañó ver a Íñigo en la cama, a esas horas debería estar trabajando, como supuso que ya estaba haciendo Nicolás. Pensó que dormía y le fastidió no poder hacer la habitación, ella tenía su orden y eso lo alteraba, pero hizo las otras tareas durante toda la mañana y cuando terminó, se fue y cerró la

puerta con doble llave, como siempre. Oficialmente, Íñigo falleció de un infarto mientras dormía y el asunto lo despachó el Centro con una breve nota de prensa. Fue enterrado en soledad, con la única presencia de un sacerdote. Su familia, puesta al corriente, declinó asistir.

Pero la vida seguía. Descubierto el traidor, la búsqueda de los científicos cobró impulso. Mara y Benjamín partieron hacia sus destinos, al igual que harían agentes de la CIA, el Mossad, el MI6 británico y el MSV francés. Era una incógnita de qué fuente se lograría la información decisiva, la pista realmente fiable sobre el paradero de Clarisa y Manu y su dron. Alessia se quedó en Madrid, en la sección de análisis, a la espera de que sus hematomas del rostro desaparecieran.

El Centro, por su parte, registró a conciencia la casa del traidor, su despacho, sus dos coches y su chalé en Benasque, en el pirineo oscense. Tenía que analizarse qué información pudo pasar al enemigo —ni siquiera dejó una nota revelándolo— y se puso en alerta a todos los agentes de inteligencia. A los más expuestos, no quedó más opción que dejarlos inactivos —*durmientes*— hasta valorar hasta qué punto estaban al descubierto. En la vivienda se buscó también alguna pista sobre el paradero de los científicos. Sus compañeros en Cambridge aseguraban que, en efecto, el posible error del sistema que hizo explotar el dron en Ucrania había sido intencionado. Querían pensar que Clarisa y Manu estaban intentando que el ingenio volador no progresara adecuadamente, porque les resultaba difícil de creer que los dos jóvenes se hubieran pasado al otro bando.

La vida continuaba también para Luba. Finalmente decidió llamar a Bruno. Había algo en él y en su dolor que ella reconocía en sí misma y que la impulsaron a hacerlo.

Ya habían tenido su primera cita. Luba sabía que Adelaida desaprobaría aquel encuentro y su padre, mucho más. Estaba segura de que incluso se enfadaría. Por eso eligieron una discreta cafetería de Uvés, discreta porque estaba en una calle poco transitada, ya que apenas tenía comercios, solo un inevitable bazar

chino. Ella apenas habló, solo escuchó lo que él quisiera contarle, que no fue mucho. Pasó de puntillas por sus dos intentos de suicidio y divagó sobre la infelicidad, a la que defendió como un modo de vida tan respetable como otro cualquiera. «Yo hice esa elección porque me une a la muerte, no me gusta la vida, eso ya lo he dejado claro dos veces», afirmó. Luba no replicó, qué podía decirle, aunque, positiva como ella era, elaboró una teoría: Bruno no se daba cuenta de que su lenguaje era vida, no muerte; su desapego se nutría más de la rabia que de lo real, así que no era tan terrible el mundo del que se quería despedir. Pero, al mismo tiempo, sí era cierto que él defendía la infelicidad y ella luchaba por ser feliz, no sabía si acabarían hablando el mismo idioma.

La vida continuaba también para Adelaida y Tresser. A ella le seguía costando adaptarse a la maternidad. A veces la asustaba tanto no estar a la altura que se sumía en una profunda melancolía; sin embargo, en otras ocasiones se despertaba con buen ánimo y con la sensación de que podría con todo. Estaba convencida de que, más pronto que tarde, todo volvería a la normalidad. Se hallaba estancada, no evolucionaba, cuando en su vida se había producido un cambio tan importante como lo era alumbrar a un hijo. Por tal razón se había impuesto hacer el esfuerzo de desterrar los pensamientos negativos que la acuciaban; era una profesional de la psiquiatría, conocía las herramientas para lograrlo. Le admiraba que Julián estuviera ahora tan pendiente de ella, se había tomado muy en serio la crianza de Pablo y se le veía feliz bañándolo o cambiándole los pañales.

—Tu hijo te está volviendo humano, Julián —le dijo su gran amigo, el doctor Guix, tomando ambos un café en el centro de Uvés.

—¿Y qué era yo antes, un alienígena? Eso que acabas de decir es una tontería.

—Lo retiro, veo que sigue costándote esfuerzo verbalizar sentimientos. ¿Cuánto peso ha ganado tu pequeño?

—Ciento cincuenta gramos esta semana, pero pobre Adelaida, va a pasar tiempo sin dormir de un tirón.

—Ella ha decidido darle el pecho, así que no sufras. ¿Ya sabe que te vas a Londres?

—No quiero ir, no hago nada allí. Ya se lo he dicho a Alessia, pero me agobia con el tema, es insistente, pesada.

—¿Y qué le debes? ¿Por qué no pasas de esa gente? ¿Tienes que limpiar tu nombre tratando con ellos? Habrá otros modos, supongo. Tú no te dedicas a eso y no son de fiar, al menos los que salen en las películas. Son unos impresentables, ese James Bond es un sociópata.

Tresser se rio, más que nada porque él pensaba lo mismo.

—Los agentes de inteligencia reales hacen un gran servicio a su país, eso hay que tenerlo en cuenta —los defendió Julián—. Alessia me paga todos los gastos del viaje a Londres y yo me dejo invitar, porque es un empeño suyo. Si decido ir, tal vez se lo diga mañana a Adelaida, tras la barbacoa. Cuento contigo, doctor Guix. Sé que no te gustan las fiestas, como a mí, pero no seremos muchos y hay que celebrar que Pablo está entre nosotros.

—¿Por qué os habéis metido en ese berenjenal? Tu mujer aún no está recuperada, es una paliza para los dos.

—La idea ha sido de ella, yo pienso lo mismo que tú, pero le apetece ver a gente y eso me alegra, porque está con la depresión posparto y su estado de ánimo funciona como una montaña rusa, con subidas y bajadas imprevisibles.

—Vives enamorado de ella como el primer día.

—Es mutuo.

—Maldito arrogante.

Estaban los dos en una de las cafeterías del nuevo centro comercial. Uvés nunca había tenido uno tan grande y todos los vecinos celebraban la llegada de tantos locales reunidos en un solo lugar. Julián bebió un sorbo de café, distrajo la mirada y vio a Luba frente a un escaparate de ropa deportiva. Le extrañó, porque su hija no hacía deporte. Se fijó con más atención. Se sorprendió y enfadó a la vez: a su lado estaba Bruno, el paciente psiquiátrico de Adelaida.

—Acabo de ver a mi hija con alguien que no me gusta en absoluto.

—¿Un chico?

—Sí, es uno de los suicidas a los que trata Adelaida. Empatizo con él, por supuesto, pero no quiero que esté con Luba —le confesó, molesto, al doctor Guix.

—Cuántos prejuicios seguimos teniendo hacia la salud mental. Tú ahora mismo lo estás demostrando y me enfada. Presupones que, por el hecho de intentar quitarse la vida, ese muchacho ya es una persona poco recomendable y un peligro para tu hija. Me voy, Julián, hasta otro día. Invítame al café.

Antes de que pronunciara una sola palabra, el forense ya se había ido. Empezaba a acostumbrarse a esas reacciones, que nunca habían sido propias de él hasta que se jubiló. Era un hombre tranquilo y calmado, pero se estaba quedando sin paciencia. «A medida que vamos restando años, a los viejos se nos va quitando la tontería y cada vez soportamos menos la de los demás», se justificaba. No le había gustado al forense que Julián manifestara rechazo hacia Bruno. No podía estar más en desacuerdo con su *pepito grillo*, que asumía que lo era y le gustaba, pero Luba ya había padecido suficientes tormentos en su vida como para tener al lado a alguien que no quería vivir y que en cualquier momento podía quitarse de en medio con una sobredosis de pastillas. Años atrás, Luba había perdido de esa forma a una amiga. Las dos habían sufrido la misma esclavitud y la chica no pudo remontar. Era probable que Luba hubiera iniciado una amistad con Bruno —no quería ni pensar que fuera algo más— para darse la oportunidad que no tuvo con ella, puesto que creía que podría haberla salvado si hubiera estado atenta a las señales, que no las hubo, porque, como muchos suicidas, supo ocultar muy bien su firme decisión de morir. Si Bruno lo hiciera, Luba sería incapaz de soportar una tragedia igual. No podía permitirlo, tenía que protegerla.

—Hola, papá. ¿Qué haces aquí?

Inmerso en sus pensamientos, Julián no la había visto llegar. Estaba acompañada por el muchacho.

—Me estaba tomando un café con el doctor Guix, pero ya se ha ido y yo me iba también.

Miró un instante fugaz al chico. Estaba cabizbajo, no se atrevía ni a saludar. Julián supuso que ella le había convencido para presentarse juntos ante él. ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía eso?, se preguntó.

—¿Verdad que no te importa que invite a Bruno a la barbacoa de mañana? —le preguntó con esa ingenuidad tan propia de ella.

—Es una fiesta familiar, Luba. Se va a sentir desplazado, aunque esa no sea nuestra intención. Me acuerdo de ti, Bruno —dirigió una mirada severa al muchacho—. La otra noche casi nos fundes el telefonillo y te advertí que iba a denunciarte si aparecías otra vez por mi casa. ¿De qué conoces a mi hija?

—Papá, por favor, que no es uno de tus sospechosos. Lo vas a asustar. Dices que es una fiesta familiar, pero has invitado al doctor Guix y a tus compañeros del trabajo, y Adelaida ha invitado también a varios amigos. Me apetece que venga Bruno, quiero que se lo pase bien ese ratito y que conozca a mi hermano.

—Es cosa de Luba, señor Tresser —intentó disculparse él.

—¿Va a venir Samuel?

—Si quiere, por supuesto. —La muchacha lo dijo bajando la mirada un instante, incluso a su padre le pareció que torcía el gesto —. Lo he invitado a él como he invitado a Bruno. Y ahora nos vamos al cine a ver *Slalom*, una de esquí.

—Muy bien, diviértete —le deseó, ignorando por completo al chico.

Se despidieron, Julián reflexionó sobre cómo explicarle a Luba que no podía ir con su nuevo amigo a la fiesta. No solo porque seguramente asistiría Samuel —que seguía enamorado de ella y no renunciaba a intentar conquistarla de nuevo—, sino por el hecho de que esa barbacoa rompía la distancia necesaria entre la psiquiatra y su paciente, entre Adelaida y Bruno. Estaba seguro de que ella se enfadaría por no haber sido consultada. Tendría que hablar con Luba y contarle todos los motivos en contra de esa invitación inoportuna. Sonó entonces su móvil. Era del banco. Su gestor de la sucursal le informaba de que se habían recibido en su cuenta cuarenta mil euros, transferidos por una tal Chiara Ferramonte. «¿La conoce?», le

preguntó. En absoluto, contestó él con seguridad, aunque sabía quién era y estaba estupefacto e indignado. Los agentes de Asuntos Internos iban a analizar su cuenta y esa importante cantidad de dinero no podía justificarla. Le dijo al gestor que ese dinero no le pertenecía —grabó en ese mismo momento la conversación—, debía de ser un error, porque no conocía de nada a la tal Ferramonte. Le ordenó al banco que devolviera inmediatamente ese dinero, pero había tramites que retrasarían la gestión, pues la titular de la cuenta debía confirmar que era una transferencia por error y autorizar su devolución. Estaba tan enfadado con ella, que tuvo que concederse un minuto para calmarse antes de llamarla. Había llegado demasiado lejos. No tenía ni idea de cómo había conseguido su número de cuenta, pero estaba dispuesto a denunciarla. Marcó su número. Sorprendentemente, contestó enseguida.

—Hola, capitán. Esperaba tu llamada.

—Llama inmediatamente a mi banco y autoriza la devolución de ese ingreso, Alessia.

—Ay, pobre Tresser. Eres un héroe en horas bajas, todo te sale mal, salvo que eres un feliz papá.

—O autorizas la devolución o te denuncio por blanqueo de capitales ahora mismo.

—Te quiero en cuarenta y ocho horas donde tú ya sabes.

—¿La vas a autorizar?

—Cuarenta y ocho horas.

—Di que ha sido una transferencia por error, hazlo como yo te digo y no como te dé la gana. —Le faltó decir «Es una orden». En aquellos momentos odiaba a Alessia.

—Si anulo el ingreso, me tienes que prometer…

Tresser cortó en seco sus palabras:

—Tú retira la transferencia. Hasta entonces, nada.

El guardia civil finalizó la llamada. «Héroe en horas bajas», murmuró recordando las palabras de Alessia. Lo de héroe era una patochada, pero lo de las horas bajas, sí, tenía razón. Desde aquella condenada llamada de Norberto, sentía que no tenía el control. El mundo de los servicios secretos le perturbaba, no entendía sus

modos de trabajar, siempre le faltaba información y la desconfianza hacia Alessia era absoluta, pero no tenía más remedio que soportarla —y utilizarla— si quería llegar a la verdad. Esos cuarenta mil euros le iban a complicar mucho su próxima reunión con Asuntos Internos. Justo en ese momento entraba una llamada de *Incógnita.Batman* contestó rápidamente.

—¿Lo has hecho?

—Sí, ya he hablado con tu banco y he dado la autorización. Está solucionado. Ahora te toca a ti. ¿Dónde quedamos? Tiene que ser ahora, quiero entregarte documentación.

—No puedo, tengo una cita —mintió; debía hacer la compra para la barbacoa.

—Pues cancélala.

—¿Sabes que la extorsión es un delito?

—Ve a un lugar cerca de donde vives, dame su nombre en clave y envíame la ubicación al llegar, no antes. Hay novedades. He hecho un descubrimiento muy interesante, he sido la primera en hacerlo y tú me vas a ayudar a conseguir mi trofeo de espía del año.

Capítulo XXIV

LA OSCURIDAD del cine propiciaba una intimidad que animó a Bruno a decirle a Luba lo bien que se sentía a su lado. Ella también se sentía a gusto, le confesó.

—Si estás conmigo por lástima, no me lo digas —le dijo él de repente.

—Nunca estaría contigo ni con nadie por compasión —le aseguró ella—. No pienses en negativo, Bruno. Estoy aquí porque me resulta agradable, no le des más vueltas.

Comenzaba la película.

—Luba, ¿puedo cogerte de la mano?

—¿Para qué? ¿Tienes miedo? Es solo una peli de esquí… —respondió con ingenuidad; aquella situación era nueva para ella.

—No, no tengo miedo. Es para sentirte conmigo. ¿Puedo?

Luba le dijo que sí. Al sentir el tacto de la piel del chico, le recorrió por dentro una oleada insólita de bienestar y ternura muy placenteros.

—Me gusta —le dijo ella.

—A mí también —aseguró él.

A pocos metros del cine, Julián se acercó de nuevo al cajero y comprobó que ya no aparecían en la cuenta los cuarenta mil euros. Respiró aliviado, pero habían dejado huella y Asuntos Internos la rastrearía. Puesto que la intención de Alessia era hacerle daño,

extorsionarlo, temía que el dinero procediera de una cuenta opaca conectada con algún paraíso fiscal; rumiaba ese temor mientras caminaba por el Jardín de los Frailes del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, solo a diez minutos de Uvés, cerca de su casa, como le había pedido Alessia.

Construido hacía cinco siglos, el monasterio era imponente y austero a la vez, y esa mezcla de soberbia y sencillez arquitectónicas a Julián le resultaba atractiva. Con Adelaida lo habían visitado en numerosas ocasiones. Les gustaba pasear por los jardines cogidos de la mano, en silencio, disfrutando de la belleza de la considerada como la Octava Maravilla del Mundo. En poco tiempo llevarían con ellos a Pablo; le enterneció imaginarlo correteando por allí cuando aprendiera a andar. Entró en los soportales del Corredor del Sol, también llamado Galería de los Convalecientes, porque antiguamente allí pasaban tiempo al aire libre, pero a la vez resguardados, los monjes del monasterio que necesitaban reposo y oxigenar sus pulmones tras quedar debilitados por una enfermedad. «Los frailes al sol», le había escrito a Alessia en clave, recordando una película que no había visto pero cuyo título, *Los lunes al sol*, se había convertido en una frase recurrente para referirse a los parados que veían la vida pasar a la espera de una oportunidad.

—*Los lunes al sol* es una de mis películas favoritas —oyó la voz de Alessia a su espalda, mientras él contemplaba dos cisnes nadando en el gran estanque de los jardines—. Soy fan de Javier Bardem. *Mi piace molto*!

Alessia se situó frente a Julián. De nuevo, no la hubiera reconocido, salvo por la férula en la nariz. Ya no era la pija recatada del barrio de Aravaca, sino la corredora normal y corriente con la que uno podía cruzarse cada día en el parque del Retiro. Lo evidenciaban su sudadera y sus mallas de neopreno, su gorra con visera y sus deportivas Nike. La muleta parecía haberla dejado en casa. Llevaba a la espalda una pequeña pero abultada mochila de nylon.

—Eres una impresentable —le espetó Tresser a modo de saludo.

—Voy a lo mío, capitán —replicó—. En dos semanas solo he estado con mi hija unas horas y tú ves cada día a tu bebé. Tengo prisa por solucionar esto y, si la pista india es la correcta, quiero cobrarme el trofeo y dejar fascinada a mi directora.

—Te has comportado como una delincuente, lástima que no pueda detenerte por extorsión y por hackear mi cuenta corriente, ambos delitos muy graves.

Tressser quería doblegarla para que entendiera el gran error que había cometido. Todavía no tenía claro si iría o no a Cambridge a investigar la pista india, pero, sin duda, no lo haría si Alessia no cambiaba su actitud avasalladora y si no le garantizaba el acceso a todo lo que necesitaba investigar.

—¿Hasta qué punto me vas a humillar para conseguir que vayas a Londres?

—¿Humillarte? Yo no hago esas cosas, se nota que no me conoces.

—Yo no puedo ir, mi misión me lleva a Milán, así que, si no vas tú, no irá nadie.

—Eso es falso, no me hables como si os hubierais quedado de repente sin agentes.

—Tú quieres ir, capitán. Ya estás implicado, conoces demasiada información y este es ya un camino sin retorno. ¿Cómo podríamos convivir en armonía y trabajar juntos? Negociemos, por favor. Por ejemplo, me gustaría dejar de oírte refunfuñar todo el día, eres muy pesado. ¿Y a ti?

—No más sorpresas por informaciones que no me has contado, no más acosos ni extorsiones si quieres conseguir algo de mí.

—De acuerdo, capitán. Y ahora, lo único que faltaría por mi parte sería una disculpa sincera, ¿verdad?

—Claro, es lo normal y es lo educado.

—Siento haberme comportado como una delincuente. A veces lo he tenido que hacer, no te digo que no, pero ha sido un error extorsionarte, no tenía derecho.

—Acepto tus disculpas, gracias. Lo que no entiendo es cómo el CNI no puede con esto y me lo pides a mí.

—No te lo pido yo, fue el mandato de Norberto y tendría sus razones. Los vuestros y los nuestros son métodos distintos. Posiblemente estén investigando en Cambridge, pero por otros canales. Lo que interesa es saber dónde están y en eso estamos todos. Vamos a pasear y concretamos cosas. *Questo posto è molto bello*! —exclamó, admirando la presencia monumental del monasterio, con la gran cúpula de la basílica reinando sobre los tejados.

Desde las imponentes terrazas sobre las que se aposentaban los jardines del monasterio, las vistas se abrían a la inmensidad de un paisaje llano y verde, que se difuminaba a medida que se alejaba de la vista. En lontananza, la línea recta del horizonte semejaba la de un mar. Se lo había comentado a Adelaida más de una vez, recordó. A veces era un mar imaginario cercano al azul y había días que tendía al verde, pero allí estaba siempre. Ahora lo contemplaba y era gris azulado.

—Como te dije anoche, hemos descubierto al topo —le informó la espía—. Era uno de los nuestros, qué bochorno, habríamos preferido que fuera de una agencia extranjera y no español, pero, en fin, al menos ya no habrá un soplo cuando logremos la pista definitiva.

—¿Cómo lo habéis descubierto?

—Lo ha delatado su pareja. Encontró varios *pendrives* con información extremadamente confidencial. Estaban escondidos y envueltos en plástico en un bote de sosa cáustica bajo el fregadero. Y el dinero estaba en su chalé con ascensor de Benasque, más de cien mil euros ocultos en un doble fondo de armario, un clásico. El topo se ha quitado la vida y se ha ido de este mundo sin revelar para quién trabajaba.

—Es un traidor a su país, no le voy a dedicar más tiempo —resolvió Tresser—. Vamos a lo nuestro, tengo prisa.

—Mi mochila te la vas a quedar tú.

Se la quitó de la espalda y la dejó sobre la barandilla de piedra, junto a Tresser, para que él la recogiera. Él lo hizo y se la colgó de un hombro. Dentro tienes dinero en efectivo, menos de diez mil euros para que no tengas que declararlo en aduana. También están

los billetes de avión, la reserva de hotel y dos tarjetas Visa a nombre de una empresa.

—¿Quién paga todo esto? Ya sé que el contribuyente, pero me refiero a si forma parte de tu presupuesto.

—No es necesario que lo sepas todo, capitán; en cualquier caso sería lo que yo me adjudicaría si fuera a Londres. Te incluyo un DNI falso, por si alguien del otro bando te quiere identificar. Mételo en tu cartera cuando llegues a Londres.

—¿Yo con un documento falso? —Se escandalizó como el guardia civil que era.

—No se sabe con quién te vas a encontrar. ¿Quieres que sepan que eres picoleto? Protégete, capitán. No nos movemos en un mundo limpio.

A Tresser le daba vértigo llevar encima ese DNI, pero a la vez había aceptado seguir adelante. No le apetecía en ese momento resolver el dilema, se sentía sobrepasado. No pierdas el control, sitúate en el centro del mapa y camina, se impuso.

—Tienes también un listado en clave de cinco *buzones muertos* —continuó Alessia—, lugares concretos donde los de inteligencia intercambiamos información sin necesidad de vernos. Son seguros. Nos vamos a comunicar por ese canal, yo enviaré a un emisario para recoger tus mensajes y darte yo los míos. No atenderé tus llamadas, es muy arriesgado en un país extranjero en el caso de que des con algo. Me hubiera gustado acompañarte, hubiéramos formado un buen tándem. A ver si mi puñetera nariz decide arreglarse de una vez. *Io ho perso la pazienza*! —exclamó, harta de tener la cara marcada. Los hematomas ya estaban amarilleando, señal de que pronto desaparecerían, pero un edema bajo el ojo izquierdo se resistía a hacerlo, al igual que el enorme chichón en su frente. La cadera cada vez le dolía menos, al igual que las costillas, incluso ya había dejado la muleta en casa.

—La vuelta a Madrid tiene que ser en tres días, no dispongo de más —le comunicó Tresser.

—Capitán, la vuelta la tienes abierta, espera a saber qué te pide la investigación, por favor. Tu actitud debe ser la del héroe y el

investigador que llevas dentro, no la del perdedor en que te convertirás si no descubres la verdad de todo este asunto y no limpias tu nombre ante los mandos. Tienes toda la vida para ver a tu hijo. Quizá en una semana estés ya en casa.

—No me nombres más al héroe y al perdedor, es un discurso barato. Haré lo que me convenga y volveré cuando yo quiera, Alessia. No te hagas ilusiones con otra cosa distinta.

—Tienes que volver con resultados, *capisci*? —le insistió.

Llegaron al final del jardín y se apoyaron en la cornisa. Atardecía y las nubes recibían el reflejo rosáceo del ocaso y se desgajaban como velos al viento. Cuando estaba con Alessia y sus misterios, Tresser tenía una sensación de irrealidad, como si estuviera protagonizando una mala película o un sueño extraño que lo apresaba y del que no lograba despertar.

—*Oh, merda*! Nos están siguiendo —afirmó de repente Alessia—. A las doce en punto a mi espalda, veinte metros, dos individuos.

Tresser se volvió hacia el jardín y encendió un cigarrillo. Los distinguió entre los pocos turistas y visitantes que había —era viernes, día laborable—: dos chicos jóvenes que hablaban entre ellos y se reían. No vio nada sospechoso.

—¿Estás segura?

—Sí —contestó ella sin dudarlo.

—No me parece que nos estén siguiendo, van a lo suyo.

—Pues yo te digo que sí. No nos pierden de vista, parece que caminan, pero en realidad no se mueven de su sitio. No toleraré un nuevo intento de Romano. Ya no sé qué hacer para que no me encuentren. Cambio de coche, de peluca, de itinerarios. Pero esta vez se van a enterar.

Sin que Tresser lo pudiera evitar, Alessia se dirigió hacia los dos chicos con pasos decididos, a pesar de su leve cojera. Antes de ir tras ella, alguien muy veloz pasó por delante del capitán y le arrebató de un tirón la mochila que le había dado Alessia. Se lanzó a la carrera con el botín. El guardia civil corrió tras él. El ladrón saltó por encima de los rombos, los trapecios y los pentágonos esculpidos en boj y a él no le quedó más remedio que hacer lo mismo y pisar

además las pequeñas plantas ornamentales entre las geometrías. Aquella persecución no era propia de una trama de espionaje, pensaba el capitán de la UCO mientras perseguía al individuo. Los espías se movían en las sombras, vigilaban a sus objetivos, los seguían sin hacer ruido, pasaban desapercibidos y aquello era una vulgar y ruidosa persecución de polis y ladrones.

—¡Alto! ¡Guardia Civil! —exclamó mostrando su placa brazo en alto.

Los pocos turistas que había en el Jardín de los Frailes gritaban; dos de ellos trataron de interponerse en el camino del ladrón, pero él los empujó, los derribó al suelo y brincó por encima. Era joven, corría mucho, pero no ideaba estrategias. Tresser sí que lo hizo: mientras el perseguido avanzaba en línea recta, el guardia civil varió su trayectoria y buscó la diagonal, el atajo. Eso le permitió ganar ventaja y aproximarse ya a muy pocos metros del objetivo. ¿Dónde diablos se había metido Alessia? Volvió la cabeza un instante por si corría detrás de él, pero no estaba. Cuando el perseguidor y el perseguido entraban en la enorme plaza de La Lonja que precedía a la basílica, apareció un segundo individuo a la carrera, al que el otro le entregó la mochila, como en una carrera de relevos. Estaban organizados. Habían hecho una maniobra de distracción, llamando la atención de Tresser y Alessia para que no vieran venir al tercero, el que se llevaría finalmente la mochila. Esa táctica despistó a Tresser un segundo y tuvo que variar de nuevo su rumbo. Entonces vio a Alessia. La corredora, con su neopreno y su gorra con visera, surgió de la nada por un lateral de la explanada. El capitán estaba ya muy cerca del individuo, bastaba un salto para lanzarse sobre él, pero ella se le adelantó, se interpuso en la carrera, le hizo un violento placaje y lo derribó al suelo. Le clavó una rodilla en la espalda y le torció un brazo.

—¿Te ha enviado Romano? ¿Ha sido él?

—Me haces daño… —se quejaba el chico.

—¿Quién te manda? ¡Vamos, dímelo!

Le gritaba, estaba desatada. Dos hombres trajeados con pinganillo en el oído, inconfundibles, se acercaron a Alessia y le

preguntaron si estaba bien. Ella no se sorprendió al verlos y les dijo que sí, que todo bajo control. Luego desaparecieron, ya no estaban a la vista de nadie. Tresser, recuperando el resuello tras la carrera, recogió la mochila y, una vez que la tuvo consigo, intentó apartar a la agente de su presa, pero ella no la soltaba.

—¡Basta ya, Alessia!

La agarró del brazo, la obligó a levantarse y fue entonces él quien inmovilizó al delincuente. La agente tenía el rostro congestionado.

—¡Vete, vamos! —le aconsejó él—. La Policía ya está llegando.

Dos coches patrulla entraron en la explanada de La Lonja, Alessia se fue, el capitán se quedó, se identificó como guardia civil ante los agentes. El individuo al que le pusieron las esposas tenía antecedentes. No era un recadero de Romano, sino un vulgar ratero. El tipo, marroquí, tenía dos compinches españoles. Fueron detenidos por otro coche patrulla cuando huían por el pasillo de una galería comercial cercana.

—¿Es importante lo que hay dentro? —le preguntó uno de los agentes.

—Son documentos de trabajo —respondió el capitán— y unos billetes de avión a Londres a mi nombre. No veo qué interés puedan tener para unos rateros.

—Sí, es curioso —replicó, suspicaz, el policía.

No le comentaría nada a Alessia, pero el hecho de que fueran a por la mochila y no a por su cartera le daba que pensar. Por mucho que intentara zafarse de ellos, no la perdían de vista, ya fuera el misterioso Romano u otros. De algún modo sabían que Alessia se estaba acercando a informaciones que les interesaban, por eso fallaban y solo asustaban; he ahí el motivo para no acabar con ella. Le tranquilizó ver a esos escoltas que salieron de la nada —probablemente guardias civiles— y que se acercaron a Alessia para saber cómo estaba.

Con lo poco que le gustaba a Tresser dar explicaciones y tuvo que hacerlo con los policías locales, sin mentir, pero reduciendo la verdad al mínimo. Tras una hora de papeleos en la comisaría de San

Lorenzo de El Escorial, se dirigió hacia su Toyota, aparcado en una estrecha bocacalle cuesta arriba. Era endiabladamente difícil aparcar en el centro de la localidad y, por una vez, había tenido suerte. Alessia lo estaba esperando apoyada en el capó.

—¿Has puesto una baliza en mi coche? —le preguntó, indignado, al verla; no había otra explicación para que ella estuviera allí que un geolocalizador oculto—. ¿Lo has hecho?

—No, te lo juro. Te había seguido en coche desde Uvés y he aparcado cerca de ti. Lo siento, ha estado mal.

Tresser palpó los bajos del coche junto a cada rueda y no encontró el dispositivo. Abrió la puerta del vehículo y se puso al volante.

—Sube un momento, Alessia, tenemos que hablar.

—*Aspetta un secondo*, antes tengo que contarte algo —comentó mientras entraba y se sentaba junto a él—. Las dos ciudades indias que investigué para Norberto, ¿te acuerdas? Me las mencionaste.

—Sí, me acuerdo. Escúchame bien, no voy a tolerar más que me sigas. Yo podría saber dónde vives, qué pasta de dientes usas o cuál ha sido tu última declaración de la renta, y no lo hago. Sin embargo, tú me tienes monitorizado, no sé qué ganas vigilándome, pero yo también puedo complicarte bastante la vida si me lo propongo y no te resultará agradable. Para mí no lo es cuando lo haces tú. O te comportas o lo dejamos correr.

Alessia simulaba no atender el hilo de su conversación y continuaba hablándole de las ciudades indias, ignorando sus palabras.

—Norberto me pidió datos sobre ocho centros comerciales de una de ellas, Surat, la capital india del diamante. Resulta que los he investigado y seis de ellos pertenecen al millonario Alok Sharma Moore, más conocido como lord Moore. Su madre es británica y él está casado con una lady.

—¿Y? ¿Qué relación tiene con el caso?

—*Mi stai ascoltando*? —le preguntó juntando las puntas de sus dedos, un gesto característico de los italianos—. ¿Adivinas quién es uno de los sobrinos del millonario? El científico y amigo de los

desaparecidos, Avtaar Sharma. La pista india funciona. Es ingeniero informático, trabaja en el equipo de Cambridge y está de baja desde que desaparecieron Manu y Clarisa; un soplo en el corazón, qué casualidad.

—¿Tienes la dirección de los dos, del tío y del sobrino?

—Las tengo. El millonario es uno de los grandes promotores de la carrera armamentística en la India y se le ha relacionado más de una vez con el tráfico de armas. Prometo no vigilarte más, capitán. Si lo he hecho es porque quiero impedir que te ataquen a ti también. Lord Moore reside en Londres. Podría ser nuestro hombre.

Capítulo XXV

LOS PECES se cruzaban entre sí con indiferencia; los grandes no se comían a los pequeños y algunos se suspendían en el agua, inmóviles, como si estuvieran muertos. ¿Lo estaban?, se preguntó Mara. Tal vez eran conscientes de que vivían enjaulados en un gigantesco tanque de agua, el del acuario Sea Life de Londres, y la desesperanza les había robado las ganas de nadar. Para qué hacerlo, siempre llegarían al mismo punto de partida, una vez recorrido el fondo marino en el que les habían confinado para entretener a los turistas. Le dio por pensar en la vida de esos peces, «peces tristes», se dijo, aunque reconocía que la contemplación de la vida marina ejercía una fascinación a la que no se resistía. Ya había tenido varios encuentros en el acuario, ya conocía a los tiburones, a las rayas, a los pulpos y a los pingüinos. Como todas las ubicaciones que se elegían para las citas secretas, el acuario de Londres era un lugar donde nadie estaba pendiente de lo que hacían los demás, cautivados todos por las quinientas criaturas marinas que habitaban al otro lado del cristal.

Había llegado antes de tiempo, por eso Mara había entretenido su cabeza humanizando a los peces y adjudicándoles el sentimiento de la tristeza por vivir encerrados, pero enseguida pasó a otro tema: repasar mentalmente todo lo que tenía que preguntarle a Jerry cuando llegara. Era uno de sus mejores informadores: un coronel en la reserva que había trabajado varios años en la Dirección de

Inteligencia de la Agencia de Defensa Europea. La mantenía al tanto de todo lo que estuviera relacionado con la seguridad de los veintisiete Estados miembros de la Unión Europea y, además, era su cuñado: estaba casado con su hermana desde hacía treinta años. Ella trabajaba como profesora titulada de español y la visitaba cada vez que podía, pues se querían mucho las dos. En Londres, Mara se sentía como en casa. Conectaba bien con el peculiar sentido del humor británico, le divertía esa ironía tan bien elaborada y su sarcasmo hiriente y elegante a la vez.

Un tiburón nadó muy cerca de los peces tristes y, por supuesto, ellos ni se inmutaron. Mara pensó de repente que Dominik era un cabrón; seguía preguntándose cómo había logrado engañarla. Se sentía humillada. Y aún peor: si el objetivo era ella y fallaron, posiblemente lo volverían a intentar, como había sucedido con Alessia. Debía vigilar sus espaldas, pero a la vez no quería sucumbir a la paranoia. La llegada de Jerry disipó su inquietud. Era tan cercano y cariñoso que no parecía inglés. Intercambiaron los saludos obligados, hablaron un instante de sus hijos, los sobrinos de Mara, uno músico y el otro militar, como su padre, y entraron en materia. Últimamente no estaba contenta con Jerry, no le suministraba información relevante y no sabía el porqué. Le sugirió hablar mientras caminaban por los pasillos del acuario, en busca de una estampa marina menos aburrida que la de los peces inermes.

—Hay mucha preocupación por el buitre leonado, no sabemos cuándo va a volar de nuevo para atacar a los linces —comenzó Jerry hablando en clave, refiriéndose al dron en un español más que aceptable—. Se ha invertido mucho dinero para que ahora caiga en un nido que no es el suyo.

—Supongo que estaréis preocupados también por la suerte que hayan corrido sus veterinarios, en el caso de que no hayan abandonado el refugio de las aves por voluntad propia.

—Hay vigías en las torres del bosque y agentes forestales en tierra; los encontrarán, y yo creo que pronto.

—¿Pronto?

—Es urgente hacerlo.

Atravesaron el túnel de cristal en el que nadaban los tiburones sobre sus cabezas, pero ni los miraron. Se adentraron en el pasillo en penumbra que daba acceso a las diferentes zonas temáticas. Jerry cogió del brazo a Mara y la llevó a un rincón solitario, una pared lisa y llana, sin cristales hacia el mundo marino, sin curiosos alrededor, por lo cual ya pudieron hablar con normalidad.

—El dron que atacó Odessa estaba programado para suicidarse y no regresar al lugar del que despegó —le reveló Jerry—. Los ingenieros desaparecidos están a nuestro favor. La parte negativa es que pueden sufrir represalias. El dron no despegó de una base rusa, los de Putin lo niegan, al igual que los chinos. Quieren saber quién lo fabrica, como nosotros.

—¿Entonces?

—Se está trabajando con la hipótesis de que sea fuego amigo.

—¿Los buenos, entre comillas? —A Mara le sorprendió esa revelación—. Ha muerto gente por esto, Jerry. La última ha sido una agente francesa, sepultada en hormigón, y a una compañera mía la han intentado matar dos veces.

—Tenemos la misma maldad y la misma codicia que nuestros enemigos y, si nos empeñamos, podemos ser incluso peores. No sé de qué te extrañas. Las armas son un negocio: quien las fabrica, las vende o las compra, las usa para matar o para amenazar y sacar rédito. Un dron indetectable por los radares es un peligro de consecuencias imprevisibles.

—Puede atacar cualquier objetivo sin ser repelido por las baterías antiaéreas, estamos todos vendidos —sentenció Mara con inquietud.

—Ahora mismo podría lanzar sus misiles sobre el centro de Londres y no estaría en nuestra mano evitarlo.

Una pareja de adolescentes se detuvo a un par de metros de ellos para trastear con el móvil. Volvieron a hablar en clave.

—¿El ornitólogo romano está metido en esto? —le preguntó Mara.

—¿Existe? ¿Por qué no se le ha localizado todavía? Pregúntatelo.

—Desde la invasión de los abejorros, nuestro mundo da asco. A cualquier ciudadano normal le escandalizaría nuestra ineptitud —

reflexionó ella en voz alta.

Abandonaron la zona y se fueron a una pared intermedia y oscura entre los pulpos y las anémonas.

—No puedo decirte más, no estoy operativo y consigo la información a cuentagotas.

—Pues se te paga bien, cuñado.

—Será que lo merezco, cuñada. Nos estamos acercando de nuevo al rescate, pero solo sé eso por el momento. No sé cuándo ni dónde. ¿Cómo llevas que el topo fuera de los vuestros? Ha sido una sorpresa. Lo que se comenta es que nunca alguien tan pequeño ha hecho un daño tan grande.

—Pues cuidado con David, que se cargó a Goliat de una pedrada. Fuego amigo, dices… ¿Elon Musk o algún megalómano hortera de esos?

—Precisamente es por su vanidad por la que están descartados. No soportarían guardar silencio y se delatarían; necesitarían presumir del dron fantástico.

Una pareja joven con un carrito de bebé se acercó a donde estaban ellos. Mara y Jerry se apartaron para dejarles ver el espectáculo: un grupo de rayas gigantes hacía alarde de su elegancia natatoria con el movimiento suave y lento de sus grandes aletas pectorales, a las que Mara encontraba parecido con las de un Nosferatu extendiendo sus alas de murciélago.

—A esto sí que podemos llamarle casualidad —se dirigió a ella el joven del carrito.

Mara lo reconoció. Era Ventura, su vecino, el que se había quejado de su música a alto volumen y con el que había tenido sexo poco después, tras varias copas de vino. Jerry se apartó con sigilo del grupo y le hizo un gesto a Mara indicándole que la esperaba fuera. Estaba tan sorprendida por aquel encuentro que ni se dio cuenta.

—Te presento a mi hermana Pamela y a mi sobrina de dos meses, Lara —señaló Ventura el carrito—. Mara es vecina mía, puerta con puerta.

«Encantada», dijeron casi al unísono las dos mujeres, al tiempo que se saludaban con dos besos en las mejillas.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó, intrigada, pero, sobre todo, sorprendida.

Desconfió de aquel encuentro fortuito. Coincidir con su vecino de la puerta de al lado en una ciudad de nueve millones de habitantes como Londres la hacía dudar. Existían las casualidades de primera, las que podían resultar espectaculares, y las de segunda, sin encanto ni brillo alguno, artificiosas; la de Ventura era de estas últimas.

—Pamela es comandante de vuelo en British Airways y vive en Londres con su marido, que se dedica a lo mismo. He venido a pasar con ellos este finde para conocer a mi sobrina. ¿Y tú?

—Estoy aquí por trabajo, he tenido una reunión con mis jefes de aquí a primera hora.

Mara le había contado que era subdirectora de desarrollo de producto de una multinacional que fabricaba deportivas para distintas marcas.

—Si te quedas el finde por aquí, podemos vernos si te apetece —le propuso Ventura.

No pudo evitar fijarse de nuevo en su dentadura desgastada, sin un mínimo arreglo, siquiera para alinearla correctamente; era lo único que le chirriaba de ese guapo programador informático del que ahora sospechaba. Más joven que ella, como Dominik, Mara le sacaba quince años, el chico aún no había cumplido los treinta. Los dos supuestos hermanos parecían de la misma edad, se fijó, pero no había mucho parecido entre ellos. Ventura era moreno, con el pelo ensortijado —Mara había jugado con sus rizos entre los dedos tras hacer el amor—, y Pamela era rubia natural, con un estiloso corte de pelo a lo *garçon*. Le llamó la atención su figura estilizada a pesar de haber dado a luz hacía pocas semanas. Debía de ser de las que se machacaban en el gimnasio.

—Sí, estaría bien quedar.

—Me voy a ir a casa con la niña —habló Pamela por vez primera —, es su hora del biberón, pero quedaos un rato charlando si os

apetece.

—Yo tengo un compromiso y me tengo que ir ya, lo siento —se excusó Mara; iba a comer con su hermana y su cuñado, al que reprocharía que se hubiera ido sin despedirse.

—¿Te puedo llamar más tarde?

—Sí, claro, hazlo.

Sí, hazlo, juguemos a saber quién eres y por qué nos hemos encontrado en Londres. Tal vez cenemos juntos y tú y yo, tal vez entonces pueda descubrir al verdadero Ventura, el que se escondía tras unas zapatillas de cuadros de las que llevaban los abuelos, pero antes tendré que escribir el informe a Carol de lo hablado con Jerry. Nunca había desvelado al Centro su verdadera identidad, porque era su cuñado y sus vínculos familiares le restarían credibilidad y, además, lo quería para ella sola. Era valioso cuando quería. En las semanas previas a los atentados del 11-M en Madrid, Jerry, que por entonces trabajaba en la inteligencia militar británica, había advertido al CNI de la peligrosidad del argelino Allekema Lamari, pues el sujeto había contactado con varios yihadistas encarcelados en el Reino Unido para proclamar venganza contra España por la guerra de Irak. El Centro ya había emitido a su vez varias notas informativas advirtiendo al Gobierno español de que el objetivo de Lamari era perpetrar en el país un atentado terrorista. Fue uno de los cerebros del 11-M y se inmoló en un piso de Leganés junto a otros seis terroristas. «No entiendo por qué no se le buscó con la máxima prioridad. Estaba claro que era muy peligroso, un lobo solitario», le comentaba Jerry a Mara cuando surgía el tema en sus muchas conversaciones. «El problema fue que no se atendieron las alertas con el nivel que correspondía», replicaba ella. Ahora, en el acuario, no le había aportado ninguna información interesante. No era la primera vez que divagaba sin concretar. La agente había contemplado incluso la posibilidad de que trabajara para otra agencia y a ella le dejara solo las migajas.

—Díselo a Mara, Jerry —le dijo Loreto a su marido más tarde, mientras comían los tres en la casa familiar.

Residían en una preciosa —esa era la palabra exacta— casa con jardín en el barrio londinense de Hampstead, un pueblecito con encanto a solo quince minutos del centro de la metrópoli, con casas señoriales de estilo georgiano —ladrillo rojo, ventanas altas y estrechas—, grandes jardines, arquitectura histórica y exclusividad.

—*Honey*, no se lo voy a decir porque todavía no lo hemos cerrado. Quería que fuera una sorpresa y te has adelantado.

—Dejaos de tonterías y contadme de una puta vez qué tenéis que decirme —los apremió Mara con impaciencia.

—Nos vamos a dar la vuelta al mundo en un crucero —le comunicó Loreto con una sonrisa entusiasta—. Casi cuatro meses de travesía, el viaje de mi vida. Pediré una excedencia en el trabajo, aunque tendremos que esperar porque Jerry está en un asunto importante que no puede abandonar. Sea lo que sea, *my dear*, resuélvelo pronto.

—Eso precisamente digo yo, resuélvelo —se le escapó a Mara, refiriéndose a las cuestiones de las que habían hablado.

Su hermana se rio, pensando que había hecho una gracia, cuando ella en realidad solo pensaba en el dron que parecía tener superpoderes. Hizo un cálculo rápido del viaje alrededor del mundo y los números no bajaban de los treinta y cinco mil euros, sin contar vuelos, tasas de servicio y los gastos de las excursiones. «Es una barbaridad», se dijo.

—¿No te alegras, hermana?

—Claro que sí, pero eso es carísimo, ¿no?

Mara cruzó una mirada con Jerry, que permanecía callado y retraído, cuando él era siempre tan jovial. Le dio la impresión de que se avergonzaba de un viaje tan ostentoso.

—Jerry quiere pedir un préstamo, pero yo no quiero endeudarme —le explicó Loreto—. Acabamos de quitarnos de encima la hipoteca y es un alivio vivir sin deber nada a nadie. Tiraremos de nuestro colchón.

La información que le suministraba su cuñado era cada vez más escasa y ahora resultaba que le sobraban tiempo y dinero para dar la vuelta al mundo. Aun con su pensión elevada, lo que Mara le

pagaba de su presupuesto asignado y el sueldo de su hermana, no llegaba para permitirse ese dispendio. «Me has traicionado», le gritó a Jerry sin abrir la boca, dedicándole una mirada fría y tan dura como un pedrusco. Sin duda, el MI5 u otra agencia amiga pagaba su información mucho mejor que ella. Se le pasó por la cabeza que también podría ser un agente doble. No, eso no quería planteárselo. Decidió irse, tenía que pensar. Abrazó y felicitó a su hermana y a Jerry le dio dos besos gélidos en las mejillas, a las que ni siquiera rozó con sus labios.

—Te acompaño hasta el taxi —se ofreció su cuñado.

—Me parece bien, gracias.

Una vez que salieron de la casa, Mara se detuvo en el coqueto jardín de lavandas, jazmines y buganvillas. Cuando estuvieron los dos, frente a frente, la agente tuvo entonces la sensación de que su amistad se había desintegrado. Habían bastado unos pocos minutos en la sobremesa, cuando Loreto compartió la noticia, para que la vuelta al mundo arruinara la relación. Ya no confiaba en él. El recelo y la sospecha eran parte fundamental de su oficio.

—Tendrías que haber sonreído cuando Loreto ha anunciado ese fabuloso viaje. ¿Por qué no lo has hecho, Jerry? Te he visto muy serio y a mi hermana le brillaba enormemente la mirada.

—No me juzgues. Son nuestros ahorros de toda una vida para celebrar nuestras bodas de plata con cinco años de retraso —se justificó.

—Vives en una casa cara, en un barrio caro, tienes dos coches caros y un sastre te hace los trajes. Es difícil ahorrar con tu estilo de vida. Ese dinero que parece que te sobra viene de los sótanos, Jerry, a saber cuáles son. En nuestro oficio, a los traidores tontos se los pilla por ahí.

—¿Traidor yo, dices? *Stop*, Mara. *Redflag*, no cruces esa línea.

—¿Trabajas como informante para el M15?

—No, por supuesto que no.

—Entonces dame alguna información sobre el condenado dron y los científicos. En el acuario me has tomado el pelo. Necesito llevar algo sustancioso a los míos y no lo tengo.

—Te he dicho todo lo que sé. Es un asunto tremendamente complicado y el maldito Brexit obstaculiza el intercambio de inteligencia con los países de la Unión Europea. Todo se ha vuelto aún más difícil.

—Ha llegado mi taxi. —Lo vio a través de la verja del jardín—. Estaré esperando tu llamada. Piensa en todo lo que sabes y no me dices, Jerry.

Mara atravesó el pequeño sendero hacia la puerta, delineado por tulipanes rojos y amarillos. El aire regalaba una agradable fragancia a hierba fresca que a Mara le resultó evocadora de sus veranos de niña en Loredo, cerca de Santander. Antes de salir, se volvió hacia su cuñado, que permanecía de pie en medio del jardín, como si fuera una escultura ornamental.

—¡Y además ese viaje en un crucero es una horterada de nuevo rico! —le gritó ella mientras se subía al taxi.

Capítulo XXVI

CUÁNTO cuesta tragarse y digerir la decepción, deja heridas de lija a su paso por la garganta. Mara reflexionaba sobre ello cruzando dos veces el puente de Londres y otras dos el de Westminster. Le gustaba ese modo de recapacitar atravesando ríos, sin edificios a los lados, con el rumor del agua cerca de sus oídos y con la agradable sensación de soledad que le producía, aunque compartiera el trayecto con otros transeúntes. Cuando llegó al hotel, se dio un baño de espuma con el móvil cerca, esperando la llamada de Jerry, que finalmente se produjo:

—Hace dos días hubo otro intento de rescate —le reveló a Mara —, esta vez dirigido por la CIA, que aseguraba tener una pista con altas probabilidades, pero no era el lugar. No ha habido soplo, pero sí un error de cálculo. Los tuyos no han sido informados, casi nadie lo sabe, ha sido una operación secreta y, una vez más, ha resultado fallida. ¿Te vale con esto?

—Me vale, por el momento.

—No voy a seguir colaborando contigo, Mara. *I'm so sorry*.

Se lo esperaba. Se había roto la confianza y el ambiente estaba enrarecido; aun así, no podía permitirse perder a una fuente que había sido tan importante y que lo seguía siendo para el Centro.

—Entonces, ya solo seremos cuñados.

—Eso es.

—Pues no es suficiente, no puedes subir y bajar del tren cuando te apetezca.

—No todos los días le llaman a uno traidor.

—No todos los días te encuentras con una fuente a bajo gas, como es tu caso. Reflexiona, Jerry. Todo esto lo has desencadenado tú y la poca información que me estabas dando. He tenido que presionarte para que estuvieras a la altura. ¿Es o no es así?

—Sí, reflexionaré cuando tenga tiempo.

Jerry cortó la llamada. Mara salió de la bañera decidida a recuperar a su cuñado. Se cubrió con el albornoz y no esperó a vestirse para escribir el informe, lo hizo en ese momento. Quería compartir con Alma y con Carol el nuevo intento secreto de rescate de los científicos, aunque continuaban sin atinar. Entendía que fuera difícil, pero tantos fallos no dejaban en buen lugar a los servicios de inteligencia. Envió el informe y llamó a Ventura para citarse en un restaurante tailandés del Soho, uno de los barrios más chic de Londres. Antes de salir tuvo la precaución de esconder su portátil en el falso fondo de su maleta, y los pendrives en un desodorante hueco por dentro. Se arregló para parecer atractiva, aunque discreta. Él no se esforzó demasiado, se presentó a cenar con un insulso abrigo gris, un jersey azul marino de cuello vuelto y una americana marrón que le iba grande, pero lo peor era el horroroso anillo de sello que llevaba en el dedo anular derecho, oro tallado con un rubí ostentoso, insoportable. Ese tipo de joya masculina lo puntuaba Mara en los primeros puestos del top de la horterada. Le provocaba rechazo verlo en su mano y no podía evitarlo, ya que estaba sentada frente a él en el restaurante tailandés.

—No dejas de mirar mi anillo —observó él.

—¿De dónde lo has sacado?

—Era de mi abuelo, soy el primogénito y lo heredé.

—No te lo vi el otro día en mi casa cuando te molestaban mis Beatles.

—Es que solo me lo pongo para salir. No quiero llevarlo cuando limpio la lechuga o friego los platos. ¿Tan poco te gusta?

—Se me nota, ¿verdad? Detesto los anillos de sello, pero no me hagas caso, soy bastante maniática. ¿No llevará una cámara o un micrófono ocultos? —le preguntó con la apariencia de una broma.

—No, contiene cianuro. Ya sabes, te despistas un poco y te lo vierto en tu copa —le aseguró con una sonrisa inexpresiva.

Detuvieron unos minutos la conversación para leer la carta del restaurante, pero enseguida Mara inició un nuevo tema para proseguir la velada:

—Me ha gustado tu hermana. Tiene estilo.

—Siempre ha sido muy presumida, no como yo, que me pongo encima cualquier cosa.

—Mientes mal. Llevas unos mocasines Sebago y un jersey de Tommy Hilfiger.

—Tienes razón, miento mal, pero ambos son regalos de Reyes, yo nunca me los habría comprado. No me da el sueldo y tampoco me dejan ascender. Me pasan todos por delante. Soy demasiado orgulloso para hacer la pelota a los jefes.

—Pero ¿curras bien o pasas de todo?

—Curro mucho, soy un buen programador. Supongo que a ti te habrá costado llegar a ser directiva de tu empresa. Eres mujer, tienes que demostrar tu valía constantemente, ¿no?

—Mira qué bien, un hombre feminista.

Bromeó con el asunto, pero era verdad: muchas veces tenía la sensación de que la directora respetaba más a los hombres que a las mujeres, se llevaba mejor con ellos, al igual que su predecesora. Vivía con la presión de tener que trabajar cinco veces más y mejor que sus compañeros. De hecho, Alma había contestado a su informe con un simple «Gracias». Carol no había respondido todavía. Esperaba al menos un reconocimiento, las dos palabras mágicas: «Buen trabajo». Se preguntaba qué había hecho mal en su relación con ellas, pero no le gustaba la adulación, en eso coincidía con el enigmático Ventura. Cambiaron de nuevo de tema —hablaron de lo caro que era Londres— cuando llegaron los platos: una ensalada *Som Tam* de papaya para compartir, unas empanadillas *won ton* de pollo y gambas, dos curris de ternera y una botella de vino. A los

postres, ya estaban haciendo manitas sobre la mesa. En el taxi al hotel, ya se estaban besando apasionadamente.

—Necesito que me dé el aire —dijo Mara, apartándose de él—. Algo me ha sentado mal al estómago. ¿Me has vertido el cianuro de tu anillo?

—Ja, ja, ja —se rio Ventura—. No estarás tan mal cuando te permites bromear.

—En serio, necesito salir del coche —pidió Mara, con el rostro descompuesto.

—Déjenos aquí mismo —le pidió el joven al taxista.

El vehículo se detuvo a una manzana de Green Park, famoso, entre otras cosas, porque una reina despechada con su marido decidió cuatro siglos atrás arrancar todas sus flores para que solo quedaran árboles y césped. Ambos decidieron caminar hacia allí. Mara se agarró del brazo de Ventura, aspiró aire.

—¿Te encuentras mejor?

—No.

Ya estaban a pocos metros del parque cuando la agente contuvo una arcada y se adentró deprisa para, supuso Ventura, no vomitar en medio de la calle. La aguardó sentado en un banco mientras ella expulsaba papilla gástrica junto a un árbol. Eran casi las once de la noche, el parque estaba desierto y lo invadía la neblina. De repente, Mara irrumpió por detrás y le apuntó con su arma a la cabeza, una Beretta Px4 *Storm Compact* de calibre nueve milímetros que guardaba siempre en casa de su hermana para no ir desarmada por Londres.

—¿Quién eres en realidad, Ventura? —le preguntó en un tono de desconfianza absoluta.

—¿Quién eres tú, que vas armada? ¿Es otra broma? —respondió él, desconcertado.

—Tira tu pistola al suelo, donde yo la vea. Si no lo haces, te dispararé al hombro en tres, dos, uno. No hay nadie para oír el disparo a quemarropa.

—No voy armado.

—Vale —le apuntó al hombro—. ¿Dónde la llevas? Tres, dos…

—En el bolsillo del abrigo.

—Sácala con movimientos muy lentos, ya sabes que si detecto la mínima brusquedad tendré que disparar y no dudaré ni un segundo. Lánzala al suelo a varios metros, vamos.

Ventura hizo todo lo que ella le había ordenado, la sacó del bolsillo con sumo cuidado, como si fuera de porcelana —curiosamente usaba el mismo modelo de Beretta que Mara—, y la arrojó al suelo.

—Ahora, levanta la mano en la que tienes el anillo, que yo la vea, y activa el resorte.

—¿En serio te has creído lo del cianuro? Pero ¿de dónde sales tú?

—Hazlo —le ordenó, presionando el cañón de la pistola sobre su nuca.

—No hay ningún resorte.

—¡Joder, qué pesado! —exclamó ella, denotando que se le acababa la paciencia—. Amortiguaré el disparo con mi abrigo y descubriré qué hay bajo el rubí, pero tú ya estarás muerto.

Ventura se rindió: presionó suavemente a ambos lados del anillo de oro y la piedra se abrió. Mara no podía distinguir bien qué contenía desde su posición, pero lo imaginó.

—Levanta más el brazo, acércalo a mí y no hagas nada que me ponga nerviosa.

«No me he equivocado contigo. El anillo horroroso te ha delatado. He visto los dos micropulsadores del resorte durante toda la cena. Ahora veo que tienes enrollado dentro uno de esos hilos metálicos ultrafinos. ¿Cuándo me ibas a cercenar el cuello con él? ¿Después de follar conmigo, pedazo de cabrón?».

—Desenrolla el hilo y rodea tu cuello con él. ¿No es para lo que sirve?

—Mara, no es lo que parece.

—Una de las grandes y más repetidas frases de la humanidad. Vamos, haz lo que te digo y deja los dos extremos detrás de la nuca, donde yo estoy apuntándote.

Ventura lo hizo con movimientos cuidadosos, pero Mara agarró con rapidez y brusquedad los dos cabos y los retorció con la mano que le quedaba libre. El joven emitió un grito de dolor, porque el hilo penetró ligeramente en la piel y le produjo una herida.

—¿Para quién trabajas?

—Eres buena en lo tuyo, ¿lo sabías? Has superado la prueba con nota. No me has descubierto tú, te elegí yo a ti. ¿No te has dado cuenta de que es un anillo demasiado ostentoso, de principiante?

—¡Ah! Resulta que era una prueba y te has dejado descubrir. Gran historia. Voy a llamar a los míos para que te lleven a algún lugar desconocido y sigan preguntándote cosas para saber de dónde coño has salido. —Apretó un poco más el hilo sobre su cuello y Ventura se volvió a quejar de dolor—. ¿Por qué me elegiste, como tú dices?

—Tengo una oferta para ti. Te la contaré si dejas de joderme el cuello. Afloja, por favor.

—No voy a aflojar.

—¿Te gustaría saber dónde están Clarisa y Manu? —le ofreció esa información realmente apetitosa.

—¿Lo sabes tú?

—Puedo saberlo.

—¿A cambio de qué?

—Ya lo sabes, a cambio de información, que es en lo que trabajamos todos —le reveló Ventura.

—Estoy bien como estoy, gracias. No me cuentes milongas.

—¿Puedes aflojar el hilo? Me está costando respirar.

—No, no lo voy a hacer, si yo he aprobado con nota, como dices, tú has suspendido, porque el arma la tengo yo. Me estás captando, me estás ofreciendo ser agente doble. ¿Para quién? ¿Te paga Romano? No me interesa bailar en tu oscuridad, ya tengo la mía.

—Mara, ¿no te sientes infravalorada por tus jefas? Pamela y yo te trataríamos con el respeto que te mereces y te daríamos tu lugar. Y ganarías mucho dinero —la tentó una vez más.

—Y además traicionaría a mi país —le recordó la agente del CNI.

—Un país es solo un trozo de tierra. La identidad y el sentido de pertenencia están en nuestra mente, son ideas, deseos, sensaciones, solo eso, no son reales.

Joder, no puedo llamar a los míos para decirles que me estás ofreciendo el oro y el moro para traicionarles, sospecharían de mí. ¿Por qué te han elegido a ti, Mara? ¿Acaso no tienes claro el sentido de tu trabajo, tu servicio al país?

—Te he hecho una propuesta con la que tus jefas fliparían —insistió Ventura—. Todos estáis buscando a los científicos, teméis el dron que han ideado y, de repente, llegas tú, una agente de segunda, y lo soluciona todo: el rescate de los ingenieros y el artefacto, por fin, en buenas manos. Te ascenderán y eso a nosotros nos interesa mucho. Ser agente doble no es un drama.

—¿Yo, una agente de segunda? El segundón eres tú. ¿Quién apunta a quién con un arma? Vete, Ventura. Sal a la calle y pide un taxi, que yo te vea irte —retiró el hilo de su cuello, aunque no dejó de encañonarle con la Beretta.

Ventura se levantó del banco, dio un paso al frente.

—Piénsalo —le dijo sin darse la vuelta—. Y no pierdas a Jerry, lo necesitamos. ¿Por qué te crees que te hemos seguido hasta Londres? Para asegurarnos de que sigue siendo tu fuente. Nos alegró veros juntos en el acuario. Tampoco cometas el error de informar a tu directora de este encuentro. Recuerda que la abeja muere tras clavar el aguijón. Estaremos en contacto.

—¿De verdad crees que tengo un precio?

—Qué tontería, todos lo tenemos.

Capítulo XXVII

TRESSER y Mara no se conocían y se cruzaron a la mañana siguiente en la puerta del hotel de Londres. Una entraba, el otro salía. El vuelo en el que viajaba el guardia civil a la capital británica había aterrizado en Heathrow hacía algo más de una hora. Era una curiosa coincidencia o no lo era tanto, porque el Pembridge Palace era el favorito de Mara y también el de Alessia, quien se había ocupado de la reserva de Tresser. Elegante, discreto y confortable, estaba en el centro de Londres y no sufría la invasión turística de otros más grandes. El capitán dejó la maleta en la habitación, se aseó y no perdió ni un solo minuto de su tiempo: hora y media después, viajaba en el tren que le llevaría fuera de Londres, a Cambridge, el escenario de la desaparición de los ingenieros Clarisa y Manu. Esperaba poder acceder ese mismo día a la vivienda en la que se les perdió el rastro, pues era una de las condiciones innegociables que le había impuesto a Alessia. Metódico como era, había estudiado todos los pasos para salir de Londres —billetes, metro, horarios, trenes— y de este modo no retrasarse con las inevitables novatadas que sufrían los turistas.

El día nublado y el frío húmedo denotaban que el invierno se resistía a pasar el relevo. La velocidad del tren a Cambridge engullía el paisaje tan deprisa que a Tresser no le daba tiempo a detenerse en los detalles, pero veía grupos de árboles aún desnudos a la espera de la primavera e intuía los brotes tiernos en las ramas.

Todavía no podía creerse que Adelaida hubiera encajado tan bien su viaje a Londres, pues la dejaba sola con el bebé, aunque Luba la ayudaría en lo que necesitara.

—Ve y acaba de una vez con el asunto, estoy un poco harta de los espías —le urgió mientras se retocaba el carmín de los labios en el espejo del baño—. ¿En serio es un viaje a gastos pagados?

—Alessia me ha dado incluso dinero de bolsillo. Esta mujer me desconcierta la mayoría de las veces.

—Es una agente secreta, no sé qué esperabas.

Julián había aprovechado la excitación por la fiesta en honor del recién nacido para plantearle el asunto del viaje. Adelaida había dejado atrás la melancolía en la que se había sumido y por fin la veía sonreír. Estaba tan animada, tan radiante y tan guapa, que pensó que tal vez su depresión posparto estuviera desapareciendo y consideró que era el mejor momento para hablarle de Cambrigde.

—Cuando Pablo cumpla un mes, dejaré la lactancia y pasaré al biberón —le comentó a Julián, colocándose el vestido de cóctel azul añil que llevaría en la fiesta—. Es una esclavitud, no me gustaría quemarme con la maternidad, amo a nuestro hijo y quiero disfrutarlo.

A Julián le parecía bien, siempre pensó que la lactancia natural de los primeros meses podía sobrellevarse si no se tenía otra cosa que hacer, pero Adelaida era una mujer activa y, aunque estuviera de baja, trabajaba cada día en la asociación. Se situó detrás de ella frente al espejo, la abrazó y la besó en el cuello. Tras el parto llegó a pensar que la estaba perdiendo; tan ausente, tan taciturna como estaba, no sabía cómo actuar. Adelaida era su eje. Sin ella, la tierra se movía bajo sus pies y perdía el equilibrio.

—Hacemos buena pareja —dijo ella al ver la imagen reflejada de los dos—. Lo que nos ha costado llegar hasta aquí, Julián.

—A mí no me ha costado en absoluto.

La estrechó entre sus brazos. Cerró los ojos. No quería que el espejo los fotografiara, era un momento íntimo en el que solo cabían los dos. Adelaida se volvió, se colocó frente a él y lo besó en los labios en medio de una fragancia de jazmines.

—No te pega en absoluto manejar la barbacoa, Julián. ¿Serás capaz de no quemar las chuletas? Estoy por pedírselo a Samuel.

Samuel… Se le había olvidado avisar a Adelaida de que Luba había invitado a Bruno y no había logrado convencerla de que no era lo correcto.

—¿No has conseguido que entienda algo tan obvio? Luba te vuelve débil y tú la vuelves débil a ella también —le recriminó cuando Julián se lo comentó.

—Eso no es cierto, intento hacerlo lo mejor posible y no es fácil —se defendió él.

—Sabes que tengo razón porque es muy evidente. Espero que no hagas lo mismo con Pablo.

—Nuestro hijo va a crecer con amor, que no fue el caso de Luba. No estás siendo justa, Adelaida.

—Es verdad, lo siento, me he pasado. No tengo ningún derecho a juzgarte —se disculpó enseguida.

—Tú tienes derecho a todo. —Le dedicó una sonrisa conciliadora —. ¿Qué hacemos con Bruno?

—Es mi paciente, tiene que haber una distancia emocional entre nosotros y es una fiesta familiar. Es del todo imposible que acuda, ni sería ético profesionalmente por mi parte ni voy a romper esa barrera entre mi paciente y yo. Estoy pensando en que debería hacerle terapia otro compañero y no yo.

Finalmente, el muchacho no asistió. Luba —muy a su pesar— le transmitió que no sería correcto que acudiera a la celebración familiar de su psiquiatra y él lo entendió, lo cual, de paso, evitó un momento complicado para Samuel. Los dos aprendices de mago hicieron el número de los globos al final de la comida, pero la relación entre ambos se había resentido: él no podía disimular la decepción por el rechazo de Luba y ella ponía tanto cuidado en no herirlo de nuevo que parecía distante, y eso a Samuel aún lo mortificaba más. Además, la ausencia de Bruno provocó en Luba cierta desazón. Se sentía bien a su lado y le burbujeaban sentimientos desconocidos que la desconcertaban y la llenaban de alegría a la vez.

Julián hizo lo que pudo con la barbacoa, ayudado por su suegro, con el que se llevaba bien y al que apreciaba, pero qué estampa tan penosa la de los dos mano a mano con las pinzas y las chuletas; eran un par de inútiles manejando el fuego y las brasas. Un amigo de Adelaida se empeñó en darles consejos cada vez que pasaba por allí y Julián vio en aquello su oportunidad. Le pidió que le tomara el relevo mientras él iba a por hielo y, cuando llegó a la cocina, colgó el delantal. Pensó que tenía que rescatar a su suegro y lo llamó desde el porche con la excusa de que estaba sonando su móvil. Ninguno de los dos volvió a acercarse a la barbacoa y, de este modo, Julián pudo hacer un corrillo con los miembros de su equipo de la UCO y sus familias: Coira con su mujer, Sabela, sus dos hijos y otro en camino; la guardia Brancho con su marido, el teniente coronel Hernández-Cor, y la hija de ambos, Camila, de cuatro años; los guardias Piter y Mani, también con sus parejas, y, por supuesto, la teniente coronel Amanda, psicóloga clínica, una de las mejores analistas de conducta criminal de España, compañera y amiga de Tresser, ya que habían trabajado juntos en numerosos casos. Acudió con su marido, José Ignacio, médico forense de la Audiencia Nacional. A ella sí pudo confiarle el viaje secreto a Londres y la inquietud que le provocaba implicarse en los juegos de espías. Le resultó reconfortante hacerlo, confiaba mucho en ella. Cerca ya de Cambridge, Tresser evocó el momento de la fiesta en el que el doctor Guix conoció a Pablo. Era lo más cercano a un abuelo paterno que tendría su hijo.

—Solo he venido a verlo a él, que conste. Lo demás me sobra —le dijo el forense contemplando al bebé en su carrito—. No acabo de verte en esta fiesta, Julián.

—A Adelaida y a Luba les hacía ilusión, a mí ninguna, pero a veces hay que ceder un poco para estar tranquilo.

—Pero si tú eres un solitario, Julián, ya deberían saberlo.

—Doctor Guix, con que lo sepa yo es bastante, a veces te pones muy intenso. —Ya estaba acostumbrado a que lo fuera, pero quiso recordárselo.

—Te veo muy integrado en estas escenas familiares que se parecen tanto unas a otras y que no tienen nada de especial.

—No he sido yo quien ha dicho que lo tenga. No olvides que todo esto es en honor a mi hijo.

—Claro, discúlpame, Julián. Soy un moscón cojonero. Debería irme. —Al hombre se le descompuso el gesto, se sintió abochornado.

—No, tú no te vas, eres mi familia —le impuso Tresser.

En ese momento llegó Amanda y salvó a Tresser de lo cascarrabias que era su gran amigo. Estaba al corriente de los pormenores del caso y era consciente del carácter secreto de la información, pero le extrañó que no lo acompañara ningún agente de inteligencia.

Ese era el problema, que ni siquiera iba a estar acompañado por uno de ellos.

Alessia lo había dejado solo. Pensaba precisamente en ello cuando el tren hizo su entrada en la estación de Cambridge, tan parecida a otras tantas. El edificio, que fue construido a mediados del siglo XIX, con ladrillo a la vista y grandes ventanales, no estaba a la altura como antesala de la segunda mejor universidad del mundo, consideró el capitán. Caminó por el andén con su inseparable cazadora de piel y una discreta mochila al hombro. Al cruzar el vestíbulo para salir a la calle, escuchó una voz femenina que le hablaba en español y sabía su nombre:

—Julián, no vayas tan deprisa que no te sigo.

Tresser se volvió y le costó creerlo: era Amanda. Ahora entendía por qué durante la barbacoa le había hecho tantas preguntas sobre los planes que tenía en Inglaterra.

—Pero ¿qué haces aquí? —Estaba absolutamente desconcertado.

—¿Tú qué crees? Echarte una mano. Solo me he podido escapar dos días, pero menos es nada.

—Pues no sé qué decirte… —Tresser se sentía abrumado.

—Invítame a un café, aquí hace un frío de puro invierno. —La analista se abrochó su anorak blanco y metió las manos en los bolsillos.

Aunque pasaran los años y las modas, el aspecto de Amanda era el mismo de siempre: sus cabellos rubios recogidos en una coleta y sus ojos de un intenso azul perfilados ligeramente con lápiz negro. Eligieron una cafetería junto a la estación, en realidad una pastelería con máquina de café americano, que no les gustaba a ninguno de los dos y optaron por un té.

—Te agradezco que estés aquí, pero es demasiado.

—Recuerda: el coche que me atropelló cuando iba en la moto, el conductor que se dio a la fuga, mis dos piernas rotas… ¿Te suena? Movilizaste a toda la Agrupación de Tráfico para buscar el coche de ese cabrón borracho y dieron con él. Encontraste dos testigos. Por poco me mata, para mí era muy importante que se le juzgara. Te debo todo eso, Julián.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí, no exageres.

—Hubiera hecho lo mismo, pero lo hiciste tú. Venga, al lío, mi capitán —le urgió, resolutiva como era, tras los agradecimientos que justificaban su presencia en Cambridge.

Tresser le expuso todo lo que sabía sobre la pista india y le comentó el parco atestado policial que la Policía de Cambridge le había dedicado a los científicos, tan solo medio folio escrito.

—Imagino que el sargento Kuman se limitó a escribir cuatro líneas para cubrir el expediente, porque la Policía no lo iba a investigar, sino los servicios de inteligencia.

—Pero, evidentemente, Kuman sabe más de lo que dice, estuvo en la escena principal y tuvo la oportunidad de valorarla. En cuanto a la pulsera hindú que apareció en el sofá, me atrevo a conjeturar que la incluyó en el atestado de su puño y letra porque dudó hasta el último momento si añadirla o no. Tal vez no la consideró relevante, o todo lo contrario y no quiso pasar por alto la prueba.

—Ya ves lo importante que es hablar con él, pero Alessia no quiere que contacte con ningún policía porque la investigación es secreta.

Una de las condiciones que Tresser le había impuesto a la agente, no obstante, era la de acceder a la escena de la desaparición y obtener copias de las fotos de las evidencias.

—No me lo pones nada fácil, capitán —se había quejado ella—. No tendré más remedio que contactar con colegas del MI5 británico y poner al descubierto la actuación.

—¿Y qué esperabas? Reacciona, Alessia. Tú eres una agente de inteligencia que sabe obtener información sin dar nada a cambio ni revelar las verdaderas intenciones, ¿correcto?

—Vale, vale, no me presiones. A ver qué puedo conseguir. Cuando llegues a Cambridge, ve al buzón número uno.

Tras salir de la cafetería, lo primero que hicieron Tresser y Amanda fue ir en busca de esa información. En la lista de *buzones muertos*, el número uno los llevaba al Museo Fitzwilliam. Debían buscar el mensaje escondido en uno de los cuatro leones esculpidos en piedra de la entrada. Contaba la leyenda que cada noche, a las doce en punto, bajaban de sus pedestales para beber agua de las canaletas de las calles y que, una vez saciados, regresaban al museo.

Impacientes y con el ímpetu de aprovechar al máximo el tiempo, Tresser y Amanda cogieron un taxi que los llevó desde la estación de tren a ese museo de arte y antigüedades ubicado en el recinto universitario. La taxista, una simpática y parlanchina escocesa, les contó durante el trayecto que era una de las insignias de Cambridge. Albergaba distintas colecciones y la primera, la que impulsó el museo, les dijo, fue donada precisamente a la universidad por el vizconde Fitzwiliam de Merrion e incluía pinturas «*very important*», sin que diera nombre alguno de sus autores. Pero Amanda había consultado en internet y sabía que allí había obras de Tiziano y de Rembrandt.

Llegaron al museo, un imponente edificio de estilo neoclásico cuya fachada principal recreaba las de los templos grecorromanos. Los dos guardias civiles se dirigieron directamente al *buzón muerto*: los dos leones pétreos en la escalinata sur del edificio, uno de los cuales aplastaba el mensaje bajo su pata derecha. Lo encontraron. Era un papel cuidadosamente doblado en el que alguien había escrito a mano una dirección, Hurst Park Avenue 115, y una hora, 5:30 p. m.

—Esto parece una yincana —comentó la teniente coronel.

—Demasiada ceremonia para una dirección —replicó el capitán, guardándose el papel en el bolsillo—. A ver qué nos espera allí. Puede que sea la vivienda de Clarisa y Manu, pero no hay ninguna llave.

—Eso quiere decir que alguien nos estará esperando allí —supuso a la vez Amanda.

—Está relativamente cerca —comentó él mirando su móvil—. Podemos acercarnos caminando, si te parece. Nos sobra tiempo. Es un paseo agradable si no nos llueve.

—¿No te apetece entrar un momento en el edificio? La entrada es libre —propuso Amanda.

—Pues la verdad es que no, pero si quieres entra y te espero por aquí pensando un rato en mis cosas.

—¿Pensando en qué cosas? ¿Tienes algún problema? —le preguntó, repentinamente preocupada—. Además, claro está, de ese desencuentro con tus mandos que acabará en nada, ya te lo dije en la barbacoa.

—Espero que así sea. Precisamente por eso quiero conseguir resultados y acabar con esto de una vez.

—Tú has querido involucrarte. Te gustan los desafíos y aquí tienes uno, es lo que querías.

—Amanda, ¿vas a traducir todo lo que yo pienso?

—Sí, con subtítulos, para que no te pierdas nada —se rio ella—. En serio, reduce la presión sobre tu cabeza, de lo contrario el mundo de los servicios secretos se te comerá, no es tu medio.

—Lo siento —se disculpó Tresser—. Has viajado desde Madrid para ayudarme y te recibo ladrando, joder.

Lo que realmente le ocurría no se lo iba a contar a su compañera, pero estaba tenso y no por el caso en sí, aunque también, sino porque más de una década atrás, cuando Tresser y Adelaida atravesaron una crisis que los separó, Amanda y él tuvieron un breve escarceo amoroso que no fue a más. La irrupción del todo inesperada de su compañera en Cambridge lo había descolocado. Nunca habían hablado de lo que ocurrió, trabajaban juntos en

diferentes casos como si nada hubiera sucedido. Él la ayudó cuando tuvo el accidente y fue invitado junto con Adelaida a su boda con José Ignacio, un prestigioso forense de la Audiencia Nacional al que conoció en una cena de amigos comunes. No sabía qué había sucedido ahora para estar tan tenso con ella. Sí, sí lo sabía, aceptó: estaban juntos fuera del trabajo y, como siempre que eso ocurría, le provocaba pudor y no sabía cómo tratarla. ¿No tienes cosas más importantes en qué pensar?, se reprochó.

—¿Y por qué me has ladrado, como dices? —Amanda se situó frente a él y se cruzó de brazos, esperando una respuesta.

—Vamos a ver, ha sido una salida de tono nada más y ya me he disculpado.

—¿Tiene algo que ver con aquel flirteo que tuvimos en el pleistoceno? ¿Es eso lo que distorsiona tu estricto mundo, Julián?

Ahora Tresser estaba aún más desconcertado. ¿Qué podía contestarle? ¿Que en el fondo, aunque no quisiera aceptarlo, le disgustaba que estuviera allí porque no sabía cómo relacionarse con ella?

—No, en absoluto me distorsiona, eso pasó en el pleistoceno, como dices, así que podemos darlo por zanjado si te parece.

—El pasado ya no existe y el futuro nunca se alcanza. Les dedicamos a los dos demasiado tiempo de nuestras vidas y no sirve de nada. ¿Qué tal si nos centramos en el presente, mi capitán?

—A sus órdenes, mi teniente coronel. —Julián se rio y se relajó al fin.

—Nos quedan dos horas. ¿Qué hacemos? ¿Comemos y estudiamos el caso?

—Lo que tú quieras a mí me parecerá bien. Por cierto, no te lo he preguntado. ¿Dónde te alojas? Alessia me ha dado dos tarjetas de crédito y me gustaría invitarte al hotel, no quiero que te gastes ni un euro en esto.

—Estoy en casa de una buena amiga, oficial de enlace policial en Londres ya jubilada. Ella y sus seis gatos me han hecho sitio. ¿Sabes de quién te hablo? —le preguntó Amanda, al tiempo que Tresser esquivaba el balonazo de unos chavales que jugaban al fútbol en

una explanada de césped cercana al museo. Cambridge estaba plagado de espacios verdes públicos, eso a Julián le ponía de buen humor.

—Me estás hablando de Peggy. —Tresser la recordaba perfectamente, era una mujer adorable y muy buena en su trabajo, todos la apreciaban mucho—. No sabía que fuerais tan amigas.

El capitán recogió el balón y exhibió un buen chute cuando se lo devolvió a los chicos.

—Me ayudó mucho —le contó Amanda— cuando necesité entrevistar en una cárcel británica a un tipo que había asesinado a su mujer en España y lo habían juzgado en el Reino Unido por matar a otra. Entonces fue cuando nos hicimos amigas. Aún tiene buenos contactos policiales, por si los necesitamos.

Si no estuvieran allí con una misión que cumplir, a Tresser le habría gustado echarse una carrera por el césped, mientras que a Amanda le atraía tumbarse en la hierba y no hacer nada; como mucho, entretenerse con las nubes. Decidieron acercarse paseando a Hurst Park Avenue, una tranquila zona residencial con edificios de los años veinte del pasado siglo. Atravesaron Parker's Piece, un imponente espacio de césped de cerca de cien mil metros cuadrados en el centro de Cambridge. Era placentero entregarse a la esponjosidad de la hierba y a su potente fragancia, tan fresca. Amanda tenía la sensación de caminar sobre almohadas de plumas. Se cruzaron por el camino con paseantes con perros, algunos más almorzaban sentados sobre la hierba y otros jugaban al fútbol. En la documentación que había recopilado Tresser, se afirmaba que las primeras normas que regularon este deporte nacieron precisamente en Parker's Piece a mediados del siglo XIX. Quisieron ver la universidad, la tenían a pocos metros. A medida que se acercaban al gran recinto, quedaron asombrados por la majestuosidad de aquellos edificios erigidos en la Edad Media y conservados tal cual desde hacía ocho siglos. Albergaban los más de treinta *colleges* —colegios mayores—, las facultades, las cien bibliotecas, la imponente capilla gótica.

—Lo que realmente me maravilla es que sea una universidad pública, aunque elitista, eso es verdad —comentó Amanda mientras caminaban los dos entre las grandes alfombras de césped del Trinity College, uno de los más grandes de la ciudad.

—En todo caso, aquí el dinero del contribuyente se ha invertido en educación de un modo extraordinario, da gusto. —Tresser estaba impresionado por la magnificencia de Cambridge—. Tenemos que ir acercándonos ya al objetivo. ¿Te apetece comer algo antes?

En Inglaterra no había bares donde recurrir a un socorrido pincho de tortilla, pero sí *pubs* en los que se ofrecían diversos tipos de sándwiches. Entraron en uno que les caía de paso, uno decimonónico con billar. Pidieron dos *egg mayo* —huevo duro y mayonesa— y dos medias pintas de cerveza. Se sentaron a una mesa, sonaba *The Wall*, de Pink Floyd, y dos muchachos seguían el ritmo de la percusión golpeando suavemente la barra con las manos.

—El tipo que está leyendo el periódico junto a la puerta —dijo de repente Tresser— nos está siguiendo desde el museo.

—¿El del gorro de lluvia a cuadros?

—Ese.

Era un individuo de mediana edad, pelo cano, mostacho retorcido en las puntas y gafas sin montura. Su aspecto era elegante y Tresser jugó con la idea de que era un espía disfrazado de aristócrata. Sin embargo, el hombre pasaba de ellos. Parecía muy entretenido leyendo la prensa, no levantaba la vista, no los miraba. Les sirvieron los sándwiches y las cervezas, lo perdieron de vista unos instantes y, cuando quisieron seguir pendientes, había desaparecido.

—Pues no éramos su objetivo —dijo Tresser.

—No sé yo. Si tú has detectado que nos seguía, pues es que lo estaba haciendo.

—No soy infalible, Amanda.

—Entonces no eres Tresser.

—No te rías de mí.

A él le hizo gracia la broma; pocas veces le sucedía.

Capítulo XXVIII

SE LES echaba el tiempo encima. Pagaron y se fueron. Había comenzado a llover cuando salieron a la calle, pero iban preparados y abrieron sus paraguas. Atravesaron varias callejuelas del centro y en algunos tramos les dio la impresión de estar caminando por una villa medieval, lo cual les gustó y lo estuvieron comentando entre ellos. Dejaron atrás el casco histórico y se adentraron en zonas residenciales, algunas con hileras de adosados de ladrillo visto y otras con casas independientes, pero todas distintas, separadas por vallas bajas de boj, al alcance de cualquier ladrón, pensó Tresser, a quien le había llamado la atención que las parcelas delanteras de las casas fueran lugares abiertos a los que cualquiera pudiera acceder, como si los residentes no vieran necesidad alguna de disponer de seguridad.

Llegaron a la dirección indicada en el *buzón muerto*. Se trataba de una casa de dos plantas con una torre central de grandes ventanales y dos edificios anexos a ambos lados, separados de los colindantes por sus correspondientes setos bajos.

—Aquí puede entrar cualquiera —apuntó de nuevo Tresser.

—Nosotros mismos, por ejemplo.

—Incluso alguien ha roto el precinto —observó el capitán.

—Y no hay vigilancia policial por aquí cerca.

La vivienda no estaba custodiada, tal vez para no llamar la atención de los vecinos, lo cual guardaba coherencia con una investigación secreta. En una zona pavimentada del jardín delantero había aparcado un monovolumen blanco de la marca británica MG. Iban a asomarse a las ventanillas del coche cuando vieron caminando hacia la casa al hombre que les había seguido.

—*Hi*! —Para su sorpresa, saludó al llegar hasta ellos—. *Mister Tresser, right*?

Se dirigió a él, a la vez que miraba con extrañeza a Amanda, evidenciando que no contaba con ella.

—*Yes, that is me. And you are*? —le preguntó el capitán, con desconfianza.

Con cierta indiferencia, afirmó que no tenía importancia quién fuera él. En su lugar le mostró una llave que sacó de su bolsillo y le entregó. Era la de la casa de Manu y Clarisa. Les pidió que, al salir, se la llevaran y la guardaran por si necesitaban volver. Después, se dio media vuelta y se alejó sin dar más explicaciones.

—¿Tan fácil como esto? —Amanda estaba sorprendida, pero a la vez desconfiaba de aquel hombre que no había querido revelar su identidad.

—Es verdad, todo es demasiado fácil. Por si acaso, hablemos de lo importante siempre fuera de la casa. Puede que haya micrófonos y cámaras en el interior, no sé si de los científicos o de los servicios secretos, pero seguro que los hay.

En la puerta principal colgaba desvalida la cinta del cordón policial; Tresser temió por la validez de las pruebas que encontraran. Colocó la llave en la cerradura y accedieron. La casa estaba en penumbra y las sombras le conferían un aire de misterio; era la escena de una desaparición. Amanda descorrió las cortinas y, al penetrar la luz, las formas enseguida transmitieron su calidez. En el salón había dos sofás y dos sillones tapizados en un vivaz estampado de mariposas naranjas sobre un fondo blanco. Sobre la mesa del comedor, de cristal y patas de metacrilato, había una voluminosa carpeta. «Mr. Tresser», había escrito alguien en un pósit.

La abrió. Contenía el atestado y fotocopias en color de las pruebas, todas numeradas. Alessia se había esforzado, reconoció.

—Por fin podemos trabajar —comentó.

Amanda comenzó por el salón. Había una gran librería repleta de libros técnicos de ingeniería, una colección de las obras completas de Agatha Christie y fotos, muchas fotos familiares en marcos de plata. Las dos habitaciones de la planta baja se habían destinado a un cuarto de plancha, con lavadora y secadora, y a un dormitorio de invitados con dos camas y baño. Estaba todo tan excesivamente ordenado que parecía un chalé piloto de los que mostraban las inmobiliarias a futuros compradores. Manu y Clarisa era dos personas con rutinas muy marcadas, con el orden como regidor de sus vidas, los perfiló la analista.

Con guantes de látex, Amanda rebuscó en cajones y armarios; no estaba encontrando nada de interés. Repasó los altillos de los armarios, no sabía qué buscaba. Bajó las mantas. Tenían una buena colección: de sofá, de cama, de coche. Se fijó en las de mohair, de color azul cielo. Las acarició, nunca había tenido unas, eran caras. Cuando las subió de nuevo al altillo, encontró algo: en el fondo de la balda había un sobre marrón cuyo color se confundía con la madera. «Para Su Señoría», había escrito alguien en el dorso. En su interior había diez cartas firmadas por la misma persona: Avtaar Sharma. Eran declaraciones de amor manuscritas dirigidas a Clarisa. Tresser le había comentado que era amigo de la pareja y trabajaban juntos en el laboratorio de Cambridge.

En la primera de ellas, de hacía seis años años, Avtaar se declaraba enamorado de la ingeniera desde la primera vez que la vio en la universidad, antes de que ella conociera a Manu. En la última, más tardía, el indobritánico se lamentaba de que Clarisa solo lo considerara un buen amigo y le preguntaba qué había visto en el ingeniero que no hubiera visto en él. «Quizá me rechaces por el color de mi piel», afirmaba abiertamente. No había cartas con las respuestas de Clarisa, pero quedaba claro que ella no había aceptado a su pretendiente. ¿Las guardaba por si la obsesión del

joven llegaba al punto de tener que llevarlas ante un juez? Ese «Su Señoría» no dejaba muchas dudas sobre que esa era la intención.

Tresser, mientras tanto, había estado inspeccionando la planta superior de la vivienda, tan impoluta como el resto de la casa y en la que se encontraban los estudios de cada uno de los científicos y el dormitorio del matrimonio: una suite con un gran baño y un vestidor para cada uno. En el atestado se mencionaba que allí se habían encontrado los pasaportes de Manu y Clarisa, caducados. El capitán bajó al salón y lo comentó con Amanda. La caducidad de los documentos habría hecho imposible que salieran del país con ellos. Además, aunque los hubieran renovado, habrían sido detectados en el aeropuerto. Solo podrían haber abandonado el Reino Unido con otros falsos, si es que lo habían hecho.

Amanda, por su parte, le enseñó a Tresser las cartas secretas que había encontrado.

—¿Y si los traicionó por despecho? Tendríamos que interrogarlo, ¿no? —propuso la analista.

—Tendríamos, sí, pero Alessia no ha querido, dice que lo harán los suyos.

No habían transcurrido ni cinco minutos de conversación entre el capitán y la teniente coronel cuando oyeron crujir la madera en la planta superior, y no solo eso, sino que escucharon claramente unos pasos. No iban armados, pero Tresser, con sigilo, se acercó a la cocina y cogió un cuchillo de un juego que había sobre la encimera. Ahora escuchaban las pisadas en la escalera y los dos guardias civiles se replegaron hacia el vestíbulo. La figura de un individuo armado con una escopeta apareció en lo alto del rellano.

—*Who are you*? —les preguntó gritando quiénes eran, apuntando con el arma hacia ellos.

Tresser se puso delante de Amanda, pero ella le indicó con un gesto que lo iba a intentar a su modo. Cuando iba a dirigirse a él, sonó una detonación. Al hombre se le había disparado la escopeta hacia el techo y, con el retroceso, perdió el equilibrio y se le cayó el arma. Tresser aprovechó el momento: subió raudo las escaleras, se abalanzó sobre él, le arrebató la escopeta y le apuntó con ella.

—Ahora te lo pregunto yo a ti: *Who are you*?

Capítulo XXIX

ARRODILLADO en el suelo, pensando que debía suplicar por su vida al ver a Tresser apuntándole con la escopeta, el tipo le dijo que era amigo de Clarisa y Manu y trabajaban en el mismo laboratorio de Cambridge. Tras su desaparición —les explicó—, no se sentía seguro en su casa y se había escondido en la de la pareja. Pensó que, al estar precintada, no suscitaría el interés de posibles enemigos. Sin dejar de apuntarle con la escopeta, Tresser le pidió a Amanda que lo cacheara. Lo hizo. Estaba *limpio*. Ordenó entonces al individuo que bajara las escaleras y se sentara en uno de los sofás del salón. Los dos guardias civiles se colocaron de pie frente a él. Era un joven de ojos color miel, a juego con el tono café con leche de su piel, que evidenciaba su origen indio. Baja estatura, treintañero, algo de sobrepeso. No llegaba a los treinta años. Mantenía la cabeza gacha en señal de sumisión.

—*Are you Avtaar Sharma*? —le preguntó Tresser; sabía su nombre porque se lo había comentado Alessia.

—*Yes… But how do you know my name*? —respondió él, sorprendido por el hecho de que aquel desconocido supiera su nombre—. *Who are you*?

—*We are Spanish friends of Clarisa and Manu* —improvisó Tresser —. Aquí tenemos, pues, al enamorado de Clarisa —se dirigió entonces a su compañera—. Sé quién es este tipo, Amanda. Te he

hablado esta mañana de la pista india que quiero seguir. Además de amigo de los desaparecidos, es sobrino de un multimillonario indio sospechoso de tráfico de armas. Imagínate por un momento que las cosas fueran transparentes y fáciles: el magnate se entera por su sobrino de que se está fabricando en secreto un dron fantástico, entonces secuestra a los científicos y se lleva los planos del artefacto, se hace con la patente, se forra y fin de la película.

Le preguntó entonces al joven si él o su tío, lord Moore, tenían algo que ver con el secuestro de Manu y Clarisa.

—*Me? No, of course*! —lo negó tan ofendido como si le hubiera preguntado si había matado a su padre.

—*Why are you here*?

Avtaar respondió que ya les había explicado el motivo de su presencia en la casa: temía por su vida. Aseguró que él apenas había tenido relación con su tío, ya que desde siempre había ignorado a su familia india y solo se relacionaba con los lores ingleses. Hasta que un día Moore contactó con él. De algún modo, se había enterado de que trabajaba en Cambridge en un dron de última generación y le pidió información. Avtaar se negó a dársela; era un proyecto ultrasecreto, pero insistió e incluso sus propios padres le reprocharon que no se estuviera portando bien con su tío. Cuando tuvo oportunidad, se lo comentó al director del laboratorio, el catedrático de Física Aeroespacial sir Lawrence Hepburn, quien pareció no concederle importancia. «Dígale a lord Moore que hable directamente conmigo y yo le dejaré las cosas muy claras. Usted despreocúpese y céntrese en el proyecto». Se asustó mucho, aseguró, cuando desaparecieron sus amigos.

—*How did you know*? —le preguntó Amanda cómo se había enterado.

Les contó que lo supo a la mañana siguiente, como el resto de los compañeros del laboratorio. Llegaron tres personas y les hicieron firmar a todo el equipo un duro contrato de confidencialidad en el que se les amenazaba con acusarlos de terrorismo si mencionaban la desaparición o cualquier detalle relacionado con ella, ya que se trataba de un asunto de seguridad nacional. Sospechó enseguida de

su tío y lo telefoneó. Le preguntó si sabía algo de los científicos, sin mencionarle que habían desaparecido. Lord Moore se enfadó tanto que le colgó la llamada. La noche siguiente, Avtaar fue atacado en su propia casa por tres encapuchados, que forzaron la puerta, inhibieron las alarmas y lo apalearon. Se ensañaron con él y luego se fueron. Les mostró a Tresser y a Amanda los moratones en los brazos y un ojo inflamado en el que ya se habían fijado los guardias civiles. Al no sentirse ya seguro en su propia casa y, como tenía las llaves de la vivienda de sus amigos, tal era el nivel de confianza que tenían, subrayó, se escondió allí, pensando que, al estar precintada, a nadie se le ocurriría entrar. Por si acaso, le pidió prestada una escopeta a un amigo aficionado a la caza, con la excusa de practicar, algo que no había hecho nunca y que resultó evidente al efectuar aquel disparo cuyo retroceso le hizo perder el equilibrio.

—*Did you report the assault to the police*? —preguntó ahora Tresser.

No, no denunció el ataque porque tenía miedo. Entendía que había sido un aviso de su tío para que mantuviera la boca cerrada. «Juro que no sé dónde están secuestrados», les aseguró. Tresser no esperaba otra cosa. Si Avtaar supiera dónde estaban retenidos, no se lo iba a decir a él, un desconocido.

—Yo no acabo de creerle, me genera muchas dudas —comentó Amanda—. Lo ha relatado todo como si lo tuviera aprendido; no hay naturalidad en su discurso, no hay frescura. ¿Y por qué nos lo cuenta a nosotros, dos extraños que nos hemos presentado como amigos españoles de Clarisa y Manu? ¿Y si no lo fuéramos? ¿Por qué no nos ha hecho preguntas? Creo que piensa que somos agentes de inteligencia.

—Bien, pues juguemos a serlo hasta que nos cuente la verdad.

Capítulo XXX

ERA EL lugar del mundo donde más le apetecía estar en ese momento y allí estaba ella, recién aterrizada desde Madrid: en la terraza La Rinascente de Milán, frente a Il Duomo, la imponente catedral, la maravilla gótica que se erigió para que pudiera albergar cuarenta mil almas. Alessia se unía a su esencia, como milanesa que era, al igual que su padre, Lorenzo. Lo echaba de menos, era aquel un momento que deberían haber compartido, pero él vivía y trabajaba en Málaga y no había podido ser. Abandonó Italia por amor, su amada era Cristina, una librera muy conocida en la ciudad. Se habían conocido un verano en la playa de Pedregalejo. Se enamoraron, se casaron y nació Daniela. Mover a la familia a Italia no era opción para Cristina, y aún menos con una librería que, sorprendentemente, daba beneficios y por la que Daniela, sin embargo, nunca sintió curiosidad. Lorenzo, que cocinaba muy bien, encontró trabajo como chef en una *trattoria*. Podría decirse que en Málaga fueron felices y comieron perdices, pero no del todo. La negativa de Daniela a implicarse en la librería anulaba la posibilidad del relevo generacional, lo cual generó tensiones. A Cristina le dolía que su hija no tuviera interés ni por la lectura ni por el digno oficio de librera, pero la dejó ir sin oposición cuando la muchacha decidió estudiar la carrera de Psicología y más tarde cuando se casó con un militar. Sus padres desconocían que Daniela era Alessia y que tenían una hija que era agente de inteligencia. Sabían que trabajaba

mucho, pero lo consideraban normal. Lo único que les importaba era su nieta Jana, de la que Cristina estaba enamorada: era una niña que adoraba leer.

Envuelta en sus recuerdos familiares, disfrutando de la terraza que saludaba a Il Duomo, Alessia pidió una botella de Moët & Chandon Grand Vintage y cenó un plato de *tagliatelle* con ragú de *ossobuco*. Ya atardeciendo, alzó su copa y se dedicó el brindis: ya no llevaba la férula en la nariz ni la muleta, estaba operativa y había que celebrarlo. Frente al bosque de pináculos pétreos de los tejados de la catedral, se prometió que no abandonaría Milán sin saber el paradero de los científicos.

El destino había puesto en su camino hacía años a Mo Peki, un agente de inteligencia surcoreano enamorado de Italia, pero sobre de todo de Milán y de lo milanés. Le gustaba el clima —el frío húmedo, los días nublados—, la brisa alpina, Il Duomo, *gli aperitivi* de los miércoles, Giorgio Armani, las tiendas de moda de gran lujo de la Via Montenapoleone y el *risotto alla milanese*. Mo Peki era su esperanza, por él fluía mucha información de todos los lados posibles, pero especialmente del Este. Alessia quería explorar la vía rusa y la norcoreana, ya que tenía a Tresser en Cambridge dedicado a la pista india. ¿Y Mara? No sabía a dónde la habían enviado, nadie conocía el destino de los otros compañeros de la célula, cada uno sabía el suyo, el que leyeron en un papel en el piso franco de Móstoles y luego tuvieron que quemar en el fregadero. Llamó al camarero para que le sirviera más Moët & Chandon y comió un trozo delicioso del *ossobuco* de sus *tagliatelle* mientras jugaba a adivinar a dónde habrían enviado a su compañera, tal vez a Londres. Allí siempre se estaba cocinando algo y Mara había presumido alguna vez de tener una fuente muy buena en la capital británica. A Benjamín estaba segura de que le habían adjudicado Castellón. Era un hombre que apenas tenía fuentes, resultaba más útil en vigilancias y seguimientos, el agente idóneo para marcar de cerca a los padres, porque era muy probable que acabaran contactando con sus hijos si se producía algún tipo de negociación. Alessia se sentía

compitiendo en la pista, en una carrera hacia la meta y deseaba que Mo Peki la llevara al triunfo.

Había quedado con su fuente en una hora y antes quería pasar por el hotel para arreglarse un poco. El surcoreano andaba loco con la moda y ella quería estar a la altura. Apuró tres copas de champán, tomó un poco más de *ossobuco* y pidió la cuenta. Solo había probado algo de comida y la botella estaba aún medio llena, pero no le importó malgastar ese dinero, era una hedonista. Un camarero se acercó con la cuenta, aunque le dijo:

—*É invitata allo champagne, signora*.

No era una buena noticia que la invitaran, alguien la había estado controlando.

—*A chi devo questo onore*?

—*Al Signore Romano.*

—*Il Signore Romano? Dov'è andato*?

Preguntó dónde estaba y miró a su alrededor por si estuviera en la terraza, no terminaba de creérselo. Sonrió al camarero, simuló sentirse halagada, pero estaba excitada, al fin Romano podía estar cerca.

—*Se n'è andato, signora.*

Ya no estaba allí, le comunicó. Alessia se levantó rápidamente y se asomó a la barandilla de la terraza, desde donde se veía un vertiginoso plano vertical de la Piazza de Il Duomo. Distinguió la figura de un hombre que estaba a punto de entrar en un coche negro. Miró hacia arriba y la saludó descubriéndose su sombrero borsalino.

—*Pezzo di merda*! —lo insultó entre dientes.

Si realmente era él, por fin había mostrado su rostro, pero desde aquella altura era imposible distinguir algún rasgo. Romano. Lo había tenido y lo había perdido. Preguntó por las cámaras de seguridad del local, pidió ver las imágenes asegurándoles que se trataba de un acosador, pero era listo y, durante los minutos en los que degustó en la barra un Vodka Martini, su rostro siempre se mantuvo oculto bajo su borsalino de ala ancha. No se explicaba cómo sabía siempre dónde estaba, aunque ella se transformara y estuviera irreconocible.

Pagó el plato de *tagliatelle* mientras pensaba si acaso Romano le había puesto un geolocalizador en alguna parte de su cuerpo. Eran del tamaño de una lenteja, invisibles, se adherían a la piel con fuerza y eran impermeables al agua, así que no corrían el riesgo de desaparecer bajo la ducha. Los habían puesto de moda las familias, que se los colocaban a sus hijas cuando salían de noche, conscientes de que el mundo nocturno era peligroso para ellas. Bajando sola en el ascensor, se acarició los brazos, el cuello. Oyó un ¡clic! sobre el suelo metálico, aguzó bien la vista y encontró la *lenteja*. Sonrió con malicia, la guardó en un pastillero que llevaba en el bolso, subió a la habitación y la dejó sobre la mesilla. Cuando quisiera que Romano la localizara, volvería a colocarse el dispositivo. Lo hizo antes de citarse con Mo Peki. Una vez arreglada y maquillada, se sentó en la terraza del hotel con la *lenteja* prendida en su *blazer*, esperó cerca de una hora tomándose un Martini blanco, pero no ocurrió nada y, decepcionada, tiró el localizador en la copa. Sin embargo, Benjamín sí que recibió un mensaje del misterioso personaje en la web oscura que dio inicio a un diálogo:

—No hemos hablado del precio que pones a mi cabeza. En cualquier caso, todo sería poco si pensamos que yo perdería la vida y debería encargar mi propio asesinato —le había escrito.

—¿Diez millones de dólares, por ejemplo? —le contestó el agente —. Tu familia, si es que la tienes, viviría muy bien durante generaciones. Si no la tienes, dona el dinero a una ONG y así de paso expías tus muchos pecados —le aconsejó Benjamín.

—¿Por qué me quieres muerto? —preguntó el enigmático personaje.

—Porque quiero ser tú, habilidades como las tuyas no me faltan. Soy políglota, soy un fantasma y me muevo en la basura.

—¿Eres una mujer? —quiso saber él de repente.

—Demasiadas preguntas.

Benjamín desconectó bruscamente, que era lo que Romano solía hacer. Le sorprendió que creyera que era una mujer, a lo mejor todos pensaban en un hombre y no lo era. Se estaba acercando a su

mundo, tenía que meditar bien su siguiente conversación para dirigirla hacia donde a él le interesara.

Capítulo XXXI

LOS *navigli* de Milán eran dos canales navegables que convertían una zona de la ciudad en una emulación de Venecia a pequeña escala y en cuyo diseño participó Leonardo da Vinci. Fueron muy útiles para transportar piedras durante la construcción de la catedral, pero ahora no eran más que un barrio con encanto donde tomar una copa o una *pizza* en uno de los muchos bares a lo largo de los canales o bien el lugar idóneo para alquilar un barco y dar un paseo hasta la desembocadura en el río Ticino. Esta fue la opción elegida por Alessia y Mo Peki para su encuentro en Milán. Habían quedado en la dársena y, aunque el surcoreano era un transformista extraordinario, en esta ocasión la había dejado impresionada, pues acudió vestido de mujer: peluca rubia, traje pantalón negro de Armani y su carita asiática maquillada como una muñeca.

—¿Por qué te ha dado por ahí? —preguntó Alessia mientras ambos se besaban en las mejillas.

Mo Peki hablaba perfectamente español, estuvo destinado dos años en la embajada de Corea del Sur en México.

—¿Y por qué no? Me apetecía mucho verte y darte una sorpresa. ¡Estoy en mi segunda patria, *Milano del mio cuore*! ¿Me ves guapa?

—Pues yo diría que espectacular.

—Gracias, chamaquita linda —la piropeó, subrayando ahora su acento mexicano.

Subieron ambos al barco que Alessia había alquilado para cuatro horas exhibiendo su carné de capitán de embarcaciones de recreo, que era real. Puso el motor en marcha y comenzó a navegar *piano piano*, sin prisa alguna porque en realidad no iban a ningún lugar.

—No tengo mucho, Alessia.

—No me digas eso, Peki.

—Vale, algo hay para ti.

El barco atravesaba lentamente las aguas mansas y rosáceas del canal al atardecer, dibujando una suave estela que se movía con la delicadeza del raso.

—Los rusos aseguran que no tienen ese dron y han puesto a trabajar a su gente de inteligencia para encontrar a los ingenieros, pero mañana sabré algo más sobre si están o no en la buena pista de la carrera. Imagínate que me entero y te lo digo. ¿Qué harías tú entonces?

—Pues comunicar el lugar al Centro para que organizaran en cero coma un operativo de rescate para llegar antes que los rusos.

—Pues harías mal, porque si ellos me revelan el lugar o yo lo descubro, no puedo traicionarlos, son mis fuentes.

—Y tú eres la mía y te pago más que todos ellos juntos.

—Cada vez son más los que van detrás de los ingenieros, sobre todo después del ataque del dron a Odessa. Ya es un secreto a voces en la inteligencia, Alessia. No te extrañe que los chinos los encuentren antes que vosotros; están pagando muy bien la información.

—¿Me vas a traicionar? ¿Te han ofrecido dinero a ti también?

—Si te dijera que sí, no te diría del todo la verdad, y si te dijera que no, tampoco.

—Vale, entendido, no debo presionarte.

—Exacto, amor.

—¿Has oído algo sobre si la India pudiera estar detrás de todo esto? ¿Qué sabes de lord Moore?

—Lord Moore… Tiene afición por los jovencitos imberbes. Está forrado y hay quien lo relaciona con el dron fantástico, pero dudo

que se manche las manos con un secuestro. Pasa lo mismo con China, prefieren que el trabajo sucio lo hagan otros.

—¿Y ese cabrón de Romano? Hoy me ha pagado un Moët & Chandon en La Rinascente y se ha escurrido de nuevo. Está en Milán, aunque a estas horas puede que ya esté volando a Dubái o a Kuala Lumpur.

—Romano es peligroso, ten cuidado, Alessia. Son mercenarios que se mueven como pez en el agua en la web oscura. Se cuenta, aunque solo son rumores, que son los hombres de Romano quienes están detrás del ahorcamiento en la cárcel del magnate y depredador sexual de menores Jeffrey Epstein. Si tiraba de la manta iban a caer muchos señores importantes y no podía seguir vivo.

—Que le den a ese monstruo. ¿Cuándo podrás decirme algo tangible? Un lugar, Peki, necesito el lugar.

—Me falta confirmar un dato, pero es posible que mañana.

—¿De verdad?

Alessia estaba emocionada. Dejó por unos segundos el timón y le dio un abrazo a Peki.

—Gracias, amigo. Estás guapísima.

—Tú también.

Alessia llevaba una peluca morena de cabello largo y liso, un *little black dress* de cuello vuelto y sin mangas, unas botas negras, un *blazer* y un abrigo gris de lana. Iba discreta y elegante.

—El vestido de cóctel será de Armani, supongo.

—Claro, estoy en Milán, su patria.

—Los rusos se pueden cabrear mucho si los traiciono, Alessia. Son terribles torturando y antes de empezar te quitan el cianuro.

—No tienen por qué saber cómo nos hemos enterado, y hablo en plural porque, aunque yo me lleve el trofeo ante mis jefes, sería un triunfo de una agencia española, el CNI, que ahora mismo tiene a decenas de agentes por el mundo buscando a los científicos y su condenado dron, por el que ha muerto gente, entre ellos mi jefe. ¿Te apetece un tequila? Quiero brindar por él.

Alessia abrió la mininevera del barco, que se había encargado de surtir. Sacó una botella de tequila José Cuervo, limones, sal y dos chupitos helados del congelador. Detuvo el barco y lo atracó a un lado del canal, junto a las terrazas en las que no cabía un turista más.

—Va a ser la hostia, Peki, la hostia si los encuentro gracias a ti. Tienes que dármelos a mí, pon en marcha tus radares.

—Mis radares apuntan a África.

—¿África? —Le sorprendió que señalara ese continente, nunca lo había pensado.

—Ha habido contactos desde algunos países africanos con Corea del Norte, pero luego toda la información se pierde en la bruma, se difumina.

—Quizá mañana el horizonte ya se haya despejado, vamos todos contrarreloj.

Se despidieron en la dársena de Milán, quedaron a las tres de la tarde del día siguiente —Peki le había pedido tiempo para tantear—, en el *Arco della Pace* del *Parco Sempione*, uno de los parques más bellos de Milán.

Alessia llegó al hotel y se tiró sobre la cama, agotada. Se quitó la peluca y se quedó tumbada bocarriba, pensando en Jana. Miró el reloj. Casi la una de la madrugada; ya era muy tarde para llamar a su hija, pero no para el padre. Le apetecía hablar con Javier. Lo llamó. Lo notó raro al teléfono. Tuvo la sensación de que no quería hablar con ella en ese momento. ¿Por qué?, se preguntó. Siempre agradecía sus llamadas, que no eran frecuentes. Su olfato de agente de inteligencia la llevó a concluir que no estaba solo.

—¿Jana está dormida?

—Sí, sí, no te preocupes. —Estaba nervioso, le hizo un gorgorito la voz.

—¿Hay alguien contigo?

—¿Conmigo? En absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

Mentía mal. A Alessia le indignó que llevara a una mujer estando su hija en casa. ¿Quién sería? ¿Alguna guapa y joven oficial del Ejército? Tenía que suceder, estaba escrito, no le extrañó, aunque le

doliera, porque la infidelidad implicaba perderlo. Sus largas ausencias le impedían prometerle que todo cambiaría. Colgó la llamada sin despedirse. Se dio la vuelta en la cama hasta quedar tumbada bocabajo. Lloró con el rostro apretado contra la colcha, estrangulando las lágrimas. «Si te mando a la mierda, como te mereces, ¿quién cuidará de Jana durante mis largas ausencias? Tienes que jugar bien tus cartas, Daniela». Oyó cómo llamaban a la puerta. No hizo caso, no esperaba a nadie.

Se quedó dormida y se despertó dos horas después, sin resaca a pesar del tequila. Los espías soportaban bien el alcohol, uno de los métodos infalibles para sonsacar información. Alessia pensó en el escritor Ian Flemming, creador de James Bond, del que imaginaba su hígado como una suela de zapato si hubiera sido un personaje real. Fleming trabajó en el Servicio Naval de Inteligencia británico durante la Segunda Guerra Mundial y, digno padre de su famoso hijo literario, bebía cada día varias copas ya desde la mañana, amén de fumarse cerca de tres cajetillas diarias. Tal resistencia ante la destrucción le fascinaba, pues aun así mantuvo la lucidez intelectual para escribir novelas y crear al agente secreto más célebre del mundo. Eso sí, murió de un infarto a los cincuenta y seis.

No se puede tener todo, dijo en voz alta Alessia al entrar en el baño. Bebió el agua directamente del grifo, mientras se preguntaba si la infidelidad de Javier había sido un mal sueño. Volvió a llorar. Enterró las lágrimas en una toalla y regresó al dormitorio con la intención de tumbarse de nuevo sobre la cama para dilucidar qué haría con su marido a partir de entonces, pero en ese momento descubrió que había un sobre blanco junto a la puerta de la habitación; alguien lo había deslizado por debajo. Se agachó y lo cogió. Contenía un poema del poeta romántico inglés William Wordsworth, «Esplendor en la hierba». Se hizo famoso porque dio título a una película protagonizada por Natalie Wood y Warren Beatty, dirigida en 1961 por Elia Kazan. Alessia la había visto varias veces, era uno de sus melodramas favoritos. Se trataba de una historia triste sobre las oportunidades perdidas. Alguien había escrito

en letra impresa los versos más conocidos del poema de Wordsworth:

Aunque nada pueda hacer volver la hora del esplendor en la hierba,
de la gloria en las flores,
no debemos afligirnos,
porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo.

Alessia se dio cuenta de que el poema contenía un mensaje oculto entre sus versos cuando observó en una esquina del papel un código escrito a mano para descifrarlo: MetaF31-B. Se sorprendió, estaba desconcertada. Ese código era secreto y solo lo conocían ella y su creador: Norberto. «¿Estás vivo? No puede ser. ¿O sí?».

Capítulo XXXII

—LOS chinos están comprando a muchos agentes occidentales, les tientan con mucho dinero, más del que podrían ofrecer los rusos. Quieren saber el paradero de los ingenieros y su dron. Más pronto que tarde darán con ellos. La inteligencia ucraniana también los busca, obviamente.

Jerry seguía informando a Mara a pesar de su desencuentro y eso tranquilizó a la espía.

—¿Te han tentado a ti? —le preguntó ella directamente.

—Sí, ¿a ti no?

—Pues la verdad es que no, me deben considerar de poco interés.

Le dolió constatarlo, aunque Ventura y Pamela sí se habían fijado en ella; si era verdad que sabían el paradero de Manu y Clarisa, no trabajaban para los chinos, que estaban comprando voluntades a buen precio para conocerlo.

—¿Y qué les has contestado, Jerry?

—Vaya pregunta, cuñada. Les he dicho que no, pero te diría lo mismo si les hubiera dicho que sí.

La respuesta de siempre, un clásico en el mundo del espionaje. Se habían vuelto a citar en el «acuario de los peces dormidos». Así llamaba Mara al Sea Life de Londres. Ahora los había buscado mientras esperaba a su cuñado, pero ya no estaban en el lugar

donde los conoció. Tal vez se los hubiera tragado el pez grande que siempre se come al chico.

Los dos se habían situado ahora en la barandilla sobre el Támesis. Acababan de llegar en tropel varios grupos de turistas que llenaron el acuario y los expulsaron de allí.

—¿Tú sueñas con que bombardeas hordas de guiris? —le preguntó Jerry.

Observó cómo formaban largas colas para entrar en el acuario o subirse a la imponente noria.

—No, pero no me importaría. Son una de las plagas que nos ha enviado el mundo globalizado. Aparte de los chinos ofreciendo trabajo, ¿qué otras cosas interesantes me puedes contar?

Mara no había contestado a la oferta de Ventura. Tenía el asunto dormido, no quería planteárselo, pero le interesaba medir el músculo de Jerry proporcionándole información, a pesar de que continuaba con la sospecha de que era un informante del MI5 y temía que acabara dejándola.

—No sé, he oído por algún lado que Hamás prepara un ataque inminente contra Israel.

—¿Uno más?

—No, el peor de todos.

—Qué tontería. Israel los machacará al minuto siguiente.

—Puede que esa sea precisamente la intención. En fin, te digo lo que hay, no lo vamos a debatir. Estamos todos en alerta, porque nadie tiene ni idea de la fecha ni el lugar. ¿Me invitas a comer?

—Claro, paga el Centro.

Mientras tanto, a unos cien kilómetros de allí, Tresser y Amanda continuaban en Cambridge reteniendo al escurridizo y ambiguo Avtaar Sharma. «Si no respondes a nuestras preguntas, otros te las harán y quizá no sean tan amables como lo estamos siendo nosotros», estaba a punto de decirle el capitán con la intención también de mencionarle la pulsera hindú que se encontró en el sofá. Hasta donde sabía por Alessia, el joven era el único amigo indio de la pareja. Tenía que descartar que no estuviera implicado en la desaparición. Amanda sospechaba de él y muy pocas veces fallaba

en sus análisis y perfiles. El hecho de que la vivienda se encontrara tan exageradamente limpia denotaba no solo que quien se los llevó no quiso dejar rastro, sino que estuvo especialmente empeñado en que no lo hubiera.

¿Fue realmente Avtaar quien traicionó a sus dos amigos? Según Amanda, la escena de la desaparición señalaba a un autor organizado que había elaborado sus acciones; sin embargo, había cometido un error de principiante; no tenía sentido que, tras limpiar la casa como una patena, se olvidara de un indicio, las minihamburguesas mordisqueadas de la cena en el cubo de basura. «Lo mismo sucede con la pulsera hindú hallada en el sofá —añadió la analista—, otro descuido de novato. El objetivo del malo es no dejar nada que le incrimine». Iban a proseguir los dos guardias civiles con el interrogatorio cuando, de repente, dos hombres y una mujer irrumpieron en la casa y, sin decir palabra alguna, les apuntaron con fusiles de asalto. Instintivamente, Tresser tiró al suelo la escopeta y levantó los brazos, al igual que Amanda. El joven indio, sin embargo, se puso en cuclillas cuando los vio y comenzó a murmurar una letanía en hindi.

—*We are Spanish police* —les dijo Tresser.

—*Show me your police badge*. —La mujer le exigió ver sus placas sin disimular su fuerte acento estadounidense.

Los dos guardias civiles se las mostraron y ella les ordenó con un gesto que las dejaran en el suelo, lo cual hicieron. Se agachó a recogerlas, mientras sus dos compañeros estaban atentos a cualquier movimiento. Había un silencio ruidoso que amplificaba la tensión que se había generado; incluso Avtaar interrumpió sus rezos y miró con temor al grupo armado. Uno de ellos preguntó a Tresser:

—¿Qué *hacer* ustedes aquí? —pronunció en un español torpe, aunque inteligible.

—Es posible que lo mismo que ustedes, investigar —respondió Amanda—. ¿Puedo preguntarles a qué agencia pertenecen?

—No, no *poder*. Si me queréis, *irse*.

Emuló la célebre frase imperativa de Lola Flores, lo cual desconcertó aún más a los guardias civiles, porque no se trataba de

una broma: el tipo la había pronunciado con seriedad. Aquello era surrealista, le pareció a Tresser.

—¿Lo que nos está diciendo es que nos vayamos? —intentó traducirle Amanda.

—Sí, *irse* —insistió él.

—¿Y el joven? —preguntó el capitán, señalando a Avtaar—. ¿Puede venirse con nosotros?

Tresser se temía lo peor si el indio se quedaba con ellos. Dedujo que eran agentes de inteligencia, tal vez de la CIA, por su acento. No llevaban traje, sino vaqueros y deportivas; si no fuera por su complexión atlética y su corpulencia, que llamaban la atención, podrían pasar desapercibidos. Lo que le preocupaba al guardia civil era la suerte de Avtaar. Podrían hacer lo que quisieran con él y no pasaría nada.

—No, él *es* con nosotros.

—Tenemos que interrogarlo; estábamos en ello cuando han llegado ustedes.

—*About what*? —preguntó el hombre que no había hablado hasta ese momento.

—Ya lo saben, todos estamos aquí por lo mismo —respondió Tresser con la intención de no decir nada o, en todo caso, lo menos posible.

En ese momento, la mujer recibió una llamada en su móvil, escuchó atentamente a su interlocutor y dijo unas palabras en clave que terminaron con un rotundo «*already*!». Se oyó entonces un fuerte acelerón afuera en el jardín. El individuo que hablaba español abrió la puerta de la vivienda y Tresser y Amanda vieron a través de ella el agujero oscuro del maletero de un coche prácticamente pegado a la casa. El otro tipo, el que apenas había hablado, se acercó con rapidez a Avtaar. «*No, no, please*!», gritó atemorizado el joven. El tipo fue directo hacia él y le dio con el fusil un culatazo en la cabeza que lo dejó inconsciente. Entre él y la mujer lo arrastraron hacia el portaequipajes y lo lanzaron dentro como un fardo. A pesar de estar desarmado, Tresser corrió hacia él e intentó impedir que se lo llevaran, pero le apuntaron inmediatamente con los fusiles y se vio

obligado a desistir. Los tres individuos se subieron al coche, un todoterreno negro que, al cabo de unos segundos, se alejó por la calle residencial a gran velocidad.

—¿Qué película acabamos de ver? —preguntó Amanda, perpleja.

—¿Estás bien? —le preguntó Tresser.

—No lo sé, ¿y tú?

—No hay tiempo, tenemos que irnos —dijo el capitán al escuchar a lo lejos la sirena de un coche patrulla.

Quizá la presencia policial en la zona había sido el detonante, pensó, para que aquellos intrusos abandonaran rápidamente la vivienda. Posiblemente los vecinos habían oído el disparo de escopeta de Avtaar y los movimientos en el jardín del todoterreno de aquellos individuos. Tresser y Amanda recogieron rápidamente la voluminosa carpeta con las fotos del atestado, sus placas de guardias civiles y abandonaron la casa. La lluvia los ayudó a pasar desapercibidos, pues les permitió ocultarse bajo sus paraguas; cuando un coche patrulla de la Policía llegó a la vivienda, no volvieron la vista atrás, incluso apretaron el paso. Tenían que ir hacia el buzón número dos para reportar lo que había sucedido. El capitán fue incapaz de hacer frente al secuestro de Avtaar. Se sentía frustrado. No podía actuar como guardia civil, pero tampoco podría definir su papel. Lo peor de todo es que se habían llevado a una persona inconsciente sin que él pudiera evitarlo.

«Han entrado tres individuos armados en Hurst Park Avenue y se han llevado a Avtaar, mi sospechoso. Ahora en paradero desconocido. Espero respuesta, regreso a Londres», escribió Tresser en un papel a Alessia. Luego le indicó por WhatsApp: «Entrega B2: 17:20 h». Era importante que la agente supiera la hora, para que contestara cuando enviara a su emisario para recoger el mensaje. ¿Sabría ella quiénes podrían ser esos tipos? ¿Ese secuestro exprés era habitual entre los servicios secretos? Dejó el mensaje oculto en el lugar que indicaba el buzón dos: bajo un pliegue de la levita de *El joven Darwin*, una estatua de bronce en uno de los jardines del Christ's College que homenajeaba al científico en sus primeros pasos de juventud hacia la consecución de sus logros científicos. Darwin

estaba sentado en el reposabrazos de un banco, mirada al frente, concentrado en algo que parecía asombrarle; a Tresser no le disgustó el homenaje. Había sitio a su lado y se sentó. Invitó a Amanda a hacerlo también, los dos bajo un mismo paraguas. El joven naturalista les daba la espalda, absorto quizá en lo que había descubierto sobre los invertebrados marinos, que le serviría más adelante para formular su teoría sobre el origen y la evolución de las especies. Alguien había grabado en el respaldo de madera del banco una de sus citas más famosas:

—«No es el más fuerte de la especie quien sobrevive, tampoco el más inteligente, sino aquel que mejor se adapta al cambio» —tradujo Tresser con una leve entonación de melancolía en su voz—. No sé si yo me he adaptado a todo esto, un secuestro en nuestras narices, dos hombres y una mujer armados y no hemos ni podido llamar a la Policía. Quienes tienen el control son los agentes secretos, no yo, y no me adapto porque no estoy acostumbrado a no tenerlo.

—Julián, no te recrees en lo sucedido y ponte las pilas —le aconsejó Amanda sin ambages—. No es cierto que no tengas el control, lo que ocurre es que esta vez lo compartes con otros.

—A algunos de los cuales ni conozco. Soy guardia civil, Amanda. No estoy acostumbrado a quedarme pasivo ante un secuestro como el que acabamos de presenciar.

—Un secuestro de alguien que podría haber colaborado en otro secuestro a su vez, el de los científicos. No es un angelito, Julián. Avtaar forma parte del grupo de los malos; es sobrino del misterioso lord Moore.

—De todos modos, quizá todo ha llegado demasiado lejos y es el momento de parar —pensó en voz alta Tresser—. Decida lo que decida, te pido que regreses a España. Pienso en esos locos con fusiles y lo que podría haber pasado si no hubiéramos mantenido la calma y…

—Pero no ha pasado. Se han ido sin disparar, aunque se han llevado al indio con violencia, eso sí. Esta gente se mueve en la impunidad, pero eso tú ya lo sabías.

Amanda se levantó del banco con un movimiento decidido.

—Sígueme —le dijo.

La analista abrió su paraguas y comenzó a caminar. Tresser fue tras ella bajo el suyo, intrigado. Muchas veces Amanda era imprevisible. Esta vez también lo había sido. Abandonaron el recinto universitario y lo condujo a una pequeña taberna junto al río Cam que atravesaba Cambridge. Su fachada medieval estaba recorrida por decenas de pequeñas bombillas amarillas que le conferían tal encanto que tuvieron la sensación de que solo estaba allí para ellos.

—Había visto este sitio en internet y no quería irme sin visitarlo —le confesó Amanda—. Vamos, Julián. Lo que quiero es que te relajes.

—Amanda, te lo agradezco, pero no estoy de humor.

—Amanda, gracias, es justo lo que necesitaba.

Tresser le sonrió la gracia e hizo el esfuerzo, pero lo que le apetecía era esperar el mensaje de Alessia en una cafetería cualquiera, solo, pensando en sus cosas. Pidieron la especialidad de la casa, el *Rib Eye Steak*, un entrecot a la parrilla que estaba tierno y jugoso y que acompañaron con dos cervezas. Tresser aflojó un poco y dejó de castigarse. Sintió la necesidad de hablar con Adelaida. El día había transcurrido sin una sola llamada. Se arrepintió de no haber estado más pendiente.

—¿No vas a llamar a tu marido?

—No, lo haré más tarde, pero telefonea a Adelaida si quieres. ¿Sabes?, no me iré sin conocer a lord Moore —sentenció Amanda—. Detrás de todo esto hay una cabeza que organiza, que piensa, que ordena. No creo que fuera una casualidad que su sobrino trabajara con Clarisa y Manu.

—Esta gente va armada y tú y yo estamos en Londres de incógnito, desarmados y sin que nadie nos dé cobertura, ¿no te das cuenta? No voy a ponerte en riesgo y en eso no voy a ceder —insistió Tresser.

—No exageres, solo me queda un día y no quiero regresar sin un pequeño triunfo que te ayude a resolver el caso. Al menos, déjame que vuelva a casa de los científicos. No he podido inspeccionarla

bien. Si quien se los llevó cometió el error de no vaciar el cubo de basura, habrá cometido otros y están allí, esperando a que los descubramos.

—Está empezando a anochecer, todavía es invierno. Tendremos que encender las luces de la casa y eso nos delatará. No lo veo, Amanda.

—Y está ese MG blanco aparcado en la parcela. Pienso que es de ellos —prosiguió ella sin parecer escuchar a su compañero—. ¿Y si encontráramos las llaves? Tiene ordenador de a bordo, me fijé esta tarde. Sabremos las llamadas que hicieron desde el vehículo y los lugares a los que fueron. Es una fuente de información que nos está esperando.

—Sería allanamiento de morada por segunda vez —objetó el riguroso capitán.

—Lo sé, pero estamos en un limbo, ni podemos actuar como guardias civiles ni como agentes secretos, pero hay dos personas desaparecidas y hay que encontrarlas.

Sí, era verdad, estaban en tierra de nadie, aceptó Tresser. Pero su compañera parecía no entender que, si por algo fueran detenidos, pasarían por la vergüenza de presentarse como guardias civiles y el hecho llegaría a los mandos de Madrid. No iba a arriesgarse; era absurdo querer limpiar su nombre manchándolo aún más.

Mientras decidía qué hacer, paseó la mirada por la taberna y vio en la barra al hombre del gorro de lluvia. Estaba bebiendo una cerveza y leyendo un periódico. Les había vuelto a seguir y, esta vez, no se habían enterado. Se lo iba a comentar a Amanda cuando, de repente, ella se levantó, decidida, y fue hacia él. Tresser no pudo evitarlo. ¿Cuándo se había vuelto tan descarada, saltándose la tradicional discreción de la Guardia Civil? La vio estrechar la mano al individuo y comentarle algo con una sonrisa. La conversación parecía cordial. Tresser quiso aprovechar esos minutos para telefonear a Adelaida, pero cuando iba a hacerlo, observó cómo Amanda se despedía del hombre y se acercaba a la mesa con gesto triunfal.

—Han analizado el MG de los científicos —le informó mientras se sentaba; el agente siguió en la barra, retomando tranquilamente la

lectura del periódico—. Alessia tendrá los datos, oblígala a que te diga lo que sabe. Estás arriesgando mucho por ella.

—No creas ni una palabra de lo que te ha dicho, es un agente de inteligencia.

—Me lo ha negado todo, por eso sé que me ha dicho la verdad: lo hicieron. Entraron en el coche y lo examinaron. He tenido la suerte de encontrarme con el único espía en la Tierra que no sabe mentir.

Capítulo XXXIII

LONDRES amaneció con un sol breve, tamizado por un mar de nubes blancas y delicadas, pero que prometía brillar en cualquier momento. Tresser bendijo las tediosas dos horas semanales de gimnasio y sus caminatas por los campos de Uvés. Fueron las que le permitieron subir con agilidad los más de cuatrocientos peldaños de la estrecha escalera hacia la terraza de la cúpula de la imponente catedral de San Pablo. Llegaba muy justo; se había confundido de parada de metro. Allá arriba, con una vista panorámica de trescientos sesenta grados sobre la ciudad, debía encontrarse con Alessia. Lo había citado allí el día anterior mediante un mensaje en el buzón muerto número tres de Cambridge, oculto en una hendidura entre las piedras —que ella le señaló con exactitud— del evocador puente de los Suspiros, llamado así en homenaje al genuino, el de Venecia, aunque lo único que tenían en común era que los dos lucían bellos y comunicaban dos edificios.

A Amanda y a Tresser les había costado disimular que estaban hurgando en la mampostería del puente, tan pequeño —medía tan solo treinta metros de longitud— que sería muy fácil llamar la atención. Puesto que aún deambulaban paseantes a esas horas, casi las nueve de la noche, a la analista se le ocurrió que Tresser la rodeara con el brazo. La idea era simular ser una pareja que contemplaba el idílico río Cam que discurría bajo su arcada; mientras, ella contaría las piedras bajo el tercero de los ventanales

«sentido norte, izquierda», había especificado Alessia, hasta encontrar la número nueve. Tresser la abrazó por la cintura; se sentía incómodo, deseaba que encontrara el mensaje oculto cuanto antes, lo que al fin sucedió.

«¡Lo tengo!», exclamó Amanda en voz baja.

En el papelito Alessia citaba a Tresser al día siguiente en la catedral de San Pablo en Londres. No podían hacer nada más en Cambridge, del que se fueron con las manos vacías, a pesar de las peripecias que habían vivido.

—¿Conoceremos a lord Moore? —insistió Amanda mientras el capitán compraba en la estación los billetes de vuelta a Londres—. Por lo visto, tiene en la campiña inglesa un castillo de más de treinta habitaciones. Una fortuna así no se hace siendo una persona decente.

—Tú estás convencida de que él está detrás de todo, incluso del misterioso Romano.

—Su perfil es el de un británico de origen indio que quiere acumular mucho poder para no sentirse un paria en un país que colonizó al suyo. Prueba de lo que digo es que su esposa es una *british*, lady Valentine Cavendish. Lord Moore se siente un desclasado y no le sirve tener un título y una madre británica; no es suficiente, vive en un permanente blanqueo de sí mismo.

—Bravo por tu doctorado sobre el personaje, pero seguimos sin saber qué relación exacta tiene con el dron —le recordó Tresser cuando entraron en el vagón y tomaron asiento.

Ya era de noche. El tren se puso en marcha y Cambridge enseguida quedó atrás. El paisaje rural desapareció tras las ventanillas y se plegó a la oscuridad, en la que solo lograron colarse tenues luces aquí y allá, las de las casas solitarias, las de los caminos que bordeaban las vías.

—Ese dron es muy apetecible —comentó Amanda—; podría ser la octava maravilla para los guerreros del siglo XXI gracias a su capacidad para volar durante miles de kilómetros sin ser detectado por los radares. Siendo como es el personaje, sospechoso de traficar

con armas, no es extraño que lord Moore haya robado los planos y secuestrado a sus creadores, si es eso lo que ha ocurrido.

—Moore no se mancharía las manos con un secuestro, dejaría que se las ensuciaran otros. En este asunto hay varios implicados, cada día lo veo más claro. A ver qué cuenta Alessia, que siempre me dice la mitad de lo que sabe y piensa que soy imbécil.

—¿Tú crees que piensa eso de ti? Es difícil, con lo borde que eres.

—Con ella no me funciona. No le importa que le eche la bronca, va a lo suyo y no le afecta. No sé, Amanda, no acabo de entender ese empeño de Norberto en que yo investigue todo este maremágnum… —Suspendió un instante sus palabras al ver pasar al revisor—. Me complica la vida incluso estando muerto.

—Ya te lo dijo Alessia, Norberto solo se fiaba de ti y confiaba en que resolvieras el caso, así de sencillo.

—En este gran lío nada es sencillo. ¿Y qué me dices de Avtaar, enamorado de Clarisa? Aquí tenemos el móvil para traicionarlos.

—¿Y qué le prometieron a cambio? Hoy estaba escondido en la casa precintada de la pareja y no parece que haya salido ganando.

—Algo se nos está escapando, pero la lógica me dice que lo que se le ha prometido es desarrollar el dron, ya que es él quien mejor conoce el trabajo de Manu y Clarisa.

—El segundón que sale a la palestra, ¿por qué no? Tiene sentido.

Continuaron dándole vueltas al secuestro y a los que consideraban sospechosos de perpetrarlo. Cuando llegaron a Londres al anocecer, tras un trayecto de una hora, el capitán acompañó a Amanda en taxi a la vivienda de Peggy, su amiga policía. Quedaron en que, al día siguiente, desayunarían en la cafetería del hotel y, mientras él se reunía con Alessia, ella se dedicaría a estudiar el atestado; si le sobraba algo de tiempo pasearía por el centro hasta que terminara el encuentro. Se despidieron con un «hasta mañana». Tresser dudó si lo correcto sería darle dos besos en las mejillas, pero no lo hizo. Le pesaba aquel lejano escarceo que tuvieron y que no pasó de besarse los dos —con pasión, aceptó— en la oscuridad de un coche. Expulsó de su

mente aquellas imágenes, sus manos por debajo de su blusa, las lenguas húmedas buscándose en sus bocas… ¿Por qué les dio por ahí? Trabajaban juntos en un caso como en tantas otras ocasiones; no hallaba nada distinto y, sin embargo, sucedió.

—Descansa, Julián.

Amanda le dio dos besos fugaces en las mejillas, le sonrió sin azoramiento alguno y entró en el portal, como si nada. A ella parecía no afectarle aquel arrebato que tuvieron hacía años, y eso le sorprendía a la vez que lo tranquilizaba.

—Lo haré, buenas noches.

Quiso darle las gracias de nuevo, lo haría decenas de veces si fuera necesario; lo que había hecho por él viajando a Londres era mucho más que aquella ayuda que le prestó tras el atropello que por poco la mata. Pero finalmente esas «gracias» no salieron de su boca; su mente las reprimió para no alargar el momento y él estuvo de acuerdo.

Entró en su hotel pensando en los servicios secretos, en Alessia, en el lío inmenso en el que se había metido para que sus mandos le pidieran disculpas. ¿Era solo por eso? Aceptó por primera vez que la búsqueda de la verdad pesaba más que cualquier otra consideración. Eres investigador, estás haciendo lo que sabes hacer, se convenció mientras aguardaba a que Adelaida contestara a su llamada. Tardaba en hacerlo. Tal vez le estaba dando el pecho a Pablo. Echaba de menos a su hijo, tenerlo en sus brazos e incluso cambiarle los pañales manchados de cacas color mostaza con olor a yogur. Fue Luba la que respondió. Adelaida estaba acostando al bebé tras amamantarlo. La joven reprochó a su padre que no la hubiera telefoneado, y él se disculpó enseguida.

—Perdóname, cuando estoy trabajando se me pasan las horas sin darme cuenta.

—Pues necesitaba hablar contigo. Bruno me cogió ayer de la mano en el cine. —A Julián le sorprendió esa confesión—. Me he sentido a gusto; no sabía que eso pudiera ser bonito. ¿Qué suele hacerse a partir de ahora?

—¿A qué te refieres?

Tresser estaba indignado con el joven. ¿Por qué no la dejaba en paz? Lamentaba no poder impedirlo, su hija era mayor de edad y tomaba sus propias decisiones, aunque fueran equivocadas, como era el caso.

—¿Por qué no esperas a que vuelva a casa y lo hablamos?

—¿Y si lo hace otra vez? No puedo decirle que lo pospongamos hasta que llegue mi padre, suena horroroso, ¿lo entiendes?

La candidez de Luba lo desarmaba. ¿Qué podía decirle? Ella quería seguir adelante, estaba muy decidida.

—¿Y por qué no le dices que no, directamente? —Se hartó y se lo propuso sin preámbulos—. Ya lo hiciste con Samuel y las razones supongo que no han cambiado.

—Sí han cambiado; yo he cambiado, con Bruno es distinto.

—No sé si eres consciente de que es una persona que ha intentado quitarse la vida.

—Eso lo estamos arreglando, no te preocupes.

—¿Qué es lo que estáis arreglando?

—Sus ganas de morir. Hablamos siempre de la vida, no de la muerte, y eso es empezar a arreglarlo. Pero a partir de ahora me voy a limitar a escucharle, es lo que necesita. Te paso a Adelaida. Vuelve pronto a casa. Te echo de menos, te quiero.

—Yo también te quiero, Luba.

Su hija estaba intentando quitarle las ideas suicidas a Bruno y eso no podía acabar bien. Adelaida se puso al teléfono y, antes de saludarlo, le comentó que había escuchado sin querer su conversación con Luba.

—No puedo hacer nada, Julián. Bruno todavía es mi paciente y si le impidiera verla sería peor, reaccionaría mal. Sorprendentemente, el chico está mejor desde que habla con ella, no ha tenido picos de ansiedad.

—Pero Luba no es su psiquiatra, lo eres tú.

—Sí, pero ya te he dicho que tengo las manos atadas. Incluso debería dejar de tratarle y que lo hiciera otro compañero, porque hay interferencias personales.

Adelaida cambió de tema. Julián percibió que se sentía incómoda hablando de ello. Le contó entonces que, por primera vez, había conducido en coche con su hijo en la silla especial para bebés y Pablo se había portado muy bien; ni había llorado ni se había inquietado por viajar sobre ruedas. Estaba esperando recuperarse del todo para subirse a su moto, le anunció. Llevaba casi un año sin disfrutar de su imponente Honda Goldwing y necesitaba volver a experimentar la libertad motera. A Julián le disgustaba la idea. Adelaida se fiaba demasiado de la máquina. Nunca había tenido un accidente; conducía muy bien, eso era cierto, pero tenía un hijo y, al igual que él, debía ser consciente de lo importante que era no correr riesgos. Él trabajaba armado y nunca le había preocupado tanto como hasta ahora. Era verdad el tópico, aceptó: un hijo le cambia a uno la vida, ya nada es igual.

—¿Cuándo vas a volver? —fue la primera pregunta de Adelaida.

La segunda era más bien una afirmación encubierta:

—No te habrás olvidado de que tienes un hijo, ¿verdad?

A Julián le dolió, le enfadó ese reproche de trazo grueso.

—Capto tu ironía, pero no estoy de vacaciones.

—No, estás de baja por paternidad para estar con tu bebé y ayudar a la madre, que soy yo. Te necesito a mi lado, ¿lo entiendes?

—A ti te pareció bien que viajara a Londres. ¿En qué quedamos? —se defendió—. Te pedí que me apoyaras en esto, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo y me arrepiento, así que no me queda otra que resignarme.

Su voz sonaba a cansancio, tristeza y quizá decepción, notó Julián.

—Pero ¿estás bien?

—Estaré mejor cuando vuelvas. Luba me ayuda mucho, pero yo necesito conmigo al padre de mi hijo. Tengo momentos de mucho bajón, Julián. Son las hormonas, que se están reorganizando, aun así, maldita la gracia.

—Si de mí dependiera, cogería un vuelo ahora mismo.

—Pues hazlo.

Adelaida finalizó la llamada sin despedirse, como solía hacer cuando se enfadaba por sus horarios, los que marcaba la investigación policial de ese momento. La amaba, estaba tan enamorado como el primer día, pero se preguntó con amargura si a veces solo el amor no era suficiente.

Capítulo XXXIV

A JULIÁN le costó conciliar el sueño esa noche. Su espíritu se debatía entre el deber y el amor, como si una suerte de hechizo los condenara a discurrir en líneas paralelas que jamás llegarían a unirse. Ahora, además, tenía un hijo recién nacido por el que daría la vida y ese dilema se había intensificado aún más.

—Es normal que se enfade —le comentó Amanda a la mañana siguiente cuando él se lo contó, desayunando ambos en la cafetería del hotel—. Acaba de ser mamá y necesita más que nunca sentirse apoyada, pero a ti la investigación policial te puede y eso iba en tu equipaje cuando se casó contigo en aquella boda tan preciosa y tan íntima, por cierto.

—Pero no quiero ser el egoísta de la historia.

—Ay, Julián, qué poco te gusta conocerte a ti mismo. —Amanda le sonrió con ternura—. Si ahora no anduvieras entre espías, durante tu permiso de paternidad estarías en permanente contacto con tu equipo para dirigir desde casa la investigación que tuvierais entre manos en la UCO.

Pensó entonces en el caso aún sin resolver de la mujer desaparecida en Miguel Esteban. El asunto del dron y de los científicos lo absorbía demasiado, a pesar de lo poco o nada que se sabía. Lo miraba en conjunto y no había certezas, tan solo incógnitas, enigmas, dilemas. Era nada y, a la vez, todo, un reto,

aceptó mientras ascendía por el interior de la enorme cúpula de San Pablo, la catedral anglicana de Londres. Cruzaba estrechos pasadizos de piedra entre los diferentes tramos de los peldaños, teniendo cuidado en bajar la cabeza para no rompérsela al pasar bajo los arcos de los pasillos, que eran de poca altura. Cuando alcanzó al fin la terraza, que rodeaba la cúpula —una de las más grandes del mundo— con una gruesa barandilla de piedra, le impresionó la vista de Londres, pero a la vez le pareció caótica la disposición de los rascacielos de la City. Parecían brotar del suelo de forma desordenada para perturbar el tradicional diseño urbano londinense. Tresser recelaba de lo novedoso cuando tras la modernidad no había sensatez ni orden, sino decisiones caprichosas que no aportaban nada, como creía que era el caso. Le molestaba también el turismo masivo. La terraza de la catedral estaba casi llena ya a esas horas, las diez de la mañana. ¿De dónde salía tanta gente, si todavía era el mes de marzo? Había paseado por Londres y se había cruzado con multitud de turistas mal vestidos que se detenían cada minuto para hacerse un selfi. Una pareja de belgas lo había parado en medio del puente de Westminster para pedirle que les hiciera una foto con el Parlamento británico al fondo, a lo que él se negó alegando que tenía prisa. Si ahora en la cúpula de la catedral alguno volviera a molestarle con las malditas fotos, le tiraría el móvil por la barandilla si pudiera.

—¿Quién es la mujer que te acompañaba ayer en Cambridge y que hizo preguntas indiscretas? —apareció de repente Alessia y lo abordó sin preámbulos, como acostumbraba.

La agente secreta iba camuflada esta vez de mujer normal y corriente, tan vulgar que era prácticamente invisible; de hecho, Tresser no la reconoció en el primer instante, sí en el segundo. Su gorro de lana gris, sus mallas negras, sus viejas deportivas y el anorak color caramelo la mimetizaban con decenas de mujeres del extrarradio urbano, tan parecidas unas a otras como los ejecutivos con traje y corbata. Alessia no tenía brillo en la mirada, era la primera vez que Tresser captaba en ella el desánimo. No sabía ni sabría nunca que su marido le era infiel y que había días que se

sentía la peor madre del mundo. La agente pareció darse cuenta, sonrió, lo cual iluminó de inmediato su mirada, y le insistió en que contestara a la pregunta que acababa de hacerle. Ya contaba Tresser con que el agente del gorro de lluvia la informaría de su encuentro con Amanda.

—Es una compañera y amiga, trabajamos juntos en la Guardia Civil y me está echando una mano. ¿Algún problema con eso? Porque no te voy a tolerar que te metas con quién investigo o no. Tampoco te pregunto yo con quién lo haces tú.

—Echa el freno, capitán. —Regresó su lenguaje descarado y directo—. No me habías informado de que no trabajabas solo en esto, siendo como es tan secreto y confidencial.

—Tampoco me informaste tú de que me pondrías una niñera en Cambridge que seguiría todos mis movimientos. Por cierto: ¿qué información habéis encontrado en el ordenador del vehículo de los científicos? La niñera no sabe mentir.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? ¿Y si fue intencionado lo que le respondió a tu amiga? Jugó con vosotros, Julián. Digamos que la niñera os tomó el pelo; estaba autorizado a dar esa información y la negó sabiendo que la daríais por válida. Somos agentes secretos, no idiotas —le devolvió Alessia el saque lanzando con fuerza la pelota, algo que Tresser no esperaba.

—Vale, tocado y hundido —asumió su error de apreciación—. Sí, sois los mejores. Estoy por hacerte una reverencia al estilo de D'Artagnan —respondió con ironía.

—Pues no estaría mal que alguna vez reconocieras nuestro trabajo, en lugar de cuestionarlo y estar permanentemente cabreado conmigo. Eres un jodido cascarrabias.

—Ve al grano, Alessia.

—Desgraciadamente, en el coche no hemos encontrado nada, ni huellas que no fueran las de Manu y Clarisa ni tampoco algo interesante para nosotros en el ordenador del MG. Las rutas del navegador eran las del trayecto de casa al laboratorio y viceversa. En cuanto a las llamadas, hubo una de Clarisa para citarse en una

clínica de ginecología. Hemos tenido acceso a su historial y resulta que estaba embarazada de cuatro semanas cuando desaparecieron.

—¿Embarazada? Gracias por contármelo, y tan solo lo has hecho porque ha surgido en la conversación.

—Lo sé desde hace poco.

—Si espera un hijo, yo descartaría definitivamente que la desaparición haya sido voluntaria.

—Yo también. No sé si la tratarán bien, su situación es ahora más complicada. Y eso que no sabe que posiblemente fue su amigo indio quien los traicionó.

—¿Quiénes son los que se lo llevaron ayer a la fuerza?

—Tranquilo, son de los nuestros.

—¿De los tuyos? Nos apuntaron con fusiles de asalto, joder.

—No estaba planeado que coincidierais, lo siento.

—Pero eran estadounidenses, no españoles.

—Queríamos que Avtaar pensara que eran de la CIA, ya sabes, gente temible. Lo estamos interrogando; no ha dicho nada por el momento. Si fuera inocente, estaría desesperado y nos daría todo tipo de explicaciones para que le creyéramos, pero no es así.

—Podéis torturarlo si queréis. Para vosotros el Estado de derecho y sus leyes garantistas son un mero adorno.

—No te pases, capitán. Trabajamos por nuestro país, como tú. Tengo importantes novedades que contarte. He llegado de Milán esta misma mañana.

De repente, se oyó un estruendo en la lejanía y vieron una columna de humo negruzco que se elevaba al cielo desde una zona cercana a la catedral.

—¿Qué ha sido eso? ¿Una bomba? —preguntó Alessia con desconcierto—. Parece que es en Regent's Park.

—¿Qué hay allí?

—La residencia del embajador de Estados Unidos, por ejemplo.

Lo primero que se le ocurrió a Tresser fue llamar a Amanda. Le había dicho que se iría a pasear por el centro, por qué no por Regent's Park, uno de los grandes parques de Londres, ciento

setenta hectáreas de césped, árboles, lagunas y edificios públicos y privados. Desconocía que allí estuviera la residencia del embajador de Estados Unidos. La idea del atentado podía ser posible. Telefoneó a su compañera, pero su móvil estaba apagado y eso le inquietó. De repente, un hombre joven que estaba cerca de ellos, con larga barba negra y un chubasquero gris, elevó los brazos y, alzando un teléfono móvil en una mano, gritó la alabanza a Alá: «*Allahu Akbar*». Los visitantes lo oyeron, se temieron lo peor y corrieron en estampida hacia la puerta de salida de la cúpula. Allí se apelotonaron, porque solo podían salir de uno en uno, pues los escalones eran muy estrechos. Empezaron a empujarse unos a otros mientras el hombre seguía pronunciando «*Allahu Akbar*», «Dios es el más grande».

—*No! Calm down, please! Get off one by one*! —les gritó Tresser.

Pero era inútil convencerlos de que debían salir de allí ordenadamente, en calma y de uno en uno. Ante la puerta se había creado ya en segundos una bola humana que él solo no era capaz de frenar. El musulmán continuaba invocando a Alá, impasible ante los gritos de terror, las idas y venidas de los visitantes por la terraza circular, que ahora se había convertido en una ratonera si el hombre portaba una bomba o comenzaba a acuchillarlos. Una niña de pocos años deambulaba desorientada, llorando, sola. Tresser la cogió en brazos e intentó tranquilizarla. Le preguntó su nombre, pero ella sollozaba y llamaba a su papá. ¿Y qué hacía Alessia mientras tanto? Quieta como una leona, agazapada, esperando el momento de lanzarse sobre su presa, observando fijamente al supuesto terrorista mientras con la mano acariciaba su pistola al cinto. «Si fuera a inmolarse con una bomba, ya lo habría hecho. No esperan demasiado a la muerte, para no arrepentirse», se dijo ella, convencida. Se acercó tres pasos hacia él. Tresser, con la pequeña en brazos e incapaz de ponerla a salvo, pues la puerta seguía taponada y todos se peleaban por salir de allí, intuyó que Alessia estaba dispuesta a neutralizarlo. Era un error, pues si le atacaba, él respondería detonando la supuesta bomba o sacando un cuchillo del bolsillo de su anorak y apuñalándola.

—¡Alessia, no lo hagas, aléjate! —le gritó, elevándose sobre los chillidos de los demás.

Él estaba más preparado para hacerle frente, pero no podía dejar sola a la niña. La agente dio dos pasos más hacia el musulmán. Lo tenía a un metro. Ella, cabeza alta, desafiante. Él, impasible, invocando a Alá. Tresser tomó entonces una decisión: rodeó la terraza y dejó a la niña en el punto más alejado del conflicto. Allí se había refugiado también una madre con sus dos pequeños. La tranquilizó, le dijo que todo se iba a solucionar y le pidió que se ocupara de la niña, que volvería enseguida a por ella. Corrió hacia el supuesto terrorista. Si no había detonado la bomba, es que no llevaba ninguna encima, o quizá fuera una trampa. Iba a arriesgarse; lo abordaría por detrás, por su espalda. Cuando estaba a punto de abalanzarse sobre él para quitarle el móvil y derribarlo al suelo, oyó un disparo y el hombre se desplomó. El tiro no procedía de Alessia, que continuaba inmóvil, estaba como petrificada; no sabía qué le estaba ocurriendo. Tresser escuchó entonces un ruido sobre su cabeza, similar al que oyó cuando anduvo perdido en aquel islote. Sí, era un pequeño dron. Estaba sobrevolando la terraza lo suficientemente bajo como para ver el cañón de la pistola montada en la parte inferior del aparato. Habían disparado al musulmán por control remoto. No podía creerlo. Algo estaba ocurriendo en Londres para tomar esa decisión extrema. La residencia del embajador, temió. El artefacto descendió y se acercó al individuo abatido, como si tuviera ojos y se estuviera cerciorando de si estaba vivo o muerto. No se movía. Un instante después, el dron se elevó y se alejó de allí.

Lo primero que hizo Tresser fue ir a buscar a la niña. La encontró distraída con los otros dos niños jugando con un gatito que habría bajado de algún tejado. Le dijo a la madre que la situación ya estaba controlada y estaban a salvo; les rogó que esperaran a que llegara la policía y organizara la evacuación. Se llevó a la niña en brazos y la pequeña le preguntó si podía llevarse a casa al gatito, a lo que él contestó que ahora lo importante era encontrar a su padre. Una pareja de policías había logrado traspasar la muralla humana de la puerta y había entrado en la terraza. Una vez comprobado que el

musulmán estaba muerto, se habían centrado en organizar la salida. Les entregó a la pequeña, se despidió de ella con una caricia y una sonrisa y corrió hacia Alessia, que continuaba extrañamente en el mismo lugar, con el hombre tiroteado a sus pies. Era tal el caos y tan mínima la presencia de la Policía, al no poder acceder debido al tapón humano de la puerta, que nadie custodiaba el cuerpo. Tresser se acercó a él y le palpó el cuello. Sin pulso, piel fría. Sí, estaba muerto.

Habían disparado a matar. El tiro le había perforado el pecho. No llevaba ningún cinturón de explosivos. El capitán se preguntó qué había pretendido aquel individuo. ¿Únicamente atemorizar y llamar la atención? Pues aquello le había costado la vida.

La agente continuaba quieta como una estatua.

—Alessia…

No respondió; su mirada perdida le preocupó. Volvió a llamarla por su nombre y, como no reaccionaba, la zarandeó. Entonces pareció despertar de su ensimismamiento.

—Ha sido extraño. Cuando iba a neutralizar al musulmán, he visto a mi hija Jana y me ha dicho que no lo hiciera, que no quería que me matara. Nunca había experimentado algo así, casi podía tocarla…

—La ves muy poco, eso es lo que pasa.

—Posiblemente he entrado en *shock*. Entonces, ¿no llevaba explosivos?

—No, era un farol, quería que lo creyéramos. Pobre imbécil —lo juzgó con aridez.

—¿Le has disparado tú al tipo?

—Sabes que no voy armado. Lo ha hecho un dron.

—¿Un dron lo ha matado? ¿A la vista de todo el mundo?

—Sí, con luz y taquígrafos, y tú ni te has enterado. Vámonos de aquí. Voy a llamar a mi compañera; no la localizo.

Irrumpió entonces en el cielo un helicóptero con un ruido atronador, generando un viento furioso. Se acercó peligrosamente a la cúpula y la gente que aún no había sido evacuada se echó al

suelo. Seguían atemorizados. *United Kingdom Special Forces*, leyó Tresser en el emblema del aparato. Las fuerzas militares especiales. ¿Tan grave era para que no lo hiciera la Policía y sí el Ejército? ¿Qué es lo que había sucedido realmente bajo aquel humo oscuro cuya huella aún seguía en el aire? Tresser estaba perplejo. El aparato se detuvo sobre la terraza y de él se descolgaron en cuerdas tres militares con uniformes de combate. Saltaron al suelo, se acercaron al hombre tiroteado y lo rodearon, apuntándole inútilmente con sus fusiles de asalto; después, uno de ellos se colocó ante la puerta y sus dos compañeros comenzaron a pedir identificaciones.

—Hay que salir de aquí —decidió Alessia—. Nos van a tomar declaración a todos. Sígueme, capitán.

—No voy a actuar como un fugitivo. Vete y nos vemos más tarde. Ya me las arreglaré.

—¿Por qué quieres exponerte innecesariamente? Hazme caso y ven conmigo.

Tresser no se dejó convencer, ya tenía su propio plan: mostrar su placa de la Guardia Civil, explicar que se encontraba en Londres haciendo turismo, prestar declaración si se la pedían y salir de la catedral tranquilamente. Alessia desapareció de su vista cuando él volvió la mirada hacia el cadáver del joven musulmán, cubierto por una liviana manta térmica que agitaba el viento. Recordó entonces la cita de un tertuliano de la radio que le había llamado la atención: «El mártir espera la muerte; el fanático corre a buscarla».

Capítulo XXXV

LONDRES era una ciudad sitiada por la Policía y el Ejército. Los agentes y los soldados pedían identificarse a los transeúntes —en especial a los musulmanes, que ya se estaban quejando de su estigmatización—, mientras que a otros los cacheaban contra paredes y muros. Había atascos en las principales calles y Regent's Park, donde se había producido el atentado contra la residencia del embajador, estaba totalmente tomado por las fuerzas de seguridad. Las empresas habían permitido a los trabajadores ir a los colegios a buscar a sus hijos para luego refugiarse en el metro, pues la alerta máxima por ataque terrorista se había elevado al nivel cuatro, cuando el máximo era el cinco.

Un helicóptero se acercó a la cúpula de San Pablo y se llevó el cadáver del musulmán. En la escalinata principal de la catedral había muchos medios de comunicación. Aún continuaban llegando visitantes evacuados de la terraza; las escaleras eran muy estrechas, bajaban despacio. Salían de la catedral muy nerviosos y descendían apresurados los peldaños de la escalera principal, como si no acabaran de creerse que estaban a salvo. Los periodistas les pedían algunas palabras sobre los momentos vividos en la cúpula. Casi nadie quería contestar, estaban todavía en *shock*. Varios policías los acompañaban a furgones policiales para tomarles declaración.

Tresser y Alessia, cada uno por separado, habían logrado pasar todos los controles de seguridad para encontrarse en un pequeño y discreto kebab alejado del centro, encajado entre dos rascacielos de oficinas.

—No localizo a mi compañera Amanda, tiene el teléfono sin cobertura. Me preocupa —expresó Tresser con inquietud.

—Hay quienes se han refugiado en el metro hasta que cese el nivel de alarma, seguro que está allí. Si conoce la ciudad, es lo mejor que puede hacer.

—¿Y qué hacemos nosotros aquí? No piensas, no tienes cuidado, Alessia. Los yihadistas atacan Londres, o eso se dice, y nosotros quedamos precisamente en un kebab. —Tresser no estaba cómodo con la elección de su compañera—. Imagínate que las bandas ultras empiezan a atacar lugares como este.

—Bueno, pues entonces dispararemos a matar —dijo mientras se llevaba a la boca un trozo de *döner* kebab—. Defenderemos el fuerte, no te preocupes.

—Será una broma, ¿no?

El capitán no estaba de humor para las salidas de tono de la agente.

—Sí, claro, es una maldita broma. Creo que Norberto sobrevivió a la explosión, por eso te había citado en San Pablo.

—¿Norberto, vivo? Eso no puede ser —afirmó Tresser, incrédulo, mientras comía un *dürüm* de ternera—. Habría contactado con vosotros.

—Y lo ha hecho. He recibido un poema con un mensaje encriptado. El código para decodificarlo solo lo sabemos él y yo. Lo ideó para comunicarnos entre nosotros durante una misión. Fueron cuatro los poemas. Yo he recibido el tercero.

—¿Y cuál es el mensaje?

—Estoy en ello, no me da la vida.

—¿Y si es un agente secreto del otro bando que quiere confundirte? No sería extraño, estáis jugando con la verdad constantemente.

—No, es Norberto, estoy segura.

—Centrémonos mientras tanto en lo nuestro, ¿vale? Continuamos sin saber qué ha pasado en Regent's Park o donde quiera que haya sido la explosión. La prensa digital no lo aclara.

—¿No has oído que te he dicho que Norberto está vivo? —le gritó ella, nerviosa.

—Controla, Alessia —la intentó calmar él.

—Incluso cuando grito, controlo, capitán. Y cuando duermo, también. No me subestimes, sueles hacerlo y me molesta.

—No te subestimo, solo me desconciertas.

—Hay más novedades, pero antes tengo que consultar con el Centro. Puede que sobre esas novedades haya otras que las completen. La información está fluyendo a velocidad supersónica.

—No me estás diciendo nada, no sé si te das cuenta —le reprochó él, buscando a la vez en su móvil el número de Amanda para volver a probar suerte—. Ayer estabas en Milán entrevistándote con tu fuente. Cuéntame.

—Antes tengo que hablar con el Centro, insisto.

—¿Ahora me tienes delante y no me vas a informar? ¿Sabes el paradero de los científicos? Sí o no.

—No puedo, capitán. Es información clasificada.

—Muy bien, confianza cero.

Tresser ya había perdido definitivamente la paciencia y, en el fondo, agradecía que la agente secreta, una vez más, le hiciera perder el tiempo y jugara a escamotearle información. Tenía en Madrid una familia esperándole, a su bebé, al que echaba de menos cada vez más. Así que decidió levantarse para abandonar el lugar.

—Espera, por favor —le rogó ella—. He logrado que te inviten esta tarde al Carlton Club, uno de los más exclusivos de Londres, un lugar solo para *gentlemans*. Allí departen los *tories*, los miembros del Partido Conservador británico, y allí acude lord Moore cada tarde si no está de viaje. Hoy lo encontrarás allí. Usa las tarjetas que te di para comprarte un traje para la ocasión y pregunta en la entrada por lord Percival Darcy, te estará esperando.

Tresser no tuvo tiempo para responder a su propuesta, pues Amanda ya estaba al otro lado del teléfono.

—Julián, por fin. ¿Dónde estás?

Ella se encontraba lejos, acababa de salir del metro de Camden, junto al célebre mercado callejero. Se había refugiado en el subterráneo tras el atentado y, además, había oído que se había producido otro ataque en la cúpula de San Pablo, le comentó.

—No te muevas, voy para allá.

Cuando Tresser volvió al kebab —había salido a la calle para hablar con su compañera—, Alessia había pagado y se había esfumado; se preguntaba por dónde, porque forzosamente tendría que haber pasado por delante de él. Tampoco había estado muy pendiente. Ahora lo importante era encontrarse con Amanda y comprobar que estaba bien; podría no estarlo y haberlo ocultado en la conversación para no preocuparle.

Atravesar el centro de Londres en una situación de alerta máxima era una carrera de obstáculos y también una desolación: la ciudad parecía un mundo futuro hostil y militarizado. El metro y los autobuses no ofrecían servicio hasta que no bajara el nivel de alarma, así que Tresser invirtió más de una hora en encontrarse con ella, después de identificarse en numerosos controles policiales.

Se encontraron al fin. Sin pensarlo, se abrazaron.

—¿Estás bien, compañera? Me tenías preocupado.

—Ha sido una locura. Me he refugiado en el metro y no había cobertura.

Tresser se alegró al verla. Por momentos la había imaginado paseando por Regent's Park en el momento de la explosión.

—Tengo novedades: cabe la posibilidad de que Norberto esté vivo.

—¡Qué dices! —Amanda mostró su sorpresa—. Eso no puede ser, estaba en la fueraborda cuando estalló el yate a pocos metros.

—Pues de alguna manera sobrevivió. Le ha enviado a Alessia un poema encriptado del que solo él y ella conocen la clave para descodificarlo. No me ha contado más porque dice que es información clasificada, hay que fastidiarse.

—Dale tiempo. Está fluyendo todo muy deprisa.

—Hay más. Alessia me ha conseguido una invitación esta tarde para entrar en el club al que va lord Moore, pero no podemos entrar juntos, Amanda. No sé si se permite el acceso a mujeres, aunque eso suene ya tan antiguo.

—¿Y qué vas a hacer allí dentro? ¿Te ha dado ella alguna instrucción?

—Ella no tiene que darme ninguna instrucción. Sé lo que tengo que hacer.

—Usted disculpe —replicó ella con ironía.

—Pues qué voy a hacer yo en ese club, lo de siempre en estos casos: observaré a Moore, lo estudiaré, escucharé y, cuando salga de allí, lo seguiré. Igual hay suerte y hace algo, aunque sea muy sutil, que me dé alguna pista. Su sobrino trabajaba en el laboratorio con los científicos, los traicionó. No es una casualidad.

—¿Vas a ir así, con los vaqueros y la cazadora?

—Pues no, me voy a comprar un traje y alguna cosa más. ¿Me acompañas?

Alessia no se había despedido de Tresser porque atendió una llamada de Mara. Estaba en Londres y quería comentar con su compañera el atentado de Regent's Park. Desconocía que estuviera también en la ciudad, aunque no tenía por qué saberlo, nadie hablaba con nadie de sus misiones. Mara le dijo que estaba pendiente de encontrarse con su fuente y había acudido a San Pablo a curiosear y a obtener información de los periodistas, atenta a lo que hablaban entre ellos, a las noticias y rumores que les llegaban desde sus respectivas redacciones o de sus fuentes. No comentó que no había podido contactar con Jerry, estaba ilocalizable, supuso que por la alarma que había provocado el atentado en el espionaje británico. Pendiente pues de los periodistas, se había enterado de algo que aún no había sido publicado: el ataque a la residencia del embajador se había producido con dos misiles lanzados por un dron que no fue detectado por los radares y que sobrevoló Londres con absoluta impunidad.

—Tiene que ser el de Cambridge —le comentó a Alessia—. En el Centro piensan lo mismo.

Habían quedado las dos para tomar un café en una hamburguesería. Estaba repleta de gente, pues había establecimientos que habían echado el cierre, a la espera de que se estabilizara el grado de alarma. Al igual que sucedió en las primeras horas de la pandemia, en los supermercados se habían agotado las garrafas de agua, las velas y el papel higiénico.

—Yo también he hablado con ellos y me han contado cosas —replicó Alessia, sin mencionarle que estaba en la cúpula durante el incidente con el musulmán—. Lo lógico desde un punto de vista terrorista habría sido que los misiles impactaran contra la residencia del embajador de Estados Unidos, pero por lo visto lo han hecho en el jardín delantero del edificio. Ha habido un error de precisión. ¿Otro fallo intencionado de Clarisa y Manu para evitar una masacre? ¿Cuál será el objetivo siguiente? El Gobierno británico lo está tratando como un ataque terrorista, ya hemos visto cómo está Londres. Mañana por la tarde nos espera la insidiosa Carol en Móstoles, no la soporto.

—Sí, qué pereza me da verla. ¿Y tú qué haces en Londres? —le preguntó Mara, intrigada.

—No sé de qué me hablas, porque yo no estoy aquí. Tú tampoco, ¿verdad?

—Sí, yo tampoco. —Mara se rio con complicidad—. Ahora en serio, tenemos que encontrar a los científicos antes de que esto vaya a más. Me da la impresión de que estamos siendo lentos y torpes, como los espías del MI5 en la serie *Slow Horses*. Tal vez seamos así.

—¿Tú crees? Leí la novela que me regaló Benjamín y he visto un par de capítulos en casa. Me divierte verlos, son tan patanes como eficaces a la vez.

Aunque Mara había rechazado en su momento la propuesta de Ventura de convertirse en agente doble, a cambio de que le revelaran dónde estaba la pareja de científicos, a veces le tentaba la oferta y, otras, le avergonzaba que le rondara por la cabeza. Lo mejor sería olvidarse del tema; además, no se fiaba, no le habían

dicho para quién trabajaban. Cuántos enteros subiría ante Alma si los llevara hasta Manu y Clarisa. Pero era incapaz de valorar el peso de la traición; seguramente pesaría toneladas y la aplastaría.

—Mañana en Móstoles pondremos en común lo que sabemos y también veré a mi hija. Muero por ella.

Y moriría también de pena cuando llegara a casa y se enfrentara al dolor de la verdad, porque estaba segura de que su marido le estaba siendo infiel. Al llegar al aeropuerto de Heathrow desde Milán, le había telefoneado y se lo dijo sin rodeos: «Anoche, cuando te llamé, estabas acompañado, ¿verdad, Javier? Y con Jana durmiendo en la habitación de al lado, joder». Él lo había negado e incluso se enfadó, que era lo normal en esos casos, negarlo y sentirse ofendido, pensó Alessia. «Los hombres temen la soledad como si fuera un agujero negro que amenazara con devorarlos», concluyó cuando finalizó la llamada. Iba a perderlo; más bien, ya lo había perdido.

—Vamos a ver si han abierto el espacio aéreo y pillamos el primer vuelo a Madrid —propuso Alessia—. ¿No te da la impresión de estar en guerra?

—Sí, todo me parece muy inquietante y oscuro, no sé cómo va a acabar esto.

Tresser y Amanda no cogerían ningún vuelo, al menos ese día. Estaban buscando en internet una tienda de trajes elegantes para ir al club. Mientras lo hacían, habían pedido dos capuchinos en una heladería italiana. Adelaida lo había telefoneado mientras se dirigían hacia allí. «En las noticias no se hablaba de otra cosa que del atentado de Londres», le dijo, preocupada. Julián se alejó unos pasos de Amanda para hablar con ella.

—No sabía si estabas en Londres o en Cambridge.

—Sigo en Londres y estoy bien, aunque aquí hay bastante desconcierto.

—¿Y si vuelven a atentar? Deberías volver de una vez a Madrid.

—Cogeré un vuelo mañana por la mañana, te lo prometo. ¿Cómo están Pablo y Luba? ¿Cómo estás tú?

—Nuestro bebé ha ganado peso y ha crecido un centímetro, cada día está distinto. Es alucinante cómo trabaja el organismo en un cuerpo tan diminuto. Te echa de menos.

—¿Y tú no?

—Ya te dije ayer que te necesito a mi lado, porque me iría bien para aliviar la depresión posparto y sentirme apoyada, Julián. Vas a tu bola, al final me acostumbraré y acabaré por no contar contigo para nada —le dijo sin miramiento alguno.

Finalizaron la llamada con frialdad, Julián tenía la esperanza de que todo se arreglara cuando llegara a Madrid. Esta vez no le comentó nada a Amanda, le dolía hablar de sus desencuentros. Ya lo había hecho una vez y su compañera parecía entenderle mejor que su mujer, lo cual tampoco le parecía justo. Tan reservado como era, no debería haberle dicho nada. No sabía por qué lo había hecho.

—¿Adelaida está bien?

—Sí. Me ha dicho que Pablo ha crecido un centímetro.

—Es un campeón.

—¿Tu marido también se enfada por tus ausencias?

—No se lo he preguntado —zanjó Amanda, sin decir una palabra más sobre el tema.

Cuando terminaron los capuchinos, ya habían decidido la tienda donde Tresser compraría su traje; estaba en Oxford Street, la calle comercial más transitada de Londres, con decenas de comercios y el referente ineludible para ir de compras en la capital británica. El capitán de la Guardia Civil no quería pensar demasiado en la extravagancia de adquirir un traje inglés para estar a lo sumo dos horas en un club selecto en el que, posiblemente, no lograría contactar siquiera un segundo con lord Moore, pero se estaba dejando arrastrar por la sensación de constante irrealidad en la que vivía desde que había conocido a Alessia. Le daba vueltas al asunto de lo surrealista que era todo, mientras su compañera le contaba su experiencia durante el ataque de Regent’s Street. Ella estaba en una cafetería de Camden tomando notas sobre el atestado de Cambridge cuando oyó la explosión. Nadie pareció alterarse en ese momento, pero pocos minutos más tarde empezaron a recibir mensajes en los

teléfonos, dejaron lo que estaban haciendo y apresuraron el paso por las calles. Le llegó por el móvil la noticia del ataque y leyó que la gente se estaba refugiando en el metro por si había otro más. Ella hizo lo mismo.

—Había terror y confusión, Julián; pensé que solo faltaban las sirenas que anunciaban un bombardeo inminente, como en las películas de la Segunda Guerra Mundial. A la media hora, llegaron agentes de policía y nos dijeron que ya podíamos salir. Supuse que ya habían cerrado el espacio aéreo. Ha sido el dron. Yo veo en ello una demostración a posibles compradores de que puede sobrevolar cualquier ciudad sin ser interceptado. Ya está, por lo que hemos visto, en una fase avanzada. No sé qué harán con Clarisa y Manu cuando ya no les sirvan para nada.

—Nosotros llegaremos antes de que eso suceda, para eso estamos aquí.

Capítulo XXXVI

COMO las princesas tristes de los cuentos, Clarisa está encerrada en un gran palacio con muchas puertas, pero no tiene la llave de ninguna de ellas. Grandes estancias se suceden unas a otras, con suelos de mármol calefactados para caminar descalza, salones decorados con elegantes muebles de estilo colonial y camas con dosel en los dormitorios. Dos jóvenes mujeres negras la vigilan día y noche: Antonia habla un español perfecto, Safila domina el francés, pero entre ellas se comunican en inglés. Antonia es alta y esbelta, su piel tersa y joven parece bañada en chocolate y sus ojos vivaces generan confianza. Viste siempre un traje largo del color de las esmeraldas, con un pañuelo a juego que cubre con varias vueltas su cabello. Es la más amable de las dos. Safila parece incómoda en su papel de guardiana y su actitud es distante. Cada día aparece con un vestido diferente y lleva anillos de oro en los dedos. Clarisa piensa que quizá le parece indigno este trabajo y por eso lo hace a desgana, aunque sin perder las formas.

El escenario es hermoso, pero los actores son una incógnita. ¿Quiénes son en realidad estas dos mujeres políglotas, educadas y tan bellas que parecen modelos? ¿A quiénes obedecen y por qué? Suelen hablar únicamente cuando es necesario: para comunicarle que la comida ya está servida en el gran comedor, para que les entregue la ropa para lavar o para pedirle disculpas por cachearla

cada vez que vuelve de trabajar en los drones. Antonia, pudorosa, lo hace sin apenas rozarla.

Es todo tan extraño que a Clarisa le parece surrealista, como lo había sido el secuestro en su casa a mitad de la cena. Están comiendo en la cocina unas minihamburguesas de espinacas que han encargado, mientras deciden si adoptan uno de los cachorritos de la camada de la perra labrador de sus vecinos. Quieren que su futuro bebé se acostumbre a relacionarse con los animales desde su primer mes de vida. Ambos donan dinero a protectoras, así como a ONG, especialmente a Médicos Sin Fronteras. Quieren ser solidarios, se sienten mejor, aunque han diseñado un dron para la guerra. Una llamada al timbre interrumpe su conversación. Manu se encarga de abrir la puerta. Es su compañero de laboratorio y también amigo Avtaar, pero no ha llegado solo. Lo acompañan dos hombres encapuchados que entran y los apuntan con armas semiautomáticas. Aturdidos y desconcertados, le preguntan a su amigo qué está ocurriendo. Él les asegura que han irrumpido en su casa y le han obligado bajo amenazas a acompañarlos a la de ellos. No han podido intercambiar más palabras, porque uno de los individuos les exige silencio con un grito seco que los atemoriza: «*Shut up*!»*.*

Los tres callan y agachan la cabeza, como si sus vidas ya pertenecieran a los captores. Sin permitirles a Clarisa y a Manu llevarse nada, ni siquiera sus anoraks, los empujan fuera de la casa. Es una noche oscura, sin luna que suavice las sombras. Hay un monovolumen gris aparcado en la calle con la puerta deslizante abierta. Se los van a llevar sin que nadie lo evite. Clarisa recorre con una mirada fugaz las ventanas de sus vecinos, por si alguno viera lo que está sucediendo y se le ocurre llamar a la Policía. Pero no hay nadie tras los cristales; supone que están cenando, como ellos cuando sonó el timbre. Han creído a su amigo cuando les asegura que nada tiene que ver con esos tipos; sin embargo, la confianza se torna en estupor cuando, antes de entrar los tres en el vehículo, Avtaar escapa: echa a correr como un bólido y, sorprendentemente, los encapuchados no lo persiguen. Les ha traicionado. No les da tiempo a preguntarse por qué, pero entonces Clarisa piensa en que

lo rechazó cuando él le confesó que estaba enamorado. Le dio miedo su insistencia, guardó sus muchas cartas por si acaso debía denunciarle por acoso, aunque acabaron siendo amigos con el tiempo, pensaba ella que sin resentimiento por su parte. Se equivocó. Los encañonan con las armas y los obligan a entrar en el monovolumen. Dentro hay dos individuos, también armados; los otros se quedan dentro de la casa. Manu les pregunta a dónde los llevan y qué hacen los que se han quedado en su vivienda, no le contestan. Ignora que, protegidas sus manos con guantes de látex, están limpiándolo todo para eliminar cualquier rastro de su presencia, mas las prisas y el hambre los traicionan. En la cocina comen cuatro de las minihamburguesas de espinacas, tienen apetito, y habrían acabado con las otras dos, pero una llamada al móvil los apremia para terminar y regresar al monovolumen. Les dan dos minutos. Las tiran al cubo de basura, su idea es dejar la bolsa en un contenedor cuando se marchen; limpian, friegan, salen y se olvidan de las minihamburguesas en la basura, que seguro tendrán restos de su ADN.

—Nos están secuestrando —le dice Clarisa a Manu en voz baja, temblando en cada sílaba, escuchando en su interior su corazón desbocado.

—Tranquila, no digas nada —le aconseja él.

Los dos individuos entran en el coche, uno eructa y mancha el aire de un olor acre a espinacas y ajo. El que está sentado junto al conductor se vuelve hacia la pareja y les muestra en la pantalla de su móvil fotos de la madre de Clarisa saliendo del Mercadona de Castellón. Luego aparece otra foto de los padres de Manu tomando café en una terraza de Oropesa. Y también ven a la sobrina de seis años del científico, fotografiada jugando en el patio del colegio. Se aterrorizan, gritan que por favor no les hagan daño. No se lo harán, pero deben darles acceso al laboratorio. Entonces lo entienden todo, adivinan qué quieren: el prototipo del dron. Solo ellos saben cómo desarrollarlo; se han guardado cartas en la manga por si a Cambridge se le ocurriera patentarlo sin su permiso cuando estuviera listo. Hay elementos clave de la estructura que solo conoce

Clarisa y algoritmos de inteligencia artificial, la IA, que solo maneja Manu. Por eso les ha importado poco a sus captores que Avtaar se escape. Es un mero ayudante. Clarisa y Manu tienen que colarlos en el laboratorio, de lo contrario, entonces sí, harán daño a sus familias. Es complicado. Solo ellos pueden acceder con sus dos tarjetas magnéticas y sus códigos numéricos. Y además tendrán que saludar a los dos guardias de seguridad, a los que quizá les extrañará verlos entrar a las diez de la noche.

Hay una puerta trasera en el edificio que suele utilizarse para salir a fumar, pues se abre a un pequeño jardín. A Clarisa se le ocurre franquearla a los secuestradores desde dentro. Lo hacen así: saludan a los guardias al entrar y arguyen que tienen que probar una solución que se les ha ocurrido en casa y no pueden esperar a mañana. Y no pasa nada. No es la primera vez que lo hacen. La pareja se adentra en el edificio y abre esa puerta a sus secuestradores, que han tenido que saltar una pequeña valla para acceder al jardín y han pisoteado las petunias plantadas sobre el césped. En el laboratorio, los tipos rocían con un aerosol de pintura negra los objetivos de las videocámaras de seguridad. Manu les advierte que los guardias se darán cuenta, parece que les da igual, los miran y acarician sus armas enfundadas. Entendido: si entran allí, les dispararán, pero no será necesario, les comenta uno de los encapuchados en inglés con acento británico, porque se irán enseguida. Los obligan a entregar los diseños del dron impresos en papel y encienden los ordenadores, les piden la contraseña del servidor, donde se concentra todo el trabajo, les piden también el correo electrónico. Por esa vía entrará un archivo que, una vez abierto, les permitirá acceder al sistema. No tienen otra opción: se los dan. Uno de ellos hace una llamada de teléfono y le comunica a su interlocutor que ya están listos, «*ready computers*», le dice. Manu, el experto en IA, supone que alguien desde algún lugar los va a hackear. No abren la boca, ya no sirve de nada. No pueden hacer otra cosa y su pasividad les avergüenza. Un año y medio de trabajo y el diseño de su dron de combate va a caer en manos de

desconocidos. Los rusos. Han sido ellos, deducen. Pobre Ucrania, piensa Clarisa.

Sí, pensaban que había sido Putin, pero ahora, en aquel palacio digno de *Las mil y una noches* y en el que todos los guardianes son negros, están desconcertados. ¿Es algún país africano o caribeño el que ambiciona ese dron? ¿Qué se les ha perdido en la guerra de Ucrania? No entienden el sentido último de esa historia que los ha confinado en un lugar que desconocen.

Como cada día después de comer, las guardianas de Clarisa la han acompañado a los jardines de palacio para que se encuentre con Manu, que reside en la misma mansión, pero en el ala opuesta. No les dejan hablar nunca a solas y, por si acaso lo intentaran, ellas entienden y hablan español e inglés. La pareja solo puede verse quince minutos cada día, paseando entre exuberantes orquídeas y buganvillas, violetas y crisantemos, hermosos aloes que crecen en espiral, pájaros de plumajes negros, blancos y amarillos que emiten cantos prolongados que suenan a delicadas flautas. Tras las altas vallas, sobresalen cumbres de montañas y se adivinan cordilleras impresionantes.

Es un paraíso, es una cárcel.

El clima fresco con noches frías a Manu le recuerda al de las montañas del norte de España. Tal vez Asturias o Cantabria. Pero fueron llevados allí en avión tras un largo trayecto de muchas horas en un *jet* con todas las ventanillas cerradas, para que no pudieran identificar el paisaje. Antes hicieron paradas de un par de días en lugares desconocidos, siempre con los ojos vendados. Estuvieron en una casa a la que llegaba el sonido del mar, y tras un nuevo viaje pernoctaron en un lugar muy frío, quizá de alta montaña, pues a los dos se les taponaron los oídos a medida que ascendían en coche. No vieron a nadie, no hablaron con nadie, estaban confundidos, atemorizados.

Pensaban que su destino final sería un zulo; nunca imaginaron que fuera un palacio de ensueño donde, además, los trataran bien. Los jardines tienen una gran piscina con una cascada natural y el agua climatizada para que puedan bañarse. Lo hacen cada mañana,

por separado, antes de ponerse a trabajar por turnos en un hangar subterráneo al que se accede por un ascensor después de atravesar intrincados pasillos. No ven el recorrido, llevan los ojos vendados con un pañuelo negro, los guían guardianes que no abren la boca y que los apremian cada vez que reducen el paso.

La primera vez que ven esa especie de búnker bajo el palacio les sorprende su enormidad. Los científicos calculan que podría abarcar, al menos, un tercio de toda la planta del palacio, de alrededor de tres mil metros cuadrados. Hay una gran mesa para soldar con láseres térmicos, otra con diferentes cajones de pernos especiales, varias con ordenadores y otras tantas más con todo lo necesario para fabricar el prototipo, les explica un hombre que se hace llamar «*the foreman*», «el capataz» en español, traducen ellos. Es mulato, fornido, de mediana edad, de sonrisa amable, pero mirada glacial. Les presenta en un inglés tosco a un equipo de ocho operarios, también todos negros, entre los cuales hay un experto en IA y otro en aeronáutica que seguirán muy de cerca su trabajo. Manu y Clarisa solo podrán hablar sobre cuestiones relacionadas con el dron, les advierte. Estarán vigilados en todo momento.

El capataz sabe el nombre con el que la pareja de ingenieros bautizó a su dron de combate: «Aquiles», en honor al guerrero más formidable de la mitología griega. El artefacto volador es igual de extraordinario. Nunca se ha fabricado uno igual.

Mientras los operarios aguardan de pie, acerca dos sillas a los científicos y les ruega con educación que se sienten. Él hace lo propio en otra. Les comenta que, según las especificaciones a las que han tenido acceso en el servidor del laboratorio, el Aquiles puede ser uno y otro a la vez, puesto que su diseño tiene una arquitectura modular. Puede ser ligero y pesar treinta kilos o también más de doscientos cincuenta y albergar un enjambre de decenas de drones; despega y aterriza en vertical; su diseño es similar a un aeroplano y su motor iónico de propulsión hidroaerodinámica, alimentado por pilas de hidrógeno sólido, genera una capa de plasma que absorbe las ondas y lo convierte en indetectable y absolutamente silencioso. No usa hélices, no hay combustión. Es

invisible y capaz de vampirizar líneas de alta tensión para recargar energía. Al capataz le asombran estos hallazgos tecnológicos, porque, además, Aquiles no necesita un piloto humano que lo gobierne por control remoto, sino que es la inteligencia artificial quien lo maneja y toma decisiones en tiempo real, como la de atacar a un caza que ha irrumpido de súbito en su espacio aéreo o variar de posición en un segundo para no dejar rastro tras lanzar sus misiles.

—*It's right, Manu*? —le pregunta, por si se ha equivocado en alguna apreciación.

Su mirada ya no es glacial, brilla. No oculta que está impresionado.

—*Yes, it's correct* —responde Clarisa.

Sin siquiera mirarla, el capataz le dice a Manu que su interlocutor es él, no ella, y que todo lo que tenga que decir debe hacerlo a través de su marido. Clarisa se siente humillada y se niega a aceptarlo, se enfada y le dice que ella viene de una sociedad en la que hombres y mujeres comparten los mismos derechos. «Se llama igualdad», apostilla en su inglés perfecto. El capataz no la ha escuchado, la ha convertido súbitamente en una mujer invisible a sus ojos. Manu sale en su defensa y repite sus mismas palabras ante el individuo, a lo que él replica, con arrogancia, que solo le importa lo que ocurre en el lugar donde se encuentran y que no va a perder ni un minuto más en semejante cuestión.

—Qué asco… —murmura Clarisa.

Repentinamente, el capataz se dirige a Manu en un español tan impecable que parece nativo:

—Dile a tu esposa que donde yo vivo golpeamos a las mujeres soberbias.

Manu y Clarisa tardan en reaccionar. Les parece brutal lo que acaba de decir el capataz y les sorprende también que lo haya hecho en español. ¿Cuándo pensaba decirles que dominaba la misma lengua que ellos?

—Dile que en mi país sería detenido y llevado ante un juez por golpear a una mujer —replica Clarisa, que no se rinde.

—Ya lo ha oído en palabras de mi mujer —dice Manu—. No quiero parecerle arrogante, pero es propio de seres civilizados la igualdad entre hombres y mujeres.

No hace caso. Vuelve a las habilidades del Aquiles.

—Me parece asombroso que su *software* con IA sea capaz de coordinar un enjambre de mil drones como si fueran uno solo, por lo que entiendo que su capacidad de ataque es extraordinaria. Supongo que puede cargar distintos tipos de armas. ¿Es así?

—Dile al señor capataz que esa es la idea; soy yo quien ha diseñado la estructura de fibra de carbono ultrarrígida y teflón cerámico avanzado y el peso que puede soportar. —Clarisa sigue enfadada y no le importa parecer desafiante—. De paso, dile también que necesito un brazo robótico de láser de alta precisión para el montaje y nos explique de una vez qué hacemos aquí. Ya lo sé, pero quiero oírlo.

De nuevo, el hombre no le contesta y comienza a enumerar otras virtudes del Aquiles, como su sofisticado sistema de camuflaje activo, que oculta su presencia no solo en el espectro visible, sino también en el infrarrojo y ultravioleta. Además, imita el entorno en el que vuela: el color azul del cielo, el verdor de los árboles, la arena del desierto. Es, pues, invisible, incluso cuando vuela bajo.

—Eso se consigue gracias a materiales muy avanzados, como los fabricados con inteligencia artificial, ¿verdad, Manu? —Vuelve a dirigirse a él sin mirar a Clarisa—. ¿Podría estar listo en dos semanas?

—¿Dos semanas? Eso es imposible —afirma Manu—. Hacen falta muchos elementos, como precisamente los metamateriales de ingeniería artificial. Cuando nos secuestraron, porque esa es la palabra exacta, nos disponíamos a fabricar el prototipo. Es único, nunca se ha creado un dron de estas características, es un dron creado por el futuro. Quiero decirle con esto que nunca lo hemos probado, solo en simulaciones por ordenador.

—Claro, también lo sé, por ese motivo no les hemos invitado a venir antes.

—¿Invitado? Hable con propiedad, por favor. No estamos invitados, sino retenidos aquí contra nuestra voluntad. —A Manu le indigna el eufemismo del capataz.

—Les estamos tratando como si esto fuera un hotel de cinco estrellas; podemos ser amables y podemos no serlo, créame. Queremos estrenar el prototipo en dos semanas. Cargará dos misiles y deberá programarse para que ataque Odessa, en Ucrania. El mejor lugar para hacer la primera prueba con fuego real es un país en guerra.

Capítulo XXXVII

CUANDO idearon el Aquiles, por encargo del Ministerio de Defensa británico al laboratorio de sir Lawrence Hepburn en Cambridge, Manu y Clarisa eran conscientes de que se trataba de un artefacto de guerra, mortífero, letal, capaz de transportar hasta cuatro misiles aire-tierra, pero el dilema ético lo resolvieron desde el principio: tras invadir Ucrania, Rusia se había convertido en una amenaza, el mundo ya no era el mismo y Europa debía estar preparada para defenderse. Por este motivo aceptaron liderar el proyecto. Habían finalizado *cum laude* sus respectivas carreras en Cambridge, y antes de conocerse ya habían diseñado drones que prometían revolucionar el universo de los vehículos aéreos no tripulados, los conocidos como VANT. Coincidían Clarisa y Manu en cómo debía ser un dron indetectable; era un desafío excitante diseñar uno de combate nunca visto, y trabajando en ese reto se enamoraron y, además, con una sorprendente coincidencia, pues los dos eran levantinos, de Castellón. Las vidas en Cambridge de los dos brillantes y jóvenes ingenieros habían discurrido en paralelo hasta entonces; se habían visto en la universidad, pero solo un hola y un adiós, acaso algún café con compañeros, aunque no se fijaron el uno en el otro hasta que fueron contratados para liderar el proyecto Aquiles. Tampoco el destino los había unido en Castellón, pues Manu era de Vila-Real y Clarisa vivía en la capital de la provincia.

Ella era una mujer apasionada, una enamorada de la ingeniería aeroespacial y de los logros tecnológicos que esta podía alcanzar. Manu compartía la misma pasión por los vuelos no tripulados guiados por control remoto, pero, al contrario que Clarisa, era un joven reservado, encerrado en el microcosmos de la inteligencia artificial. Siempre se preguntaba qué habría visto Clarisa en él para enamorarse.

Ahora van a ser papás, Clarisa está de casi veinte semanas y han sido secuestrados. Una cosa es fabricar drones para hacer frente a la locura imperialista de Putin y otra muy distinta es usarlos contra el país que ha sido invadido. El proyecto Aquiles va a cristalizar en manos de desconocidos. No saben quiénes son, pero sí sus intenciones: los obligan a probarlo en la ciudad de Odessa hasta perfeccionarlo del todo y entonces, cuando sepan fabricarlo…, ¿los matarán? Clarisa espera un hijo, no puede morir. Se niega a que eso suceda. La solución está en ganar tiempo y retrasar la puesta a punto del prototipo. Tienen la excusa perfecta: cuando los secuestraron, Aquiles no había salido del ordenador ni de los planos. Estaba aún en una fase primigenia, así que sus captores no pueden exigirles que funcione a la perfección, y menos con munición real.

Están ahora los dos paseando por los jardines del palacio, seguidos de cerca por cuatro guardianes: Antonia y Safila, las carceleras de Clarisa, y Juan y Dabir, los de Manu; también negros, que hablan los mismos idiomas que ellas.

—Esta noche he dormido mal —le comenta ella—. He soñado con drones, lo cual no me extraña, claro. No hemos hecho otra cosa desde que acabamos nuestras carreras. —Los dos se ríen y se dan un beso—. No obedecían órdenes —prosigue Clarisa, y en ese momento le aprieta la mano—, había algoritmos rebeldes —vuelve a hacerlo—, y los muy puñeteros me han arruinado la noche, porque al final los drones se estrellaban —la tercera vez— muy cerca de mí y yo corría muerta de miedo por un campo de girasoles, hasta que me caí y entonces me desperté.

—Yo, sin embargo, no he soñado nada —presiona él su mano dos veces.

Eso es un «no», «no lo hagas». En el código que han ideado, apretar la mano una vez es un «sí» o un «hazlo». Lo que le está planteando Clarisa a su marido, con el relato en clave de su sueño, es que altere algoritmos de la IA para que el artefacto no culmine su misión en Odessa. No pueden colaborar con el enemigo o favorecer los intereses de Rusia en la guerra. Es posible que detrás del secuestro esté Putin y haya utilizado a afrodescendientes para desconcertarles. Pero Manu no quiere alterar algoritmos, teme las represalias y su mujer está embarazada. Ya saben que lo está. Safila se lo había preguntado días atrás tras verla salir en bañador de la piscina. La científica no pudo negarlo. Manu no puede ponerla en riesgo, a ella y a su bebé, pero Clarisa insiste presionando varias veces su mano y mirándolo con gesto de súplica.

—No sé por qué me viene ahora a la cabeza el rey Herodes —comenta él—. Será porque este palacio y sus jardines me recuerdan a sus construcciones colosales.

—Es el que mandó matar a todos los bebés de Belén menores de dos años. Los evangelios siempre narran hechos terribles. No me hables de cosas así, Manu.

—Pobres madres, ¿verdad?

—Qué horror, pero nosotros no estábamos allí para impedir la matanza de inocentes y hacer lo correcto —persiste Clarisa en su idea de evitar bombardear Odessa.

—¿Por qué habláis de esas cosas? —interviene Antonia—. Hacéis llorar a mi corazón.

En los sucesivos paseos de los siguientes días, Clarisa le cuenta en clave a Manu que ella ya ha alterado la estructura del prototipo para que falle la propulsión de los misiles y anima a Manu para que Aquiles reciba la orden de estrellarse. No es fácil. Trabajan vigilados por los dos expertos en aeronáutica y en inteligencia artificial. Están obligados a enseñarles cómo se fabrica el Aquiles. Toman notas, cotejan los planos, les preguntan constantemente, pero solo los científicos conocen los secretos del artefacto y pueden alterarlos sin que se den cuenta.

Cercano ya el día en que el prototipo será transportado a Ucrania, viajan en un todoterreno con un remolque que alberga el prototipo, de dos metros de envergadura. Acompañan a los científicos el capataz y los dos ingenieros. Manu y Clarisa tienen los ojos vendados durante el trayecto. Van a realizar una prueba con el Aquiles. Carga esta vez un pequeño misil. Manu lo ha programado para que no falle, quiere que se confíen. Les quitan el pañuelo negro que les cubre los ojos. Ante ellos aparece un valle entre montañas. Desde donde lo divisan no se ve su final; parece un óleo con un paisaje irreal donde la naturaleza se replica a sí misma hasta el infinito. Les impresiona.

No saben en qué lugar se encuentra esa maravilla, podría ser África o alguna sierra del Caribe. Quizá es una isla. Les apena destrozar con un misil un trozo de ese paraje que parece inventado por los dioses. Son las diez en punto de la mañana. En tres minutos, Aquiles despegará en vertical sin que Manu lo pilote por control remoto. Lo hará él solo. Llega el momento y se eleva, silencioso. Se adentra en el valle, coge altura. En el minuto cuatro dispara el misil. Oyen el estruendo, ha dejado un buen boquete, lo ven desde el ordenador portátil de Manu, que recoge en directo lo que graba la cámara del Aquiles, que por unos instantes se adentra en la densa nube grisácea que se eleva hacia el cielo. En el minuto cuatro ya está de vuelta. Aterriza suavemente junto a ellos. A pesar de que ha violentado la naturaleza, Manu y Clarisa no pueden resistirse a la emoción, no la disimulan; es la primera vez que lo ven en acción. «Buen chico», murmura Manu. Si fuera un perro, le daría una chuche como recompensa.

Días después, Aquiles falla en Odessa. Tras lanzar uno de sus dos misiles sobre un edificio de las afueras —Manu no ha podido evitarlo, tiene que disimular y el primer lanzamiento debe ser certero para que la estratagema funcione—, de repente comienza a dar vueltas sobre sí mismo y cae en picado hasta estrellarse sobre una carretera comarcal. El segundo misil no explota al impactar contra el suelo. Al cargarlos en el dron, Clarisa había insistido en revisarlos —les esperaba un largo viaje hasta Ucrania y debían estar seguros,

argumentó— y había desactivado hábilmente la ojiva sin que nadie se percatara de ello.

El capataz, que lo ha transportado cerca de Ucrania con el experto en IA, está furioso. Telefonea inmediatamente al búnker y pide hablar con Manu, que ha seguido la acción *online* desde el ordenador. Asegura no saber qué ha podido suceder y pide disculpas, mientras Clarisa baja la cabeza y sonríe sin que nadie se dé cuenta. Su marido apunta a que tal vez el experto en IA con el que ha trabajado mano a mano haya cometido algún error.

—Ya le advertí que debía programar yo solo las coordenadas del objetivo —le dice—. Y tampoco hay que olvidar que es un prototipo.

—Hemos invertido tiempo y mucho dinero en esta misión. —El capataz sigue indignado; Manu escucha al otro lado de la línea su respiración agitada—. Habrá represalias.

Oye entonces un disparo, suena como un cohete, pero sabe que es un tiro. Teme que haya matado al experto en IA que ha viajado a Ucrania con el capataz. Cuando dos días después el jefe regresa al palacio, lo hace solo. Manu le pregunta por él.

—Ha pagado por su error —se limita a decir.

Es un aviso, piensa él sobrecogido.

Al día siguiente, en el paseo acostumbrado por los jardines, Clarisa lo consuela. Se siente culpable por haber derivado la responsabilidad del fallo en aquel joven del que nunca supo su nombre.

—Le ha costado la vida —se lamenta, sin importarle si le escuchan los guardianes.

—El capataz es un maldito asesino. —Tampoco le importa a ella.

Se han dado de bruces contra la realidad: el hombre que manda sobre ellos va armado y la pistola no es de adorno. Mientras sean imprescindibles, estarán a salvo. Eso les tranquiliza, pero a la vez les inquieta. Pocos días después, cuando ya están fabricando un segundo prototipo con un nuevo experto en IA, esta vez blanco, lo cual les desconcierta, el capataz les comunica el próximo objetivo: Winfield House, la residencia del embajador de Estados Unidos en Reino Unido, ubicada en el corazón de Regent’s Park, en Londres.

—Dile al señor capataz que Londres no es un país en guerra para hacer pruebas de fuego real —declara Clarisa, escandalizada.

—Tiene razón, eso no es lo acordado. —Manu también lo está—. Usted se propone bombardear población civil, por no hablar de que ahí reside el embajador de Estados Unidos. Es una mansión enorme, trabajan decenas de personas. Lo que pretende usted es un ataque terrorista en toda regla.

—Pregúntale al señor capataz qué panda de tarados está detrás de todo esto.

—¡Basta! —les ordena callar—. Ese es el objetivo. Si Aquiles falla de nuevo, las represalias serán contra ustedes.

Durante la noche, Clarisa no puede conciliar el sueño. Sus hormonas están revolucionadas y ella no deja de llorar. Maldice el palacio, el búnker, incluso Aquiles, convertido ahora en una máquina del terror. Antonia entra en la habitación. La ingeniera se pregunta cuándo duermen las guardianas, que siempre están atentas, incluso de madrugada.

—He escuchado tus lágrimas —le dice la mujer—. A tu bebé le conviene la risa; tu llanto lo pondrá triste y no querrá salir al mundo cuando lo llames.

—No me digas esas cosas, por favor. Es lo que menos necesito ahora mismo. ¿Dónde está Safila?

—Ella duerme ahora. Nos turnamos. ¿Echas de menos a tu marido?

—Mucho. Me siento muy sola por las noches, Antonia —le confiesa sin dejar de llorar—. ¿Es tu verdadero nombre?

—Si te dijera que sí, podría ser mentira, y si te dijera que no, también. Es mejor que no me preguntes. ¿Serías capaz de guardar un secreto?

—Sí, por supuesto. Cuéntame —la anima a compartirlo, mientras se limpia las lágrimas con las manos.

—Levántate de la cama y sígueme.

El palacio de noche tiene magia. La luz de la luna penetra por los ventanales y proyecta su sombra blanquiazul sobre las galerías que atraviesan las dos mujeres, descalzas, silenciosas. Llegan al ala

opuesta, muy distinta a la de Clarisa. La decoración, ya se lo había comentado Manu, es blanca —el suelo, las paredes— y azul —los muebles—. Imita a la náutica, con un sinfín de elementos relacionados con la navegación: anclas que cuelgan de las paredes, timones que sirven de mesa de centro, cuadros que muestran barcos en mares calmos o, por el contrario, en plena tempestad. Qué locura, piensa Clarisa. Donde están confinados no vislumbran nada parecido al mar, solo las crestas de montañas que asoman tras las vallas opacas de los jardines. No tiene sentido. Quizá cada ala sea temática y en otra que no conoce la decoración esté relacionada con la escalada, o con el circo, o con el cine.

Antonia le dice que espere en un rincón en penumbra del pasillo. Se acurruca en el suelo para esconderse mejor. Juan, el guardián de Manu, pasa por delante de ella y no la ve. No sabe a dónde se dirige, pero puede volver y se ovilla aún más en la oscuridad. Oye pasos que se acercan. Es Antonia. Le hace una señal para que la siga. La conduce a un vestíbulo redondo con varias puertas. La guardiana abre una de ellas. Es el dormitorio de Manu. Clarisa emite un suspiro de alegría y se cubre la boca con la mano para que nadie oiga su felicidad.

—Tenéis diez minutos, el tiempo que tardará Juan en ir y volver del botiquín. Le he pedido un ansiolítico para ti, le he dicho que tienes mucha ansiedad. A nosotras no nos está permitido tener la llave.

—Gracias. —Clarisa la abraza.

—Entra. No pierdas el tiempo.

Manu la espera en el umbral de la puerta. Se abrazan los dos, entran besándose como si fuera la última vez de sus vidas. La habitación también es náutica, con una gran cama azul con dosel, de la que cuelgan boyas de pesca de cristal. Se tumban con las manos entrelazadas.

—¿Nos da tiempo a hacer el amor? —le pregunta Manu—. Te deseo como nunca, te quiero, te amo, mi querida Clarisa.

—No es posible, nos deben de quedar ocho minutos. Tenemos que aprovechar el tiempo. El sexo tendrá que esperar. Escúchame,

amor, debemos impedir el ataque a Londres. Es nada menos que contra la residencia del embajador de Estados Unidos; no quiero ni imaginar lo que eso puede desencadenar. Nuestro Aquiles no es un terrorista, está creado para defendernos de la amenaza que supone Putin para Europa. Nunca habíamos tenido un conflicto bélico tan cerca desde la Segunda Guerra Mundial.

—El capataz ha asesinado al chico por mi culpa; el error lo provoqué yo. ¿Sabes cómo me siento? ¿Eres consciente de lo que podría hacernos?

—Nos necesita, no puede liquidarnos.

—Pero sí atarnos a un poste y darnos cien latigazos. Estás embarazada, Clarisa. Piensa en nuestro hijo. Parece que a veces lo olvidas.

—No digas eso, hago lo correcto. He calculado que en la residencia de Regent's Park pueden estar trabajando hasta doscientas personas. Si claudicamos, ¿qué será lo siguiente? ¿Un estadio de futbol? Hemos creado un monstruo en manos equivocadas.

—No creas que en las guerras va a lanzar perfume, Clarisa. Aquiles es un monstruo en cualquier mano, lo he estado reflexionando. Si fabricas una máquina de matar, da igual quién la posea, matará a unos o a otros, pero matará.

—Lo sé, pero está concebido como arma defensiva si nos atacan. Europa es vulnerable, no se ha rearmado desde la Segunda Guerra Mundial y tampoco ha habido una amenaza real como hasta ahora. El ataque a Regent's Park va a desestabilizarlo todo y quizá sea el principio de la guerra, porque ataca a Estados Unidos. Reflexiona también sobre eso, amor.

—Deja de hablar de guerras y bésame.

Llaman a la puerta. Es Antonia. Tienen que despedirse. Pero no hay tiempo. La guardiana, nerviosa, se lleva del brazo a Clarisa y no permite que los enamorados se besen por última vez.

Una semana y media después, el segundo prototipo viaja en un avión privado hasta Reino Unido. Una vez allí, en Gales, oculto en las abandonadas canteras de pizarra de Snowdonia, Aquiles despega y,

a una velocidad de cuatrocientos kilómetros por hora, se dirige a Winfield House. Los radares y los inhibidores policiales y militares no detectan su vuelo y los cazas siguen en tierra. A cuatro mil metros de altura, los misiles apuntan directamente a la mansión georgiana del embajador. El cielo está repleto de densas nubes y Aquiles se camufla proyectando sobre sí mismo la imagen del firmamento sin sol. Los misiles se dirigen veloces hacia la residencia, pero fallan el objetivo y explotan a cien metros del edificio, en la explanada de césped que lo antecede. La destrozan, mueren tres escoltas y un jardinero. Una gran humareda anuncia en el cielo el ataque. Comienzan a sonar las sirenas de las ambulancias y de los coches policiales. El centro de Londres se sume en el desconcierto. El capataz ha oído la explosión desde una cafetería cercana. Ve cómo los transeúntes corren por las aceras. Se felicita. Misión cumplida. Pero recibe una llamada de teléfono y su interlocutor le hace una pregunta:

—¿Qué ha fallado esta vez? No ha dado en el blanco.

Desconcertado e iracundo, telefonea a Manu.

—Ha sido un error de precisión, por unos escasos milímetros —argumenta el ingeniero—. Es un prototipo, capataz, y las pruebas son precisamente para ir ajustando la máquina. Lo siento, de verdad, aunque los misiles han funcionado.

El capataz corta la llamada. Parece que no quiere escuchar más excusas. Al día siguiente, Clarisa está en el comedor. Se siente feliz. Han evitado la muerte de muchos inocentes, piensa, porque no sabe que han fallecido reventadas cuatro personas que se hallaban en la explanada. Toma una sopa de pescado que está rica. Cocinan muy bien en el palacio. Termina el menú con una lubina a la plancha y un yogur de fresa. En pocos minutos tiene el paseo diario con Manu. Comentarán en clave el atentado, que solo ha destrozado el césped, sin víctimas, sigue creyendo, ilusa, mientras remueve con la cucharilla en el envase de yogur vacío. De repente, comienza a sentirse mal. Tiene el estómago revuelto. Su cuerpo le pide tumbarse, reposar en una siesta, y eso hace cuando llega al dormitorio. Sus guardianas la acompañan. Clarisa siente pinchazos

agudos insoportables en el bajo vientre, se revuelve en la cama, se encoge con las manos en el abdomen. Hay sangre en las sábanas. Antonia y Safila cuchichean entre ellas. Clarisa no las oye, centrada en su dolor. No sabe qué le está pasando.

—Llamad a un médico, por favor —les suplica.

Antonia observa, ensangrentado entre coágulos, al diminuto feto de veinte semanas que acaba de expulsar, apenas veinte centímetros de vida.

—Has perdido a tu hijo —le anuncia Antonia, a punto de llorar.

Clarisa pierde la consciencia tras escuchar sus palabras.

Capítulo XXXVIII

EL AGUA del baño estaba demasiado caliente y lord Moore se quejó al mayordomo. La quería siempre a la misma temperatura, treinta grados. Alguien del servicio era un torpe y quería saber quién había sido. No lo despediría, pero sí lo pondría a fregar las escaleras y a limpiar las caballerizas. El sirviente había aprovechado el reproche para informarle de que lady Valentine cenaría en el comedor del ala este del castillo con su hermana y lord Seymour, su cuñado. Moore le informó a su vez que pasaría a saludarlos, pero cenaría con Alejandro en el comedor privado de su *suite*, en el ala norte. Ya hacía un año que no ocultaba ni a su mujer ni al servicio la relación con su amante argentino, veinte años más joven que él. A lady Valentine no le importaba, siempre y cuando todo quedara entre las paredes del castillo, una fabulosa edificación del siglo XIV en el condado de Berkshire, a hora y media de Londres.

Alejandro regresaba en esos momentos de un safari de negocios en Kenia y Moore le había mandado un coche al aeropuerto, pero él lo había rehusado, prefería conducir su confortable Jaguar. Cuatro días sin verlo le parecían una barbaridad; lo quería a su lado y últimamente se habían visto muy poco. Incluso el lord le había propuesto que dejara su trabajo de consultor de fondos de inversión, que lo condenaba a vagar por el mundo para reunirse con sus clientes. ¿No sabes que existe internet?, le decía con sarcasmo, pues no entendía que tuviera que viajar tanto en plena era digital.

A Alejandro le molestaba que se inmiscuyera en sus asuntos, tenía treinta años y se estaba labrando su carrera. No te *metás* en lo mío, le respondía con su acento porteño —no solía hablarle en inglés cuando se enfadaba— cada vez que el aristócrata se quejaba de sus viajes. Tres veces seguidas a África… ¿Estaba teniendo una aventura con algún negro corrupto y ricachón? Sentía celos hasta del aire que rozaba la piel de Alejandro, tan blanca, tan suave, tan acariciable. Si no estaba, tenía por costumbre hurgar en los bolsillos de sus trajes, por si encontraba alguna prueba de una infidelidad. Era tan joven, tan alto, tan rubio, un efebo. Y él apenas llegaba al metro setenta y tenía la piel oscura. No había heredado los genes blancos de su madre; los de su padre indio habían colonizado todo su cuerpo, se lamentaba mientras registraba en su vestidor la zona reservada a Alejandro. El argentino no vivía en el castillo de Berkshire. Tenía un apartamento en el exclusivo barrio londinense de Kensington e iba alternando las dos residencias, pero Moore ya le había hecho espacio para que tuviera sus cosas; incluso había mandado tirar un tabique de una estancia contigua para convertirla en un baño para su amante.

No encontró nada en los bolsillos, pero sí un papel doblado sobre un par de sus mocasines estampados de la firma milanesa Fratelli Rossetti. No eran demasiado caros, opinó lord Moore. Solo setecientos euros, cuando él se calzaba unos Gaziano & Girling italianos hechos a medida de más de cinco mil. Se agachó a coger el papel y le crujieron las vértebras, le dio esa impresión extraña. Tenía cincuenta y tres años, cada vez estaba más cerca de los sesenta y detestaba el ejercicio físico. Solo montaba a caballo, que era distinto.

Un número de teléfono. Apuntado a mano. Tecleó en su móvil.

—Drones of the Future Company, good evening. How may I help you? —respondió una voz femenina.

¿Drones? El lord mantuvo la calma solo para preguntar dónde se encontraba la empresa. La mujer eludió la respuesta y le dijo que gustosamente le enviaría toda la información si le facilitaba un correo electrónico. No se lo dio, no los conocía de nada. Estaba furioso. Alejandro tenía el contacto de una empresa de drones y no

se lo había comentado, sabiendo que estaba en conversaciones muy avanzadas para vender un prototipo de dron al Ejército de la India o al de Corea del Norte. Como castigo, no lo iba a esperar, se iría al Carlton Club sin él; mucho mejor si estaba solo, quería pulsar la opinión de los *tories* sobre el ataque a la residencia del embajador estadounidense.

Llamó al mayordomo para que eligiera en el vestidor un traje para ir al club, un tres piezas azul oscuro. Abrió luego el portátil y tecleó «Drones of the Future». La empresa tenía su sede en Beersheba, en Israel, y estaba especializada en drones tácticos. En la pestaña de I+D, lord Moore leyó que estaban desarrollando uno invisible. Montó en cólera y cerró el portátil de un golpetazo. De repente, escuchó las notas de un piano, al que se unieron violines y clarinetes. Era una melodía dulce que le recordó a las de los años treinta. Alejandro entró en la *suite* llevando esa música en un mínimo altavoz inalámbrico que dejó sobre una cómoda del siglo XVII. Traje italiano negro, camisa rosa, corbata de un malva suave. Estaba irresistible, pensó lord Moore con lascivia, vestido solo con un albornoz.

Su amante se acercó a él bailando al son de la música, suave, envolvente, con el sentimiento del amor marcado en cada nota. El argentino le pasó un brazo por la cintura y con el otro entrelazó su mano a la suya. La voz de seda, prodigiosa, del cantante y guitarrista de *jazz* Al Bowlly acompañaba los pasos de baile de los dos por la habitación; pasos lentos, íntimos, envueltos por la letra que daba título a la melodía, «*Midnight, the Stars and You*». «Medianoche, las estrellas y vos», le susurró al oído Alejandro. Después, besó a lord Moore, fue un beso profundo que se llevó sus drones y sus suspicacias a un lugar lejano donde un soplo de aire los barrió. Alejandro le quitó suavemente el albornoz y siguieron bailando mientras le besaba los hombros desnudos.

—¿Vos me *amás*?

—Yes, of course.

—Let's fuck then.

Alejandro lo empujó hacia la cama. El mayordomo entró en ese momento en la *suite* con el traje de tres piezas y, evitando mirarlos, lo colgó en el armario y salió de puntillas.

Fue una sesión de sexo rápido, apasionado, con Moore dejándose amar, pasivo como siempre, entregado a lo que quisiera hacer con él su amante. Cuando todo terminó, el mismo soplo de aire que había barrido sus suspicacias, las trajo de vuelta.

—*Do you know what a drone is*? —le preguntó a Alejandro de un modo inquisitivo; había retomado de nuevo el control y quería saber si conocía qué era exactamente un dron.

—*Of course. Why do you ask*? —El joven le contestó que por supuesto que lo sabía; parecía desconcertado con la pregunta.

Moore le habló entonces del número de teléfono que había encontrado en un papel en su vestidor y de la compañía israelí fabricante de drones.

—¡No *seás* boludo!

Alejandro se levantó airado de la cama, se puso de pie ante él y le dijo amenazante que no le perdonaba que hubiera registrado sus cosas, que actuaba como si fuera el dueño del mundo y que, en tal clima de desconfianza, lo mejor que podía hacer era irse a su apartamento y llevarse todas sus pertenencias de allí. Moore le suplicó que no lo hiciera, le pidió perdón por los recelos que había mostrado hacia él y, como si de un melodrama se tratara, le dijo que no podía vivir sin su amor. El joven pareció calmarse, porque se sentó en la cama junto a él, pero solo era un espejismo, porque le dio a elegir: o le decía por qué había registrado sus cosas o se iría para no volver jamás.

Capítulo XXXIX

EN LA campiña inglesa, a solo diez kilómetros de Londres, hubo una abadía cisterciense que fue cerrada en el siglo XVI por orden de Enrique VIII, como tantas otras, cuando el monarca rompió con la Iglesia católica. No fue una abadía importante, como la de Fountains, cuyas imponentes ruinas recibían miles de visitantes cada año. No, esta era humilde. Solo había quedado de ella el esqueleto pétreo de la nave central de la iglesia. Estaba escondida en lo profundo de un bosque, como avergonzada por mostrarse tan deteriorada, y el tiempo se la estaba comiendo a bocados. Sin embargo, era testigo de citas de amantes furtivos y de otros encuentros secretos en las noches sin luna.

Alejandro aparcó su Jaguar en un claro del bosque y caminó hacia las ruinas con la linterna del móvil. La noche era oscura. Esperó junto a una de las columnas que sujetaba un arco, se encendió un cigarrillo y se mantuvo vigilante. La acolchada hierba impedía escuchar los pasos si alguien se acercaba. Y eso fue lo que ocurrió, que no los oyó y la llegada de su interlocutor le sobresaltó.

—Eres tan puntual que pareces inglés —escuchó a su espalda una voz masculina—. ¿Tienes algo para mí?

—No lo sé, podría ser.

Los dos hombres hablaban en la oscuridad; apenas se veían las caras, pero eso no era lo importante.

—Ha sido muy burdo lo del papelito, pensaba que no funcionaría, Norberto.

—No ha habido más tiempo y había que acelerar. Aquiles ha atacado Londres y no sabemos qué será lo siguiente, así que vamos a lo que vamos.

—Ya me imaginaba que sería Aquiles, ha volado sobre Londres con mucha desfachatez. Quiero acabar cuanto antes con esto, Norberto. Un día olvidaré mi propio nombre y hasta mi acento español. Estoy al límite, jefe. Cada vez que me tiro al lord, me voy después al baño a vomitar y hoy no ha sido una excepción.

—Piensa que lo haces por tu país. Ya queda poco para que vuelvas a ser tú, ten paciencia. Moore ha llamado a la compañía falsa.

—Sí, está muy interesado en la fábrica de Beersheba, yo he negado conocerla. Le he dicho que ese papel me lo debió de dar alguien que no recuerdo y que lo guardé en algún lado que tampoco recuerdo, pero no se fía.

—Normal. ¿Qué más?

—Le he reprochado su desconfianza. Me ha pedido que investigue para él la fábrica israelí, ya que alguien me ha dado el contacto. ¿A cambio de qué?, le he respondido. A cambio de mostrarte en Sudáfrica algo que te va a maravillar. ¿No te interesaban los drones? Espera y verás, me ha dicho. No he conseguido que concretara más.

—¿Dice la verdad o miente?

—Hay que intentarlo. Me ha hablado de un gran palacio en las montañas de algún lugar. Tengo el pálpito de que los científicos están allí, o puede que no. Ha sido demasiado fácil, no he tenido que presionarle mucho.

—No imaginas la de tonterías que se hacen por amor.

—Mañana nos vamos juntos allí, en su avión privado.

—Tienes que arreglártelas para enviarme la ubicación. Sudáfrica es muy grande, tiene más de un millón de kilómetros cuadrados. Ten cuidado, Alejandro. Allí estarás solo.

—Rescatáis a los científicos y lo dejo. Quiero regresar a Madrid a la espera de un destino acorde con el esfuerzo que he hecho. El indio tiene halitosis, su aliento me da asco. Estoy quemado.

—Aguanta un poco más, te he enseñado a soportarlo todo.

—No todo, no me preparaste para el mal aliento.

—Daños colaterales, como suele decirse. Esta noche conocerás en el Carlton Club a un español. Es guardia civil, como nosotros. Es capitán en la UCO, colabora en esto con Alessia.

—¿Colabora? ¿A qué te refieres?

—No preguntes, solo te informo. Quizá te pueda ser útil para algo, quién sabe. Dile quién eres en realidad, que se sienta apoyado.

—Tengo que irme, Moore me espera en el club.

—Lleva oculto tu móvil encriptado, necesito que me informes. Y recuerda: no existo.

Capítulo XL

¿EN QUÉ consiste ser elegante? Se dicen muchas tonterías sobre este asunto, piensa Tresser bajando del taxi que le ha llevado al Carlton Club. Si una de ellas fuera cierta, la de que la elegancia se tiene o no se tiene, independientemente de lo que uno lleve encima, él no tiene posibilidades. El traje de tres piezas —americana, chaleco y pantalón— que ha escogido en una tienda de Oxford Street le sienta perfecto, pero no está seguro de que pueda ocultar lo poco o nada elegante que es él, y aún menos con su inglés de academia del montón.

—No te reconozco, Julián. Pareces otro —le dice Amanda cuando sale del probador.

—No sé si eso es un piropo o una descalificación —le responde él, inseguro.

—Estás estupendo y te ha salido gratis, no quiero oírte ni una queja.

Se ha comprado también los zapatos, la camisa, la corbata y el pañuelo a juego para el bolsillo. Se siente preso dentro de esa parafernalia y teme que le reste naturalidad en el Carlton. Le duele el dinero gastado, cinco mil euros, aunque no hayan salido de su bolsillo. Si lo viera Adelaida, pensaría, y con razón, que estaba haciendo el ridículo. No iba tan bien vestido ni el día de su boda. Tiene que dar un nombre falso, el que figura en el carné de

identidad que le dio Alessia. No le gusta esa situación, pero tampoco va a presentarse ante lord Moore con su nombre real.

—*Good evening. I am Gonzalo de Caravaca and I am lord Percival Darcy's guest* —se presenta ante el portero tras atravesar la estrecha y anodina puerta del club.

El Carlton es un edificio que exhibe en su fachada largos y enormes ventanales y tiene solo dos plantas y una terraza con balaustrada de piedra. No es ni mucho menos señorial ni tampoco elegante; podría pasar por cualquier edificio público antiguo diseñado con cierta desidia. Nada en el exterior indica que es uno de los clubes más elitistas de Londres. No hay rótulos ni placas que lo señalen. El interior, sin embargo, es pomposo, palaciego. Mientras aguarda en el vestíbulo a lord Darcy, Tresser se fija en la gran escalinata alfombrada con moqueta azul y barandilla de forja, que asciende en un raro zigzag entre paredes repletas de cuadros, la mayoría retratos de señores desconocidos, no lo sería Winston Churchill, por ejemplo, pero no aparece. Se le acerca un hombre de mediana edad con un traje de raya diplomática impecable y una sonrisa franca que acompaña con modales ceremoniosos. Sorprendentemente, se dirige a él en español.

—Mr. Gonzalo de Caravaca, soy lord Percival Darcy, un placer conocerlo. —Le estrecha la mano con firmeza—. Mi esposa, lady Blanca, es española, de Aragón, concretamente de Barbastro, por eso me defiendo en su idioma y por eso se me ha sugerido acompañarle en el club. Me encanta España y la lengua española. ¿Tendría la amabilidad de seguirme?

Lo guía hacia un salón tan recargado de lujo que abruma: sofás y sillones de piel y de terciopelo, lámparas de araña, alfombras orientales, pesados cortinajes sobrepuestos. Hay varios miembros charlando; otros, los solitarios, leen la prensa. En la portada de *TheTimes*, a cinco columnas, Tresser acierta a ver de refilón la noticia del día, el ataque en Regent's Park: «La residencia del embajador de USA, bombardeada por al-Qaeda con un dron cargado de misiles», traduce el titular a vuelapluma. En un sillón de cuero

viejo y, sin embargo, lustroso, lord Moore lee el diario conservador *The Daily Telegraph*, con similar portada a toda página.

Ahí está su hombre, ahí lo tiene, a dos metros de él.

Las fotos que han visto Amanda y él lo favorecen más; al natural le parece vulgar. No llamaría la atención de nadie si no fuera tan bien vestido y tan bien peinado, con su cabello blanco peinado hacia atrás y la piel tan broncínea. Lord Darcy no pasa de largo, sino que se detiene, lo saluda y se lo presenta. Tresser casi se queda sin respiración cuando oye decir a su anfitrión: «*Mr. Caravaca, marquis of Fuentemora*». ¿Marqués? Con eso sí que no va a poder, no tiene ni idea de cómo es y se comporta un aristócrata.

Moore se levanta del sillón y le estrecha la mano, momento que aprovecha Tresser para colocarle en la manga un nanomicrófono del tamaño de una lenteja pardina, prendido a un pequeño adhesivo de doble cara. Se lo debería haber facilitado Alessia, pero está desaparecida. Lo ha tenido que comprar él en una franquicia equivalente a La Tienda del Espía, cercana a Oxford Street. Amanda tiene el receptor que registrará todo lo que diga el lord hasta que se quite el traje. Han estado ensayando decenas de veces el movimiento de endosárselo hasta lograr que sea imperceptible, una acción de guante blanco. Desconoce si los servicios de inteligencia tienen ya pinchados los teléfonos del lord o si lleva otro micrófono además del suyo, pero Tresser ya no los tiene en cuenta, ha tomado la iniciativa y lo hace a su modo. Aprovecha que en el mundo en el que se mueve ahora no se trabaja con órdenes judiciales, sino con la premisa de que el que no corre, vuela a la velocidad de la luz. Se fija en un detalle: Moore lleva en la muñeca izquierda, junto a su ostentoso Rolex, una pulsera hindú idéntica a la que se encontró en la casa de Manu y Clarisa. El lord se da cuenta, los invita a sentarse a Darcy y a él y les explica que la pulsera simboliza la unión entre hermanos. Tiene uno —el padre de Avtaar, supone Tresser— y ambos la llevan siempre consigo, asegura. No se la pueden quitar hasta la muerte. Entonces, el que sobreviva llevará las dos. ¿De quién es, pues, la encontrada en la vivienda? No sabe si el joven

indio tiene algún hermano, no lo ha podido interrogar. Deja el asunto para más tarde.

Se acomoda en la butaca. Un camarero con pajarita se acerca con un carrito repleto de licoreras de cristal tallado. El barman sabe perfectamente qué tipo de destilado contiene cada una. Darcy y Tresser eligen un *whisky* escocés, un Macallan de quince años, nada menos. Moore pide un *gin-tonic* de Martin Miller's y comienza a hacerle preguntas sobre su marquesado; Darcy le ayuda a contestar, le para los golpes. Es entonces cuando Tresser piensa que, además de lord, Darcy podría ser un agente que proporciona información sobre los conservadores británicos al MI5, el servicio de inteligencia para asuntos internos del Reino Unido.

Moore es un hombre de trato amable, habla con la educación exquisita de quien ha estudiado en colegios elitistas. Ahora le pregunta si tiene cotos de caza en España. Tresser le responde que tiene varios repartidos por la geografía del país, va aprendiendo a ir de farol. Darcy aprueba con la mirada su desfachatez, pero el capitán no quiere seguir por ahí, podría abrasarse. Introduce en la conversación el tema del día, el ataque a Regent's Park, quiere estudiar la reacción de Moore. El lord considera que resulta intolerable que esa máquina mortífera haya volado sobre Londres sin ser detectada. Culpa a los políticos de no defender el país de la amenaza rusa, aunque no menciona que la versión oficial apunta a los yihadistas. Así aparece en el titular de la portada de *TheDaily Telegraph* que Moore estaba leyendo cuando han sido presentados. Tresser le provoca sutilmente y opina que un artefacto indetectable tiene que ser chino, puesto que en Europa no existe ninguno remotamente parecido. «Si aquí avanzamos, lo hacemos desde la cola», apostilla. Parece que Moore va a replicarle algo, pero su móvil vibra y se excusa para abandonar el salón por unos minutos.

Ahora entra en acción Amanda, que va a escuchar y grabar toda la conversación desde un café cercano. Moore comienza a hablar sin saludar a su interlocutor y le reprende por no haber contestado a sus dos llamadas. Se excusa por no haberlo hecho y le cuenta que

los pajaritos han perdido a su polluelo, que se ha caído del nido y no ha sobrevivido.

—Eso les ha pasado por listos. —Amanda va traduciendo del inglés al interlocutor anónimo—. Han tenido su castigo, se han pasado.

«El polluelo se ha caído del nido y no ha sobrevivido». Le parece tremendo lo que ha escuchado y se le pasa por la cabeza que Clarisa y Manu hayan sufrido represalias, la peor de todas, la pérdida del bebé. Un aborto tal vez provocado, puesto que se menciona la palabra «castigo». Han pagado caro el supuesto error de precisión al lanzar los misiles. A Amanda se le encoge el alma.

—¿Qué me importa a mí el polluelo? —afirma Moore, airado—. ¿Por qué ha fallado el pajarraco? Con esta chapuza lo vamos a perder todo, ni licencias ni ventas. Hay que repetir y comprobar que todo sale bien esta vez. Mañana estaré allí; prepáralo todo para recibirme. Iré con un amigo que se quedará en mis aposentos. Y a los pajaritos diles que me los voy a comer fritos como no vuelen como yo les diga.

Lord Moore finaliza la llamada. Por si acaso fuera interceptada, ha tenido mucho cuidado en no mencionar a su interlocutor, el capataz, al que paga para que le informe de todo lo que ocurra en el palacio de las montañas. Regresa al salón del club y se disculpa con ceremoniosidad británica. Tresser está charlando con Darcy y con Alejandro. Se ha presentado como amigo de Moore. Darcy lo conoce, se tratan con familiaridad. Cuando llega Moore, le presiona suavemente en un hombro y le sonríe. Tresser nota complicidad entre ellos, tal vez sea su amante, lo cual le importa poco, pero le sorprende que no oculten su relación en un club atestado de conservadores.

Darcy, audaz, ha introducido el tema del calentamiento del planeta, piensa el guardia civil que ha sido una buena idea, porque el asunto permite la retórica y se puede hablar horas sobre él sin decir nada de interés. Mientras charlan, Tresser toma un poco de *whisky* y se pregunta de qué habrá hablado Moore por teléfono cuando se ha ausentado. Amanda no le ha enviado ningún mensaje.

Eso puede indicar que no hay nada. El joven argentino, un pijo extraordinariamente bien vestido, como los modelos de los anuncios de El Corte Inglés, le observa cada vez que puede. Tresser lo pilla y él desvía la mirada, mientras Moore y Darcy opinan sobre las mentiras del cambio climático. Necesita hablar con su compañera, busca una excusa, la primera que se le ocurre es salir a fumar. Se disculpa. Darcy le comenta que no es necesario salir a la calle, tienen sala de fumadores, le indica dónde está y abandona el lugar.

Entra en el salón de fumadores. Una mixtura de olores a puros habanos, tabaco de pipa y cigarrillos se eleva en una atmósfera brumosa. Hay varios socios fumando. Se reparten en diferentes butacas y sillones. Es una estancia grande, parecida a la anterior, con la misma decoración pomposa. Saca un cigarrillo y telefonea a Amanda. Ella le comenta el símil del polluelo caído del nido y su sospecha de que, no sabe cómo, le han provocado el aborto a Clarisa.

—Me duele oírlo —se lamenta Tresser—. Los dos están en una situación de extrema vulnerabilidad y no podemos rescatarlos porque seguimos sin saber dónde están.

—No han dado ni una sola pista, hablan en clave, pero lo que he entendido es que preparan otra prueba para el Aquiles. Dudo mucho de que Manu y Clarisa quieran arriesgarse de nuevo. Si no lo hacen, esta vez el dron acertará de lleno. Sin embargo, tenemos una oportunidad: Moore ha dicho que viajará mañana en su avión. No es un viaje de placer, creo que van al lugar que buscamos, Julián. ¿Cómo vas tú en el club? ¿Se te nota que no eres un dandi?

—Me han presentado como el marqués de Fuentemora.

—Ah, entonces ni una palabra más. Eres el primer marqués guardia civil que conozco.

Los dos se ríen, pero no hay tiempo para más. El argentino ha entrado en la sala y el capitán finaliza la llamada con un «luego hablamos». El joven se acerca a él, saca una pitillera de plata, la abre y coge un cigarrillo. Le pide fuego a Tresser y él piensa que es mentira: seguro que tiene un encendedor, pero está claro que busca

conversación. El capitán solo lleva encima un triste encendedor Bic. Debería haberlo pensado antes.

—Hacía mucho que no veía uno. —Lo coge entre sus dedos y lo observa un instante, con curiosidad—. A veces lo más sencillo es lo que mejor nos habla de la vida —le dice sin ocultar que quiere charlar—. No tenemos mucho tiempo, así que empiezo por el final y sin preámbulos: alguien me ha hablado muy bien de vos, sé que no *sos* marqués.

Tresser se sorprende, no lo esperaba, se siente desenmascarado ante ese hombre del entorno de Moore. Pero decide resistir.

—Se equivoca, le han podido dar información falsa sobre mí y lo cierto es que me resulta incómoda esta conversación.

Tresser, dispuesto a abandonar la sala lo antes posible, se acerca a un cenicero para apagar su cigarrillo y se da cuenta de que no se lo ha encendido. Alejandro da dos pasos hacia él y se sitúa a una distancia que el capitán considera invasiva.

—Te diré más: eres guardia civil —le susurra para que nadie más oiga su conversación—, *sos* capitán en la UCO y *colaborás* con Alessia en el asunto de los científicos. Y más aún: no soy argentino, soy de Madrid, aunque mi madre es de Buenos Aires y por eso no me cuesta simular el acento. Pertenezco al CNI, llevo más de un año trabajándome a lord Moore —le revela, ya sin la musicalidad de los porteños—, que es uno de los traficantes de armas más importantes de Europa y tiene conexiones con la mafia, algo por lo demás normal. Y en eso estaba yo cuando desaparecieron los de Cambridge. No hay tiempo, Tresser. Tienes que creerme.

Conoce su verdadero nombre y que es guardia civil, pero duda, no se atreve a dar el paso y confiar en él; todos allí mienten en diferentes grados.

—¿Por qué me cuenta a mí todo eso, Alejandro? —persiste en tratarle de usted para mostrarle sus recelos—. Viene aquí, me pide fuego, me llama por un nombre que no es el mío, me avasalla con absurdas historias que cree saber sobre mí y no sé qué espera, pero lo único que va a conseguir es que me enfade.

—No hay tiempo, te repito. —Le tutea para crear el efecto contrario: ganarse su confianza—. Tengo que volver al salón. Mañana viajo con él en su avión, tal vez al lugar donde fabrican los drones y donde retienen a Manu y Clarisa. Dime tu número teléfono, lo memorizaré. Intentaré enviarte la ubicación.

—Ya que eres del CNI y supongo que conoces a Alessia, ¿por qué no se lo dices a ella? —se aviene ahora a tutearle, aunque mantiene sus reservas.

—Ella está informada y ahora tú también. Si lográramos el rescate, habría que diseñar el operativo.

Tresser no ve otra posibilidad que fiarse de él; si todo lo que le ha contado fuera verdad, no quiere perder de vista al personaje. Le dice el número de su móvil. El joven cierra un instante los ojos, supone que para memorizarlo.

—Okey, lo tengo —le dice.

—Ahora te voy a pedir yo otro número, el de Moore. Imagino que no será un problema para ti facilitármelo. Apúntamelo, por favor.

—Ten cuidado con lo que haces, Tresser. Cualquier torpeza puede ponerme al descubierto.

—Eso no pasará.

—Memorízalo, nada por escrito.

Le dice el número, Tresser se fía de su retentiva.

—No te lo he dicho, pero ambos somos verdes, compañero —le revela Alejandro.

—¿Eso es verdad?

—Verdad de la buena.

Alejandro apaga el cigarrillo en un cenicero, se recompone el traje, ajusta su corbata y se va. Tresser está atónito, resulta que el falso argentino es español, guardia civil y trabaja en el CNI. Demasiado rocambolesco para no ser cierto. Ahora sí se fía de él.

Capítulo XLI

HABÍA dos realidades, la de los espías y la de todos los demás. Mientras Tresser permaneciera en contacto con los agentes de inteligencia, la única verdad posible estaba en ese plano de irrealidad en el que se movían. Salió del club, lord Darcy lo acompañó hasta la puerta y lo despidió felicitándole por la velada, que era como decirle que había pasado la prueba como falso marqués. De paso, le deslizó un objeto en uno de los bolsillos del traje. Tresser metió la mano. Era una pistola, la notó al tacto, la reconoció, una Ruger LCP de nueve milímetros, una pequeña y manejable semiautomática de solo trece centímetros de longitud. «Por si acaso la necesitara usted, nunca se sabe —le dijo, misterioso, lord Darcy—. Cuando se vaya para España, elimine sus huellas y tírela a una alcantarilla o al Támesis, que es lo tradicional —le aconsejó con humor británico—. Créame, es una buena idea llevarla encima», le aseguró antes de dejarlo con la palabra en la boca y desaparecer tras la puerta del club. ¿Para qué la iba a querer él? No le gustaba ir armado por Londres, estaba lleno de controles policiales y no era su pistola reglamentaria. ¿Qué pensaba Darcy que podía pasarle para entregarle un arma de autodefensa?, se preguntó en el taxi que le llevaba al *pub* en el que había quedado con Amanda, a la que había llamado para decirle que ya se dirigía hacia allí.

Se aflojó el cuello de la corbata, que de repente le oprimía, y decidió que se iba a desembarazar de la Ruger cuanto antes; precisamente cuando lo estaba pensando, el taxista le anunció que la calle estaba cortada por un control policial aleatorio y había que dar un largo rodeo para llegar a su destino. Estaba a cuatrocientos metros de allí, llegaría antes andando, le aseguró. Tresser pagó la carrera y bajó del vehículo. Miró la hora: las once de la noche. Le daba tiempo a desembarazarse rápidamente del arma sin despertar sospechas. El taxista lo había dejado en Bermondsey Street, una pintoresca y popular calle con cafés, *pubs* y restaurantes cercana a la estación de London Bridge, la zona en la que lo esperaba Amanda. Tenía el Támesis al lado y no se lo pensó más: caminó hacia el río y se adentró en el paseo que lo bordeaba a ambos lados. La alarma nacional lo había dejado vacío, salvo alguna joven pareja de enamorados o un hombre que paseaba a su pequeño perro. Eso le daba ventaja: podría hacer lo que se había propuesto sin testigos.

El Támesis de noche tenía algo de siniestro, la luz de las farolas no lograba suavizar el color oscuro de sus aguas. Se apoyó en la barandilla, sacó disimuladamente el arma y, a punto de lanzarla, alguien le agarró por detrás y lo sujetó del cuello, mientras otro lo cacheaba en busca de su cartera, que le arrebató. Aunque su carné de identidad fuera falso, no podía quedarse indocumentado en un Londres blindado y desconfiado. Forcejeó, logró volverse hacia ellos y, con un movimiento audaz e inesperado, encañonó con la Ruger a uno de ellos a la altura del riñón. Su cómplice se asustó y se alejó corriendo. Eran jóvenes, pero no tenían pinta de quinquis, sino más bien de agentes secretos o de sicarios. Iban bien vestidos, con un estilo informal, pero pulcro.

—*Give my wallet*! —le gritó Tresser al que no huyó, al tiempo que le presionaba las vísceras con el arma.

El capitán le exigió que le diera su cartera y el tipo le juró que quien la tenía era el que había huido. Lo empujó entonces hacia la barandilla, lo colocó de espaldas y lo cacheó. Decía la verdad: no la llevaba encima. Sin dejar de apuntarle, se lo llevó a una zona poco iluminada, lo obligó a sentarse en un banco y le ordenó que llamara

a su amigo. Se lo dijo en inglés, naturalmente, pero tradujo inmediatamente al español en su mente la grave amenaza que le lanzó: «Dile que venga a recoger tu cadáver, porque te voy a disparar si no aparece en cinco minutos con la cartera».

No se reconoció en esas palabras, no era él, oyéndose descubría una versión de sí mismo que desconocía y que le asustó. Era el estrés, las situaciones al límite que había vivido aquel día, comenzando por el atentado de Regent's Street. Recuperó el control. Con voz más calmada le preguntó para quién trabajaban. No lo sabía. Un tipo les había pagado dos mil libras para robar y llevarle a él la cartera. ¿Un hombre de aspecto indio?, intentó Tresser recabar más información. Oyó su respuesta, un «No lo sé» (*I don't know*) pronunciado mientras se encogía de hombros, y entonces le encañonó aún más. «Puede ser, es posible», aceptó entonces su rehén. Llama a tu amigo, quiero la cartera aquí y ahora, le exigió.

Esta vez suavizó la amenaza. En la cartera lo tenía todo, ni siquiera podría comprar un billete de avión si no la recuperaba. Dedujo que, de algún modo, Darcy intuyó que Moore querría investigarlo de la peor forma, él era el intruso y el lord desconfiaba de todo y de todos. De repente, apareció por un extremo de la ribera el otro individuo. Llevaba la cartera en la mano. Se la devolvió cuando llegó hasta él y le transmitió un mensaje: lord Moore le pedía disculpas, todo había sido un malentendido. Tresser la revisó, conservaba intactos los documentos, las tarjetas, el dinero. Se felicitó por haber dejado en el hotel su placa de la Guardia Civil y su DNI real. Estaba indignado, más bien cabreado, que era un grado más. Rápido, elaboró un mensaje envenenado para Moore: dile al lord que lo considero una ofensa, que le voy a retirar el saludo y que su educación y buenas formas están al nivel de un paria. «Paria». Ahí quiso clavarle el aguijón que nunca querría sufrir un desclasado como él.

Se acabó. Los tipos se fueron con sus dos mil libras y el capitán lanzó la pistola al Támesis, que se la tragó con voracidad porque desapareció en menos de un instante tras un leve chapoteo.

Amanda se asombró cuando, ya reunidos en el *pub*, le relató lo sucedido.

—Moore es un hombre de trazo grueso —sentenció ella—. Digo yo que habría otras formas de investigarte. Hay una cosa llamada internet que es muy cotilla.

—Pensé que me iban a estrangular cuando me agarraron por el cuello, no sé de dónde saqué las fuerzas. Al que no huyó le dediqué palabras violentas impropias de mi manera de ser, hablé como un macarra, no me reconocí.

—Ay, las situaciones extremas, qué sorpresas nos dan, Julián. Ese macarra no eres tú, es el simio ancestral. Lo llevamos enjaulado, pero a veces se escapa.

—Prefiero no pensar en el simio. Lo que es seguro es que en el Londres de lord Moore no estamos a salvo.

Capítulo XLII

«FANTÁSTICA PEGGY», la piropeó Amanda en español y le dio un abrazo de gratitud. Su amiga y antiguo enlace policial en Londres le había hecho ese favor tan necesario para la investigación. De las cinco llamadas que hizo lord Moore la noche anterior hasta que se desvistió al llegar a casa y el micrófono dejó de estar operativo, solo una tuvo el máximo interés, aquella en la que su interlocutor utilizó los símiles de los pájaros y el polluelo. Se trataba de saber desde dónde se había realizado. A las siete de la mañana del día siguiente, Peggy contactó por teléfono con varias personas, a las que les dio el número de Moore que había memorizado Tresser y la hora exacta en la que se produjo la conversación en cuestión. Dos horas después, cuando Amanda estaba a punto de salir hacia el aeropuerto para reunirse con el capitán, llegó la información esperada: la llamada se había hecho desde Sudáfrica, concretamente desde la localidad de Elandskop, al sureste del país. No se pudo localizar al interlocutor de Moore, era un teléfono de prepago con número oculto.

—Creo que, quien quiera que fuera, se trasladó allí para telefonear —aseguró Amanda—. He mirado en el mapa y es una planicie llena de hoteles. Allí es difícil esconder a dos personas y mucho menos fabricar un dron de última generación.

Tresser y su compañera estaban en una cafetería del aeropuerto de Heathrow. El capitán no había podido adelantar su vuelo a Madrid

y se encontraba abatido.

—Julián, que no es un drama —intentó rebajar su desazón—. Tu hijo está bien y Adelaida solo se encuentra sobrepasada. Cuando estés a su lado, se relajará.

—Si se trasladó para hacer la llamada —Tresser no quiso continuar con la conversación, no era lo que necesitaba en ese momento—, el lugar que buscamos no puede quedar lejos.

—He visto en Google que Elandskop es uno de los puntos de partida de los senderistas para recorrer la zona. Está a los pies de las montañas Maluti, una cordillera imponente, con valles, vergeles y cascadas altísimas, el lugar perfecto para esconder a dos rehenes, tan alejado del mundo que solo se puede circular con un cuatro por cuatro. No hay carreteras, hay pistas forestales. Es un espacio protegido, Patrimonio de la Humanidad, pero he leído que bordeando el parque hay ocultas algunas mansiones de gente muy rica, claro. En todo caso, por primera vez estamos cerca.

—A lo largo de la mañana, Alejandro me enviará la ubicación, al menos eso me ha dicho.

—Si coincide con la nuestra, bingo.

—Me admira su valor —comentó Tresser—. Un año de relación sentimental con un hombre que ni le va ni le viene, posiblemente incluso lo deteste. Aunque Alejandro fuera homosexual, no es plato de buen gusto acostarse cada noche con alguien tan solo para sacarle información.

—Las mujeres espías lo han hecho toda su vida y nadie ha llorado por ellas. ¿Pensabas que los agentes de inteligencia no han tenido que hacer lo mismo? Pero claro, solo se habla de las pérfidas mata haris. Nuestros infiltrados e infiltradas de la Guardia Civil también se pueden ver obligados a hacerlo; no estamos descubriendo la pólvora, Julián.

Continuaron hablando de los sacrificios que uno hace por su país y, llegado el momento, embarcaron en diferentes vuelos con destino a Madrid. Tresser insistió tantas veces en darle las gracias a Amanda por haber formado equipo con él, que la teniente coronel le dijo que un día acabaría feneciendo de un ataque de cortesía.

Una hora antes, a las siete de la tarde, Mara y Alessia habían aterrizado en la capital. Tresser no se había comunicado con la agente para contarle las novedades: ese punto geográfico que podía darles la pista definitiva que buscaban y el descubrimiento que para él había sido Alejandro. Estaba casi seguro de que ella se enteraría de un modo u otro, siempre iba un paso por delante. No andaba desencaminado. Tras descender del avión, *Batman* recibió un SMS de *Incógnita*: «Dame la ubicación cuando la recibas».

El mensaje encriptado del poema de William Wordsworth transmitía a Alessia precisamente eso cuando logró decodificarlo:

«Lord tiene un topo en el jardín. Está buscando la ubicación. B417/322,30».

Norberto —Alessia ya estaba segura de que era él— le iba a dejar un mensaje en el *buzón muerto* número cuatro de Londres ese mismo día, diecisiete de marzo, a las diez y media de la noche, pero ella no podía acudir a recogerlo porque por la tarde tenía que estar ya en Madrid. Iban a reunirse todos con Carol en el piso franco de Móstoles. No se rindió, sin embargo, y antes de subir al avión cogió rápidamente un taxi para dejarle a Norberto una nota en el buzón cuatro, en el pliegue del reposabrazos izquierdo del sofá chéster del bar americano del lujoso hotel Stafford. «Tengo que viajar a Madrid, no puedo esperar. Busca otro modo. ¿Eres tú de verdad?», escribió apresuradamente en un papel durante el trayecto. Tenía ganas de abrazar a su jefe y darle la bienvenida al mundo de los vivos, pero no sabía cuándo sería eso posible. Entró apresurada en el hotel, buscó el bar —un *pub*-coctelería típicamente inglés, sin apenas público porque era la hora del almuerzo, no de las copas—, se sentó en el chéster y pidió una copa de champán *brut nature* bien frío. Cuando se fue el camarero con la comanda, introdujo su mensaje en el lugar convenido, con la esperanza de que hubiera otro para ella. No hubo suerte, era demasiado pronto. El barman le sirvió el cava, ella pagó la cuenta, se lo bebió de dos largos tragos y, cuando iba a salir, vio en una mesa del fondo a tres hombres sentados, hablando entre ellos en voz baja, como tres cardenales en un cónclave. Uno de ellos, no podía creérselo, era Norberto. Estaba tan segura de que

lo era que no se resistió al impulso de acercarse. A medida que lo hacía, la emoción le iba cortando la respiración y notaba el corazón a punto de estallarle.

—*Excuse me, would you mind taking a picture of me at the bar*? —les pidió que le hicieran una foto con una sonrisa que intentaba enmascarar la conmoción—. *I'm an influencer*.

Alessia les mostró su móvil. Norberto se levantó de la silla y lo cogió. Le preguntó dónde quería que le hiciera la foto. Ella se alejó hacia la barra, él la siguió. La agente posó bajo las decenas de copas de cristal que colgaban bocabajo sobre el mostrador, parecían flotar en el aire.

—Norberto, no sé, quiero llorar… —susurró conteniendo la emoción—. ¿Cómo lograste salvarte?

—No hay tiempo. Pídele a Tresser que te dé la ubicación cuando la reciba.

No le costó sonreír, estaba feliz, tenía a dos metros a su jefe que volvía a la vida.

—¿Cuándo podré verte otra vez? —le preguntó mientras él le hacía dos fotos más—. Te he dejado un mensaje en el sofá.

—Te avisaré.

Alessia estaba tan conmocionada que se retrasó en coger un taxi a la salida del hotel y estuvo a punto de perder el vuelo; llegó al filo, ya iban a cerrar la puerta de embarque.

—Si lo hubieras perdido, Carol te mata —le dijo Mara cuando Alessia tomó asiento a su lado—. ¿Dónde te habías metido?

—Trabajando, como siempre. Estoy agotada, voy a dormir.

De este modo, Alessia eludió las preguntas y se libró de conversar con su compañera. Quería únicamente pensar en su encuentro con Norberto. Si estaba vivo, pero no quería que nadie se enterara, como parecía ser, ¿por qué se exponía en un hotel del centro de Londres? Ella lo había reconocido enseguida; tampoco había cambiado de aspecto, era el mismo de siempre. Se preguntó quiénes serían los dos hombres que lo acompañaban, pero no tenía la respuesta, eran unos absolutos desconocidos.

El avión aterrizó en Madrid y Alessia seguía haciéndose preguntas. Mara le propuso compartir taxi, pero ella no la escuchó.

—¿Me estás oyendo? —se quejó su compañera.

—Pues la verdad es que no, estoy en mis cosas, perdóname —se excusó.

Finalmente, se fueron del aeropuerto por separado y quedaron en verse en Móstoles. Tras el enigma de Norberto, ahora debía enfrentarse a la sospecha de que su marido le era infiel. Alessia se pasaba la vida fingiendo, y en esta ocasión no quiso hacerlo. Entró en casa, permaneció abrazada a Jana varios minutos, se le escaparon lágrimas y no las ocultó. Estaba tan feliz por tenerla entre sus brazos que hubiera permanecido enlazada a ella varias horas.

—Cariño, ¿quieres que nos bañemos juntas y hacemos espuma?

La pequeña dijo que sí sin pensárselo y se fue a su habitación a por unas gafas de bucear. Javier no había querido interrumpir el encuentro entre madre e hija y permaneció en su estudio. Alessia entró, él se acercó a besarla y ella lo rechazó.

—No puedo competir con otra mujer —le dijo sin prolegómenos, intentando mantenerse entera, cuando ella sentía que su cuerpo se iba deshilachando—, cualquiera sería mejor madre y esposa que yo. Lo único que te pido es que no la traigas a casa cuando esté Jana. Para nuestra hija todo sigue como siempre, ¿entiendes?

—Daniela…

Su marido parecía desencajado, no esperaba esas palabras tan duras y tan frías, era como si ella hubiera borrado de un manotazo los diez años que llevaban juntos.

—Me insultarías si lo negaras, Javier. No quiero saber quién es, no me digas nada sobre ella. Cuida de Jana como lo has estado haciendo, eso sí que te lo agradeceré siempre. Y ahora me voy a tomar un baño con mi hija.

A Mara no la esperaba nadie en casa. Su vecino había desaparecido porque en realidad era un agente secreto, «el enigmático Ventura», se dijo. Cuando el taxi iba a detenerse frente a su portal, ella ordenó de repente al taxista que siguiera adelante. Se había fijado en dos hombres que a cualquiera le parecerían

sospechosos de algo: corpulentos, calvos los dos, con caras de perro de presa. Estaban apoyados en el capó de uno de los coches aparcados en la acera, cerca de su casa. Desde que Dominik murió tiroteado, Mara vigilaba sus espaldas. Era un agente ruso, y los rusos eran crueles y vengativos. En ese mismo momento, recibió un SMS en el móvil: «Baja en el siguiente semáforo en rojo». Cuando el taxista iba a pasarlo, pues estaba todavía en ámbar, Mara le dijo que se detuviera. Allí la estaba esperando Ventura, el falso vecino, el agente secreto.

Capítulo XLIII

ADELAIDA estaba radiante; era la primera vez desde que había dado a luz que salía con sus amigas a dar una vuelta. Las hormonas le habían dado una tregua y la había aprovechado. Ahora tocaba euforia, aunque exagerada, artificial. Luego llegaría la melancolía, el miedo al futuro, las dudas sobre si estaría o no a la altura de la responsabilidad que suponía tener un hijo. El drástico descenso hormonal tras el parto la sometía a constantes fluctuaciones del ánimo que la agotaban. Era médica psiquiatra, conocía la naturaleza de lo que le estaba sucediendo, pero no por ello se libraba del maremágnum hormonal. Ahora estaba con sus cinco amigas en el elegante salón-bar de un céntrico hotel de Madrid, con un pianista que tocaba todas las canciones que le pedían. Era el turno de *La vita è bella*, la hermosa composición de Nicola Piovani. No podía tomar alcohol debido a la lactancia. Cuánto le habría apetecido una copa —o dos— de un buen Ribera del Duero como el que estaban degustando las demás, pero no le importaba. Le parecía que había estrenado el mundo, el cielo era nuevo y el aire desprendía luz. No quiso estar cuando Tresser llegó a casa desde el aeropuerto. Lo recibió Luba, no tan efusiva como siempre; Julián la percibía triste.

—Adelaida se ha ido con unas amigas. Se ha sacado leche y ha dejado un biberón para que se lo demos a Pablo cuando toque. Está enfadada. Ya te lo advertí. Lo arreglarás, ¿verdad?

—Claro que lo arreglaré —simuló estar convencido de ello—. No quiero verte triste, Luba.

—Si Adelaida te dejara, estaríamos solos con Pablo. Yo tendría que hacer de mamá cuando el niño te tocara a ti y no sé hacerlo porque no soy madre ni nunca lo seré. —La joven tenía los ojos vidriosos, estaba realmente preocupada—. Ni siquiera puedo hacerte magia, no me sale.

—Luba, nada de eso va a pasar, dibujas un futuro que no existe.

Se acercó a ella, la abrazó y la besó en la frente, como acostumbraba.

—¿Qué es esa funda que llevas junto a la maleta? —se fijó entonces la joven.

—Es un traje, he tenido una reunión donde era obligatorio llevarlo y he comprado uno en Londres. Voy a ver a Pablo.

Había estado tres días fuera, eran pocos, pero le dio la impresión de que su hijo había crecido y estaba más espabilado. Lo cogió entre sus brazos, el bebé le sonrió y emitió un pequeño grito de satisfacción. Era la primera vez que lo hacía de esa manera, con todo su cuerpecillo apoyando el gorgorito.

—Papá, en dos semanas haré el número de magia de la gala mensual —le dijo Luba mientras preparaba pañales limpios en la habitación del bebé—. ¿Vendrás a verme?

—Por supuesto. ¿Lo harás con Samuel?

—No, él ya cuenta con otra maga y yo tendré a Bruno de ayudante.

—¿Bruno?

—Sí, lo hace muy bien, tiene gracia.

—Así que seguís adelante. —Julián no ocultó un gesto de desaprobación.

—Él sigue adelante, yo solo le empujo un poco.

—¿Y siempre vas a hacer de locomotora y él de vagón?

—No sé, lo que la vida nos dé. No te enfades, estamos bien juntos, nos entendemos.

—Más bien creo que tú le entiendes más a él de lo que él te entiende a ti. ¿Se interesa por tu vida, como tú te interesas por la suya?

—Ahora está centrado en su dolor mental, como dice Adelaida. Hoy le he dicho: «¿Sabes el gran esfuerzo que hace cada día el organismo humano para mantenernos en la vida? Para que tú no lo quieras agradecer y te quieras ir de este mundo».

—¿Eso se te ha ocurrido a ti? —Julián estaba admirado de su razonamiento biológico tan lleno de verdad.

—Claro, es pura lógica. ¿Por qué me lo preguntas? No soy idiota, aunque sea una ingenua. ¿Te apañas con Pablo, papá? Tengo ensayo.

Adelaida hacía su vida y Luba también. Parecían no necesitarle, tal vez se habían acostumbrado ya a no contar con él y eso le dolía, pero estaba dispuesto a revertirlo. Bañó a Pablo, le puso los pañales, lo vistió con un mono de patitos azules y le dio el biberón, sentado en la butaca del dormitorio. Justo en ese momento llegó Adelaida a casa y entró en la habitación. Estaba bella, su mirada era limpia, se notaba que el encuentro con sus amigas la había relajado. Sin embargo, le preguntó algo que rompió el encanto y la endureció a ojos de Julián:

—Vaya, ya estás aquí. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar esta vez?

Empezó de esa manera, no le dejó ni un resquicio. Qué mal estaban las cosas; no sabía cómo se habían estropeado tanto, solo habían sido tres días los que había estado fuera.

—Esa pregunta está cargada de munición, Adelaida, aunque tengas parte de razón. ¿No te cansas de entrar en bucle con este asunto? Me refiero a que sabes cuál es mi trabajo y en qué consiste, y estoy un poco harto de tus continuos reproches. Siento no ser contable y no tener un horario de ocho a tres, tal vez en otra vida.

A Julián le había salido todo de carrerilla, no había hecho una sola pausa para pensar la siguiente palabra. Lo dicho pugnaba por salir desde hacía tiempo, al fin había liberado esos pensamientos que ya sobrevolaban en el ambiente para cargarlo de tensión.

—Sí, lo acepto, estoy irritable y lo pago contigo, te pido perdón.

Julián no se lo esperaba, tuvo unas ganas irrefrenables de besarla, pero quería aclarar las cosas de una vez y prosiguió:

—¿Crees que si yo fuera médico de Urgencias en vez de guardia civil aceptarías con mejor actitud mis horarios de trabajo?

—¿Me estás interrogando, capitán? —le preguntó, irónica.

—No, estoy intentando entenderte.

—Es posible que sí, Julián, que mi actitud fuera otra. —Volvió a sorprenderle su sinceridad—. Un médico de Urgencias no va armado al trabajo. Y sabes además que hubiera preferido que, licenciado en Derecho como eres, ejercieras de abogado, lo habrías tenido fácil en el bufete de mi padre y habrías sido tan buen letrado como ahora buen guardia civil.

—Pero entonces hubiera vivido la vida que te gustaba a ti, no la que me gusta a mí.

—Vuelves a tener razón: no podemos pretender que los demás vivan las vidas que nosotros queremos. Y vamos a dejar el bucle, como tú dices. El caso es que la culpa la tienen mis hormonas, que han huido y ya no trabajan para mí. Siento mi mala leche.

—Bueno, lo de la mala leche en plena lactancia no suena muy bien…

Adelaida se rio, oyó su ja, ja, ja espontáneo, límpido, se acercó a ella y la abrazó, como si acabara de enamorarse de ella, como si todo comenzara de nuevo.

Capítulo XLIV

CUANDO PUTIN invadió Ucrania, tres hombres tuvieron un sueño, tres africanos ricos con conexiones directas e incluso familiares con el poder de sus respectivos países: Guinea Ecuatorial —antiguo protectorado español—, Somalia —uno de los países más pobres del planeta— y Zambia —entre los mayores productores mundiales de cobre—. El guineano Jamal, el somalí Osmán y el zambiano Mapalo ya se conocían, pero fueron estrechando su amistad en los fastos para celebrar los diversos aniversarios de la independencia de África de los colonos europeos. Ahora Nigeria, luego El Congo, más tarde Burkina Faso. En el continente solo existían dos países soberanos a mediados del siglo XIX: Etiopía y Liberia. Los demás estaban sometidos por la colonización. Cada vez que se encontraban —los tres se enorgullecían de una África libre—, los amigos charlaban, bebían *whisky* y comentaban las encrucijadas políticas de cada país sobre la mesa del bar del hotel donde se alojaran. Eran soñadores, ambiciosos, pero no hombres decentes: precisamente habían amasado sus fortunas porque no lo eran.

«Me asombran esos drones kamikazes ucranianos, mueren matando, son unos fenómenos», les comentó Osmán poco después de la invasión de Putin. Muchos eran interceptados por las baterías antiaéreas rusas, pero otros muchos alcanzaban su objetivo. «¿Qué se nos ha perdido a nosotros allí? ¿Acaso los blancos hablan de nuestras guerras en la sobremesa?», dijo Mapalo con la intención de

cambiar de tema y beberse otro *whisky*. «¿Y si nosotros fabricáramos un dron de combate?». Se le ocurrió en ese momento al guineano Jamal. «Pero no un dron cualquiera, uno invencible». Se rieron de la ocurrencia y ahí quedó suspendido ese sueño; sin embargo, Jamal no lo olvidó. Medio año después, se reunieron en Ámsterdam por otros asuntos con lord Moore, puesto que todos ellos eran viejos conocidos. Se manejaban bien en el mercado negro de las armas. Jamal le comentó al británico la «estupenda locura», fueron sus palabras, que perseguía: «Imagínate a la arrinconada África liderando la carrera armamentística de los drones de ataque. Nosotros invertimos y tú lo gestionas y buscas un país y un ejército que nos compre el dron; por ejemplo, la India», le dijo a Moore para persuadirlo. «Déjame pensarlo», respondió. No le seducía la idea; se necesitaban expertos capaces de diseñar un artefacto no tripulado que no existía. No había ninguno totalmente invisible ni totalmente indetectable, como pretendía Osmán que fuera. Pero en la fiesta familiar con motivo del *Diwali*, la celebración más importante de la India, festejada por mil millones de indios de todos los credos, su sobrino Avtaar, que nunca destacaba en nada, le sorprendió con su licenciatura en Ingeniería Informática con matrícula de honor. Moore había olvidado a qué se dedicaba el joven; tampoco hablaba con frecuencia con su hermano, se querían sin necesidad de llamarse a diario. Tiempo después supo por él que a Avtaar lo habían contratado en el laboratorio de sir Lawrence Hepburn en Cambridge. «Estoy en un proyecto secreto», alardeó su sobrino ante su tío la siguiente vez que se encontraron, y le contó en qué consistía y quiénes lo lideraban. El joven siempre había vivido acomplejado, al igual que su familia, por la superioridad social de Moore. Y ahí empezó todo.

Jamal cazó al fin el sueño que perseguía, convenció a Moore y a sus dos amigos y les planteó raptar a los dos científicos sin contemplaciones; era su modo de hacer las cosas. «Nos los quedamos nosotros en exclusiva. En mi palacio de las montañas Maluti hay sitio de sobra para fabricar el prototipo, en un búnker excavado en roca que he construido por si llegan malos tiempos. Los

dos ingenieros no saldrán del palacio hasta que lo dejen listo para ofrecérselo al ejército que puje más alto. La India, China, Rusia, cualquiera de las dos Coreas o Europa y Estados Unidos para dar soporte a Ucrania. No nos van a faltar compradores y tenemos muchos contactos en el mercado de armas. A la pareja hay que tratarla con cortesía y alimentarla bien para que rinda en su trabajo, como se hace con los animales».

Invirtieron un millón y medio de euros los tres para el arranque del proyecto. Veían posible ganar mucho dinero y obtener grandes beneficios. Lord Moore les dijo que se ocuparía de que nadie husmeara en el asunto. Contrató en la *dark web*, la que no dejaba rastro, al misterioso Romano. Escribió al ser invisible al otro lado del ordenador y le dijo qué debía hacer a cambio de mucho dinero. Esta es la transcripción de lo que trataron:

«Todo el que se acerque al proyecto, lo dejas fuera. Ya me entiendes».

«No te entiendo, especifica», respondió en el chat.

«¿Podríamos vernos, Romano? No es cómodo dejar por escrito estas cosas».

«Lo escrito se diluirá en un agujero negro, no te preocupes por eso. Lo que me hace tan eficaz es que no existo y, por tanto, no dejo rastro. Y soy invisible también para mis clientes, aunque tengo muchos ojos y oídos en todos los lados. Pero te puedo enviar mi foto para que te quedes más tranquilo».

Al instante, apareció en la pantalla de Moore la imagen habitual de Romano, la del emperador César Augusto. Al lord no le hizo gracia y escribió:

«Estás haciendo el payaso y no me río».

«Ahórrame comentarios como el que acabas de hacer. Es mi firma; la verás aquí tras cada trabajo. Detalla tus necesidades para que te haga presupuesto. Puede haber muertos, puede haber heridos, puedo hacer que parezca un accidente; lo que tú quieras mientras pagues bien y puntual».

«Te pagaré lo que quieras si haces lo que yo quiero. En este asunto es como si estuvieras a mis órdenes, más o menos».

«Yo no trabajo a las órdenes de nadie. ¿Quién te has creído que eres? Me pensaré si hago negocios contigo».

Pero no solo los hizo, sino que le comentó a Moore cuánto se divertía eliminando o atemorizando a los agentes de inteligencia relacionados con el rapto de los científicos y con el dron. A Norberto lo creía muerto, pero resucitó. Ahí se equivocó.

Capítulo XLV

LO HABÍAN demostrado: el Aquiles había sobrevolado Londres, la gran metrópoli, sin ser detectado por los sistemas de seguridad. Había lanzado los misiles sin que las defensas lo repelieran. La capital británica no tenía ni mucho menos la Cúpula de Hierro de Israel, el potente escudo antimisiles que protegía sus principales ciudades, sobre todo Tel Aviv. Sin embargo, no se había alcanzado el objetivo: la residencia del embajador de Estados Unidos seguía en pie, le recordó a lord Moore un importante intermediario con el Ejército de la India. «Con estos fallos no puedo contactar con los militares todavía», le dijo. Moore se apresuró a desmontar la objeción: el dron que codiciaban aún estaba en fase de pruebas y un error de precisión entraba dentro de lo posible. Lo que debía valorar era el hecho insólito hasta entonces de que Aquiles no hubiera sido detectado ni por la Policía ni por el Ejército británicos. Al hombre le costaba hacerse oír; se habían reunido en las tinieblas, en un combate clandestino de lucha callejera en un suburbio de Londres; los dos se habían manchado los zapatos en el fango para escapar de la luz. Aquel era un lugar seguro. Nadie iba a estar pendiente de sus conversaciones, pero había demasiado follón y, acostumbrados como estaban a los lugares exclusivos con moqueta en los que levantar la voz era de mal gusto, se sentían incómodos junto a un público ávido de violencia, que gritaba animando a uno u otro de los dos jóvenes

contendientes que luchaban a puñetazos descarnados, con sus torsos desnudos ensangrentados mientras corrían las apuestas.

Un derechazo en la sien derribó al suelo a uno de los oponentes. Mientras el púgil intentaba levantarse para proseguir la lucha, el intermediario, indio como Moore, se interesó por la cantidad de Aquiles que podían fabricarse en serie. La respuesta lo dejó satisfecho: de quinientos en quinientos en turnos de veinticuatro horas los modulares más sencillos, siempre que tuvieran el mismo *software*. «Necesitaría otra prueba sin fallo alguno», exigió. «Eso está hecho», respondió Moore enseguida. El intermediario le propuso un desafío imposible: Israel. Para atacar la Cúpula de Hierro el dron debía estar más desarrollado. «Eso no es posible ahora, lo siento. Pídeme algo que te pueda dar». Le prometió, no obstante, que Aquiles no fallaría la próxima vez y que asombraría a los compradores. Moore tenía muchos contactos, incluso amistades, en el Ejército indio, pero, una vez más, no quiso mancharse las manos y prefirió ocultarse tras uno de los numerosos intermediarios del mercado de armas, al que hizo prometer que su nombre no sería mencionado hasta la firma del contrato.

«¿París, Berlín, Madrid? —sugirió el comisionista—. ¿Y el Coliseo de Roma?», se le ocurrió también. Sentía que con Aquiles podían atacar cualquier lugar, en la paz y en la guerra. «O las Cuatro Torres de Madrid. La firma será yihadista, como en Londres, así que sería un buen objetivo», propuso ahora Moore. La capital española ya había sido atacada por los terroristas yihadistas en 2003 y no resultaría extraño que lo volvieran a hacer. El atentado de Londres ya había sido atribuido falsamente a al-Qaeda, que no lo desmintió. El bando occidental parecía haberse puesto de acuerdo en ocultar la humillación que había supuesto el ataque del dron. Aunque conocía perfectamente la mentira sobre la autoría del atentado, Estados Unidos tomó represalias y atacó con drones el sureste de Yemen, uno de los bastiones de los terroristas islámicos en Oriente Próximo.

«Las Cuatro Torres de Madrid son una buena opción», coincidieron los dos en señalar los rascacielos más altos de la capital. El intermediario le preguntó cuántas personas estaban detrás del

proyecto. «Estoy yo solo, es mi sueño, aunque obviamente tengo inversores para el desarrollo. Mi deseo es que la fabricación del dron pueda liderarla nuestro país, la India», afirmó. Entonces Moore le propuso un viaje con todos los gastos pagados a las playas de Ciudad del Cabo para tratar el asunto con mayor profundidad. «Qué casualidad. Mañana tengo una reunión de alto nivel en África, en Tánger, con miembros del Ejército de Marruecos», le reveló el comisionista. Moore se ofreció a recogerle en algún lugar cercano para ir juntos en su *jet* a Sudáfrica. «Yo tendré que hacer una escala de dos días para una reunión de trabajo, pero antes te dejaré en Ciudad del Cabo para que disfrutes de unas minivacaciones de lujo en un estupendo resort. Luego me incorporaré yo y podremos hablar largamente del proyecto. Te llevaré fotos del dron ultrasecreto, como prueba de mi confianza hacia ti». Ambos entrechocaron sus manos a la vez que finalizaba el combate. El ganador fue jaleado; el perdedor caminó noqueado y ensangrentado buscando la salida en aquella gran nave abandonada.

Capítulo XLVI

DESDE el cielo, el norte de África era tan monótono y árido que Alejandro se durmió mirando por la ventanilla del avión. También era cierto que Moore y él se habían tomado una botella de champán francés tras despegar de Londres y estaba amodorrado. Era un vuelo de más de once horas. El *jet* privado tenía que atravesar todo el continente hasta llegar a Sudáfrica, y probablemente tendría que hacer escala para repostar, pero no solo cuatro horas después de haber despegado, que fue cuando de repente el avión descendió y aterrizó en una pista de tierra arcillosa y polvorienta en medio de la nada. Moore le dijo que tenían que recoger a un pasajero, un cliente importante. Para el agente secreto era una oportunidad de obtener información; quizá fuera uno de los compradores del dron y pudiera conseguir datos de lo que hablaran entre ellos, pero, representando su papel de pijo prepotente y caprichoso, le echó la bronca al lord por subir a un extraño al avión y tener que compartir el vuelo con el intruso. Moore le pidió disculpas, pero le comentó que tenía que hacer sus negocios. «*Business is business*», le dijo, encogiéndose de hombros.

A pie de pista, esperaban dos todoterrenos negros, brillantes, sin una mota de polvo. Alejandro dedujo que cerca habría una carretera de asfalto que conduciría a algo parecido a una ciudad. De uno de los vehículos bajó un hombre de aspecto indio, bien trajeado, con dos escoltas armados con fusiles. Era el intermediario de Moore,

aunque Alejandro desconocía su identidad. Le inquietó que los guardaespaldas pudieran subir a bordo con armas, pero mucho más lo que sucedió después: cuando lord Moore descendía por la escalerilla del avión para recibir a su invitado, llegaron otros tres todoterrenos, de los cuales descendieron cuatro hombres, dos blancos y dos negros, todos armados. Nada más poner un pie en tierra, dispararon a los escoltas del comisionista indio y uno de ellos, rubio y corpulento, se adelantó unos pasos y disparó contra el cliente del lord, que cayó fulminado al suelo. Lo remató con varios tiros. Moore se quedó en lo alto de la escalerilla, petrificado, con los brazos alzados, en gesto de rendición. En ese momento, Alejandro lo agarró como pudo, lo arrastró hacia el interior del avión y cerró la puerta mientras gritaba al comandante de vuelo que despegara inmediatamente. El avión comenzó a rodar por la pista, pero los disparos de los escoltas, que no se sabía a quién servían, impactaron contra el *jet*, que finalmente logró despegar, aunque con daños en el fuselaje.

Alejandro se dirigió a la cabina y preguntó si algún disparo había impactado en el depósito de combustible. Le dijeron que sí, que perdían fuel, pero estaban usando un tanque adicional, preparado para realizar el vuelo completo si no fuera posible repostar. No obstante, había que aterrizar urgentemente en el aeropuerto más cercano, en Bamako, capital de Mali, en África Central. El comandante le advirtió que había peligro de explosión. El avión, insistió, no podía llegar en esas condiciones a su destino final, el aeropuerto de Maseru en Lesoto, un pequeño país en medio de Sudáfrica. «¡Bingo!», se dijo eufórico Alejandro. Aprovechando que Moore seguía absorto, sin pronunciar una sola palabra, activó unos segundos el móvil y envió a Norberto y a Tresser ese destino, que quizá no fuera exactamente el que buscaban, pero, en todo caso, pensó que estaría cerca.

Moore no reaccionaba, estaba en su asiento con la mirada perdida. Alejandro tuvo que zarandearlo para que saliera de su marasmo.

—*Have they killed him*? —le preguntó el lord.

Sí, claro que han matado a tu cliente, imbécil, por tu culpa podríamos estar todos muertos, deseó decirle de viva voz al lord.

—*But why all this*? —quiso saber Alejandro el porqué de todo lo que había ocurrido mientras el *jet* perdía altura para aterrizarde urgencia en Mali.

—*I have betrayed my African partners* —respondió, sobrecogido.

Hostia, pensó Alejandro. Eres un puto cobarde. A veces el dinero no es suficiente para parar los golpes, idiota. Moore acababa de confesarle que había traicionado a sus socios africanos. El agente dedujo que había intentado vender el dron por su cuenta a otro comprador para sacar más beneficio y no repartir. Le echó de nuevo una bronca:

—¡*Sos* un ser vulgar, la codicia lo es! —le gritó—. Ya *podés* llamar a tus socios y solucionarlo, porque tendremos una diana en la espalda cuando aterricemos en África.

Ya no había tiempo; el avión estaba tomando tierra. Una vez en Mali, en la pista del aeropuerto de Bamako, la tripulación —dos pilotos y una auxiliar de vuelo— comunicó a Moore que no iban a continuar. Estaban aterrados por los disparos y los hombres asesinados. Les ofreció cuatro veces más de lo que cobraban, pero los tres declinaron el ofrecimiento. El lord había despertado de su apalancamiento y los despidió insultándolos, como si estar en tierra africana lo hubiera liberado de repente de la impoluta educación británica.

El edificio aeroportuario de Bamako era grande y moderno; podía pasar perfectamente por uno europeo. Moore encargó a Alejandro contratar una nueva tripulación, mientras él se ocupaba de que repararan el depósito de combustible y los daños en el fuselaje. Los mecánicos tardarían una semana y al británico no le quedó más remedio que alquilar otro *jet* que lo llevara a Lesoto. Aquel viaje tan accidentado y trágico lo había noqueado, pero ahora ya se veía con fuerza suficiente para tantear a sus socios africanos; temía que el tiroteo lo hubieran ordenado ellos. No se equivocó. Osmán se lo confirmó durante una tensa llamada telefónica. Se sentían traicionados. A Moore le resultó inexplicable que supieran lo que

había tramado con el intermediario indio. ¿Le espiaron quizá en la pelea ilegal? A pesar de todo, intentó convencerlo de que todo había sido un malentendido, que su relación con aquel hombre no tenía nada que ver con el dron. Pero Osmán se limitó a decirle: «No sé, Moore. Quizá mañana despierte y ya seas hombre muerto».

Capítulo XLVII

MARA les había sorprendido: Carol, Alessia y Benjamín no se esperaban de ella tal pericia, pues aseguraba conocer el lugar exacto donde estaban retenidos los científicos.

—En las montañas Maluti, en Lesoto. Tengo la ubicación, las coordenadas.

—¿Cuánto te ha costado esa información? —le preguntó Carol, recelosa, enredando entre sus dedos su trenza blanca.

—Muchos años de trabajo, mi fuente confía en mí y ahora lo ha vuelto a demostrar. Es la mejor que tengo ahora mismo.

—Mi fuente en Milán afirma que también están en Sudáfrica —aportó Alessia.

—¿Todos a la vez y a la misma hora? —preguntó Carol.

—Es el plazo que nos has dado —replicó Mara—, pero si dos coinciden, es que el lugar podría ser el correcto.

—O no lo es y se trata de desinformación, intoxicación —volvió Carol a plantear sus dudas.

Estaban reunidos en torno a la mesa del comedor del piso franco de Móstoles, con las persianas bajadas y la lámpara de mimbre proyectando una luz mortecina que a todos les resultaba desagradable. Faltaban Irene y Fausto, el amante ocasional de Mara. No estaban porque no habían conseguido el objetivo, que era descubrir en qué lugar se hallaban Manu y Clarisa. En el mundo del

espionaje, tener buenas fuentes de información era lo que a uno le colocaba en primera línea, y no tenerlas, condenaba a un progresivo aislamiento del grupo. Salvo Benjamín, que había sabido cubrir esa carencia con habilidades que producían buenos resultados.

—Vaya, vaya, vaya… No me lo creo —desconfió Carol—. Dos fuentes los sitúan en Sudáfrica. O es una coincidencia a nivel conjunción astral o me huele a trampa. Me pregunto qué hace África fabricando un dron de combate, cuando no forma parte del selecto club armamentístico. ¿Quién va a hacer hoy los espaguetis?

—Yo mismo, Carol —se ofreció Benjamín.

—Busca tallarines, los prefiero. Ya que les vas a echar un bote de tomate, qué más te dan unos que otros. Tengo que hablar con Alma; es la directora la que tiene que decidir cómo se hace el rescate, si es que el objetivo es ese. ¿Habéis comentado con alguien lo de Sudáfrica?

Mara y Alessia negaron con la cabeza.

—Seremos muy duros si alguien comete traición —advirtió—. Ya habéis visto el final de Íñigo, digno de una ópera de Verdi.

De modo súbito, los móviles de las agentes recibieron un SMS desde un número oculto, pero con la imagen del emperador César Augusto. El de Alessia contenía una foto de su hija, Jana, jugando en el recreo del colegio; el de Mara, una de ella misma tomando un baño de espuma en su casa, y el móvil de Benjamín le mostraba a su novia en el hospital donde trabajaba como médica de Urgencias. A Alessia le dio un vuelco el corazón y un latido potente le atravesó el cuerpo.

—Carol, tengo que irme y poner a mi hija a salvo de Romano.

Mara y Benjamín se levantaron y cada uno se fue a una esquina diferente con el teléfono en la mano, observando la imagen, como si no creyeran lo que estaban viendo, como si mirarla con perplejidad y desconcierto pudiera borrarla.

—De aquí no se mueve nadie hasta que hable con Alma —les ordenó Carol.

—¿Y a qué esperas? —le urgió Alessia.

En ese mismo momento, Carol recibió un SMS. Su gata Dorita yacía muerta en el rellano de su casa. La mujer se llevó las manos a la cabeza y enmudeció.

—¿Qué pasa? —le preguntó Mara.

Carol, descompuesta, marcó un número en el móvil.

—Alma, tenemos que hacer el rescate ya, si no nos van a matar a todos.

Capítulo XLVIII

NUNCA se arrepintió Norberto de haber citado a Tresser en Atenas, aunque ahora pensaba en lo mucho que se enfadaría al enterarse de que había *resucitado* tras la explosión del yate. Quiso encontrarse con el capitán en Spatholimani porque temía ser asesinado. Ya habían muerto otros agentes secretos relacionados con el caso, víctimas de homicidios disfrazados de accidentes. Del mismo modo que, para regularizar su situación civil, Norberto se había casado dos meses atrás con su novia de siempre, en presencia de la hija de ambos, de cinco años, decidió confiarle al capitán de la UCO, por si acaso también, los pormenores del secuestro de Manu y Clarisa y el riesgo que suponía que ese dron cayera en otras manos que no fueran las del bloque occidental. Tresser debería decidir qué hacía con la información que iba a compartir con él, pero Norberto tenía la certeza de que no se quedaría de brazos cruzados; al contrario, creía que tomaría la iniciativa.

Lo cierto era que ya no podía fiarse de nadie, ni de los propios agentes de inteligencia, sus compañeros. Junto con la CIA y el MI6 británico, había fallado en los dos intentos de rescate, uno en Calabria, en el sur de Italia, y otro en los Balcanes, en Serbia. Manu y Clarisa estuvieron primero en una villa en Cosenza, perteneciente a la 'Ndrangheta, la mafia calabresa, y después en una mansión escondida entre los densos bosques de Kopaonik, en el sur de Serbia, propiedad de Dimitar Vlasic, uno de los hombres más ricos y

controvertidos del país balcánico, sospechoso de traficar con armas y seres humanos. Parecía que los secuestradores tenían amigos de confianza en todos los oscuros sótanos del planeta. Los servicios de espionaje constataron la presencia de los dos rehenes tras hablar con los lugareños, que recibieron dinero por la información. Pero ninguno de los edificios donde los confinaron estaba habilitado para el desarrollo de un prototipo de dron de esas características; tal vez lo que pretendían los secuestradores era distraer a los agentes de inteligencia y ponerlos nerviosos. Aun así, hubieran resuelto el rescate de no ser por la traición del jefe de gabinete de Alma, la jefa suprema del CNI. Era un misil dirigido directamente a la médula del Centro, también una frustración que a todos los señalaba como incapaces de descubrir dentro de casa a un informador del enemigo y resolver una misión en la que estaba en juego la seguridad de Europa.

Aquel yate en Grecia debería haber puesto rumbo a altamar. Allí, en medio del Egeo, Norberto se iba a reunir con el agente de la CIA Charlie Menéndez y la del MI6, la británica Petula Wilson. Por la parte que le tocaba, Norberto no se lo había comunicado al CNI, no quería arriesgarse, había un topo en algún lugar. Poco podía imaginar entonces que el traidor acabaría siendo de los suyos.

Reunidos los tres agentes en el yate, creían saber de nuevo dónde estaban los científicos: en el exuberante oasis de Siwa, a seiscientos kilómetros de Egipto, con uno de los mayores campos de dunas del mundo, además de lagos y piscinas naturales entre los palmerales. La información provenía del MI6. El espionaje inglés tenía en Egipto buenas fuentes, ya que el país de los faraones había sido protectorado del Imperio británico durante casi ocho décadas y aún mantenía allí su influencia. Sin embargo, tras una llamada de teléfono, el agente de la CIA Menéndez les aseguró que Siwa era un señuelo y que todas sus fuentes señalaban ahora hacia el sur de África, no al norte del continente. Los espías estadounidenses habían grabado en vídeo el lugar donde se suponía que estaban Manu y Clarisa en Siwa, una villa semioculta entre palmeras datileras, pero no descubrieron nada ni a nadie en veinte kilómetros a la redonda.

Estaba en venta y pertenecía a un fondo de inversión escurridizo, al que se le siguió el rastro y no se obtuvo nada concluyente. En todo caso, allí dentro no había nadie. Era exasperante.

Cuando Norberto bajó desde el yate a la fueraborda para dirigirse a la cita con Tresser, le sorprendió que Menéndez también se apuntara a ir a Atenas con su asesor, al igual que Wilson y el suyo. A la británica no se la veía muy contenta con la idea. Norberto no tuvo otra opción que telefonear a Tresser a la vista de todos, incluidos los dos asesores de los agentes, quienes no se separaban nunca de sus jefes.

—¿Quién es ese amigo y para qué has *quedáo* con él? —le preguntó en español Menéndez mientras se sacaba un moco de la nariz y lo tiraba al mar—. No olvides que mis orígenes son puertorriqueños y te entiendo cuando hablas. Tampoco olvides que ahora todos nos espiamos a todos, nadie se fía de nadie —le advirtió; era un hombre grandote que caminaba algo encogido, le pesaba la espalda. A veces corregía la postura y se enderezaba, pero al poco volvía a doblarse ligeramente, como si ya se resignara a que, al cabo de los años, desarrollaría una ostensible chepa y casi besaría el suelo con la barbilla.

—Y tú no olvides, Menéndez, que si has escuchado mi conversación es porque a mí no me ha importado que lo hicieras.

—No se me enfade, *bro*. Solo quiero saber quién es el hombre con el que te vas a encontrar.

—Es un amigo de hace muchos años y con eso te tendrás que conformar.

Norberto no iba a amilanarse, lo consideraba un prepotente y, además, le daba asco que se hubiera hurgado la nariz delante de todos. Era un hombre desagradable. Sus malos modales en la mesa, con un concierto de ruidos al comer y al beber, le habían obligado a llamarle la atención más de una vez, lo cual a Menéndez le daba igual porque ni siquiera pedía disculpas.

—No deberías quedar con alguien que no está relacionado con la misión —le siguió amonestando el agente de la CIA.

—*In English, please* —se quejó Petula, que se sentía excluida de la conversación.

—El yate va a explotar ahorita mismo. En dos minutos, ¡pum! —les anunció Menéndez.

—*What? Noooooooo*! —Parecía que Wilson había entendido el sentido de aquella frase.

—No tiene gracia —le recriminó Norberto.

Les ordenó quitarse los salvavidas, miró después su reloj y les gritó en español:

—En tres, dos, uno, ¡ya!

A Norberto no le dio tiempo a reaccionar. Si era verdad que el yate iba a explotar, no había tiempo más que para quitarse los salvavidas, como les había ordenado el estadounidense, y lanzarse al agua, sin entender qué estaba ocurriendo. Al sumergirse, descubrieron que les estaban esperando seis submarinistas, uno por cada pasajero de la fueraborda, más el piloto, con botellas de aire comprimido y máscaras de buceo para que pudieran respirar bajo el agua. Los agarraron de un brazo, les indicaron con gestos que se dejaran llevar y los alejaron rápidamente del yate. Ya habían avanzado unos treinta metros cuando percibieron en el agua la onda expansiva de la explosión; fue como si una mano gigante invisible les zarandeara el cuerpo con violencia. Norberto volvió la cabeza un instante y pudo ver los restos del yate incendiado, flotando algunos en la superficie, otros descendiendo a las profundidades impelidos por su peso. Aquello no parecía real, sino más bien una película que él estaba viendo desde la butaca de un cine, pero estaba sucediendo de verdad y se preguntó por la suerte de la tripulación, de la que únicamente se había salvado con seguridad uno de los miembros, el que pilotaba la fueraborda.

Tras bucear cogido del brazo de su submarinista durante unos minutos que a Norberto se le hicieron interminables, por fin emergieron a la superficie. Un yate, más pequeño que el anterior, los estaba aguardando. Se había tendido una escalerilla para acceder al barco. A los buceadores ya no los vieron más, tal vez los recogió otra embarcación.

—*We are officially dead* —les dijo Menéndez.

«Estamos oficialmente muertos», repitió en español. Su tono de voz era impasible; podría haber utilizado el mismo para hablar del tiempo. Después los invitó a bajar a los camarotes para cambiarse de ropa, pero Norberto y Wilson le exigieron una explicación. «No nos has permiso para esta muerte simulada», añadió Norberto. Ahora no existían. El agente del CNI ya se imaginaba la jugada: muertos los tres, podían investigar en las sombras moviendo los hilos, sin que anduvieran detrás de ellos ni Romano ni otros agentes enemigos, incluso los propios secuestradores, que hasta ahora iban un paso por delante. Y eso fue exactamente lo que les contó el agente. Pero esa estratagema debía haber sido consensuada, le reprochó Wilson, a lo que replicó Menéndez que, si lo hubiera hecho, aún estarían en la cubierta debatiendo sobre el sexo de los ángeles. Les hablaba con una superioridad irritante, la que utilizaba la CIA cuando tomaba decisiones sin consultar a los demás, solo a los suyos. Wilson tenía familia, Norberto también. Y los asesores. A todos les angustiaba el dolor que sentirían los suyos cuando les dijeran que sus cuerpos no habían sido encontrados. Pero lo peor era que habían muerto el capitán del yate, el cocinero y el resto de la tripulación. Seis inocentes, en total.

—*You are a bastard*! —le insultó Petula.

—Pienso lo mismo, eres un cabrón —añadió Norberto.

—No se me enfaden, que esta es una buena jugada y la tripulación está a salvo. *We will work better now that we are dead*. Está en juego la seguridad del mundo libre y no es ninguna broma.

—¿Lo saben tus jefes o es cosa tuya? ¿Dónde está la tripulación? —preguntó el agente español.

Menéndez no contestó. Pero les insistió en que se quitaran sus ropas mojadas. Los esperaría en cubierta para trazar planes mientras comían. A los dos asesores tampoco les pidió su opinión sobre qué les parecía estar muertos para sus familias. A todos les sonó a cinismo lo que acababa de decirles, eso de que «trabajando muertos trabajaremos mejor». Aquello era una chapuza, pensaba Norberto con la rectitud del guardia civil que era. No se les había dado la

oportunidad de trazar meticulosamente un *plan de muerte* entre todos, les había venido impuesto.

El piloto de la fueraborda sería oficialmente uno de los supervivientes de la explosión. Recibió una llamada satelital a bordo del yate en la que se le informó de lo que iba a suceder: se le indemnizaría con trescientos mil euros ingresados en una cuenta a su nombre en un banco de Panamá, y se le amenazó de muerte si abría la boca. «Lo mismo hemos hecho con el resto de los tripulantes, para que os quedéis tranquilos», les aseguró Menéndez en español y en inglés. Pero nadie le creyó. Había demostrado ser un hombre sin escrúpulos. Una zódiac vino a buscar al piloto. Una hora después flotaba en el mar Egeo con un salvavidas frente a la costa griega y lo recogía sano y salvo un barco de Salvamento Marítimo. Menéndez no había pensado en lo mucho que extrañaría a los policías el hecho de que sobreviviera a una gran explosión sin un solo rasguño. Fue Petula Wilson quien se lo comentó, pero el agente de la CIA les aseguró a todos que eso ya estaba previsto también y pasó a otro tema. El piloto ya pertenecía al pasado, les dijo el agente de la CIA. Si Menéndez iba a lo suyo, Norberto iba a hacer lo propio y a organizar su *muerte* como él considerara. Pero antes debía saber cuál era el plan a partir de entonces. Convinieron que seguirían la pista de Sudáfrica, pues a unos y a otros les llegaban informaciones en ese sentido; cada vez recibirían menos, a medida que sus fuentes se fueran enterando de que habían fallecido en la explosión. Eso les iría difuminando en el mundo del espionaje hasta convertirlos en nada. Cuando todo terminara, deberían regresar a la vida. Norberto no sabía qué tendría preparado Menéndez, pero él pensaría por su cuenta la mejor manera de *resucitar* oficialmente.

Aún permanecían en el nuevo yate cuando uno de los drones Aquiles bombardeó la ciudad ucraniana de Odessa. Y estaban en Londres, preparando en secreto el viaje a Sudáfrica, cuando otro dron atacó la residencia del embajador de Estados Unidos. Urgía rescatar a Manu y a Clarisa. Tal vez la próxima vez ya no pudieran desviar los misiles de su objetivo. Alessia y Mara coincidían en que el lugar estaba en Sudáfrica. Mara incluso había proporcionado las

coordenadas. Sí, en efecto, demasiado fácil. De repente, todas las fuentes coincidían en señalar a Lesoto. ¿Qué descontrol era ese? ¿El lugar donde retenían a los rehenes era *vox populi*?, se preguntó, enfadado, Norberto. El nivel de veracidad estaba descendiendo; sonaba a trampa. Tendría que comentarlo con Wilson y Menéndez. Con Alessia mantenía la comunicación a través de poemas encriptados y *buzones muertos*. La había encontrado casualmente en Londres cuando, con la identidad falsa de un millonario productor musical, estaba en el bar del lujoso hotel Stafford obteniendo información de dos agentes inmobiliarios británicos sobre mansiones en venta en las montañas Maluti de Lesoto. De este modo se había enterado de que existía una que buscaba comprador, aunque no era la que perseguía, sino la que señalaban las coordenadas de Mara. Norberto les preguntó entonces por una en concreto, les dijo que la había visto en internet por casualidad y era la que realmente le interesaba, porque quería montar un gran estudio de grabación en medio del silencio de las montañas. Los agentes inmobiliarios cruzaron sus miradas.

—*I am afraid it is not possible* —se disculpó uno de ellos por no poder venderle esa en concreto.

«No está en venta», le insistieron, pero Norberto no se rindió; les recordó que con dinero todo era posible. Quería conocer al propietario, les pidió que le prepararan una reunión donde él quisiera. Necesitaba saber su nombre para saber a quién debían enfrentarse cuando, en pocas horas, iniciaran el rescate. Qué difícil estaba resultando avanzar sin el apoyo de inteligencia del Centro. Abrió la bolsa que llevaba consigo y les enseñó un fajo de libras. Eran veinte mil, diez mil para cada uno por facilitarle solo un nombre. Se lo dijeron sin que tuviera que insistir demasiado: Jamal Bakale, un millonario inversor de Guinea Ecuatorial. Desembolsó parte del dinero que la CIA y el MI6 les habían asignado para sobornos a cada uno de los agentes. Norberto buscó en Google al ecuatoguineano. No halló nada de interés, tan solo aparecía en eventos benéficos vestido con esmoquin. Cuando les pidió que le dijeran algo más sobre el individuo, se cerraron en banda. «*He is a*

dangerous guy», arguyeron. Bueno, pues al menos ya le habían dado una particularidad del personaje: su peligrosidad.

Un instante después de la transacción, fue cuando apareció Alessia en el bar. Pudieron hablar un minuto cuando ella les pidió que le hicieran una foto con el móvil. Ahora necesitaba a su pupila para que investigara a Jamal Bakale desde el Centro. Decidió usar las redes sociales. En uno de los ordenadores que el hotel ponía a disposición de los clientes, creó un perfil falso y anodino en Facebook y otro en Instagram. Se presentó como Vicente Carriles, agente forestal, y subió la imagen de un bosque. Luego le envió a Alessia un SMS con el enlace a la página para que le pidiera amistad con alguno de sus perfiles falsos. La CIA no necesitaba tanto rodeo para investigar al guineano, pero Norberto acababa de saber su nombre y quería adelantarse porque pretendía que en la misión prevaleciera su país, ya que los secuestrados eran españoles. Nunca imaginó que fuera un africano —que, además, seguro que hablaría español, la lengua oficial de Guinea Ecuatorial— quien estuviera detrás del dron. Tal vez el hombre pensó que ya era hora de comerse un trozo de la tarta que repartían las guerras.

Los estadounidenses querían liderar el rescate, ya que las fuerzas especiales que se requerían estaban en una base militar que Estados Unidos tenía en la República de Yibuti, en el Cuerno de África, una de las zonas más estratégicas del continente. Las huellas de los imperios, nuevos o antiguos, nunca desaparecerían, seguían muy vivas. Norberto reivindicaba también la ayuda de fuerzas especiales españolas, al igual que Wilson las británicas, pero eran solo palabras, deseos, porque el apoyo militar resultó finalmente inviable: en el momento en que trascendiera la ubicación de Lesoto, incluso a los mandos, aunque les generaran la máxima confianza, el rescate volvería a estar en boca de todos y, por tanto, en peligro. Esta vez querían riesgo cero en el trasvase de información.

Capítulo XLIX

A DIFERENCIA de la guerra, el amor no discurre entre los abismos cavados por la muerte; es la única luz entre las tinieblas, el único faro durante la tempestad, el único antídoto contra la perdición. Pablo dormía en su cuna, Luba estudiaba en su habitación, Adelaida y Julián hacían el amor, conjuraban las ausencias con la fusión íntima de sus cuerpos, liberados ya de los conflictos que los habían separado últimamente. Cuando todo acabó, tan excesivamente racionales como eran los dos, temieron que aquello solo hubiera sido un poco de magia y regresara de nuevo lo que los había separado. Ninguno se atrevía a decir las primeras palabras; había pudor, timidez. Julián abrazaba por la espalda a Adelaida, y ella enroscaba sus brazos entre los de Julián. Él la besó en un hombro y ella en el dorso de una mano.

—¿Cuánto te vas a quedar esta vez?

De nuevo aquella interpelación hiriente. Pero su sonrisa y el que le acariciara los cabellos, que no daban mucho juego porque estaban cortados a ras, cambiaba el tono de la pregunta, que era más una melancolía que un reproche.

—No te voy a engañar, estamos pendientes todos de un rescate.

—¿Los tuyos también?

—No, ellos no saben nada.

—Pues quizá sea el momento de que los informes, ¿no crees? Has sido cuestionado por aquella cita en Atenas y ahora se trata de no meter la pata otra vez.

A Julián le sorprendió que Adelaida tuviera en cuenta los tiempos que debía manejar en su relación con los mandos. Había pasado su brazo por detrás de la cabeza de ella y la atrajo hacia sí.

—Si te implicaras en el rescate, deberías informar a tus superiores. Recuerda que estás de permiso por paternidad y ellos son muy picajosos.

—Es una misión secreta de espionaje, estoy allí de prestado, la Guardia Civil no tiene nada que ver.

Como si hablar de sus superiores los hubiera despertado después de tres semanas de letargo, sonó el móvil. Era el comandante Peláez. Tresser miró su reloj: las nueve de la noche. Se incorporó y se sentó en la cama.

—Buenas noches, mi comandante. ¿Ocurre algo?

Cuando Adelaida oyó la palabra «comandante», se dio media vuelta en la cama, abrazó su almohada y cerró los ojos.

—No, tranquilo, no pasa nada, solo quería pedirte un favor y, si no lo hago ahora, quizá se me pase. Antes de nada, ¿qué tal tu bebé?

—Muy bien. Come con apetito y crece. Dime qué precisas, mi comandante.

—Un amigo que es profesor de instituto me ha pedido que un experto de la Guardia Civil dé una pequeña charla a los alumnos sobre cómo investigamos en la Policía Judicial. Y he pensado en ti, aunque sé que estás de permiso por paternidad, pero por eso mismo tienes más tiempo libre; ya sabes lo justos que vamos siempre de efectivos.

Aquella llamada intempestiva la consideró Tresser una exhibición de poder por parte de su comandante, puesto que no se trataba de un asunto urgente. Envidió su tiempo, que le sobraba tanto que parecía divertirle perderlo.

—Mi comandante, permíteme sugerirte que cualquier guardia en prácticas de la Policía Judicial será idóneo para dar la charla a los

chavales y seguro que lo hace muy bien.

Con su sugerencia, Julián quiso situar al comandante justo en el punto que quería: le había pedido algo que no le correspondía, incluso le ofendía, y eso que no le recordó, además, que la UCO nunca daba charlas en los colegios.

—Pero yo te quiero a ti, el mejor —insistió—. He presumido de ello ante mi amigo.

Lo que faltaba. Peláez estaba decidido a humillarlo, quién sabría por qué, pero no se lo iba a plantear. Su superior no le iba a permitir negarse, no iba a finalizar la llamada hasta que no lo consiguiera y Tresser entendió que debía rendirse; de lo contrario el que se ofendería sería el comandante. Le respondió que sí, que lo haría, ya agendaría una fecha cuando le fuera posible.

—Una última cosa, Tresser.

—Dime, mi comandante.

—Nos ha llegado del Servicio de Información un tema. Dos científicos españoles habrían sido secuestrados en Cambridge cuando fabricaban un dron táctico de última generación. Parece ser que el teniente coronel Norberto estaba investigando ese secuestro desde el CNI. ¿Sabes algo al respecto? Estamos esperando el informe. Es un asunto grave.

Tenía que suceder más temprano que tarde que a Información de la Guardia Civil le llegara, más o menos articulado, el caso de Manu y Clarisa. Era su trabajo, entre otras cosas, tener oídos en todas partes. No podía mentir, pero tampoco decir la verdad: estaba implicado en la investigación. Si lo supieran, o si lo pillaban, las consecuencias serían las peores. Calmaba su conciencia el hecho de que colaborar con Alessia era un servicio a su país, pues el Aquiles había demostrado ser demoníaco en las manos equivocadas.

—Mi comandante, ya sabes que no pude reunirme con mi amigo Norberto porque murió en el atentado, así que no pudo contarme nada que yo pueda contarte a ti. Imagino que el CNI pondrá al corriente a mi coronel y que en la Guardia Civil podremos echarles una mano si nos necesitan.

—Aquí estamos para lo que nos requieran. No te olvides de ponerme una fecha para la charla en el instituto.

El comandante seguía sin fiarse de él. El hecho de que no hubiera insistido en el tema del secuestro quería decir que sospechaba algo, aunque quizá no supiera bien el qué. Se despidieron con la frialdad acostumbrada; no conectaban entre ellos y eso no iba a cambiar.

—¿Qué charla es esa? —Adelaida se dio la vuelta, apoyó la cabeza en el pecho de Julián y le sonrió—. ¿Una charla a chavales? ¿Tú? ¿En serio?

—Olvídate de eso, amor.

Julián la atrapó entre sus brazos, la besó en los labios, luego en todo su cuerpo y en ese momento la sintió como una diosa a la que él iba a venerar, pero sonó de nuevo el móvil. Era Alessia. Tenía que cogerlo. Ella últimamente solo le enviaba mensajes. Le extrañó la llamada.

—Debo contestar, Adelaida.

—Así es imposible, Julián.

—Treinta segundos, te lo prometo.

Contestó. Algo sucedía. Escuchó una respiración agitada al otro lado.

—Mi capitán, estoy mal.

—¿Estás herida?

—No lo sé… Estoy a oscuras.

—Envíame tu geolocalización.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué? Bueno, da igual, tranquila. Dime de viva voz dónde estás.

—Alcantarilla…

—¿Alcantarilla, dices? ¿Estás debajo de una alcantarilla?

—Sí, calle Ana Orantes, a la altura del 54, estoy atrapada aquí abajo, no me hagas hablar más. Trae una linterna.

—Pero no me has respondido si estás herida.

Su pregunta no halló respuesta porque se cortó la comunicación. Era como si hubiera una maldición en su vida, de tal modo que cada vez que estaba con su familia, un asunto urgente lo sacaba de casa. Le estresaba, se le habían agotado todas las disculpas.

—¿Es la agente secreta?

—Sí, algo le pasa, tengo que ir a por ella.

—Y tienes que ser tú, no un agente del CNI, claro —comentó ella con ironía.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea de por qué me ha llamado a mí. Es imprevisible.

—Es una pesada —sentenció Adelaida—. Te vampiriza.

—No, la que me vampirizas eres tú, debería detenerte —bromeó Julián.

—Deja de decir tonterías. ¿Tú te has oído? —le preguntó Adelaida, riéndose.

—No, afortunadamente no me he oído. —Se rio él también.

Pablo se había despertado, sonreía y movía los brazos. Su padre se levantó de la cama y lo cogió, pero entonces comenzó a llorar. Julián, frustrado, lo acunó. Pero no se calmaba.

—El llanto no es por ti. Tiene hambre y ha visto cerca a mamá vaca. ¿Verdad que sí, bichito? Tu papi se tiene que ir. Le esperan debajo de una alcantarilla; allí van los pipís y las cacas de todo Madrid, las tuyas también.

—Tampoco te pases —la riñó Julián con cariño.

Le tendió a Pablo a su madre, besó al bebé en la cabeza y a Adelaida en los labios. Se duchó en un minuto, se vistió, cogió una linterna, las botas de agua, una palanca que cogió entre los trastos del garaje y su Glock 26. No sabía en qué situación estaba Alessia. Al salir con su Toyota del garaje, las luces del coche iluminaron el parque frente a la urbanización. Vio a Luba y a Bruno charlando mientras se columpiaban. Estaban tan absortos el uno en el otro que no se dieron cuenta de que estaba cerca de ellos. Era la primera vez que ella volaba por su cuenta y, contra todo pronóstico, se enamoraba. Julián no podía protegerla, debía resignarse y estar preparado para arroparla si Bruno le rompía el corazón. Cuando

Julián ya iba a enfilar la calle de la urbanización, vio cómo de repente el chico abandonaba corriendo el parque, dejando a Luba sola. Frenó y salió del coche, la llamó. Ella fue hacia su padre, se subió rápidamente al asiento del copiloto y cerró la puerta. Julián, sin entender bien qué estaba ocurriendo, se sentó al volante.

—Síguelo, papá. Está mal. ¡Por favor! —le suplicó.

—Bruno siempre está mal, me parece increíble que no te hayas enterado todavía, me tiene harto que no se separe de ti. —A Julián le salieron esas palabras disparadas, no las pensó demasiado, pero tampoco las rectificó—. Ponte el cinturón, daré una vuelta a la manzana y hablamos. Luego te dejaré en casa, tengo prisa. ¿Qué ha pasado?

Julián arrancó el coche, no podía detenerse en esa calle, que era de un solo carril y sin espacios para aparcar.

—Le he dicho que he encontrado a su madre, pensaba que le haría ilusión, pero se ha enfadado conmigo y se ha ido. No he podido pedirle perdón.

Luba se echó a llorar y eso a Julián le desarmó.

—Vamos a ver, cariño, ese perdón, ¿por qué? El que tiene el problema es él, no tú. Si has encontrado a su madre, entiendo que no vive con él y que no sabía nada de ella. ¿Correcto?

—Sí.

Julián entró en una calle donde sí podía aparcar. Detuvo el Toyota y al fin pudo hacerlo: abrazar a su hija, que seguía llorando. Recordó cuando la rescató de la prostitución, tenía apenas doce años, con aquellas terribles pesadillas que sufría cada noche; sus llantos a él le oprimían el corazón porque no existía consuelo posible. Sacó un paquete de clínex de la guantera y se lo tendió.

—Hacía mucho que no te veía llorar, Luba.

—Es que me he metido donde no me llamaban, eso es lo que ha ocurrido. El mundo es lento, papá. Las personas sois lentas —afirmó como si ella no formara parte del grupo—, y yo he ido demasiado deprisa.

—No es así, el mundo es el que es y tú has hecho algo que pensabas que haría feliz a Bruno y que no ha funcionado, acéptalo

así. Has querido ayudarle y eso te honra; sigo estando muy orgulloso de ti.

—¿Qué ocurre cuando alguien huye de tu lado? ¿Ya no vuelve más?

—Depende de lo que te aprecie. —Julián miró el reloj del coche —. Tengo que irme. Hay alguien en apuros y debo ayudar. Te tengo que dejar en casa.

—Llévame contigo, no quiero estar sola ahora mismo. Por favor… —se lo pidió mientras se limpiaba las lágrimas con un clínex.

—Voy a trabajar, por nada del mundo te llevaría conmigo y te pondría en riesgo.

—¿Vas a trabajar y estás con el permiso de paternidad? Y ahora me responderás: «Es complicado, Luba».

—Así es, resulta complicado. Te voy a dejar en casa y piensa en una cosa: el destino juega con nosotros, en ocasiones de un modo cruel, pero otras veces nos echa un capote, y creo que lo ha hecho contigo esta noche. Posiblemente Bruno no sea para ti, que eso no esté escrito ni se escriba jamás.

Capítulo L

LA CALLE ANA Orantes era una de las muchas solitarias de Madrid, y de noche aún lo parecía más. El barrio de Los Rosales, del distrito madrileño de Villaverde, era una zona tradicionalmente conflictiva, con la droga degradando todo lo que tocaba y numerosa inmigración sin trabajo y sin papeles. Aunque no era, ni mucho menos, el peor de Villaverde —tenía vivienda nueva, comercios y gente joven de clase trabajadora—, Tresser debía ir con cuidado. Había telefoneado de nuevo a Alessia, sin respuesta. Debía darse prisa.

Lo que nunca había hecho como investigador de la Guardia Civil, iba a hacerlo ahora para ayudar a una agente de inteligencia, que a saber en qué lío se había metido. Le preocupaba su estado, no sabía nada. Penetrar en una alcantarilla urbana implicaba movimientos de ladrón, o al menos de delincuente. Nocturnidad, sigilo. Todo debía hacerse en secreto. Miró a su alrededor: comercios cerrados, salvo una tienda regentada por chinos, demasiado cerca de la alcantarilla en cuestión. Aún no había avanzado en profundidad la noche y quizá más tarde ya no tuviera clientes, pero ahora se habían arremolinado en la puerta varios jóvenes para comprar y beber. Se dirigió hacia la tienda, con gesto adusto pidió a los chicos que lo dejaran pasar al interior y fue directo al mostrador. Compró un botellín de agua, lo pagó y, antes de irse, le mostró su placa de Guardia Civil al encargado y le advirtió: «¿Sabe que está prohibido el consumo de alcohol en la vía pública? Por lo visto, usted no solo lo vende, sino

que convierte la puerta de su establecimiento en algo así como una terraza, por supuesto sin licencia. En dos minutos quiero que acabe con el botellón delante del local, sino llamaré a la Policía Municipal y serán sancionados los chicos y también usted». Un minuto. Antes de que las manecillas del reloj marcaran el inicio del siguiente, ya no había nadie en la puerta.

Tresser regresó a su Toyota, se calzó las botas de agua, cogió la palanca para abrir la tapa, introdujo en un bolsillo de su cazadora la linterna y en otro varias mascarillas que aún guardaba de la pandemia. La pistola, al cinto. Decidió que era el momento, ya no había testigos en la calle. Aprovechó rápidamente para hacer palanca y abrir la pesada alcantarilla con el mayor disimulo posible. Se metió dentro, descendió y colocó en su sitio la tapa de hierro.

Bajó por la escalerilla interior con la linterna en la mano. El aire era húmedo y denso, como si estuviera apresado allí desde hacía siglos y no lograra escapar. Se colocó la mascarilla. A medida que descendía, la temperatura se fue haciendo más fresca; ya recibía el sonido de un colector cercano que vertía a los canales subterráneos las aguas negras, las de las cloacas. Llegó abajo, iluminó a su alrededor. El olor pútrido no era tan potente como imaginaba, la mascarilla lo atenuaba. Podía aguantarlo, y además sabía que su pituitaria acabaría por adaptarse. Había tres pequeños túneles; el del medio era más alto y por él se adentró, pisando ya el canal por donde fluían las aguas.

No vio a Alessia, la llamó en voz alta y el eco repitió el nombre y retumbó contra las paredes. A Tresser le impresionó que el efecto acústico allá abajo tuviera la misma potencia que en las montañas. Quizá estuviera inconsciente. No le gustaba la situación. Siguió caminando sobre las aguas, que en algunos tramos le llegaban casi a las rodillas. Era inminente que rebasaran las botas y se mojara los pantalones. Gritó el nombre de la agente varias veces más; su eco siguió resonando por el interior de los túneles y sus oscuras bifurcaciones. De repente, apareció frente a él una figura en el fondo de la galería. Enfocó la linterna. Era un hombre cuya sombra se

proyectaba agigantada sobre las paredes. Tresser desenfundó su arma y apuntó al frente:

—¡Guardia Civil! ¿Quién anda ahí? ¡Voy armado! —gritó.

El individuo comenzó a avanzar hacia él. El capitán le exigió que colocara sus brazos sobre la cabeza y el tipo lo hizo. Ya estaba a muy pocos metros.

—Baja el arma, Julián. Soy Norberto.

—¿Norberto? —Le costaba creerlo.

El agente del CNI expuso su rostro a la luz de la linterna, para que lo viera con claridad. Esa sensación de irrealidad que lo había acompañado desde que conoció a Alessia ahora la sentía acrecentada con la resurrección de Norberto; lo tenía ante él, sin secuelas aparentes tras haberle estallado un yate a pocos metros, impoluto, como si nada hubiera sucedido.

—Así que Alessia tenía razón. Estás vivo.

Disimuló su sorpresa con un tono de voz gélido que transmitía indiferencia, pero estaba atónito y también indignado con el montaje que, por lo visto, había sido la muerte trágica de Norberto. A pesar de ello, aceptaba que investigar en las sombras podía resultar más eficaz para un agente secreto.

—Sigo estando muerto oficialmente. Disculpa a Alessia, le he pedido que te engañara para encontrarnos aquí. No es el mejor sitio, pero sí el más seguro para mí en Madrid.

Tresser dio un paso hacia él, enfundó su arma. Una vez más, Norberto enturbiaba su vida. No sabía qué sentido tenía su aparición en ese momento, regresar de entre los muertos y dirigir a Alessia desde la oscuridad para implicarlo en el caso de Manu y Clarisa. Estaban los dos frente a frente. Norberto también llevaba botas de goma. Las aguas fluían sin cesar y resultaba inquietante ver flotar formas difusas de color oscuro.

—Así que has sido capaz de simular tu propia muerte. Sigues viviendo en la mentira constante, ¡joder! —liberó Tresser su indignación y el eco de la última palabra reverberó en el aire.

—No era mi plan, fue el de otros y no tuve ni voz ni voto.

—Pues has elegido para decírmelo un escenario que está a la altura de tu propia mierda. ¿Sabías que mi cita contigo en Atenas me ha costado ser apartado de la UCO? Sigues tan impresentable como siempre.

—¿Eres capaz de darme cinco minutos sin lloriquearme, Julián? No hay mucho tiempo para lo que tengo que contarte.

—¿Lloriquearte, dices? ¿Así llamas a pedirte explicaciones?

—Cinco minutos.

—Adelante, miente.

Norberto iba a contarle la verdad, pero aceptaba que resultaba tan inverosímil que le costaría recuperar la confianza del inflexible Tresser.

—Cuando estalló el yate, yo estaba bajo el agua con una botella de aire comprimido…

Así empezó su relato el agente del CNI, aunque varias veces volvió hacia atrás en el tiempo, porque en realidad todo había comenzado un día cualquiera en Cambridge, cuando Manu y Clarisa llegaron a su casa tras una jornada de trabajo en el laboratorio en el que desarrollaban un dron, la joya de la corona en la carrera armamentística de los vuelos no tripulados. A partir de entonces, varios personajes entraron en acción: los agentes secretos de diversas agencias, el infiltrado Alejandro, las motivaciones oscuras de lord Moore, los crímenes de Romano, el ataque a la residencia del embajador de Estados Unidos.

—Conozco buena parte de la historia, le ordenaste a Alessia que me involucrara y lo hice. Pero aquí me planto. Tu falsa muerte me parece demasiado.

—¿A estas alturas vas a abandonar, a punto de culminar la misión?

—No me fío de nada de lo que me cuentes, ese es el problema.

—Oficialmente no hay plan de rescate; la desinformación que se ha hecho circular es que la CIA y el MI6 no creen que los científicos estén en Lesoto. Eso es lo que se ha trasladado a las diversas fuentes y a las agencias de espionaje, pero en realidad hay ya un operativo preparado en las montañas Maluti. Necesito a alguien de

confianza como tú, yo no puedo aparecer por razones obvias. En tres horas, Alessia te esperará en el aeródromo de Cuatros Vientos. Volaréis en un *jet* pagado por el MI6 que pondrá rumbo a Sudáfrica. Es nuestra oportunidad, Julián. Tenemos que llevar a cabo el rescate, debes entenderlo como un servicio a tu país.

—¿Y en calidad de qué voy a colaborar en el rescate?

—En calidad de nada, tú no habrás estado allí.

—No, Norberto, no te escaquees. Si no vas tú en ese vuelo, no me interesa.

—No puedo, Julián. Eso me pondría al descubierto.

—Ya encontrarás el modo de que eso no ocurra.

Capítulo LI

LORD MOORE no se sentía seguro en Lesoto. Al aterrizar con su jet en la capital, Maseru —alrededor de cuatrocientos mil habitantes, a mil seiscientos metros de altitud, mesetas volcánicas, paisajes que impresionaban al viajero—, había contratado cuatro guardaespaldas, más parecidos a armarios que a seres humanos. Tenía miedo de las represalias de los tres inversores africanos a los que había intentado traicionar. No deseaba compartir su viaje con ellos, pero quería sentirse protegido a la llegada. Así que derrochó y alquiló dos helicópteros, uno para los cuatro escoltas y otro para él y Alejandro, quien ya sabía el destino final del viaje: un palacio oculto entre las imponentes montañas Maluti, le había revelado Moore. Sobrevolando sus valles profundos y sus cumbres de más de tres mil metros, llegarían al punto de destino en solo una hora.

«¿Era aquel un viaje sin retorno?», se preguntaba Moore, temeroso de su destino. Tan acostumbrado como estaba a comprar voluntades o a traicionar para proteger sus intereses, no había calibrado con quién se la jugaba cuando decidió participar en el asunto del dron. Jamal era el más agradable de los tres socios, pero, por alguna razón que desconocía, su sexto sentido le decía que era un ser diabólico, lo había visto en su mirada, opaca, sin destello alguno. Era el dueño del palacio, lo construyó únicamente para impresionar en sus citas de negocios y para celebrar bodas familiares y de clanes tribales afines. En realidad, él residía en

Guinea, en una gran mansión en la zona alta del barrio de Caracolas, en Malabo; a lord Moore le parecía demasiada ostentación ese palacio escondido en las montañas, aunque él residiera en un castillo del siglo XVI de la campiña inglesa. Sí, temía por su destino. Qué necesidad tenía él de complicarse la vida con una traición, cuando amasaba una fortuna de la que podrían vivir varias generaciones de la saga Moore, pero la codicia era una pulsión y se sentía incapaz de doblegarla.

—*I'm scared* —le expresó su miedo a su amante.

—¡No me *embromés* con eso! —replicó Alejandro en argentino—. El miedo lo deberías haber tenido *vos* cuando intentaste pasarte de listo con tus socios.

—*In English, please.*

—*You are an idiot.*

A Moore le gustaba que su amante lo fustigara. Se enfadaba cuando bajaba la guardia y lo trataba con respeto, por eso el agente infiltrado no temía pasarse siendo desagradable. El lord acaparaba mucho poder social y económico y con Alejandro se concedía el capricho de ser siervo durante algunas horas. Sin embargo, ahora el agente secreto estaba enfadado con él de verdad, no estaba fingiendo. Podía haber muerto en aquel avión tiroteado cuando despegaba en medio de la nada. Moore no se atrevía a cancelar la cita con los africanos; eso despertaría sospechas. Se sentía perdido.

—*Kiss me, Alejandro.*

—*Really*?

Llevaban auriculares y micrófonos para hablar entre ellos por radiofrecuencia, porque el ruido del motor y del sistema rotor del helicóptero era ensordecedor. ¿Cómo podían besarse en esas condiciones? Qué ridículo. Además, ya estaban aterrizando. Alejandro se abstrajo contemplando la panorámica aérea. El palacio era impresionante, unidos sus vértices por varias torres a modo de minaretes sobre jardines de tamaño versallesco. Resultaba asombrosa aquella grandiosidad áulica en un valle más bien angosto, pero la arquitectura se había adaptado al terreno, construyendo a lo largo y no a lo ancho. El aspecto desde el aire era como el de una

serpiente del color de la tierra, debido a las tejas árabes de los edificios. Alejandro no vislumbraba un hangar o construcción similar donde pudieran fabricarse los prototipos, pero espacio había de sobra. Acabaría encontrándolo. Era el momento de activar a escondidas su móvil. Simuló que se le caía al suelo para enviar en segundos la ubicación exacta a Norberto y a Tresser. Lo logró, pero Moore le preguntó con desconfianza por qué se había agachado. «No te importa», le respondió. No le sirvió su contestación. Por vez primera, no aceptó ser siervo y reaccionó como el lord que era: le ordenó que le diera el móvil elevando la voz, se le notaba nervioso. Con un hábil juego de manos, Alejandro ocultó en el bolsillo del pantalón el que tenía encriptado y le tendió, ofendido, su dispositivo habitual. Moore miró la pantalla y, en efecto, allí no constaba que se hubiera enviado mensaje alguno. Le pidió disculpas:

—*I'm very sorry, dear Alejandro.*

—*You are an idiot* —volvió a insultarle.

Se había salvado por poco. Debería ir con más cuidado.

Tras un largo vuelo de ocho mil kilómetros, veinte horas en el jet privado desde Madrid, con dos escalas para repostar, Alessia, Tresser y Norberto ya habían llegado por fin a Maseru, la capital de Lesoto. En esos momentos, lord Moore y Alejandro se dirigían en helicóptero hacia el palacio de las montañas.

Tras descansar del vuelo durante una hora, el equipo de Norberto se puso enseguida a trabajar en el plan de rescate en un rincón apartado de los jardines del hotel, sin videocámaras cerca. Hicieron traer hasta allí una mesa y varias sillas. Petula Wilson, del MI6, había reservado cinco habitaciones en el más lujoso de la ciudad, pues había muchos que parecían simples hostales. Puesto que el agente del CNI había insistido tanto en liderar el rescate, por tratarse de rehenes españoles, el pago correría de su cuenta, aunque el gasto le correspondería a Alessia, ya que era quien disponía de presupuesto.

—Se me está agotando el dinero, la misión está resultando muy cara —comentó la espía.

—Será porque has despilfarrado mucho —la acusó Tresser.

El capitán pensó en todo el dispendio realizado en Londres: el traje, el club, el hotel. Estaba disgustado con ella, además, por haberlo embaucado para el rocambolesco encuentro con Norberto bajo la alcantarilla.

—El dinero ha sido gastado por una buena causa y tú no has hecho nada que no quisieras, capitán —se defendió Alessia.

—Basta de chorradas, por favor —les pidió Norberto.

El agente del CNI había cambiado su aspecto, puesto que había salido del cómodo refugio de las sombras. Se había decolorado el cabello hasta lograr un tono canoso uniforme y se había dejado barba, que ya le nacía blanca, algo esperable en la cincuentena. En aquel rincón solitario del jardín, esperaban los dos agentes secretos y el capitán a que aterrizara el vuelo de Wilson y Menéndez. El clima de Lesoto era el de alta montaña, frío en invierno y fresco en verano. Abril era el segundo mes del otoño; en febrero había terminado el verano y aún flotaba cierta calidez estival en el aire. Los camareros les habían ofrecido unos aperitivos y Tresser y Norberto optaron por la cerveza, mientras que la sofisticada Alessia prefirió un *dry martini*. No lo manifestaba, no le estaba permitido, pero seguía preocupada por su hija, a pesar de que a la niña y a su padre se les había puesto por parte del CNI una escolta policial discreta, al igual que habían hecho con Mara, Carol, Benjamín y su novia. Vigilaban a la niña día y noche y eso la tranquilizaba, pero su lugar estaba con Jana porque había sido amenazada por Romano y, en vez de protegerla, se estaba tomando un Martini en África. Tresser también estaba inquieto. Adelaida no acababa de fiarse de ese viaje súbito a Sudáfrica:

—¿Por qué de repente eres tan imprescindible para el CNI, cuando tú no eres agente de inteligencia? —le recordó Adelaida cuando Julián le dijo que viajaba de modo urgente a Lesoto—. Te están utilizando. Si la misión secreta en Sudáfrica acaba por descubrirse, te dejarán caer a ti y ellos seguirán en las sombras.

Tenía razón, ni Norberto ni Alessia saldrían en su defensa, eran agentes secretos, jamás se expondrían a la luz de la verdad. Como precaución, había decidido grabar en su móvil las conversaciones

que mantenía con ellos. Siempre tenía a su lado el dispositivo, cubierto con una servilleta si estaban comiendo o colocando encima su paquete de tabaco.

—Ten cuidado en África, hay leones y no me refiero a los animales —se despidió así Adelaida.

—¿Puedo besarte?

—Puedes, con la condición de que dejes de ir por la vida como si fueras el héroe insustituible. Tengo ganas de que vuelvas a la UCO de una vez y recuperar la normalidad.

—Yo también quiero acabar con este asunto. Espero que termine con el rescate.

—¿En serio lo crees?

Se besaron y se despidieron. Adelaida estaba preocupada: «Cuídate, por favor», le pidió cuando estaba a punto de salir de casa. ¿Qué se le había perdido a él en Lesoto?, se dijo Tresser. Jamás pensó que la investigación lo llevaría tan lejos; allí estaba más desprotegido que nunca. Alessia bebió su *dry martini* de dos tragos y se ausentó unos minutos. En realidad, había sido una orden de Norberto. —Bastó un leve gesto de cabeza para que ella lo entendiera y abandonara la mesa—. Quería estar a solas con Tresser antes de que llegaran Menéndez y Wilson.

—Apenas me has dirigido la palabra durante todo el vuelo —le reprochó el agente del CNI— más allá de hablar del rescate.

—¿Qué querías que te dijera que no sepas ya? A lo largo de los años has traicionado mi confianza varias veces, y la confianza es como el honor: una vez que se pierde, ya no se recupera.

—Todos mentimos, Julián, ninguno tenemos un alma limpia y reluciente.

—¿Sirve eso también para los amigos? Nosotros lo fuimos, somos compañeros de promoción.

—Y los dos trabajamos al servicio de nuestro país —objetó Norberto.

—No sé si me interesa hacerlo con tu suciedad.

—Estás colaborando en una misión encubierta en un país extranjero, sin conocimiento judicial ni del CNI, con efectivos reclutados entre los grupos de mercenarios sudafricanos y en un rescate en el que se disparará a matar si es necesario, porque dentro y fuera del palacio hay veinte escoltas armados. Sí, hablemos de suciedad, ya que te empeñas. ¿Es solo la mía o la tuya también?

Tresser se vio reflejado en el espejo que le mostraba Norberto. No tenía sentido presumir de pulcritud moral cuando estaba a punto de iniciar un rescate clandestino, aunque era para salvar dos vidas y recuperar un dron que había sido usado en un atentado y un ataque bélico. Trabajaban todos para evitar un mal mayor, aunque pusieran en riesgo sus carreras profesionales. No estaba conforme con el modo, pero pensaba que el objetivo era lo suficientemente importante para proseguir. Él vivió el atentado del Aquiles en Regent's Park y estaba a dos metros del falso yihadista que provocó el pánico en la cúpula de la catedral de San Pablo. El mundo no era el mismo, estaba cambiando con una rapidez que no dejaba tiempo para la reflexión. Países como Finlandia y Suecia, hasta entonces neutrales, habían solicitado entrar en la OTAN. Ya casi nadie se sentía seguro y le inquietaba el mundo futuro que le dejaría a su hijo.

—Vamos a repasar de nuevo el operativo —cambió de tema enseguida Julián.

No quería abordar más el asunto del alma limpia y el alma sucia, parecían dos sacerdotes en vez de dos guardias civiles ante el dilema de rescatar de la peor o la mejor manera posible dos vidas y un dron perverso.

A Alessia no le había sentado bien que Norberto la hubiera expulsado de la conversación; no quería perderse ni uno de los detalles de la misión y se preguntaba de qué estarían hablando cuando entró una llamada en su móvil. Usuario 2715. Era una llamada de su fuente, Mo Peki, al que identificaba con un número; de este modo permanecería anónimo si espiaban o robaban su teléfono.

—¿Es importante? No puedo hablar ahora —le advirtió ella.

—No es urgente, pero llámame cuando puedas, tengo que comentarte algo.

—¿Sobre qué?

—Hablamos más tarde, no te preocupes.

Alessia finalizó la llamada y se despreocupó. Si fuera importante ya se lo habría dicho. Le llamaría más tarde, se propuso. Decidida, atravesó el vestíbulo del hotel dispuesta a advertirle a su jefe que no iba a permitir que la volviera a apartar del grupo. Pero por el camino se llevó una gran sorpresa: Mara estaba en el mostrador de recepción. Los había descubierto pese a las labores de desinformación que habían realizado las otras agencias para que creyeran que Lesoto había sido descartado. Asegurándose de que no la seguía, Alessia se dirigió sin perder ni un segundo al jardín y se lo contó a Norberto y a Tresser.

—Ni puede descubrir que estás vivo ni puede hacer peligrar la misión. —La agente mostraba preocupación, se le notaba el rostro descompuesto—. Propongo cambiar de hotel y avisar a Menéndez y a Wilson.

—¿Nos ha seguido hasta aquí? —preguntó Tresser.

—Sí, es agente secreta, es lo que sabe hacer, pero no tiene autorización de nadie para estar en Lesoto —replicó ella—, aunque nosotros tampoco, eso es cierto. No me fío de ella en absoluto, ¿me oís?

Norberto no había abierto la boca; reflexionaba mientras comía cuatro aceitunas, una detrás de la otra, y daba un largo trago a su cerveza.

—No podemos arriesgarnos —comentó Tresser, tajante—. Si cuenta al CNI que Norberto está vivo, tendremos un problema. No quiero a vuestra gente aquí.

—Alessia, invítala a una copa de las nuestras —por fin habló Norberto— y que duerma doce horas seguidas en su habitación.

—Por mí, la tumbaría de un buen derechazo. Lo de la copa, no sé. Mara es muy suspicaz.

—Ella será muy suspicaz, pero tú eres muy hábil, Alessia —la halagó Norberto.

—Si no lo logro, quiero que tengáis listo un plan B.

La encontró a punto de subir en el ascensor. Se colocó a su lado y la miró con severidad:

—¿Qué coño haces aquí, Mara?

Ella no se inmutó; parecía esperar ese encuentro.

—¿Y tú? Déjate de rollos, Alessia. No nací ayer. No me creo que Lesoto haya sido descartado, cuando mi fuente asegura que es aquí donde los retienen, por eso estoy aquí, porque son estas las coordenadas que yo tengo.

—¿Lo sabe Carol?

—No, esto es cosa mía. He llegado de madrugada, no me lo quiero perder. Estás aquí porque vamos a rescatarlos, lo sé. ¿Quiénes son los dos hombres que estaban contigo en el jardín? ¿CIA? ¿MI6? No son de los nuestros.

Alessia respiró y descargó la tensión: no había reconocido a Norberto.

—Subamos a tu habitación y te lo cuento todo tomándonos una copa de champán bien frío —le propuso a Mara.

—Me gusta la idea.

Entraron en el ascensor, las dos se miraban con recelo; no lo evidenciaban, pero sabían olfatear la suspicacia. Cuando entraron en la habitación, Alessia cerró enseguida la puerta, desenfundó su arma y la apunto con ella.

—¿Qué haces? —le preguntó Mara, estupefacta.

—Siéntate en la butaca y escúchame: a no ser que se investiguen los vuelos, nadie va a saber que estás aquí, has venido de incógnito, así que puedo hacerte desaparecer y aquí no ha pasado nada, hablo en serio. No voy a permitir que te cruces en mi camino. Coge la pistola que llevas en el cinto y déjala en el suelo, donde yo la vea.

—Te has vuelto loca definitivamente, Alessia. Soy yo, soy Mara, teníamos algo parecido a una amistad, ¿lo recuerdas?

—No, solo somos compañeras de trabajo, y ahora haz lo que te he dicho —replicó, inflexible.

Alessia no acababa de entender qué hacía Mara cruzando el continente africano de norte a sur únicamente porque tenía las coordenadas del lugar donde supuestamente se retenía a los científicos. ¿Y si hubiera sido verdad que Lesoto había sido descartado? Habría sido un viaje inútil para ella. De algún modo sospechó la inminencia de un rescate y se había arriesgado. ¿Para qué, si sabía que no le permitirían participar en la operación porque todos los papeles estaban asignados?

Mara sacó su Glock, la tiró al suelo, Alessia la apartó con el pie.

—¿De verdad serías capaz de dispararme?

—¿Y tú a mí me dispararías si me interpusiera en tu camino?

—Es que no me he interpuesto en tu camino. Mira, te lo voy a explicar de nuevo.

—No, con una vez me basta, gilipollas —no le importó insultarla; estaba rabiosa—. Ahora lo que vas a hacer es tomarte delante de mí dos pastillas. Te harán dormir como un bebé durante muchas horas, ya lo sabes. Así aprenderás a no joder las misiones de tus compañeros. ¿Por qué no te la han encargado a ti, Mara? ¿Te lo has preguntado? Porque te sientes infravalorada y eso es un conflicto, la amargura siempre lo es. Tómatelas y acabemos, tengo prisa, mañana estarás fresca como una rosa.

Alessia extendió la mano y le mostró dos grageas de color azul. No, no podía ser, eso no, ella tenía que estar cerca de lo que iba a suceder, del rescate que Alessia y no sabía quiénes más estaban preparando. Ventura le había ordenado que fuera a Lesoto y que estuviera pendiente. «Dame información, a partir de ahora es lo que te vamos pedir sin cesar, lo que buscamos todos, ya sabes», le había exigido en el primer trabajo que le encargaba. Encontrarse en el hotel con su compañera le confirmó sus sospechas. Sí, el descarte de Lesoto había sido una maniobra de desinformación. Estaba en el lugar correcto por orden de sus nuevos patronos, Ventura y Pamela. Finalmente, había aceptado la oferta y ya había recibido un voluminoso sobre de dinero, no podía quedarse fuera, le había costado mucho tomar la decisión de convertirse en una traidora.

—Pero ¿qué problema tienes con que te dé soporte y te ayude en la operación? Aprovecha que estoy aquí, úsame. Por favor…

Alessia fue inflexible. Encañonada por su compañera, Mara se las tomó a palo seco, sin agua, y abrió la boca. Le pasó el dedo por todas las oquedades en las que podría haber ocultado las pastillas. La obligó después a tumbarse en la cama.

—Eres una grandísima hija de puta… —susurró Mara antes de sumirse en un sueño profundo.

Para qué andarse con miramientos y colarle las pastillas en su negroni sin que se diera cuenta, si tenía el atajo de amenazarla con un arma. Lo que había hecho Mara presentándose en Lesoto era imperdonable; ella, simplemente, se la había quitado de en medio. «Fuera de combate», le escribió a Norberto.

Capítulo LII

LOS RECIBIÓ un mayordomo negro en uno de los dos helipuertos del palacio. Al hombre pareció disgustarle que Moore, que era el único invitado, llegara acompañado de un extraño, Alejandro. Le trasladó también en un inglés impoluto que su anfitrión estaba sorprendido por los cuatro escoltas que ya le aguardaban a pocos metros del helicóptero mientras eran cacheados por los guardaespaldas de Jamal. Le aclaró el lord que él siempre se desplazaba con protección y que la persona que viajaba con él era su asistente personal. Finalmente, le manifestó que él no estaba acostumbrado a hablar de estos asuntos con el personal de servicio. Genio y figura, pensó Alejandro, que sabía el miedo que atenazaba a Moore y, sin embargo, no le acobardó comportarse como un lord arrogante.

Les invitó a entrar en el edificio para conducirles a sus aposentos. El palacio era una sucesión imponente de estancias. Moore y Alejandro parecían estar cruzando un tren gigantesco cuyos vagones no tenían fin. Salones daban lugar a corredores acristalados que, a su vez, se abrían a grandes alcobas separadas por livianas cortinas de organza para regresar de nuevo a los salones, todos distintos. ¿Para qué quería tantos Jamal? Bastaban dos de ellos para impresionar por su majestuosidad, si eso es lo que pretendía. Como antes a Manu y a Clarisa, a Alejandro le evocaba al palacio de ensueño de *Las mil y una noches*, pero le inquietaba el silencio tan

absoluto que nacía entre esas paredes, como si allí no habitara nadie o, por el contrario, decenas de ojos lo observaran desde los rincones más oscuros. Lord Moore estaba tan sugestionado con la reacción que pudieran tener Jamal y sus socios que también veía peligros inciertos tras cada cortina.

Ambos fueron alojados en dos *suites* alejadas entre sí y el mayordomo les comunicó que en una hora el señor Jamal los recibiría en el comedor azul celeste. Había otro azul añil y uno más turquesa; no debían confundirse. Cada *suite* tenía vestidor y dos baños, uno con ducha y otro con *jacuzzi*. Las estancias de Alejandro habían sido decoradas como si flotaran en medio de una galaxia, con el techo abovedado del dormitorio y el resto de las paredes plagadas de estrellas fosforescentes. La *suite* de lord Moore recreaba una selva, con grandes plantas exóticas, muebles de bambú y palmeras pintadas en las paredes. Le pareció de mal gusto que la colcha de la cama representara serpientes de cascabel deslizándose entre helechos. ¿Era un mensaje de hostilidad por parte de Jamal? Había preparado su discurso por si le pedía explicaciones: le contaría que iba a reunirse con el intermediario indio para conocer las posibilidades de venta del dron al Ejército de su país, tan sencillo como eso. Estaba seguro de que lograría convencerlo de que no era un traidor, aunque lo que había intentado era una deslealtad: reunirse a espaldas de los africanos para hacerse único dueño del proyecto había sido un error.

A Clarisa y a Manu les anunció el capataz que esa noche cenarían con los inversores y les facilitaron prendas para acudir bien vestidos. Ella no les perdonaba que le hubieran provocado un aborto y hubiera perdido a su bebé, una niña. Desde entonces se había negado a probar alimento alguno, ya que estaba segura de que le habían echado veneno en la comida. Sobrecogida por el suceso, su guardiana Antonia se había convertido en su aliada y le llevaba comida a escondidas.

—¿Cómo la hubieras llamado? —le preguntó a la científica mientras se vestía.

Safila aguardaba fuera, en la puerta. A ella no le había afectado tanto como a Antonia la pérdida de Clarisa.

—La queríamos llamar Malú, como una cantante de nuestro país. Es nombre de triunfadora. Pero no me preguntes por la niña, por favor —le pidió con los ojos vidriosos.

—Si no hablas de ella, su espíritu se quedará preso dentro de ti. Tienes que dejar que vuele a tu alrededor para que proteja tu vida.

—La han asesinado, qué más quieres que te diga.

—Quitarte a tu hija ha sido una ofensa a la naturaleza, han interrumpido su curso y sufrirán su cólera; eso mi dios supremo Rupé ya lo está susurrando.

—¿Por qué estás aquí con estos criminales?

—Por qué va a ser, Clarisa. Necesito el dinero; tengo cinco hijos y su padre murió de unas fiebres. Dejé de estudiar en la escuela al casarme. Tú has podido elegir tu destino, yo no.

Manu había iniciado también una huelga de hambre. Puesto que de lo que se trataba era de que trabajaran en la versión definitiva del dron, les pusieron vías subcutáneas para alimentarlos y que no desfallecieran; así que ambos arrastraban su gotero correspondiente.

—Os podría matar a hostias hasta que se os quitara la tontería —los amenazó el capataz.

—A mí también me encantaría cruzarte la cara —replicó Clarisa, desafiante— por asesinar a mi hija; incluso puede que lo haga, nos necesitáis y nosotros no os necesitamos una mierda.

—Cierra esa boca de zorra que tienes.

—Cállate de una puta vez y déjanos trabajar —le ordenó Manu.

Las tareas en la nave subterránea no cesaban en ningún momento. Los operarios iban ensamblando los diferentes módulos en las pruebas del prototipo según los diseños de Clarisa. Manu, a su vez, perfeccionaba el *software*. Ahora estaban con un nuevo modelo de Aquiles, de mayor tamaño, para que pudiera cargar tres misiles en vez de dos. Así habría una tercera oportunidad si fallaban los dos primeros disparos, aunque la inteligencia artificial no admitía fallos, salvo que los científicos manipularan el aparato, como sucedió

y de ahí las represalias. Les prohibieron programar las coordenadas de la siguiente prueba y también la IA para disparar los misiles. Trajeron a un ingeniero informático chino que llevaba los pies encadenados uno a otro para que lo hiciera en su lugar. El capataz les dijo que era un espía de China y le habían condenado en Somalia a prisión perpetua.

Finalizada la jornada, tras más de doce horas sin descansar siquiera un minuto, la pareja de científicos se preparó sin ganas para asistir a la cena con sus secuestradores. Les quitaron las vías para que no acudieran con los goteros y a cada uno le vistieron con vistosas túnicas de colores. Cuando entraron en el comedor azul celeste, denominado así porque todos los muebles, paredes y techos eran de ese color, ya estaban sentados a la mesa Jamal, sus dos socios, Osmán y Mapalo, y Moore y Alejandro, todos absolutos desconocidos para ellos. Era la primera vez que Manu y Clarisa podían contemplar a través de las cristaleras las montañas Maluti en toda su grandeza, sin una valla de por medio, recortadas en el cielo crepuscular. Eran impresionantes. Les sobrecogió verlas y ambos unieron sus manos bajo la mesa; les había conmocionado su belleza, contemplada desde la melancolía de la ausencia de libertad.

Jamal se presentó a sí mismo ante los científicos como el dueño del palacio y también del dron, junto con sus dos socios sentados a la mesa. Sobre Moore dijo que trabajaba a sueldo para ellos —el guineano sonrió con malicia, quería humillarlo— y se refirió con indiferencia a Alejandro como el asistente argentino del aristócrata. No había dejado entrar al comedor a los escoltas del lord, a quienes obligó a permanecer en el vestíbulo, a dos metros de la puerta. A los científicos, el anfitrión los presentó como «los dioses» de los que había nacido «Aquiles el Imbatible».

Ni Clarisa ni Manu saludaron ni sonrieron. No probaron ni uno solo de los platos con los que Jamal agasajó a sus invitados, entre ellos un cordero asado entero. Sin embargo, Alejandro acercó a la ingeniera una pequeña fuente con huevos rellenos de caviar de la que acababa de servirse. Ella se lo agradeció, pero le dijo en español que no le apetecían. Él le insistió con la mirada y le hizo un gesto

para que cogiera la fuente, aprovechando que Moore y sus socios hablaban de un futuro Aquiles subacuático cuando patentaran el terrestre. Clarisa, extrañada por la obstinación del argentino, tomó entre sus manos la fuente y, al hacerlo, Alejandro le deslizó un pequeño papel doblado que ella escondió enseguida en un bolsillo de su túnica africana. Se sirvió dos huevos para disimular. Le apetecían, pero no quería saltarse su huelga de hambre, no olvidaba a la hija que le habían arrebatado.

—Si te los has servido, te los vas a comer —le ordenó Jamal en español—. Ya estoy harto de tus números.

—¡Me envenenasteis y matasteis a mi hija; sois unos monstruos! —le gritó ella.

—Sois unos asesinos —se envalentonó Manu—. Os lo habéis llevado todo: a nuestra hija, a nuestro dron. Y nos tenéis secuestrados en esta mierda de palacio hortera. ¿Cuándo nos vais a dejar libres?

Moore le preguntó a Alejandro en inglés qué estaba ocurriendo, mientras Osmán le decía a Jamal que obligara a Clarisa a comerse toda la fuente de huevos.

—*We have more important matters* —terció Moore.

No entendía por qué perdían el tiempo con la comida de Clarisa, cuando aún no habían hablado de la cantidad de drones Aquiles que podían fabricarse a la semana con diferentes módulos, para adaptarlos a sus misiones.

—*Shut up*!

Jamal le ordenó callar y el lord bajó la cabeza. Estaba demostrando ser temible. Pero no fue él, sino el zambiano Mapalo quien se levantó, fue hacia Clarisa, la levantó violentamente de la mesa, la lanzó contra el suelo, cogió la fuente de los huevos, se los tiró a la cara y le ordenó comérselos.

—*Eat them*! —le gritó.

Manu se levantó para defenderla, pero Mapalo sacó una pistola, le apuntó a la cabeza y le forzó a sentarse. Luego encañonó a Clarisa y la obligó a comerse los huevos directamente del suelo. Alejandro lamentó haberle ofrecido la fuente, pero no tenía otro

modo de comunicarse con ella. «Desmáyate», decía escuetamente el papel. Era la única opción para saber dónde se alojaban ella y Manu. Desconocía que no dormían juntos. Clarisa comió del suelo hasta el último huevo con caviar, leyó disimuladamente el papel, después vomitó y, por último, se desmayó. Fue entonces cuando Alejandro se levantó de la silla y fue a atenderla, junto a Manu. Jamal se interpuso en su camino.

—¡Por favor, está enferma!

Alejandro le rogó que le dejara atenderla, que había estudiado enfermería, aunque no la ejerciera. «Si se pone peor o muere, se quedarán ustedes sin ingeniera», le advirtió. El guineano le permitió cogerla en brazos junto a Manu para llevarla a uno de los dormitorios, acompañados de un sirviente.

—¿Estás desmayada de verdad? —le susurró.

—No.

Entraron en una *suite* cercana al comedor que recreaba la Antigua Roma, con varios triclinios tapizados en tela damasquinada. Alejandro acomodó a Clarisa en la cama con dosel cubierta por una piel real de tigre. El sirviente se quedó en la puerta, pero el falso asistente de Moore le pidió que trajera un vaso de agua para ella y así obligarle a ausentarse unos minutos. Cuando se quedaron a solas, Clarisa se incorporó de la cama y lo miró con desconfianza, al igual que Manu.

—¿Quién eres? —le preguntó enseguida ella.

—¿Por qué hablas de repente español y no argentino? —le extrañó a Manu y quiso saberlo.

—No hay tiempo. Estoy aquí para ayudaros. Primero: ¿es este vuestro dormitorio? Segundo: estad preparados esta noche. Tercero: ¿dónde están los drones?

Capítulo LIII

A MOORE le alegró que los hubieran dejado solos en la mesa, a él y a los africanos. Había decidido que, no solo no iba a justificar su relación con el intermediario indio que tirotearon, sino que iba a exigir un aumento de su comisión para seguir gestionando el proyecto. El miedo había mutado en soberbia y codicia. Sus abogados ya se habían puesto con el papeleo de las patentes y estaban buscando naves en Rumanía y Hungría para fabricar el dron en Europa; también en el centro de África, para que el continente tuviera su Aquiles. Allí las guerras no faltaban, había zonas que eran un constante polvorín. El lord quería imponerse a Jamal y hacer valer su linaje. Le había enfadado la humillación de presentarle como su trabajador a sueldo. Que un negro se colocara por encima de él le parecía una ofensa. No en vano era originario de un país, la India, con un sistema social de castas que incluía a los *dalits* o intocables, el estrato más bajo, a los que se prohibía entrar en los templos o comer con el resto de las castas, entre otras muchas restricciones. Para el lord, independientemente de que hiciera negocios con ellos, los negros eran parecidos a los *dalits*, aunque eso nunca lo manifestara en público.

Estaba excitado. Aguardaba en algún momento un asalto al palacio, ese era el as que se guardaba en la manga. Él mismo había autorizado a Pamela y a Ventura —que ahora trabajaban para él, al igual que había contratado a Romano— para que le dieran las

coordenadas a Mara Sobrela, agente del CNI captada por ellos. El rescate le quitaría de encima a los africanos y él podría hacerse pasar por una víctima y repartirse el pastel con el comisionista indio, si hubiera sobrevivido. Desconocía que el CNI seguía sus pasos desde hacía tiempo. Moore había confiado demasiado en sus planes, carentes de inteligencia y estrategia, movidos por la simple codicia. Ignoraba también que Jamal le iba a recordar su traición. Mientras comía con gula la cabeza del cordero asado, le pidió explicaciones sobre el intermediario. «No era un inversor, sino un comisionista. Tenemos ojos en todos los lados, Moore. Negociaste con él durante una pelea ilegal en Londres. ¿Te crees que somos idiotas?», le espetó Osmán. Mapalo le dijo que, no obstante, su trabajo era valioso y le daban otra oportunidad en vez de reventarle los sesos. El lord, sin embargo, no se rindió y quiso insistir en que solo se trataba de un tanteo a un importante inversor, que en absoluto era un comisionista y que precisamente lo iba a recoger en su *jet* para conversar con él y, si le convencía, presentárselo a todos en el palacio. Parece que le creyeron, pues Jamal cambió de tema y pidió champán bien frío para brindar todos juntos por el Aquiles. Los sirvientes trajeron copas y una gran cubitera rebosante de hielo de la que sobresalían dos botellas de Armand de Brignac, uno de los más exclusivos y caros. Se sirvieron e hicieron varios brindis, todos por el dron y su prometedor futuro.

A Moore le reconfortó el primer sorbo de champán, las burbujas gélidas en la boca le provocaron la sensación de frescor que necesitaba. La ansiedad por aquella tensa conversación le había provocado sudor y le abochornó imaginarse a sí mismo con dos ostentosas manchas en la camisa bajo las axilas. Al menos, parecía que la situación se estaba reconduciendo, ya no le reprochaban la deslealtad. Habían cambiado de tema y ahora Jamal le contaba que era anglófilo; admiraba a los británicos, a pesar de haber colonizado y sometido África en el pasado. Esa contradicción no le suponía problema alguno. Luego volvieron al dron. Osmán le aseguró a Moore que iban a emprender grandes proyectos juntos si conseguían la venta del Aquiles.

Media hora después, el lord agonizaba en el suelo entre dolores abdominales insoportables, vómitos y fiebre de cuarenta grados. Su copa de champán contenía cianuro en el fondo: unas gotas de un líquido incoloro en las que Moore no reparó porque enseguida se la llenaron con el espumoso. Mientras se retorcía de dolor y pedía un médico, los tres africanos continuaron bebiendo y charlando. Cuando llegaron Alejandro y Manu al comedor, Moore ya estaba muerto. Sus cuatro guardaespaldas, también. De un tiro mortal cada uno. El palacio era tan inmenso que no habían escuchado los disparos. Varios sirvientes ya estaban retirando los cadáveres de Moore y los escoltas. Lo hacían cabizbajos y en silencio; sus rostros no mostraban gesto alguno y su actitud sumisa era más propia de esclavos. Jamal les ordenó que se los llevaran a un barranco cercano y los despeñaran. Manu estaba petrificado, se había llevado las manos a la cabeza y el asombro le mantenía la boca abierta, confundido, como si la horrible visión de los cadáveres no fuera real. Alejandro mantuvo la calma, dirigió su mirada hacia los tres africanos e intentó desconcertarles con una pregunta que no esperaban:

—¿Puedo servirme una copa de champán?

Tresser, junto a Norberto y Alessia, había observado la escena a través de la cámara que Alejandro ocultaba en un botón de su traje de lino. Estaban los tres sobrecogidos. Tardaron unos instantes en reaccionar. Norberto recordó entonces la advertencia de los agentes inmobiliarios en Londres: «Jamal es un tipo peligroso».

—Qué sangre fría la de Alejandro, buena táctica —lo halagó Tresser—. Se desentiende de Moore y les hace creer que celebra que esté muerto. Quizá eso le salve la vida.

—No te confíes, capitán, a ver cómo sale de esta —manifestó Alessia con inquietud.

—Saldrá, estoy seguro —afirmó Norberto.

Desconocían cómo y por qué los habían asesinado, si había existido una discusión previa, porque Alejandro no estaba presente en esos momentos y no puedo grabarlo, pero acababan de escuchar la orden de Jamal de que los despeñaran. La misión se estaba

complicando. Habían perdido al único interlocutor conocido, lord Moore, a quien, con la presión adecuada, podrían haber sonsacado valiosa información sobre esos tres individuos que bebían champán rodeados de cadáveres y habían secuestrado a Clarisa y a Manu.

El capitán, Norberto y Alessia se hallaban a dos kilómetros del palacio, en un todoterreno oculto en las montañas Maluti, en la espesura de un bosque sometido por la niebla, con las luces apagadas y monitorizando en una tableta lo que estaba ocurriendo justo en ese momento. En otro vehículo permanecían atentos el agente Menéndez de la CIA y la del MI6, Petula Wilson.

—No sé si la táctica del champán librará a Alejandro de un tiro —insistió Alessia con preocupación.

—Por ahora acaban de brindar —apuntó Norberto.

—Lo necesitan —opinó Tresser, acariciándose su barba de tres días—. Si han creído que era su asistente, querrán saber con detalle qué gestiones del dron había hecho Moore hasta el momento.

El capitán de la Guardia Civil acertó; fue lo primero que le preguntaron tras invitarlo a sentarse a la mesa. Alejandro improvisó, solo tenía leves referencias y el resto se lo inventó en un relato que hizo creíble. Manu pidió permiso para atender a Clarisa. No se lo permitieron y fue conducido por sus dos guardianes a sus aposentos. En la negrura de aquel bosque poseído por la niebla, Tresser no quiso compartir con los dos agentes de inteligencia lo incómodo que se sentía en esa operación encubierta que, cuando terminara, tendría que negar que hubiera existido. Si algo salía mal y lo que fuera a ocurrir trascendiera, lo defenestrarían. Ahora le parecía nimio que todo hubiera comenzado por querer limpiar su nombre ante sus superiores, pero una vez más se perdonó esa soberbia. Pensó en su hijo Pablo, en Luba, en Adelaida. Palpó en su muñeca la pulsera verde de cuero que le había regalado su hija. Cerró los ojos e imaginó que los abrazaba a los tres.

Ya avanzada la madrugada, los tres magnates y Alejandro se retiraron a dormir. El agente secreto había logrado conservar la vida, a pesar de que en varias ocasiones temió que le dispararan, veía sus armas cargadas sobre la mesa; eran hombres tan letales como

caprichosos. En aquellos momentos, Moore ya estaría en el fondo de un barranco, al igual que sus escoltas. No se alegraba de su muerte pero no lo echaría de menos. Era un delincuente, un traficante de armas y un idiota arrogante que se creía más listo que nadie. Le reconfortó la información que le había robado y que guardaba a buen recaudo para presentársela al CNI. Recordó ese año entero que tuvo que mantener relaciones sexuales casi cada noche, las náuseas que le provocaban y la pérdida de su identidad que tuvo que sufrir para convertirse en Alejandro: economista, consultor, nacido en Buenos Aires. Quería su premio cuando regresara a Madrid. Deseaba volver a ser Jaime, su nombre ficticio habitual, que ocultaba a la vez el real: Miguel, capitán de la Guardia Civil, agente del CNI desde hacía cinco años y alumno aventajado de Norberto, al igual que Alessia. La misión de rescate acababa de comenzar con cinco muertos, Moore y sus escoltas. Intentó dormir siquiera unos minutos. Agradeció el silencio y la quietud de su dormitorio. Afuera, la muerte aguardaba para irse de allí con las manos llenas.

A las cinco de la mañana, una llamada al videoportero de la entrada al palacio alertó a los escoltas que custodiaban el recinto. Una mujer herida a punto de desfallecer pedía ayuda. Era una senderista que llevaba un día entero perdida. Desorientada por la densa niebla, había caído rodando por una ladera, les contó en inglés con acento alemán. Tenía sangre en el rostro y una pierna entablillada con unas ramas. No sabía nada de su compañera. Estaba nerviosa, muy agitada. Ya había sucedido una vez: un montañero tuvo un grave esguince en un tobillo debido a una caída y les solicitó auxilio. Algunos de los senderistas, europeos y estadounidenses en su mayoría, eran inexpertos y no iban bien equipados. Muchos acudían a las montañas Maluti atraídos por las experiencias que otros contaban en las redes sociales y no pensaban en los peligros de una cadena montañosa con picos de más de tres mil metros de altura. Si alguno llegaba al palacio, los guardianes tenían órdenes de Jamal de dejarlos entrar para llamar a un helicóptero de rescate; no quería montañeros heridos o muertos en la puerta. Así lo hicieron ahora.

La senderista tenía mal aspecto. Apoyada en una gruesa rama como muleta, presentaba varias heridas en el rostro y los brazos y, en efecto, una pierna entablillada toscamente. Lloraba y les repetía a los guardianes que tenían que buscar a su amiga, pero cuando traspasó la puerta y se desactivaron los sensores de intrusión, todo cambió súbitamente: un comando de doce individuos corpulentos con ropa militar de camuflaje y armados con fusiles de asalto penetraron con ella en el recinto e inmediatamente hubo intercambio de disparos. Varios escoltas cayeron, heridos o muertos. Los mercenarios sudafricanos, silenciosos y auténticas máquinas de precisión y abordaje, los neutralizaron a todos y se abrieron paso hacia el interior del palacio. Provistos de máscaras protectoras, lanzaron botes de gases lacrimógenos y dispararon a las videocámaras para inutilizarlas.

La senderista era Alessia en una de sus mejores interpretaciones.

Tiró al suelo la muleta, se liberó rápidamente la pierna, se limpió con las manos la sangre falsa, se colocó una máscara antigás y entró en el palacio protegida por dos mercenarios, a quienes guio primero hacia el dormitorio de Clarisa y luego al de Manu, siguiendo las indicaciones de Alejandro. Mientras tanto, el resto del comando avanzó por los pasillos y disparó a los escoltas armados que se interpusieron en su camino abriendo fuego. Tomaron a dos como rehenes para que les indicaran los aposentos de los tres africanos. Manu y Clarisa no estaban en los suyos. Al descubrirlo, Alessia lanzó con rabia al suelo su máscara antigás y se sentó un instante en la cama. O los habían cambiado de dormitorio o los habían trasladado porque un soplo les había avisado de un rescate inminente.

Alguien intentaba abrir la puerta de la estancia y los dos sudafricanos apuntaron hacia allí con sus armas. Era Alejandro. Alessia se apresuró a decirles que era de su equipo y bajaron enseguida las armas. Cumplían órdenes sin rechistar, tan solo un okey para comunicar que se daban por enterados; se organizaban en células de dos o cuatro hombres, comandadas cada una por el de mayor edad y experiencia. A Alessia le impresionaba que se comportaran como si fueran robots, con una eficacia mecánica

extraordinaria y terrorífica a la vez. No le gustaría tenerlos como enemigos.

—No sé dónde están Manu y Clarisa —le informó la agente a su compañero. Se la notaba desconcertada.

—No puede ser. Les he dicho que vendríamos a rescatarlos —replicó Alejandro, sin creérselo todavía.

—Pues alguien se nos ha adelantado.

—Vamos a buscarlos por el palacio, puede que estén en otro lugar.

Estaban descolocados. ¿Otro chivatazo? Ya sería la tercera vez tras dos intentos fallidos de rescate. Tresser y Norberto, que esperaban en el todoterreno a que los sudafricanos tomaran el palacio, recibieron la noticia por parte de Alessia, al igual que Menéndez y Wilson.

—Vale, que se ocupen Alejandro y ella de buscarlos. Nosotros pasamos a la siguiente fase. No hay tiempo. Vamos a por los drones —ordenó Norberto.

—*Ok, let's go* —respondió Menéndez por la emisora de radiofrecuencia por la que se comunicaban—. Os seguimos.

—Es urgente localizar a los científicos —opinó Tresser—. ¿Y si los han asesinado? Hay que interrogar a los africanos que han matado a Moore.

—*What's happening*? —preguntó Wilson.

Norberto le informó de que no encontraban a Manu y a Clarisa; luego se dirigió a Tresser:

—Te he dicho que no hay tiempo para interrogatorios, Julián —le insistió.

—Sí lo hay.

—Joder, mi capitán.

Norberto comunicó en inglés el cambio de planes a sus compañeros de la CIA y del MI6, que aceptaron con recelos. Tenían prisa por llegar hasta los drones. Arrancaron motores y en dos minutos aparcaron los dos todoterrenos en la puerta del palacio. Con pasamontañas para ocultar sus rostros, entraron los cuatro en los

jardines y caminaron armados entre los guardianes caídos tras el tiroteo. Aquella visión perturbó a Tresser, habían llegado demasiado lejos. No vio que ninguno de los escoltas se moviera; los sudafricanos habían disparado a matar, como ya le había advertido Norberto: «O caen ellos o caemos nosotros». Las ametralladoras que portaban los guardianes habían sido descargadas, por si acaso alguno hubiera sobrevivido. A pesar del reproche moral hacia su compañero, lo cierto es que no había ocurrido nada demasiado distinto a un asalto de las fuerzas de seguridad con los atrincherados armados disparando a matar. La diferencia, entre otras, es que no había existido negociación previa. Habría sido imposible con unos individuos que bebían champán rodeados de muertos. Aquello era una guerra.

El capitán y los tres agentes entraron en el palacio, confiados en que ya no había peligro, pero sí lo había: los vigilaban, los habían seguido desde el hotel de Lesoto, a mucha distancia para no ser descubiertos. Si volvieran la cabeza, no los verían, pero estaban allí.

—Por dentro es mucho más grande de lo que parece por fuera, que ya es decir —se sorprendió Norberto.

Jamal, Mapalo y Osmán estaban en el salón más cercano a la puerta de entrada, sentados y esposados, y vigilados por cuatro de los paramilitares. Otros dos retenían en las cocinas a los sirvientes, entre los que se encontraban las guardianas Antonia y Safila, que no despegaron los labios, atemorizadas. Los demás mercenarios recorrían el palacio para neutralizar a quienes les opusieran resistencia, a la vez que escoltaban a Alejandro y Alessia en la búsqueda de los científicos en cada una de las numerosas estancias.

Menéndez y Wilson finalmente se descolgaron del plan y se ciñeron al primigenio: iban a buscar el lugar donde se fabricaba el Aquiles, a pesar de que Norberto les insistió en que esperaran a Alejandro, que era quien sabía dónde se hallaba. Antes de ir en busca del hangar, Menéndez y Wilson se reunieron con Norberto y Tresser en el salón donde retenían a los africanos. El agente de la CIA se acercó a Mapalo y ordenó a los paramilitares que le quitaran las esposas. Le dio un bofetón, lo agarró de un brazo y lo entregó a

uno de los sudafricanos, con la orden de que le sonsacaran dónde estaba el dron.

—*Are you coming with me*? —le preguntó Menéndez a la agente Wilson.

Petula respondió que sí, que se iba con él. Sacó su arma y le quitó el seguro, dejándola lista para disparar. Menéndez no invitó a los guardias civiles españoles a que los acompañaran. Se manejaba mejor con la agente británica, se entendían, como anglosajones que eran. Mapalo, enrabietado, se revolvió e intentó zafarse del mercenario, quien le dio un culatazo en la cabeza con su fusil. Se lo llevaron casi desmayado.

—Menéndez es la peor cara de la CIA —le comentó Tresser a Norberto.

—¿Estás seguro de que tienen una mejor? —replicó él.

—No, no la tienen —intervino Jamal con desfachatez.

—¡Cállate! —le gritó Tresser—. ¿Dónde están Clarisa y Manu?

—No tengo ni idea.

—¿Vosotros solitos habéis montado toda la parafernalia del dron? —les preguntó Norberto.

Ninguno de los dos contestó. El agente del CNI le dijo a Jamal que sabían que el palacio estaba a nombre de Catalina Bakale, una niña de seis años, para denotar que tenían información sobre él. Alessia la había recopilado y se la había enviado por Messenger a su perfil falso de Facebook.

—Sabemos que es tu hija.

—No la nombres más, de lo contrario no olvidaré tus ojos, aunque no pueda ver tu rostro —amenazó a Norberto.

—Tráfico de armas, blanqueamiento de capitales, minas esclavistas de diamantes para financiar guerras, no os falta de nada para optar al premio a la mejor y más contundente bolsa de basura —les dijo Norberto con desprecio.

—Vamos a desmantelar vuestro hangar —intervino Tresser—. Se acabó el negocio.

—No, se acabó el hangar, no el negocio. ¿Cómo se dice en España? ¿Nos iremos con la música a otra parte? Eso es. —Sonrió el ecuatoguineano.

—*Lesotho does not have an extradition treaty with Spain* —les recordó Osmán.

Era verdad, Lesoto no tenía tratado de extradición con España, pero sí Sudáfrica. Si pisaban suelo sudafricano —lo cual era inevitable, pues Lesoto estaba en medio del país—, serían detenidos, les advirtió Tresser. En unos minutos, añadió Norberto, se comunicarían con el Reino Unido, donde fueron secuestrados Manu y Clarisa, para que un juez cursara la orden internacional de búsqueda y captura contra ellos. Los africanos se rieron, comentaron algo entre ellos en algún dialecto local y no pronunciaron una palabra más.

Mientras Alessia revisaba las videocámaras de seguridad, para saber si los científicos habían abandonado o no el palacio, Alejandro se encontró en uno de los grandes y largos pasillos con Menéndez y Wilson. Dos mercenarios llevaban a Mapalo casi a rastras. La agente británica le dijo que los iba a guiar hacia el hangar, aunque todavía no había abierto la boca. El joven del CNI, casi riéndose de ellos, les informó de que estaban yendo en dirección contraria y que un hombre semiinconsciente poco podría decirles. Les propuso que le siguieran, puesto que Manu le había indicado el camino exacto al búnker subterráneo.

—Espero que no se equivoque usted, *bro* —le dijo Menéndez.

—Mucho menos que su prisionero, que no les va a decir nada.

Capítulo LIV

ALESSIA gritó en italiano «*Ecco*!» cuando vio cómo una de las videocámaras había captado a Clarisa y Manu a las dos y media de la madrugada saliendo por una de las puertas traseras del palacio y subiéndose a lo que le pareció un viejo Mazda gris, del que tomó la matrícula ampliando la imagen. A esa hora aún no había comenzado el asalto. ¿Con quién se habían ido y por qué, cuando Alejandro les había dicho que aguardaran el rescate? Se lo comunicó enseguida por radio a Norberto, pero su jefe no la escuchó, solo le gritó que fuera inmediatamente al todoterreno aparcado en la puerta principal y lo condujera a la parte posterior del palacio. «¡Es urgente! ¡Corre, ven a recogernos!», le ordenó.

Quince minutos antes, dos comandos de paramilitares escoltaban a Tresser y a los agentes de inteligencia al hangar subterráneo. Mapalo iba con ellos, esposado, pero continuaba negándose a mostrarles el camino. Lo hizo Alejandro, siguiendo las indicaciones que le habían facilitado Manu y Clarisa. Aunque les vendaban los ojos cada día para acceder al lugar, el ingeniero informático había memorizado los pasos desde el comedor donde desayunaba cada mañana hasta el búnker. Cien en línea recta, cincuenta a la izquierda y cuarenta y tres a la derecha, hasta llegar a una puerta al final del pasillo. Allí había un ascensor, pero tenía un código para ponerlo en marcha y tampoco podían perder el tiempo bajando por turnos. Así que tuvieron que utilizar las tortuosas escaleras excavadas en la

roca, encajadas entre paredes cortantes, dificultosas, poco iluminadas y con peldaños desiguales. Si alguien diera un traspié, arrastraría a varios con él, pues bajaban todos en fila india, en un silencio contenido, excitados por la llegada inminente al objetivo: el Aquiles.

Pero el rescate había empezado mal, con el asesinato de Moore y los científicos en paradero desconocido, y continuaba peor, pues no acababan las sorpresas, lo inesperado, la complicación. Cuando por fin llegaron a la nave, ganada a la roca varios metros bajo tierra, los agentes se encontraron con que no eran los únicos actores en el escenario: seis desconocidos encapuchados la estaban desmantelando. Este era el panorama: los operarios, incluido el capataz, se hallaban contra la pared, vigilados por uno de los intrusos, que los apuntaba con un fusil mientras los otros trasladaban en una plataforma con ruedas el prototipo número tres del Aquiles, una aeronave compacta con forma de tabla de surf y dos alas laterales en flecha. En el extremo del hangar había una gran puerta que se abría a los jardines, donde aguardaban dos furgones con las puertas traseras abiertas. Aún era de noche y la niebla persistía, pero los grandes focos de la nave iluminaban lo suficiente para ver que en su interior se habían cargado dos prototipos de menor tamaño y los ordenadores.

Comenzó el tiroteo. Los mercenarios y los ladrones intercambiaron disparos. Alejandro, desarmado, se puso a cubierto y Wilson ordenó a los operarios que se tiraran al suelo. De repente, lo inesperado: una de las balas hirió a Menéndez y cayó al suelo con un tiro en el estómago. Tresser y Norberto lo arrastraron enseguida a un lugar seguro, el capitán se quitó la camisa y le taponó la herida, que era más bien un boquete. Se veían las vísceras.

—Váyanse a *balasear, bros* —le dijo, desangrándose—. Qué poca madre morir tan lejos.

—Sigue taponando la herida, Menéndez. Te sacaremos aquí —le consoló el capitán, cruzando la mirada con Norberto; no había esperanza de que saliera vivo de la refriega.

—Dame la mano, picoleto —le pidió, sonriéndole—. Sé cómo os llaman en España. ¿Es bueno o es malo?

—Depende de quién lo diga y de cómo lo diga —respondió.

Tresser tomó de la mano al moribundo, agachando la cabeza para que no la reventara una bala.

Era un momento tan íntimo la muerte, aunque fuera en medio de un tiroteo, que a Tresser le provocaba pudor reconfortarle; no sabía qué decirle. Aunque lo consideraba un hombre despreciable, compadeció que estuviera en los últimos minutos de su vida.

—Los de la tripulación, no los avisé, ya éramos muchos, *bros* —les reveló ya sin apenas voz—, por eso Dios no se ha interpuesto entre la bala y yo.

Norberto ya imaginaba que había sido así; la confesión *in extremis* no lo redimía a sus ojos, le parecía imperdonable que los hubiera condenado a una muerte segura, no tanto porque no hubiera más sitio en la fueraborda, lo cual podría haber sido subsanable de algún modo, sino porque el agente de la CIA no quiso compartir el secreto de la *muerte simulada* con más personas; solo por eso, tan simple y tan injustificable como cualquier acto de maldad.

Menéndez cerró los ojos y murió como en la guerra, entre disparos de pistolas, ametralladoras y fusiles. Los agentes habían desenfundado sus armas, pero quienes realmente disparaban eran los paramilitares, que tumbaron de una sola tanda a tres de los ladrones. Les quitaron el pasamontañas. Otra sorpresa en aquel accidentado rescate: eran chinos. Los orientales estaban en desventaja, para los sudafricanos iba a ser un paseo liquidarlos a todos. Por eso los tres que quedaban vivos renunciaron a cargar con el Aquiles que estaban trasladando —no pesaba menos de doscientos kilos—, esquivaron como pudieron las balas y lograron llegar a los furgones con un pasajero más: el informático chino acusado de espionaje y condenado a cadena perpetua, que les había rogado, desesperado, que lo liberaran. Instantes después, arrancaron el motor y huyeron.

Norberto y Tresser se miraron, lo tenían claro sin necesidad de palabras: había que ir tras ellos y recuperar los drones y los ordenadores. Las órdenes del capitán de la UCO se sucedieron unas a otras: seis paramilitares se quedarían en la nave para custodiar el material y vigilar a Mapalo, otros dos ya estaban en el comedor azul vigilando a Jamal y Osmán. Alejandro y Petula Wilson tenían que seguirlos a él y a Norberto, y había que correr rápido para llegar a los vehículos aparcados en la puerta principal. Fue entonces cuando el agente del CNI le ordenó por la emisora a Alessia que se acercara hasta allí con un todoterreno a recogerlos, para no perder tiempo recorriendo a pie el perímetro del palacio. Tresser estaba seguro de que podrían alcanzar a los chinos, ya que los furgones tendrían más dificultades para conducir a la fuga por la estrecha y serpenteante pista forestal de las montañas Maluti.

Amanecía entre la niebla mientras el capitán conducía uno de los todoterrenos acompañado de Norberto y Alessia; Alejandro y Wilson viajaban en el otro y dos de los mercenarios en el tercero. Tenían en su punto de visión a los dos furgones, que avanzaban lentos debido a la carga que portaban. Cuando ya los tuvieron cerca, comenzó la persecución. Hubo de nuevo intercambio de disparos. Los sudafricanos se colocaron en primera línea y ametrallaron la carrocería y las ruedas. Era cuestión de poco tiempo que los tumbaran. El vehículo que conducía el capitán recibió el impacto de una bala en el parabrisas y se salió de la pista de tierra. Un volantazo del guardia civil evitó que se estampara contra la montaña, pues no había arcén para encarrilar el vehículo. Tresser consiguió finalmente incorporarse a la pista de tierra, cuyo sinuoso y peligroso trazado discurría entre numerosos barrancos, tan profundos que daba vértigo mirarlos.

—¿Alguien herido? ¿Estáis bien? —preguntó.

—Afirmativo —contestaron Alessia y Norberto a la vez.

De repente, el furgón de los chinos que iba en cabeza perdió el control al intentar esquivar entre la niebla a un inoportuno vehículo detenido en el lateral. En solo un instante, desapareció de la carretera, como si la montaña se lo hubiera tragado. Los

todoterrenos redujeron la velocidad al rebasar al coche para que no les sucediera lo mismo.

—¡Detente, capitán, son los científicos! —gritó Alessia a Tresser al pasar por delante.

Era el viejo Mazda gris que había visto en las videocámaras. No tenía duda alguna. La agente reconoció a Clarisa en el asiento posterior del coche y a Manu en el del copiloto. Norberto lo comunicó por radio y ordenó a los sudafricanos y a Alejandro y a Wilson que continuaran la persecución del segundo furgón. Alessia iba a salir del vehículo cuando Tresser la detuvo:

—Espera, no sabemos con quién están y qué ha ocurrido. Desde aquí veo a un tercer individuo en el interior.

Tresser y los dos agentes del CNI descendieron del vehículo apuntando al Mazda con sus armas. Ni Manu ni Clarisa se movían en el interior. Cuando se acercaron, distinguieron a un joven negro que se agarraba fuertemente con las manos el volante y se mostraba cabizbajo. Tresser le ordenó en inglés que saliera del vehículo con las manos en alto.

—Manu, Clarisa, no os mováis, quedaos donde estáis —les pidió Norberto.

El joven descendió lentamente del coche con las manos en alto, como le había ordenado el capitán. El miedo marcaba su rostro sudoroso.

—¡Se llama Mosiua, es de Guinea, habla español y nos ha ayudado! —gritó Clarisa desde el interior del coche—. No le hagáis daño, por favor.

Tresser cacheó al chico. Estaba desarmado.

—¿Quiénes sois? —les preguntó Manu con desconfianza.

—Gente amiga —respondió Norberto.

—Estáis a salvo —añadió Alessia.

Era un misterio qué hacía la pareja de científicos en un viejo Mazda en medio de las montañas y acompañados de un desconocido. Clarisa y Manu explicaron enseguida lo sucedido: Antonia, la guardiana con la que más habían empatizado, se había compadecido de ella cuando le envenenaron la comida para

provocarle un aborto. Ocurrió que, al enterarse de que se habían oído tiros en el comedor, la guineana decidió arriesgarse y se presentó de noche en el dormitorio de Clarisa con una llave, la de una pequeña puerta de los jardines junto a la piscina. Se utilizaba para sacar las basuras a un contenedor que cada semana era trasladado a la ciudad.

—Tenéis que iros de aquí; ha muerto gente y os puede tocar a vosotros o a mí misma. Jamal es un hombre cruel —le dijo a Clarisa —. Mi sobrino os esperará afuera con su viejo Mazda y os llevará a Maseru. Allí podréis pedir auxilio.

Clarisa se abrazó a Antonia llorando, como si fuera una niña y ella su madre. Se sentía tan desamparada que el gesto de su guardiana la conmovió. Probablemente no la volvería a ver jamás, pero, en aquel palacio que había sido su mazmorra, aquella mujer le regaló bondad y jamás olvidaría ese gesto hermoso.

—¿Por qué no esperasteis a Alejandro, que os prometió que os rescataría? —les preguntó Norberto.

—No sabíamos de quién fiarnos —respondió Manu—. Lo que no esperábamos era que se nos estropeara el coche en plena huida.

Tresser se asomó al abismo que era el barranco. El furgón estaba destrozado sobre un gran saliente de roca. Dos drones de menor tamaño que el prototipo Aquiles estaban desparramados por la falda de la montaña y los dos ocupantes —uno de ellos, el espía chino— estaban muertos, con las extremidades descoyuntadas. Los mercenarios sudafricanos alcanzaron al otro furgón y recuperaron los ordenadores. Alejandro y Petula Wilson se llevaron al único de los ladrones que seguía vivo para interrogarlo en algún lugar discreto de Maseru.

No se iba a dar aviso ni a la Policía de Lesoto ni a la de Sudáfrica. Aquel primer día de abril, en las montañas Maluti no había sucedido nada. El espionaje trabajaba así, en una suerte de mundo paralelo donde las leyes imperantes eran el silencio, las verdades difuminadas —o directamente el engaño— y el desapego. La empatía no era un valor positivo; siempre merecería un reproche, siempre sería sospechosa de ser un ardid para lograr un fin. En el

palacio, el resto de los mercenarios procedió a llevarse los cadáveres y a los tres africanos retenidos, y también a liberar a los sirvientes, entre ellos Antonia y Safila. La última sorpresa de aquel azaroso rescate fue la más inesperada de todas: Jamal y Osmán habían logrado huir del palacio, junto a los dos paramilitares que los custodiaban. El soborno entraba dentro de lo posible; la prepotencia de los dos magnates africanos, también. Los cuatro estaban en paradero desconocido. Solo se había logrado retener a Mapalo, que fue conducido a Ciudad del Cabo para ser interrogado por la CIA y el MI6. A Clarisa y a Manu se les trasladó en un avión militar británico a Pretoria, donde estaba la embajada del Reino Unido en Sudáfrica. Tenían que contarlo todo sobre el Aquiles. Jamal y Osmán habían huido y existía el temor de que lo intentaran de nuevo con el dron. ¿De qué modo? Era un espacio en blanco.

Capítulo LV

ALESSIA cayó en la cuenta a la mañana siguiente cuando intentaba explicarse —al igual que los demás— cómo habían logrado entrar al palacio los ladrones chinos, porque el detenido no abría la boca ni para pedir agua. Había existido una filtración, un soplo, una información sobre el día y la hora. Repasaba las reuniones, las conversaciones, lamentaba que el rescate se hubiera hecho sin comunicarlo al Centro, lo cual era muy grave, y todo para entrar en el palacio y no ser los primeros. Pensó en el transcurrir de esa mañana, en lo que planearon en el hotel, en la aparición de Mara, descartada porque estuvo sedada durante el operativo. Y entonces entrevió el fallo, *su* fallo. ¿Cómo no le extrañó que Mo Peki la telefoneara, cuando casi siempre se comunicaban mediante mensajes en clave? Centrada como estaba en preparar el rescate y sorprendida por la inesperada irrupción de Mara en Lesoto, no analizó el porqué de esa llamada intempestiva de su fuente más valiosa; una llamada sin utilidad, que no era urgente, pero sí posiblemente el señuelo para rastrear la ubicación de su móvil, utilizando el sofisticado pero habitual sistema de engañar al dispositivo con antenas de telefonía simuladas. Estaba ahora tan segura de que eso fue lo que sucedió, que no se atrevía a reunirse con sus compañeros en el jardín del hotel para no pasar por el bochorno de admitir que el error fue suyo. «*Porca miseria*!», murmuró. Marcó el número del surcoreano. Respondió enseguida,

posiblemente porque Peki querría saber si ella había descubierto o no la trampa. Recordó cuando hablaron en Milán de lo bien que pagaban los chinos la traición. El surcoreano no quiso responder a la pregunta sobre si le habían tentado ya.

—Hola, Peki, cariño. Ahora ya puedo hablar. ¿Qué era lo que me tenías que contar ayer?

—Nada importante, ya lo solucioné. Necesitaba una información, pero resulta que la encontré por otro lado. ¿Qué tal lo tuyo? ¿Lo has resuelto?

—No, todavía no arrancamos.

No era verdad, el rescate ya se había producido y él lo sabía. Alessia quiso manifestarle así que lo había descubierto.

—Ah… —se limitó a contestar.

—Ya no podremos brindar por nuestra amistad nunca más. No eres digno de sentirte milanés.

—No sé a qué te refieres, explícamelo mejor.

Alessia cortó la llamada y tiró el móvil sobre la cama. Estaba haciendo la maleta para su regreso a España. La aventura, al menos esta parte de la aventura, había terminado. Rescatados los científicos, sí, pero había perdido a su mejor fuente.

—Lo de los chinos fue por un error mío —les reveló a sus compañeros cuando se reunió con ellos en el hotel—. Me traicionó una fuente, me rastrearon el móvil.

Les contó cómo había sucedido, avergonzada. Ese gol lo podría haber parado si hubiera estado un poco más pendiente. Norberto se enfadó y le reprochó que hubiera cometido tal error de principiante: cualquier hecho o situación que no sean los habituales deben ser considerados sospechosos.

—Ya vale, déjala en paz —la defendió Tresser—. Tenemos a los científicos, tenemos los ordenadores con los diseños del Aquiles y tenemos el prototipo. Alessia apaga muchos fuegos y entra dentro de lo normal que se le escape alguno.

—Gracias, capitán. —Alessia le dedicó una sonrisa.

—Yo entiendo tu cabreo, Norberto —intervino ahora Alejandro, que se había ocupado hasta ese momento de traducirle la tensa conversación a Petula Wilson—, pero créeme que esta misión ha sido tremendamente difícil y es un milagro que se haya cumplido el objetivo.

—Vamos a ver, o se comenten fallos o no se cometen, no hay más —continuó Norberto, intransigente, tan estricto como Tresser.

Apareció Mara, con gafas de sol y gesto adusto. Se sentó de mal humor, arrastrando la silla.

—Como te quejes, te mato —le advirtió Alessia, que tampoco tenía el mejor ánimo.

—O te mato yo a ti —replicó Mara, desafiante.

—Vale, chicas, dejadlo aquí —terció Alejandro.

—Pero ¿tú quién te crees que eres, Mara? —la atacó Alessia—. ¿Dónde está escrito que puedas seguir en secreto a tus compañeros cuando van a emprender una misión en la que no se ha contado contigo? ¡Y encima querías participar, empotrarte en el operativo como una garrapata! Tienes suerte de que no te tirara por el balcón y que pareciera un accidente, como hace Romano.

—Alessia, tienes toda la razón —intervino Tresser—, pero discutir esto es una enorme pérdida de tiempo.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Mara al capitán; muchas habían sido las peripecias vividas, pero no habían coincidido hasta entonces.

Tresser no le contestó y tampoco la miró a la cara, la volvió invisible a sus ojos, no le interesaba lo más mínimo aquella agente que podría haber puesto en riesgo la misión.

—Tiempo de despedidas, compañeros y compañeras —intentó de nuevo Alejandro rebajar la tensión—. Dejemos los malos rollos para otro día y felicitémonos por el éxito de la misión y, humildemente, permitidme que me felicite también a mí mismo por haber regresado de donde estuve y con quien estuve. Soy una persona positiva, espero que las secuelas emocionales no me duren una eternidad. — Se lo tradujo al inglés a Petula.

Aunque Jamal y Osmán se habían escapado, lo festejaron igualmente. Pidieron un *chardonnay* sudafricano bien frío, brindaron por el rescate de Manu y Clarisa y por Alejandro. Ninguno propuso un brindis por Charlie Menéndez, aun muerto en acto de servicio no se le perdonaba que hubiera permitido la explosión del yate con la tripulación a bordo. Mara había abandonado la mesa, sin que nadie la animara a quedarse. Bebieron vino hasta el ocaso. Los atardeceres en África eran hermosos; ahora comprendía Tresser que se les dedicaran poemas, novelas y películas. En aquel momento, recorrían el cielo sobre las montañas suaves neblinas de color vainilla y lenguas de nubes azules y rosáceas.

—No voy a participar en nada más, Norberto —le anunció Tresser, mientras Alessia, Alejandro y Petula bebían vino y charlaban en inglés—. Me vuelvo a Madrid. Hemos cumplido con el objetivo y lo demás ya es cosa vuestra. ¿Qué vais a hacer con Clarisa y Manu? ¿Los dejaréis volver con sus familias?

—Lo tendrá que decidir la directora junto con el resto de las agencias. Se hará lo que más convenga para salvaguardar la seguridad. Alessia y Alejandro pondrán al corriente a Alma, yo sigo estando muerto.

—No volverás a la vida, pues.

—Me lo estoy planteando; se trabaja mejor desde la oscuridad, solo estaré en la luz para mi familia. Ha sido un honor compartir esta misión contigo, Julián.

—Te temo cuando me halagas.

No quiso decirles que en hora y media cogería un vuelo a Madrid. La razón era evitar las despedidas, que a Tresser siempre le daban pereza. Alessia lo intuyó de algún modo, porque cuando les dijo que subía a la habitación a descansar un rato, ella le comentó con una sonrisa pícara:

—No creas ni por segundo que te vas a librar de mí, capitán.

Tresser se despidió de las montañas Maluti desde el avión que le llevaba a casa. Tan desconocidas —como tantos lugares bellos del continente—, tan exuberantes, tan amenazantes a la vez. Se

despedía de África sin haberla saboreado apenas, pero no pudo prometerse que volvería, prefirió que un día la vida lo sorprendiera.

El avión tomó tierra a las nueve de la mañana, después de trece desesperantes horas de vuelo en las que su metro ochenta de estatura fue un calvario para sus piernas, encajadas casi a la fuerza en el estrecho espacio entre un asiento y otro. No logró viajar en primera, la clase *bussiness* estaba completa y no quiso esperar al siguiente vuelo un día más tarde. Necesitaba dejar atrás Lesoto. Cuando las ruedas del tren de aterrizaje tomaron contacto bruscamente con la pista del aeropuerto de Barajas, le sobrevino una sensación de culpa que le molestó. No la quería, no se reconocía en ella. Regresaba con la misión cumplida, los científicos y el prototipo rescatados, pero en el palacio de las montañas hubo muertos y, al igual que la culpa, tampoco sentía que le pertenecieran, pero ahí estaban. Las cosas se podían haber hecho de otro modo; esos mercenarios sudafricanos eran letales, también lo eran los escoltas de palacio, adiestrados para disparar a matar sin remordimiento alguno. Aún le extrañaba que hubieran franqueado la puerta a Alessia en mitad de la noche, sin sospechar que aquella senderista les estaba tendiendo una trampa que él mismo había planeado. Persistía en el capitán la sensación de irrealidad cuando recordaba todo aquello, tal vez una defensa emocional para no asumir que él había participado en el juego sin que nadie le hubiera obligado a hacerlo, ni siquiera Alessia, tan insistente, tan pesada, aunque reconocía que era buena agente secreta. «Muy buena», aceptó mientras atravesaba el *finger* que le conectaba con la terminal.

No había avisado de su llegada, así que esta vez Luba no lo recibiría ni lo abrazaría. Habían sido tres días tan intensos en África que prefirió ser el hombre solitario de siempre y concederse silencio mientras su mente se adaptaba a la realidad e iba desdibujando lo que había dejado atrás.

Caminando por el *parking* del aeropuerto descubrió las numerosas llamadas perdidas de Adelaida y de Luba y los SMS donde las dos se quejaban de su ausencia de noticias desde hacía

más de cuarenta y ocho horas. Se acusó a sí mismo de ser un impresentable y se dijo que cualquier excusa sería una falta de respeto hacia ellas. Condujo su Toyota por la autovía preguntándose por qué no había llamado para dar señales de vida, y se respondió: porque me centré en el rescate y no pensé en mi familia, me olvidé. Cuando entró en casa, Mirucha salió disparada hacia él y se encaramó a sus piernas, saltando de alegría y jadeando de emoción, mientras Greta le daba golpes con la pata a la perrita para que se apartara y le dejara a Julián para ella sola. No había nadie más en casa, ni siquiera su bebé. Preocupado, telefoneó a Adelaida. Estaba en el centro de salud para una revisión rutinaria de Pablo.

—¿Te dará tiempo de ver a tu hijo antes de que prepares otra maleta? —le preguntó con sarcasmo Adelaida cuando cogió la llamada.

—No va a haber más maletas, te lo prometo.

—Dos días enteros sin saber de ti, Julián. Otra vez. No sé si ese amor me interesa. En cualquier película de tres al cuarto tú ya dormirías esta noche en el sofá.

Tal vez la estuviera perdiendo, como le había advertido Luba. Dejó su maleta en el recibidor y se tumbó vestido sobre la cama. Sin darse cuenta, se durmió. Estaba agotado. Pero a los pocos minutos se despertó sobresaltado. Dormir era una torpeza. Lo que tenía que hacer era irse directo al centro de salud y estar junto a su mujer y su hijo. En diez minutos estaba aparcando su Toyota frente a la puerta del ambulatorio. Encontró a Adelaida en la sala de espera charlando y riéndose con un padre con su pequeño en brazos. Cuando vio acercarse a Julián, ella ocultó su enfado y le presentó a su acompañante como un antiguo «compi» —dijo— de la facultad. Tresser lo saludó con cortesía e indiferencia a la vez y se sentó junto a Adelaida.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó ella.

—Casi catorce horas, dos escalas y en clase turista.

—Ahí está el castigo que te mereces.

Estuvieron los dos juntos cuando el pediatra examinó a Pablo. El bebé estaba sano, todos los parámetros de salud eran normales y

ganaba peso a buen ritmo. A Tresser le gustó ese aterrizaje en la realidad, con su pequeño en sus brazos. La pareja regresó separada, cada uno en su coche. Llegaron a casa y a Julián no le apetecía discutir, así que no se dirigieron la palabra. Era una situación tensa, artificiosa. Puesto que Luba se había ido a clase y no estaba allí para suavizar la situación, Julián intentó romper el maleficio que los distanciaba.

—¿Te apetece que pida una pizza para comer? —propuso él.

—Recuerda que no puedo tomar nada picante durante la lactancia.

Fue una manera de derretir el hielo. Julián la hizo reír: le contó que en un aeropuerto de África vio en una tienda unas pantallas de lámpara cónicas muy vistosas y exóticas, elaboradas con paja trenzada. Le gustaron y decidió comprar una para regalársela a Luba. En su interior debería haber un soporte para la bombilla y el cable, pero estaba vacío y preguntó por qué. La respuesta lo abochornó: la pantalla de lámpara no era tal, sino el sombrero tradicional del país para las ocasiones especiales, algo así como un sombrero de gala.

—A veces eres muy básico, Julián.

Lo calificó ella así, riéndose; le había divertido su metedura de pata.

Aquello le había ocurrido la tarde anterior en el desangelado y humilde aeropuerto de Maseru, pero no se lo contó, como si nada de lo ocurrido en Lesoto hubiera existido.

—Aparte de tu cabreo conmigo, muy merecido, ¿estás bien, Adelaida?

—Sí, estoy muy bien, porque te vas a encargar del biberón de las noches cada tres horas, esté Pablo dormido o despierto. Me sacaré leche, tendrás tres *bibes* preparados y yo por fin podré dormir de un tirón. Vas a compensarme por estar tres noches fuera y dejarme en caída libre.

—¿Puedo compensarte de otras formas, además? —le preguntó, acariciando suavemente su cabeza.

—¿Por ejemplo?

—Vamos al dormitorio y te daré alguna pista.

—Hoy dormirás en el sofá, Julián.

—No me hagas eso. Ven aquí…

Una vez más, la pareja pasó de la zona gélida a la más tórrida sin transición alguna. El sexo les hacía olvidar sus desencuentros y les servía de espejismo para convencerse de que la relación era la mejor posible. Desnudos sobre la cama, Julián se preguntó si aquel barco navegaba a la deriva y ellos creían que manejaban el timón. Adelaida también se hizo preguntas, pero eligió no contestarlas. Sonrió con melancolía.

—Ni contigo ni sin ti, Julián.

—Nunca sin ti, Adelaida.

—Aunque tú no estés, la realidad aquí sigue su curso. Ayer Bruno intentó quitarse la vida por tercera vez. Está en el hospital.

Julián dio un respingo en la cama y se incorporó de golpe.

—¿Y me lo dices ahora? ¿Luba está bien?

—Ha pasado la noche a su lado. Bruno es mi mayor fracaso profesional, pero no quiero que sea el de Luba. Ella se culpa, es lógico.

—No, no es lógico. Voy al hospital —dijo Julián, cogiendo sus pantalones del suelo.

—No lo hagas. Me ha pedido que no vayas; te verá en casa.

—¿Y eso por qué? ¿Has hablado con ella? ¿Cómo se siente?

—Está desconcertada, no sabe cómo afrontarlo.

—Tenía que enamorarse por primera vez de quien menos le conviene. Tengo que verla.

—No, voy a ir yo, Julián. Confía en mí. Ocúpate de darle el biberón al peque. Le toca en media hora.

—¿Vas tú y no voy yo, que soy su padre?

—Precisamente por eso, porque la presionarás. Me la voy a traer a casa. Mientras tanto, reflexiona sobre cuál va a ser tu discurso.

—¿Y cuál debería ser según tú, doctora?

A Julián le molestó que ella decidiera quién iba y quién no al hospital y también qué debía decirle a su hija.

—Sé generoso y limítate a escucharla. Es lo que necesita.

—Haré lo que deba. —Julián se resistía a seguir el dictado de Adelaida.

—Y te equivocarás.

—No, la equivocada eres tú diciéndome cómo debo tratar a mi hija. Me voy a darle el biberón a Pablo. Cumple lo prometido y trae contigo a Luba, no quiero que esté más con Bruno.

Julián salió de la habitación seguido por Mirucha y con Greta en brazos. No se despidió de Adelaida.

Capítulo LVI

¿QUÉ plantas eran capaces de nacer y, lo más importante, de sobrevivir en la aridez del desierto? Los visitantes se hicieron posiblemente esa misma pregunta, por eso la zona de clima desértico estaba tan concurrida, incluso a una hora temprana como las diez de la mañana. La luz poderosa de un día soleado iluminaba los diferentes escenarios del madrileño Palacio de Cristal de Arganzuela, una enorme y bella estructura de hierro y cristal de más de siete mil metros cuadrados, construida a principios del siglo XX en el Matadero Municipal de Madrid. Antaño fue establo para venta de ganado, luego se destinó a almacenar hortalizas —de ahí que se la conociera como Nave de las Patatas— y en los años noventa del pasado siglo se recuperó para convertirla en el invernadero más grande de la capital, con más de nueve mil especies de plantas desérticas, tropicales y subtropicales, así como diferentes tipos de aves y de peces que nadaban en los estanques y arroyos que recorrían el recinto.

Alma, la directora del CNI, camuflada bajo la apariencia de una turista —mochila a la espalda, anorak de un rojo chillón, gorra con visera, móvil en una mano y plano de Madrid en la otra—, observaba con curiosidad en el escenario desértico varias piedras en torno a los agaves, los cactus y las chumberas. Había leído en el cartel explicativo que en realidad eran plantas que se mimetizaban con las rocas para evitar los ataques de los depredadores.

Un hombre se acercó disimuladamente a ella y la llamó por su nombre. Era la voz que esperaba oír. Se volvió hacia él.

—Levántate y anda, le dijo Jesús a Lázaro. Te daba por muerto, Norberto.

Su tono de voz no era amable; el agente secreto estaba preparado para que no lo fuera.

—Dile a tus escoltas que se relajen, por favor —le pidió él.

Los agentes lo habían cercado discretamente, pero ella los informó de que era un amigo y les indicó que se alejaran unos metros para poder hablar con tranquilidad. A la directora y secretaria de Estado la escoltaban cuatro guardias civiles de servicios especiales, más otros dos denominados de «avanzada», que antes de que llegara Alma habían inspeccionado el recinto para valorar riesgos. Un hombre con aspecto de jubilado y una joven pareja de enamorados —ella, embarazada— deambulaban en torno a Alma. Eran agentes del CNI. Todo, pues, bajo control.

—¿Ves estas piedras? —Se las señaló con la mirada a Norberto, fascinada por esos camaleones vegetales—. En realidad son plantas. Están llenas de agua, preparadas para sobrevivir en el desierto y confundir al enemigo. ¿Cómo has sobrevivido tú?

—¿Cómo has sabido que estaba vivo?

—Tenía mis sospechas. Alessia y Alejandro no te nombraron cuando me detallaron el rescate de Lesoto, pero de algún modo vi tu estilo en el diseño del operativo y algo me dijo que tal vez no estuvieras muerto, por eso he contactado contigo en el más allá —dijo con ironía—. Lo que has hecho es impresentable, Norberto.

—Fue el agente de la CIA, Menéndez, quien planeó esa locura de fingir nuestras muertes. Ya te detallaré la odisea, pero es verdad que hemos trabajado mejor siendo más libres, sin que nadie nos acechara ni espiara nuestros movimientos.

—¿Y la tripulación del yate? —quiso saber Alma.

—Menéndez aseguró que los habían evacuado a tiempo, pero confesó al morir que decidió no avisarles de la explosión, pienso que para no compartir el secreto de las muertes simuladas —respondió Norberto sin mirarla a los ojos.

—Joder, es una salvajada. Eran inocentes, ¿no te das cuenta? —le reprochó la directora—. No voy a llorar por Menéndez ni quiero saber más sobre ese asunto, pero los de la CIA son terribles cuando quieren conseguir algo. En cuanto a ti, ¿quién te has creído que eres?

Estaba de repente indignada, dejó atrás las plantas-piedra y caminó hacia la zona subtropical, seguida discretamente por su servicio de seguridad. No le dirigió la palabra a Norberto —que iba tras ella como un perrito faldero— hasta que se detuvo junto a los *árboles paraguas*, cuyas hojas, agrupadas en grandes racimos, tomaban la forma de una sombrilla.

—No podía confiar en ti —se defendió él—. Tuviste un topo delante de tus narices y no lo supiste ver, directora. Nos hizo fracasar en las dos primeras misiones de rescate. No podía ocurrir en la tercera. ¿Eso lo entiendes?

—¿Y tú entiendes que estar muerto oficialmente no te convierte en un pequeño y ridículo dios? Contrataste a mercenarios y arrastraste contigo a Alessia y a Alejandro. Tu pupila favorita se ha fundido su presupuesto de dos años. Ambos podrían ser expulsados, ¿lo sabías?

—Todos éramos conscientes de que nos jugábamos nuestras carreras. Cumplían mis órdenes. Cometerás un error si prescindes de ellos.

—Estás muerto. Has llevado a cabo una misión sin pedir autorización ni cobertura a tus superiores. Y se te han escapado dos de los tres autores del secuestro porque sobornaron a tus paramilitares. Del tal Mapalo no se está consiguiendo nada, y eso que quien lo interroga en algún sótano de Ciudad del Cabo es la CIA. Ya veremos. Reconocí tu estilo en el reporte de Alessia y Alejandro, pero esa chapuza final no me la esperaba de ti.

La directora evitaba mirarle a la cara y simulaba estar interesada ahora en una extraña planta tropical en forma de jarra. Era una *Nephentes* —leyó en el pequeño cartel—, una planta carnívora que adquiría forma de recipiente para que los insectos cayeran dentro de ella y se ahogaran en el líquido digestivo que contenía. La vida

vegetal podía comportarse con la misma violencia que el ser humano; eso ya lo sabía, pero nunca había visto como ahora una máquina mortífera en acción, porque dentro de la jarra le pareció ver los restos de varios insectos.

Norberto no se rendía defendiendo su fuerte.

—¿Chapuza, dices? Los dos científicos están a salvo y el prototipo del Aquiles y los ordenadores en poder del Reino Unido, que fue quien los contrató en Cambridge.

—El fin no siempre justifica los medios, Norberto.

—En el espionaje ya sabes que sí, salvo excepciones. No seamos hipócritas. Me duelen tus reproches, directora. Todos los que fuimos a Lesoto nos jugamos la vida y Menéndez ha regresado en un ataúd.

—Si lo hubieras comunicado, habrías tenido apoyo militar y es posible que el agente de la CIA estuviera vivo.

—¿Apoyo militar, dices? ¿Cuántos sabrían entonces que iba a llevarse a cabo una misión encubierta? ¿Diez? ¿Veinte, entre mandos y efectivos? Una multitud. Sé que lo hicimos bien y evitamos un mal mayor, le pese a quien le pese.

—Esa ausencia de autocrítica no es propia de ti. ¿Qué te ha ocurrido, Norberto? —le inquirió mientras se llevaba a la boca un trozo de una barrita dietética de chocolate—. Entiendo ahora tus razones, pero no has contado conmigo, me has dejado fuera.

—Ha muerto gente, Alma. Tres agentes fallecieron en el ataque en Islandia y otros tres de los que acudieron a aquella reunión han perdido la vida en falsos accidentes. Los sicarios de Romano han intentado también liquidar a Alessia. ¿Y me preguntas qué me ocurre? El dron Aquiles es demoníaco. Muchos de los que nos hemos acercado a él estamos muertos.

—Tenemos que acabar con esto de una vez. Cambio de planes —decidió ella—. Tu última misión para el Centro antes de que *resucites* va a ser capturar a los dos africanos huidos. Se te escaparon a ti y tú los vas a encontrar. Tienen información suficiente como para fabricar otro prototipo y cometer un atentado como el de Londres, donde la gente está acojonada por si volviera a repetirse.

—A tus órdenes, directora. Por fin volvemos a entendernos.

Alma ya había vaciado todo el cargador sobre el agente del CNI y teniente coronel de la Guardia Civil. Seguía sin entender cómo, perteneciendo al cuerpo, se había saltado tantas líneas rojas. Se detuvieron ahora bajo varias palmeras cocoteras, con sus troncos repletos de las heridas y cicatrices que les dejaban las hojas viejas al desprenderse, se explicaba. «A eso se le llama morir matando», se dijo, redundando en la idea de la violencia en el mundo vegetal, que creía mucho más pacífico que el animal.

—Mañana a primera hora tendrás en el Centro a Clarisa y a Manu —le anunció el agente—. Tenemos que traer a sus familias aquí, porque no conviene que vayan a Castellón. Cuanto menos se muevan, mejor. El dispositivo de seguridad debe ser máximo. A ella le envenenaron la comida y perdió al hijo que esperaba.

—Eso no lo sabía. Qué duro. —A Norberto le pareció que Alma se estremecía—. Nosotros señalando a China y Rusia como sospechosos del secuestro y resulta que ha sido la arrinconada y descolonizada África la que ha querido entrar en la carrera armamentística.

—África forma parte de un grupo desgraciado, el de los pobres de la Tierra; allí las desigualdades son sangrantes. Todo se lo reparten entre las élites, como es el caso de Jamal y sus socios.

—Que todo esto haya sucedido sin enterarnos lo considero un grave error de inteligencia —asumió Alma—, y además está el soplo que permitió a los chinos seguiros al palacio desde Lesoto. ¿Alguien al mando de la nave? ¿Somos los *Slow horses* de la serie de televisión?

—¿*Slow horses*?

—Déjalo. Son errores graves, aún más frecuentes cuando se colabora entre varias agencias en una misión. Nuestro trabajo es prevenir, y no nos hemos adelantado a casi nada, pero es cierto que los objetivos se han conseguido, como dices.

—Hablando de prevenir, tras el asalto interrogamos en el mismo palacio a una especie de capataz que asegura que los africanos estaban preparando una nueva prueba con un Aquiles en una capital europea.

—Tienen los movimientos muy restringidos; en cuanto abandonen Lesoto, se les puede detener en cualquier momento, aunque podrían salir del país con una identidad falsa.

—Así hemos perdido al encargado, me temo. Logró escabullirse, conocía los tres mil metros cuadrados del palacio como la palma de su mano. Nos pidió inmunidad a cambio de *cantar* y no se la dimos, queríamos esperar a un interrogatorio más meticuloso, digamos. Manu y Clarisa lo hacen responsable del aborto provocado en el que perdieron a su hija, como represalia por el fallo de precisión de los misiles en el ataque de Londres.

—Joder, ¿algún desastre más, Norberto?

—Insisto, los científicos están a salvo, el prototipo en Cambridge y los servicios de inteligencia de medio mundo trabajando a destajo.

—Tienes que ir a por ellos, Norberto. Ese es el mandato. ¿Lo vas a hacer vivo o muerto? ¿Cómo y cuándo vas a resucitar?

—Creo que no lo voy a hacer, directora. Lo sabrá mi familia y ya está. Quiero seguir en el cementerio; me muevo con mayor libertad en las sombras.

—Las sombras… —musitó Alma—. En lo más profundo de ellas no existe la luz, cuidado —le advirtió al despedirse.

Norberto quería continuar bajo tierra para el mundo del espionaje y Tresser se sentía cada vez más en la vida tras el regreso de Lesoto. Le acababa de dar el biberón a Pablo, el bebé ya había expulsado los gases, tenía los pañales recién cambiados y ahora se había dormido sobre el pecho de su padre, reclinado en el sofá del salón. Julián se había quedado traspuesto de lo agotado que estaba. Mirucha y Greta dormitaban juntas a sus pies. La gata tenía la cabeza apoyada sobre la tripa de la perrita. Desde que había nacido Pablo, se habían unido más que nunca y solían estar siempre cerca del bebé, como guardianas del pequeño, como madres con su cachorro. A Tresser ese instinto de protección le parecía extraordinario.

Sonó su móvil y se despertó sobresaltado, pero no el bebé, que dormía un sueño profundo. Era Amanda. Quería saber cómo estaba y si el rescate se había llevado a cabo. Tresser le propuso que se

acercara a su casa; estaba con Pablo y no podía moverse de allí hasta que llegaran Luba y Adelaida del hospital donde estaba ingresado Bruno.

—Voy para tu casa —le anunció la teniente coronel.

En poco más de media hora, su compañera llamaba al telefonillo. A Tresser le alegró la visita. Necesitaba estar con alguien con quien no discutiera, un alma amiga; al doctor Guix también lo consideraba un buen candidato, pero no era guardia civil y él necesitaba en ese momento compartir con un igual el operativo de Lesoto. Dejó a su bebé dormido en la cuna. Se sentó con Amanda en el sofá del salón y le relató la misión de rescate sin ocultarle detalle alguno.

—¿Qué pintabas tú en ese operativo con mercenarios, Julián?

—Fue idea de Norberto. Si se llamaba a los militares de las bases extranjeras en África, la misión hubiera dejado de ser secreta.

—¿Cuándo se lo vas a contar a los mandos?

—Tendría que valorar qué les cuento y qué me guardo para mí. Fue una operación absolutamente ilegal, sin órdenes judiciales ni nada que tuviera que ver con un Estado de derecho. Hubo una refriega y hubo muertos. Yo estaba allí y no me opuse.

—Vale, entiendo que te sientas culpable.

—Sí, claro, así es.

—La pregunta es si se podría haber hecho de otra forma, tratándose de una operación de espionaje ultrasecreta, no de un operativo de un cuerpo policial.

—Supongo que no, pero no me consuela. Estuve allí y punto.

—Pero vamos a ver, Julián…

—No sigas, Amanda. —Tresser la interrumpió al vuelo—. No te he ofrecido nada. ¿Qué te apetece? ¿Agua? ¿Cerveza?

—Agua con hielo. Joder, qué tozudo eres.

—¿Una rodaja de limón?

—¿Me estás vacilando?

—No, te estoy preguntando. —Le sonrió.

Julián no quería someterse al tribunal en el que se convertía su compañera cuando le planteaba sus dilemas, que la mayoría de las

veces, como era el caso, estaban relacionados con la conciencia del deber. Lo sucedido en Lesoto le repelía. Entró en la cocina y, cuando estaba a punto de salir con el vaso de agua para Amanda, al que añadió finalmente la media rodaja de limón, Luba irrumpió como un vendaval y se abrazó a él.

—¿No nos has oído? Acabamos de llegar del hospital Adelaida y yo. ¿Dónde has estado? Siempre sueño que te vas y no vuelves, o que te matan y te entierran en el desierto.

—Me adjudicas un triste final en compañía de escorpiones.

—No te rías, no tengo el día. Mi mundo pesa toneladas.

Luba se apretujó aún más a Julián.

—Siento por todo lo que estás pasando —le dijo él, acariciándole el cabello.

—Es Bruno el que sufre, no yo.

Se apartó de su padre y lo miró con ojos acuosos y tristes. Julián maldijo al joven por robarle la luz de la mirada a su hija. Luba se sentó en una silla de la cocina y le pidió que la escuchara:

—A Bruno lo abandonó su madre cuando tenía siete años, fue de ese modo como entró el mal en su vida —comenzó a relatarle—. Yo he querido buscarla y la he encontrado a través de su padre. Vive en Guadalajara, tiene pareja y dos niñas gemelas de seis años. He hablado con ella. Ha intentado contactar con su hijo varias veces a lo largo de los años, pero él no ha querido.

—Eso tiene su lógica, está dolido. ¿Dónde está el problema?

—Me he metido donde no me llamaban y, por mi culpa, anoche Bruno se cortó las venas en la bañera. Me siento muy mal.

—Luba, el chico está condenado, su madre lo expulsó de su vida hace veinte años y quizá ya sea tarde para todo, pero en todo caso son ellos los que tienen que resolver lo que los ha separado. Deja que los profesionales se ocupen de él y tú sigue con tu vida, si no, te hará muy desgraciada. Dedícate a la magia, que es lo que te hace feliz.

—No puedo con esto, papá…

—Sí que puedes, es cuestión de que salgas de ese paisaje oscuro en el que vive Bruno.

Luba comenzó a llorar. Le temblaban los labios, las lágrimas querían salir, pero solo sumergían la córnea sin rebosarla; era un llanto seco y silencioso. Julián la atrajo hacia sí y la abrazó. No soportaba verla sufrir.

—Estoy contigo, a tu lado, no lo olvides.

—No, no estás siempre. El sábado pasado tuve la gala mensual y tú no estabas, papá. No saber de ti, pensar que estás muerto, me roba la magia. Seguro que me pondrán una nota baja.

Julián no sabía qué decirle, se sentía el peor padre. Una simple llamada la habría tranquilizado.

—Lo siento. Estoy convencido de que lo hiciste muy bien. —No encontró otra excusa que aquella frase hecha, el lugar común, y ella se dio cuenta.

—Déjalo, papá. Hoy no es tu día. Tampoco el mío. Me ha dicho Adelaida que los suicidas no es que no quieran vivir, es que no quieren sufrir más. Quiero intentar que no sufra, necesito estar con él toda mi vida. El amor borra mis malos recuerdos, es como si hubiera vuelto a nacer, los monstruos ya no están en mis sueños. ¿Y si el amor borrara también los suyos?

Julián la abrazó. Su hija estaba enamorada y nada de lo que él le dijera serviría de nada. El amor era empecinamiento, pulsión irresistible, los ojos que ven pero están ciegos. Esa certeza le estremeció. Estaba decidido a hablar con Bruno. Tenía más claro lo que él quería como padre que lo que Luba necesitaba de él como hija.

—Su madre sufría una depresión, estaba mal. No es que no quisiera a su hijo, es que me dijo que no podía con la vida.

—Pues mira que sería fácil que Bruno entendiera que no se fue por él, sino porque su madre estaba enferma. Tenía un problema de salud mental. ¿Quieres que se lo explique yo?

—No, tú mejor te quedas callado en este asunto. ¿Sabes qué me ha preguntado en el hospital? Si puedo quererle sin pedirle explicaciones sobre su vida y vivir el aquí y el ahora. Eso es lo que

yo he hecho desde siempre; ni mucho pasado ni demasiado futuro. Solo quiero sobrevivir.

—¿Y te ha preguntado cómo te gustaría a ti que él te quisiera?

—No… O sí, no sé —contestó, descolocada.

Oyeron las voces de Adelaida y Amanda en el salón. Cogió a su hija de la mano —no quería dejarla sola— y encaminaron los pasos hacia allí. Las dos mujeres estaban charlando sentadas en el sofá. Julián cayó en la cuenta de que se había olvidado el vaso de agua para Amanda y volvió sobre sus pasos para ir a la cocina, pero por el camino se percató de que no había saludado a Adelaida y se dio la vuelta para darle un beso, que ella recibió con frialdad. Continuaba enfadada. No era la primera vez que, concentrado en un caso, se olvidaba por unas horas de que tenía una familia; una hora, dos, las suficientes para darse cuenta de que ni tenía derecho a hacerlo ni lo retrataba de la mejor manera.

Alguien llamó al timbre. Las siete de la tarde, hora del biberón de Pablo. Julián abrió la puerta y le extrañó que fuera el cabo Coira. Su gesto mostraba seriedad. Algo grave estaba ocurriendo cuando se presentaba en su casa en lugar de llamarle por teléfono.

—¿Vienes de visita o es algo importante? Dímelo sin preámbulos —le apremió Tresser.

—Mi capitán, tenemos que hablar.

—He dicho sin preámbulos. Vamos, Coira.

—Corre un rumor que te sitúa en un operativo de rescate en Sudáfrica.

—¿Y?

—Tendrías que hablar con el coronel antes de que los mandos te pidan explicaciones. Están a punto de hacerlo.

—Acabo de regresar de viaje. Mañana mismo les pediré cita.

Alguien había filtrado lo ocurrido en Lesoto. En el momento en el que empezó el rescate, dejó de ser una misión secreta. Demasiada gente entre espías y mercenarios; la posibilidad de que trascendiera era alta. Lo sucedido era tan difícil de explicar como cualquier misión de espionaje y tan fácil de justificar como un operativo para resolver un secuestro. Aquel rumor del que le estaba advirtiendo Coira podría

suponer incluso la liberación que necesitaba. Hablar con los mandos le podía resultar gratificante, puesto que entenderían de una vez por todas que él no era un informante del CNI y tendrían que retirar esa acusación. Había terminado harto de trabajar en las sombras, como si fuera un delincuente, como si tuviera que esconderse de algo o de alguien. Pero ¿cómo empezar el relato ante su coronel? No iba a mentirle sobre lo ocurrido en Lesoto, eso jamás, aunque podía ordenar la verdad de un modo diferente.

—Coira, ¿recuerdas el ataque de la semana pasada a la residencia del embajador de Estados Unidos en Londres?

—Sí, por supuesto. Un dron disparó un misil sin que nadie lo detectara; algo inexplicable.

—Era un dron de última generación que estaban fabricando unos locos desalmados y fue una prueba con fuego real. Y podría haber otra más. He colaborado con el CNI para evitarlo. Al no estar de servicio, sino con un permiso por paternidad, he podido ayudarlos.

—¿Por qué te pidieron a ti colaborar, mi capitán?

—Como suele decirse, esa es una larga historia, pero no te la voy a contar por ahora; no quiero implicarte y que parezca que estabas al tanto. Anda, pasa y tómate un café. Está Amanda.

Capítulo LVII

LOS IMPERIOS no tienen la paciencia de los sometidos; lo quieren todo al instante siguiente de exigirlo y no perdonan las torpezas que perjudiquen sus intereses. De este modo, la agencia de inteligencia estadounidense comunicó a la directora del CNI que, a partir de ese momento, la CIA y el MI6 británico —que siempre se habían llevado muy bien— se harían cargo del Aquiles, de la búsqueda de los dos africanos, de los interrogatorios al tercero de ellos, Mapalo, y de evitar otro ataque terrorista como el de Regent's Park en Londres. Aceptaban la colaboración de las otras agencias, pero las decisiones las tomarían ellos de forma unilateral. También se reservaban el derecho de entrevistarse con Manu y Clarisa las veces que consideraran necesarias y la CIA recordaba que, en el operativo de rescate, habían perdido a uno de los suyos, al agente Menéndez, lo cual achacaban a la incompetencia del capitán Julián Tresser de la Guardia Civil —lo citaron con nombres y apellidos—, al que atribuían la organización del asalto.

Ahora entendía Tresser los rumores a los que se refería Coira, ya sabía de dónde venían. Organizó mentalmente el orden en el que iba a exponer los acontecimientos a sus superiores, para tener el control del relato. Una vez ante ellos, comenzó por la seguridad: «El dron puede atacar lo que quiera y provocar una masacre sin que nadie logre impedirlo», afirmó Tresser ante su comandante y su coronel en la sede de la UCO, en una reunión que se inició muy temprano, a las

ocho de la mañana. Les había explicado largamente la historia del Aquiles y todo el conflicto que había generado, pero obvió mencionar que participó en el rescate y que Norberto seguía vivo.

—El CNI ya nos ha puesto al corriente —le reveló el coronel—, pero a usted no le han nombrado.

—Porque no soy un agente de inteligencia.

—Sin embargo, ha llegado a nuestros oídos —intervino ahora el comandante—que usted habría podido participar en la operación encubierta de rescate de los científicos.

—También ha llegado a mí y no entiendo ese rumor, porque cualquier operación secreta es eso, secreta, y jamás trasciende.

—Vamos, Tresser, no des rodeos —le inquirió Peláez.

—No doy rodeos, solo expreso mi extrañeza por ese rumor. —Ahí, en el difícil equilibrio de esquivar la verdad sin mentir, se iba a mantener el capitán—. Estoy de baja por paternidad, tengo un bebé, paso muchas horas con él y con mi familia, todo lo demás me resulta ajeno en estos momentos. Debo señalar también que el CNI no me ha mencionado en este asunto, como usted ha señalado, mi coronel, y eso es un hecho, no un rumor.

A Tresser le disgustó que se le adelantara el Centro y que sus superiores se hubieran enterado antes de que él les contara lo sucedido. Estaban los tres en el despacho del coronel y la tensión los merodeaba a todos.

—Espero que ya quede claro, además, que nunca fui un informante del CNI; simplemente Norberto me pidió ayuda y yo se la di —concluyó Tresser, esperando una disculpa que nunca llegaría.

—Es muy grave todo lo que nos has contado y lo que puede suceder si no se localiza ese dron —aceptó el joven comandante Peláez—. Ahora ha sido el CNI el que nos ha pedido ayuda a nosotros. Tienes que reunirte con los de Información y contarles todo lo que les pueda resultar útil.

—Debería usted estar de nuevo operativo en la UCO, vamos a necesitar a todos los efectivos para esta operación —le impuso el coronel jefe—. Puede retirarse, Tresser.

Fue del todo inesperada la orden de regresar al trabajo; la situación era muy preocupante y, en el fondo, se alegró de volver a estar activo. Lo haría de tal modo que pudiera compatibilizar las atenciones que requería su bebé, aunque no sabía todavía cómo.

—Ha salido tu nombre a la luz, la CIA te ha mencionado ante el CNI. Lo siento, amigo —le dijo más tarde Norberto.

—Pues acabo de reunirme con mis superiores, el CNI les ha puesto al corriente y a mí no me ha nombrado.

—Eso es una buena noticia.

Se habían citado los dos en el tanatorio de La Paz, en Alcobendas, a las afueras de Madrid. El día había amanecido sin sol y se filtraba poca luz a través de los ventanales del corredor que unía las diferentes salas de duelo. Los familiares de los muertos deambulaban de un extremo a otro charlando entre ellos o haciendo corrillos en las puertas; los dos guardias civiles se mimetizaron con ellos, como dos seres dolientes más.

—Yo sigo muerto, no lo olvides.

—Ya me ha quedado claro. Si lo repites una vez más, me largo —le advirtió Tresser, que no estaba de humor.

Tenía prisa. A las once y media en punto le tocaba darle una nueva toma de biberón a Pablo. Adelaida aprovecharía para darse un paseo en su imponente Honda Goldwing, la primera vez que lo hacía desde que supo que estaba embarazada. A Julián no le seducía la idea de que se subiera a la moto, solo había transcurrido algo más de un mes desde el parto, pero prefirió no opinar para no crear un conflicto. Desde su regreso a España, Julián se ocupaba del bebé y lo sacaba al parque dos veces al día. A Adelaida se la notaba relajada, incluso esa misma mañana le había dado un largo beso cuando se levantó y fue a la cocina a desayunar.

—La CIA nos echa en cara la muerte de Menéndez, pero en realidad falleció de un tiro por su incompetencia, no por la nuestra —afirmó Tresser—. Se acercó demasiado a la primera línea, la de los mercenarios, que eran la infantería.

—Ya da igual, no nos lo van a perdonar, pero tenemos que iniciar una búsqueda de información paralela, Julián, no nos podemos

confiar en lo que hagan otros. Recuerda lo que dijo el encargado cuando fue interrogado, que estaba prevista una nueva y definitiva prueba como la de Regent's Park en otra ciudad europea.

Una mujer se acercó a ellos, sentados en uno de los sofás del corredor.

—¿Son ustedes de Celestino? Lo estoy buscando y no encuentro la sala.

—No, señora. Lo siento —respondió Tresser.

Norberto se levantó y le hizo un gesto a su amigo para que lo siguiera. Se sentó en otro sofá alejado del anterior.

—Estás paranoico —le dijo el capitán.

—Es posible.

—Ya no estoy en lo vuestro, Norberto. He cumplido con mi parte y punto, mis mandos recelan de mí y no me gusta.

Tresser miró su reloj. En diez minutos tenía que coger el coche para llegar a tiempo al biberón; se lo había impuesto como algo irrenunciable.

—Pero no hemos terminado la misión, ¿no te das cuenta, Julián? —El agente de inteligencia se mostraba irritado, parecía empeñado en que Tresser no se desentendiera—. ¿Y si atacan alguna ciudad española? Ya no está el lord para seguir sus miguitas.

—No quiero seguir, te lo acabo de decir otra vez, y van tres o cuatro.

—Los africanos están preparando otro atentado terrorista —insistía—. Necesitan una prueba difícil que no falle para hacer una venta de oro. Han presentado la solicitud de patente a nombre de un testaferro, eso ya está confirmado, como también lo está que no se la van a conceder. El Ministerio de Defensa británico, en nombre de la Corona, ha iniciado los trámites también. Por cierto, ¿has visto las noticias? Dan a Moore por desaparecido en la campiña inglesa. Según su viuda, salió a dar un paseo al atardecer por los acantilados y no volvió. Se han hecho batidas y todo, ¿te lo puedes creer?

—Quieren una salida honrosa, aunque el paripé es muy burdo. Si yo fuera el investigador, haría muchas preguntas sobre esa desaparición. Por cierto, ¿dónde está su sobrino, Avtaar? ¿No lo

estabais interrogando? —se interesó repentinamente Tresser, incorporándose ya del sofá, dispuesto para irse.

—No nos ha dicho nada de interés y continúa retenido. —Norberto se levantó también.

—¿Retenido? Aparte de que es ilegal retenerlo como lo habéis hecho, cometéis un error. Soltadlo.

—Tenemos un magistrado en el Tribunal Supremo que nos controla en el tema de derechos fundamentales y en otros muchos asuntos, así que no me leas la cartilla a estas alturas.

—Avtaar era el científico que trabajaba mano a mano con ellos en Cambridge. Seguro que Jamal y Osmán lo buscarán; lo necesitan para poner a punto el dron. Si la lógica actúa a nuestro favor, Avtaar os llevará hasta ellos. Dejadlo libre y hacedle un seguimiento. Es cuestión de esperar, y no mucho tiempo, porque tienen prisa.

Norberto ya había pensado en ello; de hecho, Avtaar ya se movía con libertad por Londres desde hacía dos días, seguido a pie con suma discreción por Alessia, Alejandro, Benjamín y cuatro agentes más en coche. Era una célula muy bien dotada que había activado Carol por mandato de la directora. Norberto no se lo había comentado a Tresser para que creyera que la idea había sido suya. Quería seguir trabajando junto a él en la misión del Aquiles, valoraba su lealtad, estaba seguro de que nunca le traicionaría y podía confiarle información sin temor a que se filtrara, algo que no hizo él en su momento. No había estado a la altura años atrás, cuando sonsacó al capitán información confidencial y la utilizó para sus intereses. Tresser no quiso saber más de él y sus encuentros casuales a partir de entonces fueron siempre tensos; el capitán, porque no se lo perdonaba, y el agente, porque no se arrepentía ni pedía disculpas, argumentando que todo lo hacía por su país.

Se despidió de Tresser con la promesa de que se pondría de nuevo en contacto con él cuando hubiera novedades sobre Avtaar. Pero, por el momento, no había suerte. «Nada», le respondió Alessia cuando su jefe le envió un mensaje para interesarse por el seguimiento. Alejandro, más de lo mismo: «Nada», al igual que sus compañeros, que ignoraban que trabajaban a las órdenes de

Norberto, al que suponían muerto. Con Mara no habían contado. Carol veía algo en ella que no le generaba confianza. Si se hubiera enterado de que había seguido a Alessia a Lesoto, la habría retirado del servicio. Ajena a las suspicacias de su jefa, Mara estaba contenta porque la directora la había citado en su despacho para felicitarla, puesto que había sido la única que había aportado las coordenadas exactas del lugar donde permanecía secuestrada la pareja de científicos.

—¿Se hizo el rescate al final, directora? —preguntó, ocultando que había viajado de incógnito a Lesoto.

—Es información clasificada, Mara.

«Si tú supieras que yo estaba allí», se dijo la agente, frustrada porque Alessia la había dejado fuera de juego.

—¿En qué punto está la misión ahora mismo? —se interesó.

—Hay un seguimiento en Londres, de momento sin resultados —le comentó la directora, sin ser consciente de la torpeza que acababa de cometer—. No puedo decirte más.

Era suficiente. Se trataba de una buena información para pasársela a Ventura. Aunque al principio con inseguridades y miedos, Mara había resuelto ya su dilema sobre ganar cinco veces más dinero y usar la información privilegiada a favor del otro bando, en lugar de continuar siendo infravalorada por sus superiores. De hecho, tras vender su alma al diablo, la directora había elogiado su trabajo por primera vez desde que comenzó en el CNI, pero ya era demasiado tarde. Sí, se había convertido en una agente doble y en una traidora. Ventura y Pamela, los patronos a los que ahora Mara debía lealtad, la habían reprendido cuando se reunió con ellos y les preguntó para quién trabajaban ahora, preocupada por si prescindían de ella, iniciado ya el camino sin retorno. Desconocía que, muerto Moore, se debían ahora a Jamal, al que habían ofrecido sus servicios tras el fallecimiento del lord. Mara estaba casi convencida de que lo hacían para Romano, por eso les había dicho que uno de los agentes del Centro, Benjamín, lo seguía muy de cerca. Una traición más. Por la noche, durante el sueño, la asaltaba en los últimos días una pesadilla recurrente en la que, en la plaza de

un pueblo para ella desconocido, Alessia y Alma apuñalaban con saña a dos mujeres del CNI acusadas de traición. Tenían los ojos vendados y se las había envuelto en un mantel de cuadros negros y blancos. Gritaban de dolor. Ella las observaba con frialdad, como si aprobara la acción de las verdugas.

—¿Qué más sabes sobre el seguimiento de Londres? —le preguntó Pamela, siempre con Ventura a su lado.

Mara se había encontrado con la enigmática pareja en una habitación del Santo Mauro, en Madrid, un palacete del siglo XIX reconvertido en un hotel en el que todo era lujo y exquisitez.

—No sé nada más, por el momento.

—«Nada» no existe para nosotros —le advirtió Ventura—. ¿Estás dosificándonos información?

—¡No! —exclamó—. Es que no sé más. No sé a quién siguen; podría estar preguntando a todas horas, pero no quiero arriesgarme tanto. Os he dicho también que alguien que trabajaba en el palacio de Lesoto les ha contado que se va a probar el dron en una ciudad europea.

—Sí, ya nos lo has comentado. Espera un par de días y diles que será en Bruselas —le ordenó Ventura.

—¿En Bruselas? ¿Dónde?

—No hagas preguntas y espera instrucciones.

—Me debéis la otra mitad de lo que me prometisteis.

—Es verdad —dijo Pamela—. Tienes el sobre en tu bolso.

Sí, allí estaba, abultado, lleno de billetes, las treinta monedas de Judas. ¿Cómo lo habían dejado allí sin que ella se diera cuenta? Los dos eran seres misteriosos. Le inquietaban. Sus emociones y sus pensamientos permanecían siempre invisibles, intentaba intuirlos y no lo conseguía, a pesar de que se dedicaba a lo mismo que ellos.

La información viajó rápido a Londres: Pamela y Ventura dedujeron que era a Avtaar a quien se vigilaba, sabían por Jamal que trabajaba a sus órdenes y que las agencias de inteligencia iban tras él. Una hora después, el joven ingeniero ya había recibido la información de que estaba siendo vigilado. Lo disimulaba mal. Le

divertía cruzar varias veces los semáforos de la misma calle, despistar a los agentes, desconcertarlos.

—Lo sabe, sabe que le seguimos y está jugando con nosotros, el muy capullo —le dijo Alessia a Alejandro por teléfono.

—Joder, se acabó.

Él iba unos pasos por detrás de su compañera; ambos caminaban tras el joven indio por la lujosa Bond Street londinense. Lo hacían con tal discreción, al igual que el automóvil MG negro que no lo perdía de vista, que les parecía imposible que los hubiera descubierto. Alessia comunicó inmediatamente al Centro que debían ser sustituidos y telefoneó también a Benjamín y a sus compañeros para que se incorporaran antes a su turno y los relevaran. Pero, entonces, todo se complicó aún más: un Mercedes negro se detuvo a la altura de Avtaar y el informático indio se metió enseguida en el coche, que se alejó rápidamente. Las restricciones al tráfico en el centro de Londres propiciaron que, en ese momento, la mayoría de los vehículos que circulaban por la calle fueran taxis, todos con su característico color negro, todos iguales. El MG de los servicios secretos tuvo dificultades para perseguir al Mercedes que, desde lejos, se mimetizaba con los otros coches. La estrechez de Bond Street, de un solo carril en algunos tramos, no permitía adelantamientos y no facilitó la tarea; es más, la malogró y perdieron de vista el objetivo. A partir de entonces, Avtaar estaba desaparecido para los servicios de inteligencia.

Capítulo LVIII

«NO SOMOS conscientes los seres humanos de nuestra vulnerabilidad hasta que entramos en guerra. Entonces, la diferencia entre la vida y la muerte puede residir en tomar una calle y no otra para ir a comprar el pan. Pero si estamos en tiempos de paz, a nadie se le ocurre pensar que al ir a la panadería podría caerle a uno una bomba del cielo. Si algún loco lo intentara, el avión sería inmediatamente detectado y neutralizado por los cazas. Los espacios aéreos están muy protegidos. El dron de combate Aquiles no tiene esas barreras. En realidad, no tiene ninguna; nadie sabe que está volando hacia su objetivo cargado de explosivos y esto sirve lo mismo en la guerra y en la paz».

Jamal estaba preparando con minuciosidad su *speech* para convencer a intermediarios con importantes contactos en varios ejércitos. Había probado a redactarlo con ChatGPT, pero no le gustaba lo que le contaba, no expresaba la idea que él quería transmitir: la de la infalibilidad, y tampoco la de la perversidad: debía tentar por igual a los terroristas que a los militares. Quería además que de su pequeño discurso trasluciera una mente inteligente, para generar confianza y advertir al mismo tiempo con quién se la estaban jugando. Él no era un cualquiera. Se había graduado en Derecho y Economía por la Universidad de Navarra, que, además de ser una de las mejores de España, tenía la ventaja añadida de que le permitió estudiar en su lengua. Guinea Ecuatorial

era el único país de África donde el español era el principal idioma oficial, por delante del francés y el portugués. Le frustraba no poder hacer la presentación del Aquiles en un resort de lujo, puesto que se hallaba en busca y captura por el secuestro de Manu y Clarisa, al igual que su compañero Osmán; de Mapalo, detenido durante el asalto al palacio, nada se sabía. Ellos habían logrado salir de Lesoto con identidades falsas y ya estaban los dos en sus respectivos países, Guinea Ecuatorial y Somalia, protegidos por el poder, convertidos en intocables. Esa misma identidad falsa la utilizaron para moverse libremente por Europa, concretamente por el Reino Unido, puesto que habían decidido que ese país fuera su centro de operaciones para la prueba con munición real del Aquiles en algún lugar aún no decidido del Viejo Continente.

El nuevo mayordomo de Jamal anunció la llegada de Avtaar al apartamento de lujo que había alquilado Jamal en el elitista barrio londinense de Mayfair; Osmán se había retrasado y eso le fastidió, pues deseaba que estuvieran los tres. No quería que su amigo pensara que estaba tomando constantemente la iniciativa, si bien estaría en lo cierto. Jamal se sentía el líder.

—Prepárale a Avtaar uno de los dormitorios y que se duche antes de la cena. El indio suda mucho; no quiero que llegue a la mesa goteando.

La prueba infalible del Aquiles, la definitiva, el más difícil todavía, debía dejar asombrados a los intermediarios y, sin embargo, para culminarla tenía que conformarse con Avtaar, un segundón, aunque le había asegurado que era el único que conocía al detalle cómo trabajaban Manu y Clarisa, de los que además había sido amigo. Pero el joven le mintió: había demasiadas cosas que no sabía, aunque confiaba en que lo ayudaran los años que había trabajado junto a los ingenieros.

«Vamos a ver, Avtaar, tengo el *software* y los diseños de los científicos, cada día mi capataz me hacía llegar una copia a la nube mientras trabajaron en el palacio de Maluti. ¿Serás capaz de desarrollarlo?», le preguntó Jamal cuando lo tuvo ante él, ya duchado y con ropa limpia. «Por supuesto», contestó Avtaar. ¿Qué

podía decir? Ya era tarde para negarse; los africanos le iban a pagar muy bien. Jamal se dio por satisfecho con lo que le contó el informático indio acerca del Aquiles y deseó que a Manu y Clarisa les partiera por la mitad un rayo. Los maldijo por el tiempo y el dinero que les habían hecho perder, boicoteando además las pruebas en Odessa y en Londres.

«Fuisteis muy valientes», los halagó Tresser cuando los entrevistó en Madrid, exhaustos tras las entrevistas en Sudáfrica con la CIA y el MI6 y ahora tras las cinco horas reunidos en el CNI con la directora y varios analistas de inteligencia. Norberto, con la autorización de Alma, le había pedido al capitán que se encontrara con Manu y Clarisa, puesto que él no podía salir del anonimato que se había impuesto. Tresser tampoco podía presentarse ante ellos como guardia civil ni con su nombre y apellidos. Les dijo a los científicos que pertenecía a las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y que le llamaran «Jota», sin más. A Norberto no le bastaba que hubieran hablado con Alma, quería conocer las impresiones del capitán de la UCO y, sobre todo, la posibilidad de hackear el *software* del Aquiles para malograr su próximo objetivo, el que fuera.

Los científicos se encontraron con Tresser un martes lluvioso de primeros de abril en una habitación del Palace de Madrid, reservada y pagada por el Centro. Temió el guardia civil que se estuviera malacostumbrando al lujo en el que se movían los agentes de inteligencia que había conocido. Se prometió invitar a Adelaida al célebre *brunch* de los domingos, con ópera en vivo bajo la espléndida cúpula de cristal del hotel. A Adelaida, que siempre había sido una mujer refinada, le gustaban esos ambientes de exclusividad y Julián pagaría de buen grado los doscientos cincuenta euros que les costaría la comida a los dos. Deseaba complacerla, pero, a la vez, no quería, ni mucho menos, sentirse en esos ambientes tan ajenos a él como uno de esos nuevos ricos catetos que tanto detestaba.

—¿Cómo estáis? ¿Os vais recuperando de todo lo vivido en Lesoto? —les preguntó, intentando ser amable, al encontrarse los tres en la elegante habitación, cuyo balcón tenía vistas a la plaza de

Neptuno, con su fuente escultórica que representaba al dios mitológico sobre un carro tirado por dos caballos marinos.

—Mejor no comentar nada de Lesoto, lo prefiero —pidió Manu con gesto sombrío—. Llevamos demasiadas horas contestando a preguntas.

—Nos quitaron a nuestra hija —lamentó Clarisa, que vestía de negro—. Tú no has estado esta mañana con la directora. ¿Por qué nos has citado ahora y fuera del CNI? ¿Tenemos que volver a repetir lo mismo?

—No del todo, pero sí quiero incidir en algo importante. Pensamos que dos de los africanos que os secuestraron se han llevado a Avtaar, posiblemente para que os sustituya. ¿Tiene suficiente nivel para programar y armar un nuevo dron?

—No lo tiene —respondió enseguida Manu—, si bien es cierto que lo conoce perfectamente, hemos estado dos años trabajando juntos.

—Podríamos decir que era nuestro auxiliar y era bueno en lo suyo —añadió Clarisa—, de lo contrario no lo hubieran contratado, pero si el laboratorio de Cambridge fuera una cocina, Avtaar solo sería el pinche.

—Entonces, si fuera un pinche, no podría sustituir al chef para dar una comida a treinta personas, por ejemplo.

—En la cárcel donde estuvimos, porque eso no fue un palacio para nosotros, avanzamos en el desarrollo del prototipo tres —comentó Clarisa— después de poner a punto el uno en Ucrania y el dos en Londres. Hay partes que él desconoce.

—No creo que Avtaar pueda reprogramar la inteligencia artificial de mi *software*. Por cierto, ¿qué ha sido de los ordenadores y los drones que os llevasteis? Vosotros también podéis intentarlo, ¿verdad? Ya no me fío de nadie.

—Haces bien y lo entiendo —le dio la razón Tresser—. Nosotros no vamos a intentar nada. Además, Aquiles va a volver al laboratorio de Cambridge, pero esta vez con medidas extremas de seguridad. Pero eso ya lo sabéis, ¿no?

—Sí, volveremos para terminar nuestro trabajo —confirmó Clarisa —, aunque nuestros secuestradores lo han intentado patentar a través de otros, no sé cómo han podido hacerlo. Aquiles no les pertenece. Me han dicho que el Ministerio de Defensa británico va a impugnar la patente porque se ha obtenido de un modo delictivo. ¿Sabes, Jota? —se dirigió a Tresser—, a veces pienso que todo esto no es relevante. Manu y yo hemos salvado la vida de milagro y hemos perdido a nuestra hija antes de que naciera. Eso es lo importante: la vida y la muerte.

Tresser sabía cómo eran las heridas de Manu y Clarisa; no podía ayudarlos a cerrarlas porque permanecerían abiertas para siempre, pero quiso mostrarse empático con ellos, los compadecía.

—Lo que habéis vivido es mucho más de lo que uno puede soportar. Yo también perdí a mi hija, Carlota. Nació sin vida. Me refiero a que puedo imaginar cómo os sentís. La pérdida de un hijo es un dolor absolutamente distinto a los demás. No sé, es como de otra dimensión, inabarcable. Si queréis, lo dejamos para otro momento —les ofreció esa posibilidad.

—¿Qué opinas, amor? ¿Te ves con fuerzas para seguir unos minutos más? —le preguntó Manu a Clarisa.

—Sí, hay que frenar a esos hijos de puta —afirmó, sombría, con un lenguaje que no era propio de ella.

—La patente acabará siendo anulada, si es que no lo está ya —prosiguió Tresser—. Lo que me preocupa es lo que puede hacer Avtaar o quien sea con un nuevo prototipo. Esta vez no estaréis allí para manipularlo. Haced un último esfuerzo, por favor. Necesitamos saber cuáles son nuestras opciones ante un nuevo ataque. ¿Podría Avtaar crear una programación nueva partiendo desde cero?

La ingeniera aeroespacial estaba muy segura de que, sin ellos, el lanzamiento del Aquiles sería un fracaso, pero en ese momento le costaba mucho esfuerzo explicarlo. Se sentía cansada. Al hablar, su respiración se tornaba densa y solo tenía ganas de echarse en la cama y cerrar los ojos. Sus emociones estaban vueltas del revés, y el hecho de no poder estar con su familia en Castellón le partía el

alma. Lo único que le procuraba esperanza era estar junto a su marido.

—Podría, pero no lo va a hacer porque requeriría mucho tiempo —aseguró Manu, contestando a la pregunta del capitán—. Jamal tiene mi *software*, el capataz hacía cada día una copia en la nube. Sin embargo, introduje líneas de código en el programa que, al activarlas, pueden hacer lo que yo les ordene. Hay puertas cerradas, en suma; cada vez que Avtaar logre abrir una, si es que lo consigue, se le cerrarán varias más. He protegido mi creación, como Clarisa ha protegido el diseño del dron; hay cálculos de fuerzas que no le van a salir.

—Dudamos mucho de que pueda hacer operativo el Aquiles tal y como nosotros lo hemos concebido —insistió ella—. Podrá alcanzar su objetivo y lanzar los misiles, pero no será ni invisible ni indetectable, así que se le podrá interceptar.

—Además, tendrá que introducir todos los factores de autenticación que le requiera mi *software* y dudo que Avtaar los conozca todos. Solo con que falte uno, el dron funcionará de otro modo sin que él lo sepa.

—Pero él es también ingeniero informático, sabe programar para superar esos obstáculos —objetó el capitán.

—Sabe, pero solo es el pinche de la cocina —replicó Clarisa con desprecio.

—Necesitamos descansar, de verdad.

—Sí, vámonos al hotel, que no es el Palace, por cierto —se quejó ella.

—Sin embargo, no está nada mal, es un cuatro estrellas. Los que estamos realmente mal somos Clarisa y yo. Olvidadnos durante unas horas, por favor.

—De acuerdo —aceptó Tresser—, pero tenéis que ser conscientes de cuánto os necesitamos en estos momentos.

—Sí, sí, pero no será ahora. Y, además, queremos ver a nuestras familias cuanto antes, si no, iremos a peor y no podremos colaborar con eficacia —le dijo Manu, que cogió de la mano a Clarisa y salieron de la habitación tras despedirse del capitán.

Tresser no había obtenido prácticamente nada, excepto que quizá Aquiles tenía un *alma* que solo sus creadores conocían y eso dificultaba mucho el trabajo a Avtaar. Sí, era cierto, tal vez no lo lograra.

Capítulo LIX

DESDE el mismo momento en que Avtaar desapareció en un coche en Bond Street, los servicios de inteligencia británicos activaron la búsqueda para dar con su paradero y tal vez entonces con el de los africanos también. Registraron su apartamento, pequeño y tan desordenado como el de un adolescente, hablaron con sus compañeros de Cambridge, con Manu y Clarisa, con sus padres y su hermano —residían en Gales— para construirle un perfil. Hacía semanas que su familia no sabía nada de él, y los agentes se fijaron en que su hermano llevaba la misma pulsera hindú que habían hallado en la vivienda de los científicos. Revisaron con minuciosidad las videocámaras urbanas para hacer el seguimiento del vehículo en el que desapareció, pero la pista se perdía en el aeropuerto londinense de Heathrow. Nadie con el nombre de Avtaar Sharma cogió ningún vuelo, al menos con su identidad real; quizá fue una distracción y abandonó Londres en tren o en un vehículo distinto. Los servicios secretos tendrían que idear otros modos de llegar hasta él.

—Ayer un viejo y ruidoso dron ruso sobrevoló Rumanía durante una hora sin que fuera detectado —le contó Jamal al capataz con el periódico en la mano.

—Y nosotros, fabricando el dron invencible —le respondió él con ironía—. La realidad siempre es más absurda de lo que imaginamos.

Al capataz lo había recuperado el guineano tras el asalto al palacio. Desconocía que no era un hombre leal, porque había estado a sueldo de Moore y le había informado de todo lo que ocurría en relación con los drones. El hombre tenía un precio, y aún esperaba que alguien más le sobornara si el proyecto del Aquiles se alargara. Tras el rescate, se escabulló y se unió a los sirvientes retenidos en las cocinas como si fuera uno más. Fueron liberados por orden de Norberto porque eran más unos esclavos que unos trabajadores. Se escondió entre ellos y ninguno se atrevió a revelar que era el encargado del búnker donde se fabricaban los drones por temor a las represalias.

—Cuando lo tengamos, se pelearán por él —afirmó Jamal, convencido y entusiasta—. Puede que, entre los intermediarios, haya alguno de la OTAN camuflado, no te extrañe, aunque no nos lo diga. Tienen una porquería de drones de combate, lo sé de buena fuente.

Charlaban los dos sentados en una esquina de una vieja nave industrial de los suburbios, vacía, desangelada, con delgadas columnas de hierro que sujetaban el techo. Cuando hablaban, sus voces reverberaban y el potente retardo los había asustado la primera vez que hablaron entre ellos. Supersticiosos como eran los dos africanos, llegaron a pensar que habitaban allí espíritus ocultos que repetían sus palabras. No habían encontrado una nave mejor acondicionada: escondida entre otras y con toma de internet para que Avtaar estableciera sistemas seguros de conexión a la red. La hallaron en una antigua zona industrial que ya había perdido lustre y que visitaban friquis porque los grafiteros habían dejado su firma en numerosas puertas. Las naves con las que compartían vecindad eran locales donde se fabricaban carrozas y figuras para los tiovivos y las atracciones. De vez en cuando, en medio del eco, oían sonidos de campanillas o de sirenas.

Jamal y su reducido equipo —no más de seis operarios— se habían ocultado en la ciudad escocesa de Dundee para fabricar el tercer prototipo del dron. Era la que más le había gustado al magnate africano entre todas las que valoró. Con ciento cincuenta mil habitantes, no era de las más visitadas de Escocia. Antaño había

tenido astilleros en la bahía del río Tay y una importante industria textil del yute y del lino, pero no había perdurado y ahora solo quedaban las naves vacías que evocaban su esplendor. Allí se construyeron dos famosos barcos: el RSS Discovery, un alarde de ingeniería naval de la época, y, en el que embarcó en 1901 el capitán Scott para explorar la Antártida, y el SS Californian, un barco de vapor al que se acusó de mirar para otro lado cuando se hundió el Titanic a pocas millas de donde se hallaba.

Indiferentes a su historia, las vidas de los tres hombres en Dundee se circunscribían a la nave, al hotel de cinco estrellas donde pernoctaba Jamal y al de tres donde lo hacían Avtaar y el capataz, en plantas distintas para verse solo en el trabajo. El informático cobraba mucho dinero por poner a punto el Aquiles, y ahora se arrepentía de haberle generado tantas expectativas a Jamal. Manu era brillante; no sabía si él podría imitar su trabajo y lograr el dron que Jamal esperaba.

Osmán no estaba en Dundee; tras el encuentro en el lujoso ático de Londres para conocer a Avtaar, había regresado a Somalia, pues su mujer se había puesto de parto de su octavo hijo. Mapalo seguía en paradero desconocido para sus socios, aunque no para sus carceleros, agentes de la CIA que lo mantenían cautivo en un sótano secreto de Ciudad del Cabo. Era interrogado varias veces al día, y no de forma amable, pero el zambiano seguía sin despegar la boca sobre el Aquiles, o lo hacía tan solo para decirles que no sabía de qué le estaban hablando. Su familia llamaba constantemente a Jamal, al no tener noticias de él desde hacía semanas. «Está en una situación complicada, pero se está arreglando. No os preocupéis, porque él está bien», les insistía tratando de tranquilizarles. Hasta que un día fue Mapalo quien telefoneó a Jamal por sorpresa. Tras muchos días de interrogatorios, al final había quedado libre. Le dijo que estaba convencido de que lo habían liberado para que los llevara hasta él, así que regresaría a Zambia, su país, porque allí estaría protegido. Se despidió con la advertencia a Jamal de que debía mantenerlo al corriente y utilizar bien su inversión en el proyecto. En el fondo, el guineano entendió lo que ocurría: ninguno de sus dos

socios quería implicarse tras el violento asalto al palacio, de lo cual tomaría buena nota a la hora de repartir beneficios.

Para no revelar el lugar donde estaban trabajando, Jamal había alquilado una nave alejada de la otra, únicamente para recibir los envíos. Allí un trabajador los llevaría con discreción a la que estaba operativa. Lo tenía todo bajo control. ¿Todo? Avtaar cometió el error de llamar a escondidas a su hermano —al que estaba muy unido— para decirle que estaba bien, que lo echaba de menos y que tenía un trabajo de «alta responsabilidad». Le robó el móvil a un cliente en el mostrador de recepción de su hotel tras fijarse en la contraseña cuando lo desbloqueó; se escondió en el baño para hablar y luego lo tiró al inodoro. El espionaje británico tenía pinchados los teléfonos de todos sus familiares que vivían en el Reino Unido, así que localizaron al propietario del teléfono, un viajante de bisutería, y se pusieron en contacto con él. Ya tenía un móvil nuevo; les dijo a los agentes que no sabía dónde lo había perdido o si quizá se lo habían robado, porque se dio cuenta varias horas después, cuando por la noche llamó a su mujer desde un hotel de Inverness, en las Tierras Altas de Escocia. El hombre había viajado antes a Edimburgo, Dundee y Aberdeen, pero los agentes no sabían en cuál de las tres ciudades escocesas le robó Avtaar el terminal para hablar con su familia. Tardarían horas en hacer las comprobaciones. Empezaron por los hoteles en los que había pernoctado el viajante; sin embargo, en ninguno de ellos había una reserva a nombre del joven indobritánico. Como era de esperar, los africanos la habían fabricado con una identidad falsa.

Por el momento, la nave escocesa estaba a salvo de ser descubierta, pero era cuestión de tiempo que acabaran dando con ella. Avtaar no se sentía cómodo trabajando con Jamal: le presionaba con las fechas y le preguntaba constantemente qué avances había hecho, aunque siempre con amabilidad. Un día se le ocurrió comentarle que no le gustaba trabajar con prisas, y el guineano replicó: «Los ucranianos fabrican un dron en media hora en un cuartucho del frente, tienes que aplicarte, Avtaar». Se lo dijo con una sonrisa cordial, pero su mirada era amenazante. El guineano

estaba nervioso; había supuesto que el joven era más resolutivo, pero iba lento y había tenido que retrasar la reunión con los intermediarios hasta que el Aquiles estuviera más adelantado. Un día, leyendo el periódico, se enteró de que los rusos habían destruido un dique de la presa de Kajovka, en Jersón, Ucrania, lo que provocó inundaciones masivas y numerosos muertos. Rusia negó su autoría y acusó a los ucranianos, quienes hicieron lo mismo, culpar a Putin.

—Es una infraestructura importante en la que no había pensado, las presas —le comentó Jamal al capataz—. Búscame embalses en España; les haré un regalo por la colonización de mi país. El agua reventando diques es espectacular.

Escocia estaba ahora en alerta máxima. Era muy posible que el prototipo del Aquiles se estuviera desarrollando allí, pero también se dispararon las alarmas en todo el Reino Unido y en el resto de los países europeos. No se podía advertir a la población, porque entraría en pánico. Algunos de los londinenses que vivieron el ataque a Regent's Park estaban recibiendo asistencia psicológica, puesto que persistía en ellos la sensación de que serían bombardeados al salir a la calle. El desconocimiento absoluto de dónde atacaría el dron, porque se daba por hecho que lo haría, había causado un revuelo dramático en los servicios de información de todos los cuerpos policiales y en el espionaje occidental. No podían hacer frente a un artefacto fantasma, a un enigma que no lograban descifrar. Manu y Clarisa ya estaban ideando la manera de dejar fuera de combate al dron. Avtaar, por su parte, continuaba trabajando con lentitud —ya se había encontrado en el *software* con varias de las puertas cerradas que había mencionado Manu— y eso exasperaba tanto a Jamal, que contrató a dos informáticos especializados en inteligencia artificial para que le ayudaran, lo cual le enfadó; lo consideró una humillación. Los *brownies* de una pastelería cercana a la nave eran lo único que calmaba su estrés, el único remedio contra la presión que ejercía el guineano sobre él.

—*Are you Avtaar? Really*? —le preguntó una joven dependienta tras el mostrador.

El ingeniero no podía creer esa coincidencia: era Sundari Devi, una prima lejana con la que se encontraba una vez al año en la fiesta del *Diwali*, la más importante de la India. Sundari era bella. Le encandilaban sus ojos del color de la miel y la luz que le transmitía su sonrisa, pero nunca había mostrado interés por él, una indiferencia similar a la que le había mostrado Clarisa y que le costó asimilar. Esa fue una de las razones por las que traicionó a la pareja. Además, lord Moore le pagó muy bien su deslealtad y el despecho hizo lo demás. El hecho de que ahora Sundari mencionara su nombre le alegró. Le contó que había estudiado *Culinary Arts and Gastronomy* en el City of Glasgow College, la institución de formación profesional más grande de Escocia, y estaba haciendo las prácticas en Dundee, en la pastelería Deirdre, la única que había respondido a su currículum. Vivía con sus padres en Glasgow, lo que la obligaba a perder algo más de una hora cada día viajando en tren hasta Dundee. Se despidieron pronunciando *namasté*, el saludo tradicional en la India, acompañado de la unión de las palmas a la altura del pecho y de una leve inclinación de cabeza. El capataz estaba en la puerta y los miraba con recelo. Cuando Avtaar salió con sus pasteles, le preguntó por qué se había dirigido a la dependienta, cuando tenía prohibido hablar con desconocidos. Le pagaban mucho dinero como para no obedecer las normas, le recordó.

—*I was only trying to be nice* —respondió, simulando no darle importancia.

Solo intentaba ser amable, fue la excusa que le dio para justificar ese encuentro. Estaba tan feliz por haberse encontrado con su prima, un alma amiga en medio de tanta soledad, que se le quedó prendida de la boca una sonrisa mientras caminaba con el capataz. «¿Cómo no la he visto antes?», se preguntó, aunque ella le comentó que la mayor parte del tiempo estaba en el obrador y no atendía al público. Le pidió que la avisara la próxima vez que fuera a la pastelería, que saldría a saludarlo.

A partir de entonces, la actitud de Avtaar en el trabajo cambió de modo ostensible. Iba más rápido, no se enfadaba con sus compañeros si le apremiaban y daba los buenos días al llegar a la

nave cada mañana, algo que nunca había hecho hasta entonces. Mientras tanto, empezaron a llegar materiales para el dron. Localizar esos envíos era un desafío para la Policía británica. Los agentes se pusieron en contacto con todas las compañías del Reino Unido que fabricaban componentes para drones. No resultaba fácil aquella carrera contrarreloj. Eran jornadas agotadoras, con decenas de efectivos persiguiendo un fantasma, con la frustración que eso les generaba. ¿Eran capaces de detener a criminales y terroristas, o de incautarse de grandes alijos de droga, y no podían descubrir dónde se estaba fabricando un dron? Pero, finalmente, consiguieron la primera pista importante: el análisis de la señal del móvil con el que Avtaar hizo la llamada a su hermano permitió una localización: el centro urbano de Dundee. La Policía y el espionaje pudieron focalizar al fin los esfuerzos en un lugar concreto y los grupos de investigación se trasladaron hacia allí.

Capítulo LX

MARA había asegurado al Centro que su fuente señalaba a Bruselas como objetivo del Aquiles. «¿Por qué?», le preguntó Carol mientras preparaban en el piso de Móstoles las bolsas de viaje para coger un avión con destino a Dundee.

—No lo sé, ha llegado a sus oídos y las fuentes tienen muchas antenas —respondió ella.

Tenía que encontrar el momento de librarse de la escolta policial —la amenaza de Romano seguía latente— para avisar en persona a Ventura y Pamela de que se había detectado una llamada del ingeniero Avtaar desde Dundee. Cada vez que iba a traicionar a los suyos, Mara se rascaba instintivamente el eccema que le había salido en el codo derecho. Se estaba gestando otro en el izquierdo; había visto la piel enrojecida. Ya no estaba a tiempo de dar marcha atrás, pero tampoco lo deseaba, había superado la fase del remordimiento y ahora se defendía con la de la autoafirmación. Ser espía era un trabajo y ella ya estaba harta de darlo todo por su país sin recibir nada a cambio. Qué cerca estaban a veces de morir por ese ideal. A Mara ya nunca le pasaría. Moriría en acto de servicio por otras razones si eso ocurría, pero no por la de servir al Estado.

Se inventó una urgencia para salir antes que sus compañeros hacia el aeropuerto —el portero le había avisado de que un escape de agua estaba inundando la vivienda debajo de la suya, arguyó— y

se libró de sus escoltas en el metro con un clásico del despiste: entró en el vagón y salió medio instante antes de que cerraran las puertas. Ellos se quedaron dentro y la perdieron. Se reuniría con Pamela en las Urgencias del hospital Clínico de Madrid, pero cuando caminaba hacia allí, alguien la empujó al interior de un vehículo.

Recibió un fuerte golpe en la cabeza y el mundo se fundió a negro.

Despertó en la inquietante oscuridad del maletero de un coche en marcha; debía de rodar por una pista forestal, porque los baches eran profundos y numerosos. No le cuadraba que fuera Romano quien estuviera detrás de su secuestro, porque ella no viajó a Islandia y nunca había intentado liquidarla, como sí había sucedido con Alessia; sin embargo, la había fotografiado en su bañera y ese asalto a su intimidad ya era una amenaza por parte del misterioso personaje. Agentes del CNI habían descubierto varias cámaras ocultas en su casa, Mara no se preguntaba cómo habían entrado para colocárselas, había muchos modos de hacerlo, pero Ventura había estado varias veces en el piso con ella y esa era la respuesta a la pregunta.

—Mara nos ha mentido —dijo Carol de mal humor en la terminal de Barajas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alessia.

—¿No va a subir al avión? —temió Benjamín.

La jefa de la célula les contó que la agente tenía el móvil apagado y, ante la falta de noticias, había enviado a alguien a su casa. Sin embargo, allí no se había producido ninguna fuga de agua, confirmado por el portero.

—No sé por qué no me extraña. Qué mala pinta tiene esto —comentó su compañera.

—Los agentes de inteligencia tenemos puntos de vulnerabilidad como cualquiera; otra cosa es que nos dejemos tentar y nos convirtamos en unos traidores hijos de puta. Si Mara llegara a tiempo para coger el vuelo, no la perdáis de vista en Escocia —les ordenó Carol.

—¿Tú no vienes? —preguntaron al unísono los dos agentes.

—Yo no soy una agente de campo, soy la jefa. ¿Lo habéis olvidado? —Se había pintado las uñas de rojo y se atusó con las manos su melena blanca—. Os dirigiré desde aquí y ahora os voy a contar mis planes.

En esos momentos, Mara se hallaba en una situación cercana a la muerte: en el fondo de las frías aguas del lago de Navacerrada, cercano a Madrid, en realidad un embalse en la sierra madrileña a mil doscientos metros de altitud. «Esto es por Dominik, hija de puta», le dijo uno de los tres individuos con acento eslavo antes de lanzarla al agua desde una loma con un pedrusco atado a los pies. ¿Eran rusos, pues? ¿Los mismos que habían contratado a la sicaria para liquidarla? Siempre pensando en Romano y ahora la amenaza le llegaba desde el enemigo de toda la vida: Rusia. Descendía hacia el fondo del lago con la velocidad que le confería el peso de la piedra. Había superado el *shock* térmico al entrar en el agua y había inspirado mucho aire cuando vio que la iban a lanzar al embalse. Así que le quedaba oxígeno para hacer una apnea de cuatro o cinco minutos, difícil porque estaría en movimiento, sin la necesaria relajación, intentando liberarse de la piedra atada a sus pies. El nudo se había hecho de cualquier manera. Pensaban que no sobreviviría, pero esa desidia fue la que la salvó y pudo desatarse en un tiempo que se le hizo interminable, tal vez dos minutos. Aun así, superó su marca de cinco minutos y siete segundos y estuvo al límite de los seis. Alcanzó la superficie sin apenas aire, en medio de contracciones del diafragma y con los músculos tan ateridos por la hipotermia que le costó esfuerzo mover brazos y piernas para impulsarse hacia arriba. Empezaba a pensar que no lo iba a conseguir.

Mientras, la vida seguía. El vuelo comercial a Dundee despegó del aeropuerto de Barajas sin Mara. La telefonearon varias veces, pero el móvil continuaba apagado. Carol solo manejaba dos posibilidades: o le había ocurrido algo y estaba en peligro o se había pasado al otro bando. Lo cierto era que les había mentido para escaquearse del piso de Móstoles. Y no solo eso: también se había librado de su escolta policial. Y todo, ¿para hacer qué? Lo tenía, lo

vio claro: la información que Mara podía revelar al enemigo era la localización de la llamada de Avtaar en Dundee. Se comunicó enseguida con Alma y esta a su vez con la CIA y el MI6 para iniciar urgentemente una campaña de desinformación: Dundee había sido una falsa alarma y la llamada de Avtaar había sido localizada finalmente en Mánchester, en Inglaterra. Varios agentes se dirigieron hacia allí para que circulara la ubicación y hacer creíble la estratagema ante los agentes del otro lado del tablero, mientras otros tantos iniciaban el rastreo de Mara, incluidos los efectivos de la UCO, con Tresser liderando uno de los grupos. La estaban buscando como desaparecida, incluso con la posibilidad de que estuviera herida o muerta.

—Vamos a empezar por el principio, hay que descartar que esté en alguno de los hospitales de la Comunidad de Madrid —ordenó Tresser.

La búsqueda funcionó; la fortuna finalmente les sonrió a los guardias civiles, porque en el Hospital Universitario de Villalba, localidad cercana a Navacerrada, constaba el ingreso en ambulancia de una paciente indocumentada. La había encontrado un jubilado que mataba el tiempo pescando en la orilla del embalse. La halló inconsciente, con un fuerte golpe en la cabeza y la piel amoratada debido a la hipotermia. La reanimaron en la ambulancia de una parada cardiaca. Salió casi muerta del lago y llegó milagrosamente viva al hospital. Tras cuatro días monitorizada, en los que su organismo peleó para estabilizarse, Mara despertó con la sensación de haber corrido una maratón. Estaba exhausta. Sin embargo, se recuperó con una rapidez que asombró a los médicos. Les aseguró que no recordaba nada de lo que le había sucedido, ni tampoco su nombre. Fingió amnesia y se desentendió. Carol había enviado a Fausto y a Irene al hospital para cerciorarse de que se trataba de Mara. Sí, era ella.

—Sacadme de aquí, no puedo estar tan expuesta. Los médicos y la trabajadora social no paran de hacerme preguntas —les pidió a sus compañeros cuando llegaron al hospital.

Cinco minutos después, la habitación estaba vacía y no había rastro alguno de la paciente. Mara se vistió con las prendas de su compañera Irene, quien, a su vez, consiguió una bata de enfermera para abandonar el hospital, cada una por su lado, sin que fueran identificadas, mientras que Fausto se había adelantado para esperarlas en el coche.

A las pocas horas, ya en el Centro, ni la directora ni su jefa le preguntaron apenas cómo se encontraba. Mara lo atribuyó a la indiferencia con la que solían tratarla, olvidándose de que había sido ella misma quien les había narrado el episodio presumiendo de ser una heroína, restando importancia al intento de asesinato que había sufrido.

—Me podían haber llevado a un descampado y ejecutarme de un tiro. No sé por qué me llevaron a Navacerrada, quizá porque el embalse les facilitaba deshacerse del cuerpo. Lo importante es que me salvó mi afición a practicar la apnea. Habría sido peor si me hubieran torturado. Ya sabemos cómo son los rusos infligiendo dolor. En fin, que estoy aquí sana y salva —concluyó con una sonrisa.

Les explicó también por qué había mentido sobre la fuga de agua en su casa: había recibido una llamada en la que se le prometía una información valiosa. Debía acudir sola y no comentarlo con nadie, «como suele ser habitual», afirmó, pero resultó ser una trampa. «Me intentaron matar para vengar el asesinato de Dominik, el agente ruso Alexei Egorov, cuando en realidad la bala era de los suyos; murió por fuego amigo».

—Pero estoy bien, ya estoy operativa para volar a Dundee.

—En Dundee no hay nada —le mintió Carol—. Avtaar está en Mánchester, en Inglaterra. Se le ha fotografiado en una de las calles de la ciudad y estamos intentando localizarlo. Tienes reservado el vuelo para dentro de dos horas.

—¿Y cuál es mi misión allí?

—La misma que en Dundee: entrevistarte con familiares de Avtaar, tiene bastantes primos repartidos por todo el Reino Unido.

Mara dudó. Su jefa estaba más rara de lo normalcon ella; quizá la habían descubierto y Mánchester fuera un engaño. En el espionaje,

la desinformación intencionada era tan poderosa como la información veraz. Temía comunicárselo a la pareja de nuevos jefes y que se demostrara que era un ardid. Pero ¿y si estaba equivocada y los recelos no fueran reales, sino fruto de su paranoia? Por el momento, no podía contactar con ellos; levantaría sospechas si ahora se ausentaba siquiera un minuto. Aun así, logró un encuentro de última hora en los lavabos del aeropuerto, en los inodoros, pasándose ella y Pamela mensajes escritos por debajo de la mampara de separación.

«No es Dundee, es Mánchester. Vamos todos para allá».

«¿Por qué el cambio?».

«Un error».

«No me fío».

«Déjame que investigue».

«No. Es Dundee. Lo damos por bueno».

Capítulo LXI

TRESSER se sentía un investigador libre en Dundee, sin agentes secretos alrededor y, lo más relevante, estaba allí como guardia civil, sujeto a las normas y a las leyes. Eso era exactamente recuperar el control para él. Llevaba tres días en la ciudad escocesa, aunque todavía sin resultados. La misión no era fácil. Había sido iniciativa —sorprendentemente— del comandante Peláez y del coronel jefe enviarlo a Escocia, siguiendo las órdenes de la directora del cuerpo y del teniente general de la Dirección Adjunta Operativa. La Guardia Civil no quería ir por detrás en la frenética búsqueda del dron tras el ataque terrorista en Londres y mandó en secreto a su mejor activo. Era prestigio para el cuerpo y, lo más importante, había que evitar cualquier nuevo ataque del Aquiles, era un grave problema para la seguridad mundial.

—En otras circunstancias tal vez hubiéramos elegido otro perfil —le había confesado su comandante sin rubor—, pero tú eres quien conoce mejor el caso.

—Precisamente por eso, mi comandante, y con el debido respeto, no sé qué otro perfil más idóneo que el mío tenías en mente.

—Esa arrogancia, Tresser, tienes que controlarla —le dijo él a su vez con prepotencia—. En el cuerpo, la humildad es un valor; ya deberías saberlo.

—Y lo sé, mi comandante, por eso nunca exagero y me ajusto a los datos objetivos —le respondió, sin rebajar su soberbia.

Peláez no lo tenía en buena estima, lo llamaba arrogante y Tresser lo aceptaba porque lo era. Por eso, cuidándose mucho de faltarle al respeto a su superior, mantenía su altivez. No le importaba esta cuestión, lo que más le reconfortaba en ese momento era que los mandos lo enviaban a husmear a Dundee y eso suponía para él una confianza renovada. A pesar de haberse desvinculado de los agentes de inteligencia —así se lo había hecho saber a Norberto—, el hecho de que ahora fuera la Benemérita, y no el CNI, quien le pagara el viaje, el hotel y las dietas, lo cual legitimaba su trabajo como guardia civil y no como colaborador de inteligencia, le animó a emprender la investigación, que haría en solitario —era un caso especial— y a su modo.

De lo que se trataba era de encontrar en Dundee el lugar donde se suponía que estaban desarrollando el dron, o mejor: dar con el paradero de Jamal y Osmán, o el de Avtaar. Los conocía a los tres, sabría identificarlos si los viera. Dundee no era una ciudad muy grande, y con la organización adecuada podía aspirar a algún logro. Invocaba a la suerte y a su pericia para encontrar la pista que le llevara al Aquiles. Era obvio que no era el único que andaba tras el dron. Todos los cuerpos policiales del Reino Unido y las agencias de espionaje occidentales se habían movilizado, aunque siempre con la mayor discreción. Era milagroso que no se hubiera producido todavía una filtración a los medios de comunicación; quizá sí la había, pero la responsabilidad de la prensa obligaba a retener la información mientras pudiera hacer peligrar la operación.

A Adelaida le tranquilizó que no fuera a Escocia con los agentes secretos y, esta vez, no reclamó que hiciera de padre como ella hacía de madre; además, estaba concentrada en la asociación —llevaba mal el fracaso con Bruno— y también en su padre, ya mayor, que no se desenvolvía bien en su casa y no quería que nadie lo ayudara. Luba, por su parte, se quejó de que volviera a ausentarse. De buena gana se la hubiera llevado con él a Escocia si eso hubiera sido posible, que no lo era, para que se alejara de Bruno y pudiera

reflexionar sobre esa relación que no la beneficiaba en nada. Aun así, en Uvés había más o menos orden, y Tresser pudo tener la mente despejada para llevar a cabo su misión, sin llamar la atención, con absoluta discreción y confidencialidad, como le habían ordenado sus superiores y como también trabajaba siempre la Guardia Civil.

Había sido muy optimista en cuanto a la confidencialidad: a las seis y media de la mañana salió de la ducha y encontró un sobre cerrado encima de la almohada. Ya no estaba seguro en esa habitación, ahora con mayor razón tendría que llevar encima todo lo que considerara importante cada vez que saliera. Inquieto y enfadado, pensó incluso en cambiar de hotel. Abrió el sobre: contenía un listado impreso, en inglés, de veinte naves industriales, todas ubicadas en el barrio de las antiguas fábricas textiles de Dundee. No había nada más en su interior, ni papel con mensaje escrito ni, por supuesto, el nombre de quien le había proporcionado la información. ¿Sería Alessia? ¿Norberto? No tenía sentido que le hicieran llegar una información sobre algo que los agentes del CNI, suponía, ya estaban investigando. Además, ¿por qué habían seleccionado esas veinte naves y no otras? En esa zona había muchas más, ya había entrado en varias y hablado con los encargados, haciéndose pasar por un agente comercial español al que una empresa le había encargado buscar en Dundee una nave industrial para alquilar; no querían hacerlo a través de agencias, por eso estaba preguntando, por si sabían de alguna. Fueron todos muy amables y no le resultó difícil sonsacarles información, pero ninguna relevante.

Se vistió, preparó su mochila y su chubasquero, desayunó en el hotel —en el centro, pequeño, barato y confortable— y bajó al *parking* para subirse al Vauxhall Corsa que había alquilado tres días atrás, cuando llegó a Dundee. Ya se había acostumbrado a conducir por la izquierda, pero el primer día, al salir del aparcamiento, tuvo que dar un volantazo porque se fue directamente al carril contrario. Ahora volvía a enfrentarse a una conducción al revés que en España, y además con mala climatología: mucho viento y un agua pulverizada que mandaba el cielo, una lluvia en spray que en Escocia

tenía un nombre, el *smirr*, que generaba una sensación de neblina. No iba a conducir ese día en las mejores condiciones.

El navegador lo guio por Perth Street, una de las arterias principales de la ciudad; la cruzaba desde el centro hacia el oeste, su destino: el barrio de Lochee, que albergó la mayor fábrica de manufactura del yute del mundo hasta que la industria textil de Dundee fue languideciendo. Allí se encontraba la mayoría de las naves señaladas en ese misterioso sobre, todas de ladrillo rojo y ventanas estrechas; las había más modernas y también antiguas, cuyo estilo arquitectónico evidenciaba que pertenecían a siglos ya pasados, el XIX. Estaban tan bien construidas que sus fachadas continuaban perfectas a pesar de sus doscientos años de vida.

Mientras conducía hacia allí, Tresser se preguntó otra vez por qué Jamal había elegido Dundee para fabricar el dron, tan lejos de África, donde tenía contactos con el poder que lo protegían de casi cualquier delito. La respuesta volvía a llevarle a Europa: tras el éxito de Londres, Jamal quería repetir. Si el objetivo fuera algún lugar de Escocia, no fabricaría allí el dron, pues inevitablemente dejaría muchos rastros. No, Dundee solo era una parada en el camino. ¿Hacia dónde? En Europa había más de cien ciudades que superaban el medio millón de habitantes. La aguja en el pajar estaba más escondida que nunca.

Capítulo LXII

EN EL este de Alemania, Berlín aún estaba con el frío de invierno. En el oeste, en Düsseldorf, se mostraba la primavera en el parque Hofgarten, el más antiguo del país. Era por fin un día soleado de finales de abril y eso les reconfortó a Jamal y Osmán —que ya había regresado de Somalia—, pues no habían visto el sol en las cuarenta y ocho horas que llevaban en la ciudad. Se citaron con su interlocutor en el parque, en la avenida arbolada que conducía al castillo Jägerhof, un bello edificio de estilo rococó y vistosa fachada rosa, convertido en un museo dedicado al escritor Johann Wolfgang von Goethe. Jamal no había oído jamás hablar de él y, al ver el pequeño cartel que lo señalaba, pensó que se trataba de un príncipe alemán.

Habían viajado hasta Düsseldorf para entrevistarse con un intermediario del mercado negro de armas, un enigmático belga llamado Jaris Maes que, además, iba a ocuparse también de proponer la venta del Aquiles al Ejército de Corea del Norte, país donde tenía contactos de alto nivel. En Alemania se producía la versión europea de un tipo de misil israelí, el Spike SR —ligero y portátil—, del que querían encargar cuatro a Maes para la demostración: dos para lanzarlos y otros dos por si acaso se erraba el tiro. No se fiaban del todo de la pericia de Avtaar, aunque el prototipo había avanzado mucho desde que el joven había abandonado su apatía. El Spike se había desarrollado en Israel para

penetrar en carros de combate y destrozarlos con un vuelo casi en vertical; además, cada ojiva tenía dos cargas explosivas secuenciales, de tal modo que se producía un doble impacto sobre el objetivo.

Convinieron en que serían transportados hasta Dundee en un camión camuflado de exportación de plantas, con los misiles desactivados y bien ocultos bajo decenas de tulipanes. Sin embargo, el Mossad, el servicio secreto israelí para el exterior, vigilaba con minuciosidad el destino de las armas patentadas por Israel y los movimientos de los traficantes, de modo que esa cita en Düsseldorf alertó a los agentes y se estableció la vigilancia y seguimiento del intermediario, un comisionista ya conocido por ellos.

Al mismo tiempo, la CIA, el MI6 británico y el CNI hacían su trabajo en Escocia, presionados sin cesar por sus respectivos gobiernos. Ninguno quería ver repetidos ni el pánico ni las muertes del atentado de Regent's Park, ni tampoco el reproche social —y la consiguiente pérdida de votos— por no garantizar la seguridad del país. Benjamín estaba pendiente de que le asignaran un seguimiento; Mara estaba en Mánchester entrevistando a un primo lejano de Avtaar con el que no mantenía relación —ya lo sabía Carol; se trataba de tenerla entretenida— y Alessia había viajado a Glasgow para encontrarse, sin saberlo, con los padres de Sundari, la repostera con la que se veía el joven indio cada vez que visitaba la pastelería de Dundee. Cuando se enteró por ellos de que trabajaba en el obrador y que allí veía de vez en cuando a su primo, fue consciente de que se hallaba ante la primera pista fiable, rotunda e importante. Informó inmediatamente a Carol, que activó enseguida a Benjamín, quien alquiló un coche y se apostó frente a la pastelería con un compañero. Era cuestión de poco tiempo que Avtaar apareciera por allí. Sabían, tras investigar el entorno del ingeniero, que tomaba dulces para calmar su ansiedad.

El caos comenzaba a dejar de serlo; la intensidad de la búsqueda estaba dando resultados. El capitán Tresser, sin embargo, continuaba sin pistas. Puerta por puerta, ya había investigado aquella mañana varias de las naves señaladas en la misteriosa lista y había hablado

con los encargados, pero solo una de ellas le había llamado la atención, porque pulsó el videoportero y nadie contestó, a pesar de que desde la calle se veían luces encendidas a través de las ventanas. Había aparcado cerca su Vauxhall Corsa gris, pero lo movió y lo situó aún más próximo a la entrada del edificio, para poder vigilarlo mejor. Aquella larga calle le transmitía soledad, no había apenas tiendas y mucho menos cafés o *pubs*. La ciudad había crecido por otros lados y el decimonónico barrio industrial había quedado arrinconado en los suburbios, lejos del centro y de la vida urbana. El día continuaba ventoso, con la lluvia atomizada que no cesaba y el cielo tormentoso tan oscuro que bien parecían las seis de la tarde en vez de las diez de la mañana.

Durante las dos horas siguientes que vigiló la nave desde el coche no ocurrió nada. Tresser estuvo tentado durante ese tiempo de contactar con Alessia para saber si estaba en Dundee y si se habían producido avances; desconocía la pista tan reveladora que había conseguido a través de la prima de Avtaar y que confirmaba, ya sin duda alguna, que el ingeniero estaba en la ciudad, por tanto, también el dron.

Telefoneó entonces a Adelaida. Le gustó disponer de ese tiempo para ella mientras hacía la vigilancia.

—¿Puedes hablar unos minutos?

—Hola, Julián. ¿Qué sucede?

—Nada, quería oír tu voz.

—¿Ya estás allí? —Adelaida también había aprendido a no citar nombres.

—Sí. De momento, ninguna novedad.

—He pedido a la asociación que me sustituyan como psiquiatra de Bruno, quería que lo supieras. Se ha convertido en la pareja de mi hijastra, tengo implicaciones familiares. Ni puedo ni debo seguir. Pero no sé lo que tardarán, somos poca gente y todos voluntarios.

—Es lo que tenías que hacer, Adelaida. Yo tampoco podría investigar o interrogar como guardia civil a una persona con la que tengo relación. Bruno es una turbulencia en nuestras vidas, sobre todo en la de Luba. Ojalá se diera cuenta de las molestias que nos

está causando —insistía Tresser en la poca simpatía que le generaba el joven.

—Julián, evita por favor ese punto de vista frívolo sobre la salud mental y los suicidas; parece mentira que seas guardia civil, con la empatía que tenéis hacia las víctimas.

—Y la tengo, pero me supera la protección de Luba. Tengo que colgar, luego te llamo.

Una furgoneta Mercedes blanca había aparcado en la misma puerta de la nave. El conductor salió del vehículo, abrió las puertas traseras y cargó en una carretilla dos cajas de cartón de tamaño mediano. Llamó al videoportero, habló con alguien al otro lado —a él sí le contestaron—, esperó unos instantes y la puerta se abrió. Mientras el conductor entraba, Tresser salió rápido del coche, anduvo deprisa —quería correr, pero no debía llamar la atención— y llegó justo para poner el pie entre el quicio y la puerta e impedir que se cerrara. Y se coló.

—*Excuse me, sir* —se dirigió al repartidor, al tiempo que entraba raudo en la nave.

El hombre lo miró sorprendido mientras apoyaba su carretilla en el suelo. Tresser le dijo que había entrado para hablar con el encargado y él le respondió con un okey. Estaba tan pendiente de dejar cuidadosamente las cajas en el suelo, que apenas le miró a la cara, concentrado como estaba en su tarea. Se hallaban los dos en un pequeño vestíbulo del que partían unas escaleras metálicas hacia la planta alta de la nave y en el que también había un ascensor. A Tresser le resultó extraño que el repartidor no lo usara para subir las cajas, pero obtuvo la respuesta enseguida, cuando un individuo bajó por las escaleras y le dijo al hombre que las dejara junto al ascensor, mientras interrogaba con la mirada a Tresser.

—*Good morning, can I help you*? —le preguntó para saber qué quería, mirándole de reojo mientras firmaba el albarán del repartidor.

Era un joven pelirrojo de unos treinta años, con el óvalo del rostro tan cuadrado que esa particularidad llamaba la atención. Ojos pequeños, apenas dos rendijas azules en medio de la cara, nariz

rota; era probable que practicara el boxeo. Cuando el repartidor se fue, Tresser le explicó lo mismo que a los demás encargados: buscaba una nave industrial para alquilar. Mientras lo hacía se fijó en todos los detalles a su alrededor: el logotipo de la empresa que figuraba en las cajas —Pop-in-Tech—, la escasez de mobiliario en el pequeño vestíbulo, ni siquiera un pequeño mostrador de recepción, solo una silla arrinconada en una esquina, y la ausencia de ruidos en la planta alta: si allí se estuviera trabajando, lo lógico sería oírlos.

—*I don't know anything about that, sorry*. —No sabía de ninguna nave en alquiler, se desentendió el joven.

Lo acompañó hasta la puerta, incluso lo empujó levemente hacia allí. Se le notaba nervioso, quería que se fuera. Antes de salir, Tresser le anotó en un pósit su número de teléfono, que no era el suyo, sino el de uno de prepago que había tenido la precaución de comprar en Dundee, previendo esta situación. Por si se enterara de algo, le dijo. Aunque quizá no estuviera relacionada con el dron, aquella nave ocultaba no sabía qué, pero nada de lo que había visto allí dentro podría considerarse normal.

Al salir, para evitar que el encargado pudiera verlo subir a su Vauxhall Corsa, caminó y dio la vuelta a la manzana. Mientras lo hacía, abrió Google en el móvil y buscó la empresa Pop-in-Tech. Estaba especializada en componentes para la fabricación de drones. «¡Eureka!», se dijo. Tras días de búsqueda, al fin había encontrado una pista fiable que seguir. No pudo conjeturar más, porque se dio cuenta de que un Volkswagen Golf gris oscuro lo estaba siguiendo. Iba a baja velocidad, quien lo conducía no ocultaba que lo vigilaba; de hecho, Tresser se detuvo un momento, simulando leer en la pantalla del móvil, y el Golf se paró también. Era un seguimiento tan descarado que lo único que podían pretender era ponerle nervioso. ¿¿Para qué?

Continuó caminando y, al pasar por delante de un estrecho callejón, les dio esquinazo y se metió en el pasaje. Aceleró el paso para llegar cuanto antes al otro extremo y buscar una salida. No tuvo éxito: el Volkswagen gris lo estaba esperando allí cuando llegó y le cerró el paso. Se dio la vuelta enseguida, para regresar por

donde había venido, cuando descubrió que estaba acorralado: un hombre se acercaba hacia él desde allí. Se temió una paliza, convencido de que sabían que sospechaba de esa nave, lo que indicaba que había dado en el clavo. No había puertas en el callejón, avanzaba entre dos fachadas de ladrillo, sin escapatoria. Se puso en guardia, el tipo llegó hasta él y, sin mediar palabra alguna, cogió impulso con el brazo para darle un puñetazo, pero Tresser lo esquivó y respondió con otro, uno directo a la cabeza de su adversario, que lo tumbó y lo dejó medio inconsciente. No era un tipo corpulento, más bien delgado, aunque de cuerpo fibroso; no le costó derribarlo. Tenía que huir, aunque antes le registró los bolsillos para conocer su indentidad. La sorpresa fue grande, tanto como su desconcierto: era un agente de policía británico, según indicaba su placa. ¿O no lo era en realidad?, porque en el otro bolsillo descubrió otra, en este caso de la Policía escocesa. Del Volkswagen que le había cerrado el paso bajaron dos individuos y avanzaron hacia él por el callejón, uno de ellos con un bate en la mano. Corrió en dirección contraria otra vez; los tipos iban rápido, tanto o más que él. ¿Qué había en realidad en aquella nave para que lo persiguieran de ese modo? Al llegar al final del callejón, con los tipos ya pisándole los talones, apareció otro coche, un Mini negro.

—¡Sube! —le gritó el conductor. Era Norberto.

Uno de los individuos agarró a Tresser por el anorak, pero el capitán se desembarazó de él de un tirón, dio un par de zancadas y logró subirse al coche, que Norberto arrancó de inmediato con un potente acelerón.

—¿Qué haces aquí? —fue lo primero que le preguntó el capitán —. ¿Me has seguido? A todos acabo preguntándoos lo mismo.

—Gracias por librarme de una paliza o algo peor, Norberto —reclamó el agente.

—Tienes razón, disculpas.

—Aceptadas. No he querido dejarte solo en esto, Julián. Digamos que he estado pendiente. Estoy muerto para el espionaje, pero no para ti. Ahora soy el abuelo de Heidi o Papá Noel, tú eliges —le dijo, refiriéndose a su densa barba blanca.

—Sí, estás irreconocible, es verdad.

—Eso es lo que quería oír.

—¿Me has dejado tú la lista en la habitación esta mañana?

—Lo que importa es que la has usado bien, qué más da lo demás —respondió, enigmático.

A Tresser le sangraba el labio, al final, el puñetazo que había logrado esquivar le había rozado la cara y él ni se había enterado. Norberto sacó de su bolsillo un paquete de clínex y se lo tendió.

—Vamos a ir a un lugar alejado para hablar. No puedes volver a esa nave, estás quemado.

—No, lo que voy a hacer es contactar con la Policía escocesa para que la registren e interroguen al encargado, previa orden judicial.

Norberto había alejado el coche de la ciudad y se detuvo en el arcén de una estrecha carretera que transcurría paralela a un arroyo, junto a campos infinitos de hierba de un verde intenso.

—¿Estás seguro de que esa es la mejor decisión?

—¿Entramos nosotros en la nave? ¿Te parece eso mejor? Vamos a por los pasamontañas —le reprochó Tresser la idea—. Hazme caso, esto es urgente. Jamal me ha enviado a sus matones para saber quién soy, está a punto de mosquearse. No hay tiempo para que os organicéis y entréis de puntillas.

—Voy a hacer unas llamadas. Presiona tu labio mientras tanto. Te sigue sangrando.

Norberto bajó del coche. A pesar de que el cielo de Dundee continuaba enviando lluvia atomizada que iba y venía a ráfagas, a él pareció no afectarle; incluso se colocó de cara al viento mientras hablaba por teléfono. Tresser se preguntaba cómo no se había descubierto antes esa nave del barrio de Lochee. Lo mismo que había hecho él, entrar y curiosear, lo podía haber hecho un agente de inteligencia o de la Policía. ¿O prefirieron únicamente vigilarla y esperar a ver quién recogía el envío y a dónde los llevaba? Eso no había ocurrido; de lo contrario, la nave ya estaría cerrada y Jamal, detenido. Aún estaban a tiempo.

Capítulo LXIII

EL EMBALSE de El Grado se construyó en 1969 y era una inmensa mole de hormigón en las inmediaciones del pequeño municipio del mismo nombre, en la comarca oscense del Somontano, la de los buenos vinos, la del tomate rosa. Represaba las aguas del río Cinca para utilizarlas para el riego del valle y también para generar electricidad. No era el más grande de España —el de Villanueva de la Serena, en Badajoz, lideraba el *ranking*—, pero con su superficie de casi mil trescientas hectáreas y sus cuatrocientos hectómetros cúbicos de capacidad era un embalse de envergadura, que además se unía a otro, el pantano de Mediano, a través del congosto del Entremón. Interesante para Jamal. Lo había visitado años atrás cuando acudió con su familia al cercano santuario de Torreciudad, erigido por el Opus Dei, al que también pertenecía el colegio al que iban sus hijos, ya que Guinea Ecuatorial era un país mayoritariamente cristiano. Recordaba perfectamente lo que allí le ocurrió de niño, podía reproducir la amargura, la confusión que sintió. Él tenía ocho años y estaba en el aparcamiento que precedía a la enorme explanada de la basílica; continuamente entraban y salían coches, subían y bajaban las gentes. Sus padres se estaban retrasando en salir de su Nissan y él se entretuvo en darle con el pie a una piedra, como si fuera un balón. Una niña rubia de su edad se acercó a él y le dio cinco pesetas como si fuera una limosna. «Para que no pases hambre como los negritos del Domund», le dijo,

sonriendo con inocencia. Lo primero que hizo Jamal fue mirar la ropa que llevaba: unos tejanos nuevos, un jersey de lana de cuello vuelto, un anorak de plumas —era invierno— y unas Nike recién estrenadas. Tardó en comprender que no eran las prendas, sino el color de su piel. El paisaje desde allí era impresionante, con las aguas azul turquesa del embalse fluyendo entre congostos y cañones calizos, pero no olvidaba la humillación. El cercano embalse sería el lugar elegido para la demostración definitiva del poder letal del Aquiles. A Jamal le resultaba atractivo reventar aquella presa y contemplar la desolación de lo que antes fue un lugar bello. Para ejercer el mal no eran necesarios muchos más motivos; bastaba el resentimiento, el capricho y la voluntad de culminarlo.

El belga Jaris Maes, el intermediario lobista con contactos en el Ejército de Corea del Norte —al final era el país que ofrecía mayor disposición—, le estaba presionando, quería iniciar el negocio lo antes posible. Había mucho dinero en juego. Cuando el prototipo ya estaba bastante adelantado, le llegó a Jamal la agria noticia a través de Pamela: Dundee estaba lleno de agentes secretos que lo estaban buscando para dar con el dron. Y no solo eso, sino que también se enteró por su capataz de que la Policía escocesa había registrado la nave donde recibían los envíos y se habían llevado al encargado a comisaría para tomarle declaración. El capataz relacionaba el hecho con un desconocido que había entrado por la mañana en el local y había comenzado a hacer preguntas sobre alquileres de propiedades.

—El encargado me llamó enseguida —le contó a Jamal— y en tres minutos estaba yo allí con los dos macarras que nos vigilan la nave por las noches con placas de policía falsas. Lo seguimos para saber quién coño era, pero se nos escapó, tenía un compinche y huyeron en coche.

Jamal dio una violenta patada a la silla que tenía más cerca. Había que buscar de modo urgente otro lugar para seguir trabajando, con el retraso que provocaría el traslado del Aquiles desmontado para después volverlo a ensamblar. Osmán, que había regresado a Somalia desde Alemania gracias a su pasaporte falso, se

encargó de rastrear inmobiliarias por internet. Jamal dio orden al capataz de viajar a la presa de El Grado para estudiarla, ya que había visitas programadas para ver el interior de la construcción. Deprisa, deprisa, deprisa, se imponía, agobiado. Avtaar le llamó con otra mala noticia: ni él ni los dos informáticos especialistas en IA que había contratado eran capaces de abrir las puertas que Manu había creado en el *software* de Aquiles. «Seguro que lo consigues, sabes mucho de informática; de hecho, te contrataron en Cambridge. Vamos, Avtaar, que lo vas a lograr», le animó el guineano, y se mordió la lengua para no decirle lo que realmente pensaba: «¿Para qué te pago? ¿Para que me vengas con un problema sin darme una solución? Eres un puto inútil». Al final de la jornada, Jamal se echó sobre la cama de la habitación y asumió que estaba a punto de rendirse y de renunciar a su sueño.

Les hubiera gustado palpar ese desánimo en el enemigo a Benjamín y Alessia, cansados tras varios días vigilando la pastelería de Dundee. Avtaar tenía planeado pasarse por allí esa tarde para ver a su prima Sundari, con la que se encontraba con frecuencia; incluso una vez habían paseado juntos, con el capataz de carabina detrás de ellos, pero los problemas que le daba el *software* de Manu lo mantuvieron clavado en el ordenador. Ya no había tiempo para crear uno propio; había calculado mal sus capacidades. Tendría que trabajar con lo que tenía y, además, no podría ver ese día a su prima, tan bella, tan dulce. Tal vez se estuviera enamorando de ella.

Mara seguía en Mánchester, vigilada de cerca, entretenida ahora por orden de Carol en visitar discretamente, una por una, las naves de un polígono industrial, por si en alguna estuviera el dron. Le habían puesto vigilancia. De eso hablaron precisamente Alessia y Benjamín durante las largas esperas en el coche delante de la pastelería Deirdre. Les costaba creer que Mara fuera una agente doble.

—¿Por amor? —conjeturó Alessia—. Le encanta follar. Quizá se haya encaprichado de un chino o de un ruso y le hayan prometido el oro y el moro. Pero nos va a joder bien jodidos si le cuenta al

enemigo todo lo que sabe; incluido lo que le revele esa fuente maravillosa que dice tener en Londres.

—Se ha pasado al otro bando por dinero —opinó Benjamín—. Los chinos pagan muy bien.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te han tanteado?

—No, pero es lo que se rumorea y lo sabes, no te hagas la ingenua.

—Tienes razón, me has pillado. —Se rieron los dos.

—Sigo chateando con Romano. Ayer por la noche tuve una interesante conversación en la *dark web.*

—¿Cómo le ha sentado que pidas su cabeza? Igual se ha acojonado; lleva días sin intentar matarme. Soy de las pocas que le quedan de la reunión en Islandia.

—No juegues con eso, Alessia.

—Es solo miedo, un intento de conjurarlo.

—Creo que le han encargado que secuestre a los científicos, y me he arriesgado. Le he dicho que ese encargo me lo han hecho a mí y por bastante dinero.

—Benjamín, ahora el que juega con el diablo eres tú.

—Quiero que se ponga nervioso y piense que mi objetivo es destronarlo. Acabaremos conociéndonos, te lo aseguro.

—Menos mal que Manu y Clarisa están blindados por la Guardia Civil. ¿Has comunicado al Centro que Romano podría ir a por ellos?

—Por supuesto. Es lo primero que he hecho.

Alessia miró su reloj. Las ocho de la tarde. En ese mismo instante, recibió una sorpresa en su teléfono. Un mensaje de *Batman*:

«¿Nos vemos en media hora? Tenemos que hablar. Sigue al espejo escocés. 8:30 pm».

«Tenía la corazonada de que estabas aquí», le escribió, excitada, *Incógnita.*

Alessia no sabía lo ocurrido esa tarde en la nave sospechosa. Una vez registrada —no se encontró nada de interés, ni siquiera un solo paquete de los envíos—, se estaba interrogando al encargado. Todo

se llevó a cabo en secreto por parte de la Policía. Se tenía la vana esperanza de que el interrogado —al que no se había podido acusar todavía de delito alguno— los llevara por fin hasta Jamal.

«Sigue al espejo escocés», le había escrito Tresser. Habituada a manejarse en lenguajes en clave, se enteró en Google de que espejo, en escocés, se traducía por «*An sgàthan*». Una de las entradas hacía referencia a una pequeña iglesia reconvertida en *pub*, precisamente El espejo encantado, *An sgàthan draoidheil*. Estaba en el centro de la ciudad, en una zona de hoteles cercana al río Tay, el más largo de Escocia. Un puente ferroviario de tres kilómetros de longitud atravesaba el estuario del río en Dundee y era una de las vistas preferidas de los turistas: contemplarlo desde alguna de las colinas cercanas. Alessia llegó quince minutos antes; quería ser la primera. El *pub*, en efecto, estaba dentro de una pequeña iglesia neogótica, entre dos edificios bajos de viviendas. Se dijo que era el lugar perfecto para tomarse un *whisky* genuinamente escocés y relajar su cerebro, desproveerlo siquiera unos minutos del maldito dron, porque estaba harta de él. No se avanzaba y parecían todos idiotas, ella incluida, incapaces de cazarlo. Le deslumbró aquel bar al entrar; sí que era una iglesia, con varias mesas y sillas en lo que era el altar. La barra se hallaba bajo una de las naves laterales. Se dirigió hacia allí y se sentó en un taburete, con los brazos apoyados en el mostrador.

Ya había anochecido y el resplandor de las farolas urbanas penetraba a través de las vidrieras policromadas, se reflejaba en las paredes y en el techo de la bóveda central y los llenaba de colores. Sonaba *bossa nova* a bajo volumen, sin molestar. Pidió su copa y, a la espera de que llegara Tresser, se evadió y entretuvo su mente en su hija, Jana. Cuánto la echaba de menos. Esperaba que su marido hubiera cumplido su palabra y no llevara a su amante a la casa familiar. Era bien cierta la soledad de los agentes secretos, con una identidad que nunca era la real, con un trabajo que no se podía compartir con nadie, muchas veces armados, siempre en riesgo, moviéndose en las tinieblas, en la incertidumbre de cada misión, en

la desconfianza hacia todos, pues en cualquier lugar podía habitar un enemigo o un traidor.

Suspendida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que, en la barra, a dos metros de ella, había un hombre negro bien trajeado, de unos cuarenta años, de espaldas anchas y cuello estilizado, manos pequeñas de piel fina y ojos que traslucían misterio. Se estaba tomando un *whisky* y hablando por teléfono en español: «No te pelees con tu hermano y hazle caso a mamá, ¿de acuerdo? Yo volveré pronto. Adiós, cariño», le escuchó decir. No tardó ni un segundo en preguntarse si sería Jamal, el guineano, el dueño del gran palacio que había escriturado a nombre de su hija de seis años, el secuestrador de Clarisa y Manu, el ladrón del Aquiles junto a sus otros socios, de los que no habían conseguido saber su nombre; ni siquiera el que había sido detenido por la CIA lo había revelado. Al no estar fichado, no había sido posible utilizar el programa informático de reconocimiento facial. Sin identidades reales, se movían como fantasmas, al igual que el Aquiles.

No coincidió Alessia con Jamal durante el rescate; estaban en lugares distintos del palacio, pero todos lo habían visto en una foto en un acto benéfico vestido con un esmoquin. La imagen estaba en todas las comisarías del Reino Unido. Pero Alessia lo tenía a dos metros, creía que era él, aunque a la vez dudaba. Casi todos los negros le parecían similares; el tópico funcionaba y supuso que lo mismo les pasaba a ellos con los blancos. No obstante, la mera posibilidad de que fuera Jamal la excitó.

Abrió su bolso, sacó de su cartera una tarjeta de crédito y se la tendió al camarero para que le cobrara el *whisky*. Sin embargo, una vez introducida en el datáfono, la máquina indicó que la operación había sido denegada. Alessia, nerviosa, le pidió que lo volviera a intentar. La máquina volvió a rechazarla. Rebuscó en su billetero por si pudiera pagar en efectivo, pero el hombre, diligente, se ofreció a abonar su consumición y ella, azorada, aceptó.

—Muchas gracias por la invitación —le dijo—. Le he oído hablar en español y soy española. No sé qué ha podido pasar, mañana hablaré con el banco, pero se lo agradezco.

La tarjeta permanentemente denegada nunca fallaba; los agentes la llevaban siempre encima para utilizarla como ardid, como había ocurrido ahora, para iniciar una conversación.

—¿Quiere tomarse otra copa? —le ofreció él.

—Gracias, pero ya es bastante para mí con una.

—No me malinterprete, estoy casado y soy un hombre fiel, pero viajo mucho y los viajes crean muchos momentos de soledad como este. ¿Le pasa lo mismo a usted?

—Sí, es inevitable, muchos hoteles y, como usted dice, muchos momentos de soledad —respondió Alessia—. ¿A qué se dedica, si no le importa que se lo pregunte?

—Soy economista, profesor de universidad. Doy muchas conferencias por el mundo. ¿Y usted?

—Trabajo en una multinacional del Reino Unido, dirijo el gabinete jurídico y una semana al mes voy por las delegaciones apagando fuegos. Me llamo Tatiana. —Le estrechó la mano.

—Mi nombre es Antonio, o Toni, soy británico, de padre español y madre somalí. ¿De verdad no me deja que la invite a otra?

—Bueno, sí, me parece bien si usted me acompaña.

Durante media hora, conversaron de temas convencionales mezclados en un túrmix; hablaron sobre cómo había afectado el Brexit a las vidas de los británicos, de la insidiosa moda de los patinetes eléctricos y también del cambio climático. Alessia no se atrevió a mencionar la guerra de Ucrania y la incertidumbre mundial que generaba, para no hablar de drones y despertar sospechas, pero de buena gana lo habría hecho. Sin embargo, fue él quien introdujo el tema y ella conjeturó sobre si era realmente Jamal y la estaba poniendo a prueba.

—Es un disparate que se pueda invadir un país por la cara como ha hecho Putin —opinó él.

—Sí, genera mucha inseguridad —respondió ella, sin acercar la mano al fuego.

—Lo que tienen las guerras es que son un banco de pruebas para experimentar nuevas armas, como los drones de combate —

lanzó de golpe él, sin que se hubiera sugerido siquiera el asunto—. Son los nuevos protagonistas de los conflictos bélicos.

Si fuera Jamal, era un cínico; lo tuvo claro tras ese comentario: lo era. Tal vez sospechaba de ella. Decidió terminar la copa. No veía a Tresser en ninguna parte de la iglesia y no se explicaba qué había podido ocurrir.

—Perdóneme, Antonio, voy a ir al baño.

—Claro. Yo le guardo la copa y el anorak, no se preocupe.

«¿Dónde estás?», tecleó enseguida a *Batman* cuando entró en el servicio.

«Estoy cerca. Es J, es él. Lo he reconocido. Intenta que salga a la calle para que los tuyos lo sigan».

«Ok».

Alessia regresó a la barra, no se sentó ya en el taburete, sino que dio un último sorbo a su *whisky* y cogió su anorak.

—Se me está haciendo tarde, tengo que irme. Mañana tengo que madrugar. Voy a pedir un taxi para que me lleve a mi hotel.

—La he aburrido con los drones y las guerras.

—No, me ha parecido muy interesante, ha sido una conversación muy agradable.

Alessia se despidió de él estrechándole la mano.

—Yo también me voy, la acompaño a la puerta. Tengo mi hotel a una manzana de aquí.

Si eso era cierto, ahora entendía que hubieran coincidido, aunque seguía siendo una sorprendente casualidad que, por supuesto, iba a aprovechar. Seguía sin ver a Tresser. Ahora sabía por él que estaba allí, pero su mirada lo buscó y no lo encontró. El *smirr* escocés, formaba ahora una neblina que lo desdibujaba todo. Cogió su móvil y llamó a un taxi. Eso es lo que debía parecer, porque en realidad telefoneó a Benjamín y le dio la dirección del *pub*. Seguro que entendía el mensaje: tenía que acercarse hasta allí y, al verla con su acompañante negro, seguro que deducía quién era. Se trataba de seguirle y someterlo a vigilancia. Había que aprovechar esa oportunidad caída del cielo. Salieron los dos a la puerta de la iglesia-

pub. Ella le entretuvo para que no se marchara hasta que llegara su compañero. Le habló de lo mucho que le gustaban las Tierras Altas de Escocia; las había visitado varias veces de escapada de fin de semana desde Londres, donde residía.

—Yo también vivo en Londres. ¿En qué zona está usted? —le preguntó.

Benjamín tardaba en llegar, error: un taxi no se demoraba tanto. Más pronto que tarde debería reclamar uno de verdad.

—Resido en Chelsea.

—Hummm, buen barrio, de gente con clase —comentó él—. Yo vivo en Notting Hill.

—El barrio más chic de Londres, me encanta pasearlo.

Aunque por diferentes razones, los dos mentían con el descaro de quienes consideraban que la verdad era un concepto sobrevalorado y en ocasiones del todo innecesario.

Vio por fin acercarse el MG de Benjamín. Pasó de largo por delante de ellos y se detuvo unos metros más adelante, simulando que aparcaba. Tresser había cogido su Corsa y también estaba preparado para seguirlo.

—No sé qué pasa con mi taxi, se está retrasando demasiado. Voy a volver a llamar.

Se acercó entonces uno libre y el hombre, sin consultarle, alzo la mano y lo detuvo.

—Ya lo tiene aquí, Tatiana. No sé si será el que ha llamado usted.

—Sí, supongo que sí. Gracias y buenas noches, ha sido un placer —se despidió Alessia y entró en el vehículo.

Pero entonces sucedió algo que ninguno de los agentes había previsto: el individuo se coló rápidamente en el taxi y le dijo al conductor —un joven paquistaní— que los llevara al cercano parque Balgay. Al mismo tiempo, silenció cualquier queja de Alessia encañonándola disimuladamente con una pequeña SIG Sauer compacta, que le presionaba el hígado y le provocaba un intenso dolor. El hombre lo había hecho de un modo tan sorpresivo y rápido que era improbable que el taxista se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Alessia no podía volver la cabeza para ver si los seguían

Benjamín y Tresser, pues los pondría al descubierto. Entonces se separó bruscamente de Jamal y le preguntó en inglés, en un tono que evidenciaba reproche, si se le habían subido los *whiskies*, y fue entonces cuando el taxista observó a la pareja a través del espejo retrovisor y le preguntó a ella si había algún problema. Ella respondió enseguida con un «*yes*!» en voz alta y clara. El conductor paquistaní detuvo el coche enseguida y obligó a Jamal a bajar, sin explicaciones, con voz rotunda y mirada amenazante.

—Te ha traicionado tu tarjeta denegada —le dijo él en español antes de salir—. No estaba a tu nombre, Tatiana. ¿Quién eres en realidad, puta mentirosa?

—No soy nadie, olvídate de mí, gilipollas —replicó ella sin perder la calma.

Benjamín y Tresser se quedaron tan desconcertados al ver bajar del taxi a Jamal como cuando lo vieron subirse. El hombre cerró la puerta del coche con un golpe violento y comenzó a andar por la acera de la calle, mientras Alessia bajaba veloz del taxi y se subía al vehículo de Benjamín; no reconoció el Corsa que conducía Tresser.

—¿Estás bien? —le preguntó su compañero.

—Sí, pero estaré mejor cuando pille a ese cabrón.

De repente, Jamal volvió la vista atrás. En ese momento circulaban en el mismo sentido cinco coches, dos de ellos los de Benjamín y Tresser. No los reconoció, pero pareció no fiarse y dobló enseguida por una esquina. Se adentró en una calle peatonal. Rápidamente, Benjamín se fijó en el nombre de la vía y lo introdujo en el navegador, al tiempo que Tresser aparcaba y se adentraba en ese pasaje que, según el navegador de Benjamín, finalizaba en una calle en la que sí se permitía circular. El guardia civil vio entrar a Jamal por la puerta trasera de un restaurante, que un cocinero acababa de abrir para tirar la basura. Perseguido y perseguidor atravesaron corriendo uno detrás de otro las cocinas, ante las quejas de los trabajadores porque en la persecución cayeron varios platos al suelo. Tresser estuvo a punto dos veces de darle alcance, lo que consiguió al salir a una calle, solitaria a esas horas, las diez de la noche. Lo agarró por la americana, lo empujó contra la pared, lo

obligó a colocarse de espaldas, lo cacheó sin mediar palabra, encontró su semiautomática compacta y lo apuntó con ella:

—Si intentas huir, tendré que dispararte —le advirtió.

—¿Quién eres? —No lo reconoció porque en el palacio Tresser llevaba pasamontañas.

—El que te va a llevar a la cárcel.

Alessia y Benjamín se acercaron corriendo desde el extremo de la calle. Los tres agentes tenían ante ellos al creador del gran embrollo del Aquiles, el loco maléfico que soñaba con revertir y pervertir el orden mundial.

—Hola, Jamal, soy tu mala suerte —lo saludó Alessia.

—No sé de qué me hablas —replicó él.

—Pronto lo sabrás.

Alessia se apartó un instante y cogió su móvil. No sabía qué debían hacer. Lo habían capturado dos agentes secretos y un guardia civil, dos puntos de vista distintos sobre la que sería la actuación correcta. ¿Se lo llevaban para que lo interrogaran los servicios de inteligencia británicos? ¿Permitían que Tresser lo entregara a la Policía? Ninguno de los dos caminos garantizaba que Jamal los llevara hasta el Aquiles, ni tampoco que el dron de combate no fuera programado para otro ataque terrorista, pues el africano tenía dos socios más.

—Norberto, lo tenemos —le dijo Alessia cuando contestó a su llamada—. Te mando ubicación. ¿Qué hacemos? Estamos con el capitán.

—Pásamelo.

La sirena hipando de un coche patrulla de la Policía escocesa lo interrumpió todo. Avanzaba hacia ellos. Tresser desvió un instante fugaz la mirada; lo mismo hicieron Benjamín y Alessia. Y Jamal aprovechó ese segundo para huir a la carrera. Los tres fueron tras él, sin atender el «*Police, stop*!» con el que les advertían. Estaban perdiendo la única oportunidad que habían tenido y que posiblemente jamás tendrían. Los tres eran buenos corredores, pero el africano también. Zigzagueó por calles secundarias y, al doblar por una de ellas y romper durante un segundo el punto de visión, lo

perdieron. Fue como si se lo hubiera tragado la noche. Recorrieron una y otra vez esa calle y las aledañas. Miraron bajo los coches aparcados, sin éxito. Había algunos patios traseros de viviendas. Estaban seguros de que había saltado la valla de uno de ellos. La posibilidad de detenerlo se había esfumado, ya no existía.

Capítulo LXIV

TRESSER regresó a España en el primer vuelo de la mañana siguiente, sin perdonarse el error; ni siquiera su arrogancia le asistía para rebajarle la humillación.

—No os entiendo, tres contra uno —les reconvino Norberto.

Tras la huida de Jamal, Alessia y Tresser se habían reunido con él bajo el *smirr* en el puente de hierro azul del parque Galbay de Dundee. A Benjamín se le apartó; Alessia lo mandó al hotel. El agente desconocía que Norberto seguía vivo.

—Permíteme que condene en este juicio a la neblina y a la noche, que no nos han ayudado precisamente —se defendió Alessia.

—No puedo apoyar esa absoluta falta de autocrítica —afeó Tresser su actitud—. Hemos sido tan torpes que me cuesta asumirlo.

—Pues asúmelo, capitán. Tú le estabas encañonando cuando se te escapó.

—¿Dónde está la pistola? —le preguntó Norberto.

—La he tirado al río.

—Ahora lo que toca es continuar con la caza. Se ha detectado una reunión de Jamal y Osmán con un traficante de armas en Alemania, donde se fabrica una versión del misil israelí Spike, que puede integrarse sin problemas en un dron de envergadura.

—Lo sé, la información proviene del Mossad —sorprendió Tresser a Norberto.

—¿Cómo sabes tú eso?

—En la Guardia Civil colaboramos en ocasiones con la agencia israelí, no sé de qué te extrañas.

—Ya están preparando los misiles, hay que espabilar. Ponte a trabajar cuando llegues a Madrid, Julián. No pienses en el error, sino en lo que has aprendido de él. Y eso vale también para ti, Alessia.

—¿Algún sabio consejo más con el que aleccionarnos? —preguntó Tresser con ironía.

—Sí, te voy a dar otro. A tus mandos les puedes decir la verdad sobre lo ocurrido, pero no necesariamente toda.

Si Tresser había perdido a Jamal en Dundee, ahora en Madrid estaba intentando otro modo de atraparlo. El capitán no se rendía. Avtaar acababa de recibir un correo de Manu en su ordenador. Un *e-mail* en el que adjuntaba una foto de los tres amigos en los buenos tiempos del laboratorio de Cambridge, antes de que los traicionara. La acompañaba de un texto en inglés tan escueto como duro en el que le reprochaba que, por su culpa, Clarisa y él hubieran sido secuestrados y perdieran a la hija que esperaban. «Para colmo, ahora te has puesto a trabajar en nuestro dron, que nunca será tuyo. Tu nivel está muy por debajo de lo que se requiere para su puesta a punto. Me pregunto cómo conseguiste un contrato en el laboratorio, puesto que no habías publicado ni un solo trabajo de tu especialidad y esa era una de las condiciones. Tus malditos jefes secuestradores de personas han elegido al peor. Púdrete en el infierno», finalizaba, intentando crearle inseguridad. Mientras se estaba desmantelando la nave de Dundee para trasladar el prototipo del Aquiles a un lugar incierto, Avtaar leía y releía ese mensaje que tanto le había dolido, a la vez que contemplaba la foto de los tres amigos, sentados sobre la hierba un día de pícnic en la campiña inglesa.

—Ha abierto el correo y el archivo de la foto. Ya estoy dentro de su ordenador —les dijo Manu a Clarisa y a Tresser, los tres en la sede de la UCO, el capitán recién llegado de Escocia—. Es tonto hasta para eso, para no sospechar que podría enviarle un «regalito».

Ese regalito era un *spyware* para vigilar los movimientos y obtener datos. Manu lo había colado en el *e-mail* para acceder después de ser abierto a todo el sistema en el que Avtaar estaba desarrollando el *software* para el Aquiles. Por supuesto, todo ello sin que él se enterara, al menos por el momento. La Guardia Civil se hacía cargo oficialmente de la investigación junto con la Policía británica y la Europol para dar cobertura a las misiones de espionaje de todas las agencias. La CIA había intentado varias veces que Manu y Clarisa colaboraran con ellos, pero los ingenieros habían preferido ponerse a disposición del Centro y del capitán Tresser para lograr frenar cualquier ataque del Aquiles. Por el momento, según pudo constatar Manu, al *software* del dron le faltaban elementos importantes de inteligencia artificial y todavía no se habían establecido las coordenadas del presunto ataque.

Antes de que la Policía británica localizara la IP del ordenador, una vez hackeado por Manu, la nave de Dundee alquilada por los africanos ya estaba vacía. El ingeniero había instalado en el *software* en el que se basaba Avtaar un código de geolocalización, una función oculta por si alguien alteraba la ya programada para robárselo. Así pudieron saber la ubicación exacta de la nave, así se dieron cuenta de que ya no había nadie allí cuando acudió un operativo de la Policía escocesa. El propietario del local les dijo a los agentes que el inquilino le había arrendado dos naves, cercanas entre ellas. Dijo que era un hombre negro «muy educado, con un buen traje y zapatos caros», que firmó el contrato a nombre de Mahad Ronstad-Willows, de nacionalidad británica. La Policía constató que era un nombre falso. El propietario les comentó también que canceló el contrato de repente, sin previo aviso, aunque le abonó los meses que quedaban y le dio tres mil euros de indemnización por las dos naves.

—Ha sido un soplo —le aseguró Carol a su directora en el despacho del Centro—. No creo que se largara únicamente por la persecución fallida de Dundee, que podría ser. Pienso que lo hizo, sobre todo, porque se enteró de que los servicios de inteligencia

estábamos allí. Debió de imaginarse la ciudad llena de espías y eso puede parecer terrorífico.

—No puede ser que nos pase a nosotros otra vez —comentó Alma, preocupada—. ¿Cómo se lo explico al Gobierno? No paran de presionarme. ¿De verdad que sospechas de Mara?

—Sí, tiene muchos boletos.

—Maldita traidora. ¿Por qué lo ha hecho?

—Por dinero o por vanidad. Se ha sentido infravalorada, a veces quería más de lo que le podíamos dar. No es de las mejores, tiene debilidades, es insegura.

Pero no había sido Mara exactamente, sino Pamela, que no dio por buena la ubicación de Mánchester que le dio la agente secreta y mantuvo la de Dundee. Alma estaba perpleja. Asumía como jefa de los espías la posibilidad de la traición. Ella misma había sido agente de contrainteligencia durante años, pero dos deslealtades en menos de dos meses significaban que no tenía el control, a pesar de que poseía informes de todos sus subordinados, de lo que hacían o dejaban de hacer y de que, a la mínima sospecha, se activaban inmediatamente los protocolos, como estaban haciendo con Mara. Ella lo achacaba en parte a la invasión de Ucrania y a las veleidades de Putin, que habían generado en el espionaje una avidez de información que se incrementaba día a día y que cambiaba constantemente las piezas del puzle. La posibilidad de que Rusia extendiera la guerra a Europa ya no era política ficción, era real.

—Si ha sido Mara, nos ha reventado Dundee —aceptó la directora—, además de la torpeza inexplicable de Alessia, Benjamín y el capitán Tresser. Estábamos muy cerca, joder. O los africanos son muy listos o nosotros somos muy tontos. Estoy cuestionada en el Gobierno, Carol, hay que neutralizarla ya, sin demora, no me iré de aquí por la puerta de atrás.

—La estamos vigilando —aseguró Carol—. Solo estamos esperando a que se vuelva a reunir con quienes le pagan para detenerla, si es que es ella la mala de la película.

—¿Y qué hay de su fuente en Londres, el coronel en la reserva? ¿Puede hacer algo por nosotros suministrándonos información?

—He enviado a Alejandro para que hable con él —confirmó Carol —. A nuestro agente le ha sentado mal. Él quiere trabajar en el Centro como analista mientras va recuperando de nuevo su identidad, pero ambos se conocen del Carlton Club de Londres y es la persona idónea; hará lo que yo le ordene.

—Esto es un dolor de cabeza tras otro; no estamos haciendo bien las cosas, no sé, a veces pienso que…

Carol la interrumpió enseguida.

—No, no vas a presentar tu dimisión, directora, si es en lo que estás pensando. Eres una profesional brillante, incluso cuando vienen mal dadas. Este asunto del dron se nos está resistiendo, pero no olvides que has rescatado a los científicos y ellos han logrado entrar en el ordenador del indio. Es cuestión de poco tiempo que consigamos mandar a la mierda al maldito dron. A veces, las mujeres que trabajáis en puestos de liderazgo os imponéis un afán de perfección que a los hombres ni se les ocurre. ¿Sabes qué haría yo con el síndrome de la impostora en estos casos? Me lo comería guisado con patatas y acompañado de un buen vino.

Mientras tanto, el furgón con los misiles y los tulipanes continuaba en carretera siguiendo el plan previsto. Tresser dejó a los científicos en la UCO con los agentes Coira y Brancho, que iban tomando nota de lo que comentaban Manu y Clarisa sobre lo que aparecía en el ordenador de Avtaar. El capitán tenía una reunión con su comandante y su coronel jefe para darles explicaciones sobre lo ocurrido en Dundee. Por consejo de Norberto, Tresser no mencionó que él estaba presente cuando se escapó Jamal. «Cúlpanos a nosotros. Tienen que seguir confiando en ti y te necesitamos vinculado al caso. No mientas, pero no menciones toda la verdad, ya sabes». El capitán se sentía verdaderamente mal escamoteando a sus superiores parte de la verdad, pero ya lo había hecho cuando habló de la explosión del yate y del rescate en Lesoto. Estaba más bien harto del dron y de Jamal. No lo pensaba realmente, pero le descargaba hacerlo. Cuando el coronel jefe salió del despacho, el comandante Peláez le insistió de nuevo con la charla en el instituto. ¿Es que no se daba cuenta de lo ridículo que era? Aun con la

situación de alarma que había generado el Aquiles, su superior parecía obsesionado con que diera a conocer la Policía Judicial a unos adolescentes, a la vez que le exigía que se centrara «a conciencia» —fueron sus palabras— en el asunto del dron.

—Claro, claro, Tresser —le dijo su joven superior—. Solo te lo he recordado, me hago cargo de que ahora no es el momento, pero quiero asegurarme de que no lo olvidas.

—Mi comandante, ¿puedo preguntarte por qué tanta insistencia en que yo dé esa charla?

—Eres uno de los mejores, y quiero que los chavales y el instituto tengan ese privilegio. ¿Te molesta hacerlo?

—Eso no importaría cuando se trata de obedecer una orden, mi comandante.

—Estoy de acuerdo —replicó su superior con altivez.

Tresser abandonó el despacho despreciando a aquel hombre que parecía no tener otro objetivo que humillarle, obligándole a realizar una tarea que no le correspondía. Salió a la calle para despejarse y tomar un café en un bar cercano a la sede de la UCO. Cuando iba a entrar, oyó el claxon de un coche y volvió la cabeza. Desde el interior de un Seat Ibiza negro, Alessia le hacía gestos para que subiera al vehículo.

—Por fin sales de la UCO —le dijo la agente cuando el capitán entró en el coche—. Llevo toda la tarde vigilándote.

—Estoy trabajando, Alessia. Debes de aburrirte mucho haciéndolo. Eres realmente pesada. No sé por qué te empeñas.

—Voy a ver si puedo aparcar y así hablamos con tranquilidad.

—Hablar ¿de qué? ¿Alguna novedad?

—Solo quería saber cómo ha ido tu reunión con los mandos. ¿Nos has echado la culpa, como te aconsejó Norberto?

—No me apetece hablar del tema, Alessia.

—Lo entiendo, tienes el ego herido, pero reitero lo que es un dato objetivo: la neblina creada por el *smirr* escocés dio ventaja a Jamal, que desaparecía constantemente de nuestro punto de visión. Y a pesar de todo, fuiste capaz de ponerlo contra la pared y

apuntarle con su propia arma. Pero dejemos este asunto a un lado y centrémonos en lo que realmente te quería contar. Sé que Clarisa y Manu están contigo en la UCO. Romano va a por ellos, lo sabemos, tened cuidado.

—Gracias por compartir la información, por una vez en la vida. Están muy protegidos y muy vigilados, no te preocupes.

—Sí, lo sé, están en buenas manos con vosotros.

—Hoy Manu ha hackeado el ordenador de Avtaar.

—¿Cómo dices? —exclamó Alessia, elevando la voz—. Me gustaría estar en la UCO para poder verlo, ojalá pudieras colarme.

—Eso es imposible, Alessia. No pueden relacionarme contigo.

—Qué ingrato eres, capitán. Yo, sin embargo, voy a ser generosa y te voy a dar una primicia. Te va a llegar en pocos minutos, porque la cadena de mando en la Guardia Civil va un poco lenta. Resulta que ha habido una extraña movida en la provincia de Huesca, en un embalse. Es posible que sea el objetivo del Aquiles.

—¿Una presa bombardeada? Eso sería catastrófico.

Capítulo LXV

CON SUS apenas cuatrocientos habitantes actuales, la localidad de El Grado, en la comarca oscense del Somontano, comenzó a crecer en la época medieval sobre la falda de un cerro. Siglos después, a mediados del XX, sería la elegida para la construcción de un embalse en los alrededores, una obra de ingeniería de gran envergadura en la que se invirtieron once años. A pocos pasos que uno diera por el monte, se encontraba con sus monumentales aliviaderos de ciento treinta metros de altura, tres toboganes gigantes de hormigón tan fascinantes como amenazantes, porque frente a ellos cualquier ser humano se sentía poca cosa. Cuando la presa abría las compuertas y descargaba el agua, algo que ocurría pocas veces, acudían vecinos y curiosos para contemplar con asombro desde el puente de El Grado las tres cascadas y la bruma que generaban al caer. La fuerza desaforada del agua provocaba un ruido ciclópeo, como lo era la propia presa.

Aquel sábado de primeros de mayo, lucía un sol brillante y caluroso y los aliviaderos de la presa estaban tranquilos, vacíos. Avelino, trabajador del embalse, se tomó un café al aire libre, sentado a una de las mesas del exterior del restaurante Tres Caminos, con casi setenta años de antigüedad; lo empezaron los abuelos, siguieron los hijos y finalmente los nietos, que innovaron la carta sin perder la tradición. Era uno de los lugares del Somontano donde mejor se comía. Allí celebró el banquete de boda la hija de

Avelino, que ahora era una de las encargadas de mostrar el interior de la presa de El Grado, sus entrañas, a los visitantes. Fue ella la que le contó a su padre que, dos días atrás, uno de ellos le llamó la atención porque no cesó de hacer fotos con el móvil. Todos solían hacerlas, sí, a las vertiginosas escaleras interiores, a las galerías, a los túneles, pero ese hombre buscaba encuadres demasiado específicos, como si estuviera realizando un estudio técnico. Tras alabar la obra de ingeniería en un perfecto castellano, le preguntó por el grosor de los diques. Dijo que era ingeniero, que trabajaba en Alemania y que estaba en España de vacaciones, porque tenía familia aquí. «No me preguntes por qué, papá, pero me pareció raro y le hice una foto con mi móvil sin que se enterara», le dijo su hija. Avelino no quiso dejar pasar ese comentario, por si acaso; tampoco podría decir el porqué de sus recelos, pero cuando pagó su café y salió del restaurante, se cruzó con una pareja de la Guardia Civil a la que conocía y se lo comentó.

—¿No era capaz de imaginar el grosor de los diques si era ingeniero? ¿Qué pregunta era esa? —les traspasó la duda a los guardias—. He preguntado a los paisanos, les he mostrado la foto y nadie lo ha visto. Es de mediana edad y con los cabellos muy cortos y canosos.

Se la pasó a los guardias, que hicieron sus indagaciones por el pueblo y otros más cercanos, con el mismo resultado: nadie recordaba a un hombre de esas características, tampoco en los hoteles y hostales; quizá visitó la presa y se fue. Se lo comunicaron a su sargento, este a su teniente y la información fue pasando entre los diferentes rangos hasta que llegó a la comandancia de Huesca y de allí a la de Madrid y a las dependencias de la UCO.

—He pensado que podría ser una tontería —le comentó Tresser al cabo Coira y a la guardia Brancho tras enterarse por Alessia—; un exceso de celo de la guía encargada de las visitas, pero al ver la foto lo he reconocido. Era uno de los trabajadores al servicio de Jamal, mulato, corpulento, el capataz encargado del búnker, que se escabulló tras el asalto y al que apenas se pudo interrogar. Llamad a

Manu y Clarisa, quiero que vean la foto. ¿Dónde están Mani y Piter? —preguntó Tresser por sus otros dos subordinados.

—Están en Miguel Esteban, interrogando a un sospechoso de la desaparición de Lucía —le informó Coira.

—Diles que vengan. Los voy a enviar a El Grado —decidió el capitán—. Son muy buenos haciendo vigilancias. Vosotros buscad alguna incidencia parecida o llamativa en el resto de los embalses del país. Preguntad por el hombre fornido y mulato.

—O blanco —puntualizó Brancho—. ¿Y si hay varios recabando información sobre los embalses? Puede que no todos sean negros.

La guardia Brancho era la de los pequeños detalles, nunca se le escapaba uno. Era ingeniosa, inteligente y con la mente más abierta que Coira, que se ceñía mucho más a la realidad. Ambos se complementaban muy bien trabajando.

—Si Manu ha entrado en el *software* de Avtaar —apuntó el cabo —, ¿el problema no estaría resuelto? Lo inutiliza y adiós dron.

—No es tan fácil —comentó Tresser—. Además, me acaba de comentar que el indio ha desactivado la función de geolocalización que había ocultado, pero no sabemos si la ha encontrado por casualidad y la ha anulado o bien ya sospecha que le han hackeado.

El Mossad también estaba vigilante con los movimientos del intermediario de los misiles Spike. Sabían que se hacía llamar Jaris Maes —una identidad falsa—, era belga, había sido corresponsal de guerra para varias agencias periodísticas, pero ahora no figuraba en ningún lado, ni como trabajador ni como desempleado. El dato más interesante: aparecía en varias fotos con miembros del partido de Kim Jong-un, líder supremo de Corea del Norte, dictador férreo, obsesionado con las armas y enemigo declarado de Corea del Sur, a la que había amenazado en numerosas ocasiones. El servicio secreto israelí había seguido el rastro de Maes hasta Nantes, en Francia, donde llevaba varios días ocioso; pasaba las tardes en un café, siempre pendiente del móvil. Quizá esperaba a que los misiles llegaran por carretera a algún lugar cercano a la ciudad del Loira, dedujeron, aunque no tenía sentido. ¿Por qué Francia y no España, puesto que había sospechas de que el objetivo era un embalse

español? Los agentes simularon ser unos rateros cuando el belga caminaba hacia su hotel de noche y le arrebataron el móvil. Estaba encriptado, pero eso no era un problema para ellos y lograron acceder a parte de la información, en la que no solo aparecía un intercambio de varios mensajes en clave entre el belga y supuestamente Jamal —que aparecía con el seudónimo de *Caimán* —, sino que quedaron registradas varias búsquedas de alquileres de yates de lujo en ciudades del litoral de la Bretaña francesa, en el golfo de Vizcaya. Cabía la posibilidad, conjeturaron los agentes, de que el dron despegara desde el mar, pero eran seis las ciudades que aparecían en el móvil. Podría ser cualquiera de ellas, si es que ese era el plan.

Esa fue la última noticia que se tuvo sobre la amenaza del Aquiles. Luego, fue como un mar que se quedara sin viento. De repente, el ordenador en el que trabajaba Avtaar pareció enmudecer. Ya llevaba quince días apagado. Tampoco el belga Maes, que continuaba vigilado por el Mossad, mostraba actividad alguna. Se había apalancado ahora en un pequeño pueblo de la Toscana y pasaba los días como acostumbraba, tomando café y atento al móvil. Los agentes se lo volvieron a robar, pero esta vez no había nada de interés, solo vídeos de TikTok sobre perros y caídas accidentales graciosas. Era como si los malos se hubieran retirado de la película. La maldad había quedado suspendida en el aire.

Tresser lo consideraba una estratagema de Jamal para generar nerviosismo y desconcierto; lo mismo pensaban los mandos de la Guardia Civil y las unidades del GAO —Grupo de Apoyo Operativo, especializado en neutralizar cualquier amenaza contra el Estado, especialmente el terrorismo—, los Servicios de Información, el CNI y los militares, que habían desplegado en El Grado un operativo de máxima seguridad en torno al embalse con la excusa de realizar unos ejercicios de maniobras rutinarios, para no generar alarma entre los lugareños. En los otros embalses del país se había reforzado también la vigilancia.

—¿Y ya está? ¿Y ahora se quedan en silencio? ¿Toda esta movida para nada? —comentó Adelaida a punto de salir de casa para dar

una vuelta en su Honda Goldwing.

—Parece que eso te decepcione —le respondió Julián, mientras le daba el biberón a Pablo, con Greta a su lado, ovillada en el reposabrazos del sillón.

—No es eso. Ojalá los malos se olviden del dron, pero me extraña que, de repente, hayan aparcado el proyecto. Este tipo de gente no claudica, son presos de sus propios egos.

Julián había consensuado que esa tarde trabajaría desde casa para que ella pudiera salir. Aunque seguía sin gustarle que cogiera aquella moto gigantesca, entendía que era su modo de desconectar y de recuperar poco a poco su vida tras la maternidad. Pablo ya había cumplido los dos meses y medio de vida y cada día se mostraba más espabilado, aunque seguía siendo un recién nacido que, literalmente, ocupaba sus días en comer, cagar y dormir.

—Nos extraña a todos, Adelaida —abundó Tresser en el tema—. Es como si lo hubieran detenido para idear algo todavía peor; por ejemplo, un ataque con un enjambre de drones.

—No estamos seguros en este mundo, Julián. Desde la invasión de Ucrania, cada vez lo vamos a estar menos; hay que festejar la vida cada segundo. —Se despidió de él con un beso en los labios, a Pablo le hizo una pequeña caricia en su cabecita y se fue al garaje de la casa con el casco de moto en la mano.

Tresser se había reunido varias veces con Alessia y Norberto desde el «parón» del Aquiles. La agente conjeturaba que Avtaar no estaba dominando como se esperaba el desarrollo del prototipo y se le tuvo que conceder más tiempo, quizá con otros ordenadores más potentes. Lo mismo pensaba el equipo de Tresser en la UCO. Sin embargo, el capitán, al igual que la CIA, el Mossad y el MI6, veía en todo ello una operación calculada: Jamal se había sentido perseguido, como también el intermediario belga, y en esa situación no convenía avanzar, sino retraerse y esperar.

Manu y Clarisa seguían en Madrid a la espera de acontecimientos, aunque se les había permitido que los visitaran sus familias. No estaban tan desconcertados como los demás; pensaban

que Aquiles le iba grande a Avtaar —presumieron ambos— y que ese silencio demostraba que había tirado la toalla.

—Pero no bajemos la guardia, Manu —le pidió Clarisa—. El capataz ha visitado la presa de El Grado, no lo olvidemos.

—No bajo la guardia, amor, pero no hay actividad alguna en el ordenador; es como si se hubiera muerto, ya ha pasado medio mes.

—¿Y si nos están engañando?

—Me dan miedo Jamal y los otros dos. Cuando maquinan, son como tres demonios.

Capítulo LXVI

AQUILES despegó en vertical y, silencioso, planeó de día sobre la rada de Lorient, ciudad de sesenta mil habitantes en el sur de la Bretaña francesa, con más de cien kilómetros de costa y numerosos puertos repletos de cientos de embarcaciones. A pesar de que sobrevoló un puerto militar, ningún radar se despertó y los cazas siguieron en sus hangares. Llevaba en su panza cuatro misiles israelíes Spike de algo más de un metro de longitud y veintisiete kilos de peso cada uno. La inteligencia artificial conducía el dron de combate a quinientos kilómetros por hora y a una altitud de cinco mil metros. En poco más de dos horas alcanzaría su objetivo: el embalse de El Grado, tras un viaje de casi mil kilómetros. Volaba la mayoría del tiempo sobre el mar, sobre el golfo de Vizcaya. Avtaar se sentía un dios y se dejó abrazar por unos entusiasmados Jamal y Osmán, que estaban viendo en directo al Aquiles, gracias a las cámaras que llevaba incorporadas. El belga Jaris Maes y tres miembros del Ejército de Corea del Norte lo seguían desde una sala del palacio presidencial, a pocos kilómetros de Pionyang, la capital del país.

Veinte días antes, el proyecto estuvo muy cerca de malograrse. Avtaar, viéndose incapaz de domar el *software* de Manu, colapsó; su mente se quedó en blanco y permaneció de pie ante el ordenador varios minutos sin decir palabra alguna. El capataz, que no conocía ni la empatía ni la delicadeza, lo apartó un par de metros del

ordenador y le lanzó encima un cubo de agua, que en Escocia llegaba gélida a los grifos. El joven reaccionó, despertó de su letargo súbito, pero se plantó: sin ayuda, no podía seguir. Ni siquiera los dos ingenieros informáticos que había contratado Jamal habían sido capaces de traspasar las puertas virtuales que había sellado Manu. «Has cobrado mucho dinero para darme este resultado. Si abandonas, me vas a devolver hasta la última libra», le amenazó el guineano, esta vez sin contemplaciones. De repente, Avtaar se acordó de una compañera de clase, Olivia, una programadora brillante que estuvo a punto de entrar en el laboratorio de Cambridge, pero fue rechazada en la entrevista porque, sospechó ella, tenía demasiado carácter y le costaba obedecer órdenes. Era verdad, aceptó con orgullo, defendiendo su marcada personalidad, aunque le hubiera hecho perder el trabajo.

A Avtaar le costó convencerla para que lo ayudara; se hallaba trabajando en un proyecto para la Universidad de Leizpig, en Alemania. «Pásame el *software* a la nube con la contraseña y los códigos que consideres más seguros y le echaré un vistazo», le pidió ella. Ese fue el parón que tanto desconcertó al espionaje y a la Guardia Civil, la semana que tardó Olivia en tomarle las medidas a la programación del Aquiles creada por Manu y los quince días que invirtió junto a Avtaar en un trabajo realmente de filigrana. Para ello usaron un nuevo ordenador —lo cual inutilizó el *spyware* de Manu—, mucho más potente que el anterior, y, compartiendo ambos la pantalla en tiempo real —con Olivia desde Alemania—, fueron traspasando las puertas para acceder al *castillo*, también las que se cerraban inmediatamente después de franquear otras. Lo estaban consiguiendo.

El cielo exhibía un azul brillante con el que Aquiles se mimetizó para hacerse invisible durante su vuelo. Todo estaba funcionando, se dijo Avtaar desde el superyate de cincuenta metros de eslora que habían alquilado —ocho mil euros al día— los africanos para el lanzamiento del dron desde altamar, con una tripulación de diez personas muy bien pagadas que miraría hacia otro lado en ese momento.

Soliviantados por la localización de la nave de Dundee, y aliviados porque el soplo de Pamela les había permitido huir antes de que llegara la Policía escocesa, Avtaar y los informáticos habían desmontado con cuidado el Aquiles y lo habían ocultado en el tráiler de un camión de feria —de nuevo, los africanos pagaron una buena cantidad de dinero—, camuflado bajo los caballos de colores de un tiovivo. El Mossad siguió el rastro del intermediario belga hasta el aeropuerto romano de Fiumiano, en el que cogió un vuelo a la capital de Corea del Norte. Los requisitos del visado y las restricciones de acceso al país impidieron a los agentes seguir a su objetivo, sin haber logrado localizar, pues, los misiles.

Jamal, su equipo y el camión de los feriantes donde viajaba escondido el Aquiles dejaron atrás Escocia, atravesaron el canal de la Mancha a través del Eurotúnel, arribaron a Francia y se instalaron en la Bretaña, en Cheviré, la zona industrial de Nantes, en una gran nave moderna, climatizada y con internet. Allí Olivia —desde Alemania—, Avtaar y dos nuevos ingenieros, uno informático y otro aeroespacial, acabaron de desarrollar el dron; hasta allí llegaron los componentes y los metamateriales y también los misiles tras compartir viaje con decenas de tulipanes.

En un vuelo inaugural que emocionó a Avtaar y a los africanos, Aquiles despegó una madrugada de la nave de Nantes, indetectable, invisible, imbatible, como lo habían creado Manu y Clarisa, y se posó con un aterrizaje en vertical en altamar, en la cubierta de ciento treinta metros cuadrados del superyate alquilado por Jamal y Osmán. Toda la peripecia fue posible por el gran derroche económico de los tres africanos, incluido Mapalo desde Zambia. Se demostraba así que era cierto que el dinero todo lo podía; era el gran conseguidor del mundo, todo estaba a su alcance, salvo librar a los humanos de su caducidad, la muerte.

Hubo una comida de gala al día siguiente en el gran comedor del yate —no pudo ser en cubierta, debido al frío en la Bretaña, incluso en mayo— en la que se sirvió marisco, cordero y champán. Un día después, cargados ya los misiles, el dron despegó hacia el embalse de El Grado. Ya era un arma mortífera. Ni Tresser ni las diferentes

agencias de espionaje imaginaban tal odisea, en la que Aquiles jugó al escondite con ellos y ganó. O no del todo, porque el factor humano irrumpió de nuevo en el escenario en forma de una nueva torpeza de Avtaar: se hizo con el teléfono satelital de Jamal —en altamar no había cobertura para los móviles— y llamó a su prima Sundari inmediatamente después del lanzamiento del Aquiles. Quería compartir la emoción con ella, aunque no podía comentarle nada acerca del dron.

Uno de los motivos que habían contribuido al colapso de Avtaar, un hombre débil y caprichoso, fue el hecho de no haberse podido despedir de su prima cuando abandonó Dundee. Sucedió todo tan rápido desde que Jamal decidió huir de Escocia, que el indobritánico se marchó muy apesadumbrado, enamorado como estaba de su prima lejana, una chica cuya sonrisa hacía brillar el cielo, pensaba él. Atrapado entre dos culturas, la británica y la india, Sundari le reafirmaba en sus verdaderas raíces hindúes y le hacía sentirse en casa. Pero Alessia, tras entrevistarse con los padres, le había pedido a la joven repostera que les permitiera intervenirle el teléfono; además, por supuesto, de rogarle que los avisara si Avtaar aparecía por la pastelería, algo que no sucedió porque se marchó de Escocia. Ella accedió al enterarse, con gran decepción, de que su primo estaba trabajando en el dron que cometió el atentado de Regent's Park en Londres. Desde el mismo momento en que contestó la llamada que le hizo Avtaar desde alta mar y él se identificó, se puso en marcha un gran operativo para localizar la ubicación. Sundari intentó sonsacarle disimuladamente dónde se encontraba, y logró saber que estaba en Francia, pero al tratarse de un teléfono satelital, la gendarmería francesa no pudo rastrear la señal a través de las antenas de telefonía. Contactó entonces con los proveedores de las redes por satélite y, entonces sí, localizaron el punto exacto del Atlántico donde se encontraba el yate.

No se perdió el tiempo. Minutos después, dos cazas realizaron varias pasadas intimidatorias sobre la embarcación, tres helicópteros y otras tantas patrulleras la cercaron y miembros de las fuerzas especiales del Ejército francés la abordaron. Ni rastro del Aquiles.

Llevaba ya una hora de vuelo. Jamal y Osmán permanecieron tranquilos, el dron no estaba en el yate, habían arrojado los móviles al agua —hicieron una copia de seguridad aquella misma mañana— y escondieron en la cocina de la embarcación el ordenador portátil que transmitía a Corea del Norte.

Retenido en uno de los camarotes del yate, Avtaar estaba feliz tras hablar con su prima. Hallarse rodeado de soldados franceses parecía no inquietarle; pensaba que lograría librarse de cualquier acusación porque todo lo que le incriminaba estaba en una nave de Nantes que nunca encontrarían. Lanzado ya el dron, solo pensaba en el dinero que había ido atesorando y que le permitiría pedir la mano de Sundari a sus padres y primos suyos a la vez. Aunque no sabía realmente si la joven estaba enamorada de él, creía que ser casi un millonario bastaría para cautivarla.

Capítulo LXVII

JAMAL, Osmán y Avtaar no decían una sola palabra, y la tripulación del yate, mucho menos. En el CNI seguían la operación en directo en la sala de crisis, también la Guardia Civil en la Dirección General. Al tratarse de un atentado a un objetivo español, los franceses permitieron a Norberto y a Tresser interrogar a los implicados mediante videollamada, sin saber los dos guardias civiles que en menos de veinte minutos Aquiles y sus misiles alcanzarían su objetivo. En El Grado, los mandos militares y de Protección Civil dudaban si evacuar o no la zona. Era difícil, podría ser cualquier embalse español o, peor, una maniobra de distracción del hombre mulato —el capataz— para hacerles creer que ese era el objetivo. Por si acaso, desde días atrás un equipo de la Unidad Militar de Emergencias, una unidad del Grupo de Acción Rápida (GAR) y otra de PEGASO, especializada en el control de aeronaves no tripuladas y aviación ligera, ambas de la Guardia Civil, permanecían vigilantes en torno a la presa. Un enjambre de drones sobrevolaba constantemente el embalse, atentos a la posible llegada de Aquiles. Manu y Clarisa se hallaban en la UCO con Coira y Brancho, mientras que Piter y Mani continuaban en El Grado, pendientes de cualquier movimiento que les hiciera sospechar.

—¿No hay nada que podáis hacer? —les preguntó el cabo Coira a los científicos.

—Algo he intentado —respondió Manu—, pero si está en vuelo y nadie lo ha detectado, es que el *software* ha funcionado.

Estaban Clarisa y él afligidos, conscientes de que Aquiles iba a hacer el mal. No se engañaban: habían diseñado una sofisticada máquina de guerra. Sin embargo, el plan inicial había sido que quedara en manos del Ministerio de Defensa británico. Nunca habrían creado el Aquiles para vendérselo al mejor postor, como habían hecho los africanos, pero al final eso era lo que había ocurrido y lo lamentaban. Era verdad eso de que las armas las cargaba el diablo. Mientras tanto, en el despacho de la directora del CNI, Tresser y Norberto —él con la identidad falsa de Andrés Lascasas— aguardaban ante las pantallas de dos ordenadores para iniciar la conexión vía satélite con el yate.

—Empecemos por interrogar uno por uno a los miembros de la tripulación —les propuso Tresser a Norberto y a Alma—. Son los que más tienen que perder. Si se demuestra que se ha lanzado el Aquiles desde el yate, no tendrán tan buenos abogados como los africanos.

—Cualquier loco con dinero… —musitó Alma.

El asunto del Aquiles la había sobrepasado; si el dron lograba lanzar los misiles, presentaría su dimisión, no podía seguir en el CNI con esa mancha tan sucia en su expediente. Miró a Tresser y a Norberto. Ellos también arriesgaban. Si la operación fracasaba y se bombardeaba suelo español, las consecuencias eran inimaginables. Si los misiles reventaban la presa, se generaría una inundación de gran magnitud y la catástrofe sería devastadora. No había salida, pero los dos guardias civiles no se rendían.

—Nos los repartimos —propuso Norberto—, pero son diez entre oficiales y tripulación de base, quizá no haya tiempo, Julián. El yate, Avtaar y los africanos están allí por algo, estoy seguro de que lo han lanzado.

—Vamos a ello, que nos coloquen ante la pantalla al capitán y a su primer oficial de a bordo —decidió Tresser.

No se avinieron a hablar. No habían visto nada, no sabían nada, solo mantuvieron el rumbo que les marcaron sus clientes. Se enrocaron en esa idea. A pesar del amenazante futuro penal que les

auguraban los dos agentes, siguieron mudos. Estaban atemorizados. Lo mismo sucedió con el resto, salvo con las tres azafatas, chicas muy jóvenes a las que también se les había pagado un sustancioso plus por mantener la boca cerrada. Tresser y Norberto olfatearon su vulnerabilidad y atacaron. «Vamos a demostrar que se ha lanzado un dron ilegal de combate desde la cubierta de este yate y ante vuestras narices —presionó el capitán en inglés a la primera de ellas —, y eso os convierte en cómplices». «Serán muchos años de prisión por colaborar con terroristas —amenazó Norberto a la segunda—. Vuestros clientes lo son. ¿Sabéis que ha habido misiles a bordo? Eso son armas de guerra, pensad en lo que les parecerá a vuestras familias cuando os detengamos». Una de las jóvenes les pidió consultarlo con sus compañeras. Tresser le dio un minuto, «ni uno más».

Tardaron cuarenta y cinco segundos, parecían tener clara la respuesta: iban a colaborar, pero a cambio de que no se las implicara en algo que nada tenía que ver con ellas. Los agentes compartieron enseguida la pantalla con las tres. «Mi compañero y yo haremos todo lo posible por vosotras», le prometió Norberto a la que ejercía de portavoz. «Lo que queráis decirnos, decidlo ya, no hay tiempo», le urgió Tresser a otra de ellas.

Sí, un dron, grande, de al menos tres metros de envergadura, había despegado desde la cubierta principal. Hacía de eso alrededor de una hora y media, declararon. La tercera azafata afirmó que escuchó algo sobre el destino del dron, «pero ustedes no nos han asegurado que los franceses no nos vayan a detener». «No lo harán», sentenció Tresser.

El capitán de la UCO no sabía si les estaba mintiendo o les decía la verdad, pero seguro que, como mínimo, les tomarían declaración. Les comentarían a sus colegas franceses que habían colaborado, no podían hacer más.

«Han dicho algo del grado, rumbo al grado o algo así, cuando ha despegado el dron —afirmó por fin una de ellas—. No sé si tiene algún sentido para ustedes. ¿Qué es el grado?».

La confirmación de que el objetivo era el embalse oscense llegó allí inmediatamente. Los militares y los guardias civiles se pusieron entonces en alerta máxima, preparados para disparar al Aquiles si lograban verlo. Seis cazas F-18 despegaron de la base aérea de Zaragoza y recorrieron el cielo sobre el embalse a diferentes altitudes. El enjambre de drones y tres helicópteros sobrevolaban también la presa. Agentes de la Guardia Civil avisaron casa por casa, en El Grado y en otras poblaciones del valle del Cinca, para que cogieran lo imprescindible y se dirigieran a los polideportivos municipales, debido al peligro de rotura del embalse, les dijeron. El pánico era absoluto, y aun así hubo vecinos que, en un sinsentido debido al estrés de la situación, se negaron a abandonar sus casas: temían regresar y que hubieran desaparecido bajo las aguas.

Aquiles era invisible e indetectable y no lograron dar con él. A cinco mil metros de altura, sobrevoló la presa desde el congosto del Entremón y el santuario de Torreciudad hasta los diques que contenían el agua embalsada, tan intensamente azul turquesa que parecía otro cielo desde allá arriba. La tensión era máxima entre militares y Guardia Civil, que sabían que posiblemente se iba a producir un ataque, pero desconocían cuándo ni cómo. Sin embargo, ocurrió algo sorprendente, extraordinario: los misiles permanecieron sujetos a la panza del artefacto, no hubo orden virtual de lanzarlos contra el objetivo, un punto exacto del dique. El *software* programado los mantuvo en su sitio. Como si hubiera llegado hasta allí tan solo para darse un paseo por los bellísimos parajes del valle del Cinca y la comarca del Somontano, el guerrero Aquiles volvió por donde había venido. Ese día no ejercería el mal. El mandato era regresar sin dar la batalla, sin destruir, dejando la naturaleza inmersa en su paz. Dos horas después, aterrizaba sobre la cubierta del yate, tomado por el Ejército. Los soldados de las fuerzas especiales se sorprendieron al ver cómo el dron se posaba sobre la embarcación. Los africanos y Avtaar lo observaron estupefactos mientras los artificieros se acercaban inmediatamente para hacerse con los misiles y desactivarlos. Manu y Clarisa se abrazaron emocionados en la UCO.

—¿Qué ha ocurrido? —les preguntó Coira, también perplejo.

—Un milagro —respondió el ingeniero.

Explicó que no estaba nada seguro de que su plan funcionara. Había complicado el requerimiento de su firma para culminar la programación del Aquiles. Cuando entró en el *software* a través del *spyware*, fue más allá de intentar abortar el vuelo cuando Avtaar no pudiera introducir el código de autenticación, aunque él creyera que lo había hecho. Manu creó tres algoritmos: el primero de ellos, para desactivar el lanzamiento de los misiles en el mismo momento en que Avtaar, sin advertirlo, se saltara la clave de autenticación. El segundo: dar la orden al dron de que regresara al punto de partida una vez llegara a su destino, para que pudiera saberse desde dónde se había lanzado y detener a los africanos y al ingeniero si se encontraban allí. El tercero: actuar del mismo modo si los otros dos algoritmos no habían funcionado. No sabía qué había hecho Avtaar en el *software*. Podría haber anulado el requerimiento de autenticación, la firma, pero confiaba en que la premura de tiempo le hubiera mantenido entretenido con la apertura de las numerosas puertas virtuales que había cerrado y que dificultaban avanzar en la programación.

—Así que lo que hiciste fue generar contraórdenes —concluyó Coira.

—La magia de los algoritmos —comentó Brancho, asombrada—, y eso que me mosquea mucho la inteligencia artificial.

—Pues ya no es el futuro, lleva tiempo entre nosotros —comentó Clarisa tan convencida como entusiasmada.

Manu estaba también exultante, emocionado. Aquiles, el héroe mitológico de la guerra de Troya, era imbatible, nadie lograba vencerle, pero tenía un punto débil: su talón, la única parte de su cuerpo que no estaba protegida por los dioses. Su enemigo Paris le disparó allí precisamente una flecha envenenada y le dio muerte. El dron, llamado así en su honor, también tenía su punto vulnerable: el algoritmo que anulaba su misión si no se introducía un código. Lección de los dioses: la perfección absoluta no existe, es una ilusión

imposible del ser humano. Siempre habrá una fisura por donde se colará el fracaso.

Capítulo LXVIII

NO ESTABA permitida la euforia en el espionaje; era una regla no escrita evitar el entusiasmo por una operación que podía empezar a malograrse al minuto siguiente de su aparente éxito. Pero Alessia y Alejandro se felicitaron cuando se encontraron en un pasillo del CNI y se tomaron un café en la máquina. Aquiles estaba ya en un hangar secreto del Ministerio de Defensa británico, custodiado como si fuera una de las joyas más codiciadas de los Windsor. Una juez francesa dictó para Jamal, Osmán y Avtaar prisión provisional en la cárcel de La Santé, en París, acusados de formar una organización criminal con fines terroristas. Para enemistarlos entre ellos, lo cual mejoraría la calidad de los interrogatorios, los agentes franceses quisieron que los africanos supieran que fue la llamada secreta de Avtaar a su amada Sundari la que permitió localizar el yate, y que había sido el teléfono satelital de Jamal, dejado a la vista sobre una mesa, el que alentó al ingeniero a hacerlo.

Allí se acabó el sueño, la quimera de que África entraría en la carrera armamentística mundial con la venta millonaria del dron a Corea del Norte; los representantes del Ejército coreano y el belga Maes habían cortado inmediatamente la conexión *online* cuando se percataron de que el yate estaba siendo abordado por las fuerzas militares. Mapalo fue el más listo de los tres africanos y no se movió de Zambia, que nunca lo extraditaría a Europa, protegido como estaba por el poder. Osmán y Jamal habían contratado un buen

bufete de abogados para que, una vez condenados, pudieran cumplir las penas en sus respectivos países, que sería como no cumplirlas. El dinero quizá atenuara su castigo penal; mientras tanto, eran los más ricos de la cárcel, podían comprar el economato entero si quisieran y, además, pagaban a un grupo de presidiarios para que los protegieran día y noche. Avtaar no se relacionaba con ellos, lo repudiaban, lo consideraban el responsable de su fatalidad. El informático escribía cada día a Sundari, le pedía perdón y, a la vez, se desahogaba con ella. No entendía ese estrambótico paseo de ida y vuelta de Aquiles por la presa de El Grado y, tampoco, que los misiles no fueran lanzados; le frustraba que le hubiera costado tanto esfuerzo para nada. Desconocía la existencia del algoritmo de Manu que hizo fracasar la misión. Escribió también a Olivia, por si ella tenía alguna idea de qué era lo que había fallado, pero la programadora jamás le contestó; desapareció de su vida para siempre. Tampoco Sundari contactó con él. La joven quería olvidar cuanto antes a su primo y, además, ya tenía novio. Un joven de religión hindú como ella, con el que posiblemente acabaría casándose.

—La prensa ha contado la versión de la rotura de la presa que hemos filtrado —comentó Alessia—. ¿Te lo quieres creer? No lo habremos hecho tan mal, digo yo.

—Que no nos oigan en el Centro, pero lo hemos hecho de puta madre —presumió Alejandro—. ¿Me acompañas a la calle a fumarme un cigarrillo? He vuelto al tabaco. Me está costando recuperarme a mí mismo; me pesa todo lo que compartí con Moore.

—Yo también lo pasé mal cuando me infiltré durante un año entero. Te va a costar, compañero, pero los psicólogos del Centro te van a ayudar mucho —le aseguró Alessia, bajando los dos las escaleras hasta la planta calle del CNI para salir a los monótonos jardines del edificio; había árboles y césped, sí, pero el conjunto carecía de cualquier encanto—. A pesar de ser unos jardines tan aburridos, huelen a la primavera tan intensa de mayo —comentó Alessia aspirando la fragancia de la hierba recién cortada por el jardinero.

—Sí, es verdad, aunque mi estación favorita es el otoño —le confesó él, encendiendo su cigarrillo con un mechero de un euro—. Parece ser que vamos a colaborar tú y yo en una búsqueda de información. Me lo ha dicho la directora.

—Sí, poca cosa, te cuento: un nuevo y curioso partido populista español que se está creando, profundamente antirruso, ateo y anticlerical, pero con un discurso de derechas contra la inmigración. Parece que han cogido un poco de allí y otro poco de allá y lo han remendado. A saber de qué van.

—Yo no me voy a infiltrar, Alessia.

—Lo sé, no te preocupes. Y ahora cambio de tema: Benjamín se ha acercado más que ningún otro a Romano; parece que ha quedado con él y no sé qué pasará. A mí me ha intentado matar dos veces y no hay dos sin tres, por eso sufro la escolta policial. Es jodido.

—Es una especie de fantasma, cuando lo quieres atrapar, te quedas con la sábana vacía en la mano. Ojalá haya suerte esta vez —deseó sinceramente Alejandro.

Mara había escuchado parte de la conversación. Estaba hablando por el móvil sentada en un banco del jardín y se acercó con discreción a ellos cuando los vio, para intentar pillar algo. Tenía auténtica necesidad de obtener información para pasársela a Pamela y Ventura, pero la pareja de mercenarios del espionaje nunca se lo agradecía. Solo le daban el sobre y ella quería también el reconocimiento que no tuvo en el CNI. Había quedado aquella misma tarde con Pamela junto al grandioso lago de la Casa de Campo —ochenta mil metros cuadrados de superficie—, tanto que a veces uno podía imaginar que era un mar. Mara creía haberse zafado de su escolta policial, pero en realidad estaba más vigilada que nunca.

—¿Qué me traes? —le preguntó sin dilación su otra jefa—. Espero que sea importante.

—Se está creando en España un nuevo partido populista de cara a las próximas elecciones. Es antirruso, así que Rusia no podrá utilizarlo para desestabilizar e influir.

—Interesante.

—Y parece ser que el cerco sobre Romano se está estrechando. Un compañero mío, Benjamín —le provocó un remordimiento fugaz mencionar su nombre—, lleva meses tras él.

—Interesante —repitió de nuevo Pamela.

La misteriosa agente cada vez vestía más vulgar y ahora tenía incluso aspecto de desaseada, con sus cabellos tan cortos y tan rubios sin lavar y sin peinar.

—¿Para quién trabajáis ahora? Ya no están ni Moore ni Jamal.

—No te importa.

—Solo os queda Romano.

—Eso no te incumbe. ¿Ya no tienes a Jerry?

Esa pregunta no se la esperaba. No, ya no podía contar con él. Le había dicho que finalmente iba a hacer ese viaje alrededor del mundo y que, a la vuelta, se plantearía o no seguir como su informante. Ya no tenía ninguna duda de que trabajaba para el MI5, la había abandonado.

—Jerry va a trabajar para el espionaje británico.

—Mayormente te captamos por tu relación con él, así que ni se te ocurra perderlo, sería una falta muy grave. Toma el sobre. —Se lo metió a Mara en el bolso y se fue.

Pamela y Ventura le exigían cada vez más. No podía seguirles el ritmo, no obtenía la información a la velocidad con la que se la pedían. La directora, tras consultarlo con Norberto, decidió que no iba a detener a Mara acusándola de traición; más bien la iba a utilizar para pasar información interesada y falsa, y para saber de paso quiénes le pagaban y para quién trabajaban realmente. Cuando ya no les sirviera, la detendrían. Por el momento, ya la estaban siguiendo a todas partes. Alejandro y Alessia, que sabían que Mara estaba hablando por teléfono en el jardín del CNI, mintieron sobre el partido antirruso y ateo, que no existía. El incesante juego de espías, tan antiguo como la propia mentira.

En esos mismos momentos, Norberto y Tresser se habían reunido en el Cementerio Civil de la imponente necrópolis madrileña de La Almudena. Los dos guardias civiles se encontraron en el peculiar

mausoleo modernista del escritor, estadista y ensayista Francesc Pi i Margall, no porque fuera presidente de la Primera República, sino porque el singular edificio, con dos arcos de piedra cruzados en aspa sobre la escalinata y sobre la cámara funeraria, ofrecía recovecos en los que era fácil ocultarse sin denotar que esa era la intención. A los dos les había llamado la atención una curiosa inscripción en la lápida del estadista: «España no habría perdido su imperio colonial de haber seguido sus consejos».

—Qué fácil es reprochar a toro pasado —opinó Norberto, que seguía escondiendo su rostro tras una abundante barba canosa y una gorra con visera—. Detesto el «ya te lo dije»; está cargado de soberbia, aunque debo aceptar que yo lo he practicado y no me gusto mucho cuando lo hago.

—Qué tontería —replicó Tresser—. El «ya te lo dije» es el triunfo de la sensatez sobre la torpeza.

Los dos estaban sentados sobre un murete bajo uno de los arcos en la parte posterior del mausoleo. Norberto llevaba consigo una carpeta.

—¿Qué traes allí? —le preguntó el capitán, señalándola con la mirada.

—Nada que tenga que ver contigo. Vengo de hacer mi testamento. No me importa que el notario sepa que estoy vivo, no es un agente de inteligencia. Quiero que a mi mujer y a mi hija no les falte de nada si a mí me pasara algo.

—¿Te va a pasar algo?

—No, en ningún momento, o sí, en cualquier momento, no sabemos. Hemos desbaratado la operación del Aquiles y hay que ir con cuidado aunque estén todos en la cárcel, al menos los que han dado la cara.

—¿Tengo que preocuparme?

—No más de lo necesario. Nuestras profesiones son de alto riesgo. Pero no te he citado aquí para nada de esto, sino para despedirme. Seguiré en las sombras y quizá no nos veamos en mucho tiempo, Julián. ¿Me sigues odiando?

—No sabría decirte —sonrió él—. Depende de cómo te portes.

—A estas alturas, no creo que yo cambie mucho.

—A estas alturas, creo que yo tampoco.

Ambos entrechocaron las manos, con fuerza. Aquello era una despedida, quizá transcurrieran años hasta que volvieran a verse, sus mundos no eran los mismos. Norberto se dio la vuelta y se fue. Tresser lo siguió con la mirada y vio cómo cogía en brazos a una niña que había llegado corriendo hasta él. Una mujer alta y morena lo tomó del brazo y se alejaron los tres por uno de los caminos arbolados de la necrópolis.

Llegaron los campos pintados de rojo por las amapolas, las tardes cálidas y las noches aún frescas, el sol estirando los días, los exámenes finales de los escolares… La primavera reivindicó su personalidad y, ya en junio, se estaba preparando para irse. Se notaba por el calor, que a Pablo le había creado más de un sarpullido; el bebé, ya de tres meses, no llevaba bien las altas temperaturas y se le sacaba a pasear antes de media mañana.

Julián y Adelaida habían logrado repartirse las tareas de la crianza del pequeño sin conflictos; ya se habían acostumbrado a sus necesidades y estaban más relajados ante la vida que fluía. Ella aún no se había incorporado a su trabajo en el hospital, pero Tresser sí que lo hizo antes de tiempo. No logró soportar tantas semanas de inactividad y, cuando le pidieron que se incorporara a la UCO por la alarma generada por el Aquiles, aprovechó y se quedó, con la condición de tomarse los días libres que necesitara para el bebé hasta ir agotando las dieciséis semanas del permiso de paternidad. No se libró de la pequeña humillación a la que le sometió su comandante y tuvo que ir a un instituto para dar una charla sobre la Policía Judicial. Fue de mala gana, pero, a pesar de su poca predisposición, la profesora y el alumnado quedaron muy satisfechos. El comandante Peláez lo felicitó, aunque, según le comentó Tresser a Adelaida, lo hizo «con la boca pequeña».

—Le habría gustado que mi charla hubiera sido un muermo.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? Tanto tiempo con los espías te ha vuelto paranoico —replicó Adelaida con una sonrisa irónica.

—Sé de lo que hablo, créeme, pero no me quita el sueño.

Estaban los dos desayunando a primera hora de un domingo en el pequeño jardín de su adosado, con Greta encaramada a un diminuto cerezo y Mirucha ladrándole para que bajara. A Pablo lo habían colocado en su cochecito, cubierto por una mosquitera. Tenía la piel frágil, tal vez para toda la vida, pero era simpático, ya empezaba a sonreír y a Greta y a Mirucha les *hablaba* a su manera, con pequeños gritos y divertidos sonidos guturales. Parecía ir reconociendo a sus padres y a Luba. Mostraba alegría, incluso algo de jolgorio, cuando le dirigían palabras de cariño, pero cuando más se excitaba de felicidad era al ver a su abuelo, el padre de Adelaida. El pequeño había conectado con él de un modo especial, a pesar de que se veían poco. El abogado jubilado estaba de repente mayor. Ese bajón súbito se produjo cuando cumplió los ochenta y cinco, casi de una semana para otra, y salía poco de casa por miedo a caerse. A pesar de que Adelaida lo intentaba convencer para que viviera con ellos, él se negaba una y otra vez; quería estar en su casa, con sus cosas, con su despacho.

—Quiero traérmelo aquí, Julián. No estoy tranquila.

—Me parece bien, pero él no quiere y lo entiendo, no está en su casa.

—Sí, yo también lo entiendo, pero ya no puede estar solo.

Apareció Luba en camisón y les dio los buenos días. Adelaida aprovechó para ir a ducharse, quería darse una vuelta en moto, siempre que podía lo hacía.

—Tienes que recoger a mi padre a las doce, hoy come con nosotros —le recordó a Julián antes de salir de la terraza.

—Si no os importa, hoy comeré con Bruno —les anunció Luba.

—Es tu vida, no estamos aquí para juzgarte —le dijo Adelaida—. No tienes que pedir permiso para irte con él.

Julián no abrió la boca, aunque tenía ganas de insistirle de nuevo a su hija en que aquella relación no acabaría bien. Tras su intento de suicidio, volvían a estar juntos, y eso había sido posible porque la joven ya no le mencionaba nunca a su madre; se había convertido en un tema tabú desde que él se cortó las venas para dejarse morir. Luba culpaba al padre de Bruno, que nunca le perdonó a su mujer

que lo abandonara y había predispuesto al chico contra ella, diciéndole desde bien pequeño que era una persona egoísta y una mala madre. Los dos se querían y les bastaba con eso; incluso con las duras biografías con las que cargaban los dos, el amor les parecía mucho más que la poca felicidad a la que podrían haber aspirado. Al capitán, sin embargo, le molestaba que el muchacho estuviera cada vez más presente en la vida de su hija, y ya la imaginaba buscando apartamento para vivir juntos cuando empezara a trabajar como maga.

—Luba, cariño, vigila a Pablo, tengo que hablar un momento con Adelaida —le pidió Julián.

No era verdad, simplemente tenía ganas de estar con ella. Llevaban una época en la que apenas discutían y él vivía feliz esos días de mieles. Adelaida acababa de salir de la ducha y se estaba secando. Sus cabellos de color azabache mojados siempre realzaban su atractivo.

—Si no te hubiera conocido, aún seguiría buscándote —le dijo Julián mientras la abrazaba, desnuda.

—Últimamente dices cosas románticas que no te pegan. Será la edad, que nos vuelve más sentimentales —se rio ella—. ¿Te imaginas que nos hubiéramos buscado y no nos hubiéramos reconocido el uno en el otro?

—Hubiera sido un drama —opinó Julián—, pero eso nunca sucedió, así que nunca sabremos qué hubiera ocurrido.

—La primera vez que te conocí, en el hospital, empeñado en interrogar a una de mis pacientes, me pareciste un borde de primera categoría. Nunca te lo había dicho.

—Tú a mí, una coronel.

—¿En serio? Tampoco me lo habías contado.

Se rieron y terminaron sus palabras con un largo beso y un abrazo intenso. Adelaida se vistió y se fue. La moto le ofrecía los únicos momentos de libertad del día, la soledad que deseaba, la independencia en la que se reafirmaba y que luchaba por no perder del todo tras su maternidad. Escuchar el sonido del viento entremezclado con el del motor era una experiencia que siempre

vivía con intensidad y emoción. Julián no lo entendía; tampoco le exigía ella que lo hiciera. Adelaida tenía la sensación de que sus mundos no conectaban del todo, que existía algún cabo suelto que impedía alcanzar la armonía, si eso fuera posible. Pero seguía enamorada de él, a pesar de que sus personalidades colisionaran de vez en cuando. Confiaba en que el amor de los dos por el pequeño Pablo los ayudara a pulir definitivamente las aristas. Sí, su hijo era su vida. Nunca había imaginado que se pudiera amar tanto a un ser humano y de modo tan incondicional, pensó cuando arrancó la moto y salió a la calle de la urbanización. Olía el aire a la intensa fragancia de muchas flores mezcladas, las que llenaban los campos de primavera, las que le transmitían vida, las que le permitían imaginar la respiración de la naturaleza acompasada con la suya.

Cuando más tarde Julián volvió a casa con su suegro, Coira y Brancho lo estaban esperando en la calle dentro de un coche y salieron cuando lo vieron llegar. Le dijeron que tenían que hablar con él a solas. Julián le pidió a Luba que acompañara a su abuelo y se quedó con ellos ante la puerta de la casa, expectante.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha escapado el sospechoso de Miguel Esteban?

—No, mi capitán, se trata de Adelaida —le informó él, muy apesadumbrado.

—La moto…

—Sí, mi capitán —comentó la guardia Brancho.

—¿Está bien? No me digas que está en el hospital. ¿Es así?

—No, mi capitán, no… Ha muerto en el acto, no ha sufrido —le comunicó Brancho.

Ella y Coira estaban conmocionados. Tresser salió de la casa, cruzó la calle y se adentró en los campos de flores de los alrededores; primero caminó despacio, después fue andando sin rumbo cada vez más deprisa, hasta que, ya lejos de las urbanizaciones, se detuvo junto a un roble, se apoyó en el tronco y emitió un grito desgarrador; después, se sentó, se acurrucó en el suelo y lloró como un niño.

Capítulo LXIX

LA IDEA irrumpió en su mente con la fugacidad de una llamarada: la imagen de su Glock 26 en la caja fuerte persiguió a Tresser durante su huida desesperada por los campos. Hubo un instante en el que tuvo claro lo que tenía que hacer, irse con ella, pero los vínculos que le anclaban a la tierra lo obligaron a desechar el plan. Después, no recordaría nada hasta que entró en la morgue. Lo hizo únicamente porque no acababa de creérselo y su corazón necesitaba constatarlo, pero solo por eso, porque era incapaz de enfrentarse a la realidad de su muerte, al cadáver de una mujer tan bella, su gran amor. El golpe mortal había sido en el hueso parietal del cráneo, parecía dormida, serena, su rostro limpio, sin magulladuras. Le pareció que sonreía y le reconfortó la fantasía de que se hubiera ido de este mundo con una sonrisa. La besó en los labios, tan fríos, le acarició la cabeza, más gélida aún; cuánta desolación, fue como si el planeta Tierra se estuviera desintegrando. Volvió a besarla, no sabía cómo despedirse, qué decirle, eran tantas cosas a la vez y ni una sola también, que el dolor infinito de su ausencia le resultó tan insoportable que no pudo aguantar allí un minuto más, pensó que iba a colapsar, lo deseó, para no despertar jamás.

Sucedió así según los testigos: Adelaida conducía por una de las rectas de la M-505, en el tramo Galapagar-El Escorial, cuando un vehículo se salió de la calzada y dio una vuelta de campana. Ella, que iba inmediatamente detrás, frenó enseguida, aparcó la Honda

en el mínimo arcén y bajó de la moto para prestar auxilio, como médica que era. Otro coche que salía de un cambio de rasante no la vio y se la llevó por delante. La lanzó contra un muro de piedra que cerraba una finca junto a la carretera. Fue tan violento el impacto, aun con el casco puesto, que murió sin enterarse de que era su final. Adelaida jamás había tenido un percance con la Honda, pero solía mencionar un lema motero: «De la moto te caes o te acabarás cayendo», subrayando así la posibilidad real de que eso sucediera. Pero ella no se cayó, ocurrió con el pie en tierra, intentando socorrer a un accidentado que sobrevivió. «Qué injusta ha sido la vida contigo, mi amor. ¿Por qué tuviste que bajar de la moto por la izquierda y no por la derecha, por el lado del arcén?», se dijo, devastado como si la tuviera a su lado.

Coira y su mujer, Sabela, se ofrecieron a llevarse consigo a Pablo para liberar a Tresser y a Luba de sus cuidados durante esas primeras horas, a lo que el capitán accedió. La joven no se separaba de su padre y, por primera vez, a Julián le molestaba tenerla a su lado, pegada a él. Necesitaba la soledad de un modo casi físico, ni siquiera veló a Adelaida en el tanatorio. Aprovechó que todos estaban allí para encerrarse en casa junto a su suegro, que no despegaba los labios, sentado en un sillón con la vista perdida, deseando apagarse del todo.

La teniente coronel Amanda logró que le abriera la puerta tras llamar varias veces al timbre. Julián se abrazó a ella durante un largo silencio y trató de reprimir los sollozos. Intentó convencerlo para dar un paseo y que le diera el aire, pero no lo consiguió.

—Como mejor estoy, es un decir, es encerrado en casa; el sol y el cielo me pesan —le dijo a su compañera.

—Haz lo que te pida el cuerpo, Julián, no te resistas.

—¿Qué voy a hacer sin Adelaida, el amor de mi vida, y con un hijo recién nacido? No voy a poder. Ahora no me siento guardia civil, no me siento nada, estoy muerto, Amanda.

—Deja que esas ideas se te pasen por la cabeza, se irán y entrarán otras. Podrás, Julián, te ayudaremos, te ayudaré, pero

ahora no es el momento de poder, es el momento de sobrevivir, de conformarse tan solo con mantener la cabeza fuera del agua.

—No podré vivir sin ella a mi lado.

—Lo harás por tu pequeño. Esa fuerza todavía no la has generado, pero llegará.

—¿Te puedo pedir un favor? Necesito que la Honda se vaya directa al desguace, no quiero verla y, por mí, la quemaría.

Un día después, Adelaida fue incinerada en el tanatorio de San Lorenzo de El Escorial y Pablo volvió a casa con su padre.

—No quiero que asumas el papel de cuidar de tu hermano —le dijo Julián a Luba—. Buscaré a una niñera que me genere confianza. Quiero que sigas con tu vida. Me ayudarás más si estás pendiente de tu abuelo, se va a quedar con nosotros, ya lo he pactado con él. De día estará en su casa y al final de la tarde vendrá aquí a dormir.

—No te preocupes por nada, papá, lo haremos bien, ya lo verás —le animó su hija, con la voz trémula, a punto del llanto.

Julián se quedó las cenizas de Adelaida durante una semana y, cuando se vio capaz, las lanzó al viento en el puerto de la Cruz Verde, un paso de montaña de casi mil trescientos metros de altitud, cercano a El Escorial y paraíso de curvas cerradas y retadoras para los moteros. Adelaida lo era y, aunque él detestara que lo fuera y le había costado la vida, pensó que le gustaría descansar allí. Fue idea del forense doctor Guix, que estaba muy pendiente de él. Cerraba así Julián el primer capítulo de su nueva vida, tan amarga como el peor de los venenos, tan irresoluble como una enfermedad terminal.

—Lo siento mucho, capitán —le asaltó la voz de Alessia cuando Tresser iba a entrar en el coche tras esparcir las cenizas de su amada en la Cruz Verde.

Se abrazó a él suavemente. La agente llevaba una colonia excesivamente cítrica, percibió Tresser. Recuperó una vez más en su memoria que Adelaida olía a jazmines.

—¿Me has seguido hasta el puerto, Alessia? —Al capitán le incomodó.

—Siempre me preguntas lo mismo y yo te respondo lo mismo: soy agente secreta, me muevo bien siguiendo y persiguiendo.

¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Como qué? ¿Devolverme a Adelaida, por ejemplo?

—Vale, captado el mensaje, no puedo hacer nada por ti, pero quiero que me sientas a tu lado, ¿de acuerdo? Ayer Avtaar fue encontrado ahorcado en su celda, los africanos se la tenían jurada.

—Me da igual, Alessia.

—Voy a probar con otra cosa. La semana pasada, un compañero y yo logramos desenmascarar a Romano. ¿Te interesa el tema?

—Prueba.

La estratagema de Benjamín, «quiero tu cabeza, quiero ser tú», había funcionado, le anunció. Aunque solo fuera por curiosidad, Romano había aceptado tener una cita con él en una habitación del hotel Alfonso XIII de Sevilla, un cinco estrellas fabuloso a mil euros la noche. A las seis en punto de la tarde, Benjamín, que se identificó ante él como *Samarkanda*, recibió una llamada en la que una voz profunda, cavernosa, le indicaba la habitación donde ya le esperaba. Benjamín acudió solo, aunque Alessia y otros agentes rondaban por los alrededores, dispuestos a entrar en el momento idóneo para llevárselo.

Cuando llamó a la puerta, el agente del CNI se embutió la cabeza en una media en la que se había impreso el rostro de Marcel Proust, el único escritor que Romano había nombrado alguna vez en la web oscura. Benjamín había estudiado al detalle al personaje. El enigmático mercenario, a su vez, cubría su rostro con un pasamontañas de cuero negro y coronaba su cabeza con un sombrero borsalino, el mismo que llevaba cuando jugó a desconcertar a Alessia en Il Duomo de Milán.

—En busca del tiempo perdido… —habló Romano con su voz magmática refiriéndose a la obra magna del escritor francés Marcel Proust—. En mi caso, el tiempo me busca a mí, voy un paso por delante.

—¿Qué chorrada es esa? Vamos al grano —le urgió Benjamín.

—Yo no estaría tan nervioso, amigo, esto lo vamos a solucionar pronto.

Romano se hallaba sentado en un butacón junto a una impresionante cama con dosel y un cabecero de estilo andalusí. Benjamín permanecía de pie frente a su oponente, observando el baño y una pequeña sala de estar para constatar que estaban solos.

—¿Tienes preparada la bolsa con los diez millones? —le preguntó Romano.

—Te la daré cuando estés muerto, alguien la recogerá. ¿Lo vas a hacer tú o te van a ayudar? Liquidar a Romano, liquidarte a ti, me refiero.

—No, lo vas a hacer tú.

—¿Yo? —Benjamín se hizo el sorprendido—. ¿Cómo lo voy a hacer?

Romano se puso en pie y sacó un cuchillo de su largo abrigo negro. Benjamín lo consideró una amenaza, sacó su Glock y le apuntó con ella.

—Si tú sacas tu arma, yo saco la mía, y antes te llegará mi bala que a mí el filo de tu cuchillo. Vamos, Romano, ¿cuál es el plan?

—Quiero el dinero. Al menos la mitad ahora y el resto cuando esté muerto, entonces resucitaré y me lo llevaré.

—Una chorrada más y me largo.

Romano soltó una gran carcajada.

—¿De verdad has creído que te ibas a llevar mi cabeza para poner en su lugar la tuya?

—Para eso nos hemos citado, ¿no?

—No vas a salir vivo de aquí, Marcel Proust.

De modo súbito e inesperado, un disparo con silenciador penetró por una de las ventanas de la habitación y fue directo a la cabeza de Romano, en el centro de la frente. Cayó desplomado. Benjamín se echó al suelo, podría recibir un tiro él también. Pero no sucedió nada. Transcurridos unos segundos en los que permaneció inmóvil, cuando constató que estaba solo, se acercó a Romano y le quitó la máscara. Lo identificó. Era Amir El Hajj. Lo reconoció, aunque hubieran pasado tantos años. Fue un joven militar libanés sospechoso de espiar a Israel para Irán, dado por desaparecido en la

guerra del Líbano de 2006. Benjamín dejó en la habitación la pesada bolsa con los diez millones de dólares, falsos, y huyó rápidamente.

—Entonces, ¿Romano ya no existe? —preguntó Tresser, a quien el relato le parecía tan extravagante como desconcertante.

—Eso creíamos. Sin embargo, al día siguiente apareció en la *dark web* la imagen de Romano tiroteado en el suelo junto a la habitual del emperador Augusto. Esta vez la frase era: «Romano ha muerto. ¡Viva Romano! Soy infinito, soy universo. Sigo a vuestro servicio».

—No habéis podido con él, pues —concluyó Tresser.

—Con uno de ellos, sí, pero con el siguiente de la lista, no. Me temo que será así sucesivamente. Son varios, como siempre habíamos pensado. A este lo mataron para dar espectáculo en la *dark web*, son unos salvajes. Te voy a echar de menos, capitán.

—Me temo que nunca me libraré de ti del todo.

—No lo dudes. La única agente con la que me trataba fuera del Centro nos ha traicionado, un topo, otra vez. No he querido ni preguntarle el porqué.

—¿Y qué más te da? Es una traidora. ¿La vais a detener?

—No, la vamos a utilizar, es una agente doble.

—Me parece bien.

—¿Me permites un consejo?

—Claro.

—Miénteles a todos durante tu duelo, así te dejarán en paz.

Capítulo LXX

LAS NOCHES eran lo peor del día. A Julián le aplastaba el vacío, lo notaba sobre él, descendiendo del techo hacia la cama hasta aprisionarlo contra su soledad. Apenas dormía unas pocas horas, porque alargaba el brazo y ella no estaba y se desvelaba, dejando que el dolor lo consumiera.

—¿Ves cómo me has dejado? Todo mi yo se ha ido contigo —le reprochó en medio de la noche.

Su imaginación trajo a Adelaida junto a él. Ella se sentó en la cama y ambos entrelazaron sus manos. Había calor en ellas, la sentía viva, y tan hermosa. Llevaba un vestido corto, negro, sin mangas, sencillo, uno de sus favoritos.

—¿Y cómo me he quedado yo, Julián? Soy la que se ha ido. No veré crecer a mi hijo, me perderé toda su vida y él olvidará que existí.

—Eso no sucederá, estarás muy presente en cada uno de sus días, pero hablar de esto me rompe, Adelaida.

—¿Hablamos entonces de ti?

—Peor.

—Un día te pediré que me dejes ir, pero no ahora, aún hay tiempo.

—Ni ahora ni nunca, no me pidas eso.

—Papá…

Luba entró en la habitación en pijama y Adelaida desapareció.

—¿Qué ocurre? Es muy tarde. —No le hizo gracia que su hija interrumpiera la conversación.

—Estabas hablando solo, te he oído desde mi habitación. ¿Soñabas con Adelaida?

—Sí, hemos hablado.

—Ya me lo imaginaba, que la llamarías mientras dormías, pero me voy a quedar contigo, no quiero que estés solo.

Luba se echó sobre la cama y se abrazó a su padre.

—Vete a dormir, estoy bien.

—Sé que ahora te sobro, te sobramos todos, pero ¿qué pasaría si no estuviéramos a tu lado? Te sentirías más solo todavía, créeme. Déjame quedarme contigo esta noche, por favor.

—Vale, me rindo, no tengo muchas ganas de discutir.

Sí, era verdad que le sobraban todos, incluida su hija, pero no el bebé, el único que le insuflaba un poco de energía, tan pequeñito, tan indefenso, tan frágil.

—Papá, no creo que participe en la gala de fin de curso, no tengo ánimos.

Julián se incorporó en la cama de un respingo y miró con severidad a su hija.

—De eso nada, Luba. Vas a participar y yo estaré allí. Me enfadaré mucho si no te presentas, no te lo permitiré.

—¿Vas a ir, entonces?

—Claro que sí, ¿qué te creías?

Sí, tendría que asistir, aunque no tuviera gana alguna, pero Luba había ensayado mucho y, además, Amanda y el doctor Guix le habían dicho que irían para apoyarla. Le costaba mentirles para que, como le había aconsejado Alessia, lo dejaran en paz, pero no le quedaba otra opción. Decía «estoy bien» quince veces al día por lo menos, sin posibilidad alguna de que se lo acabara creyendo. Pensando en sus mentiras para sobrevivir al dolor, se durmió junto a su hija hasta que sonó el despertador de madrugada. Tocaba el biberón de Pablo. Ya no había leche materna, sino de fórmula

artificial; eso le generaba una tristeza que le bajaba los hombros casi hasta el suelo. Los tuvo que alzar el día de la gala de magia, una calurosa tarde de finales de junio, un sábado, un día más sin ella.

—¿Cómo estás? —se interesó el doctor Guix cuando lo vio en la puerta del Teatro Real Coliseo Carlos III de San Lorenzo de El Escorial—. Miénteme si quieres; de hecho, te lo recomiendo.

—Estoy bien.

—Así me gusta.

Julián había acudido con su pequeño, dormido en el cochecito tras la toma del biberón. Su suegro había preferido quedarse en casa. Lo entendía, había perdido a su hija y estaba resultando insoportable para él. A veces se pasaban largos ratos hablando de Adelaida; a los dos les iba bien hacerlo. El plan de Tresser en la gala era quedarse cerca de la puerta de salida, por si el pequeño se despertaba y lloraba.

—¿Charlas con Adelaida? —le preguntó el médico forense.

—Todos los días.

—Me parece bien que uses tu imaginación.

—No es imaginación, es necesidad.

—Es verdad, disculpa mi brusquedad. En realidad, no sé qué decirte; no me hago idea de todo por lo que estás pasando y digo tonterías.

—No te preocupes, cada uno hacéis lo que podéis.

Le sorprendió ver llegar a Amanda acompañada de todo su equipo de la UCO, incluido su superior, Peláez. ¿Qué hacían todos allí? No los había recibido en el tanatorio y tendría que hacerlo ahora, maldita la gracia. Se cuadró ante su comandante y le estrechó la mano.

—Tresser, no me puedo quedar, pero he querido venir a saludarte, ya que en el tanatorio no pude verte. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias, mi comandante.

Y el guardia civil se fue por donde había venido, sin decir una palabra más, pero Tresser agradeció el esfuerzo. El Escorial distaba

de Madrid casi sesenta kilómetros. Saludó a Amanda, su aliada, su guía en el duelo, su amiga. Saludó también a su equipo de la UCO. Se sentaron todos con él, pero se ofrecieron a cuidar de Pablo y le animaron a que se fuera unas filas más adelante para seguir mejor la actuación de su hija. Se avino a hacerlo, acompañado del doctor Guix. Les costó encontrar dos asientos contiguos; el teatro estaba casi lleno, también los palcos. Se apagaron las luces y se iluminó el escenario.

Tres magos —entre los que estaba Samuel— y dos magas hicieron sus números de ilusionismo, que fueron muy aplaudidos, pero Julián no estuvo atento a ninguno, atrapado en su tragedia, hasta que le tocó actuar a Luba. El escenario entonces se oscureció y miles de diminutas estrellas flotaron en el aire como livianos copos de nieve. Apareció Luba y recibió un aplauso. Iba vestida con un traje pantalón negro sobre una camiseta blanca con una gran varita mágica dibujada con diminutos cristales. Y llevaba zapatos de tacón, un calzado que nunca usaba. Estaba bella, se enorgulleció Julián, con su media melena rubia cayendo sobre los hombros. Llevaba en las manos dos pequeñas pizarras escolares, las de toda la vida, con la superficie verde oscuro por las dos caras y el marco de madera.

—Señoras y señores, es un placer compartir estos minutos mágicos con ustedes —comenzó diciendo—. Estas dos pizarras parecen normales y corrientes —las mostró por ambas caras—, pero no lo son. Nada en el ilusionismo es normal y corriente, es magia. ¿Las ven? No hay nada escrito en ellas —les dio la vuelta, demostró que estaban limpias—, sin embargo lo habrá y ni yo ni ustedes lo van a escribir, sino un ser querido que no está con nosotros y al que vamos a invocar, porque son pizarras espiritistas.

Entonces apareció Bruno en el escenario, vestido con pantalón y camisa negros y una pajarita azul añil. Luba pidió un voluntario o una voluntaria entre el público; varios alzaron las manos y la maga eligió a una chica que no tendría más de veinte años. Bruno la fue a buscar y la acompañó al escenario. La maga le preguntó el nombre —María—, qué estudiaba —primero de Enfermería— y si tenía seres queridos que ya no estaban.

—Mi abuela. Murió hace un año —respondió.

—¿La querías mucho? ¿Cómo se llamaba?

—María, como yo. La quería muchísimo. Me crio ella prácticamente. Mis padres trabajaban mucho, mañana y tarde.

—Los abuelos son muy importantes en nuestras vidas. De hecho, nacemos con una capacidad de amor muy especial que será únicamente para ellos.

Julián estaba asombrado por el desparpajo y la seguridad que exhibía Luba ante el público, era como si hubiera actuado toda su vida. Con las dos pizarras entre sus manos, una sobre la otra, y con una tiza en medio, le dijo la maga a la muchacha:

—María, si le preguntaras ahora mismo a tu abuela qué era lo que más le gustaba de ti, ¿qué te respondería?

—Me da un poco de vergüenza… —Estaba azorada y bajó la cabeza.

—¿Por qué? Seguro que es bonito.

—Le gustaba mi bondad, decía que yo era una chica muy buena.

—Eres una niña muy buena y eso te lo va a volver a decir ahora desde donde esté.

Luba cerró los ojos, alzó la cabeza y no movió ni un milímetro la posición de las pizarras. Sonó una evocadora melodía de Enya, *Journey of the Angels*, con el escenario envuelto en las miles de estrellas que seguían flotando desde el comienzo del número. Luba separó las pizarras y las mostró a María y al público. En efecto, en ellas estaba escrito con tiza: «Sí, eres una niña», en una pizarra, y «muy buena», en la otra. María se emocionó y el público ovacionó a la maga. Luba borró lo escrito, las volvió a colocar una sobre otra y le preguntó a la joven:

—¿Qué le dirías tú ahora?

—Que te quiero mucho, abuela.

Y así apareció escrito. Nueva ovación. Luba se inclinó ante el público y se llevó la mano al corazón, agradeciendo los aplausos. Después, permaneció allí unos segundos y esperó a que cesaran.

—Permítanme unas palabras que son importantes para mí. Yo también he perdido a un ser querido hace pocos días y quiero dedicarle este número de magia. Adelaida, el gran amor de mi padre, una de las personas más importantes de mi vida, ahora y siempre. Ella está bien, papá, no te preocupes. Promete que nos vendrá a ver a través de los sueños. Gracias.

Quién era él para romper el hechizo. Julián nunca le comentaría a su hija que no le había gustado que nombrara a Adelaida ante tantos desconocidos. Era como profanarla, como quebrar la intimidad del duelo, pero, de repente, se emocionó y disimuló sus ojos húmedos ante el doctor Guix, frotándoselos como si algo dentro de ellos le molestara. No estaba controlando. Para qué, se preguntó.

Luba consiguió una buena puntuación en la gala, que la ayudó a subir la nota final del grado universitario de Ilusionismo. Sí, la vida seguía adelante. Ella y Bruno se querían. Julián tuvo que resignarse. La felicidad de estar juntos hizo la magia y el chico ya no intentó de nuevo suicidarse, aunque el fondo de tristeza por la madre ausente lo acompañaría siempre. Tresser seguía vivo también. El trabajo en la UCO llenaba sus horas, mantenerse activo lo salvaba del hundimiento que lo amenazaba cada día.

Capítulo LXXI

SÍ, LA vida seguía.

Jamal y Osmán continuaban en la cárcel, ahora en la de Belmarsh, en el sur de Londres —una de las más conflictivas, con reclusos organizados en bandas—, pues habían sido extraditados al Reino Unido, ya que allí secuestraron a los científicos y cometieron el atentado contra Regent's Park. Nunca podrían cumplir el resto de la pena en sus respectivos países, sus abogados ya se lo habían advertido. Ucrania recibió de Europa decenas de Aquiles para luchar contra Putin. El dron imbatible, decían los expertos, le daba posibilidades de victoria. Manu y Clarisa se incorporaron a su trabajo en Cambridge y ahora estaban desarrollando un Aquiles submarino para Ucrania, de nuevo con capacidades extraordinarias. Clarisa estaba de nuevo embarazada, lo cual la ayudó a sobrellevar los acontecimientos tan traumáticos que vivió en el palacio de las montañas, pero era una gestación con riesgos debido al aborto, que no recibió atención médica. Esa circunstancia le provocaba miedo y un estado taciturno del que no lograba salir. Manu, preocupado, le repetía que todo iría bien. ¿Por qué no?, le decía. Clarisa no tenía la respuesta.

La vida seguía.

Alessia, Benjamín y Alejandro fueron ascendidos, premiados por su trabajo en el Aquiles. Sin embargo, Mara representaba al enemigo

en casa y no podían destinarla a ninguna sección porque allí todo era información comprometida. Pero querían retenerla, era una agente doble valiosa. Así que Alma se inventó un puesto para ella: directora de Vigilancias Especiales.

La pusieron al mando de tres jóvenes agentes recién incorporados y la primera misión retomaba una que ya se le había encargado antaño: vigilar e identificar a los rusos que visitaban la embajada de Hungría en Madrid. Siguiendo las órdenes de Alma, sus subordinados le proporcionaban informaciones falsas, aunque creíbles, que reportaba a Ventura y Pamela. Ahora Mara ya los tenía localizados: trabajaban para la inteligencia china. Que fuera así la tranquilizó al principio, porque China era aliada de Rusia y así los de Putin la dejarían en paz. Pero los rusos perseveraron, los percibía tras sus talones, su olfato de agente de inteligencia funcionaba. Amenazó a Ventura con dejar de trabajar para ellos si persistían en vengar a Dominik, pero él se lo dejó muy claro: no podía irse, conocía demasiado cómo se movía la pareja y las informaciones que les interesaban. Además, le dijo que ya no era tan importante para ellos desde que no tenía al británico Jerry como informante y le aconsejó que no presumiera de ser imprescindible.

Incapaz de sujetar su propia paranoia, viéndose sola, sin apoyo alguno de Pamela y Ventura, tomó una drástica decisión: desaparecer para rehacerse con otro aspecto y otra identidad. Un día, encontraron un coche calcinado en las inmediaciones del aeropuerto de Alicante, en el antiguo aeródromo de El Altet, una bonita pedanía costera junto a la terminal. En el interior del vehículo había un cadáver. No se pudieron identificar sus restos, pero sí unas manchas de sangre que se aislaron en la hierba a la que no tocó el fuego, a un metro de distancia del coche. Pertenecían a Mara. Era un recurso habitual en los agentes secretos para desaparecer: el fuego. Alma y Norberto sospechaban que estaba viva. Pero la directora prefirió esperar y estar atenta, acabarían encontrándola en alguna de las sombras en las que se movía el espionaje.

—Directora, déjame buscarla —le pidió Alessia—. Lo haré en mis ratos libres si quieres, pero necesito dar con esa grandísima hija de

puta.

—Ya veremos, déjame pensarlo.

Romano continuaba operando, era un personaje infinito: muerto uno, llegó otro y después otro más. No obstante, las agencias de espionaje le seguían el rastro para acabar definitivamente con él y con la organización que lo respaldaba, que continuaba siendo un misterio.

Norberto se había cobijado aún más profundamente en la oscuridad. En una humilde casa de comidas del centro de Madrid, cercana a la plazuela de Antón Martín, estuvo a punto de ser envenenado. Pidió unas albóndigas con tomate, pero cuando se las sirvieron reconoció el olor a almendras amargas, el del cianuro. Alguien había vertido el suficiente como para tumbarlo a la primera. Se levantó y se fue. Le habían descubierto y no habían sido demasiado sutiles al evidenciarlo. No se hizo preguntas sobre quiénes pudieran haber querido matarle. En el espionaje esa pregunta casi nunca era contestada: la muerte era el mensaje. Veía a escondidas a su mujer y a su hija, cada vez menos; no quería ponerlas en riesgo. Alguna vez lloraba en sus noches de auténtica soledad.

Para Tresser, la vida continuaba porque tenía dos hijos de los que cuidar. La ausencia de Adelaida le seguía pareciendo insalvable, a pesar de que ya habían transcurrido varios meses desde su muerte.

—La herida está abierta y sigue supurando —le dijo a Amanda, tomando un café en una pastelería cercana a la UCO—, y quiero que siga así, no me importa.

—Eso es un poco básico, Julián. No creerás en serio que sentir el dolor te mantiene más unido a ella.

—Puede que sí, que ese sea el plan. Adelaida siempre me decía que me quitara el disfraz de héroe. Le he hecho caso y lo he tirado a la basura.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer, aparte de sufrir?

—Nada, siento decepcionarte, pero este sábado quiero llevar a Pablo al parque del Retiro a ver las marionetas. Es muy pequeño aún, pero así descubrirá algo que no ha visto nunca.

—¿Quieres que te acompañe?

La tentación era entregarse a la soledad, no compartir nada con nadie, pero, de algún modo, sabía que lo estaba haciendo mal. Adelaida no aprobaría que lloriqueara tanto, y él le explicaría entonces lo difícil que era no tenerla a su lado, la ausencia de luz que le había dejado, lo mal que se manejaba en la oscuridad. «Un día te pediré que me dejes ir», le había anunciado ella en sus sueños. Tal vez el momento fuera ahora, dejarla ir para liberarla de la carga de dolor que le enviaba Julián cada minuto de su vida.

—Sí, me encantaría que me acompañaras con Pablo si me dejas invitarte al aperitivo.

—Si es un martini blanco con un hielo y una aceituna pinchada en un palillo, acepto.

AGRADECIMIENTOS

NO PUEDO estar más agradecida por su esfuerzo a mis cuatro lectores cero: a mi hermano Santi, a mi marido Narcís y a mis grandes amigas, la periodista Amparo Mendo y la profesora Adelaida de Sárraga. Sus aportaciones han sido muy valiosas para mí, al igual que las conversaciones que hemos mantenido para cambiar impresiones.

Gracias infinitas también a mi querida María Luisa Calcerrada, comandante jefe del Grupo de Delitos contra las Personas de la Unidad Técnica de Policía Judicial de la Guardia Civil, por su asesoramiento y por estar tan cerca de mí durante la escritura de esta novela. Gracias enormes a la guardia civil y también amiga Pilar Cabanillas Morales, por contarme tantas cosas tan interesantes sobre ese pequeño cosmos subterráneo que fluye bajo las alcantarillas. Agradecidísima también al sargento de la Guardia Civil Manuel Ruano, gran experto en balística, por asesorarme sobre las armas que utilizan varios de mis personajes. Y a C., por lo mucho que me ha inspirado conversar con él y aprender.

Gracias de corazón a quienes me han asesorado en los numerosos temas que aborda esta novela: a mi amiga Eva Latorre Broto, doctora en Filología Clásica, autora, traductora y una de las grandes conocedoras de la cultura griega, por todo lo bello que me ha transmitido sobre Grecia y, en especial, Atenas; a la escritora, amiga y programadora informática María Suré, que me ha guiado en

el complicado mundo para mí del software; a mi querida Elsa Satué, comadrona, quien me ha orientado sobre la gestación y los primeros meses de la vida de un bebé; a mi querido Dani Sancho, mago y mentalista, por descubrirme el ilusionismo y enseñarme números de magia para uno de mis personajes; a mi amiga y médica Maribel Ferrer, por ese importante consejo que utilicé; a mi amada sobrina Ana y a mi amiga Amparo Mendo, por las correcciones de las frases en inglés del manuscrito; a Juan Martínez Guillén, experto en drones, por lo mucho que me ha ayudado a entenderlos para poder escribir sobre ellos.

Gracias, como siempre, al equipo de Espasa y especialmente a mi editora, Myriam Galaz, por su cariño y su eficacia.

Gracias por último, pero no menos importante, a mis lectores y lectoras, a mis amigos y amigas y a mi familia, por aguardar con tanto entusiasmo la publicación de esta novela.

La espías y el enigma de Aquiles
Inés Plana
Diseño de la cubierta: José Luis Paniagua
Ilustración de la cubierta: © José Luis Paniagua
© Inés Plana Giné, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.X.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026
ISBN: 9788467080520
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta